ANDREW MARANTZ

ANTISOCIAL

LA EXTREMA DERECHA

Y LA 'LIBERTAD DE EXPRESIÓN' EN INTERNET

ANDREW MARANTZ

Capitán Swing

ANTISOCIAL

LA EXTREMA DERECHA

Y LA 'LIBERTAD DE EXPRESIÓN' EN INTERNET

ANTISOCIAL

LA EXTREMA DERECHA
Y LA 'LIBERTAD DE EXPRESIÓN' EN INTERNET

ANDREW MARANTZ

Traducción de
Lucía Barahona

Capitán Swing

ANTISOCIAL, adj. (1797)

1. Reticente o incapaz de relacionarse de manera normal o amistosa con otras personas. No es antisocial, solo tímido.

2. Antagónico, hostil o antipático hacia otros; amenazante; intimidatorio. Un acto antisocial.

3. Opuesto o perjudicial para el orden social o los principios sobre los que se constituye la sociedad. Comportamiento antisocial.

4. Psiquiatría. De o relacionado con un patrón de comportamiento en el que las normas sociales y los derechos de otros son constantemente vulnerados.

Dictionary.com, versión completa, basado en el Random House Unabridged Dictionary, © Random House, Inc., 2019

Prólogo

Aterrizo en el aeropuerto Bob Hope de Burbank, alquilo un Ford sedán y pido a Google que me guíe en dirección sur por alguna ruta lenta y sin demasiado tráfico que me permita disfrutar del paisaje. Mientras conduzco, escucho los argumentos de un orador de la ultraderecha durante una retransmisión en vivo. No puedo observar sus expresiones faciales ni los comentarios que aparecen en la parte izquierda de la pantalla de mi teléfono, por lo que me veo privado del efecto total de su oratoria, pero llego a la conclusión de que no vale la pena jugarse la vida por intentar descubrir ese efecto. «¿Vas a permanecer como un observador pasivo en estos tiempos extraordinarios mientras luchamos por salvar la civilización occidental, o estás dispuesto a dar un paso al frente? —pregunta—. Yo he decidido dar un paso al frente». Se acercaban las elecciones presidenciales de 2016 y los guardianes institucionales del Gobierno, los negocios y los medios de comunicación reconocían que el resultado era inevitable. Aquel nacionalista alentaba a sus oyentes a cuestionar el relato dominante, a pensar lo impensable, a doblar el arco de la historia. A través del parabrisas vislumbro un pedacito del Pacífico, pintoresco pero no tan pacífico.

En el paseo marítimo de Hermosa Beach hay longboards, gafas de sol con cristales de espejo, boles de ensalada de pescado crudo y batidos de té matcha. Un reducido equipo de rodaje de Women.com filma una serie de entrevistas callejeras a mujeres sobre el positivismo sexual. En la playa, una multitud se ha reunido alrededor de un círculo de tambores. «¿Podéis sentir el ritmo de la Tierra?», pregunta uno de los percusionistas mientras pasa la cestita de las donaciones entre los espectadores.

Veo a una decena de hombres blancos y fornidos en camiseta y pantalones cortos amontonados en un bar al aire libre. En medio de aquel grupo de gente se encuentra el orador nacionalista. La mayoría de las personas que caminan por el paseo no le reconocen,

pero para sus seguidores, tanto para los que han acudido en persona como para los que siguen el acto a través de internet, es algo así como un héroe, o tal vez un antihéroe: un experto en inyectar ideas marginales en el discurso dominante.

Unos meses antes había decidido, sin apoyarse en ningún tipo de evidencia real, que Hillary Clinton sufría una grave enfermedad neurológica que los medios de comunicación tradicionales encubrían. Convirtió esa conjetura en un meme que cobró impulso en Twitter, de ahí pasó al Drudge Report,[1] luego a Fox News y acabó en boca de Donald Trump. El nacionalista me había comentado: «Tal vez las distintas personas que han participado en cada una de estas fases sepan cómo me llamo, o puede que no, pero independientemente de que conozcan o no el origen de sus ideas, la realidad es que he influido en la historia mundial».

Había organizado lo que él llamaba una happy hour de libre expresión: una quedada para masculinistas, neomonárquicos, troles de Twitter nihilistas y otros guerreros culturales autodidactas. A lo largo de la tarde aparecieron unas sesenta personas en total, algunas de las cuales rechazaban el apelativo de derecha alternativa, pues según ellas se había convertido en una «marca tóxica»; otras estaban encantadas de identificarse con la etiqueta. La mayoría eran blancos, la mayoría eran nacionalistas, y algunos eran nacionalistas blancos, no al viejo estilo de cabeza rapada, sino de una variedad más refinada: gente que «solo venía a enterarse de lo que estaba pasando». Durante años habían logrado promover sus propios intereses a través de redes sociales como Twitter o Facebook, sin encontrar apenas restricciones. Ahora estas redes empezaban a ponerse más estrictas y vetaban a algunos de los troles e intolerantes más ofensivos. «Es la policía del pensamiento, sin trampa ni cartón —dijo uno de los asistentes a la quedada—. Es 1984».

Un tipo entrado en carnes con gafas de sol tamaño xxl estaba sentado solo en una de las mesas. Llevaba una camiseta con el dibujo de Harambe, un gorila al que recientemente habían disparado y matado en el Zoo de Cincinnati. El incidente había provocado una verdadera indignación en internet, seguida de una indignación satírica también en internet, seguida de

metacomentarios absurdos sobre el fenómeno de la indignación en internet. Durante toda la tarde, distintas personas fueron señalando la camiseta y riéndose: «¡De puta madre, Harambe!», o «¡Pollas fuera por Harambe!». El tipo de la camiseta asentía encantado, como si con ese gesto quisiera demostrar su solidaridad. La interacción entre ellos se limitaba a eso.

Me senté junto a él y le pedí que me explicara la broma. «Es algo gracioso que la gente dice o cuelga, ya sabes… —repuso—. Es como… Es una broma de internet». Harambe, claro está, había sido un animal real antes de convertirse en un meme. En cualquier caso, yo conocía bien la sensación de experimentar gran parte de la vida a través de los efectos mediadores de una pantalla. No me costaba imaginar cómo algo, cualquier cosa —un gorila muerto, una cámara de gas, unas elecciones presidenciales, un principio moral—, podía terminar convertido en una ocurrencia más de internet.

* * *

Desde que Estados Unidos es un país, ha habido estadounidenses que han repartido panfletos en los que se declaran inconstitucionales los impuestos, que se han subido a una tarima para denunciar sabotajes papistas o que han llamado a C-SPAN[2] para exigir que se investigue por traición a todos los miembros del Congreso (si los encargados de la centralita de C-SPAN hacían bien su trabajo, no emitían esas llamadas). La Primera Enmienda protegía el derecho de esa minoría a hablar, pero durante mucho tiempo pareció como si la mayoría no estuviera inclinada a escucharlos. «En los márgenes de nuestra sociedad siempre ha habido quienes han querido escapar de su propia responsabilidad mediante una solución simple, un eslogan atractivo o un conveniente chivo expiatorio —declaró en 1961 el presidente John F. Kennedy—. Pero a lo largo del tiempo siempre han predominado el sentido común básico y la estabilidad del gran consenso estadounidense».

En 2004 y 2005, unos cuantos jóvenes escribieron el código del programa informático que se transformaría en una vasta industria llamada medios de comunicación sociales: «sociales» porque la gente podía recibir información de sus amigos de forma horizontal, en lugar de esperar a que los guardianes la distribuyeran desde arriba; «medios de comunicación» porque la información no dejaba de ser información, tanto si procedía de un rígido organismo de radiodifusión, de un chaval que se aburría en la escuela o de un nacionalista en un paseo marítimo. Los emprendedores de los medios de comunicación sociales se llamaban a sí mismos alteradores, pero raras veces describían en gran detalle qué aspecto tendría un mundo posalteración. Si alguien los presionaba para obtener una respuesta, sus ideas tendían hacia un utopismo impreciso: esperaban conectar a la gente, acercar a unos con otros, hacer del mundo un lugar mejor.

Su optimismo no iba del todo desencaminado. Millones de personas —denunciantes, periodistas ciudadanos, mujeres que oponían resistencia al maltrato, disidentes de regímenes despóticos— utilizaron las redes sociales para organizarse, para revelar abusos de poder, para promover objetivos justos. Sin embargo, cuando estas mismas herramientas se empleaban para sembrar la desinformación o incitar al odio, los alteradores tendían a responder con ambiguas afirmaciones sobre la libertad de expresión y se apresuraban a cambiar de tema.

El objetivo de los alteradores era derribar a los guardianes de múltiples industrias, entre las que se incluían la publicidad, el mundo editorial, la consultoría política y el periodismo. Su éxito, en el plazo de una década, había superado todas las expectativas. Los medios de comunicación sociales se habían convertido en los instrumentos de difusión de la información más poderosos en la historia del mundo. Muchos medios informativos tradicionales estaban siendo desmantelados y nadie parecía tener ni la más remota idea de qué los reemplazaría. En lugar de tomar el relevo de la vieja guardia, estos alteradores —es decir, los nuevos guardianes — se negaban a reconocer la expansión de su ámbito de influencia y responsabilidad. Dejaron sin vigilancia la mayoría de las puertas, confiando en que los transeúntes no trastearan con los candados.

El vocabulario nacional empezó a cambiar de inmediato y, al mismo tiempo, se volvió más libre e inestable. La mayoría silenciosa dejó de estar en silencio. Fisuras muy antiguas surcaban las profundas grietas. Es evidente que los alteradores no eran los únicos responsables de todo lo que estaba pasando. Como ocurre en cualquier cambio de época, en este se dieron muchas condiciones previas. Los movimientos políticos fueron importantes; las estructuras económicas fueron importantes; la geografía y la demografía fueron importantes; las guerras extranjeras fueron importantes. Aun así, solo unos pocos años después del experimento sin precedentes de los medios de comunicación sociales, de repente parecía extraño recordar que alguna vez hubiera existido algo conocido como el gran consenso estadounidense.

A pesar de resultar chocante, lo cierto es que no era impensable. Y entonces, de repente, llegó lo impensable: personas inteligentes y bienintencionadas incapaces de distinguir la simple verdad de informaciones falsas viralizadas; una broma pesada de la cultura popular ascendiendo a la presidencia; neonazis desfilando con la cara al descubierto por distintas ciudades estadounidenses. Este no era el tipo de alteración que habían imaginado. Se había producido un grave error de cálculo.

Nos gusta asumir que el arco de la historia se doblará inexorablemente hacia la justicia, pero eso no es más que una ilusión. Nadie, ni siquiera Martin Luther King Jr., creyó que el progreso social fuera automático, pues de lo contrario aquel no se habría molestado en organizar marchas pacíficas. El arco de la historia se dobla en la forma en que lo doblan las personas. En los primeros años del siglo XXI, internet estaba plagado de nihilistas, masculinistas y neonazis, que podían ser o no irónicos, afanándose todos en doblar el arco de la historia en diversas direcciones extremadamente perturbadoras. Los mecanismos de retroalimentación de los medios de comunicación sociales se personalizaban mediante algoritmos, lo que se traducía en que mucha gente no tenía que contemplar la espeluznante fealdad online si no quería. Pero ahí estaba, cada vez más abundante, creciendo a cada minuto, tanto si elegían mirarla como si no.

* * *

En 2012, un pequeño grupo de partidarios del político republicano Ron Paul pusieron en marcha un blog llamado The Right Stuff. Pronto empezaron a llamarse a sí mismos «poslibertarios», aunque por aquel entonces aún no estaban seguros de qué vendría después. En 2014 comenzaron a autoidentificarse como la derecha alternativa. Desarrollaron un tono contracultural —travieso, excéntrico, floridamente ofensivo— que atrajo a una creciente cohorte de jóvenes marginados adictos a internet que buscaban darles un sentido a sus vidas. Estos jóvenes a menudo mostraban su apoyo a The Right Stuff como parte esencial de un «flujo que va del libertarismo a la extrema derecha», un camino que permitía a los normies [normalitos] avanzar a través de una serie de epifanías hacia una «completa radicalización». Como pasaba con todo lo que decía la derecha alternativa, era difícil saber si bromeaban, medio bromeaban o si no bromeaban en absoluto.

Los fundadores de The Right Stuff se sacaban de la manga distintos temas de discusión —a los que llamaban historias—, que sus seguidores difundían a continuación a través de distintas redes sociales. Los memes se adaptaban al medio. En Facebook publicaban imágenes retocadas con Photoshop, canciones paródicas o «memes con caricaturas»: dibujos de frases sarcásticas diseñados para provocar la suficiente disonancia como para sacar a los normies de su complacencia.[3] En Twitter, la derecha alternativa troleó y acosó a periodistas de los medios dominantes con la esperanza de convertirse en árbitros del discurso nacional y, a la vez, de captar la mayor atención posible.[4] En Reddit, 4chan y 8kun, donde la moderación de contenidos era tan laxa que casi podía considerarse inexistente, los memes eran más explícitamente repugnantes. Muchos troles de la derecha alternativa empezaron a autodenominarse «fashy» o «fash-ist»; se referían a todos los liberales y a los conservadores tradicionales como comunistas o «degenerados»; colgaban propaganda pro-Pinochet; provocaban a los normies y les hacían morder el anzuelo para que entraran al trapo a base de insistir en que «Hitler no había hecho nada malo».

La primera vez que vi esos memes tan espeluznantemente feos, en 2014 y 2015, no estaba seguro de hasta qué punto debía tomármelos en serio. Todo el mundo conoce la primera regla básica de internet: no alimentar a los troles y no hacer el menor caso a los estafadores. Los troles de la derecha alternativa se consideraban provocadores, shitposters [publicamierdas] o edgelords [señores del extremo]. ¿Acaso hay algo más subversivo que hacer bromas sobre Hitler? Durante un tiempo fui capaz de evitar concluir lo que pronto se haría evidente: tal vez quieran decir lo que dicen.[5]

En octubre de 2018, un terrorista blanco armado con tres pistolas semiautomáticas Glock y un fusil de asalto AR-15 entró en una sinagoga en Pittsburgh y abrió fuego. Había sido un activo participante en una pequeña red social llamada Gab, una hermética burbuja tóxica que se presentaba a sí misma como «el hogar de la libertad de expresión en internet». Dos semanas antes del tiroteo había reposteado un meme en el que aparecían dos figuritas de palo. La primera tenía un letrero que decía: «Creo que todo el mundo tiene derecho a vivir como quiera y a hacer aquello que le haga feliz». El cartel de la segunda decía: «Necesitamos derrocar al Gobierno, implementar un régimen fascista clerical y empezar a ejecutar en masa a esos marxistas degenerados». La leyenda sobre el dibujo rezaba: «El flujo del libertarismo a la derecha alternativa es real».

* * *

Este libro no viene a decir que los fascistas han ganado o que vayan a ganar. Es un libro sobre cómo lo impensable se convierte en pensable. No creo que Estados Unidos esté destinado a vivir a la altura de los ideales fundacionales de la libertad y la igualdad, igual que tampoco creo que esté condenado a repetir su realidad fundacional de brutal opresión. No tengo forma de saber en qué dirección se va a doblar el arco, pero lo que sí puedo hacer es ofrecer el relato de cómo unos cuantos emprendedores alteradores, impulsados por la ingenuidad y el tecnoutopismo temerario,

construyeron unos sistemas nuevos y muy poderosos plagados de vulnerabilidades imprevistas, y de cómo una camarilla heterogénea de edgelords motivados por el fanatismo, la mala fe y el nihilismo se aprovecharon de esas vulnerabilidades para secuestrar la conversación estadounidense.

He pasado aproximadamente tres años sumergido en dos mundos: el de los intrusos, como el tipo nacionalista del paseo marítimo, y el de la nueva guardia de Silicon Valley, que, tanto si actuó intencionadamente como si no, proporcionó a los intrusos el poder sin precedentes del que ahora disfrutan. (Al mismo tiempo, por el simple hecho de trabajar para The New Yorker me hallaba sumergido en un tercer mundo: el de la vieja guardia, en creciente riesgo de extinción). He desayunado en el hotel Trump Soho[6] con un autoproclamado «supervillano de internet», he recorrido una chatarrería rural en Illinois junto a un propagandista independiente de Twitter, he bebido en una cervecería alemana con un nazi que no lo era del todo. En Washington D. C. acompañé a un histriónico trol de la extrema derecha durante su primera semana como corresponsal de prensa en la Casa Blanca. En San Francisco me senté a una mesa de negociaciones mientras algunos de los nuevos guardianes, tras haber permitido que su inmensa red social fuera invadida por discursos de odio, abrían sus portátiles y trataban de controlar el caos. También he pasado centenares de horas hablando con gente que vivía atrapada en el culto de la supremacía blanca experta en internet y con algunas personas que lograron escapar.

En ningún momento la propaganda nazi ha llegado a parecerme adorable o graciosa. No he sucumbido a la idea equivocada de que en toda historia un periodista debe poner ambas partes sobre la mesa o mostrar la misma simpatía hacia todos los sujetos entrevistados. No soy de la opinión de que les debamos nada a los nazis. Sí que estoy convencido, sin embargo, de que si queremos entender qué está ocurriendo en nuestro país no podemos confiar en las ilusiones. Tenemos que prestar atención al verdadero problema: cómo nuestro vocabulario nacional —y por tanto nuestro carácter nacional— está en proceso de ser destrozado.

«La izquierda ganó cuando se hizo con el control de los medios de comunicación y del ámbito académico —escribió en 2015 un

bloguero en The Right Stuff bajó el seudónimo de Meow Blitz—. Con internet han perdido el control del relato». Con «la izquierda» se refería a todo el abanico estándar de la cultura y la política estadounidenses: todos los que preferían la democracia a la autocracia, todos los que se resistían a la idea de la derecha alternativa de un etno-Estado estadounidense blanco. Durante décadas, afirmaba Meow Blitz, esta forma pluralista de entender el mundo —la cosmovisión dominante— ha operado sin ser cuestionada. Pero ahora, mediante la promoción de su ideario en los medios de comunicación sociales, sus compañeros propagandistas y él podían conducir a Estados Unidos en una dirección más complaciente con los fascistas. «El Estado Islámico se convirtió en el grupo terrorista más poderoso del mundo por los vídeos de mal gusto que colgaba en internet —escribía—. Si estás vivo en el año 2015 y no comprendes el poder de internet, eres idiota».

Para el público a quien iba destinado, este post supuestamente debía resultar estimulante. Para mí era más como un leve tufillo a azufre que puede acabar siendo un escape de gas. La entrada en cuestión llevaba por título «Los troles de la derecha pueden ganar». ¿Ganarían los neofascistas? Me costaba imaginármelo. ¿Podían ganar? Ese era otra cantar. «La guerra por la cultura se libra todos los días desde tu teléfono inteligente», continuaba la entrada del blog. En esto en concreto, como mínimo, tenía que darle la razón a Meow Blitz. Cambiar cómo hablamos es cambiar quiénes somos.

■

[1] Sitio web agregador de noticias de corte conservador. (N. de la T.).

[2] Cadena estadounidense de televisión por suscripción que emite programas sobre asuntos públicos. (N. de la T.).

[3] «¡Soy tan valiente! —decía un muñeco de palo, un normie liberal con pendiente en la nariz—. Repetir como un loro palabra por palabra el mismo relato que las universidades, los departamentos del Gobierno, los colegios, los medios de

comunicación dominantes, Hollywood, los principales partidos políticos y las empresas multinacionales es taaaaan antiestablishment».

[4] Twitter tenía un reglamento contra el acoso y Facebook uno contra el reclutamiento de terroristas, pero se aplicaban de forma despreocupada e inconsistente. El utopismo tecnolibertario predominaba en Silicon Valley, y la mayoría de los ejecutivos de los medios de comunicación sociales estaban decididos a moderar sus redes lo menos posible. Además, cuando los ejecutivos se comprometieron a eliminar de sus redes a los reclutadores de terroristas, no parecían tener en mente a los terroristas blancos.

[5] «Los no adoctrinados no deberían ser capaces de saber si bromeamos o no —escribió el editor de una prominente página web neonazi en un documento interno que más tarde se filtró a la prensa —. Esto es obviamente una estratagema y realmente quiero gasear a los judíos». Por razones legales, pidió a sus redactores que se abstuvieran de incitar abiertamente a la violencia; «no obstante, siempre que alguien realiza una acción violenta, esta debería salir a la luz». El objetivo último era «deshumanizar al enemigo hasta el punto de que la gente estuviera preparada para reírse de su muerte».

[6] Ahora llamado The Dominick. (N. de la T.).

ANTISOCIAL

LA EXTREMA DERECHA
Y LA 'LIBERTAD DE EXPRESIÓN' EN INTERNET

Para LBG y el Gid

«La moral, para permanecer o convertirse en moral,
debe examinarse, agrietarse, cambiarse, renovarse eternamente.
[…] No todo lo que enfrentamos puede cambiarse;
pero nada puede cambiarse hasta que lo enfrentamos».

James Baldwin,
«As Much Truth As One Can Bear»

«Bajo toda esta suciedad,
el suelo está muy limpio».

Lydia Davis,
Ni puedo ni quiero

PARTE I

DEPLORABALL[1]

«Todo el mundo sabe, o debería saber, que bajo nuestros pies se ha producido un desplazamiento de placas tectónicas. Los partidos políticos mantienen los mismos nombres; seguimos teniendo la CBS, la NBC y el New York Times*, pero no somos las mismas personas que antes tenían todo esto».*[2]

George W. S. Trow, 1997

---

[1] DeploraBall fue una fiesta no oficial que se celebró en el National Press Club en Washington D. C. la noche del 19 de enero de 2017 para festejar la victoria y el nombramiento de Donald Trump como presidente de Estados Unidos. Su nombre se mofa del término *«deplorabasket»* (cesta de los deplorables), utilizado por la candidata demócrata Hillary Clinton durante la campaña presidencial de 2016. *(N. de la T.).*

[2] George W. S. Trow, «Collapsing Dominant», *Within the Context of No Context*, Nueva York: Atlantic Monthly Press, 1997.

01

Esto es América

La tarde antes de que Donald Trump prestara juramento como presidente, Cassandra Fairbanks estaba en su casa, un dúplex de ladrillo rojo a veinte minutos al norte de Washington D. C., preparándose para asistir a la DeploraBall. Me abrió la puerta descalza, las uñas pintadas con barras y estrellas, un collar hecho con el casquillo de un fusil y un vestido rojo de gala sin tirantes y con un pronunciado escote.

—Disculpa el desorden —dijo—. Todos se quedan en casa siempre que vienen a la ciudad.

En un sofá de cuero se sentaban una mujer de veintitantos y dos hombres, ambos treintañeros; los tres miraban sus respectivos móviles en silencio. A su alrededor había diversas piezas de material de reportero.

Fairbanks conectó el portátil a su aparato de televisión y buscó «Bob Dylan» en YouTube.

—Uno de mis ídolos —explicó—. Uno de los últimos verdaderos rebeldes.

Eligió un vídeo al azar, una grabación radiofónica de 1962 en la que Dylan tocaba una balada folk llamada «The Death of Emmett Till». Todos se quedaron mirando unos instantes el televisor, aunque solo salía una foto fija. «Cause he was a black-skinned boy, he was born to die»,[7] cantaba Dylan.

—Tengo la paranoia de que se me va a caer el vestido —dijo Fairbanks tirando primero de un lado del escote y luego del otro.

Un minuto después añadió—: Necesito terminar de maquillarme.

Subió las escaleras corriendo. En realidad ya llevaba una buena cantidad de maquillaje encima, pero no la suficiente para ponerse delante de una cámara. La DeploraBall iba a ser al mismo tiempo una fiesta y un espectáculo mediático. Habría equipos de distintos medios de comunicación, admiradores colgando selfis de grupo en Instagram y pseudocelebridades de las redes sociales —entre las que se contaba Fairbanks— que en cualquier momento podían ponerse a grabar un vídeo en directo para sus seguidores en YouTube, Periscope o Facebook Live. No se había vestido así para el resto de los invitados a la fiesta, sino para los fans que pudieran verla desde sus casas.

El cachorrito de Fairbanks, un cruce de yorkshire y chihuahua, correteaba en pequeños y frenéticos círculos golpeando el suelo con las pezuñas. La sala de estar estaba llena de cachivaches: linternas colgantes, espejos con marcos de brillantes colores. En una mesa baja había desparramadas latas de café moca Starbucks y cajetillas de American Spirits. La mujer del sofá se presentó como Emily Molli; los dos hombres levantaron la cabeza un microsegundo, me saludaron con un ligero asentimiento y volvieron a enfrascarse en sus teléfonos. Les pregunté sus nombres, por pura educación, aunque los reconocía de YouTube: Luke Rudkowski, larguirucho y muy rubio, y Tim Pool, a quien nunca había visto el pelo porque siempre llevaba un gorro de lana. Rudkowski y Pool eran marcas mediáticas individuales especializadas en ofrecer opiniones expertas directamente a cámara y agitadas imágenes en directo de manifestaciones callejeras. (Molli se encargaba de una parte del trabajo de cámara para Pool, pero él editaba, producía y protagonizaba los vídeos que subía a su canal de YouTube, llamado Timcasts).

—He venido para escribir sobre Cassandra —dije—. Soy periodista.

—Ah, guay. Yo también soy periodista —repuso Rudkowski.

—Sí, yo también —dijo Pool.

Molli, que me observaba con recelo, ejerció su derecho a permanecer en silencio.

«This kind of thing still lives today, in that ghost-robed Ku Klux Klan», [8] cantaba Bob Dylan.

Fairbanks volvió a bajar pasados unos minutos con un bolsito de mano de lentejuelas, una bolsa de tela con las palabras «FREE ASSANGE» y un poncho transparente, «por si los detractores deciden lanzarme pintura». Activistas antifascistas —que se llamaban a sí mismos antifas— habían amenazado con impedir la celebración del acontecimiento por cualquier medio, incluida la violencia, y habían difundido una lista de «objetivos valiosos» en la que aparecía el nombre de Fairbanks. Según me explicó, en otros actos de la derecha alternativa, los alteradores de la izquierda habían lanzado tarros de orina y calcetines llenos de pilas.

—Por lo general no me importa discutir con los manifestantes, pero esta noche no estoy de puto humor.

A diferencia de la Liberty Ball y de la Freedom Ball, galas de etiqueta oficiales para los miembros del Partido Republicano y para quienes gestionan campañas millonarias, la DeploraBall era una celebración independiente previa a la toma de posesión organizada por y para los troles y los ultranacionalistas que, como les gustaba decir, habían «llevado a Donald Trump a la Casa Blanca a base de memes». «Van a asistir todos los grandes nombres del Twitter de MAGA —me había anunciado uno de ellos empleando el acrónimo del eslogan de campaña de Trump: "Make America Great Again"—. Toda la gente que ha unido sus fuerzas en internet, todos juntos por primera vez en una misma sala». El acontecimiento se celebraría en el National Press Club, en el centro de D. C., por razones tanto prácticas como simbólicas: el Press Club, que consideraba sacrosanta la libertad de expresión, era uno de los pocos lugares de la ciudad que estaban dispuestos a aceptar el dinero de los organizadores.

Los coanfitriones de la DeploraBall eran Jack Posobiec, Jeff Giesea y Mike Cernovich, tres hombres cuyas ocupaciones, así como sus opiniones políticas, eran imposibles de describir con una sola palabra. Posobiec era un veterano de la Marina de mirada enloquecida que se había convertido en un teórico de la conspiración en Twitter. Giesea, un adinerado emprendedor que tiempo atrás había trabajado para el taciturno y libertario

multimillonario Peter Thiel, se había reconvertido en inversor de impacto bajo cuerda y había financiado una red clandestina de troles pro-Trump. Cernovich era un abogado independiente y bloguero motivacional que había obtenido algo de notoriedad en internet con sus groseros consejos sobre fitness y el arte de ligar. Antes de 2015 no había mostrado ningún interés en la política electoral. Entonces Donald Trump se convirtió en el líder republicano y Cernovich, reconociendo en él a un espíritu afín, empezó a amplificar la retórica corrosiva y mendaz de Trump.

En los medios de comunicación sociales, tal como ocurría en el circuito burlesco de los años 30, si uno quiere salir adelante necesita un ardid. El de Cernovich consistía en compararse con un gorila, «un animal poderoso y dominante». Había escrito Gorilla Mindset (Mentalidad de gorila), un libro de autoayuda para aspirantes a machos alfa, y lo había puesto a la venta en Amazon. En su blog publicaba selfis de su tronco hipertrófico acompañados de cándidos relatos sobre cómo mantenerlo (zumo verde, esteroides anabólicos) y por qué («consigues que las zorras más impresionantes te hagan más caso»).

Un amigo de Cernovich llamado Milo Yiannopoulos, una de las pocas pseudocelebridades de las redes sociales que han logrado saltar a la fama nacional gracias al troleo en internet, se había creado una imagen pública muy diferente. Se presentaba como un renegado desenfadado: «el supervillano más fabuloso de internet», como él mismo se denominaba. Yiannopoulos, nacido en Kent, había abandonado sus estudios en Cambridge y era más conocido por su elegante acento británico y sus ácidas ocurrencias que por su postura ideológica, que no era lo bastante sólida para soportar un verdadero escrutinio.[9]

El ardid de Fairbanks era tan poco original como altamente efectivo. «Solo creo en tres cosas: la Primera Enmienda, las tetas y WikiLeaks», había tuiteado una vez, añadiendo el enlace a un vídeo en el que salía con una camiseta escotada donde ponía «WikiLeaks». El vídeo comenzaba diciendo: «Este titular y mi camiseta evidentemente son un cebo». Funcionó: el vídeo fue visto más de medio millón de veces.[10]

Además de mantener al día las diversas actualizaciones de sus redes

sociales, Fairbanks trabajaba como corresponsal política para Sputnik, una agencia de noticias internacional perteneciente al Gobierno ruso, que era quien se encargaba de administrarla.

—También ha escrito para nosotros —saltó Rudkowski, que empleó el pronombre «nosotros» para referirse a We Are Change, un blog y canal de YouTube que dirigía desde su apartamento en el sur de Brooklyn.

Fairbanks, Rudkowski y Pool no compartían un ideario político bien desarrollado, sino una especie de actitud: una aversión instintiva a todo lo que formara parte de la corriente dominante. A menudo lo expresaban en términos de antipatía hacia las alas pro-establishment de los partidos Demócrata y Republicano, pero sus principios parecían más temperamentales que políticos. Les gustaba la energía, la desorganización, la rebelión. No les gustaba el institucionalismo, el incrementalismo, el statu quo. Si algo podía describirse como una prolongación del Hombre, sin pestañear se posicionaban en contra.

—Siempre me han interesado las cosas alternativas, las marginales —dijo Fairbanks—. Toda mi vida he sentido que, independientemente del relato que quisieran hacerme tragar, no me lo estaban contando todo.

Tenía treinta y un años. Antes de mudarse a las afueras de D. C. había recorrido todo el país como ingeniera de sonido, activista por los derechos de los animales y roadie de grupos punk. Su vestido de fiesta sin tirantes dejaba al descubierto la mayoría de sus dieciséis tatuajes.

—Me importa más la libertad de expresión, incluyendo la de Chelsea Manning y Julian Assange, que casi cualquier otra cuestión —afirmó—. Y la censura ahora viene de todas partes, no solo del Gobierno. ¿Silicon Valley? ¿Me tomas el pelo? ¿Gente sentada en habitaciones minúsculas decidiendo qué información podemos ver? Eso no es libertad de expresión, es un puto control mental.

En las primarias presidenciales de 2016 había apoyado a Bernie Sanders. Cuando empezó a escribir en la página web de Rudkowski «todavía era una Bernie Bro al cien por cien». En aquella época

también era colaboradora frecuente en páginas web de clickbait de izquierdas, como US Uncut y Addicting Info.

—Mi trabajo consistía en encontrar vídeos de Trump siendo un imbécil. Si hacía falta lo exagerabas o lo sacabas de contexto, y después lo publicabas con un titular melodramático para conseguir montones de clics. No era muy difícil.

A mediados de 2016, después de que Sanders abandonara la carrera presidencial y Hillary Clinton consiguiera la nominación demócrata, Fairbanks echó un nuevo vistazo a Trump.

—Sabía que nunca podría votar a un republicano tipo Jeb Bush, pero tampoco a un Clinton… Para ver qué pasaba, publiqué unos cuantos tuits que no eran completamente anti-Trump y a la gente se le fue la olla del todo. Me llamaron nazi tantísimas veces que al final me dije «a la mierda, voy a ir a por todas». —Dejó de escribir en páginas de izquierdas, y sus artículos en We Are Change se volvieron fervorosamente pro-Trump.

—Siempre dejo que publique todo lo que quiera —aseguró Rudkowski—. Apoyamos la libre expresión.

Me senté en el sofá junto a Pool.

—¿Para quién dices que escribes? —preguntó.

—Para The New Yorker —respondí—. Es una revista que…

—Sé lo que es —me cortó bruscamente.

Rudkowski sonrió para sí mismo sin dejar de mirar el teléfono.

—The New Yorker —repitió con voz estentórea en tono burlón.

Traté de adivinar el motivo de su reacción. Para mucha gente, The New Yorker representaba el esnobismo de monóculo y la riqueza WASP (blanco, anglosajón y protestante), y había algo de verdad en eso: una revista no incluye anuncios de Rolex a menos que exista la oportunidad de vender algunos de esos relojes. Había quienes asociaban la revista con una afectación literaria o con políticas de centroizquierda; a otros les obsesionaba la titularidad corporativa;

también había a quienes les llamaba la atención la extensión de los artículos, el diligente proceso de verificación de datos o las viñetas cómicas. Tuve la sospecha de que para las personas en aquella sala de estar la caricatura mental no abarcaba ninguna de estas cuestiones específicas, sino que era como si todos dijeran a la vez: «Trabajas para el Hombre».[11]

Algo me golpeó en la espinilla. Era el cachorro dándome golpecitos con la cabeza para que le hiciera caso. Me miraba con los ojos abiertos de par en par, expectante.

—Se llama Wiki —dijo Fairbanks.

—Es el diminutivo de WikiLeaks —añadió Pool.

—Bueno, es un buen nombre siempre que haga sus filtraciones donde debe —remató Rudkowski señalando el centro de la habitación, donde había un empapador de adiestramiento pegado al suelo.

—Intento enseñarla —dijo Fairbanks animando a la perrita para que se acercara a la almohadilla absorbente.

WikiLeaks husmeó la almohadilla, la rodeó unas cuantas veces y meó encima moviendo la cola.

—¡Muy bien, Wiki! —celebró Fairbanks recogiéndose el vestido con una mano y agachándose para acariciar a la cachorrita con la otra —. ¡Buena chica!

Salió fuera, encendió un cigarrillo, cambió de idea y lo apagó.

—Mi jefe (se refería al director de la oficina de Sputnik en Washington) quiere que escriba algo sobre la fiesta, pero la verdad es que solo me apetece relajarme, tal vez tomarme una copa.

En cualquier caso, era amiga de los organizadores y de la mayoría de las personas destacadas de los medios de comunicación sociales que habían confirmado asistencia.

—Si mañana necesito una cita de alguien, le mando un mensaje y punto.

En el salón, Fairbanks cambió a Bob Dylan por «Bradley Manning», un tema del grupo de rap-rock Flobots. Manning es transexual y la canción fue grabada antes de que se cambiara el nombre a Chelsea.

—Normalmente nunca apoyaría nada que confundiera su género, pero esto no fue intencionado. Además, ¡es una canción superpegadiza!

Manning pasó un tiempo en una prisión federal por filtrar secretos del Ejército. Dos días antes, Obama, en una de sus últimas intervenciones como presidente, había conmutado su condena. Al preguntarle sobre esto, Fairbanks respondió haciendo un movimiento de masturbación con la mano.

—Poco y tarde.

A eso de las tres de la tarde apagó la televisión y se puso unos relucientes tacones altos dorados. Se había ofrecido voluntaria para llegar al Press Club varias horas antes y ayudar a preparar la fiesta.

—Voy a llamar a Uber —dijo sacando el teléfono del bolso.

Yo insistí en pedir un coche para los dos, porque como periodista no habría sido ético aceptar ningún regalo de ella, ni siquiera un trayecto gratis. Entrecerró los ojos y me miró tratando de calibrar si me estaba quedando con ella. Cuando tuvo claro que no era así, se encogió de hombros y guardó el teléfono.

Los invitados de Fairbanks pidieron otro coche para ellos y empezaron a embutir sus equipos en bolsones de cámara. Pool y Molli comentaron sus planes para la noche:

—Vamos un rato a la DeploraBall, vemos si está animada y quizá luego podemos pasarnos por la fiesta de Cambridge Analytica.

—¿Te refieres a grabar o simplemente a divertirnos?

—Seguro que algo podremos grabar, si es que ocurre algo interesante.

Al salir por la puerta, Fairbanks metió dos pines de solapa en el bolso. Uno era el logotipo de Comet Ping Pong, una pizzería ubicada a unos ocho kilómetros de su casa.[12] En el otro salía la rana Pepe, el inofensivo protagonista de una tira cómica que había sido adoptado como mascota por una creciente confederación digital de nacionalistas blancos, misóginos, nihilistas beligerantes y troles provocadores. Una de las pocas condiciones que había impuesto el Press Club para acceder a la celebración de la DeploraBall fue la prohibición de exhibir iconografía de Pepe dentro del recinto.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Estos supuestos defensores de la Primera Enmienda van a cambiar de bando y decirme lo que tengo que hacer? Que les jodan. Esto es América.

Llegó nuestro coche y se subió al asiento trasero. El conductor, un afroamericano que no llegaba a los treinta, intentó entablar una pequeña conversación y le preguntó que por qué iba tan arreglada. Mientras esperaba la respuesta, sus ojos se encontraron con los de ella en el retrovisor. Fairbanks se movía nerviosa en el asiento.

—Por una fiesta —contestó centrando su atención en el teléfono.

* * *

«Ven a tomar unas copas con los nombres más importantes de la temporada», decía una invitación digital a la DeploraBall, seguida de una lista en negrita de una decena de personas vip que habían confirmado su asistencia. Algunas de ellas, como Fairbanks y una comentarista de YouTube llamada Lauren Southern, eran jóvenes independientes que hasta la irrupción de Trump nunca habían apoyado a un político de los grandes partidos, y mucho menos a uno republicano. Otros, como el bloguero sensacionalista Jim Hoft y el podcaster amateur Bill Mitchell, pertenecían a la generación del baby boom y eran conservadores de larga trayectoria que habían apoyado todas y cada una de las posturas de Trump, incluso las que se daban de bruces contra la ortodoxia conservadora (o contra otras

posturas del propio Trump). Uno de los invitados vip, un sempiterno consultor político llamado Roger Stone, llevaba varias décadas acechando en la sombra, siempre al servicio de la política republicana, y era considerado por todos, incluido por él mismo, un «sucio embaucador». Otro nombre de la lista era Alex Jones, un apocalíptico sudoroso que había ganado millones de dólares al transferir sus diatribas políticas en la televisión por cable de acceso público a internet. Durante más de dos décadas,[13] Jones había tratado con extremo menosprecio a casi todos los políticos, hasta que en 2015 cambió de idea y ofreció su apoyo incondicional a Trump.

De los vips que aparecían en la lista, el sheriff David Clarke de Milwaukee era el único afroamericano y el único funcionario electo. Había hablado en decenas de actos de campaña de Trump; era el encargado de arengar a las multitudes antes del plato fuerte. Roger Stone era uno de los asesores políticos más veteranos de Trump. Alex Jones aseguraba que hablaba regularmente con Trump, pero todo el mundo sabía que era un mentiroso empedernido. El resto de los invitados vip había surgido de la oscuridad apolítica en los últimos tiempos, por lo que no mantenían lazos formales con Trump ni con ninguna otra entidad política. Cualquiera de ellos, de uno en uno, podría haber parecido insignificante, un curioso subproducto de las heterogéneas energías que recientemente había visibilizado internet. Sin embargo, todos juntos causaron un decisivo impacto en la campaña de 2016 y, de una forma más amplia, en la opinión pública. Era difícil imaginar el triunfo de Trump sin ellos.

Los invitados vip compartían un conjunto común de enemigos —los Clinton, los Bush, los globalistas, los medios de comunicación convencionales—, pero no estaban de acuerdo en todo. Algunos eran más antisemitas que otros, algunos eran más abiertamente racistas que otros, algunos enfatizaban la misoginia mientras que otros demostraban un mayor entusiasmo por la islamofobia. Otros, en cambio, en lugar de comprometerse con una ideología concreta daban vueltas alrededor de evocadoras retóricas sobre Davos y el Estado profundo. Las opiniones que cada uno de ellos propugnaba eran tan políticamente retrógradas, tan moralmente nauseabundas y tan flagrantemente engañosas que ninguna agencia de noticias respetable habría estado dispuesta a contratarlos. Aun así, en el

siglo XXI no necesitaban disponer de un empleo tradicional. En su lugar podían movilizar y capitalizar a sus seguidores en los medios de comunicación sociales.

Se habían creado un nombre propio y, en la mayoría de los casos, vivían bien a base de generar lo que ellos llamaban contenido —pódcast, tretas publicitarias, memes virales— que difundían a través de las distintas plataformas que tenían a su disposición: un feed de Twitter que generaba tráfico hacia Patreon (sitio web de micromecenazgo), un feed de Gab (red social que «abandera el discurso libre») para solicitar donaciones a través de Coinbase, una página web personal que acumula ingresos por publicidad. Así, en caso de que los expulsaran de alguna de estas plataformas, no pasarían hambre ni su mensaje quedaría falto de atención. Algunos de ellos exhibían grandes conocimientos sobre política; otros no tenían ni idea del tema. Pero todos compartían la misma habilidad: un talento para identificar imágenes y temas de conversación relevantes y para impulsarlos desde los márgenes de internet a la corriente principal. Los antiguos guardianes de los medios de comunicación de Nueva York y Washington D. C. todavía albergaban dudas acerca de la importancia de esta habilidad, pero su escepticismo solo beneficiaba a los propagandistas de internet, porque permitían que se los subestimara. Ellos eran conscientes de que una serie de pequeñas victorias a base de memes les ayudaría a ganar terreno en una guerra de información más amplia.

En el fondo eran insurgentes metamedia. Hablaban el lenguaje de la política, en parte porque la política era el programa de telerrealidad que obtenía los mayores índices de audiencia. No obstante, su principal objetivo no era ayudar a que Estados Unidos se convirtiera en una unión más perfecta, sino catalizar el conflicto cultural. Asumían que era necesario prender fuego a las viejas instituciones y utilizaban las herramientas que tenían a su alcance —los nuevos medios de comunicación, sobre todo las redes sociales— para encender tantas cerillas como fuese posible. En cuanto al tipo de sociedad que podría emerger a partir de las cenizas, carecían de una visión coherente y demostraban muy poco interés en desarrollar alguna. No estaban, como William Buckley, de pie ante la historia gritando: «¡Alto!», sino que le estaban haciendo un bloqueo a la democracia liberal al grito de: «¡Alto o disparo!».

Cuando un reportero de la CNN pidió una acreditación para la DeploraBall, los organizadores publicaron su respuesta en Twitter: «Cuestionamos su integridad como institución del periodismo. Por ese motivo no le emitiremos un pase de prensa». Este mensaje fue retuiteado miles de veces. Un usuario anónimo de Twitter, cuyo avatar era una viñeta de un águila calva con el ceño fruncido, respondió con un meme de celebración: una fotografía del periodista y presentador estadounidense Anderson Cooper sentado detrás de una mesa en un estudio de la CNN acompañada de la frase: «Última hora: la gente ya no se cree nuestra mierda».

—Somos los nuevos medios de comunicación —me aseguró Cernovich—. Los dinosaurios de los medios de comunicación y sus noticias falsas tienen los días contados.

Esto, que podía haber sido una fanfarronada cualquiera al más puro estilo Trump, encerraba cierto grado de verdad.

—Sus egos paternalistas y pavisosos se ofenden, pero, ah, se siente, este es el aspecto de un verdadero medio de comunicación democrático. Antes eran capaces de controlar el relato. Pues que os jodan, hijos de puta. Los bárbaros están a las puertas. Ahora todo el mundo tiene una voz.

■

[7] «Era un chico de piel negra, por lo que nació para morir». (N. de la T.).

[8] «Este tipo de cosas aún perviven hoy en ese Ku Klux Klan de túnicas fantasmales». (N. de la T.).

[9] Yiannopoulos se planteó asistir a la DeploraBall, pero finalmente rehusó ante la falta de garantía de que la principal atracción fuera él. «Tiene un carisma que se da una sola vez en cada generación, está al nivel del de Benjamin Franklin en París —dijo Cernovich—. Y es uno de los pocos tipos, sin contarme a mí, que saben usar bien los medios de comunicación sociales».

[10] «He avanzado el vídeo y no enseña las tetas», comentó un

usuario de Twitter bajo el tuit de Fairbanks. «Gracias por ahorrarme el tiempo», repuso otro.

[11] Cuando envié un mensaje a Fairbanks preguntándole si podía acompañarla a la DeploraBall y escribir un artículo para The New Yorker, me respondió: «¿Estamos hablando de un artículo tendencioso sobre una fiesta llena de nazis?». Enseguida añadió: «Ja, ja», no me quedó claro si porque se trataba de una broma o porque le pareció prudente suavizar el tono.

[12] Unas semanas antes, un hombre había conducido desde Carolina del Norte a D. C., había irrumpido en el restaurante y había abierto fuego con un rifle semiautomático. Su objetivo había sido «investigar por cuenta propia» ciertos rumores con los que había tropezado en internet, uno de los cuales afirmaba que el sótano del restaurante era en realidad un calabozo lleno de niños que eran esclavos sexuales (Comet Ping Pong no tiene sótano). Los rumores formaban parte de una enrevesada teoría conspiratoria conocida como Pizzagate, según la cual muchos de los principales actores, periodistas, financieros y políticos, entre ellos el director de la campaña presidencial de Hillary Clinton, eran pedófilos y traficaban con personas. Las pistas eran tan complejas como poco convincentes: rituales satánicos, un código secreto que incluía las palabras «queso» y «pizza», un mapa impreso en una servilleta. La teoría había sido propagada por algunos de los embaucadores más imprudentes de internet, entre ellos Posobiec, Cernovich y la propia Fairbanks.

[13] La extraordinaria conversión de Jones, que le había llevado a pasar de ser un escéptico de Trump (12 de julio de 2015: «No confío para nada en él») a impulsor de Trump (30 de diciembre de 2015: «Si Trump no es sincero entre bastidores, entonces me han engañado»), fue documentada de forma exhaustiva en el pódcast Knowledge Fight, una fuente talmúdica, profana y extrañamente encantadora de exégesis de la infoguerra.

02

Orgullo

En el Press Club, Cassandra Fairbanks estaba preparando cestas de regalo para los invitados vip y los principales contribuyentes. Hacía unos cuantos montones de regalitos idénticos (una gorra de MAGA, una chocolatina de la investidura, una diminuta bandera estadounidense fabricada en China), colocaba cada montoncito dentro de una cesta de mimbre y ataba cada una con un lazo. Luke Rudkowski estaba sentado cerca mirando Twitter. Si alguno de los organizadores masculinos del acto andaba por allí, no vi que se ofrecieran a echar una mano.

—Cestas —me dijo Fairbanks dándome un suave codazo en las costillas—. ¿Lo pillas?

En septiembre de 2016, durante un discurso en una campaña de recaudación de fondos en Nueva York, Hillary Clinton dijo: «Podríamos decir, generalizando de un modo un tanto grosero, que es posible meter a la mitad de los partidarios de Trump en lo que yo llamo la cesta de los deplorables». El público se rio. Clinton definió a los deplorables como «racistas, sexistas, homófobos, xenófobos, islamófobos, por mencionar solo algunos rasgos», y se lamentó de que su oponente «tuitea y retuitea su retórica mezquina, aborrecible y ofensiva». La prensa política enseguida calificó la declaración de Clinton como metedura de pata, no porque fuese falsa —excepto la palabra «mitad», ni siquiera era discutible—, sino por el daño que podía hacerle políticamente.

«Lamento haber dicho “mitad”», se disculpó a medias al día siguiente. Pero su desafortunada expresión (¿quién usa «deplorable» como sustantivo?, ¿quién mete a la gente en cestas?) se negó a desaparecer de la memoria del electorado. Un titular en The Boston

Globe decía: «Con la broma de la “cesta de los deplorables”, Clinton acaba de hacer un meme».

Como cabía esperar, los ultranacionalistas de los medios de comunicación sociales inmediatamente inundaron Reddit y Twitter con imágenes paródicas, reclamando el mote para sí mismos.[14]

Fairbanks terminó de atar un lazo alrededor de la última cesta de regalo, salió a la calle con Rudkowski y pararon un taxi. La fiesta no empezaría hasta dentro de unas horas, así que decidió ir a hacer una visita a su amigo Gavin McInnes, otro invitado vip a la DeploraBall, que estaba de celebración previa con unos cuantos amigos en un lujoso apartamento en la calle K, a un kilómetro y medio del Press Club. McInnes se había ofrecido a ser su acompañante cuando hiciera su entrada triunfal en el club. La idea era protegerla de los manifestantes, y ella había aceptado aquel ofrecimiento encantada de la vida.

En el taxi, Fairbanks abrió Instagram, donde acababa de publicar una foto en la que aparecía con su vestido de fiesta. Leyó algunos de los comentarios: «Qué guapa»; «Cuidado con los comunistas»; «No provoques un ataque al corazón a Gavin».

Los helicópteros zumbaban por encima de nuestras cabezas. Los agentes de policía dirigían el tráfico usando barricadas de madera para bloquear el acceso al National Mall. En la ancha fachada de un centro de convenciones, unos artistas proyectaban las palabras de las mujeres que habían acusado a Donald Trump de agresión sexual.

—Acaban de extraditar al Chapo —anunció Rudkowski nada más recibir una alerta en el móvil.

—Tío, vamos a centrarnos en los países de uno en uno —repuso Fairbanks.

Cuando llegamos al edificio donde se encontraba el apartamento, subimos en ascensor hasta la última planta y llamamos al timbre. Un hombre de unos cuarenta y pico abrió la puerta. Llevaba pajarita negra, el pelo engominado hacia atrás y una barba completa muy cuidada. Saludó a Fairbanks con un beso en la mejilla y después se echó para atrás y le dio un repaso de arriba abajo como si fuera una

artista de vodevil. Ella soltó una risita y pestañeó para seguirle el juego.

—Llevas un escote fantástico, como siempre.

Era Gavin McInnes. Al igual que los demás invitados vip a la DeploraBall, era un creador de contenido. Antes de convertirse en un Deplorable a ultranza, había estado más cerca que ninguno de los otros de tener una carrera en el mundo del espectáculo convencional. En los años 80 y 90 tocó en un grupo llamado Anal Chinook, y después había disfrutado de cierto éxito como actor y cómico. En 1994, con el dinero de una subvención otorgada por el Gobierno canadiense y una organización haitiana sin ánimo de lucro, fundó la revista Vice con dos amigos. La prensa tradicional apodó a McInnes «el padrino de lo hípster». Después del 11 de septiembre de 2001 se volvió declaradamente de derechas y un islamófobo en ciernes. Dimitió de Vice Media firmando un lucrativo acuerdo de desvinculación que incluía una cláusula de no descrédito. Publicó unas escabrosas memorias, fue cofundador de una empresa de publicidad y comenzó a colaborar de forma intermitente en el canal de noticias Fox News en un espacio que generalmente se emitía a las tres de la madrugada.

Además de estas apariciones, McInnes escribía columnas de opinión para publicaciones web de corte extremista como The American Conservative, cofundada por Pat Buchanan, y Taki's Magazine, fundada por Taki Theodoracopulos, un esteta griego que parecía sentir debilidad por el fascismo europeo.[15] (McInnes fue contratado para escribir en Taki's por el editor jefe en aquel momento, un pretencioso nacionalista blanco llamado Richard Spencer). En cualquier caso, McInnes básicamente se presentaba a sí mismo como un provocador de internet. En The Gavin McInnes Show, que se retransmitía en streaming durante hora y media cada día de la semana, contaba historias lascivas, llegó a hacerse un tatuaje en las nalgas en directo y entrevistaba a cómicos, a trabajadoras sexuales y a supremacistas blancos; insistía en que no lo hacía porque respaldara el nacionalismo blanco, sino porque quería ofrecer una plataforma justa a todos los puntos de vista. (Sí sostenía, sin embargo, que las mujeres serían más felices siendo amas de casa, que la cirugía de confirmación de género era

mutilación genital y que los «musulmanes son estúpidos y lo único que de verdad respetan es la violencia». Cuando Donald Trump se postuló para presidente, McInnes lo elogió por ser «anti-Yihad», «antinmigración» y «anti-establishment». «Trump es grosero, maleducado e irracional, pero eso es lo que necesitamos ahora mismo —dijo en el canal Fox Business—. Necesitamos odio. Necesitamos sembrar el miedo».

En 2016, McInnes anunció la fundación de los Proud Boys, una organización fraternal que solo admite a hombres integrada por «chauvinistas occidentales que se niegan a disculparse por crear el mundo moderno». Cada pocas semanas reunía a decenas de jóvenes nerviosos en un antro en Manhattan, pronunciaba un enérgico brindis sobre cómo «Occidente es lo mejor» y los animaba a beber en abundancia. Por lo general, cuando los jóvenes empezaban a pelearse a puñetazo limpio con los normies, McInnes ya estaba de vuelta en su casa con su esposa e hijos en el condado de Westchester. Siempre que un periodista insinuaba que los Proud Boys eran una organización de orgullo blanco, McInnes se mostraba sorprendido y ofendido: «El chauvinista occidental incluye todas las razas, religiones y preferencias sexuales».

Fairbanks cruzó la puerta y entró en la prefiesta, pero cuando yo me dispuse a hacer lo mismo, McInnes me detuvo colocando una mano contra mi pecho.

—¿Quién es este tío? —preguntó a Fairbanks girando la cabeza por encima del hombro.

—Es periodista, pero es de buen rollo —respondió—. Viene conmigo.

McInnes, con el ceño fruncido y sin mover la mano del sitio, me miró por primera vez a los ojos.

—Como nos llames nazis en lo que sea que vayas a escribir —me advirtió poniendo mucho énfasis en sus palabras—, te patearé el puto culo.

Entonces retiró la mano de mi pecho, se hizo a un lado para dejarme pasar y su expresión facial cambió abruptamente.

—¡Tío! ¡Me estoy quedando contigo! —dijo de pronto—. Puede. Casi seguro.

Nos guio a través de una sala de estar hasta una azotea donde había aproximadamente doce Proud Boys de pie formando una especie de círculo; llevaban chaquetas azul marino y gorras rojas de Make America Great Again. Bebían Budweiser de botella. Casi todos eran, como mínimo, un par de décadas más jóvenes que McInnes.

—Caballeros, intentad no eyacular en los pantalones —dijo al presentar a Fairbanks.

Luego, situándose en el centro del círculo, retomó la historia que había dejado a medias sobre una entrevista que acababa de conceder a un equipo de noticias japonés.

—Van y me dicen: «¿Qué opina del señor Trump?» —puso un acento japonés de dibujo animado—. Y les digo: «Trump me encanta, es genial». Y me dicen: «¿Y qué opina del poder blanco?». Y les digo: «¿El poder blanco? ¿Qué cojones? ¡Id a tomar por culo!». Y los he echado. No entiendo de dónde saca la gente esta mierda, os lo digo en serio. En todo el país debe de haber unos siete tíos que de verdad sean supremacistas blancos, ¡y es muy fácil saber quiénes son porque se pasean por ahí en toga y a caballo!

Los jóvenes se rieron. No estaba claro qué se suponía que debían de contestar a eso, si es que tenían que decir algo.

—Aquí fuera hace mucho frío —dijo McInnes—. Se me está encogiendo la polla. —Y por si no había quedado lo suficientemente claro, se metió una mano en los pantalones y sacó un dedo por la bragueta—. Me voy antes de pillar el sida —dijo, y entró en el apartamento.

Me giré para hablar con el Proud Boy que estaba a mi lado, un corpulento contratista de Carolina de Norte que sacaba una cabeza a todos los demás. Debajo de la chaqueta llevaba una camiseta negra con las palabras «Proud Boys» imitando el logotipo de Jack Daniel's. Le pregunté qué le había llevado a unirse al grupo.

—¡Porque estoy orgulloso de ser blanco! —repuso—. Hoy en día de

repente todo el mundo está dividido y no se puede decir nada. No hay nada peor que ser un hombre blanco cis. Como siempre dice Gavin, ¿por qué debería pedir perdón por ser quien soy? —Quiso dar un trago a la cerveza, pero se dio cuenta de que estaba vacía—. Está bien ser un nacionalista y está bien sentirte orgulloso de ser quien eres —prosiguió—. Pero si juntas alguno de estos conceptos con ser blanco, de repente te conviertes en un nazi fanático y demente. No, me niego. Y una mierda. —Me estrechó la mano con firmeza, me miró a los ojos y sonrió educadamente—. Un placer conocerte —dijo, y entró a por otra cerveza.

* * *

Zach[16] era un Proud Boy de veintitrés años (parecía más joven), muy delgado, con una chaqueta que le iba inmensa. Tenía hoyuelos y por debajo de la gorra roja de MAGA sobresalían algunos rizos angelicales. Cada vez que alguno de los que estaban en la azotea soltaba alguna broma particularmente peyorativa, Zach sonreía, se calaba la gorra y miraba hacia abajo entre avergonzado y reconfortado. Algunos de los Proud Boys habían conseguido una entrada para asistir a la DeploraBall; otros, incluido el propio Zach, confiaban en encontrar la forma de burlar a los guardias de seguridad para colarse.

—Me acercaré a ver qué pasa —dijo—. Aunque solo con estar aquí ya soy feliz.

Vivía a pocos kilómetros, en Maryland, el barrio residencial de clase media donde había crecido.

—Toda la gente que conozco tiene exactamente las mismas opiniones. Trump es sinónimo de «imbécil trastornado». Es un dogma de fe, y supongo que no soy el tipo de persona a la que le gusta ir detrás de un líder.

Eso era lo que había despertado su interés por The Gavin McInness Show: el deseo de ver a las vacas sagradas llevadas al matadero.

Entendía perfectamente de dónde venía, me reconocía en cada una de sus palabras. Yo también había crecido en una zona residencial periférica anodina y liberal. Cuando era adolescente había deseado, como tantos otros adolescentes, algo que me ayudara a destacar o, por lo menos, a dar coherencia a mi personalidad. No se me ocurrió nada mejor que una parodia moderada de rebeldía punk-rock. Intenté dejarme el pelo largo como Kurt Cobain, pero en vez de eso terminé con un lamentable casquete pelirrojo abombado con la raya en medio. Fumaba como un carretero, lo que me provocaba acidez de estómago. Con aquel insufrible numerito no impresionaba a nadie, y mucho menos a las chicas, pero me convencí a mí mismo de que estaba en el lado de la justicia. Me enfrentaba al Hombre.

Llegué a la conclusión de que no había nada peor que un conformista, un institucionalista, un cómplice del sistema. Me inventaba principios de forma retroactiva para justificar mis convicciones, cuando en realidad mi único principio verdaderamente consistente era estar en contra de todo. Me rodeaba una fatua mierda burguesa, y yo era el único con suficiente integridad para ir más allá. Los demás podían seguir confiando en los relatos que les ofrecían los libros de historia o The New York Times; yo sería un iconoclasta dispuesto a cuestionar la narrativa dominante.

En aquella época parecía una cuestión ética, pero en verdad podía reducirse a una puramente estética. Si todo es siempre igual, es más guay ser un rebelde que alguien que defiende las instituciones. «Desafía las convenciones. Revienta el sistema. Cuestiónatelo todo». Nunca he visto un póster de Kurt Cobain que dijera: «Puede que realmente valga la pena preservar algunas normas» o «Pon en duda algunas cosas, pero tampoco te vuelvas loco».

Los asuntos políticos no me interesaban gran cosa, pues a mi alrededor nadie era demasiado político. Fue en la universidad cuando empecé a interesarme por la política, a través de los libros. Para entonces, poner en tela de juicio el relato dominante había dejado de hacerme sentir especial: cuestionar la narrativa dominante era hacer los deberes. Ahora me pregunto qué habría sido de mi versión adolescente en la enseñanza secundaria obligatoria si me hubiera sentido presionado a aceptar una

ortodoxia política impuesta. ¿Habría sido capaz de encontrar argumentos sucintos y seductores contra esa ortodoxia siempre que quisiera con tan solo echar un vistazo a internet en un ordenador guardado en el bolsillo?

Mucho después, cuando me descubrí trabajando en el santuario del periodismo contemporáneo, empecé a liberarme de la instintiva necesidad de tener que llevar siempre la contraria. De forma paulatina, a regañadientes, fui admitiendo que las instituciones también podían tener importantes aspectos positivos. Nunca me engañé creyendo que las normas del periodismo tradicional fueran infalibles, dignas de exaltación o intrínsecamente geniales; nadie cree que un mecanismo de control sea estupendo, ni siquiera los propios controladores. Aun así, es posible que algo no esté bien y que al mismo tiempo sea necesario. Pongamos por caso que has organizado una fiesta en un almacén oscuro y decides no poner ningún letrero luminoso que señalice las salidas de emergencia porque no encaja con la estética que quieres dar a la fiesta. Has superado la capacidad máxima del aforo, pero no quieres ser un aguafiestas y ponerte a echar a gente. Alguien activa la alarma de incendios; es una broma y todo el mundo la ignora. En el improbable (pero no imposible) caso de que huelas una fuga de gas o veas nubes de humo, necesitarás un plan de contingencia y un sistema de megafonía operativo.

—Gavin es tan libre… Actúa como si todo le importara una mierda —dijo Zach—. Su forma de hablar… Escucharlo es un subidón de dopamina. ¿Cómo puede irse de rositas con toda la mierda que suelta por la boca? Puede estar contando un locurón de historia sobre gente borracha, sobre sexo o sobre lo que sea y, de repente, te viene con un argumento razonado sobre cómo los roles de género tradicionales hacen sentir más felices a las mujeres o cómo el marxismo cultural ha infectado a los medios de comunicación. Entonces empiezas a escucharlo con una mente abierta y de repente te das cuenta de que nunca antes has oído a nadie plantear así las cosas.

McInnes a menudo afirmaba que el conservadurismo era «el nuevo punk rock» y que tenía algo, era energía pura. Se había convertido en una especie de renegado. Su estilo era ciertamente más

provocador y enérgico que el de cualquier experto de la CNN, y su rutina de bufón con aspecto de dios Jano le permitía una gran flexibilidad: cuando ofrecía un argumento convincente, era un comentarista político; en cuanto cruzaba cierta línea, solo estaba bromeando.

En igualdad de condiciones, es más molón ser un rebelde que un cómplice del sistema. Pero no todo vale. Algunas normas —como dar la bienvenida a un extraño, respetar la dignidad de las mujeres o aguantarse las ganas de golpear solo porque sí a los peatones por la calle— sí merecen ser preservadas. A nivel teórico, afirmar este tipo de cosas no es nada provocador. Parece obvio, sensiblero, conformista. Antes o después, sin embargo, la mayoría de la gente madura y deja de intentar demostrar cuán provocadora es. A veces, cuando todos están en tu contra, es porque eres un iconoclasta particularmente lúcido a la hora de atacar la hipocresía del sistema. Otras veces, en cambio, lo están porque te comportas como un auténtico gilipollas.

* * *

Nuestros anfitriones en la azotea eran Mary Clare Reim y Yonathan Amselem, una pareja que rondaba la treintena. Vivían en uno de los apartamentos del edificio y estaban prometidos.

—Llámame Yoni —se presentó él—. Soy un sefardí mezcla de muchas otras cosas, pero dejo que los detractores piensen que soy un malvado cristiano cis blanco porque encaja mejor con su relato. —Era abogado en una multinacional y había oído hablar de los Proud Boys en The Gavin McInnes Show—. La izquierda ya no es divertida, ¡maldita sea!

Mary Clare explicó que unas semanas antes de la investidura McInnes «mencionó en Facebook o en alguna parte que necesitaba un sitio para dormir en D. C.».

—Le ofrecí nuestra casa de inmediato —prosiguió Yoni, que daba

muestras de estar claramente deslumbrado por él—. Lo conocí por primera vez hará cosa de dos años. Llega, deja la maleta en el suelo y empieza a ponerse el esmoquin en el salón, mientras bebe una cerveza. Es como… es él en persona, el tipo del programa, salvo que está en mi puto apartamento.

—Escucha a Gavin todos los días —aseguró Mary Clare—. Le oigo partirse de risa desde la otra habitación.

—Tengo a Gavin por algo más que un amigo —dijo Yoni soltando una risita.[17]

—Gavin tiene momentos divertidos y hay veces en que realmente la clava —dijo Mary Clare—, pero luego se pasa veinte minutos soltando mierda y me pierde del todo.

—Es una buena chica católica —dijo Yoni.

Parecían el arquetipo de pareja de una comedia de situación: el hombre desaliñado y rellenito que, gracias a la combinación de una serie de desventuras y un sencillo carisma, termina con la rubia esbelta y guapa. Pero Mary Clare se alejaba del arquetipo: no era un ama de casa tonta y sufridora, sino una nerd de la política.

—Soy analista en un laboratorio de ideas.

—La Fundación Heritage —añadió Yoni—. Es un pez gordo.

—Para ser sincera, al principio tuve un montón de problemas con Trump. Escribo sobre política educativa y muchas de las propuestas de educación superior que se presentaron en su campaña en realidad no había por donde cogerlas.

Se puso a explicar algunas estadísticas sobre las subvenciones federales a las universidades.

—Y aquí es donde yo empiezo a controlar —dijo Yoni.

McInnes volvió a salir a la azotea y, con gesto triunfal, presentó a dos mujeres, una de cincuenta y pico y otra de veintipocos. La más mayor me entregó su tarjeta de visita, que la identificaba como «autora y activista cultural» con la cuenta de Twitter

@SpankCityHall.

—Yo puse en marcha el Tea Party de Indiana —dijo—. Antes de eso era una dominatrix con una mazmorra en el sótano y los tíos me pagaban para que les zurrara en el culo. La vida es una montaña rusa, ¿no crees? —Llevaba un chaleco de piel y un gorro cosaco que también estaba hecho con piel—. Esta noche la temática de mi atuendo es Rusia, en honor al macizo buenorro de Vlad Putin.

Uno de los Proud Boys, sin dejar de mirar a la mujer más joven, susurró:

—Espera, creo que sé quién es. —Mientras se acercaba, le preguntó —: ¿Eres Lauren Southern?

—No —contestó ella fulminándolo con la mirada.

Se alejó.

—Mierda, joder —dijo el Proud Boy—. Me habían dicho que iba a venir Lauren Southern.

Era un error comprensible. Tanto Lauren Southern como la mujer de la azotea, Laura Loomer, eran emergentes estrellas de los medios de comunicación sociales y ambas tenían el pelo rubio platino. Southern tal vez era algo más conocida por haber irrumpido en una marcha feminista en Vancouver sujetando un cartel antifeminista («En Occidente no hay cultura de la violación»); su vídeo del encontronazo recibió más de dos millones de visitas en YouTube. Loomer, una estridente islamófoba y teórica conspirativa, mantenía un perfil bajo, en parte porque hasta hacía poco había trabajado en la sombra. Formaba parte del Proyecto Veritas, una organización sin ánimo de lucro con sede en Nueva York que pretendía echar por tierra las instituciones liberales a través de engaños periodísticos. Algunos de ellos habían sido éxitos indiscutibles; otros habían tenido un vergonzoso efecto contraproducente; a menudo, se exageraban los resultados, que eran más bien decepcionantes.[18]

Fairbanks se había acomodado en un sofá y fumaba un cigarrillo tras otro mientras contemplaba las torres acristaladas de color verde del centro de D. C. Mary Clare se sentó a su lado y le preguntó:

—De todas las personas que hay aquí, es probable que seas la que más seguidores tiene en Twitter, ¿verdad?

—Supongo que sí. Aparte de Gavin —respondió Fairbanks—. Tengo unos ochenta.[19]

—¿Mil? ¡Madre mía! ¡Eso es fantástico! Yo tengo, bueno, ninguno. Pero solo me dedico a tuitear sobre los tipos de interés de los préstamos estudiantiles, así que supongo que no es tan sorprendente.

Al otro lado de Fairbanks se sentaba su jefe, Mindia Gavasheli, el director de la oficina de Sputnik News en Washington. Antes de trasladarse a Estados Unidos había trabajado como productor de televisión en Rusia, primero en dos canales regionales en Krasnodar, su ciudad natal, y después en dos cadenas nacionales de marcado sesgo pro-Kremlin. Esa noche parecía encantado de estar entre los Deplorables.

—Deberíamos celebrar un after en el Trump —propuso refiriéndose al hotel Trump International situado en la avenida Pensilvania, que había abierto sus puertas cuatro meses antes.

—Creo que esta noche técnicamente no están abiertos, pero voy a escribir al encargado —dijo Fairbanks—. Voy allí casi cada noche y siempre dejo propina, ¡anda que no me debe favores!

Luke Rudkowski estaba sentado junto a ellos mirando Facebook Live en su móvil.

—Alex Jones está retransmitiendo un vídeo en directo a kilómetro y medio de aquí —dijo con una risita—. Parece que va pedo.

—Qué fuerte, déjame ver —le dijo Fairbanks.

Rudkowski inclinó el teléfono para que pudiera ver la pantalla. Jones estaba delante del Capitol balanceándose ligeramente y hablando con más ardor y menos coherencia si cabe que de costumbre. En persona se dirigía a cerca de una decena de turistas extraviados; en Facebook había congregado a un público de casi cuatro mil personas: «Los arrogantes globalistas que creen que el

poder de la humanidad es suyo porque secuestran el control de…», su voz se iba apagando.

—¡Joder! ¿Está llorando? —preguntó Rudkowski.

Fairbanks y él se troncharon de risa, pero no me quedaba claro si se reían de Jones o con él.

—¡El redescubrimiento de nuestro destino está cerca! —gritaba Jones con la cara bañada en lágrimas.

—No le culpo por llorar —intervino la mujer con el gorro de piel—. Todo el mundo sabe que las agencias de inteligencia van tras él.

—Tenemos que ir a la DeploraBall —dijo Jones—. Voy a mear detrás de algún árbol y luego nos vamos para allá.

Loomer avanzó poco a poco hacia Rudkowski y se apoyó en el reposabrazos de la silla donde él estaba sentado.

—Ey —saludó ella en un tono que sugería una relación íntima.

—Ey —contestó él en un tono que no sugería tal cosa.

Se quedó sentada durante unos segundos intentando sin éxito que sus ojos se encontraran con los de Rudkowski. Al cabo de un rato se marchó enojada.

—¿Qué le pasa? —preguntó Fairbanks.

Rudkowski no respondió.

En una entrada de blog sobre los Proud Boys, McInnes había escrito que «las reuniones normalmente consisten en beber, pelearse y leer en voz alta fragmentos de The Death of the West (La muerte de Occidente), de Pat Buchanan, un libro cuyo argumento se fundamenta en que el descenso de la tasa de natalidad blanca y la "inmigración descontrolada" pronto darán lugar a una "América del tercer mundo"». A esas alturas de la noche, había visto mucha bebida y grandes cantidades de vapeo, pero nada de peleas; los Proud Boys parecían esperarlas con ansia. McInnes, en particular, no dejaba de hacer sonar los nudillos y el cuello, como un boxeador

de camino al cuadrilátero. En cualquier caso, tal vez la parte de la lectura pública fuera tan solo una intención, porque, de entrada, McInnes se había olvidado de meter una copia de The Death of the West en la maleta.

—Yo tengo una —anunció Zach rebuscando en su mochila. Había leído la entrada en el blog de McInnes y había planificado cuidadosamente su visita.

—¡Estupendo! —dijo McInnes—. Vamos a hacer un pequeño brindis.

Los Proud Boys se reunieron en el interior, la mayoría con una cerveza en la mano y un móvil en la otra para capturar cómo los demás capturaban el momento. McInnes pronunció un discurso corto y entusiasta:

—Estamos aquí reunidos para celebrar la investidura —empezó—. Dentro de un rato nos atacarán los guerreros de la justicia social, furiosos de que haya ciudadanos individuales dispuestos a divertirse. Pero antes de irnos me gustaría leer un breve pasaje con el que los Proud Boys disfrutan muchísimo. —Se aclaró la garganta, se ajustó las gafas y abrió el libro de bolsillo por la página señalada —. «En la historia de la esclavitud y del comercio de esclavos —leyó —, el hombre occidental se encontraba entre los muchos villanos, pero el hombre occidental era también el único héroe. Porque la esclavitud no la inventó Occidente, y solo Occidente la abolió». — Para alguien que afirmaba tener una actitud posracial, McInnes dedicaba un montón de tiempo a hablar de la raza. Terminó la lectura («El tiempo de pedir disculpas ha pasado») y pidió una breve ronda de aplausos para sí mismo.

Lee Atwater, un consejero republicano y el Paganini de los mensajes políticos encubiertos de la era moderna, explicó en cierta ocasión la estrategia del Sur, una estratagema mediante la cual su partido empleaba un racismo oculto para apelar al votante blanco. «Empiezas en 1954 diciendo “negrata, negrata, negrata”. En 1968 ya no se puede decir “negrata” —es contraproducente, te explota en la cara—, entonces te pones a hablar de la “segregación en el

transporte público", de los "estados", de los "derechos" y cosas por el estilo; comienzas a sonar abstracto». Cuando Ronald Reagan era candidato a la presidencia en 1980, pronunció un discurso de campaña en el condado de Neshoba (Misisipi), donde tres trabajadores de los derechos civiles habían sido asesinados dieciséis años antes. «Creo en los derechos de los estados», dijo Reagan. Cuando se convirtió en presidente, contrató a Atwater como ayudante en la Casa Blanca y más tarde como director adjunto de su campaña para la reelección. El día después de las elecciones de 1984, en las que Reagan se impuso con un triunfo aplastante, el mayor en la historia de Estados Unidos, Atwater abandonó el Gobierno para unirse a una empresa de campañas de presión cofundada por Paul Manafort y Roger Stone.

Atwater no inventó la estrategia del Sur. Barry Goldwater la utilizó fallidamente en 1964. Luego Richard Nixon ganó con ella, presentándose como un candidato de la ley y el orden que apelaba a lo que más tarde llamaría una «mayoría silenciosa». Lo que hacía era canalizar el lenguaje de Pat Buchanan, uno de sus principales estrategas y redactores de discursos. Buchanan, que se llamaba a sí mismo paleoconservador, era un racista según la mayoría de las definiciones de la palabra. «La herencia, más que el entorno, determina la inteligencia —escribió erróneamente en un informe de circulación interna en la Casa Blanca que iba dirigido al presidente Nixon—. Todos los estudios de los que disponemos muestran que el coeficiente intelectual de los negros está una media de quince puntos por debajo del de los blancos». El informe sostenía que fomentar la integración racial en la escuela pública era una pérdida de dinero gubernamental. Buchanan, que llegó a ser director de comunicación del presidente Reagan, era demasiado astuto para utilizar una retórica tan franca en público, aunque muchas veces estuvo a punto de hacerlo. En The Death of the West escribió: «En su fuero interno, ¿quién cree realmente en la igualdad de todas las civilizaciones, culturas y fes?».

Antes de que «America First» se convirtiera en el primer lema de Donald Trump, había sido el de jingoístas de la posguerra como Buchanan (y, antes de eso, de simpatizantes nazis como Charles Lindbergh). Antes de que «Make America Great Again» fuera el eslogan de la campaña de Trump, había sido el de la campaña de

Ronald Reagan.[20]

Incluso el tema central de la política de Trump —las severas restricciones migratorias—, parecía haberse tomado prestado en gran medida de Anne Coulter, la nativista fatídica que abogaba por las deportaciones masivas y la revocación de la ciudadanía por derecho de nacimiento. En su libro de 2015, ¡Adios, America!, Coulter afirmaba que la construcción de una barrera física a lo largo de la frontera sur era «la única solución cuerda y lógica que puede haber». Antes de su publicación oficial, una copia del libro fue entregada en la Torre Trump en mayo.[21] Al mes siguiente, durante el discurso en el que Trump anunció su candidatura a la presidencia, dijo: «Construiré un gran muro, y nadie construye muros mejor que yo, creedme. Lo construiré, además, de una forma muy barata. Construiré un gran gran muro en nuestra frontera sur». Más adelante, cuando Trump se refirió a los países donde la mayoría de la población era negra como «cloacas» y a los políticos afroamericanos como «individuos de cociente intelectual bajo», simplemente estaba reafirmando lo que otros nativistas estadounidenses llevaban décadas insinuando sin pelos en la lengua, aunque empleando registros algo más sutiles.

William F. Buckley Jr., el editor fundador de la National Review y principal guardián de la opinión conservadora de la posguerra, dedicó casi toda su carrera a tratar de hacer cumplir los límites de lo que debía ser el discurso aceptable de la derecha. Su «gran logro —publicó en 2004 el The Dallas Morning News— fue haber purgado de chiflados el derecho americano»: los extremistas, los paranoicos, los conspiranoicos y los racistas excepcionalmente virulentos. La gran eficacia de estas purgas atestigua la importancia de Buckley y el poder de su revista como un vector de ideas populares.

Por otro lado, «extremismo» es un término relativo. Buckley dejó pasar un montón de intolerancia, y él mismo también produjo una buena cantidad de ella. Cuando tenía once años, cuatro de sus hermanos mayores quemaron una cruz en el césped de un centro de vacaciones judío en Connecticut; el joven Billy lloró porque no le dejaron ir con ellos. En 1957, con treinta y un años, Buckley

escribió «Why the South Must Prevail?» (¿Por qué debe imponerse el Sur?), una columna de opinión en la que ofrecía argumentos a favor de la segregación legal «durante el periodo que sea necesario para lograr una verdadera igualdad cultural entre las razas». Es vergonzoso que en aquella época esto no se considerara una postura extrema.

En 1991, Buckley escribió un ensayo tan largo como un libro sobre Buchanan, una figura despiadadamente crítica con Israel. Buckley se propuso investigar si el antisionismo de Buchanan estaba teñido de antisemitismo. El veredicto final fue un razonado sí: «Encuentro imposible defender a Pat Buchanan de la acusación de que lo que hizo y dijo durante el periodo examinado pudiera considerarse antisemitismo». Después de eso, Buchanan nunca volvió a escribir para la National Review.[22]

Atendiendo a los estándares de purga de Buckley, esta solo fue efectiva a medias. La acusación de antisemitismo quedó vinculada a Buchanan durante años, pero apenas afectó a su carrera. «El mayor vacío en la política estadounidense se encuentra a la derecha de Ronald Reagan», declaró en 1987, y se dispuso a llenar ese vacío presentando un programa de radiodifusión a nivel nacional y un programa de debate en la CNN. En 2002 fue cofundador de una revista llamada The American Conservative. Su objetivo, explicó en aquel momento a un entrevistador,[23] era «recuperar la bandera del movimiento conservador». The American Conservative estaba dispuesta a publicar opiniones que resultaban demasiado provocadoras o racistas para los editores de la National Review. Para entonces, lo que se consideraba aceptable para el pensamiento de la derecha no estaba en manos de un único medio de comunicación.

Buchanan se presentó a las elecciones presidenciales con el Partido Republicano en 1992 y en 1996. En ambas ocasiones hizo campaña desde una plataforma que defendía «valores democráticos» y la restricción de la inmigración. La facción nativista del Partido Republicano se enfurecía al oír esos mensajes encubiertos, pero esta facción aún no se había apoderado del partido. En el año 2000, Buchanan volvió a presentarse, esta vez aspirando a la nominación del Partido de la Reforma de Estados Unidos. Casualmente, uno de

los posibles adversarios de Buchanan era una celebridad de los tabloides que presumía de tener una gran flexibilidad ideológica llamada Donald Trump. «Está enamorado de Hitler —dijo Trump sobre Buchanan—. No le gustan los negros, no le gustan los homosexuales. Es increíble que alguien pueda apoyar a este tipo». Se planteó desafiar a Buchanan para conseguir la nominación del Partido de la Reforma, posiblemente con Oprah Winfrey como compañera de aventuras, pero al final abandonó la campaña sin llegar a entrar oficialmente en ella.

¿Mentía Trump en el año 2000 cuando decía que el Partido Republicano era «demasiado loco, ¿no os parece?»? ¿O mentía en 2016 cuando hizo una campaña que solo estaba ligeramente a la izquierda de la de Viktor Orbán? Es imposible saberlo. Trump tiene una inusitada capacidad para la autocontradicción, pero esta difícilmente es una cualidad exclusiva de él. En mitad de su penetrante descripción de la estrategia del Sur, Lee Atwater se preguntó si el racismo encubierto era en realidad una forma de progreso social: «Lo que quiero saber es si se está volviendo tan abstracto y tan críptico que de una forma u otra estamos acabando con el problema racial». Atwater acababa de admitir que una propuesta política que sonara inocua, como una reducción fiscal, podía a la vez concebirse y entenderse como un sustituto de la intolerancia; acto seguido se convenció a sí mismo de que a veces una reducción fiscal no era más que una reducción fiscal. Esto es lo extraño de las alusiones veladas de la política de mensajes ocultos. A veces, cuando resulta conveniente, tanto los destinatarios como el remitente pueden perder de vista la causa original de tantas insinuaciones y sutilezas.

Llegó la hora de ir a la fiesta. Los Proud Boys inclinaron las cabezas hacia atrás, apuraron la cerveza que les quedaba y salieron de la azotea. La mitad de ellos se embutió en un solo ascensor.

—Espero poder patearle el culo a algún comunista antifa —dijo uno, y enseguida añadió—: En defensa propia, por supuesto.

Otro Proud Boy parafraseó una de las consabidas máximas de McInnes:

—No eres un hombre de verdad hasta que no te han roto el corazón, hasta que tú no has roto alguno, hasta que no te han dado una paliza y hasta que no se la has dado a alguien.

El ascensor se detuvo a medio camino y entró un residente del edificio, un afroamericano de mediana edad en ropa de chándal que salía a pasear al perro. Las puertas se cerraron y durante unos segundos reinó un tenso silencio. La mujer del gorro de piel fue la primera en hablar, y comentó en voz alta:

—¿Sabéis qué? Que la polla de Putin es tan grande que puede verse desde el espacio.

Todos, incluso el tipo del chándal, se rieron de aquel comentario.

Justo antes de que el ascensor llegara al vestíbulo, Yoni dijo:

—Chicos, tengo que tirarme un pedo.

—No lo hagas —le pidió muy seria Mary Clare.

Lo hizo.

—¡Tío! —exclamó ella—. ¿En serio? ¿En un ascensor lleno de gente?

—Ahora este es mi país —repuso Yoni con una sonrisa pícara—. Puedo hacer lo que quiera.

El grupo se dirigió al Press Club, que estaba a veinte minutos caminando. McInnes encabezaba la pandilla. Se le veía nervioso. Se abofeteó ambas mejillas, forzó un bostezo y abrió mucho los ojos.

—Si nadie se pelea conmigo esta noche voy a aburrirme como una ostra.

Dio media vuelta, se puso a caminar de espaldas, como un guía turístico, y empezó a dar instrucciones al grupo.

—¿Dónde está el tío alto? —preguntó llamando al frente al contratista de Carolina del Norte.

Los Proud Boys caminaban en forma de V invertida, ocupando todo el ancho de la acera; las mujeres iban todas juntas detrás de ellos, ocultas.

—Tíos, recordad que lo importante es proteger a las damas —dijo McInnes.

Su caballerosidad, no obstante, no daba para aminorar el ritmo. Las mujeres tuvieron que quitarse los tacones y trotar para no quedarse atrás.

Mientras los Proud Boys esperaban en una esquina a que

el semáforo se pusiera en verde, un tipo en bicicleta se paró y gritó:

—¡Me cago en Trump!

—¿Qué has dicho? —le espetó Zach—. ¡Vuelve a decirlo, maricón!

Temblando por la adrenalina, lanzó una mirada a McInnes para ver si había registrado su demostración de valentía, pero McInnes estaba ocupado charlando con Fairbanks y no se había percatado del intercambio de opiniones.

El hombre tiró la bicicleta al suelo y empezó a acercarse; con cada paso que daba, parecía un poquito más grande.

—No tengo ningún problema en repetirlo: Me. Cago. En. Trump.

La luz del semáforo cambió de color. Zach agachó la cabeza y siguió caminando.

A una manzana del Press Club nos llegó el rugido de la muchedumbre. Fairbanks se puso el poncho. Rudkowski empezó a grabar con el teléfono.

—¡Los más valientes delante! —gritó McInnes—. ¡Apretaos bien! ¡Las mujeres en medio!

Doblamos una esquina. Centenares de detractores atestaban la calle,

que estaba cerrada al tráfico. Varias figuras enmascaradas surgieron de entre la multitud ondeando una bandera antifa roja y negra; de unos contenedores de metal salían llamas, de un radiocasete portátil llegaban ritmos lentos de rap y entre los edificios reverberaban sonidos de rim shots. Una hilera de agentes de policía con chalecos verde neón y escudos de plástico permanecía hombro con hombro creando una zona de seguridad entre los manifestantes y los asistentes a la fiesta.

—¡Que os divirtáis, escoria nazi! —gritó un manifestante a una pareja de pelo cano que entraba en el recinto.

Otros manifestantes se encararon con los agentes de policía entonando una vieja canción sindical con una evocadora melodía machacona: «¿De qué lado estás tú? ¿De qué lado estás tú?».

Varios manifestantes encontraron la manera de rebasar el cordón policial y se colocaron entre los Proud Boys y la entrada. McInnes, intentando incitar a uno de ellos a pelearse, le lamió la cara; el hombre soltó un alarido y se echó hacia atrás, pero no contraatacó. Otro manifestante, que llevaba un pasamontañas negro y una bandera antifa, pasó junto a McInnes sin hacer nada, pero McInnes lo empujó y le golpeó en la cara.

—¡¿Qué cojones haces?! —gritó el hombre.

Dos agentes de policía se abalanzaron para arrestar al manifestante, mientras otros escoltaban a McInnes al interior del Press Club.

En el vestíbulo, sana y salva, Fairbanks se quitó el poncho y se estiró el vestido.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó—. Gracias por protegerme.

—De nada, señorita —repuso McInnes.

Zach intentó colarse con el grupo, pero los guardias lo detuvieron. El resto de los Proud Boys desaparecieron dentro y las puertas se cerraron tras ellos. Zach, solo, se volvió hacia la multitud rugiente. Hasta ese instante se había dejado llevar por una energía triunfal e irreflexiva. Ahora, de pronto, se preguntó qué demonios hacía allí,

qué importancia tenía todo aquello. Deseó poder desmaterializarse y reaparecer en su casa, en el salón cálido y bien iluminado viendo un partido de béisbol con su padre o leyendo algo en el móvil: pensando en cualquier cosa menos en política. Se quitó la gorra de MAGA y la escondió dentro de la chaqueta para mezclarse mejor entre la muchedumbre. Luego apretó el paso hasta el final de la manzana, dobló una esquina y desapareció en la noche.

■

[14] Un póster de Les Misérables se convirtió en un póster de Les Déplorables. Un anuncio de la película de acción Los mercenarios pasó a anunciar —Photoshop mediante— a Los deplorables: Donald Trump en el centro y más adelantado, flanqueado por diversos políticos caídos en desgracia (Chris Christie, Rudy Giuliani), varios miembros impredecibles de su campaña (Roger Stone, Ben Carson) y unas cuantas eflorescencias imposibles de catalogar de la cultura contemporánea de internet (Milo Yiannopoulos, Alex Jones, la rana Pepe).

[15] En una columna de 2011 aparecida en Taki's Magazine, McInnes escribió: «El aumento de la población en Estados Unidos es cien por cien mexicano, y creo que es justo afirmar que no estamos recibiendo a los mejores ni a los más brillantes». Cuatro años después, en el discurso en que anunció su candidatura a la presidencia, Donald Trump dijo de México: «No están enviando a los mejores».

[16] Zach es un alias.

[17] Había escuchado suficientes veces el programa de McInnes para saber que los Proud Boys consideran que cualquier variación de esta broma —la insinuación de que su organización fraternal homosocial es en realidad una organización fraternal homoerótica— era el no va más del ingenio.

[18] Durante la campaña presidencial de 2016, Loomer se hizo pasar por voluntaria de Clinton en varios estados llevando una cámara oculta e intentando persuadir a los trabajadores de la

campaña para que dijeran o hicieran algo criticable. En casi un año y medio tan solo documentó una posible violación del reglamento de la campaña: una mujer canadiense compró una gorra y una camiseta en una mesa de artículos promocionales, lo que técnicamente podía considerarse una contribución extranjera a la campaña. Cuando el Proyecto Veritas convocó una rueda de prensa para sacar a la luz este material audiovisual —en el National Press Club, dicho sea de paso—, la gran revelación resultó tan decepcionante que muchos de los periodistas asistentes se preguntaron si se trataba de una broma. (Poco después, Donald Trump firmó una carta de intenciones para desarrollar un rascacielos Trump World Tower en Moscú).

[19] El número de seguidores en Twitter de una pseudocelebridad era un indicador habitual, si bien muy rudimentario, de su fama en internet. El número de seguidores en las cuentas de muchos de los invitados vip a la DeploraBall alcanzaba las seis cifras (menos que los de la cuenta oficial de, por ejemplo, Newsweek, pero más que los de un reportero medio de dicha revista). En los meses posteriores a la DeploraBall, el número de seguidores de estos invitados vip continuó aumentando a un ritmo acelerado. En 2018, las cuentas de muchos de ellos —Gavin McInnes, Laura Loomer, Alex Jones— serían bloqueadas en Twitter y otras plataformas, ahogando tanto sus ingresos como su influencia.

[20] La versión de Reagan empezaba con «Let's», una distinción que no aporta ninguna diferencia, como tampoco la aporta el octavo de nota que separa la línea de bajo en «Under Pressure» de la de «Ice, Ice Baby».

[21] Tuit de Trump antes de que se publicara el libro: «El nuevo libro de @AnnCoulter, ¡Adios, America! The Left's Plan to Turn Our Country into a Third World Hellhole, es una gran lectura. ¡Buen trabajo!». Tras la publicación del libro, la revista de izquierdas Current Affairs lo llamó un «libro deshumanizador y vicioso» que, sin embargo, funcionaba como «propaganda efectiva».

[22] En sucesivas entrevistas, Buchanan afirmó que si Buckley le consideraba persona non grata, el sentimiento era mutuo. Pero años más tarde, sobre todo después de la muerte de Buckley, la prohibición pareció relajarse: la National Review dio cobertura a

numerosos libros de Buchanan, con valoraciones que a veces podían ser muy positivas, y lo invitó a aparecer en sus pódcast en distintas ocasiones.

[23] David Corn, «Pat Buchanan, Editor», The Nation, 24 de octubre de 2002, www.thenation.com/article/pat-buchanan-editor.

03

La cuestión

de ir a la contra

Roger Stone estaba de pie en el vestíbulo del Press Club vestido de esmoquin e irradiando indignación por los cuatro costados. Al parecer, los organizadores de la DeploraBall no habían dejado suficientes entradas a su nombre, por lo que él y su séquito —unos cuantos amigos y familiares y un equipo de cámara de Vice News— habían decidido marcharse.

—Esto es un despropósito, es insultante —dijo al salir.

Pero lo cierto es que ese no era, ni mucho menos, uno de sus problemas más acuciantes. Ese mismo día, poco antes, había recibido la llamada de un reportero de The New York Times. El periódico estaba a punto de publicar la noticia de que el FBI, la Agencia de Seguridad Nacional y la CIA investigaban la posible confabulación de Stone con operativos rusos en relación con la campaña de Trump: «Esta es mi respuesta oficial —había informado Stone al periodista—: Mentira. Tonterías. Es totalmente falso».

Después de que Stone se marchara, seguí a Fairbanks y a los Proud Boys al interior del Press Club y subimos a la planta decimotercera, donde avanzaron por un pasillo lujosamente enmoquetado, dejaron atrás el Centro Bloomberg de Periodismo Digital y encaminaron sus pasos a la barra libre en el Salón de la Primera Enmienda. Un equipo de noticias paró a McInnes para entrevistarlo y este les obsequió con el rifirrafe que se había producido fuera. No alegó haber actuado en defensa propia.

—De repente vi a ese tío antifa sujetando un mástil de cartón, como

exige la ley, y me puse tan furioso al ver que un supuesto anarquista cumplía con las normas relativas al cartón que le di un puñetazo.

A lo largo de la noche repitió la misma historia delante y detrás de las cámaras manteniendo una coherencia narrativa en los aspectos principales de la trama, pero exagerando cada vez más los detalles secundarios.

—Creo que al golpearle, mi puño entró primero en su boca y al sacarlo me rozó con los dientes —dijo a un periodista—. Puede que haya pillado el sida de los perdedores.

Continuamos avanzando hacia el bar. Por el rabillo del ojo vi una figura espectral que parecía un Matthew Broderick disecado.

—¡Oh, Dios mío! Es Martin Shkreli —susurró Fairbanks.

Shkreli, un siniestro emprendedor farmacéutico, se encontraba en ese momento bajo acusación federal por fraude de valores bursátiles.[24]

Traté de presentarme, pero emitió un ruido gutural no silábico y se escabulló entre la multitud. En algún punto, Rudkowski se apartó del grupo; la siguiente vez que lo vi estaba en una esquina hablando con una sonriente rubia con un vestido de tafetán azul celeste.

—¡Oh, esa es Lauren Southern! —dijo el Proud Boy que horas antes la había confundido con Laura Loomer—. Está mucho más buena.

Fairbanks caminaba delante de mí, rebuscó en el bolso, encontró sus pines de Comet Ping Pong y la rana Pepe y se los enganchó en el vestido. Había cerca de mil invitados a la DeploraBall, muchos de los cuales habían pagado entre cien y dos mil quinientos dólares para asistir. Casi todos llevaban como mínimo un detalle peculiar: una camiseta con las palabras «Inmigrante Legal», una banda de «Deplorable Adorable», una chapa de «Alemanes con Trump», gorras de MAGA de color rojo, blanco, azul, negro, rosa, plateado, dorado o estampadas de camuflaje.

Justo antes de que Fairbanks llegara a la barra, uno de los asistentes

le dio un golpecito en el hombro y ella le dedicó la típica mirada ausente que suelen ofrecer los famosos o pseudofamosos: él la conocía a ella, pero ella a él no.

—¡Soy un seguidor tuyo! ¡Me encanta todo lo que haces! ¿Me dejas que me haga un selfi contigo?

Un amigo y él se colocaron cada uno a un lado de Fairbanks, listos para posar. Ella me lanzó una mirada de resignación satisfecha —«el deber me llama»— y la dejé atendiendo a sus fans.

Pasé junto a un caballete que estaba colocado en un lugar destacado y brillantemente iluminado. Sostenía un retrato al óleo: un perfil de tres cuartos de George Washington con una gorra de MAGA en la cabeza. En circunstancias normales, la representación impertinente de uno de los Padres Fundadores no me habría molestado. En igualdad de condiciones, ¿por qué no meterle caña al Hombre? De forma similar, si me obligaran a elegir entre depositar mi confianza en un ciudadano subversivo y arrogante o en la CIA, generalmente me inclinaría del lado del rebelde. Y sin embargo. Y sin embargo, cuando la CIA dice que una acusación de interferencia electoral merece ser investigada y un sucio encubridor embustero dice que no, me temo que tengo que confiar en la CIA. «Pon en duda algunas cosas, pero tampoco te vuelvas loco». De los Deplorables me indignaban muchas cosas, pero una de las más irritantes era que me obligaban a pensar como un cómplice del sistema.

A lo largo de la noche, en cada una de las salas del Press Club escuché a los asistentes emplear el acrónimo MAGA. Lo usaban como verbo («¡No puedo esperar a maguear!»), como adjetivo («No hay fiestas como las magas») y como interjección independiente («¡¡¡MAGA!!!»). Durante un año y medio, en todas las plataformas de medios sociales, los Deplorables habían repetido hasta la saciedad lo mucho que sus hermanos de MAGA y ellos estaban dispuestos a maguear para humillar, destrozar y reventar hasta al último liberal de mierda. Sin embargo, con solo oírlos hablar resultaba evidente que pocos de ellos habían pronunciado esas palabras en voz alta. De entrada, ni siquiera se ponían de acuerdo en si la primera A debía o no ser redondeada.[25]

Me encontré a Mike Flynn Jr., cuyo padre, el general Mike Flynn, se convertiría en el nuevo asesor del presidente en materia de seguridad. «Seguid a Mike @Cernovich —había tuiteado un mes antes de las elecciones—. Tiene un libro fantástico, Gorilla Mindset». Es probable que la recomendación procediera de Flynn Jr., un superfán de Cernovich y un ferviente conspiranoico en Twitter.[26] Pregunté a Flynn Jr. por qué su nombre no aparecía en la lista de invitados vip a la DeploraBall.

—Esta noche quiero mantener un perfil bajo —dijo—. Solo soy un fan de estos tíos.

En mi mano izquierda sujetaba una libretita blanca de espiral. La llevé encima casi toda la noche, incluso cuando no tomaba notas, a modo de identificación. (Lo único peor que un periodista es uno que trabaja a escondidas). Algunos de los Deplorables, al ver la libreta, se aseguraban de decirme exactamente lo que pensaban sobre los medios de comunicación. Escuché numerosas variantes de las mismas formas de romper el hielo: «¿Vas a escribir cosas bonitas sobre nosotros o vas a escribir noticias falsas?». «No se te ocurrirá llamarnos supremacistas blancos, ¿verdad?». Hubo quienes me preguntaron por mis motivaciones, unas veces con afán curioso y otras en un tono más inquisitivo.

Tenía una sencilla regla para este tipo de situaciones: no mentir, independientemente de lo que me preguntaran. Respondía a la mayoría de las preguntas con franqueza y a fondo, pero, en ocasiones, cuando pensaba que alguna respuesta completamente sincera podría conseguir que me expulsaran o agredieran, mascullaba algo veraz pero evasivo y cambiaba de tema.

—¿Cuál es tu punto de vista, socio? —me preguntó un hombre que tenía el físico de un luchador profesional y llevaba gafas de sol a pesar de que dentro de la sala de baile estaba oscuro.

—Bueno, básicamente intento conocer a la gente y hacerles preguntas.

Se colocó las gafas en la frente y apoyó su gruesa mano en mi hombro.

—Ya me entiendes —dijo con una sonrisa que no parecía destinada a hacerme sentir tranquilo—. ¿De dónde vienes? Políticamente hablando.

Hice una pausa, consideré varias respuestas posibles y elegí una:

—Mírame —le dije.

Giré la cabeza como un búho para dejar que me observara desde todos los ángulos: pálido, rostro angular, barba pelirroja, gafas de empollón con montura de carey.

—Vivo en Brooklyn. Escribo para The New Yorker. Tengo una bici de una sola marcha. Adivina; seguro que te acercas bastante.

El luchador parecía encantado.

—¡Tienes que conocer a mi amigo! —exclamó, llamando por señas a su colega. Luego se dirigió a mí—: Quédate aquí y repítele lo que acabas de decirme. Voy a por cervezas para todos.

Sin decirme ni hola, una mujer me agarró de la muñeca y me sacó de la sala de baile hasta un pasillo sin ventanas junto al restaurante Cuarto Estado, donde su acompañante estaba sentado solo, vapeando. Nos miró con indiferencia mientras ella le apuntaba con el dedo.

—¡Es español! —dijo—. El sheriff Clarke está aquí, un caballero afroamericano al que todo el mundo trata con el mayor de los respetos. ¿Te parecemos nazis?

Anoté lo que la mujer decía, luego le entregué mi libreta y le pedí que compartiera su nombre y su dirección de correo electrónico. En su lugar, arrancó la hoja donde había apuntado sus palabras, la rompió en mil pedazos y los esparció por la moqueta como si fueran confeti.

* * *

El estado de ánimo predominante en la sala de baile era de alegría, con un trasfondo de ira. En cualquier momento, cualquiera podía iniciar alguno de los consabidos cánticos de tres palabras: «¡Drenemos el pantano!», «¡Construyamos el muro!» o «¡Cierra con llave!», sin más esfuerzo que el que supone tirar una cerilla en un bosque seco. Yoni, con un cóctel de bourbon en cada mano, trataba de inventar su propio cántico: «¡Nos gusta divertirnos!». No cuajaba.

Cernovich, el maestro de ceremonias de la velada, subió al escenario, se colocó detrás de un atril y pidió la atención de los allí congregados. Llevaba un traje sin corbata, un peinado despeinado muy a la moda y barbita de una semana. (Desde lejos habría podido pasar por ligeramente schwarzeneggeriano). Tras él había una banderola azul de Trump y un asta con una bandera estadounidense de aspecto mustio.

—Me alegra ver a toda la gente de Twitter en la vida real —dijo—. Nosotros hemos dirigido Twitter durante las elecciones.

—¡Seguimos haciéndolo! —gritó uno de los asistentes.

Cernovich tenía una voz nasal de tenor, ceceaba, hablaba con una cadencia entrecortada e irregular y giraba las muñecas en pequeños círculos cada vez que se ponía nervioso. Aun así, cuando se indignaba, podía ser un orador eficaz.

—Los medios de comunicación de noticias falsas no querían hablar de las cosas reales, pero nosotros hemos hablado con la gente y por eso sabía que Trump iba a ganar.

Ese «nosotros» se refería a Cernovich Media, el nombre que se había inventado para una marca mediática que consistía en él mismo.

Mencionó a Paul Ryan, el presidente de la Cámara de Representantes, y, como era de esperar, la muchedumbre le abucheó. Ryan no era un transgresor guerrero de la cultura sino un republicano indómito, y los Deplorables lo consideraban otra serpiente más del «Estado profundo».

—Hay quien le llama Cornu Ryan —reflexionó Cernovich—. No seré yo quien lo haga esta noche.[27]

Uno por uno, Cernovich fue llamando al escenario a distintos invitados vip. James O'Keefe, del Proyecto Veritas, dijo:

—Lo digo aquí y ahora: los siguientes serán los medios de comunicación.

Laura Loomer, antigua empleada de O'Keefe, estaba sentada en el bar enviando un mensaje de móvil. Ninguna oradora femenina fue invitada a subir al escenario.

—Nos encanta el presidente Trump. No es una cuestión política —dijo Jack Posobiec—. Nos dimos cuenta de que estábamos viviendo en una situación en la que lo verdadero era falso, lo falso era verdadero, las noticias eran mentira y todos lo sabíamos pero nadie decía nada. Nuestro país tenía algunos problemas y dijimos: «Vamos a hacer algo al respecto y no podréis silenciarnos».

Entre un discurso y otro, Cernovich dirigía un desangelado espectáculo de variedades. Un pintor de speed painting de Staten Island realizó la caricatura de un Trump en plan cachas. Un cantante de folk rasgueó «The Times They Are A-Changin» con una guitarra acústica engalanada con un código QR. Un aspirante a estrella del pop que parecía un cruce entre un miembro de One Direction y un carlino color albaricoque interpretó su único éxito, «Trumpified», un rap heavy quejumbroso con Auto-Tune que se había vuelto viral («In debt to our ears, but please have no fears / The Trump is here / Oh, hell yeah»).[28]

Poco antes de que Gavin McInnes subiera al escenario, le pregunté sobre qué tenía pensado hablar.

—De lo de siempre: la raza y el coeficiente intelectual —dijo—. Y de la CJ, por supuesto.

Con lo de la raza y el coeficiente intelectual se refería a una idea que había sido desacreditada hasta el aburrimiento pero que nunca había dejado de ser popular: esa que afirmaba que desde el punto de vista genético las personas blancas eran más inteligentes que las

negras. CJ era la «cuestión judía», ya fuera empleando lugares comunes («¿Por qué los judíos están sobrerrepresentados en los medios, en las instituciones académicas y en la banca?») u otros más amenazantes («¿Qué debería hacerse respecto a los judíos?»). McInnes bromeaba; por mucho que le hubiera gustado hablar de estos temas en el escenario, sabía que no debía intentarlo. En teoría, él y otros vips de la DeploraBall eran absolutistas de la libre expresión que creían que cualquier idea debía permitirse en cualquier recinto. En la práctica, sabían que ciertos asuntos solo debían abordarse en privado o mediante veladas alusiones.

McInnes echó un vistazo al cuaderno que tenía en la mano y suspiró.

—Mira, no soy un tío de la derecha alternativa —aclaró—. A ellos les preocupa la raza blanca. A nosotros, los valores occidentales.

Algunos de sus aliados habían empezado a referirse a su ideología como «nacionalismo cívico». Hasta hacía poco, los nacionalistas blancos y los nacionalistas cívicos habían mantenido una alianza inestable con la afiliación de ambos grupos bajo el gran paraguas conocido como la derecha alternativa. Ahora, una guerra de marcas empezaba a hacer trizas el movimiento.

Durante la larga campaña presidencial de 2016, Donald Trump parecía recurrir a oscuras fuentes de energía que no se habían observado con anterioridad en el universo del electorado estadounidense. Los medios de comunicación tradicionales, impacientes por dar un nombre a esta categoría de votantes recién visibilizados, empleaban un término genérico: la derecha alternativa o alt-right. La palabra encajaba muy bien en los titulares y en los generadores de caracteres, y gustaba tanto a los editores de periódicos como a los productores de informativos de televisión, que confiaban en sugerir una sensación de estremecimiento y novedad sin dictar un juicio explícito. En lugar de denunciar a la derecha alternativa, los reporteros a menudo la describían como «divisiva» o «con una carga racial». Intentaban presentar ambas partes de forma neutral, tal como supuestamente requerían las convenciones periodísticas.

La definición de derecha alternativa continuó expandiéndose. En el verano de 2016, el paraguas era tan grande que abarcaba a cualquier conservador o reaccionario que fuera activo en internet y diera muestras de una actitud demasiado agresiva contra el sistema como para sentirse cómodo en el Partido Republicano (una categoría que incluía al candidato republicano a presidente). Se trataba de una definición extrañamente amplia para lo que en teoría era un movimiento marginal, y, sin embargo, nadie parecía impaciente por aclarar tal confusión semántica. La campaña de Clinton resaltaba el tamaño y la influencia de la derecha alternativa, mientras que la derecha alternativa estaba encantada de ser percibida como vasta y amenazante. No había una forma precisa de medir cuántos estadounidenses apoyaban a la derecha alternativa, y nunca la habría. Las estimaciones oscilaban entre varios centenares y unos cuantos millones. En cualquier caso, lo importante no era el recuento del número de personas que formaban el movimiento, sino su impacto colectivo en el vocabulario nacional.[29]

A lo largo de la campaña, el paraguas se mantuvo bien abierto. «Somos la plataforma para la derecha alternativa», dijo Steve Bannon en julio de 2016, cuando dirigía el tabloide Breitbart. Más tarde ese mismo año, después de guiar la campaña de Trump a la victoria y de ser elegido jefe de estrategia de la Casa Blanca, Bannon afirmó que su única intención había sido alinearse con una marca insurgente de nacionalismo cívico, no con el etnonacionalismo. Sin embargo, un núcleo dentro del movimiento insistía en una definición más estrecha de la derecha alternativa, basada en un antisemitismo explícito y en la supremacía blanca. Este núcleo había existido siempre, y esto es algo que a nadie que estuviera versado en la blogosfera de la extrema derecha se le habría podido pasar por alto.

Los periodistas convencionales —al menos los que se mantenían atentos— estaban amedrentados por la precariedad fiscal de su industria, por la deteriorada autoridad cultural de sus instituciones y por las impredecibles dinámicas de la indignación en los medios de comunicación sociales. Cuanto más se perfilaban estas amenazas, mayor era el número de periodistas que se aferraban a los escasos axiomas profesionales que aún parecían estar fuera de toda duda:

en todos los asuntos de opinión política, un periodista debía aspirar a permanecer neutral. Esto puede ser válido para cierto tipo de periodistas cuando se trata de ciertos debates prosaicos sobre tarifas y tratados. Sin embargo, cuando alude a cuestiones de principios fundamentales, no siempre es posible ser imparcial y honesto al mismo tiempo. Lo que estaba claro era que la derecha alternativa era un movimiento racista lleno de asquerosos y mentirosos. Si el libro de estilo de un periódico no permitía que los reporteros dijesen esto, ni siquiera de manera implícita, entonces dicho libro de estilo impedía a sus periodistas contar la verdad.

La neutralidad nunca ha sido un bien universal, ni siquiera en épocas más sencillas. En tiempos atípicos —por ejemplo, cuando la prensa se ha visto envuelta, con o sin su consentimiento o comprensión, en alguna sucia guerra cultural—, la neutralidad no siempre es posible. Algunas preguntas en realidad no son tales. ¿Debería tratarse a los musulmanes estadounidenses como auténticos estadounidenses? ¿Deberían ser bienvenidas las mujeres en el lugar de trabajo? ¿Hay niños encerrados en el sótano de la pizzería Comet Ping Pong? Tratar estos asuntos como legítimos temas de debate no es ser neutral, sino cómplice. A veces, incluso para un periodista, no existe la posibilidad de no elegir bando.

Según cuentan, Richard Spencer acuñó el término derecha alternativa o alt-right en 2008. En 2010 fundó AlternativeRight.com, «una revista digital de tradicionalismo radical». No era en absoluto discreto en cuanto al tradicionalismo que tenía en mente: uno que hiciera retroceder muchos de los derechos civiles y normas sociales que se habían establecido durante el siglo XX, en especial aquellos que fomentaban la integración racial. Spencer sabía que la formidable tarea de impulsar su programa político iría más allá de lo que la mayoría de los guardianes consideraban aceptable. Aun así, se atrevió a soñar.

Tras abandonar un programa de doctorado en Historia Intelectual Europea en la Universidad Duke para «perseguir una vida de delitos de pensamiento», Spencer empezó a repartir su tiempo entre los barrios residenciales en las afueras de Virginia y el chalet de esquí de sus padres en Montana, subsistiendo en gran medida gracias a la

riqueza heredada y escribiendo rimbombantes entradas de blog sobre Nietzsche, Wagner y la eugenesia.[30] Al cabo de un tiempo, tomó el control de un exiguo laboratorio de ideas en D. C. y empezó a conceder entrevistas a la prensa convencional, presentándose en público como un intelectual de la aristocracia terrateniente. En su propio nicho de publicaciones, pódcast y conferencias, cuando suponía que los normies no estaban escuchando, expresaba sin tapujos sus opiniones. Lo «ideal», decía, era la «creación de un etno-Estado blanco en el continente norteamericano». (Afirmaba que esto podía lograrse mediante una «limpieza étnica pacífica», aunque se mostraba impreciso a la hora de explicar cómo se llevaría a cabo en la práctica eso de «pacífica»). El etno-Estado blanco no incluiría a judíos, que eran conspiradores natos y minarían cualquier sociedad que se les permitiera infestar.[31]

Unos cuantos activistas pro-Trump, anticipando una futura reacción, intentaron erigir barreras dentro del gran paraguas, por endebles que fuesen. «Mike Cernovich no es parte de la derecha alternativa», escribió en el verano de 2016 en su blog Mike Cernovich, que a menudo se refería a él mismo en tercera persona. Esta oración era suficientemente clara, pero el resto de la entrada era enrevesada y cautelosa. No condenaba la intolerancia de la derecha alternativa, más bien hacía lo contrario. «En mi opinión, no se debería poner límites a ninguna idea —afirmaba—. ¿A quién le importa que alguien sea racista?».[32] Luego añadía: «Hasta que la derecha no gane de una vez, no tengo ningún interés en discutir con la derecha alternativa ni en rechazar a nadie. Cuando la derecha tenga algún poder real, entonces llegará el momento de batallar una guerra civil ideológica».

Aquel noviembre, los republicanos ganaron la presidencia, ambas cámaras en el Congreso y dos tercios de las legislaturas estatales. La guerra civil ideológica se puso de relieve. El laboratorio de ideas de Richard Spencer celebró una conferencia en un edificio gubernamental en Washington D. C. y él pronunció un discurso de presentación autocomplaciente, salpicado de sorbitos ocasionales a un vaso de whisky. «La derecha alternativa siempre se ha tomado en serio al presidente electo Donald Trump y sus posibilidades». Comparaba esta actitud con la de «los medios de comunicación, o tal vez debiéramos referirnos a ellos en su alemán original:

Lügenpresse». El apelativo, que quería decir «prensa que miente», había sido uno de los favoritos de Joseph Goebbels.

El discurso de Spencer se volvió más enfático y logró que el público le ovacionara. «Para nosotros, como europeos, las cosas solo volverán a ser normales cuando volvamos a ser grandes». Spencer, oriundo de Texas, exclamó: «¡Hail Trump! ¡Hail nuestro pueblo! ¡Hail la victoria!». La última frase era una traducción del original alemán «Sieg Heil». Spencer levantó su copa y mantuvo el brazo en alto. Varias personas entre el público respondieron levantando un único brazo y estirando la mano en un saludo nazi integral.

De forma irónica, aunque también predecible, Spencer había permitido que un cámara judío[33] del The Atlantic capturara todo aquello y, como consecuencia, el metraje se hizo viral. En las noticias por cable y a lo largo y ancho de los medios de comunicación sociales, Spencer se convirtió en la cara incuestionable de la derecha alternativa, y esta pasó a quedar incuestionablemente vinculada al neonazismo. Spencer afirmaba sin demasiada convicción que sus seguidores habían efectuado un «saludo romano» en lugar de uno nazi, pero ni siquiera él parecía tomarse la excusa en serio. Aquel espectáculo —que terminó siendo conocido como «Hailgate»— obligó a todos los que estaban asociados con la derecha alternativa a tomar una decisión: permanecer en el lado de Richard Spencer o renegar de él y del término que había inventado.[34]

La etiqueta «derecha alternativa» demostró ser potente y duradera, y carecía de un sustituto obvio. En Twitter, los nacionalistas cívicos propusieron posibles apelativos para su mitad del movimiento: la nueva derecha, el Movimiento MAGA, los Deplorables. Los supremacistas blancos declarados y orgullosos de serlo continuaron llamándose a sí mismos la derecha alternativa; se referían de forma condescendiente al grupo escindido como la «alternativa ligera».

—Sabía que terminaría pasando algo así —dijo Cernovich varios días después del Hailgate—. Ya se nos ocurrirá algún otro nombre. La primera orden del día es sacarme de encima esa puta mierda nazi. Es demasiado tóxica desde una perspectiva de marca.

Otro de los organizadores de la DeploraBall era un joven que se

hacía llamar Baked Alaska, un trol infatigable con un impresionante número de seguidores en Twitter y YouTube. Cuando faltaba poco menos de un mes para la fiesta tuiteó: «Los judíos dirigen el 95 por ciento de los medios de comunicación estadounidenses… Un dato muy interesante».

Cernovich le reprendió en un mensaje privado: «Estúpido. Tío, estás en la lista como invitado especial —escribió—. No vuelvas a cagarla. Ni saludos nazis ni gilipolleces de la CJ».

Baked Alaska llevaba muy mal que le dijeran lo que tenía que hacer: «Me gusta divertirme, Mike, y esto ya no es divertido —le contestó en otro mensaje—. Hay demasiadas reglas». Le prohibieron la entrada a la DeploraBall y su nombre fue tachado de la lista de invitados. «Soy muy tolerante con todo lo que tenga que ver con hacer el tonto en internet —escribió Cernovich en su blog—. No pierdo los estribos ni me enciendo. Pero todos tenemos límites». Cuando descubrió que Richard Spencer había comprado una entrada para asistir a la DeploraBall, también lo vetó.

Esto enfureció a algunos de los seguidores de Cernovich, que eran constitucionalmente reacios a cualquier tipo de control de acceso y, además, se habían tomado al pie de la letra su opinión de que ninguna idea está fuera de los límites: «Si la libertad de expresión es tan importante para ti, ¿por qué vetas a @bakedalaska de la #deploraball? —tuiteó a Cernovich una mujer con el alias @urwrong1mright—. Me parece un poco incoherente».

En un pasillo del Press Club, una vez finalizados todos los discursos de los invitados vip, me crucé con Cernovich y le pregunté si se lo estaba pasando bien.

—Llenazo total, y parece que la gente se divierte —contestó—, pero mejor pregúntame mañana, cuando sepa que no ha habido violencia y que nadie ha publicado selfis haciendo el saludo romano. Entonces estaré contento.

Estábamos de pie junto a un fotomatón. Cassandra Fairbanks pasaba por allí, abrazó a Cernovich por la espalda y lo metió en la cabina, donde se sacaron distintas fotos (en una se pusieron máscaras de Trump, en otra máscaras de Hillary, en otra posaron como ellos

mismos).

—¿Te has convencido ya de que no somos nazis? —me preguntó Fairbanks al salir del fotomatón, arrastrando un poco las palabras —. Porque eso es una gilipollez, sinceramente, una acusación ridícula. Ni siquiera sé de dónde sale.

Me recordó por tercera vez que su madre era portorriqueña.

—Deberías relajarte —dijo—. Guarda esa libreta y ve a emborracharte.

Estuve charlando con otro de los invitados vip de la DeploraBall, un chico delgado de veintiocho años llamado Lucian Wintrich que llevaba un traje negro hecho a medida, una gorra negra de MAGA y gafas de carey. Tenía la estructura ósea de un modelo de anuncio de colonia y el comportamiento frívolo y empalagoso de un tahúr aficionado. Empezaba muchas frases —preparaba el terreno para un chiste racista, soltaba algún razonamiento ligeramente conspiratorio sobre Georges Soros—, pero terminaba muy pocas. Junto a él estaba Jim Hoft, de cincuenta años, con una chaqueta de esmoquin de terciopelo color burdeos.

—¡Lucian trabaja para mí! —chilló Hoft más de lo que era necesario —. Dirijo The Gateway Pundit, una de las mayores páginas web del Medio Oeste. Un millón de visitas diarias. Cada día. Y eso es porque ofrecemos las putas noticias reales.

El sheriff David Clarke subió al escenario al cabo de unos minutos con su característico sombrero vaquero negro y un esmoquin con una ancha faja naranja. Se colocó frente al público e hizo un rígido saludo militar; la expresión de su rostro oscilaba entre la pétrea determinación y una furia que echaba humo. Se dio la vuelta hacia el fondo del escenario y dedicó un saludo a la bandera estadounidense, lo que provocó emocionados aplausos entre el público. Entonces fue hasta la bandera, la atrajo hacia él y besó delicadamente la costura donde las estrellas se juntan con las barras. Llegados a este punto, la multitud rozaba los niveles de euforia del concierto de los Beatles en el Shea Stadium.

—Estoy seguro de que eso va en contra del Código de la Bandera —dijo un hombre a mi espalda.

—Que te follen, tío —le respondió otro.

—¡Maldita sea! —gritó Clarke desde el atril—. Sin vosotros, mañana al mediodía Donald Trump no se convertiría en el presidente de Estados Unidos. Él lo sabe, y yo lo sé.

Me apoyé en una pared para tomar notas. Incluso con la euforia del público en su punto más álgido podía sentir que a mi espalda se hallaba un foco de atención distinto. Me giré. Unos metros más allá, en la semipenumbra, estaba Peter Thiel. Se rumoreaba que era uno de los donantes secretos de la DeploraBall, pero ninguno de los organizadores de la fiesta esperaba que se presentara (¿por qué iba a arriesgarse a mancillar su reputación un grande del capitalismo, el cofundador de PayPal y uno de los inversores más reverenciados del país, mezclándose en público con parias? Pero ahí estaba, y parecía ligeramente abrumado. Fuera, los manifestantes ondeaban sus pancartas; dentro, los Deplorables celebraban su fiesta; pero Thiel estaba solo, con las manos vacías, sin sujetar siquiera una copa o un móvil inteligente.

Thiel era bien conocido por adoptar puntos de vista contrarios que iban desde lo ofensivo a la simple provocación.[35] En 2016 añadió una nueva postura heterodoxa a su lista al convertirse en el partidario de Trump más destacado de Silicon Valley.

Una muchedumbre de jóvenes con gorras de MAGA revoloteaba a su alrededor lanzándole ideas de negocios y buscando el modo de hacerse un selfi con él.

—¡Es increíble cómo has destrozado a Gawker![36] —dijo uno de ellos—. ¿Quién es el siguiente?

Thiel ignoró la pregunta y esperó a que hablara alguien más, pero nadie lo hizo.

—Aprecio un entusiasmo genuino en la sala —dijo sin ningún tipo de entusiasmo.

—Te preguntaba si vas a ir por algún otro medio de comunicación —repitió el joven.

—He entendido tu pregunta —repuso Thiel—. Estaba dando pie a un nuevo tema de conversación.

Su voz era ronca pero delicada y tendía a marcar las palabras. Aquella charla trivial a gritos en una habitación ruidosa casi parecía provocarle un dolor físico.

Esperé fuera del corro y me presenté a Thiel como periodista. Le comenté que querría entrevistarme con él en algún momento, o allí mismo, si no estaba demasiado ocupado. Se dio la vuelta para echarme un vistazo y a continuación volvió a mirar al escenario sin decir nada. Empecé a farfullar incoherencias para llenar el silencio. Cuando le mencioné que trabajaba en The New Yorker, se volvió hacia mí.

—Vale, tengo una pregunta —dijo—. ¿Sus colegas estaban realmente emocionados con Hillary? No me refiero a que la prefiriesen a la alternativa, hablo de niveles de emoción similares a los de Obama.

—Buena pregunta —contesté—. Algunos sí, la mayoría no.

—Ah —dijo.

Esperé a que dijera algo más, pero parecía que no tenía nada que añadir. Le pregunté por qué había decidido asistir a la DeploraBall.

—Conozco a algunas personas —dijo mirando a derecha e izquierda —. Creo que no tardaré en irme.

Antes de que pudiera marcharse, mencioné que recientemente había leído su libro de 2014 De cero a uno. En el libro, Thiel plantea lo que él llama «la cuestión de ir a la contra»: «¿Cuál es tu verdad más importante con la que muy pocos están de acuerdo?». (Respuesta de Thiel: «La mayoría de la gente piensa que la globalización definirá el futuro, pero lo cierto es que la tecnología es mucho más importante»).[37]

Le dije que, desde que había leído el libro, había estado

reflexionando sobre mi respuesta a la cuestión de ir a la contra.

—Oh.

No me animó a continuar, pero tampoco se dio media vuelta, así que le expuse la conclusión a la que había llegado.

—La mayoría de la gente asume que existe una correlación congénita y fiable entre lo bueno que es algo y lo popular que será —dije—. Yo creo que, en el mejor de los casos, se trata de una correlación poco fiable.

Thiel ocupaba uno de los ocho asientos en la junta directiva de Facebook, una compañía cuyo dogma de cara al público daba por supuesto que «bueno» y «popular» eran conceptos intercambiables. En una entrevista de 2010 para la revista Time, Mark Zuckerberg declaraba: «El mejor material se difunde, ya sea el mejor artículo de opinión, la mejor canción, el mejor producto o la mejor película». Toda la empresa de Zuckerberg —es más, toda la red social— derivaba de esta premisa. Al parecer, la idea fundamental era que las decisiones humanas más trascendentales (cuestiones de gustos, políticas o incluso morales) podían resolverse mejor en el mercado abierto de las ideas o, simplemente, en el mercado. Si esta premisa era correcta, entonces deshacerse de la vieja guardia informativa parecía una tarea sencilla, un ejemplo clarísimo de lo que empresarios como Thiel llamaban «desintermediación». Pero ¿y si la premisa era errónea?

Terminé mi diatriba. Thiel se quedó callado unos segundos. Para ser educado, me di la vuelta y dejé que organizara sus ideas. Además de pertenecer a la junta directiva de Facebook, Thiel había sido el primer inversor externo de la empresa. Desde entonces había vendido la mayoría de sus participaciones, pero aún mantenía acciones de Facebook por un valor superior a los 35 millones de dólares. Teniendo en cuenta este conflicto de intereses, era bastante improbable que apoyara de pleno mi punto de vista. Aun así, tenía curiosidad por ver qué puntos estaba dispuesto a conceder y cuáles refutaría. Incluso los enemigos de Thiel reconocían su feroz intelecto y su capacidad para el debate extemporáneo. Mientras esperaba su respuesta, sentí un destello de vergüenza premonitoria: mi argumento sin duda estaba a punto de ser desmontado.

Sobre el escenario, David Clarke se aproximaba al punto álgido de su discurso:

—Cuando oigo decir a la gente que necesitamos extender la mano y trabajar con la gente, con los demócratas, ¿sabéis qué les digo? ¡Les digo que la única razón por la que les extendería la mano sería para agarrarlos del pescuezo!

Cuando me giré, Thiel se había marchado.

* * *

En 1961, tres años antes de que el historiador Richard Hofstadter advirtiera de la presencia de un estilo paranoico en la política estadounidense, el presidente Kennedy mantenía su confianza en que «el sentido común y la estabilidad básicos del gran consenso estadounidense» prevalecerían finalmente. Si en 1961 existía un gran consenso estadounidense, este se vio reflejado y moldeado por las instituciones centrales del Cuarto Estado, que en ese momento se encontraban en la cima de su poder. Walter Cronkite iba camino de convertirse en el hombre que más confianza inspiraba en Estados Unidos. Edward R. Murrow, el jefe y predecesor de Cronkite, acababa de abandonar la CBS News para unirse a la administración Kennedy, donde se dedicaría a redactar la propaganda que después difundiría el Departamento de Estado. Los periodistas más destacados de la nación, desde locutores famosos a editores con funciones poco reconocidas, eran, por lo general, hombres blancos de clase media alta enfundados en trajes grises. Muchos pertenecían a élites costeras estrechas de miras, demasiado cautelosas o demasiado miopes para correr el riesgo de alejarse de forma significativa de la narrativa socialmente aceptable, incluso cuando los elementos de dicha narrativa (el Golfo de Tonkín, la muerte de Fred Hampton) eran engañosos o completamente falsos.[38] Con demasiada frecuencia, eso que parecía estabilidad y consenso en realidad se conseguía sofocando la disidencia, silenciando voces marginales o descartando el conflicto productivo como ruido baladí.

En su libro de 1998, Los guardianes de la libertad, Edward Herman y Noam Chomsky advertían de que la simbiosis no controlada entre el poder gubernamental y el periodismo corporativo podría permitir que los guardianes de los medios de comunicación engañaran de muchas maneras a un público crédulo. Esto era cierto, y eso que Herman y Chomsky no tenían forma de saber que estaban escribiendo esa idea al comienzo del fin de una era: tan solo dos décadas después, el Cuarto Estado habría dejado de infundir una atención y un respeto generalizados, y los observadores sensatos ya no podrían emplear la expresión «el buen sentido y la estabilidad» para describir el discurso estadounidense, por lo menos no con un rostro impasible.

Cuando se fundó en 2004, Facebook se presentó como «un directorio digital que conecta a las personas a través de las redes sociales en las universidades». Al cabo de pocos años, esta metadescripción se había transformado en una declaración de intenciones mucho más grandiosa: «Facebook ofrece a la gente el poder de compartir y hacer del mundo un lugar más abierto y conectado». Mark Zuckerberg puso mucho empeño en no denominarse a sí mismo guardián. Al contrario, se retrató como una figura a lo Robin Hood que arrebataba el poder a los guardianes y lo distribuía entre la gente, alguien en quien presumiblemente se podía confiar para hacer lo correcto.

La guardia tradicional de los medios de comunicación era, sin lugar a duda, un sistema profundamente deficiente. Pero ¿y si resultaba que, como la democracia, era el peor sistema exceptuando todos los demás? Si la historia era un arco que se doblaba de forma inexorable hacia la justicia, no había ninguna necesidad de preocuparse por nada de esto: una perturbación tecnológica solo podría guiar al mundo con una mayor eficacia en la dirección correcta. Si la historia era contingente, no obstante, eliminar a los guardianes sin disponer de una idea clara de lo que podría sustituirlos podía sumir a todo el ecosistema de la información en el caos.

■

[24] Más conocido por adquirir la licencia de un fármaco escaso para después subir el precio un 5.000 por ciento, Shkreli a menudo ha sido llamado «el hombre más odiado de Estados Unidos». Además de su trabajo cotidiano como estafador, era un prolífico trol de Twitter. Su técnica de troleo era una de las más antiguas y simples del mundo: exhibir un mal comportamiento constante y desafiar a la gente a odiarlo mientras le observaba. Era el chaval indisciplinado sentado en la última fila de la clase, con un deseo infinito de cualquier forma de atención, tanto negativa como positiva. Con la aparición de los medios de comunicación sociales, Shkreli tuvo acceso a centenares de millones de nuevas orejas a las que dar un capirotazo.

[25] Por motivos personales, el acrónimo me resultaba excepcionalmente molesto. Cuando tenía dos años, antes de que se acuñara la palabra MAGA, yo había acuñado la palabra Magah, con las dos aes redondeadas. Era un sustituto de grandma (abuela), una palabra que aún no sabía pronunciar. Cuajó. Desde ese momento, para mis hermanos, mis amigos cercanos, mi identificador de llamadas y para mí, mis abuelas se llamaron Magah Dorothy y Magah Clare. «No entiendo cómo alguien puede hacer caso a esta basura», dijo Magah Clare en la primavera de 2016 cuando fui a visitarla a su apartamento de una habitación en la West End Avenue. Hablábamos, como todo el mundo hacía en ese momento, de Trump. «¿Sabes qué es lo que es? Un gonif (bandido). ¿Conoces esa palabra?». Magah Clare era una de mis personas favoritas en el mundo: lengua afilada, lúcida, ferozmente inteligente. Había crecido en Bensonhurst. Su padre, que apenas hablaba inglés, había sido un trabajador socialista en una fábrica de confección. Ella lo leía todo, incluido The New Yorker, pero no tuvo dinero suficiente para terminar el instituto. Sus religiones eran el ateísmo, los derechos de los trabajadores, la Séptima de Beethoven y una intensa aversión a las sandeces. A lo largo de 2016, cada vez que comíamos juntos me preguntaba, de forma retórica, qué le pasaba a la gente, cómo alguien podía siquiera plantearse depositar su confianza en aquel hombre. Yo no tenía una respuesta enjundiosa a esa pregunta, y ella en realidad no esperaba ninguna. Murió en la primavera de 2017. El único consuelo que me queda es que nadie le dijo jamás que los bandidos le habían robado el apodo, junto con todo lo demás.

[26] Después de las elecciones, ambos Flynn fueron contratados por el equipo de transición de Trump. En diciembre, horas después de que arrestaran al hombre armado en la pizzería Comet Ping Pong, Flynn tuiteó: «Hasta que no se demuestre que el #Pizzagate es falso, seguirá siendo noticia». Lo despidieron del equipo de transición, pero su padre permaneció.

[27] Cornu, diminutivo de cornudo, era el insulto preferido de los Deplorables en aquel momento. Solo los Deplorables y sus acólitos empleaban esa palabra en serio; la mayoría de la gente la consideraba chirriante o desconcertante, y esa era parte de la gracia. Un cornudo es un hombre cuya mujer le ha sido infiel o está embarazada con el hijo de otro. El término posee una larga historia de connotaciones racistas: durante siglos, desde Otelo a la pornografía de internet pasando por El nacimiento de una nación, los hombres blancos han expresado sus temores raciales a través de ficciones sobre hombres negros «que se llevan a nuestras mujeres». Sin embargo, los nacionalistas blancos de la derecha alternativa habían expandido y afinado la metáfora presentando la imagen de Estados Unidos como una damisela con una frontera sur expuesta y su pureza en riesgo de ser profanada por las hordas morenas. Siempre que algún congresista, especialmente uno blanco y republicano, sugería un enfoque bipartidista de la reforma racial, las hordas de la derecha alternativa en Twitter se apresuraban a denigrarlo como «cornuservador». Para la derecha alternativa, estos congresistas no eran meramente moderados ni políticos con intereses propios. Eran unos traidores a la raza.

[28] «Endeudados hasta las cejas, pero, por favor, no tengáis miedo. / El Trump está aquí. / Oh, claro que sí». (N. de la T.).

[29] No había ningún partido, comité de acción política u organización oficial llamada derecha alternativa. No había listas de afiliación. La definición de derecha alternativa cambiaba constantemente, incluso dentro del propio movimiento; personas que una semana eran líderes, a la siguiente habían sido expulsadas. La mayoría de los partidarios de la derecha alternativa era gente anónima, y su devoción, en el mejor de los casos, era inconsistente; muchos de ellos habrían renegado de sus creencias en un santiamén ante un encuestador (o un progenitor). El hogar primario de este

movimiento no se encontraba en el espacio corpóreo sino en internet. El número de personas dispuestas a acudir a un mitin de la derecha alternativa o a colocar un letrero en el patio delantero de su casa apoyando a un candidato de la derecha alternativa se veía eclipsado por el número de personas que se descargaban un pódcast del movimiento o que publicaban comentarios de forma anónima empleando algún hashtag de la derecha alternativa. Por eso no es de extrañar que, llegado el momento de hacer una estimación del tamaño del movimiento, no hubiera una cifra en firme. Además, ciertas cifras que sí deberían haber sido sólidas —por ejemplo, las de las encuestas que daban como ganadora a Hillary Clinton— al final no lo fueron tanto como se había creído.

[30] La primera vez que oí hablar de la procedencia de la fortuna familiar de Spencer, di por sentado que se trataba de una broma; era demasiado perfecto. Luego lo investigué y descubrí que era verdad: miles de acres de campos de algodón en Luisiana que habían pertenecido durante generaciones a sus antepasados.

[31] Esta era, tal vez, la iteración más descarnada de la «cuestión judía»: «¿Son blancos los judíos?». Los nacionalistas cívicos no reflexionaban gran cosa al respecto; a los nacionalistas blancos les obsesionaba esta cuestión e insistían en que la respuesta era no. Cuando explicaba a mis amigos normies que Richard Spencer y los que eran como él no consideraban que los judíos fueran blancos, mis amigos solían reaccionar con incredulidad o con una sucinta refutación: «Pero es que los judíos son blancos». Hablábamos de personas que defendían que la raza no era una construcción social y, aun así, a menudo actuaban como si las categorías raciales a las que se habían acostumbrado no solo fueran significativas sino también indestructibles.

[32] Un año antes, Cernovich había tuiteado: «Pasé del libertarismo a la derecha alternativa tras darme cuenta de que la tolerancia solo se desplazaba en una dirección y de que la diversidad es la clave para el genocidio blanco». Nunca se retractó de este comentario ni se disculpó por él. Creía que las disculpas le hacían parecer débil. Prefería enrocarse y marear la perdiz para mantener tanta negación plausible como fuera posible.

[33] El nombre del cámara era Daniel Lombroso. Spencer me contó

pasado un tiempo que «en ese momento no sabía que era judío».

[34] «La marca de la derecha alternativa está dañada. Ahora se asocia con el nazismo, y los estadounidenses normales no van a apoyar eso —dijo en YouTube Paul Ramsey, un nacionalista blanco que anteriormente se había identificado como derecha alternativa —. Esto es vergonzoso, pero en realidad no pasa nada. […] Ahora que tenemos a nuestro hombre en el Gobierno no necesitamos llamarnos derecha alternativa».

[35] «Ya no creo que la libertad y la democracia sean compatibles —escribió en 2009 en un blog libertario—. Desde 1920, el enorme incremento de beneficiarios de las prestaciones sociales y la extensión del sufragio a las mujeres —dos electorados con un pasado tristemente duro con los libertarios— han convertido la noción de "democracia capitalista" en un oxímoron». En 2016 dijo que las universidades eran «tan corruptas como lo era la Iglesia católica hace quinientos años».

[36] En 2007, Gawker, un irreverente tabloide digital de metamedia, publicó un artículo donde se afirmaba que Thiel era gay. Unos años después, parece ser que a modo de represalia, Thiel financió de forma encubierta una demanda no relacionada por violación del derecho a la intimidad interpuesta por el luchador profesional Hulk Hogan, lo que llevó a Gawker Media a la bancarrota. Thiel explicó luego al The New York Times que no veía ninguna contradicción entre su complot para destruir a un medio periodístico y su devoción, como libertario, por la libertad de prensa: «Me niego a creer que el periodismo implique violación masiva de la privacidad».

[37] Además de la cuestión de ir a la contra, Thiel ofrece un corolario más mundano: «¿Cuál es la empresa importante que nadie está construyendo?». Sostiene que tener «buenas respuestas» para estas dos preguntas es un requisito previo para «crear valor» y «construir el futuro», dos expresiones que, en esencia, vienen a ser sinónimas de convertirse en un rico emprendedor tecnológico como Peter Thiel.

[38] En 1969, varios agentes de policía de Chicago allanaron el hogar de Fred Hampton, el vicepresidente del Partido Pantera

Negra, de tan solo diecisiete años; Hampton terminó muerto. Los agentes de policía explicaron a los medios de comunicación que ellos habían sido el blanco de las balas y habían disparado a Hampton en defensa propia. Los medios de comunicación repitieron esta afirmación. Como más tarde informaron Jeff Gottlieb y Jeff Cohen en The Nation, gran parte de la cobertura mediática que se hizo de aquel incidente se basó —en gran medida, cuando no exclusivamente— en las declaraciones de la policía. Los agentes realizaron una escenificación televisada del asalto para una cadena subsidiaria local de la CBS, empleando un plató expresamente construido para ello. El Chicago Tribune publicó un informe sustraído a los agentes implicados en el asalto; este iba acompañado de una fotografía del apartamento en la que se habían dibujado círculos para rodear los supuestos agujeros de las balas disparadas contra la policía. Al final resultaron ser cabezas de clavos. El Chicago Sun-Times informó de este detalle, pero la verdad del caso —que la policía no había actuado en defensa propia y que Hampton fue probablemente asesinado por agentes de su propio Gobierno— tardó años en salir a la luz. Ver Jeff Gottlieb y Jeff Cohen, «Was Fred Hampton Executed?», The Nation, 25 de diciembre de 1976, www.thenation.com/article/was-fred-hampton-executed.

04

Cambiar cómo

hablamos es cambiar

quiénes somos

La DeploraBall terminó en torno a la medianoche, momento en el cual los invitados se desperdigaron por la acera charlando y fumando cigarrillos. Era una noche excepcionalmente cálida. Los manifestantes y la policía ya se habían marchado. Al salir del edificio, la primera persona a la que vi, justo frente a la salida, fue Richard Spencer. Llevaba una chaqueta de pana caqui, guantes de cuero negros y su característico corte de pelo —afeitado por detrás y por los lados, y un poco más largo por encima—, lo que sus seguidores llamaban peinado fascis.

—¿Llevas toda la noche esperándonos? —se burló Gavin McInnes—. Patético. ¿Por qué no nos dejas en paz, puto nazi?

—Eres un cornu, Gavin —dijo Spencer.

Entonces, saliéndose de su papel, sonrieron y se abrazaron.[39]

Un reportero de Infowars se llevó a McInnes a un lado para hacerle una videoentrevista. Una vez más repitió la cantinela de su reyerta con el manifestante antifa:

—Le metí el puño en la boca y sentí su lengua… Era como agarrar el clítoris de una boa constrictor.

Dos de los asistentes observaban borrachos la entrevista y se desafiaban el uno al otro a entrar en cuadro:

—Ponte delante de la cámara y di que Bill Clinton es un violador.

—¿Un racista?[40]

—No, tío. Un violador.

—No puedo trolear a Infowars con ese meme. Ese meme lo inventaron ellos.

Cernovich vio a Spencer y se alejó caminando media manzana para evitarlo. Varios vips, sin embargo, fueron acercándose a él; por muy desacreditado que estuviese, la mala fama era un tipo de divisa. Fairbanks le dio un beso en la mejilla y, sin más preámbulos, se pusieron a hablar, como si retomaran una conversación ya empezada. Ese mismo día, al enviarle un mensaje preguntando a qué hora debía llegar a su casa, me había contestado: «Hay alguien que quiere irse antes de que llegues… Es una figura bastante controvertida». Era evidente, aunque no estuviera dispuesta a confirmarlo ni a negarlo, que se refería a Spencer.

Se hizo una foto con Laura Loomer, que apoyó una mano en su hombro.

—Soy judía, ¿lo sabías? —dijo ella mientras sonreían a cámara.

—No me digas… —ironizó Spencer entre dientes.

—¿Cómo lo sabías? ¿Por mi Twitter?

—Sí, y por tu nariz.

Loomer no estaba teniendo una noche fácil. Había viajado a Washington convencida de que entre Rudkowski y ella había algo, pero, tras verlo flirtear toda la noche con Lauren Southern, se dio cuenta de lo equivocada que estaba.

—Hablé con él el mes pasado y me dijo: «Si al final voy a la DeploraBall, fijo que voy contigo». Supongo que es un puto mentiroso, como todos.

Yoni fue a estrecharle la mano a Spencer y le pidió una foto:

—No quiero molestar —dijo—. No soy más que un tipo del montón.

—En absoluto —repuso Spencer—. Para eso estoy aquí.

Charlaron un minuto, unidos por su mutua aversión a Angela Merkel.

Después de que Mary Clare les hiciera la foto, Yoni se giró hacia Spencer y dijo:

—Eres mucho más simpático de lo que pareces en internet.

—¡Soy un buen tío! —respondió Spencer—. Simplemente soy un incomprendido.

Hizo un repaso de arriba abajo a Mary Clare y luego se volvió hacia Yoni.

—Tío, ella es mucho más guapa que tú. ¿Te tiene pillado con algún tipo de chantaje?

La sonrisa de Yoni se desvaneció. La de Spencer, no. Parecía que realmente intentaba hacerle un cumplido, aunque no supiera cómo. [41]

De la misma manera que la mayoría de la gente gravitaba hacia Spencer, él gravitaba hacia mí, el único periodista convencional en su línea de visión. Después de que le prohibieran la entrada a la DeploraBall, había optado por pasar la noche «cenando y bebiendo por allí cerca con unos amigos». Uno de esos amigos era Mike Enoch, de Nueva York. Enoch era un podcaster pseudoanónimo de la derecha alternativa y uno de los cofundadores de The Right Stuff. Una semana antes, el nombre y la dirección reales de Enoch habían sido revelados contra su voluntad —una forma de vendetta que en el vocabulario digital se conoce como doxing—, lo que había hecho peligrar su trabajo y su matrimonio. Enoch y otros seguían de fiesta, bebiendo, pero Spencer, según dijo, se había despedido de ellos «para venir aquí y tal vez convencer a algunas personas a unirse a nosotros si de verdad buscan un auténtico movimiento disidente».

Saqué el tema del Hailgate.

—Admito que estaba siendo travieso y provocador —dijo—. A veces hay que escandalizar a la burguesía. Y mira, con eso conseguí una importante reacción negativa, pero también me reportó miles de nuevos seguidores.

Le pregunté si siempre había detestado a Cernovich y al resto de los organizadores de la DeploraBall.

—Verás, durante el proceso electoral nos mostramos amables los unos con los otros, y algunos de ellos aún lo son entre bastidores. Pero ahora quieren inventarse una especie de estrategia a lo Ricitos de Oro, es decir, provocadora pero no demasiado provocadora. No va a funcionar. ¿Derecha alternativa sin realismo racial? Eso es como ser las animadoras de Trump.

—¿Cuáles son los puntos claves del movimiento de la derecha alternativa? —le pregunté—. ¿Quién es su líder intelectual?

Me lanzó una mirada fulminante, como queriendo dar a entender que mi pregunta era una estupidez.

—Yo.

En el suelo había una pancarta que había dejado uno de los manifestantes. Rezaba: «La pobreza es un crimen contra la humanidad». Un Proud Boy la recogió y se la entregó a Spencer. Este la sujetó con una mano, cerró la otra en un puño y lo levantó haciendo el saludo de las Panteras Negras.

Fairbanks, riéndose, le hizo una foto.

—¿Puedo colgarla en Twitter?

—Adelante —repuso Spencer—. Si te soy sincero, ni siquiera estoy seguro de discrepar con lo que dice el letrero.

—Dios, la de mierda que me va a caer por colgar esto. —Parecía encantada—. Tal vez la suba también a Instagram.

Spencer se dirigió al after no oficial de la DeploraBall, en el Shelly's Back Room, un bar de fumadores al otro lado de la calle. Fairbanks se quedó rezagada mientras terminaba su cigarrillo.

—¿A que él no da miedo? —me preguntó—. Supongo que en el fondo sigo siendo una hippy y lo único que quiero es que todos se lleven bien con todos.

Spencer pasó más de media hora en esa fiesta llevando la contraria a todo el que se dejaba. Varios invitados a la DeploraBall picaron el anzuelo, como si estuvieran impacientes por pelearse con alguien.

—¿Exactamente cómo vas a hacer que Estados Unidos sea solo blanco? —le preguntó, empujándole en el pecho, un bloguero de la alternativa ligera alto y con barba llamado Jack Murphy—. ¿Con vagones de ganado? ¿Cuál es el plan, tío?

Mike Cernovich los separó.

—Ocupaos luego de vuestras mierdas si queréis —dijo a Murphy en tono paternalista—, pero este lugar está lleno de periodistas. Si os dais un puñetazo, no habrá más historia que esa.

Antes de marcharme del bar y dar por finalizada la noche, fui a ver por última vez a Cernovich. La DeploraBall había concluido sin Sieg Heils ni actos vandálicos de ningún tipo, y sin que nadie hubiera quebrantado seriamente las reglas.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo—. Mucho ruido y pocas nueces. Estamos configurando el molde de cómo debería ser la nueva derecha.

Evocó la ventana de Overton, una metáfora inventada en los años 90 por un laboratorio de ideas libertario que explica cómo fluctúan los vocabularios culturales conforme avanza el tiempo. Las ideas centrales que se encuentran en el interior de la ventana de Overton son universalmente aceptadas y tan convencionales que se dan por descontado. Los cristales exteriores de la ventana representan las opiniones más controvertidas; las opiniones radicales están junto al borde de la ventana; por fuera de ella hay ideas que no solo carecen de popularidad sino que son impensables.

La importancia de la metáfora reside en que lo que resulta

impensable tiene una condición temporal, porque la ventana siempre puede desplazarse.

—En estos momentos a mí se me considera un lunático radical, igual que a todos los que has conocido esta noche. Pero somos más numerosos de lo que la gente cree, y hemos sacado tajada de algo que es más poderoso de lo que son capaces de comprender. La ventana no es estática, tío. Pueden llamarnos extremistas todo lo que quieran, pero espera a que pasen dos, cinco o diez años y verás.

El día después de la DeploraBall, Richard Spencer asistió a la investidura con corbata, una gorra roja de MAGA y chubasquero. «La criminalidad, las bandas y las drogas que tantas vidas han robado… —dijo Trump—. Esta carnicería estadounidense termina aquí y ahora».

Acabado el discurso, Spencer se quedó al otro lado de las vallas de seguridad y abrió Periscope, la app de streaming en directo de Twitter. Con la cámara del teléfono en modo selfi, Spencer improvisó unas palabras para un público en internet de más de veinte mil personas. En la calle, personas desconocidas pasaban a su lado sin prestarle la menor atención: «Temía que Trump fuera a… tal vez no a someterse, pero sí a tratar de invocar a Kennedy. Pero no lo ha hecho… Y creo que eso es fantástico. Ha sido un discurso populista. Hablaba sobre identidad».

«Hail al líder», decía uno de los comentarios.

«Hail victoria», decía otro.

«No se ha referido a la CJ», se quejó alguien.

«Richard —se leía en otro de los comentarios—, Cassandra Fairbanks cree que eres guapo».

A medida que la muchedumbre salía del recinto tras él, Spencer continuó con su exégesis de la primera investidura de Trump: «El discurso seguramente lo ha escrito Stephen Miller. Me gusta Stephen Miller en lo referente a su contundencia; en términos

poéticos no ha sido tan bueno». Miller, de treinta y un años y principal asesor de Trump en materia política, había sido estudiante en la Universidad de Duke cuando Spencer cursaba un posgrado en el mismo lugar; ambos eran miembros de un pequeño club llamado Unión Conservadora de Duke.

—Nos conocemos bastante bien —me había dicho Spencer la noche anterior—. Me sorprende que más gente no se haya dado cuenta de esta conexión.

La mañana posterior al nombramiento, un bloguero de la derecha alternativa llamado Vox Day publicó una entrada en la que celebraba todo lo que había conseguido el movimiento: «Esta victoria es vuestra, de todos los que habéis votado a Trump, de los que habéis hecho memes para Trump, de los que habéis hecho donaciones a Trump». Pero exhortaba a sus lectores a que siguieran presionando; el nombramiento de Trump solo era un paso hacia el objetivo más grande del establecimiento de un etno-Estado blanco: «Donald Trump tiene mucho trabajo por delante. La derecha alternativa tiene la misión de desplazar la ventana de Overton y ofrecerle un espacio conceptual desde el que trabajar».

* * *

Varias horas después de la investidura, en una esquina en el centro de D. C., Richard Spencer ofreció una entrevista a un equipo de noticias australiano. Un manifestante rondaba por allí en segundo plano sujetando un letrero que decía que las vidas blancas importaban demasiado. Otros manifestantes interrumpían la entrevista y bombardeaban a Spencer con preguntas:

—¿Eres neonazi?

—No, no soy neonazi.

—¿Te gusta la gente negra?

—Sí, claro.

—¿Te casarías con una mujer negra?

Silencio.

Le preguntaron por el pin verde que llevaba en la solapa.

—Es Pepe —explicó—. Se ha convertido en una especie de símbolo…

Antes de que le diera tiempo a terminar la frase, un manifestante antifa con un pasamontañas negro se coló en el plano y golpeó a Spencer en la sien. Spencer se tambaleó hacia los lados, con su peinado fascis alborotado.

Yo me encontraba a varias manzanas de allí, de camino al Airbnb donde Lucian Wintrich se hospedaba el fin de semana.

—¡Hostia puta! Esto te va a encantar —dijo nada más recibirme.

Tenía una decena de pestañas abiertas en el portátil, y en cada una se veía a un Spencer distinto en el momento de ser golpeado. En tan solo unos minutos el incidente se había transformado en un meme; una trifulca callejera enseguida se convertía en otra cosa de internet. (El metraje pronto se combinaría con cientos de bandas sonoras: Bruce Springsteen, Chance the Rapper, Celine Dion, el tema principal de la serie Curb Your Enthusiasm).

Wintrich, dando caladas a un cigarrillo, no hacía más que abrir nuevas iteraciones del meme, y con todas se partía de risa.

Sugerí que golpear a alguien, incluso a tus enemigos, tal vez no fuera una buena idea, tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista táctico.

—¡Bah, que le jodan a ese gilipollas!—razonó Wintrich.

Dijo que estaba resentido con Spencer porque, por asociación, daba mala imagen al resto de los Deplorables. Yo tenía la sospecha, aunque por supuesto Wintrich nunca iba a admitirlo, de que envidiaba la nueva fama viral de Spencer.

—Está recogiendo lo que ha sembrado. De todas formas no creo que sea un auténtico supremacista blanco. Creo que es un izquierdista enviado por la CIA para desacreditar nuestro movimiento.

—¿Cuánto de lo que dices te lo crees realmente? —le pregunté.

En lugar de contestar, me miró y sonrió. Esa noche habría más celebraciones por la investidura, tanto oficiales como no oficiales, y Wintrich tenía por delante un ambicioso itinerario festivo.

—Sujeta esto —dijo pasándome su cigarrillo casi consumido—. Tengo que terminar de pintarme las uñas de los pies antes de ponerme el esmoquin.

* * *

Durante gran parte de 2015 y 2016, mientras todos mis conocidos se mostraban incrédulos ante la idea de que Donald Trump pudiera ser presidente, yo estaba en mi despacho, en la planta treinta y ocho del World Trade Center, leyendo entradas de blogs tales como «Revelado plan secreto de la élite global», «El racista racional» o «La misoginia te ayuda a follar». Siempre que aparecía algún compañero y veía lo que había en mi pantalla, me apresuraba a justificar lo que no debería haber hecho falta justificar. No me dedicaba a leer sobre los méritos de la intolerancia porque estuviera abierto a que me convencieran, igual que tampoco rastreaba la fábrica de rumores de internet en busca de emociones fuertes ni por un ávido deseo de ir a la contra. Algo estaba pasando y yo trataba de averiguar el qué.

Mis compañeros y amigos me urgían a que pasara página. Me decían que no alimentara a los troles, ni siquiera con mi atención. Ignóralos y terminarán desapareciendo. No podía ser de otra forma, sus ideas eran demasiado odiosas, sus simpatías demasiado intolerables. A la larga, no tenían ninguna posibilidad de ganar. Como afirmaba a menudo Hillary Clinton cuando se refería a los elementos más despreciables del trumpismo: «Nosotros no somos

así».

¿Quiénes éramos nosotros? La campaña continuaba su curso. Cada semana, los programas de entrevistas dominicales se empeñaban en tratar las mismas cuestiones. Podía sonar a la habitual verborrea de los expertos en política (predicciones sobre mapas de distrito y estrategias básicas), pero actuaban como sustitutos de otros asuntos más fundamentales sobre la naturaleza humana y el largo arco de la historia. En mitad de una cena, alguien podía citar una noticia sobre la ley del carnet de identidad en Wisconsin; dos cervezas después, todos estarían metidos en una conversación más apasionada y profunda sobre la bondad[42] o la maldad intrínsecas[43] del pueblo estadounidense.

En un primer momento acepté el consenso al que se había llegado en aquella cena en Brooklyn: resultaba inconcebible que Trump pudiera ganar. Poco después de que aquel hombre descendiera por una escalera mecánica en tonos dorados, llamara «violadores» a los mexicanos y anunciara que se postulaba a presidente, una amiga ecuatoriana que se había quedado acongojada al ver las noticias le dijo a mi esposa: «Si ahora habla así, ¿cómo será si llega a ser presidente?». Con satisfecha indulgencia, le aseguramos que una presidencia de Trump no tenía cabida en el mundo de las posibilidades y, deseoso de seguir creyendo en tal afirmación, durante un tiempo así lo hice. Sin embargo, una parte de mí era incapaz de olvidar cierta frase que había leído en The Right Stuff: «La guerra de la cultura se libra día a día en tu teléfono móvil inteligente». ¿De verdad un chapucero demagogo iba a convertirse en presidente? Me costaba imaginármelo. ¿Podía ganar? Eso era otro cantar.

Muy pronto empecé a erigirme en abogado del diablo cada vez que salía el tema. Si alguien empleaba el argumento de que nuestro carácter nacional era fundamentalmente generoso y tolerante y que, por tanto, de ninguna manera podríamos digerir la cruda intolerancia y la propaganda mezquina, yo respondía: «Sí que podemos». Una pequeña parte de mí simplemente troleaba; otra parte más grande, no obstante, señalaba lo obvio, o lo que habría sido obvio si no nos hubiéramos empeñado en pensar que era impensable: podía pasar cualquier cosa. Estados Unidos mantenía

una especie de conversación nacional que, con demasiada frecuencia, quedaba reducida a un debate binario: determinismo optimista o fatalismo pesimista. ¿Y si el debate se hallaba en un callejón sin salida? ¿Y si el destino no tenía nada que ver con eso?

En un día relativamente tranquilo de las primeras semanas de 2016, fui a comer con un periodista por el que sentía una gran admiración, uno de los guardianes de nuestra industria. Pedimos costillas, pan de maíz, té helado, brownies con trocitos de chocolate: el equivalente, en la era Atkins, a los decadentes tres martinis. Llegados a ese punto, mostré mi preocupación.

—De verdad puede ganar —dije.

El periodista no reaccionó escupiendo lo que tenía en la boca, pero la esencia de aquel gesto estaba ahí:

—¡Venga ya! —repuso—. No lo dices en serio.

—¿Qué se lo impide? —insistí.

Trump era intolerable de cien maneras diferentes, pero la tolerancia es una norma social, no una ley de la naturaleza; las normas sociales pueden cambiar, y lo hacen.

Seguía rastreando la parte menos conocida y espeluznante de internet. El material abundaba y tenía la impresión de que su impacto podía ser muy superior a lo que muchos de nosotros estábamos dispuestos a admitir. En 1998 estaba en octavo curso cuando Matt Drudge, un bloguero de mala fama, ayudó a destapar la noticia que conduciría al proceso de destitución del presidente. Después del 11 de Septiembre, internet se llenó de hechos alternativos para explicar lo inexplicable, y el concepto de «verdad» comenzó a utilizarse como un sinónimo orwelliano de su contrario. Más tarde, cuando estudiaba en la universidad, surgieron los medios de comunicación sociales y, con ellos, el veloz debilitamiento de toda la información y de la opinión. En el libre mercado de las ideas, ¿qué podía impedir que una mentira se impusiera a un hecho? ¿Por qué no iban a acumular poder real los troles nihilistas

y los estafadores misóginos?[44]

Por un lado era consciente de lo alarmista —casi podía decirse humillante— que podía ser pasar tanto tiempo asustado ante la creciente marea de bazofia online. Sin embargo, por otro, sentía que ignorarla habría sido irresponsable. La tarea del periodismo —o una de las tareas de cierto tipo de periodismo— es mirar de frente y con honestidad al mundo y proyectar al mismo tiempo una serena actitud de decencia y templanza. A medida que pasaban las semanas, esos dos ideales parecían cada vez más irreconciliables.

—Resulta que vivimos en un país libre —había dicho uno de mis compañeros—. La gente puede hacer clic en enlaces terribles si tiene ganas de invertir su tiempo en eso.

Eso era cierto, por supuesto. Pero aun así lanzaba contraargumentos para tratar de convencer tanto a mi colega como a mí mismo.

—Esos enlaces terribles influyen en lo que piensa la gente, en cómo se comporta, en a quién votan.

—¿Se sorprende alguien de que en internet haya cosas espantosas? —preguntó mi colega.

—Internet ahora lo es todo —contesté—, y las cosas espantosas podrían estar triunfando.

No podía garantizar que prevaleciera la infamia, claro está, pero tampoco podía garantizar lo contrario. Ni yo ni nadie.

* * *

Después de la victoria de Trump, el difunto profesor Richard Rorty disfrutó de un momento de miniviralidad póstuma. Mi muro de Facebook se llenó de publicaciones con un pasaje inquietantemente profético de su libro Forjar nuestro país, una colección de conferencias políticas publicada en 1998. Con el declive del ala

izquierda del Partido Demócrata, argumentaba Rorty, los únicos políticos «que canalizaban la rabia creciente de los recientemente desposeídos» eran los populistas de la derecha. Si esto continuaba así, escribió, antes o después:

[…] algo se romperá. El electorado de áreas no residenciales decidirá que el sistema ha fracasado y comenzará a buscar un hombre fuerte a quien votar […]. Es muy probable que los logros alcanzados en los últimos cuarenta años por los negros americanos y los homosexuales se borren del mapa. Volverá a estar de moda el jocoso desprecio a las mujeres […]. Todo el sadismo que la izquierda universitaria ha intentado hacer inaceptable para sus alumnos regresará como un torrente.

Lo que era inaceptable puede volverse aceptable. La aceptabilidad es simplemente una norma, y las normas pueden cambiar, para bien o para mal.

Cada vez que alguien publicaba este pasaje en Facebook, los comentarios tendían a tratar las palabras de Rorty como una profecía, una revelación del hecho de que el experimento estadounidense siempre había estado abocado al fracaso. Sin embargo, Rorty no creía en las revelaciones. «Debemos afrontar las verdades desagradables sobre nosotros —continuaba diciendo—, pero no debemos tomar esas verdades como la última palabra sobre nuestra oportunidad de ser felices o sobre nuestro carácter nacional. Nuestro carácter nacional todavía se encuentra en estado de construcción». Tal como sugiere el título de su libro, no creía que estuviéramos condenados ni salvados. No creía en el Somos Buenos ni en el Somos Malos, sino en algo más liberador y también más aterrador: que la historia es contingente, que el arco se dobla en la forma en que lo doblan las personas.[45] La actitud estadounidense hacia el fascismo ha sido durante largo tiempo un dogma de fe: esto aquí no puede pasar. Pero si la historia es contingente —si puede pasar cualquier cosa—, entonces nuestros peores miedos no son imposibles, sino improbables, y esto no es en absoluto lo mismo.

Para Rorty, el pronóstico electoral no era más que un pasatiempo. Él era fundamentalmente un filósofo. Así como Darwin había demostrado que la biología no es una cuestión de diseño sino de evolución,[46] Rorty sostenía que la filosofía contemporánea podría mostrar que la historia es el resultado de innumerables acciones humanas, no la culminación de un plan eterno.

En su libro de 1989, Contingencia, ironía y solidaridad, Rorty evocaba el concepto de «vocabularios», con el que hacía referencia a amplios sistemas de pensamiento: «el vocabulario moral de san Pablo versus el de Freud, la jerga de Newton versus la de Aristóteles». Según Rorty, la forma en que una sociedad se habla a sí misma —a través de libros, películas populares, escuelas y universidades, medios de comunicación— determina las creencias de esa sociedad, su política, su propia cultura. ¿Por qué, después de casi un siglo de segregación legalizada, empezó a aprobar Estados Unidos leyes antisegregación? No era el resultado del arco inevitable de la historia, o de que los estadounidenses blancos finalmente estuvieran a la altura de su carácter intrínsecamente noble. Más bien fue posible gracias a décadas de trabajo intelectual y político de organizadores, predicadores, artistas y todo tipo de personas, muchas de las cuales eran percibidas como marginales, que de forma gradual fueron señalando el camino hacia un mejor vocabulario moral. Aun así, el arco también podía doblarse en la otra dirección. ¿Cómo cayó la Alemania de Weimar, una de las sociedades más progresistas de la Europa moderna, en la locura salvaje? Fue posible, en parte, porque los alemanes pasaron mucho tiempo tratando la locura bárbara como algo inconcebible, y entonces su sentido de lo que era concebible empezó a cambiar.

Rorty afirmaba que la transición de un vocabulario moral a otro sucede a grandes rasgos de forma análoga a un cambio de paradigma en la ciencia. Antes de la era moderna se creía que el Sol giraba alrededor de la Tierra; ahora todo el mundo, salvo unos cuantos teóricos conspirativos en internet, creen lo contrario. Este cambio no se debió a que el Sol decidiera intervenir en la vida humana, revelando así su verdadera naturaleza. En su lugar, varios científicos aprendieron a hablar de forma distinta sobre el mundo, y luego algunos más aprendieron a hablar de esa forma, hasta que, al final, todo el mundo aprendió a hablar así. «El mundo no habla —

escribió Rorty—. Solo nosotros lo hacemos». Cambiar cómo hablamos es cambiar quiénes somos.

En enero de 2009, en los días previos a la primera investidura de Obama, una atmósfera inocente y generalizada invadió las calles del centro de Washington D. C. Los adolescentes se apresuraban a ayudar a las viejecitas a cruzar la calle. En un vagón de metro abarrotado, un tipo pinchaba una remezcla discotequera de una canción de Stevie Wonder a todo volumen y con el sonido distorsionado; en lugar de lanzarle miradas asesinas, la gente empezó a bailar. Nadie creía realmente que un presidente negro fuera a hacer de Estados Unidos un país posracial. Sabíamos que estábamos representando un papel, que el momento pasaría. Sin embargo, tanto a pesar como a causa de aquello, todo el mundo parecía decidido a sacar el máximo partido a la situación.

El momento, en efecto, pasó. En enero de 2017, D. C. era un mar de lágrimas —la gente lloraba sentada en los bancos en la Explanada Nacional, haciendo cola en el restaurante Sbarro en Union Station —, y los llantos ni siquiera parecían fuera de lugar, como si toda la ciudad se hubiese transformado en la sala de espera de un hospital. Bajaba caminando por la calle 18, en el barrio de Adams Morgan, cuando se aproximó un convoy de limusinas negras haciendo sonar las sirenas para abrirse paso entre el tráfico. «Pence»,[47] aseguró alguien a mi lado leyendo la insignia en alguna de las matrículas. Todos permanecimos quietos en la acera para verlo pasar. Un conductor, echando su vehículo deportivo a un lado de la calzada, bajó las ventanillas y puso a todo trapo «My President», de Young Jeezy, el himno no oficial de la campaña de Obama, hasta que la última limusina desapareció de la vista.

Era viernes por la noche, la primera de la administración Trump. Fui a un loft a ver a unos amigos que celebraban una cena informal con motivo del sabbat; cada uno había cocinado algo. La idea de salir a bailar surgió unas cuantas veces, pero terminó siendo descartada; a nadie le apetecía. Durante la cena, llenábamos nuestros platos con ensalada, lentejas y arroz, compartíamos botellas de vino tinto de doce dólares y hacíamos todo lo posible por evitar hablar de Trump. Eso también formaba parte del

ambiente hospitalario. Todos sabíamos que el diagnóstico era en el mejor de los casos desalentador y en el peor, catastrófico. ¿Por qué insistir en ello? La gente hacía planes para encontrarse al día siguiente en distintos lugares emblemáticos y asistir a la Marcha de las Mujeres. Alguien contó un chiste. Otro rompió a llorar. De lo último sobre lo que nadie quería hablar era de la bondad intrínseca del pueblo estadounidense.

Una hora después, me levanté y fui en busca de mi abrigo. Tenía que volver al mismo bar de fumadores para encontrarme con algunos de los Deplorables.

—Supongo que no somos tan divertidos como los nazis, ¿no? —dijo un amigo.

—No son todos nazis —dije intentando esbozar una débil sonrisa de disculpa.

Me daba cuenta de que operábamos en un cierto nivel de ironía, pero no habría sabido decir en cuál, ni si el mío era el apropiado. En el taxi de camino al bar traté de consolarme diciéndome que el trabajo de un periodista era salir al mundo, incluso al rincón más desagradable y moralmente miserable, para tratar de desenterrar alguna que otra esquirla de veracidad. Pensaba que me creía mi propio discurso motivacional, pero no podía estar seguro. La machacona melodía de protesta aún repiqueteaba en mi cabeza: «¿De qué lado estás?».

Llevaba varios meses cubriendo el impacto de los tipos malos de internet, y durante ese tiempo había visto a diversos parientes, colegas o desconocidos en bodas. A veces, esos encuentros rayaban en interrogatorios sutiles, como si yo fuera un espía sospechoso de haberme convertido en agente doble. Con los amigos, por lo general, era más una cuestión de ver quién los tenía más grandes, asegurarnos de que, bromas aparte, aún estábamos de acuerdo en que esos tipos se pasaban de la raya. No todos los partidarios de Trump, pero sí las pseudocelebridades de los medios de comunicación sociales al frente de la derecha alternativa y de la alternativa ligera,[48] que eran los que se ganaban la vida a base de vender toda aquella bazofia.

Cada vez que reexaminaba lo que realmente sentía hacia las pseudocelebridades, descubría que, en lo más profundo de mi corazón, no estaba en absoluto confundido. Los encontraba nefastos. No era una apreciación personal; algunos de ellos eran peor compañía que otros, pero lo cierto es que mi tolerancia hacia la gente intolerante es relativamente alta. En realidad tampoco era una valoración política; igual que Trump, los Deplorables, en el fondo, no eran figuras políticas: eran insurgentes metamediáticos. Algunos eran expertos de internet intolerantes, otros eran conspiracionistas a los que les habían ablandado el cerebro, también había meros estafadores u oportunistas. Sus opiniones sobre cuestiones políticas específicas resultaban casi irrelevantes. Por supuesto, las personas razonables pueden y deben estar en desacuerdo de buena fe, tanto en los asuntos mundanos (la reforma agraria) como en los incendiarios (la inmigración, el aborto). Pero cualquiera que prestara atención podía darse cuenta de que los líderes del movimiento Deplorable no eran interlocutores de buena fe; no les interesaba serlo.[49]

A lo largo de las elecciones de 2016, los medios de comunicación convencionales continuaron prodigando atenciones al grupo que insistían en llamar la derecha alternativa, pero nunca hallaban la forma de ofrecer una información verdaderamente matizada y moralmente lúcida. Solían describirlos como un movimiento político que se situaba fuera del límite de la ventana de Overton. «Imagina el bloque de votación estadounidense más conservador que se te ocurra y no te detengas ahí, continúa más hacia la derecha. Ahí es donde se encuentra la derecha alternativa».

Pero eso era un error categórico.[50] La metáfora de la ventana es una metáfora de conexión: estar en alguna parte en relación con ella, incluso cerca de su extremo más a la derecha, es disfrutar de una cierta legitimidad, formar parte del diálogo junto a todos los demás. A los Deplorables no les interesaba el diálogo. Les parecía bien que los describieran como controvertidos, incluso como peligrosos, siempre y cuando se los situara en algún lugar dentro de los límites de las opiniones políticas reconocidas. Su objetivo a largo plazo era desplazar la ventana de Overton, o hacerla añicos y reconstruirla a su imagen y semejanza.

* * *

Después de otra larga noche en el bar de fumadores, cuando los ojos empezaban a picarme y los Deplorables estaban demasiado borrachos para ofrecerme comentarios útiles, llamé a un Lyft para que me llevara a Shaw, un barrio de D. C. que debe su nombre a un coronel de la guerra de Secesión que pertenecía a una familia abolicionista. Dos de mis mejores amigos, un matrimonio de abogados que esperaba su primer hijo, habían abierto las puertas de su pequeña casa adosada a una decena de visitas. Esperaba encontrar a todos dormidos, pero había olvidado que el ambiente hospitalario era capaz de distorsionar el tiempo hasta convertirlo en una abstracción irrelevante. La cocina rezumaba calidez y estaba intensamente iluminada; un algoritmo de Spotify hacia las veces de DJ a través de un altavoz Sonos; casi hasta el último milímetro del suelo estaba ocupado por colchones inflables o cuerpos humanos.

—Hueles a fascismo hípster —dijo uno de los anfitriones ofreciéndome un whisky y una porción de babka.

Todos estaban haciendo pancartas para la marcha del día siguiente, bizqueando sobre brillantes extensiones de cartulinas, pasándose rotuladores permanentes por el suelo unos a otros, tratando de decidir el tono que debían dar a sus consignas. ¿Sarcástico? ¿Perentorio? ¿Qué sentido tenía la protesta? «Resistir fuertemente», decía uno de los letreros. «¡Donald, estás con el agua al cuello!», se leía en otro. No podía quedarme a la marcha, tenía que irme de la ciudad para proseguir mis investigaciones, y era casi la hora de ir al aeropuerto para registrarme en el vuelo a primera hora de la mañana, pero hice una sugerencia. Seis letras entre signos de exclamación: «¡Triste!».

Entre la izquierda, a algunos todavía les resultaba reconfortante asumir que todos los partidarios de Trump eran unos pueblerinos indolentes que se encontraban bajo el hechizo de un demagogo. La realidad que yo había visto hasta ese momento, no obstante, era

más desconcertante en su complejidad. Los líderes del movimiento Deplorable estaban profundamente equivocados en muchas cuestiones fundamentales, tanto empíricas como éticas, pero no pecaban de ingenuos ni de estúpidos. Eran hábiles propagandistas que, tras advertir el vacío de poder sin precedentes creado por los medios de comunicación sociales, se habían propuesto explotarlo. Como decía a menudo Hillary Clinton sobre el rencor que alimentaba la campaña de Trump: «Nosotros no somos así». Era un sentimiento grato al oído, pero era una vana ilusión. Nosotros no somos Dios. No somos malos. Nuestro comportamiento es el producto de muchos factores contingentes, incluyendo nuestro vocabulario cultural… Y este puede cambiar.

■

[39] «Gavin ha invitado a Richard a su programa —me explicó un Proud Boy que estaba a mi lado—. Puede que no estén de acuerdo en los temas sobre la CJ, pero sí coinciden en otros, y los debates entre ellos siempre son interesantes». Aunque después del Hailgate «Gavin empezó a decir que no deberían vernos con ellos (refiriéndose a la derecha alternativa), siempre dice que no debemos golpear a la derecha, sino solo a la izquierda, así que en realidad no sé qué cojones pensar».

[40] En inglés, el primero dice rapist y el segundo entiende racist, dos palabras que se parecen mucho fonéticamente y que significan, respectivamente, «violador» y «racista». (N. de la T.).

[41] «Después de la DeploraBall me vi en mitad de la acera en una desagradable conversación con alguien que, a juzgar por la multitud que se había reunido a su alrededor, supuse que debía de ser una especie de figura pública a quien no reconocía —me contó después Mary Clare en un correo electrónico. Y continuaba—: En ese momento no tenía ni idea de cuál era su postura. Ahora que tengo más claro quién es, reconozco que su política entra en conflicto directo con mis creencias católicas y conservadoras. Considero que su papel en el discurso público es completamente improductivo e inmoral».

[42] Para los que busquen pruebas de que nuestra idiosincrasia nacional es esencialmente noble, solo tienen que acudir a Thomas Jefferson, autor de esa rapsodia del pluralismo que es la Declaración de Independencia.

[43] Para los que busquen pruebas de que nuestra idiosincrasia nacional es esencialmente salvaje, solo tienen que acudir a Thomas Jefferson, autor de un anuncio clasificado en The Virginia Gazette en el que exigía la inmediata devolución a su plantación de un esclavo fugitivo, un joven «bellaco predispuesto a la corpulencia».

[44] Casi un cuarto de siglo después de escribir la Declaración de Independencia, Thomas Jefferson se convirtió en candidato a la presidencia. Es posible que fuese un idealista, pero también quería ganar. Pagó a un panfletista en secreto para que hiciera correr burdos rumores sobre John Adams, su oponente (entre otras cosas, lo llamó «repugnante personaje hermafrodita que no tiene ni la fuerza ni la firmeza de un hombre, ni la dulzura ni la sensibilidad de una mujer»). Los adversarios de Jefferson, a su vez, lo acusaron de ser «el hijo de una india norteamericana mestiza», lo cual era falso. Después, el panfletista de Jefferson se volvió contra él y lo acusó de haber dejado preñada a Sally Hemings, que era su esclava, lo que es probable que fuese cierto. En el siglo XXI, lo único sorprendente de la propaganda política tóxica es que haya quien todavía la encuentre sorprendente.

[45] Rorty tomó prestado el título de su libro de una frase de James Baldwin que aparece en La próxima vez el fuego: «Si nosotros —y me refiero a los blancos relativamente conscientes y a los negros relativamente conscientes, que deben, como los amantes, crear la conciencia de los otros— no vacilamos en nuestro deber ahora, podemos ser capaces, aunque seamos un puñado, de acabar con la pesadilla racial y cambiar la historia del mundo». Baldwin no pasaba por alto la crueldad de la gente blanca intolerante; de hecho, escribió que «ni yo ni la historia los perdonaremos jamás». Aun así, dedicó gran parte de su carrera a examinar las reivindicaciones de los intolerantes blancos, no porque quisiera consentirlos, sino porque quería comprenderlos, aunque solo fuera para anticipar el daño que los blancos ofendidos podrían llegar a causar. Baldwin no se engañaba pensando que cambiar el mundo

iba a ser una tarea simple, o incluso probable. Pero, dado que la historia es contingente, creía que era posible.

[46] Rorty empleaba una amplia variedad de textos aceptados para reforzar este punto de vista, citando a muchos de los principales filósofos occidentales de los siglos XIX y XX: Dewey, Nietzsche, Derrida, Habermas, Sartre, Rawls, etc. Estos filósofos no estaban de acuerdo en muchas cosas, pero, según Rorty, todos compartían una visión contingente de la historia.

[47] Michael Richard Pence, vicepresidente de Estados Unidos con la administración Trump. (N. de la T.).

[48] Alt-light o «alternativa ligera» es un término despectivo empleado por la derecha alternativa (alt-right) para describir a quienes, aun pareciendo ideológicamente próximos a ellos, se niegan a hablar de temas tabú como la raza, el etnonacionalismo, el nacionalismo blanco, etc. (N. de la T.).

[49] Muchas de sus opiniones eran efímeras, estaban sujetas con pinzas y podían cambiar en función de la conveniencia retórica. Cuando realizaban una demanda política consistente (por ejemplo, «construir el muro»), a menudo estaba puesta al servicio de un motivo subyacente hasta tal punto censurable (como el nacionalismo blanco o el «chovinismo occidental») que no podía tomarse en serio. Aún más extraño era que muchos de ellos afirmaban apoyar políticas como la mitigación de la deuda estudiantil y la cobertura médica universal, propuestas que estaban más alineadas con el socialismo democrático que con cualquier forma reconocible de conservadurismo.

[50] El periodismo tiene funciones tanto descriptivas como normativas, y estas a veces entran en conflicto. Desde el punto de vista descriptivo no siempre era un error referirse a un Deplorable concreto como, por ejemplo, un «provocador de la extrema derecha». Desde un punto de vista normativo, a menudo habría sido preferible situar el término en un contexto más amplio o hablar de los Deplorables como individuos que son peligrosa e indefendiblemente racistas, o no hablar de ellos en absoluto.

Interludio

Tipos móviles

En 1476, aproximadamente dos décadas después de la publicación de la Biblia de Gutenberg, un comerciante llamado William Caxton construyó la primera imprenta británica en una casa levantada junto a la abadía de Westminster. Al año siguiente la utilizó para publicar un libro, uno de los primeros que se imprimieron en grandes tiradas en lengua inglesa, llamado The Dictes and Sayings of the Philosophers (Dictes y dichos de los filósofos). El título era redundante, pues dictes y dichos significaban lo mismo. Es más, dictes era una palabra inventada que provenía en parte de la torpe traducción literal del título Les dits moraux des philosophes, la popular antología francesa a partir de la cual se había traducido el libro de Caxton. La antología francesa era, a su vez, la traducción de una antología latina, que era la traducción de una antología española, que era una traducción de una antología árabe que había sido recopilada de la tradición oral y anotada en el siglo XI en Egipto.

El libro era lo que los clasicistas llaman una doxografía: un listado de antiguos pensadores y lo que estos dijeron, o lo que se dice que dijeron. Constaba de veintidós capítulos. Cada uno comenzaba con la concisa biografía de un filósofo seguida de una compilación de grandes éxitos de los dichos del filósofo en cuestión, ofrecidos en un orden no discernible y sin transiciones ni puntuación. El capítulo dedicado a Sócrates incluía un breve resumen de su vida y muerte, unos cuantos detalles descriptivos («al hablar agitaba el meñique») y una letanía de diversas opiniones, incluyendo la de que la filosofía solo debía transmitirse oralmente, no a través de los libros.

Casi ninguno de los dichos era filosófico, tal como hoy entendemos el término. Más bien se trataba de anécdotas, opiniones

injustificadas, aforismos místicos («El pensamiento es el espejo del hombre, en donde puede contemplar su belleza y su inmundicia»), alarmantes consejos dietéticos («El vino es el enemigo del alma, es como prender fuego al fuego») y panegíricos a una deidad presentada de tal manera que sonara indefinida y anacrónicamente cristiana. El capítulo sobre Pitágoras comenzaba así: «Pitágoras decía que es una cosa noble y bendecida servir a Dios». Se omitía el hecho de que Pitágoras era un pagano que creía en la reencarnación y en la numerología mística. En cualquier caso, por lo menos era una persona real; es probable que algunos de los filósofos conmemorados en el Dictes, como Zalquinus y Gac, jamás llegaran a existir.

Como resultado, el libro estaba atravesado por informaciones falsas. Caxton no había introducido estos errores, sino que habían estado todo el tiempo allí. Según la Enciclopedia de la literatura árabe, la antología original egipcia en la que se basaron las demás traducciones posteriores era «sumamente influyente como fuente tanto de información como de estilo», a pesar de que era «casi íntegramente inexacta y los propios dichos eran sumamente dudosos».

Dado que los seres humanos son vanidosos y tienden a la autoadulación, la historia que a menudo se explica sobre la imprenta no es una historia de contingencia, sino de progreso lineal y teleológico. Dice así: antes de que Johannes Gutenberg inventara los tipos móviles, los libros eran objetos preciosos que los amanuenses copiaban a mano y que únicamente estaban disponibles en latín. La gente corriente, que no podía permitirse libros y tampoco habría sido capaz de leerlos, estaba a merced de la explotación de los poderosos guardianes —élites terratenientes, oligarcas eclesiásticos y estatales— que podían hacer uso de su monopolio del conocimiento para reprimir a las masas. Después de Gutenberg, el acceso a los libros se amplió, dando lugar a una oleada de innovaciones, entre las que se incluían la Reforma, la Ilustración, la máquina de vapor, el periodismo y la literatura, la medicina y la democracia modernas.

Esta historia no es del todo errónea, pero deja fuera muchas cosas. En primer lugar, Gutenberg no inventó los tipos móviles (lo hizo un

artesano chino llamado Bi Sheng utilizando arcilla y cenizas tres siglos y medio antes del nacimiento de Gutenberg). En segundo lugar, la información quiere ser libre, pero lo mismo sucede con la desinformación. La imprenta facultó a progresistas religiosos como Erasmo o Juan Calvino, pero también a los estafadores, a los especuladores bélicos, a los terroristas y a los intolerantes.[51] La imprenta tampoco eliminó el problema de los guardianes; se limitó a desplazar el problema. La vieja guardia eran príncipes y sacerdotes que se interponían entre el vulgo y su Dios; los nuevos guardianes eran emprendedores como William Caxton o cualquiera con el suficiente dinero para acceder a la tecnología empleada por Caxton.

Desde el principio, Caxton se mostró ambivalente con su estatus de guardián. El mero reconocimiento de su poder parecía incomodarlo, por no hablar del tener que decidir qué hacer con dicho poder. En un epílogo a The Dictes and Sayings of the Philosophers, Caxton añadió un relato entre bambalinas sobre cómo había llegado a existir su edición del libro. Primero contrató a un traductor que convirtió la antología del francés al inglés. Una vez terminada la traducción, Caxton leyó el manuscrito y «no encontré nada discordante…», salvo un detalle: «En los dictes y dichos de Sócrates, el traductor había dejado fuera diversas conclusiones en lo tocante a las mujeres». En la versión francesa, así como en todas las versiones previas, el capítulo dedicado a Sócrates incluía un repentino paréntesis de mezquina misoginia. No se trataba de un argumento filosófico ni de una alegoría ocurrente, sino de una burla injuriosa. («Sócrates vio a una mujer enferma y dijo que el mal habitaba dentro del mal. Y a una joven que aprendió a escribir, de quien dijo que los hombres multiplicaban el mal sobre el mal»). En la traducción inglesa, tal como el traductor se la había entregado a Caxton, este paréntesis había desaparecido.

¿Pronunció realmente Sócrates las palabras en cuestión? Como casi todos los griegos de la época clásica, posiblemente fuera un misógino —y, según la mayoría de las versiones, aceptaba la pederastia y la esclavitud—, y aun así podría asumirse que, aunque Sócrates en efecto anduviera por ahí dispensando denuncias non sequitur respecto a las mujeres, por lo menos habría encontrado un modo más elocuente de hacerlo. En cualquier caso, casi dos mil

años después de la muerte del filósofo, William Caxton tuvo que tomar una decisión. El traductor había extirpado el pasaje peliagudo, pero Caxton, en su condición de editor, tenía la última palabra. ¿Debería desautorizar a su traductor y recuperar el texto original? ¿O debería mantener la censura para dar a entender que, aunque aquellos insultos fueran aceptables en la antigua Atenas o en El Cairo medieval, ahora resultaban del todo intolerables?

Mediante numerosas disertaciones, a cada cual más enrevesada, Caxton trató de satisfacer ambas posturas. Decidió traducir al inglés el pasaje misógino y reproducirlo en su totalidad, pero en lugar de recuperarlo en su contexto original, en el capítulo sobre Sócrates, lo colocó en mitad de su epílogo, como si quisiera ponerlo en cuarentena del texto principal.

Entonces, una vez anunciada su decisión, trató de racionalizarla. Durante el resto del epílogo trató de explicar que, a fin de cuentas, él no era ningún guardián. Afirmaba que la decisión en realidad no le pertenecía a él, que simplemente estaba al servicio de sus clientes, quienes merecían escuchar todos los puntos de vista y sacar sus propias conclusiones. Además, cualquier persona que se sintiera ofendida debería culpar a Sócrates, no a Caxton; o mejor aún, un lector a quien no le gustara el pasaje podía «tacharlo con una pluma o incluso arrancar la página del libro».

Unos cinco siglos después, en los años 60, el Departamento de Defensa de Estados Unidos construyó la red informática que se transformaría en internet. En un primer momento, se trataba de una tecnología tan novedosa que solo podía entenderse mediante el uso de metáforas: red, página, enlace, nodo, matriz. Surgió toda una generación de futuristas y conferenciantes de Ted Talks que se dedicaba a explicar a los legos aquel vasto y nuevo sistema exhibiendo un asombroso espíritu tecnoutópico. Comparaban la World Wide Web con una superautopista, con una plaza pública, con un mercado de ideas, con una imprenta. Cualquiera que pasara mucho tiempo en internet, no obstante, sabía de sobra que por lo general era más parecido a un mercadillo cochambroso o a un aparcamiento a la salida de un bar justo antes de que estallara una pelea. Los tecnoutópicos también debieron de ser conscientes de esto, pero no solían hacer hincapié en ello.[52]

Unos cuantos jóvenes cerebritos, la mayoría de los cuales aceptaban por defecto los dogmas básicos del tecnoutopismo, crearon las primeras versiones de software para blogs: LiveJournal, WordPress, Blogger, Movable Type. Poco después, otra cohorte de jóvenes cerebritos fundaron diversas redes sociales de rápido crecimiento: MySpace, Reddit, Twitter, Facebook. No pretendían saber a ciencia cierta el uso que se daría a los medios de comunicación sociales, y se esforzaron aún menos en reflexionar sobre el mal uso que se podría hacer de ellos. Querían «cambiar el mundo», pero no se molestaron en especificar que querían cambiarlo para mejor (era algo que estaba implícito y, además, se suponía que debía suceder de una forma más o menos automática).

Incluso después de que comenzaran a acumular una inmensa riqueza, seguían refiriéndose a sí mismos como alteradores o hackers. Ejercían un poder sin precedentes, pero parecía que les incomodaba reconocerlo; en cambio, se los veía mucho más cómodos a la hora de decidir qué hacer con ese poder. A menudo insinuaban que la amplificación de todas las voces, incluso las más corrosivas, era una consecuencia inevitable del progreso tecnológico. A decir verdad, era una elección.

* * *

A principios de 2012, Facebook anunció su intención de convertirse en una empresa cotizada en bolsa. En la página 67 de una presentación ante la Comisión de Bolsa y Valores (SEC, por sus siglas en inglés), justo después de las secciones relativas al riesgo de inflación y a la sensibilidad a los tipos de interés, había una carta abierta firmada por Zuckerberg, el director general de Facebook, de veintisiete años, que pronto se convertiría en el accionista mayoritario. «En Facebook nos inspiran las tecnologías que han revolucionado la forma en que la gente propaga y consume información», decía la carta. En ella se explicaba que Zuckerberg y sus empleados solían mantener distendidas charlas en la oficina de planta abierta sobre el deseo de democratizar el discurso global. «A

menudo hablamos de invenciones como la imprenta y la televisión… El simple hecho de hacer que la comunicación fuese más eficiente provocó la transformación completa de muchas partes importantes de la sociedad. Alentaron el progreso. Cambiaron la forma en que la sociedad estaba organizada. Nos acercaron más unos a otros». Esta historia no era del todo errónea, pero dejaba muchas cosas fuera.

El día que Facebook salió a bolsa, la fortuna personal de Zuckerberg se incrementó en más de 8.000 millones de dólares. Aun así, mantuvo un estricto régimen semiótico que minimizaba su poder. Trabajaba en un escritorio junto a algunos de sus dos mil empleados en la sede central de la compañía en Menlo Park (vanity address: [53] 1 Hacker Way). Vestía el mismo uniforme diario, que consistía en una camiseta y unos vaqueros (las camisetas costaban unos trescientos dólares cada una, pero esto no lo anunciaba a los cuatro vientos).

Eran tiempos de bonanza para el tecnolibertarismo. Barack Obama, cuyo ascenso político se había visto facilitado por un gran apoyo en internet, habitualmente hablaba en un tono optimista, incluso utópico, de los efectos saludables de los medios de comunicación sociales. «En el siglo XXI, la información es poder —dijo en 2011 en un discurso sobre la política de Oriente Próximo—. No es posible esconder la verdad». Los emprendedores de los medios de comunicación sociales, en su afán por ser percibidos como figuras imparciales y democráticas, se comprometieron a mantener un «contenido neutro» en sus plataformas. En el supuesto de que se considerasen a sí mismos guardianes, parecían dar por sentado que las puertas debían abrirse de par en par. Los ejecutivos de Twitter a menudo se refieren a su compañía como el «ala de la libertad de expresión del partido de la libertad de expresión». A primera vista, todo esto parecía una victoria inequívoca para la libertad, y ¿a quién no le encanta la libertad?

Ahora bien, cuanto más de cerca se observaba, menos obvio resultaba todo. La Primera Enmienda se aplicaba únicamente al Gobierno, no a los negocios privados. En lugar de citar la propia Primera Enmienda, las empresas de medios de comunicación sociales evocaban su lealtad a los análogos «principios de la libre

expresión». Pero ¿qué principios eran exactamente esos? Durante siglos, el significado de la libre expresión había sido perfeccionado y reinterpretado en las universidades, en las cámaras legislativas, en los tribunales, en la prensa.[54] En Silicon Valley, no obstante, en una apretada sala de conferencias llena de botellas de agua carbonatada y kombucha de cortesía, un pequeño equipo de preocupados ingenieros informáticos podía tomar, en el transcurso de una sola tarde, decisiones de mucho peso relacionadas con la libertad de expresión. Muchas veces su único plan a largo plazo no era otro que el de hackear entre todos un «producto mínimamente viable», «generando» su código en el menor plazo posible e «iterándolo» a continuación (en el lenguaje de las startups, estos son básicamente eufemismos para hablar del método de ensayo y error).

Los alteradores habían deducido, por ósmosis cultural, que la libertad de expresión era un valor que merecía la pena proteger. Más allá de eso, nadie esperaba que dedicaran demasiado tiempo a pensar en los principios subyacentes. En su lugar, lanzaron sus productos al mundo y aguardaron a ver lo que sucedía. En los momentos de mayor optimismo eran capaces de convencerse a sí mismos, y en ocasiones a todos los demás, de que internet por fin había eliminado el problema de los guardianes. Pero en realidad solo lo había desplazado.

En un acto público celebrado en Roma en 2016, pocas horas después de mantener una audiencia privada con el papa, preguntaron a Zuckerberg si se consideraba un editor. «No —repuso ladeando incómodo la cabeza—. Somos una empresa tecnológica, no una de medios… Construimos herramientas. No producimos contenido». En distintos escenarios públicos fue probando ligeras variaciones de este argumento. A veces intentaba exonerarse a sí mismo de cualquier poder en la toma de decisiones; otras, reconocía su poder pero enmarcaba sus acciones en la esfera de lo ineludible o lo intrínsecamente noble, dando a entender que la libertad para compartir opiniones online era semejante a un derecho humano. En ocasiones desplegaba evasivas, una detrás de otra, en la tradición de William Caxton: la información quiere ser libre; es más, aquellos que se ofendan con lo que leen deberían echar la culpa al autor, no al mensajero; en cualquier caso, la responsabilidad última reside en cada lector individual.

Zuckerberg insistía reiteradamente en que Facebook era una plataforma, no una editorial. Si algún adolescente contrariado quería citar las vituperiosas opiniones de Sócrates sobre las mujeres —o en el caso de que quisiera compartir sus propias opiniones injuriosas—, ¿quién era Zuckerberg para interponerse en su camino? Puede que no respaldara a título personal cada punto de vista expresado en su plataforma, pero creía en dar poder a la gente.

Cada feed individual de los medios de comunicación sociales se convirtió en una amalgama única e impredecible de datos, sátira, rumores, propaganda, preocupantes consejos dietéticos y entretenimiento impregnado de publicidad. No había suficientes Caxton por los alrededores. Por cada publicación propagandística o nauseabunda que se eliminaba, surgían centenares de otras. En Estados Unidos, los efectos perjudiciales de los medios de comunicación sociales coincidieron con un periodo de marcada desigualdad económica, malestar cultural y acelerada evolución demográfica. En 2013, por primera vez en la historia estadounidense, la mayoría de los bebés del país eran no blancos, un hecho que muchos estadounidenses blancos percibían, consciente o inconscientemente, como una amenaza.[55] Esta era la clase de tema sobre el que era complicado hablar de forma constructiva, aunque se diesen la condiciones de conversación ideales. Sin embargo, y por decirlo de una manera suave, las condiciones que ofrecían los medios de comunicación sociales distaban mucho de ser ideales.

Aun así, las nuevas plataformas de internet continuaron floreciendo y reforzando opiniones tanto sociales como antisociales. Un ensayo aparecido en Return of Kings, el conocido blog «de la neomasculinidad», citaba a Platón, a santo Tomás de Aquino y a Aristóteles. El titular decía: «Colega, ¡odiar es genial! Una defensa filosófica de la misoginia».[56] Otro bloguero que escribía bajo el seudónimo de Quintus Curtius imaginaba «un futuro donde el conocimiento clásico desaparecerá bajo tierra […] por no estar en sintonía con el feminismo moderno y la corrección política». Advertía a sus lectores de que «los comisarios de la cultura moderna no quieren que sepas mucho sobre historia ni sobre cómo eran las cosas en épocas anteriores». En 2014, en el momento de escribir

esas palabras, entre los guardianes de la información más poderosos del país se incluían algunas de las empresas tecnológicas más importantes: Amazon, Twitter, Facebook y Google. Aun así, el ensueño distópico de Quintus se publicó en un blog orgullosamente misógino que contaba con una cuenta verificada de Twitter, un popular canal de YouTube, un pódcast en iTunes y una posición destacada en el ranking de búsquedas de Google. Su libro autopublicado de «ensayos sobre la vida, la sabiduría y la masculinidad» se vendía muy bien en Amazon. Los «comisarios de la cultura moderna» no censuraban la perniciosa marca de supremacía masculina de Quintus; en todo caso, la promocionaban.

■

[51] En los siglos XV y XVI, a medida que la imprenta se extendía por Alemania, también lo hicieron las oleadas de violencia antisemita. Algunos historiadores han señalado que lo primero provocó —o como mínimo facilitó— lo segundo. La imprenta permitió a Martín Lutero distribuir sus Noventa y cinco tesis en 1517; también le permitió distribuir, en 1543, una de sus obras menos conocidas, un panfleto llamado Sobre los judíos y sus mentiras. «Te daré mi sincero consejo —escribió—: Primero prendamos fuego a sus sinagogas o escuelas y sepultemos y cubramos con tierra cualquier cosa que no se queme, para que ningún hombre vuelva a ver una piedra o ceniza de ellos». En 1572, los seguidores de Lutero saquearon la sinagoga de Berlín. De acuerdo con Antisemitismo: una bibliografía anotada, «la imprenta desempeñó un papel indispensable en la diseminación del antisemitismo de Lutero».

[52] Había también algunos escépticos, pero en gran medida se los ignoraba. En 1994, Alan Kay, uno de los admirados padres de la programación informática, habló en el marco de una conferencia nacional «sobre la superautopista de la información y sus implicaciones». A diferencia de Kay, la mayoría de los asistentes —entre los que se encontraba el orador principal, el vicepresidente Al Gore— eran tecnoutópicos. «Los nuevos medios dinámicos sobre los que hoy debatimos tendrán un inmenso impacto transformador en la sociedad, similar al que tuvo la imprenta —afirmó Kay—. Pero

hay que tener mucho cuidado con el diseño y la educación para que el cambio sea positivo. No disponemos de defensas naturales contra la grasa, el azúcar, la sal, el alcohol, los alcaloides… o los medios de comunicación». No tacharon a Kay de ludita o ignorante —no era posible hacer tal cosa dada su encomiable carrera como programador—, pero sí le consideraron un cascarrabias o un cínico, cuando en realidad simplemente se limitaba a reconocer el riesgo al que se enfrentaban. En un correo electrónico, Kay me explicó que lo único de lo que se arrepentía al echar la vista atrás era de no haber sido lo suficientemente escéptico. «Ninguno de nosotros consideraba la humanidad bajo una luz tan pesimista como para imaginar lo ciegos que podían llegar a ser los ciudadanos del siglo XX que forman parte de una supuesta civilización —escribió Kay—. En los últimos veinticinco años, los problemas del ser humano han quedado mucho más al descubierto».

[53] Las vanity addresses son direcciones de criptomoneda personalizadas que tienen la misma funcionalidad que cualquier otra dirección normal. Se limitan a una cadena de caracteres alfanuméricos personalizada, un mensaje o una palabra especial para su propietario. (N. de la T.).

[54] James Mill, en lo que se ha dado en llamar un escrito filosófico radical de la Inglaterra del siglo XIX, declaró que la primera prioridad debería ser el sufragio universal. Confiaba en que, una vez la sociedad se volviera más auténticamente democrática, la libertad de expresión cuidaría de sí misma. Su hijo, John Stuart Mill, discrepaba drásticamente de esta perspectiva y afirmaba que la importancia de la libertad de expresión era capital y que era necesario protegerla de la tiranía de la mayoría. Las posteriores generaciones de teóricos políticos hallaron defectos en los argumentos de ambos Mill, o desestimaron tanto uno como otro en pos de un nuevo conjunto de principios de la libertad de expresión. Sin embargo, a pesar de todo este debate, decir que la cuestión está aún sin resolver sería un circunloquio.

[55] Maureen A. Craig y Jennifer A. Richeson, «On the Precipice of a “Majority-Minority” America: Perceived Status Threat from the Racial Demographic Shift Affects White Americans’ Political Ideology», Psychological Science 25, n.º 6, 2014, https://

doi.org/10.1177/0956797614527113.

[56] La primera vez que oí hablar de este ensayo fue en Not All Dead White Men, un lúcido relato del uso y el abuso que los misóginos de internet hacen de los cánones griego y romano. La autora del libro es Donna Zuckerberg, una clasicista afincada en Silicon Valley, que me dijo: «Como académica, te embargan sentimientos encontrados cuando en internet ves a gente que dice: "Ovidio fue el primer artista del ligoteo". Piensas: "Vale, en un sentido estricto, es posible que así fuera". Pero por otro lado piensas: "¿Estás seguro de haber entendido el Ars amatoria en su contexto global?"». Zuckerberg es la editora de Eidolon, una revista digital dedicada al mundo clásico que se publica en la plataforma de blogs Medium; el discurso misógino que analiza también se produce en internet, en foros y en subreddits dedicados a los «derechos de los hombres». «Cuando una discusión en uno de estos lugares descarrila —prosiguió—, a menudo me quedo pensando: "¿Cuánto de esto es un problema de diseño? ¿Cuánto tiene que ver con cómo se estructura el debate, verbal y visualmente, en la plataforma? ¿Cómo podría ser más provechosa esta conversación en un aula o en otro espacio de la vida real?"». Reconocía que esta preocupación era «irónica, supongo, o por lo menos curiosa, teniendo en cuenta quién es mi hermano». Su voz se fue apagando y pidió hablar de forma extraoficial. Su hermano se llama Mark y es el fundador y director general de Facebook.

PARTE II

UN SUPERPODER HUMANO

«Internet no es nada más que la destilación de la ética capitalista norteamericana, un aluvión de posibilidades seductoras entre las que elegir [...]. No se me ocurre mejor manera de resumir los puntos fuertes y débiles de los Estados Unidos de hoy».

David Foster Wallace, 2000[1]

[1] Entrevista con Eduardo Lago realizada en marzo de 2000 e inédita hasta la publicación de «A manera de prólogo. Una conversación inédita con David Foster Wallace», en *Walt Whitman ya no vive aquí* (Madrid: Editorial Sexto Piso, 2018). En inglés apareció primero como «A Brand New Interview with David Foster Wallace», *Electric Literature*, 16 de noviembre de 2018, https://electricliterature.com/a-brand-new-interview-with-david-foster-wallace.

05

Un vehículo

reluciente

En abril de 2014 asistí a una conferencia de tecnología en un elegante hotel en el Bajo Manhattan en busca de nuevas ideas para mis reportajes. La conferencia llevaba por título «F.ounders», una palabra sobre cuya pronunciación nadie, incluidos los propios fundadores de F.ounders, parecía ponerse de acuerdo. La mitad de los asistentes nos limitamos a balbucearla durante las pausas de descanso; la otra mitad directamente la ignoraba. Al parecer no significaba nada, tan solo pretendía destilar una imprecisa idea de innovación. Llegué justo a tiempo para la hora del cóctel, que se celebraba en una sala bien equipada con impresionantes vistas del atardecer sobre la parte baja del río Hudson. Uno de los organizadores me entregó una bolsa de tela promocional, una placa con mi nombre y mi puesto de trabajo y un librito de color negro —uno de los pocos caralibros [facebook en inglés] de papel que había visto desde el nacimiento de Facebook— que contenía la foto del rostro y la biografía de cada emprendedor, ingeniero e inversor de capital riesgo presente en la conferencia. Le eché un vistazo en busca de nombres que me dijeran algo.

Uno era Eli Pariser, un activista reconvertido en emprendedor. Pariser era el exdirector de MoveOn.org, una organización sin ánimo de lucro de izquierdas especializada en organización online. Más recientemente había escrito El filtro burbuja, un libro que demostraba que a medida que las empresas tecnológicas se hacían más grandes, fragmentaban internet en millones de internets a medida. Pariser advertía de que cuantos más datos personales recopilaran de una persona, tanto más mejorarían los algoritmos a

la hora de mostrar a cada persona los enlaces que le impulsarán a hacer clic en ellos. Esto se conocía como microfocalización o microtargeting. Para las empresas de tecnología —y para los publicistas, propagandistas o cualquiera que quisiera difundir un mensaje— parecía un escenario en el que todos ganaban, pero para la democracia estadounidense, afirmaba Pariser, las consecuencias podrían ser calamitosas. «La mayoría de los filtros personalizados no tienen modo alguno de destacar lo que realmente importa pero recibe menos clics —escribió—. A fin de cuentas, "dar a la gente lo que quiere" no es más que una filosofía inconsistente y superficial».

Por entonces, Google poseía casi el 40 por ciento del mercado publicitario, y Facebook era dueño de otro 10 por ciento. Algunos analistas ya habían empezado a advertir de su capacidad para constituir un duopolio. Los modelos de negocio de ambas compañías, especialmente en el caso de Facebook, se habían construido en torno a la microfocalización. Los filtros burbuja, en otras palabras, no eran un defecto temporal, sino una característica fundamental de los medios de comunicación sociales. No se entendía que estos últimos pudieran progresar sin los primeros. Si los filtros burbuja eran perjudiciales para la democracia, entonces ¿Google y Facebook también lo eran?

Era una pregunta legítima, casi obvia, y aun así el vocabulario cultural de la época impedía que la mayoría de la gente la retuviera durante largo tiempo. El libro de Pariser se publicó en 2011, el año de la Primavera Árabe, un movimiento organizado, en parte, a través de los medios de comunicación sociales; a menudo se la llamó la Revolución Twitter. La revista Time acababa de nombrar a Mark Zuckerberg «Persona del Año». En la hagiográfica foto de portada, sus ojos eran oceánicos y tenía mirada de lince, como si soñara nuevas formas de forjar vínculos humanos. Algunas películas y libros lo retrataban como un ser furtivo e incluso algo despiadado, pero todavía era posible imaginar que esa crueldad, siguiendo la estela de Thomas Edison o Steve Jobs, no era sino el precio de dedicarse a los negocios.[57] El lema de Zuckerberg, «Muévete deprisa y rompe cosas», por lo general se consideraba un signo de despreocupación juvenil, más que una muestra de descarada rapacidad. Los usuarios de Facebook —más de mil millones— parecían felices. Sus inversores estaban encantados. Si los medios de

comunicación sociales no eran un buen producto, ¿por qué tenían tanto éxito?

En ese momento, aún no se había alcanzado un consenso (por lo menos en las pretenciosas conferencias sobre tecnología que se celebraban en Nueva York) para responder a la pregunta de si los innovadores jóvenes con sudadera de capucha de Silicon Valley terminarían convirtiéndose en unos capitalistas sin escrúpulos. Estaba mucho más aceptado socialmente ensalzar el vehículo reluciente de la tecnología —contemplar con amoral pasmo su velocidad y su vitalidad— que preguntarse hacia dónde se dirigía exactamente o si algún día podría precipitarse por un acantilado.[58] Tales cuestiones habían comenzado a resultar rancias y antidemocráticas. Las personas que pasaban demasiado tiempo preocupándose por ellas a menudo eran tachadas de cascarrabias o luditas. Para un tecnooptimista, el vehículo solo puede moverse de una forma: hacia delante.

En Silicon Valley y en gran parte de la prensa nacional, El filtro burbuja se interpretó como una crítica constructiva suave.[59] No se consideraba a Pariser una solitaria figura que iba a la contra y que observaba desde lo alto a una división acorazada, sino un observador respetable que pide a los comandantes de los tanques que giren las ruedas unos cuantos grados hacia la izquierda. Algunos de los nuevos guardianes negaban la existencia de los filtros burbuja; otros, por el contrario, reconocían el problema, tanto en privado como en público, pero parecían reacios o incapaces de hacer nada al respecto. Mientras tanto, razonó Pariser, si él no podía cambiar la forma en que se filtraba el contenido en los medios de comunicación sociales, tal vez sí podría cambiar el propio contenido. Así fue como, un año después de la publicación de su libro, Pariser se introdujo en el negocio de la agregación de contenidos. Cofundó Upworthy, una empresa cuyas publicaciones estaban diseñadas para hacerse virales en Facebook.

El colapso de la industria informativa tradicional no había sorprendido a ninguno de los asistentes a F.ounders. Algunos de los detalles más sutiles podían ser discutibles, pero, a grandes rasgos, la historia reciente era bastante clara. En primer lugar, a principios del

siglo XXI tuvo lugar la transición de la palabra impresa a la web. En lugar de comprar un periódico en un quiosco físico, ahora cualquiera podía echar un vistazo gratis en el quiosco infinito de internet. En lugar de pagar para publicar un anuncio clasificado, se podía publicar uno en cuestión de segundos en la página de Craiglist. Internet liberó una cascada de información: innumerables agencias de noticias internacionales, manuscritos antiguos, bibliotecas legales, foros de mensajes…, todo disponible al instante. Para los editores de periódicos se trataba de una amenaza devastadora para sus modelos de negocio. Sin embargo, en el caso de muchos lectores, a pesar de que la web hizo que sus vidas fuesen más cómodas, sus hábitos de lectura no cambiaron tanto. Si uno estaba acostumbrado a escudriñar la portada del The Denver Post cada mañana, ahora simplemente podía hacerlo desde casa.

En 2014, la industria se encontraba inmersa en un cambio más profundo: la transición de la red abierta a las redes sociales. Todavía era posible empezar el día acudiendo directamente a denverpost.com, pero, en términos estadísticos, ya nadie lo hacía. La gente acudía a Facebook, a Google, a Reddit o a Twitter: de ahí procede toda la información del mundo. The Denver Post, The Denver Guardian, tu expárroco, tu tía lejana, Alex Jones, Van Jones, Geico, un influencer de doce años noruego… pugnaban por tu atención en un flujo único. En la era de la televisión, los guardianes controlaban el flujo de la información, pero el consumidor por lo menos siempre tenía la posibilidad de cambiar de canal. En la era de Facebook, la experiencia de navegación resultaba tan pasiva, tan próxima a la falta de voluntad, que la metáfora estándar ya no era el consumo, sino la infección viral.

Los periodistas de The Denver Post sabían cómo cubrir una campaña para la alcaldía o un partido de los Rockies, pero la gran mayoría ignoraba —y no parecía muy inclinada a aprender— cómo promocionar sus artículos en los medios de comunicación sociales. Upworthy, por el contrario, estaba construido alrededor del doble objetivo de la «capacidad de acceso mediante un clic» y la «posibilidad de compartir». Todavía era cierto, tal como Pariser había señalado en su libro, que los algoritmos de los medios sociales no disponían de un «modo de destacar lo que realmente importa». Pero ahora, en lugar de abogar por arreglarlos, confiaba en

adaptarse a ellos, manipulando a los censores de Facebook, que carecían de sensibilidad, de tal modo que permitieran que unos pocos enlaces seleccionados se hiciesen virales.

Por aquel entonces, Upworthy no creaba ningún contenido. En su lugar, rastreaba la web en busca de vídeos de corta duración sobre la esperanza y el triunfo humanos para luego volver a ofrecerlos con titulares más llamativos, imágenes en miniatura más atractivas y cosas por el estilo. Cada modificación tenía la intención de hacer que una determinada publicación tuviera más visitas y fuera compartida más veces, de la misma forma que cada pequeño retoque hace que un coche de carreras sea un poquito más aerodinámico. A los periodistas de la vieja escuela se les enseñaba a dedicar la mayor parte de su tiempo a pensar sobre informar, escribir y comprobar los hechos; el titular, por lo general, era una ocurrencia tardía. Upworthy, por el contrario, respondía racionalmente a los incentivos inversos de la red social, subcontratando el cien por cien de la producción de contenido y centrándose en escribir el titular. Para cada publicación generaban un mínimo de veinticinco titulares; se probaban varias opciones que rivalizaban algorítmicamente entre sí, para determinar cuál era la mejor. (Ni que decir tiene que «mejor» era sinónimo de «más popular»).[60]

En la primavera de 2014, Upworthy y sus numerosos imitadores habían desarrollado una fórmula para hacer que los titulares recibieran el mayor número posible de clics. Dichos titulares a menudo transmitían información suficiente para resultar atractivos pero no plenamente satisfactorios, de modo que dejaran abierta una «brecha de curiosidad». La única forma de que un usuario de Facebook, al desplazarse por su feed, pudiera satisfacer su curiosidad era haciendo clic en el enlace, es decir, dando a Upworthy una nueva página visitada. (Un vídeo sobre el amor propio que una poeta slam de Montana había publicado en YouTube con el título de «Poema de amor propio», Upworthy lo convirtió en «Se mintió a sí misma cada noche durante un año. Mira lo que pasó cuando fue honesta»). Este estilo de titular llegó a ser conocido como clickbait (cibercebo). Era fácil repetirlo o parodiarlo; los medios de comunicación convencionales hacían ambas cosas: guiñaban un ojo al fenómeno al tiempo que se

beneficiaban de él. La revista The Onion lanzó ClickHole, un spin-off que se dedicaba a satirizar el nuevo género.[61] También había «spoilers de clickbaits», como, por ejemplo, la cuenta de Twitter @SavedYouAClick, cuyo único propósito era arruinar titulares como los de Upworthy («Julia Roberts jamás volverá a tener un papel más importante») suministrando la información que faltaba («La voz de la Madre Naturaleza en un anuncio»). Y aun así, a pesar de todo, el clickbait funcionaba asombrosamente bien. Un año después de su lanzamiento, Upworthy informó de 87 millones de visitas únicas al mes: más de las que recibía The New York Times.

La curiosidad no es la única forma de conseguir clics, claro está. El humor también funciona, así como la lujuria, la nostalgia, la envidia o la indignación. Hay tantas maneras de llamar la atención de alguien como cebos para trampas de ratones, aunque algunas funcionan mejor que otras. «El contenido que provoca emociones de alta estimulación tiene más probabilidades de ser compartido —escribieron dos profesores en 2012—. Las emociones positivas y negativas que se caracterizan por una alta estimulación (por ejemplo, asombro, ansiedad y rabia) están vinculadas positivamente a la viralidad, mientras que las emociones caracterizadas por una baja estimulación, como la tristeza, están negativamente vinculadas a la viralidad».[62]

Las emociones de alta estimulación también se llaman emociones activadoras. Son emociones que conducen a comportamientos cuantificables —en este caso, hacer clic, dar al botón de «me gusta» o compartir un enlace—, frente a las emociones desactivadoras, que tienen más probabilidades de producir aturdimiento o parálisis. En la vida real, por supuesto, ambos tipos de emociones disponen de un lugar propio. Cuando una persona bien adaptada hace frente a un revés —como la muerte de un familiar—, una emoción desactivadora a menudo es la única respuesta apropiada. En el internet viral, sin embargo, las emociones desactivadoras son meras ineficiencias del mercado. Desde el punto de vista de la competencia empresarial pura y dura, lo importante no es que una pieza de contenido de internet sea verdadera o falsa, responsable o imprudente, social o antisocial. Lo único que importa es cuántas

emociones activadoras es capaz de generar.[63]

A medida que en los medios de comunicación sociales mutaba el estilo predominante de clickbait, cada cierto tiempo Facebook anunciaba nuevos ajustes en su algoritmo de actualización de noticias y prometía difundir «contenidos de mayor calidad» o mostrar a sus usuarios «historias que sean importantes para ellos». Sin embargo, el principal objetivo —siempre tácito— de Facebook no era difundir contenido de alta calidad, sino conseguir que más usuarios pasaran más tiempo en Facebook.

* * *

Continué mi exploración por orden alfabético del caralibro de la conferencia y el siguiente nombre que reconocí fue el de Jonah Peretti. Cuando todavía era un estudiante universitario, Peretti escribió un artículo titulado «Capitalismo y esquizofrenia: cultura visual contemporánea y la aceleración de la formación/disolución de la identidad», en el que, mediante el uso de la densa jerga de la «teoría psicoanalítica lacaniana y poslacaniana», denunciaba a la industria de la publicidad por exacerbar «el ritmo acelerado del capitalismo tardío».

Diez años después, Peretti había acelerado aún más el ritmo del capitalismo tardío al fundar BuzzFeed, una empresa de comunicación que combinaba publicidad, entretenimiento y periodismo de una forma novedosa y, en ocasiones, sin escrúpulos. BuzzFeed pasó a ingresar miles de millones de dólares, sobre todo mediante la producción de contenido de marca orientado a los millennials. Peretti, como Pariser, había diseñado su página web con la mente puesta en la viralidad. En la parte superior de cada publicación de BuzzFeed había uno o más «distintivos» («Cute», «Ugh», «LOL», «OMG»), cada uno de los cuales correspondía a una emoción activadora diferente. El objetivo del contenido era obtener una respuesta: un «compartir», un «me gusta», un «no me gusta», un comentario indignado. Cualquier respuesta era una forma de

participar, y la participación era el alma del internet viral.

El estilo de los titulares de BuzzFeed, así como el de los de Upworthy, era tan irónico como eficaz. BuzzFeed producía su propio material, aunque una gran parte consistiera simple y llanamente en publicidad (anuncios disfrazados de contenido editorial). El registro característico de la página era el artículo en forma de lista («10 chistes que demuestran que el humor de cuarto de baño nunca pasa de moda», patrocinado por Charmin [marca de papel higiénico]). Los redactores de titulares de BuzzFeed, confiando en lograr que su contenido resultase aún más «pegadizo» y «viral», fueron pioneros en una serie de ingeniosas estrategias de focalización de la audiencia, entre las que se incluía una especie de difusión selectiva indiscriminada: «24 problemas con los que cualquiera puede identificarse» no habría hecho referencia a ningún colectivo natural, pero «24 problemas que solo entenderás si eres galés» tenía grandes posibilidades de volverse viral en Gales. Y teniendo en cuenta que el espacio publicitario en internet es ilimitado, no había por qué detenerse en Gales. También podían publicar «27 problemas devastadores que solo la gente de Nueva Jersey podrá entender», «29 cosas que solo comprenderá la gente que trabaja en la radio pública» y «20 cosas que solo entenderá la gente que lleva gafas».[64]

Un mes antes de la celebración de F.ounders, Peretti redactó un memorando dirigido a sus trabajadores en el que celebraba el asombroso ritmo de crecimiento. Señalaba, y no le faltaba razón, que los medios de comunicación sociales habían democratizado el acceso a la información.[65] Sin embargo, ahora que escribía desde la perspectiva del capitalismo y del tecnooptimismo, olvidó mencionar que los medios de comunicación sociales también habían acelerado el ritmo de la vida diaria, volviéndolo más caótico y desconcertante. De repente, cada pieza de contenido —cada artículo, cada listado, cada imagen, cada anuncio— era como un trozo de naufragio en una corriente saturada, una distracción más que vadear antes de sucumbir al agotamiento y hacer clic en el titular para saber qué le pasaba a la poeta cuando era honesta (spoiler: aprendía a amarse a sí misma).

Cerré mi caralibro y volví a guardarlo dentro de la bolsa de tela. Las

tareas más básicas de un redactor de noticias tradicional —tales como decidir qué historias deben figurar en un lugar destacado, cuáles minimizar y a cuáles renunciar por completo— se apoyaban en el supuesto de que no todas las noticias eran idóneas para ser impresas. Este supuesto se basaba a su vez en una definición convenientemente imprecisa de idoneidad que podía depender de muchos factores: de la capacidad de resultar vendible, del sensacionalismo y de la codicia, sin duda, pero también, en alguna medida, del interés del público. Ahora que los editores habían perdido el monopolio del control de la información —ahora que este poder pasaba cada vez más del ser humano a los algoritmos—, la idoneidad empezaba a adquirir un significado más crudo y darwiniano».[66] Las publicaciones de alta estimulación ganan a las de baja estimulación; el contenido más idóneo prolifera y todo lo demás se extingue. Aquella situación me resultaba incómoda y desconcertante, pero ni siquiera podía articular del todo el problema, mucho menos pensar en una posible solución. Tal vez alguno de los f.ounders pudiera ayudarme.

Me abrí paso entre la multitud a base de codazos, acepté un vaso de agua con gas y un platito de gambas rebozadas y busqué a alguien con quien hablar. Examiné las tarjetas de identificación prendidas a la altura de las clavículas haciendo todo lo posible por analizar los nombres de las startups —parecían imanes de nevera (Struq, SHFT, PubNub)— y el puesto de trabajo previsiblemente extravagante (ninja iOS, hacker residente). Cada conversación empezaba con una amable indagación socrática mediante la cual intentaba comprender, después de dar unos cuantos bandazos, cómo ocupaba su día un futurista o un hacker residente. En la mayoría de los casos, la respuesta se limitaba a la compra o venta de anuncios en Google o Facebook.

Pronto se hizo evidente que entre toda esa gente no hallaría a Peretti ni a Pariser. Tal vez estuvieran en reuniones previas de alto nivel o echándose una siestecita para recargar pilas; posiblemente se encontraran en ese mismo hotel en alguna planta más alta bebiendo agua con gas de calidad superior. En la sala de las gambas rebozadas gratuitas, la mayoría de los presentes parecíamos periodistas, relaciones públicas o cadáveres de oficina de nivel intermedio.

Me lancé a establecer contactos. No recuerdo los detalles del flujo de caja negativo o del flujo de incorporación móvil de cada una de las startups. Recuerdo sobre todo la ausencia imperante de autocrítica. En otros actos de la industria que he cubierto (la fiesta de un sello discográfico, una gala celebrada por una empresa sin ánimo de lucro), los bartlebys de nivel medio exudaban un tufillo de humildad, aunque fuese falsa. En F.ounders, todos parecían haber interiorizado las promesas que provocaban que jóvenes avariciosos acudieran en tropel a Silicon Valley: «Las cosas pueden irte bien haciendo el bien. Estás construyendo las herramientas de la conexión humana y el progreso social. Todos los incentivos están en sintonía». Dos meses más tarde, cuando la comedia de situación satírica Silicon Valley incluyó una escena de fundadores de startups que se comprometían a «hacer del mundo un lugar mejor mediante algoritmos Paxos para los protocolos de consenso», sentí una punzada de déjà vu.

En los primeros años de su carrera, los libros de Philip Roth eran salvajes alaridos de rebeldía: contra su judaísmo, contra las normas puritanas del Nueva Jersey septentrional, contra las diversas formas que adoptaban algunas necias sandeces. Pero en 1986 Roth también escribió: «Nunca me siento más judío que cuando estoy en una iglesia y empieza a sonar el órgano». Así es como se sentía un institucionalista reticente. No es que yo fuera tan leal a las instituciones mediáticas tradicionales como para ser incapaz de ver sus defectos, pero entonces el coro de evangelistas digitales empezaba a entonar sus aleluyas y me enojaba. Desconocía qué podía significar para el mundo un internet «más abierto y conectado»; lo cierto es que nadie podía saberlo, ni siquiera los propios alteradores. Si hubiera tenido fe en el arco predestinado de la historia —si confiaba en que el vehículo reluciente de la tecnología se autocorregiría de forma natural, como un coche sin conductor, aunque los demás estuviéramos dormidos al volante—, entonces podría haberme alegrado de ver cómo el vehículo se apresuraba hacia delante, estrellándose y atravesando cada puerta que encontrara a su paso. Pero lo que yo creía era al mismo tiempo más liberador y aterrador: la tecnología, como el arco de la historia, puede llevarnos en cualquier dirección.

■

[57] «Entender a quién sirves es siempre un problema muy importante, y se vuelve más difícil a medida que sirves a más gente», explicó Zuckerberg a The New York Times en 2014. Tal vez este enunciado no hizo pensar a nadie en «Para servir al hombre», el distópico episodio de La dimensión desconocida, o tal vez a nadie le pareció apropiado mencionarlo.

[58] No faltaban los escépticos, por supuesto. El vertiginoso utopismo del levantamiento de la plaza Tahrir en El Cairo no tardó en dar paso al despótico Gobierno de los Hermanos Musulmanes primero y a un golpe militar después. Túnez, el lugar del nacimiento de la Primavera Árabe, se convirtió en un caldo de cultivo para el Estado Islámico; activistas de los derechos humanos comenzaron a cuestionar si la Revolución Twitter había ido demasiado deprisa y, en el proceso, había roto Oriente Medio. «Al permitir que los manifestantes aumenten rápidamente, sin años de preparación, la infraestructura digital actúa como un andamio para movimientos sociales que enmascara otras debilidades», afirmaba en 2014 la socióloga Zeynep Tufekci en el Journal of International Affairs. Ese mismo año, en un informe titulado «Reflexiones en los levantamientos árabes», Marc Lynch, un politólogo de la Universidad George Washington, escribió: «Los nuevos medios de comunicación y medios de comunicación sociales árabes demostraron ser tan capaces de transmitir ideas e imágenes negativas y divisivas como lo habían sido de difundir las revolucionarias». Estas advertencias fueron incisivas, pero no se les prestó la suficiente atención.

[59] «Siempre se consideró una cuestión intelectual, pero no algo en lo que hubiera que centrarse», explicó más tarde un empleado de Facebook a The New York Times.

[60] En 2012, se invitó a los trabajadores de Upworthy a una conferencia para hablar sobre, menuda sorpresa, cómo alcanzar la viralidad. Una de sus diapositivas, con la etiqueta «Proceso editorial de Upworthy», presentaba una fotografía de archivo de un retrete seguida de un proceso de redacción de titulares en ocho pasos. Paso 1: «Tienes que EVACUAR 25 titulares para cada pieza de contenido». Paso 2: «VAS A ESCRIBIR algunos titulares realmente

apestosos». Paso 3: «Cuando empieces a desesperarte, empieza a pensar de manera diferente». El paso 3 era confuso —según la lógica de la metáfora, parecía una súplica para no llenar de mierda el suelo—, pero realmente se animaba a «pensar fuera de lo establecido». «La idea número 24 será una mierda —decía la diapositiva—. Y por fin, a la 25, el titular será un regalo de los dioses y te convertirá en una leyenda».

[61] Una publicación específica de ClickHole sirvió para ilustrar hasta qué punto la ciencia de la redacción de titulares clicables se había escindido del arte de la escritura. La publicación se titulaba: «El tiempo que pasé en un barco ballenero comercial cambió por completo mi perspectiva sobre el mundo». El cuerpo del mensaje era el texto completo de Moby Dick.

[62] Jonah Berger y Katherine L. Milkman, «What Makes Online Content Viral?», Journal of Marketing Research 49, n.º 2, 2012, pp. 192-205.

[63] En un artículo publicado en la revista Science, tres informáticos del MIT revelaron que los rumores falsos de Facebook provocaban más emociones de alta estimulación que las noticias reales, las cuales tenían más probabilidades de inspirar emociones desactivadoras tales como malestar y confusión. Esta era una de las explicaciones para el principal hallazgo del artículo: por lo general, es más probable que las noticias falsas se vuelvan virales que las reales.

[64] Ejemplos reales todos ellos.

[65] «Gracias a estas tendencias tecnológicas y demográficas de masas, el BuzzFeed de hoy en día llega a más personas que la circulación combinada de las versiones de los años 50 de Time, Life, el New York Times y el Washington Post. ¡Es muy difícil superar la magnitud de la web móvil y social!».

[66] «He llamado a este principio, por el cual se conserva toda variación pequeña cuando es útil, Selección Natural — escribió Darwin en la quinta edición de El origen de las especies—. Pero la expresión usada a menudo por el señor Herbert Spencer, “la supervivencia de los más idóneos”, es más exacta, y algunas veces

igual de práctica».

06

Un tío viral

Durante la cena, el algoritmo que había asignado los asientos me colocó junto a Emerson Spartz, de veintisiete años, ojos grandes como platos y la barbilla afilada de un cervatillo de cómic. Según el caralibro negro, era un «autor superventas del New York Times» que «no había terminado el instituto», y era fundador y director general de Spartz Inc., con sede en Chicago.

Le pregunté a qué se dedicaba su empresa, o qué era.

—Soy un apasionado de la viralidad —respondió, y yo debí de parecer confundido, porque añadió—: Permíteme que baje de las alturas lo que acabo de decir.

Todavía no nos habían servido los entrantes. Miró la hora en su móvil y se aclaró la garganta.

—Cuando era niño, mis padres me hacían leer todos los días cuatro biografías breves de personas de éxito. Decidí que quería cambiar el mundo, y que quería hacerlo a escala masiva.

Así comenzó lo que llegaría a reconocer como el discurso estándar de Spartz, tanto la persona como la empresa. Aunque su público ascendía a una sola persona, el tono que empleaba al hablar era distante e intencionado, con pausas y expresiones faciales muy estudiadas, como si yo fuera una sala de conferencias o el objetivo de una cámara.

—Me fijaba en los patrones —dijo—. Y me di cuenta de que si se pudieran viralizar las ideas, podrían decantarse las elecciones, poner en marcha movimientos, revolucionar industrias.

Me explicó que Spartz Inc. se había especializado en «cosas divertidas: en el ocio, no en noticias serias». Él la llamaba empresa de medios, pero sonaba más a un sitio agregador y distribuidor de contenido preexistente. Estaba convencido de que «la capacidad de difundir un meme a millones de personas era lo más cerca que uno podía estar de tener un superpoder humano».

Richard Dawkins, un biólogo evolutivo de Oxford, inventó el concepto de meme en 1976. En su libro El gen egoísta, Dawkins afirmaba que los genes son la «unidad fundamental» de la selección natural, y que existen para perpetuarse a sí mismos, no para perpetuar ningún organismo o especie. En un capítulo se preguntaba si en la cultura humana podría producirse algo análogo a la selección natural, es decir, si las «melodías, ideas, consignas, modas de vestir» podrían evolucionar de la forma en que lo hacen las plantas y los animales. De ser así, esta evolución se produciría por medio de una «unidad de trasmisión cultural», a la que Dawkins llamó meme. «Al igual que los genes se propagan en un acervo génico al saltar de un cuerpo a otro mediante los espermatozoides o los óvulos, así los memes se propagan en el acervo de memes al saltar de un cerebro a otro».[67] La supervivencia de un meme, como la supervivencia de una especie, no estaba asegurada por un plan predeterminado; dependía, sencillamente, de la capacidad de autorreproducción del meme.

A medida que pasaban las décadas, el «saltar de un cerebro a otro» fue aumentando exponencialmente su expansibilidad. En una nota final a la edición de 1989 de El gen egoísta, Dawkins escribió: «Los ordenadores están cada vez más ligados en complejas redes de información compartida. Muchos de ellos están literalmente conectados para el intercambio de correo electrónico […]. Es un medio perfecto para que surjan y se difundan programas de autorreplicación». Se refería a los virus informáticos. No habría podido predecir BuzzFeed, ClickHole, Pepe o el Pizzagate.

Por lo que pude observar, Emerson Spartz no utilizaba su superpoder memético ni para el bien ni para el mal. Lo usaba sobre todo para monetizar gifs de gatos. Me explicó que su compañía monitorizaba unas treinta páginas activas que ofrecían carnaza para

la procrastinación de adolescentes de todas las edades: Memestache («Todos los memes divertidos»), OMGFacts («La fuente de datos n.º 1 del mundo»),[68] GivesMeHope («Caldo de pollo para el alma —la versión del siglo XXI, estilo Twitter»).[69] La mayor parte del contenido era generado por los usuarios, nadie lo revisaba y constantemente entraba material nuevo.

El autodiscurso de Spartz solía durar alrededor de un cuarto de hora, pero este le llevó mucho más tiempo porque yo le interrumpía cada dos por tres. No es que quisiera reprocharle nada, simplemente intentaba comprender su forma de pensar, que parecía emblemática del estilo de pensamiento que impregnaba el resto de la sala, si no de toda la industria de los medios de comunicación sociales.

—Los memes virales ciertamente pueden ser poderosos —dije—, pero ¿qué pasa con los que no tienen mucho efecto? ¿Y con los que hacen que el mundo cambie a peor en lugar de a mejor?

El rostro de Spartz palideció.

—¿Te importaría volver a formular esa pregunta de una forma más concreta?

Saqué el tema de Kony 2012, un documental de media hora de duración sobre Joseph Kony, el señor de la guerra ugandés.

—Una campaña viral increíble —repuso Spartz—. Eso es exactamente lo que quiero decir con lo de que compartir memes puede conducir a un cambio positivo en el mundo real.

A los pocos días de su lanzamiento en YouTube, Kony 2012 había sido visto más de cien millones de veces, un nivel de popularidad envidiable incluso para un vídeo de Taylor Swift, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un documental morboso sobre niños soldados. Su objetivo explícito era «hacer famoso a Kony», y lo logró, por lo menos durante un tiempo. Aun así, el director del metraje, Jason Russell, no era ningún experto en la geopolítica gordiana del África oriental.[70] Su única y simplista petición —la captura o asesinato de Kony a manos del Ejército estadounidense— era, en el mejor de los casos, controvertida. De cualquier manera, nunca llegó a cumplirse. A pesar de la popularidad de la película,

Kony y sus soldados continuaron en libertad, posiblemente en los bosques remotos de la República Centroafricana, aunque no se sabe con certeza. Pregunté a Spartz si todo esto debía considerarse un éxito.

Se encogió de hombros.

—Para ser sincero, no seguí la historia de cerca una vez empezó a perder fuerza. Aunque soy uno de los lectores más ávidos que conozco, por lo general no suelo leer noticias serias… Se presentan de una forma muy aburrida y tienden a repetir los mismos patrones una y otra vez.

A pesar de ello, estaba encantado de ofrecer su consejo:

—Si yo dirigiera una empresa que estuviera más orientada a ofrecer noticias serias y quisiera informar a la gente sobre Uganda, lo primero que haría sería informarme bien y entender exactamente qué está pasando allí. Entonces buscaría unas cuantas imágenes o hilos argumentales lo más conmovedores posibles, para provocar un montón de emociones relevantes, y haría con ellos un vídeo de menos de tres minutos introduciendo palabras y estadísticas claras y simples. Frases breves y explicativas. Y al final proporcionaría a la gente algo que pudieran hacer y que les hiciera sentir esperanzados.

Pregunté a Spartz si esperaba reunirse con alguien mientras estaba en la ciudad.

—El objetivo principal de mi visita es conocer a posibles inversores. Sé que no debería decirlo así sin más, pero es la verdad.

—¿Tienes en mente a alguien a quien admires o alguien que te gustaría que te ofreciera algún consejo?

—De toda la gente que está aquí, los únicos que hacen mejor lo que yo hago son Eli y Jonah —dijo refiriéndose a Pariser y Peretti—. Mataría por ser tan bueno con la viralidad como esos tipos.

No estaba seguro de si debía interpretarlo como una declaración de modestia o de pura ambición. Recientemente, Spartz había recaudado ocho millones de dólares en financiación de capital

riesgo. Así como las empresas de nuevos medios como Upworthy y BuzzFeed habían evolucionado hasta convertirse en marcas establecidas, él confiaba en alterar a los alteradores. No veía a los dinosaurios de los viejos medios de comunicación como competidores (no porque sintiera que él no estaba a la altura de un desafío como ese, sino porque daba por hecho que los dinosaurios pronto se desplomarían bajo su propio peso).

Sirvieron el primer plato: pollo de conferencia (un escalón por encima del pollo de boda y uno por debajo del pollo de gala). Spartz bajó la vista, se fijó por primera vez en mi tarjeta identificativa y advirtió que trabajaba para el The New Yorker.

—Por ejemplo, ¿sabes cómo mejoraría vuestro producto? —dijo—. Con muchísimas más imágenes. Eso de entrada. ¿Quién ha visto alguna vez un bloque grande y largo de texto y ha dicho: «¡Qué emocionante!». Siempre se lo digo a mis empleados: cada párrafo que escriban debería ser supercorto, de tres frases como mucho. Y me refiero a frases breves. Un punto y seguido es mejor que una coma. El aburrimiento es el enemigo.

No podía negar que aquello sonaba a receta efectiva para cierto tipo de éxito. Sin embargo, si el único objetivo era maximizar clics, ¿por qué una revista o un periódico iba a contratar a personas que verificaran los datos? O a reporteros, si me apuras. ¿Por qué no limitarse a reciclar comunicados de prensa, reescribiendo las aburridas citas para darles más ritmo? ¿Por qué no reemplazar toda la cobertura de Siria con otra sobre las Kardashian? ¿Por qué no nos olvidamos para siempre de las palabras y nos dedicamos a algo más remunerativo, como el vídeo, los juegos para móviles o la explotación minera?

Spartz ladeó la cabeza y esperó a que yo terminara mi diatriba. A sus ojos, me estaba revelando claramente como un ludita.

—Siempre existe la posibilidad de caer en terrenos resbaladizos. Pero esos argumentos no me interesan. Lo que a mí me interesa es el impacto —dijo, y tras afirmar que el arte sin público era mero solipsismo, concluyó—: El barómetro de calidad definitivo es que si algo se comparte, tiene calidad. Si alguien quiere afanarse en la oscuridad, si eso es lo que le hace feliz, perfecto. No todos tenemos

que cambiar el mundo.

Spartz se marchó antes de los postres, a los que calificó como de «bajo rendimiento de la inversión, calóricamente hablando». Mientras salía, me envió un e-mail a modo de tarjeta de visita: «Hola. ¡Sigamos en contacto!», decía la línea del asunto. El cuerpo del mensaje se reducía a dos palabras: «Tío viral».

* * *

El martes siguiente a la cena de F.ounders, en la reunión editorial del The New Yorker, les hablé a mis compañeros de Emerson Spartz. Sabía que internet tenía la capacidad de hacer que las iniciativas más inocuas pudieran parecer novedosas o nefastas, así que me esforcé en revisar mis prejuicios. El que un emprendedor se dedicara a propagar entretenimiento frívolo no tenía nada de sorprendente; eso era, al fin y al cabo, un negocio más antiguo y más lucrativo que el que nos ocupaba, es decir, la combinación artesanal de periodismo literario y viñetas irónicas. No me interesaba el contenido de Spartz en sí mismo, sino el método que empleaba para difundirlo, que parecía verdaderamente nuevo.

En la segunda mitad del siglo XX, cuando el grueso de la información popular se difundía a través de la televisión, el don de la persuasión en un campo (Roger Ailes, el asesor de campaña de Nixon) podía transferirse con traicionera facilidad a otro (Roger Ailes, director general de Fox News). En la era de Facebook, la existencia de límites entre campos había empezado a desdibujarse. Facebook no es solo una de las mayores plataformas de vídeo del mundo, es también una compañía de juego, un servicio de citas, una sección de anuncios clasificados, una caja fuerte de fotografías, un quiosco y un estudio cinematográfico de realidad virtual. El contenido es contenido es contenido, todo mezclado en un único flujo.

Una cita en la primera plana de The Washington Post tiene más probabilidades de ser más precisa que una cita en la página de

cotilleos del New York Post, o que un mensaje de tu expárroco en una publicación de Facebook. Un dato en el «Harper's Index» tiene más probabilidades de ser más cierto que uno de OMGFacts. Es más, parte del periodismo pretende trascender la mera fiabilidad asumiendo el estatus minoritario del arte. Los periodistas tradicionales advertían estas distinciones, pero los datos demostraban que muchos consumidores no. Y las redes sociales no ayudaban; al contrario, sus diseñadores restaban importancia a tales distinciones en aras de la neutralidad del contenido.[71]

Muchos escritores, cineastas y fotógrafos sentían que su trabajo no tenía nada que ver con el contenido que publicaban como churros páginas como la de Spartz, y, en un cierto sentido metafísico, tenían razón. En términos de puro darwinismo memético, no obstante, la era de Facebook había empujado al The New Yorker y a Spartz Inc. al mismo ecosistema, cuando no a una competencia interespecífica directa. En Facebook, el contenido es tan variado como lo es la imaginación humana, y, sin embargo, todo se propaga de la misma manera: consiguiendo que la gente haga clic y comparta enlaces. El argumento de Spartz era que podía hacer que los usuarios sintieran suficientes emociones activadoras para poder compartir los enlaces que él quería que compartieran. En otras palabras, su cuento de que la viralidad era un superpoder era una cursilada autopromocional, pero, al mismo tiempo, era básicamente una realidad. Utilizaba este superpoder para vender memes moderadamente divertidos, pero en el futuro, si quisiera, podría usarlo para vender pasta, pornografía o populismo. Ni siquiera era una capacidad transferible: la capacidad era siempre la misma.

—¿Cuántos años dices que tiene el tipo que puso en marcha la compañía? —preguntó un editor de artículos.

—Veintisiete.

—¡Jesús! No sé si quiero abofetearlo o contratarlo —suspiró melodramáticamente David Remnick, el editor de la revista—. Los jóvenes me encantáis, pero vais a destrozarlo todo, ¿verdad?

* * *

A finales de mayo volé a Chicago, me reuní con Spartz fuera de su oficina, en el centro de la ciudad, y atravesamos caminando el Loop para asistir a otra conferencia de tecnología. Le habían invitado a dar un discurso.

—Mucho de lo que voy a decir te resultará conocido. El acto se iba a celebrar en el Museo de Arte Contemporáneo y llevaba por título «Millenial Impact Conference». Habían pedido a los participantes que hablaran sobre cómo los jóvenes podían «construir movimientos para crear cambios». Esta no era la especialidad de Spartz.

—A decir verdad solo tengo un discurso —dijo—, y es sobre cómo hacer que las cosas se viralicen. Tengo preferencias personales en cuanto a cómo me gustaría que se aplicaran esos principios,[72] pero en la práctica pueden usarse para casi cualquier cosa.

Nos tropezamos con Jimmy Odom, un empresario de treinta y tres años con unas rastas que le llegaban a la altura de los hombros. En el estanque relativamente pequeño de la escena startup de Chicago, Spartz era un pez grande, y Odom aprovechó la oportunidad para hacerle varias preguntas específicas sobre estrategia empresarial. Acto seguido, girándose hacia mí, describió a Spartz como una persona «inspiradora» y «verdaderamente genial».

—¿Por qué no aceptas mi solicitud de amistad? —le preguntó Odom.

—Ni siquiera puedo verla, literalmente —contestó Spartz, esbozando una sonrisa como para disculparse—. Facebook limita el número de amigos que puedes tener (cinco mil), y ya he superado el límite.

Spartz era joven, pero llevaba más de la mitad de su vida en el negocio de la viralidad. En 1999, con doce años, había desarrollado MuggleNet, que se convirtió en la página web de fans de Harry Potter más popular del mundo. Había aparecido en la CNN y en Fox News, y J. K. Rowling le había invitado a su finca palaciega en Escocia. Con el tiempo, dejó atrás el universo de Rowling —cuando

le pregunté si había leído Una vacante imprevista, la novela para adultos de la autora de Harry Potter, puso los ojos en blanco—, pero siguió obsesionado con el objetivo cada vez más competitivo de capitanear la atención de los jóvenes en internet.

—A medida que mi pasión por los libros me motivaba cada vez menos, empecé a obsesionarme con la parte emprendedora de todo aquello, con el juego de maximizar los patrones y de ver hasta dónde podía llegar.

El desarrollo web es un negocio de bajo coste, sobre todo si vives con tus padres. MuggleNet se embolsaba cientos de miles de dólares, y Spartz canalizó sus ingresos hacia Spartz Inc. construyendo una página web nueva cada pocas semanas. Cuando la cultura de internet abrió la veda a la fascinación por el «fracaso» —las meteduras de pata en las noticias, el uso vergonzoso de los autocorrectores—, creó páginas como As Failed on TV y SmartphOWNED. Cuando los datos mostraban que las historias conmovedoras empezaban a llamar la atención de más usuarios, dejó que sus viejas páginas languidecieran y creó GivesMeHope, un depósito de anécdotas motivadoras (todas anónimas y no verificadas). Pasado un tiempo, la mayoría de estas páginas dejaban de atraer grandes cantidades de nuevas visitas. Las páginas se mantenían en internet, pero inactivas, plagadas de enlaces muertos y anuncios que todavía estaban activos, como satélites de basura que orbitaran alrededor de la Tierra.

Spartz subió al escenario con un micrófono inalámbrico y su uniforme diario (camiseta desgastada, vaqueros oscuros, pulcro peinado a lo Beatle). Tras él, se desplegaba en una pantalla su primera diapositiva, para la cual había usado un estilo desenfadado: «¡Hola! Soy Emerson Spartz. Quiero cambiar el mundo».

Cuando empezó a crecer, explicó Spartz, sus padres le hacían leer «todos los días cuatro biografías breves de personas de éxito. Imaginaos por un momento qué le pasa a tu cerebro cuando tienes doce años y eso es a lo que dedicas tu tiempo». Usaba las manos para explicar por gestos que su cabeza explotaba. «Sentía que la capacidad de hacer que las cosas se hicieran virales era lo más cerca que podíamos estar de tener un superpoder humano».

Ofreció consejos prácticos: «Usad listas siempre que sea posible. Las listas se apropian de los circuitos neurológicos del cerebro»; «Facebook es el hogar viral de internet. Facebook debería suponer el 80 por ciento de vuestros esfuerzos si os centráis en los medios sociales».[73] Detrás de mí, dos mujeres de cincuenta y pico tomaban notas en cuadernos de rayas. En resumen, dijo Spartz, «cuanto más genial eres, más emoción creas y más viral te vuelves». Una de las mujeres susurró: «Es realmente impresionante».

Me reuní con Spartz en la sala de descanso.

—Los consejos que doy funcionan, pero no me preocupa en absoluto regalarlos. Son cuestiones tan básicas que si a estas alturas no las sabes, estás demasiado atrasado para ponerte al día.

Se quitó el micrófono inalámbrico y se marchó sin molestarse en ver la exposición que había en la planta de arriba, una retrospectiva de Isa Genzken, la artista contemporánea «posmedio».

—La gente tiene razones de lo más esnob para preferir un tipo de ocio a otro —me dijo más tarde—. A mí me da igual que alguien se inspire mirando fotos de gatos o con el supuesto «arte culto».

Quedé en volver a reunirme con él en su oficina y subí a la planta de arriba. El espacio expositivo era precioso, tenía una iluminación muy intensa y resultaba desorientador a propósito; estaba lleno de instalaciones tan grandes como una habitación que distorsionaban mi sentido de la escala y de la proporción. Pasé varios minutos con la mirada fija en una escultura enorme hecha de muñecas que llevaban cascos, sillas de plástico traslúcidas suspendidas en ángulos extraños y dos sombrillas de playa blasonadas con el logotipo de Coca-Cola. «Estas obras —decía una nota curatorial— incorporan fotografías, recuerdos kitsch, desechos de la cultura popular, productos del hogar baratos y objetos de diseño de alta gama, anulando cualquier jerarquía de valor que pudiera existir entre ellos».

■

[67] N. K. Humphrey, un psicólogo evolutivo de la Universidad de

Cambridge, llevó la idea un paso más allá: «Cuando plantas un meme fértil en mi mente, parasitas mi cerebro, convirtiéndolo en un vehículo de propagación del meme, de la misma forma que un virus puede parasitar el mecanismo genético de una célula anfitriona».

[68] Cuando al día siguiente visité OMGFacts.com, uno de los «datos» más populares de la página era «¡El olor natural de Nicholas Cage se parece al del sudor de un hombre sin hogar!». La fuente de esto era un artículo sensacionalista de hacía diez años sobre una estrella del porno que había salido con Cage hacía tiempo.

[69] Algunos de estos aforismos generados por los usuarios se compilaron después en un librito titulado Gives Me Hope: The 127 Most Inspiring Bite-Sized Stories (Esperanzador: las 127 minihistorias más inspiradoras). A esto se refería Spartz cuando se llamaba a sí mismo un autor superventas.

[70] Russell era un exmisionero cristiano reconvertido en activista contra la utilización de niños soldados. A medida que se disparaba la popularidad de Kony 2012, la empresa sin ánimo de lucro de Russell recibía millones de dólares en donaciones, la mayoría de los cuales furon destinados a pagar salarios, gastos generales y a una mayor promoción de la película. En el punto álgido del éxito viral de la campaña, Russell sufrió una crisis nerviosa y la página web TMZ difundió imágenes en las que aparecía deambulando por el centro de la ciudad de San Diego, desnudo y despotricando incoherencias. Este metraje también se hizo viral.

[71] Cuando un amigo tuyo publicaba un enlace en Facebook, la interfaz hacía que se pareciera al resto de los enlaces, tanto si procedía del nytimes.com, del ntyimes.com o del thenewyorktimessucks.wordpress.com. Para conocer el origen del contenido era necesario entrecerrar los ojos hasta encontrar una línea de texto en la parte inferior de la publicación: diminuta, en gris claro y que pasaba fácilmente desapercibida.

[72] Sus preferencias personales parecían coincidir con las del chicagüense veinteañero medio —socialmente tolerante, aficionado a los deportes, a la cerveza y a las hamburguesas, etc.—, pero se mostraba impreciso con respecto a sus opiniones políticas.

[73] Ochenta por ciento no era una cifra al azar; era una referencia al principio de Pareto, también conocido como la regla del 80/20, un precepto tan fundamental en el pensamiento de Spartz que a menudo lo utilizaba como verbo transitivo («¿Cómo podemos ochentaveintear eso?»). A principios del siglo XX, un economista llamado Vilfredo Pareto observó que el 20 por ciento de los italianos eran dueños del 80 por ciento del territorio de Italia. En el siglo XXI, los consultores de gestión adaptaron esta observación sobre la desigualdad y la convirtieron en una ley universal de la productividad: «¡El 80/20 ES APLICABLE A TODO!», atronaba uno de los libros favoritos de Spartz, 80/20 Sales and Marketing: The Definitive Guide to Working Less and Making More (Ventas y marketing 80/20. La guía definitiva para trabajar menos y ganar más). «Podéis leer el 20 por ciento de este libro y obtener el 80 por ciento del beneficio».

07

Básicamente,

mi pesadilla

El cuartel general de Spartz Inc. parecía el decorado de un programa de telerrealidad de una startup en la que el ambiente de trabajo era rebuscadamente relajado: paredes de un rojo intenso, una hamaca, una nevera llena de aperitivos gratuitos, un acuario lleno de artemias salinas. Por todas partes había juegos —Xbox, Blokus, ping-pong—, pero nunca vi a nadie jugando con ellos. Emerson Spartz y sus más de treinta empleados trabajaban sentados en cubículos individuales. La disposición aparentemente no era jerárquica, pero en la práctica los empleados más valorados ocupaban las mesas más próximas a la de Spartz. Junto a él se sentaba su director financiero, que tenía un máster en Administración de Empresas y que se describía a sí mismo como el empleado más longevo de la compañía «desde hacía cien años» (tenía treinta y seis…). En otros cubículos estaban los expertos en datos y los desarrolladores. En un lejano rincón de la oficina se sentaban los «productores de contenido», cinco universitarios recién graduados que elaboraban las entradas del blog de la empresa.

No había teléfono fijo, y en general se hablaba poco. En su lugar, chateaban constantemente en una plataforma de mensajería instantánea llamada HipChat. Durante horas enteras los únicos sonidos que podían oírse eran los resoplidos del sistema de ventilación del edificio, los éxitos del Top 40 a todo volumen y la carcajada ocasional en respuesta a algún gif. Cuando había que hablar algo cara a cara, los empleados se citaban en alguna de las salas de conferencias con paredes de cristal, cada una de las cuales respondía a una de las regiones de Poniente (el territorio ficticio

que se describe en Juego de Tronos). Como yo no tenía acceso a su HipChat, no recibía ningún preaviso antes de que se celebrara alguna reunión, simplemente veía que varias personas se ponían de pie al mismo tiempo en distintas partes de la sala, desenchufaban sus portátiles y cargaban con ellos en silencio hacia Desembarco del Rey o Roca Casterly.

En mi primer día completo en la oficina, la empresa se hallaba inmersa en el proceso de rediseño de su página web más emblemática. Por la mañana se llamaba Brainwreck.com («La 2.ª página más adictiva») y por la tarde la habían relanzado como Dose.com («Tu dosis de asombro diaria»). El nuevo diseño, según explicó Spartz, ofrecía una sensación más «prémium», con líneas más limpias y colores más apagados. El nombre Brainwreck [colapso cerebral] sonaba destructivo; Dose, en cambio, resultaba más ambiguo —podía remitir a una dosis de Vicodin o de vitaminas —, lo que ofrecía una mayor flexibilidad. Tal vez los lectores no confiaran en una página llamada Brainwreck Travel o Brainwreck Politics, pero Dose podía, en teoría, expandirse en casi cualquier dirección.

Por el momento no era más que un simple sitio agregador dedicado a fotos graciosas o interesantes. En la oficina, las publicaciones de Dose se llamaban «listas», en plan «La lista de animales albinos que lo está petando ahora mismo». Estas listas consistían en colecciones de imágenes organizadas de tal manera que narraran una historia («Este padre decidió avergonzar a su hijo de la forma más elaborada posible. LOL»), defendieran algún argumento («Los aros de cebolla envueltos con beicon son perfectos para los aperitivos, las hamburguesas y la vida») o presentaran distintas variaciones sobre un mismo tema («Los 21 caballos menos habituales que consiguen que incluso los unicornios parezcan poca cosa»). Era probable que un adolescente, al hacer clic de forma distraída en Reddit o Facebook, terminara antes o después en un sitio como Dose. El objetivo de Spartz era conseguir que la página fuese lo bastante pegadiza como para mantener la atención de los visitantes unos minutos antes de que se marcharan a mirar cualquier otra cosa.[74]

En sus discursos, Spartz se autodenominaba en ocasiones «hacker del crecimiento». A efectos prácticos, sin embargo, se parecía más a

un especulador que invertía en memes que parecían haber cobrado impulso.

—Tuvimos que experimentar mucho para saber dónde encontrar el material de partida, pero el quid de la cuestión es simple: usar material que ya se ha vuelto viral y darle una nueva imagen.

Su algoritmo registrado rastreaba internet en busca de imágenes e historias que aparentemente generaran gran cantidad de emociones activadoras (por lo menos de acuerdo con los parámetros métricos pertinentes).[75] Los productores de contenido actuaban entonces como árbitros y adaptaban las imágenes y las historias a listas de la página de Dose. A veces esto requería pequeñas tareas de reensamblaje; otras era tan sencillo como copiar dicho material de principio a fin, sin molestarse en reorganizar las imágenes ni en corregir las erratas que pudiera haber, y repostearlo en Dose utilizando un titular más atractivo.

Uno de los mantras de Spartz era: «La originalidad está sobrevalorada».

—Si quieres crear un virus que funcione y tenga éxito, puedes tratar de diseñar el ADN desde cero —me explicó—. O puedes hacer algo mucho más eficaz: coger un virus que ya sabes que es potente, introducir alguna pequeña mutación y exponerlo a un nuevo grupo de personas.

Antes de Kony 2012, Joseph Kony no era una novedad para los pocos estadounidenses que seguían de cerca la política africana. Solo al exponer los atroces crímenes al resto de la población estadounidense, el meme pudo crecer hasta convertirse en una epidemia.[76]

El funcionamiento del algoritmo para probar titulares de Spartz era muy parecido al de Upworthy.

—La gente lo llama test A/B, pero en realidad es más una prueba A/B/C/D/E. ¿Por qué probar solo dos variantes cuando puedes probar cinco o veinticinco?

En un primer momento, una entrada de Dose aparecía con hasta dos decenas de titulares diferentes distribuidos al azar. El feed de alguien en Facebook podía incluir un enlace a «No podrás creer qué hizo este tipo con una fábrica abandonada»; otra persona que mirara su feed de Facebook en otra parte de la habitación podría ver «De entrada puede parecer una fábrica vieja y vacía, pero entra y… GUAU». El algoritmo de Spartz medía cuál de los titulares atraía más clics más rápido; una vez se alcanzaba un umbral significativo desde una perspectiva estadística, el titular «ganador» automáticamente reemplazaba al resto de las opciones.

—Soy muy muy bueno redactando titulares —me dijo Spartz—. Pero la intuición del ser humano tiene un límite. Si eres capaz de construir una máquina que pueda solucionar el problema mejor que tú, entonces es que realmente has entendido el problema.

Casi cada vez que dirigía mi mirada a su pantalla, lo veía estudiando alguno de los distintos programas de análisis de datos que desglosaban el tráfico de sus páginas en multitud de métricas. Encargaba más informes detallados a sus científicos de datos internos para segmentar a sus visitantes conforme a tantas métricas como fuera posible: edad, género, ubicación, ingresos.[77] Cuantos más datos consiguiera de quienes visitaban su página, más eficaz podría ser a la hora de comercializarlos a través de las herramientas de microfocalización de Facebook. En el ínterin, siempre podía recurrir a lo que podría llamarse macrofocalización: agrupar enlaces de formas que tuvieran más probabilidades de inducir la máxima emoción activadora en todo aquel que los viera. Todos los editores, incluso aquellos que no dispusieran de mucho dinero ni contaran con la suficiente sofisticación tecnológica, podían aprender a macrofocalizar. Era un mazo, no un escalpelo, pero funcionaba asombrosamente bien.

A la pregunta de cuántas de sus decisiones editoriales estaban basadas en maximizar el tráfico, Spartz me lanzó una mirada impaciente. ¿En qué otra cosa iban a estar basadas?

—El análisis de datos está tan integrado en todo lo que hacemos que ni siquiera me entra en la cabeza tener una discusión separada

al respecto.

Una vez más, volví a examinar mis propios prejuicios. Spartz no era un señor de la guerra ugandés, ni un magnate que contaminara océanos, ni un neofascista. Solo era un joven peligroso que intentaba ganar algo de dinero en internet. Facebook había establecido unos incentivos claros, y Spartz hacía todo lo posible por seguir sus pasos. No era más que un amplificador de nivel medio; había centenares de negocios, tanto más grandes como más pequeños que el suyo, que de una manera u otra se dedicaban al mismo timo.

Pero entonces ¿no era precisamente ese el problema? Por el momento, Spartz se dedicaba a hacer pruebas A/B de titulares sobre fábricas abandonadas, apropiándose de la cuota de mercado de otras páginas entregadas a la procrastinación. Pero si alguna vez le diera por diversificar, era muy fácil darse cuenta de que sería capaz de «alterar» una legendaria revista de viajes, por ejemplo. En lugar de pagar para enviar a un fotógrafo de primera categoría a un lugar lejano, Dose Travel podría enviar un dron o utilizar pantallazos sacados de Google Earth. En lugar de contratar a un periodista de viajes para que escribiera una pieza original, Spartz podría escribir un guion automatizado que parafraseara la Wikipedia, o podría acudir a Mechanical Turk y contratar a un proveedor encargado de crear algo. La pieza de Dose Travel sería menos buena en un sentido metafísico, pero eso no significaba necesariamente que fuera a recibir menos tráfico.

Spartz también podría lanzar Dose Politics empleando un enfoque parecido. En lugar del anticuado modelo periodístico en el que el contenido de una publicación representa los pensamientos y sentimientos de las personas que lo han creado, Spartz podría realizar subcontrataciones masivas voluntarias sobre cuestiones como el interés periodístico, el gusto y la decencia, y permitir que se resolvieran en una internet abierta. ¿Qué titular tenía más probabilidades de conseguir clics, «El labradoodle más achuchable de Instagram nos recuerda que somos una nación de inmigrantes» o «17 patriotas estadounidenses cuyas vidas fueron destruidas por la apertura de fronteras. El n.º 9 es, básicamente, mi pesadilla»? La única manera de saberlo con seguridad sería haciendo una prueba

A/B.

En 2014 existían regulaciones gubernamentales que, por imperfectas que pudieran ser, impedían que las empresas farmacéuticas rellenaran sus cápsulas con serrín o que los profesores de la escuela pública saturaran los planes de estudios con la negación del Holocausto. En cambio, los medios de comunicación eran diferentes. Por muchas y buenas razones, empezando por la Primera Enmienda, el mercado de la información estaba relativamente desregulado, y aun así todo el mundo estaba familiarizado con la perogrullada —que no por trillada dejaba de ser cierta— de que una democracia no puede funcionar sin un electorado bien informado.[78] En el futuro cercano, ¿qué podía impedir que grandes franjas de internet —incluidas aquellas partes que solían llamarse periódicos y revistas— se asemejaran cada vez más a Dose? ¿Qué aislaba a la prensa estadounidense de una carrera a todo gas hasta el final? Hasta donde yo podía ver, tan solo la tradición, la inercia y los caprichosos antojos del mercado.[79]

Los tecnoutópicos de Silicon Valley daban por hecho que en un mundo posguardianes todo saldría bien. Era una posibilidad, qué duda cabe, pero no había forma de estar seguros. Las fábricas de contenido optimizado por las redes sociales ya superaban a las sobrias revistas de política y a los anticuados semanarios alternativos. Periodistas ganadores del Premio Pulitzer pero incapaces de cobrar un salario que les permitiera vivir huían del periodismo para ocupar puestos de relaciones públicas o marketing en los medios de comunicación sociales. Incluso un alarmista como yo no asumía que la «spartzificación» de todo el ecosistema de medios de comunicación se fuera a producir de la noche a la mañana. ¿Podría ocurrir en un intervalo de cinco años? ¿De quince? Trataba de repetirme que yo era demasiado dado a imaginar terrenos resbaladizos, pero eso no conseguía atenuar mi miedo a que ya nos estuviéramos resbalando.

* * *

Cuando Emerson Spartz era un niño en La Porte (Indiana), tenía el promedio de bateo más alto de su equipo en la Liga Infantil.

Él enseguida empezó a advertir patrones. Según me contó, no era muy rápido, pero se dio cuenta de que los receptores de la Liga Infantil eran tan malos lanzando a la segunda base que casi cualquier corredor podía avanzar. «Empecé a robar bases la mayoría de las veces. Funcionaba de maravilla, pero daba la casualidad de que a mi entrenador eso no le interesaba». El entrenador le dijo que no lo hiciera más. Spartz continuó robando y el entrenador lo castigó a batear en octavo lugar. «Le solté una explicación estadística de por qué no tenía ningún sentido colocar último a tu mejor bateador. Te puedes imaginar cómo le sentó».

Fue un estudiante precoz que no soportaba la estructura de las clases. A las pocas semanas de empezar séptimo curso, pidió a sus padres recibir una educación en casa. La madre, Maggi, con su trabajo en una fundación filantrópica de la localidad, era el sostén de la familia. El padre, Tom, se convirtió en su profesor.

Un domingo, alquilé un coche y llevé a Emerson y a su mujer, Gaby, de Chicago a La Porte, donde aún vivían sus padres. Nos dirigimos al este por la interestatal 90 durante poco más de una hora, dejamos atrás unos cuantos campos de maíz y nos detuvimos delante de una casa. Tom Spartz era un hombre locuaz con una gran papada. Hablaba a base de apasionados arranques, como si encadenara, uno detrás de otro, aforismos de las galletas de la suerte. Nos invitó a entrar y le pregunté por su papel en el crecimiento intelectual de su hijo.

—Al final, importan poco las expectativas que uno tenga. Todos los grandes…, llamémosles «desarrolladores», irradian energía continuamente, y lo que quieres es que sigan haciéndolo, que no paren, que vayan probando a su aire. Vi venir todas estas cosas hace mucho tiempo. Cuando reconoces esa fuerza, no te puedes imaginar lo evidente que resulta todo.

Poco después de que Emerson empezara su educación en casa, se unió su hermano Dylan. Tom me enseñó la sala de estar, que para ellos había sido el aula, llena de pizarras blancas y letreros inspiradores. Ahora que los chicos habían crecido, la sala de estar

no era más que eso, una sala de estar. En un banco de levantamiento de pesas, Tom había organizado dos pilas de más de medio metro cada una con las «biografías cortas de personas de éxito» a las que Emerson aludía a menudo. Resultaron ser extremadamente breves: una página de una sola cara fotocopiada de un pequeño periódico de derechas llamado Investor's Business Daily. Cada página condensaba una vida de reveses y logros, una moraleja con citas destacadas. (Karl Malone: «La práctica hace al maestro». Mel Blanc: «No te rindas nunca»). Aparte de las minibiografías y de las suficientes nociones de álgebra para satisfacer los requerimientos estatales, la pedagogía de Tom fue flexible y autodirigida. Los chicos escuchaban audiolibros motivacionales de Tony Robbins y veían documentales de Ken Burns; aprendieron aritmética en sus salidas al supermercado: mientras Tom añadía artículos en el carro, Emerson y Dylan llevaban la cuenta del precio total.

Tom revolvió entre la pila de biografías, sacó la hoja sobre la novelista Pearl S. Buck y la leyó por encima.

—Cuenta que estaba lejos de su mundo habitual, y, de repente, se puso a escribir sobre Oriente. En plan, guau, ¿te lo puedes imaginar?

Pregunté a Tom si había animado a los chicos a leer las novelas de Buck.

Sacudió la cabeza y dijo:

—Les pones el cebo, pero no les metes el pez en la boca.

De vuelta a Chicago, Emerson pronunció un soliloquio arrebatador sobre la inteligencia artificial.

—Pronto llegaremos al punto en el que la IA nos sobrepase. Los coches sin conductor tomarán el relevo a los humanos, que por lo general conducen de pena. Los drones harán fotografías en las zonas de guerra; no tendremos que poner en peligro a fotógrafos humanos. Los beneficios serán enormes. A juzgar por el aspecto que tiene su crecimiento asintótico, es imposible que los humanos sean capaces de seguirle el ritmo.

Le interrumpí para preguntarle si debía seguir por la autopista o tomar la salida. Dudó un instante.

—¿Por qué no lo buscamos en Google? —propuso su mujer desde el asiento de atrás.

—No, Gaby, sé exactamente dónde estamos —repuso Spartz bruscamente, y me indicó que me quedara donde estaba. En la radio sonaba una canción de Katy Perry—. El arte es aquello que la ciencia aún no ha explicado —dijo—. Imagina que en una canción que por lo demás es fantástica las voces fueran mediocres. ¿Y si pudieras hacer que cuarenta personas grabaran distintas voces y después preguntaras a miles de personas cuál es la mejor? Para mí eso es tan solo una gota en un océano de posibles formas de mejorar todas las canciones que suenan por la radio.

■

[74] En aquel momento, Brainwreck/Dose recibía alrededor de treinta millones de visitas al mes. Es decir, una cifra muy similar a la del tráfico mensual que recibía el newyorker.com. Eso era innegable.

[75] Este tipo de contenido podía estar en cualquier parte: en una gran página viral como BuzzFeed o Upworthy; en un competidor más cercano al tamaño de Dose, como ViralNova o TwistedSifter; o en un nicho marginal de Twitter, Reddit o Pinterest.

[76] Si Mary Mallon [la primera persona en Estados Unidos que fue identificada como portadora asintomática de los patógenos asociados con la fiebre tifoidea] hubiera sido ama de casa, señalaba Spartz, solo habría infectado a su familia. En los libros de historia se la recuerda como María la Tifosa porque trabajaba como cocinera. En realidad, la fiebre tifoidea es una infección bacteriana, no un virus; además, a pesar de que yo no era ningún experto en marketing, parecía imprudente asociar tu propio modelo de negocio con la fiebre, el cansancio, el delirio y la muerte. Aun así, era una observación muy oportuna por parte de Spartz.

[77] Cuando no obtenía suficiente información de sus propias

páginas, compraba datos de usuarios a terceros. La extracción y venta de datos de usuarios era una práctica habitual en aquella época. A pesar de que pasaba bastante desapercibida, quienes sí se daban cuenta la encontraban sumamente desconcertante. En 2014, David Lazarus, columnista de la sección de negocios del Los Angeles Times, llamó a un programa de obtención de datos de Verizon «uno de los ejemplos más flagrantes de cómo las empresas proclaman a los cuatro vientos su compromiso de salvaguardar la privacidad de los consumidores mientras venden tranquilamente nuestros datos al mejor postor».

[78] «Un gobierno popular sin información popular o sin medios para que esta sea accesible constituye el prólogo de una farsa o una tragedia», escribió James Madison en 1822. En el siglo XXI, con una inminente crisis climática y un exceso de cabezas nucleares, el potencial para una tragedia humana es mucho más grave de lo que Madison podría haber anticipado.

[79] Nada de esto sugiere, de ninguna manera, que la Primera Enmienda deba ser ignorada o diluida. Pero lo que sí pretende insinuar es que la Primera Enmienda, no menos que la Segunda, suscita disyuntivas que no son fáciles de resolver mediante un absolutismo simplista e igual para todos. La ley de la Primera Enmienda es contingente, como todo. En 1969, cuando la doctrina Fairness fue impugnada en virtud de la Primera Enmienda, la Corte Suprema defendió la ley con unanimidad. En las últimas décadas, sin embargo, la corte ha exhibido una actitud más civil-libertaria, y esto tiene tanto costes como beneficios.

08

Comiéndose

el mundo

Cierto dogma del mundo de la tecnología afirma que una startup solamente es tan inteligente como lo es su fundador. Por lo tanto, corresponde a todos los fundadores —como una cuestión de seguridad laboral y no como un simple modo de aumentar el ego— convencer al mundo, o, por lo menos, a su junta directiva, de lo brillantes que son. Spartz constantemente soltaba trucos útiles, aforismos empresariales y estadísticas que había memorizado de libruchos de psicología popular. Mientras caminabas con él por el centro de Chicago, compartía consejos sobre cómo convertirte en un peatón más eficiente. Si nos sentábamos a comer en un restaurante, empezaba a citar Nunca comas solo, un libro sobre «el poder de las relaciones» firmado por Keith Ferrazzi, el «maestro del networking». (Un minuto después, un hombre se sentó a nuestra mesa y me di cuenta de que era la forma indirecta de Spartz de decirme que había invitado a alguien más a unirse a nosotros).

La tecnología es una gran industria dominada por una jerarquía social pequeña y relativamente estancada. En lo más alto se sitúan unos cuantos hombres —Peter, Reid, Mark, Marc, Elon—,[80] cuyas excentricidades son lo suficientemente fáciles de emular. Spartz no pertenecía a aquel nivel superior, pero estaba desesperado por alcanzarlo algún día. Le interesaban el puñado de ideas iconoclastas —la ley de Moore, la ley de Metcalf, la singularidad, la hipótesis de la simulación— que preocupan a casi todos los miembros de Silicon Valley de primera categoría y a casi nadie más. Leía los libros y los blogs que recomendaban estas primeras figuras. Como ellos, había adoptado un uniforme diario característico. «La originalidad está

sobrevalorada».

—Por toda la ciudad se oye hablar de este joven como una nueva especie de Steve Jobs —me dijo Gary Holdren, inversor de capital riesgo de Chicago y uno de los principales financiadores de Spartz —. Creo que lo que él hace es indicativo de hacia dónde se dirigen los medios de comunicación digitales.

La verborrea de ventas de Spartz era igual de indicativa. De la misma manera que Lee Atwater decía explícitamente lo que el resto de los estrategas políticos eran lo bastante astutos para ocultar, Spartz hablaba en público igual a como cualquier otro director general de una compañía tecnológica hablaba en privado.

En El póquer del mentiroso, sus memorias de Wall Street publicadas en 1989, Michael Lewis describía a un nuevo tipo de agente de bonos macho alfa, en ascenso y enormemente engreído. Este tipo de agentes tenían un nombre: entre ellos se llamaban «los grandes cojonudos»: «Todos querían ser grandes cojonudos —escribió Lewis —, incluso las mujeres».

Un cuarto de siglo después, los emprendedores de primera fila de Silicon Valley ocupaban un lugar análogo en las estructuras de poder, pero su forma de autorrepresentación era menos agresiva. En lugar de «la avaricia es buena», sus pretenciosas perogrulladas se basaban en «piensa diferente» y «no seas malo». En lugar de mostrar dionisíacas proezas de consumo —Porsche, atracones de cocaína y hamburguesas con queso para desayunar—, conducían coches eléctricos y subsistían a base de algas marinas y el sustituto alimenticio Soylent. No se negaban a sí mismos los placeres del buen capital a la vieja usanza, pero codiciaban además el capital social y el intelectual. Su deseo más preciado era ser considerados unos lumbreras, hombres del Renacimiento,[81] los más inteligentes del lugar. Eran grandes cerebros libertarios (GCL).

Hablaban con celeridad y demostrando una confianza desorbitada, lanzaban atrevidas aseveraciones que eran contrarias a los modos tradicionales, ofrecían opiniones expertas sobre más temas de los que es posible que una sola persona sea experta. ¿Eran unos lumbreras? Daba la sensación de que, para ser un pensador verdaderamente original, uno tenía que sentirse cómodo sondeando

los límites más remotos de su conocimiento, incluso reflexionando acerca de lo incognoscible. Pero los grandes cerebros a menudo eran reacios a admitir que su conocimiento tuviera límites, y enseguida redirigían la conversación hacia un tema que conocían bien o sobre el cual por lo menos sabían cómo hablar. «La prueba de una inteligencia de primer orden —según F. Scott Fitzgerald— es la capacidad de sostener dos ideas opuestas en la mente al mismo tiempo y aun así conservar la capacidad de funcionar». Un GCL tenía más probabilidades de sintetizar dos posturas contrarias de un debate para, seguidamente, sin detenerse a coger aire, explicar cuál de las posturas era la correcta o, mejor aún, por qué ambas eran incorrectas.

Como cualquier grupo poderoso con un conjunto de intereses bien definidos, los señores de Silicon Valley tendían a mostrarse abiertos con las ideas que se ajustaban a esos intereses y hostiles con las que los ponían en tela de juicio. Las ideas que eran fundamentalmente incompatibles con sus elecciones de vida —por ejemplo, la noción de que toda la aventura capitalista tecnócrata podría acabar desembocando, en el mejor de los casos, en una juerga y, en el peor, en una catástrofe— las consideraban risibles, impensables, completamente al margen de la ventana de Overton.[82]

De acuerdo con el vocabulario predominante de los tecnoutópicos, todo podía ser cuantificado, sometido a un test A/B, perfeccionado en el crisol del mercado.

—Vamos a fijarnos en las campañas políticas —dijo Spartz—. Comparadas con los hackers del crecimiento, las personas que formulan los mensajes políticos viven en la Edad de Piedra. Si la gente más inteligente decidiera hacerse cargo de la política y empezar a ganar elecciones, sería un juego de niños.

De entrada, aseguraba, los hackers contaban con la ventaja de la objetividad.

—Si yo dirigiera una campaña política, no me quedaría sentado en mi oficina diciendo: «Bien, si enfocamos el debate de tal o cual manera, apuesto a que tendrá repercusión». No hace falta que te

diga que lo que haría sería lanzar un centenar de eslóganes y a continuación examinar los datos. ¿Cuáles son los que la gente comparte? Entonces, una vez has encontrado el mejor de todos ellos, simplemente… —Cerró una mano en un puño y lo golpeó contra la palma plana de la otra—. Lo metes a presión en el cerebro de la gente.

También la industria cinematográfica estaba lista para ser alterada.

—Ahora mismo, para evaluar una película, lo que hacen es encerrar a unas cuantas personas en una habitación y entregarles un cuestionario: «¿Te ha gustado el final?». Eso es solo una millonésima parte del análisis que deberían estar haciendo. Totalmente.

—Pero ¿y si el director es un artista? —pregunté—. ¿Y si el público quiere el final A pero el director sigue prefiriendo el final B?

—Hollywood está lleno de ese tipo de gente —se burló Spartz—. Por eso van tan retrasados.

Le pregunté por el libro más bonito que hubiera leído nunca.

—¿Te importaría reformular la pregunta con más claridad?

No pude hacerlo.

—¿Un libro bonito? Ni siquiera sé qué significa eso. Un libro que impacte, sin problemas.

Decía que estaba orgulloso de ganarse la vida gracias a internet porque era lo más cerca que la humanidad había estado nunca de crear una auténtica meritocracia.

—Desde una perspectiva suficientemente amplia, internet es una máquina gigantesca que le da a la gente lo que quiere —dijo—. ¿Puede haber algo mejor que eso? Muestra a la gente lo mejor del mundo.

Hice la réplica obvia: también les muestra lo peor de ese mundo.

—Bueno, eso es un juicio subjetivo por tu parte. Es tu manera

paternalista de decidir qué es malo para la gente. Además, los negocios existen para servir al mercado. Puedes tener los valores personales que quieras, pero los negocios que no ofrecen lo que los clientes quieren no se mantienen en pie. Eso es así, nunca lo hacen.

Una vez, en la sala Roca Casterly, Spartz me había dicho:

—El futuro de los medios de comunicación es ofrecer un grado de personalización cada vez mayor. Mi CNN no se parecerá en nada a tu CNN. Por eso lo que buscamos a largo plazo es que Dose se adapte a cada usuario. —Detrás de él, en una pizarra blanca, podía leerse «viejos medios», «Tribune» y «100 millones $»—. No deberías tener que elegir qué quieres, porque seremos capaces de conseguir los datos suficientes para saber qué es lo que quieres mejor que tú mismo.

Me acordé de Chris Cox, que había crecido a pocos kilómetros de donde nos encontrábamos, en un próspero barrio de las afueras de Chicago llamado Winnetka. Cox, uno de los jefes de producto más importantes de Facebook, era a menudo considerado el heredero natural de Mark Zuckerberg. En 2006 había ayudado a alejar a Facebook de su producto original —perfiles personales estáticos— hacia su dinámico feed de noticias, que se personalizaba mediante un algoritmo específico para cada usuario. En 2010, The Wall Street Journal publicó un adulador artículo sobre Cox, sobre quien se decía que «visualiza un mundo donde el diseño social puede mejorar muchos otros aspectos de la vida en internet». El periodista citaba a Cox explicando los detalles de su hipotética utopía: «Enciendes la televisión y puedes ver lo que están viendo tu madre y tus amigos, y pueden grabarte cosas —decía Cox—. En lugar de 999 canales, verás 999 recomendaciones de tus amigos. La tienda de discos tendrá ese mismo aspecto, igual que el periódico. Sería genial que todos pudiéramos estar conectados a través de estos dispositivos que actualmente son anónimos».[83]

En la foto que acompañaba la noticia, Cox aparecía sentado en un sillón amarillo en la sede central de Facebook. Tras él había un póster donde podía leerse en caracteres rojos y en negrita: «HECHO ES MEJOR QUE PERFECTO».

* * *

«Hay mucho que descubrir en Facebook, la comunidad de internet para estudiantes universitarios», escribió a finales de 2004 una periodista del Washington Post en la sección de Estilo del periódico. Advertía, eso sí, de que «todo es un poco falso: los "amigos", los perfiles que pueden adaptarse a lo que los demás encuentran interesante, los "grupos" que existen únicamente en el ciberespacio». Unas semanas después, sumergido de lleno en la búsqueda de inversores, Mark Zuckerberg visitó las oficinas de The Washington Post y se reunió con Donald Graham, el editor y director general del periódico.[84] Llegaron a un acuerdo verbal: el Post pagaría seis millones de dólares por el 10 por ciento de la compañía. Poco después Zuckerberg llamó a Graham hecho un mar de lágrimas: una empresa de capital riesgo de Silicon Valley le había ofrecido una inversión más generosa y estaba tentado de aceptarla. Graham, impresionado por la exhibición de rectitud por parte del joven, le dio su bendición para rescindir el acuerdo.[85] Tres años después, Graham se unió a la junta directiva de Facebook. «Facebook ha transformado por completo la forma en que interactúan las personas —afirmó en un comunicado de prensa—. Las ideas de Mark sobre lo que Facebook puede hacer son extraordinarias».

En 2007, un columnista del Washington Post se lamentaba del rápido ascenso de «Amazon.com» y de «su inteligencia a la hora de satisfacer las debilidades humanas, el mal juicio y el mal gusto». En 2008, otro columnista del Washington Post escribía: «Aborrezco Amazon a pesar de que sé que es el futuro y que permanecerá». En 2013, con los ingresos de capa caída, Donald Graham vendió The Washington Post —el periódico que durante ochenta años había pertenecido a su familia, que siempre se había encargado de supervisarlo— a Jeff Bezos, el fundador y director general de Amazon, a punto de convertirse en la persona más rica del mundo.

Para entonces ya no tenía sentido pensar en los negocios, en la tecnología y en los medios de comunicación como entidades separadas. Los negocios eran tecnología, y la tecnología se estaba

apoderando de todo: de las películas, de la televisión, de los viajes, del periodismo.[86] Tanto si los principitos nerds de Silicon Valley se veían o no a sí mismos como guardianes, cada vez era más evidente que hasta su más mínima decisión espontánea tenía un efecto enorme en cómo hablaban y pensaban miles de millones de personas y, en última instancia, en cómo actuaban en el mundo. Cambiar cómo hablamos es cambiar quiénes somos.

Me preguntaba si este poder les resultaría pesado, y, de ser así, si esa carga les resultaría aleccionadora o abrumadora (de la misma manera que yo me sentiría abrumado si de repente un día al despertar descubriera que me han puesto al frente de la red eléctrica o de alguna otra infraestructura que no comprendiera del todo). Tal vez los GCL eran, por su propia constitución, incapaces de sentirse abrumados. En cualquier caso, no había ninguna ley que dictaminara que fuera necesario entender una pieza de la infraestructura social a fin de poseerla, o de romperla.

Los negocios eran tecnología y la tecnología eran medios de comunicación. El contenido era contenido era contenido, y los programadores controlaban los canales por donde fluía todo ese contenido. Los lumbreras de Silicon Valley no dudaban en ofrecer sus atrevidas opiniones sobre casi cualquier tema, pero cuando se trataba de cuestiones básicas sobre el futuro de los medios de comunicación, su retórica se volvía confusa. «Los negocios deberían dar a los clientes lo que estos quieren». «Las empresas de medios deberían satisfacer a los clientes». «El periodismo debería ser objetivo y riguroso». Estos topicazos parecían lo bastante inocuos hasta que entraban en conflicto unos con otros, algo que sucedía con mucha frecuencia. ¿Y si tus clientes te dijeran que quieren un periodismo desapasionado y riguroso pero sus hábitos de navegación revelaran que lo que de verdad quieren son escenas tórridas y escabrosas lecturas detestables? ¿Y si para poder satisfacer a los clientes uno debiera rectificar su forma de escribir o incluso dejar de escribir directamente y pasarse al vídeo? ¿Y si entre la calidad y la popularidad existiera en ocasiones una correlación negativa? ¿Y si no existiera ningún tipo de correlación entre ellas?

A principios de 2016 fui invitado a un almuerzo-coloquio en una sala de juntas llena de ejecutivos. Presidía la mesa un gran cerebro

—uno de los más grandes—, que habló durante más de una hora sin tocar su sándwich. Se explayó sobre una amplia variedad de temas (intercambios estatales de atención sanitaria, el futuro de la industria camionera, el pánico de 1873), haciendo gala de una insólita capacidad memorística y de una gran agudeza mental. Su forma de pensar reconocía los dilemas y las contradicciones; llegó a señalar incómodos conflictos entre lo que le resultaba preferible en términos económicos y lo que podría serlo desde un punto de vista cívico, e incluso moral. Comencé a preguntarme si habría subestimado a los GCL. Quizá debería aprender a dejar de preocuparme y amar a mis señores.

Entonces le hice una pregunta sobre la importancia del buen periodismo y del buen arte, sobre los efectos corrosivos del periodismo y el arte cuando son malos, y sobre cuál era la mejor manera de impedir la «spartzificación de internet». Parecía evidente —no solo a mi juicio sino para cualquiera que prestara atención— que las cosas iban a la deriva en una dirección desconcertante. ¿Cómo podría evitar la humanidad caer en una espiral de la muerte basada en clickbaits?

—No creo que haya una respuesta para eso —repuso, y su tono de pronto se volvió duro como una piedra. Al parecer me había puesto al descubierto como un ludita—. Si yo estuviera en el negocio de los medios de comunicación, me centraría en fabricar un producto que la gente realmente quisiera, porque así es como funcionan los negocios.

Me costaba imaginarlo tan frívolo y fatalista acerca de cualquier otro riesgo de la civilización que el libre mercado no hubiera podido abordar. Los hombres renacentistas de Silicon Valley eran bien conocidos por dedicar inusuales cantidades de tiempo y dinero a abordar espinosos problemas existenciales, como, por ejemplo, la brecha en los logros académicos en las escuelas públicas y el exceso de carbono en la atmósfera. Incluso invertían millones de dólares en problemas que todavía no habían visto la luz, como la hostil IA.[87] En 2016, la Iniciativa Chan Zuckerberg, la organización sin ánimo de lucro fundada por Mark Zuckerberg y su esposa, la doctora Priscilla Chan, anunció su intención de «ayudar a curar, prevenir y gestionar todas las enfermedades en la vida de nuestros hijos».

Varias startups de bioingeniería bien capitalizadas, incluyendo una iniciativa de 1.500 millones de dólares en Google, fueron aún más lejos: habían decidido curar la muerte. Sin embargo, los GCL ponían trabas al problema del clickbait adictivo de baja calidad. Habían asumido el control de la industria mediática y a continuación se habían movido deprisa y la habían roto, pero ahora reivindicaban que la responsabilidad de arreglarla no les correspondía en absoluto a ellos. Siempre que surgía la posibilidad de una espiral de la muerte a base de clickbaits solían adoptar una actitud extrañamente optimista. No negaban cien por cien la existencia del problema, simplemente hacían todo lo posible por ignorarlo, o lo presentaban como algo trivial o inevitable.[88]

En el siglo XVIII, el filósofo David Hume identificó una deducción habitual que vino a llamarse la falacia del ser y el deber ser. Un interlocutor empieza observando la forma en que algo es, y gradualmente pasa a hablar sobre cómo debería ser, como si una cosa siguiera a la otra. Los tecnolibertarios a menudo explicaban cómo funcionaba la economía de los medios de comunicación («El mercado no apoya lo que el mercado no apoya»), como si esto también justificara cómo debería funcionar la economía de los medios de comunicación («Si Facebook no es bueno, ¿cómo es que tiene tanto éxito?»). Los guardianes de los medios de la vieja escuela a veces argumentaban lo contrario, una especie de falacia del deber ser y el ser: «Aquello que publicamos es lo suficientemente bueno como para que sea popular; por lo tanto está destinado a volverse popular». Tristemente, incluso cuando las premisas eran ciertas, la conclusión a menudo era una ilusión.

* * *

Varias veces durante mi estancia en Chicago pedí a Spartz hablar con sus productores de contenido, pero él trató de disuadirme, primero a base de sutilezas y después de forma explícita.

—En realidad no tienen tanto criterio personal como cabría suponer

—dijo—. Lo que hacemos es muy algorítmico.

Por fin cedió y permitió que hablara con Chelsea DeBaise. Su nombre me sonaba de algo. Un poco antes, en una reunión con el principal científico de datos, había observado a Spartz examinar con los ojos entrecerrados una hoja de cálculo con la clasificación de los cinco productores de contenido en función del éxito que obtenían sus publicaciones: tarifas abiertas, tarifas compartidas, etc. DeBaise ocupaba el último lugar.

—Está claro que Chelsea está rindiendo por debajo de lo esperado, pero no consigo entender por qué —afirmó el científico de datos.

—Es raro —dijo Spartz—. No es que escriba peor. ¿Se está desviando de los criterios de partida?

—Estaré al tanto —repuso el científico de datos.

DeBaise se reunió conmigo en Roca Casterly; llevaba una gorra de béisbol con el logotipo de vodka Van Gogh. Había empezado a trabajar en Spartz Inc. hacía pocas semanas; antes había sido estudiante en la Universidad de Siracusa, donde se había especializado en Escritura y había contribuido al periódico de la escuela. Me contó que su mejor artículo había tratado sobre la pobreza local, para el cual había pasado varios días visitando los refugios para personas sin hogar en Siracusa.

—Esa clase de historias, llenas de datos precisos y entrevistas individuales, tienen mucho valor, pero también hay que pensar en el impacto. En términos de alcance, una historia de Dose que haces en una sola hora destrozaría a otra como esa.

Al terminar la universidad, DeBaise quiso escribir, pero necesitaba un trabajo estable con un salario decente, de modo que terminó presentándose a puestos de trabajo en un montón de startups.

—Estaba dispuesta a darle la espalda al ejercicio del periodismo, pero desde que llegué aquí he descubierto que realmente entran en juego muchas de sus capacidades, como la atención al detalle y una tendencia a la investigación. Ha sido una gran sorpresa, y muy gratificante.

Esa mañana había publicado media docena de listas en Dose, entre las que se incluían «33 fotos de personas tomadas segundos antes de morir, la n.º 10 es una de mis pesadillas» y «Por mucho que las mires, no conseguirás adivinar qué son realmente estas fotos».

—Hay una parte de la Chelsea estudiante de la Universidad de Siracusa que no sabe si debería escribir así —admitía—, pero luego hay otra parte de mí que piensa que en realidad hay muchas pruebas definitivas que demuestran que esta versión obtendrá mejores respuestas. Por tanto, ¿cuál es el verdadero objetivo? ¿Que la gente lo vea y diga: «Guau, esa chica ha escrito un titular increíblemente articulado?». Llega un momento en que tienes que poner a examen tu propio ego.

En aquella época, DeBaise leía In Persuasion Nation, un libro de relatos distópicos de George Saunders en los que la fuerza opresora no es un Gobierno totalitario, sino el ojo que todo lo ve de la publicidad personalizada. Una de las historias, «My Flamboyant Grandson» (Mi nieto extravagante) tiene lugar en el centro de Manhattan en un futuro no tan lejano. A medida que el narrador y su nieto suben caminando por Broadway, diversos dispositivos implantados en la acera extraen información digital de unas tiras que llevan en los zapatos. Pantallas a la altura de los ojos les muestran «imágenes reflejadas de las Preferencias Personales que hemos declarado», que les instan a que vayan a un Burger King que queda cerca. DeBaise me explicó que solo abría el libro fuera de la oficina porque a veces, al leerlo, rompía a llorar.

—¿Sabes eso que dicen en Spiderman: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad?». Una tremenda cantidad de atención mediática equivale a muchísimo poder. Tenemos la suerte de que Emerson sea una persona buena por naturaleza, porque si en vez de eso habláramos de una persona inteligente que no lo fuera, ¡solo Dios sabe qué pasaría![89]

■

[80] Me refiero a Thiel, Hoffman, Zuckerberg, Andreessen y Musk.

[81] En este sentido, al menos, estos eran como los grandes cojonudos: casi todos eran hombres.

[82] Todos los grupos sociales tienen sesgos predominantes, por supuesto. Los guardianes de los medios de comunicación tradicionales no son una excepción. (La prensa está uniformemente a favor de la libertad de prensa, por ejemplo). Pero los periodistas son, en líneas generales, una panda de neuróticos continuamente hostigados; la autocrítica es algo natural para ellos. Esto significa que, como grupo, tienden a exhibir lo que Richard Rorty llamaba «ironía», una cualidad que fundamentalmente permite que su vocabulario permanezca flexible y abierto a la autocorrección. Un irónico, escribía Rorty, «tiene dudas radicales y permanentes acerca del vocabulario último que utiliza habitualmente, pues en este han incidido otros vocabularios». No podría decirse lo mismo de los nuevos guardianes de Silicon Valley. Su vocabulario predominante tenía muchos aspectos recomendables —era socialmente tolerante, estaba comprobado y abierto a la experimentación—, pero los GCL difícilmente eran irónicos. Se tomaban su propio dogma muy en serio, y rara vez se sentían impresionados por nadie que no fuera ellos mismos.

[83] En marzo de 2019, Mark Zuckerberg informó de que Facebook abandonaría esta visión expansiva para centrarse en «servicios privados y encriptados». Varios días después, Chris Cox anunciaba su marcha de la compañía a través de una publicación de Facebook: «Como ha subrayado Mark, estamos pasando página respecto a la dirección de nuestro producto —escribió—. Esto será un gran proyecto y necesitaremos líderes entusiasmados que se encarguen de llevar las nuevas riendas». La prensa tecnológica analizó la publicación con la suficiente atención como para leer entre líneas: entre las personas que se sentían entusiasmadas ante la nueva dirección que tomaba Facebook no parecía encontrarse Cox.

[84] Esta historia aparece relatada en Christine Lagorio-Chafkin, We Are the Nerds: The Birth and Tumultuous Life of Reddit, the Internet's Culture Laboratory, Hachette, 2018.

[85] Esta historia aparece en El efecto Facebook de David Kirkpatrick, publicado en 2011. En el momento de escribir este libro, la capitalización bursátil de Facebook se sitúa en los 480.000

millones, de los cuales el 10 por ciento sería más que suficiente para subvencionar algunas de las oficinas internacionales de The Washington Post.

[86] En 2011, el inversor de capital riesgo Marc Andreessen afirmó que «el software está comiéndose el mundo». Ofrecía un ejemplo tras otro. «La librería más grande de internet, Amazon, es una compañía de software. Las empresas de música que dominan el mercado en nuestros días son también empresas de software: el iTunes de Apple, Spotify y Pandora». Había elaborado asimismo una lista con las industrias que estaban siendo alteradas: la fotografía, las telecomunicaciones, los coches, incluso la agricultura. En aquel momento, su argumento causó divisiones, pero terminó siendo tan profético que varias de las startups en ascenso sobre las que escribía Andreessen —Netflix, Pixar, Square— pronto pasarían a ser consideradas simplemente como las compañías dominantes en sus campos, no como compañías de software per se.

[87] Muchos GCL temían que una inteligencia artificial equivocada destruyera la humanidad o el planeta: una interpretación casi literal del software comiéndose el mundo. Era una posibilidad remota y puramente hipotética, pero dentro de ciertos círculos de Silicon Valley era una obsesión constante. «Es difícil desentrañar cuánto podría beneficiar a la sociedad la IA a nivel humano, y es igual de difícil imaginar cuánto podría dañar a la sociedad si se construyera o usara de forma incorrecta», decía la declaración de objetivos de OpenAI, una «empresa de investigación sin ánimo de lucro» fundada en 2015. No quedaba claro si OpenAI sería económicamente solvente o cómo. En cualquier caso, sus nueve proveedores de fondos —incluidos Peter Thiel, Elon Musk y el presidente de Y Combinator— se habían comprometido a realizar una aportación colectiva de mil millones de dólares.

[88] En nuestro almuerzo, el GCL ironizó mi crítica haciendo una analogía con la comida: «Entonces lo que estás diciendo es que a la gente le gustan los batidos y los aros de cebolla pero tú quieres que coman col rizada —dijo—. Buena suerte con eso». Aquello me resultó extraño, puesto que una ambiciosa iniciativa para prevenir la obesidad —para cambiar diversas motivaciones para comer mal, tanto gubernamentales como no gubernamentales, con el objetivo

de ayudar a la gente a resistir la necesidad natural autodestructiva de darse un atracón de azúcares y grasas— parecía precisamente el tipo de iniciativa que un cívico filántropo de Silicon Valley como él podría apoyar (a menos que tuviera acciones en McDonald's). Nuestra conversación tuvo lugar en la primavera de 2016. Donald Trump, el consumado candidato de los batidos y los aros de cebolla, era el favorito en todas las encuestas republicanas.

[89] Unos años después, me puse en contacto con DeBaise por teléfono. Me dijo que en el momento de conocernos ella se encontraba en mitad de «lo que supongo que podría llamarse una crisis existencial» que pronto la llevó a dejar Dose para entrar a trabajar en una organización sin ánimo de lucro relacionada con la educación. «Considerándolo ahora, todo cuanto hacíamos era reciclar contenido sin tener en cuenta lo que era en realidad, prestando atención exclusivamente a los parámetros métricos. Tampoco es que fuéramos la única fábrica de clickbaits que se dedicara a aquello, pero formábamos parte de esa ola de empresas que explotan la confianza implícita de los lectores, esa confianza en que si ven algo en internet que parece proceder de una fuente real, entonces es probable que haya algo de reflexión y fiabilidad tras ella. Hoy en día no sé cuanta gente continúa teniendo esa confianza».

09

Política de

naufragio cerebral

Empecé a escribir el artículo sobre Emerson Spartz en el avión de vuelta a Nueva York. Traté de no ser muy duro, aún era joven. Tal vez algún día cambiaría. Además, era muy consciente de que mi relato aleccionador sobre los nuevos medios de comunicación iba a publicarse en un bastión de los viejos medios; no quería parecer más vindicativo de lo necesario.

Los escritores, por lo general, no suelen escoger sus propios titulares, pero sí se les permite hacer sugerencias. Propuse llamar a mi pieza: «DL; NL», la abreviación de internet para «demasiado largo; no leído». Sin embargo, en la oficina había compañeros que no sabían qué significaba, lo que quería decir que algunos de nuestros lectores tampoco lo sabrían. En su lugar, nos decidimos por «El virólogo».

Sobre cualquier titular de The New Yorker hay una palabra o frase, en tipografía pequeña, llamada rúbrica. Un reportaje desde São Paulo podría utilizar la rúbrica «Carta desde Brasil». Si la pieza procede de diversos puntos a lo largo del Amazonas, la rúbrica podría ser «Nuestros lejanos corresponsales». Algunas rúbricas habituales son anales de esto o de lo otro: «Anales de ciencia», «Anales del crimen», «Anales del mundo antiguo», «Anales de anales». Los reportajes sobre periodismo a menudo se publicaban bajo la rúbrica «La prensa descarriada». «El mundo editorial» se destina a textos sobre la industria editorial. Sin embargo, Emerson Spartz no era periodista ni editor. ¿Qué era? Nos planteamos «Anales del entretenimiento», «Anales de la tecnología» o «Anales del marketing», pero ninguno nos parecía adecuado. ¿«Anales de la

viralidad»? Demasiado ambicioso. Al final optamos por «Anales de los medios», una rúbrica que al parecer no se había utilizado nunca.

Durante el proceso de edición, pasé varias horas en el departamento de verificación de datos corroborando estadísticas y afinando frases para evitar cualquier posible ambigüedad. ¿Era realmente justo decir que el modelo algorítmico de Dose «apenas deja espacio para el criterio curatorial»? Decidimos eliminar la oración, para estar seguros. Detrás de donde trabajábamos había un póster paródico que uno de los verificadores de datos había hecho con Photoshop y pegado en la pared. En letra roja negrita, proclamaba: «VERDADERO ES MEJOR QUE HECHO».

Durante las primeras décadas de vida, The New Yorker no contenía fotografías ni índice. Muchos escritos se publicaban sin título ni subtítulo en la parte superior, tan solo con una rúbrica seguida de una frase inicial. El nombre del autor aparecía al final de la pieza, si es que aparecía. A veces no sabías si estabas empezando a leer un texto de ficción, un reportaje, una crítica o un escrito humorístico; lo ibas descubriendo sobre la marcha. Estas austeras decisiones de diseño podían interpretarse como un signo de respeto del editor a sus lectores, o de menosprecio, o de ambos. Un producto de consumo ha de ser intuitivo; una obra de arte se reserva el derecho a ser inexplicable u obstinadamente inútil. The New Yorker aspiraba a ser al mismo tiempo un producto de consumo y una obra de arte. (Desde el punto de vista de la solvencia, esto era mucho más fácil de conseguir en los años 60 y 70, cuando las revistas estaban podridas de ingresos publicitarios).

El diseño, tanto el impreso como el digital, se ha mantenido relativamente minimalista —tipografías sobrias, sin citas destacadas —, pero en la era del duopolio Google-Facebook, una actitud distante ha dejado de ser una estrategia de crecimiento viable. The New Yorker tiene un equipo que se encarga de los medios de comunicación sociales y que ha conseguido captar gran cantidad de nuevos suscriptores. No obstante, con el material que se les proporciona el equipo solo puede llegar hasta cierto punto. En la industria de la viralidad, la longitud, el estilo y la cualidad de las piezas pueden ser flexibles, siempre y cuando ofrezcan una dosis

ingeniosa e inmediata de emociones activadoras. Ahora bien, un texto de The New Yorker lleno de matices —uno bueno, en otras palabras— no siempre evoca una emoción específica inmediata. A veces cuesta llegar al final de algunos textos de The New Yorker. Algunas historias, una vez terminadas, permanecen mudas en tu cerebro y se van desplegando allí durante un periodo de tiempo que puede durar horas, días o semanas. Algunas inspiran más preguntas que respuestas; otras te dejan aturdido por la vasta y específica extrañeza del mundo; otras te hacen sentir al mismo tiempo indignación, impotencia y ambivalencia. Estos estados mentales pueden conducir al desarrollo humano, pero la mayoría de ellos responden a emociones desactivadoras, y las emociones desactivadoras no tienden a la viralidad.

En los primeros tiempos del newyorker.com, los titulares impresos y los de la web eran los mismos. Cuando se publicó mi texto sobre Spartz, The New Yorker había empezado a experimentar con una forma propia y relativamente simple de los test A/B. Ahora los artículos impresos tenían un título en la revista y otro distinto en internet.[90] En su versión digital, el texto sobre Spartz se llamó «El rey del clickbait», un título ligeramente más severo del que aspiraba a darle, pero funcionó. Fue la pieza más popular de la página web durante un día entero, hasta que se vio desplazada por una compilación de lo más leído en The New Yorker el año anterior. Toda aquella situación resultaba irónica de cinco o seis maneras diferentes, pero aun así trataba de contemplarla a través de una lente tecnooptimista: ¡por lo menos la gente leía mi texto! O, en cualquier caso, hacía clic en él.

El día que me marchaba de Chicago, Spartz tenía previsto almorzar con Bernie Marcus, el cofundador de Home Depot y una de las doscientas personas más ricas del país.

—Quiere pedirme consejo sobre la viralidad —me dijo Spartz—. Como todo el mundo, quiere difundir sus mensajes. ¿Empiezas a ver cómo este superpoder puede aplicarse a cualquier cosa?

Marcus era un halcón presupuestario, un sionista retrógrado, un megadonante de la derecha. En una ocasión, durante una

teleconferencia con activistas conservadores, había llegado a decir que «debería dispararse» a los minoristas que no apoyaran a los candidatos republicanos.

—Doy por hecho que quiere impulsar un ideario que personalmente no me entusiasma —dijo Spartz.

Sin embargo, la opción de rechazar aquella reunión en ningún momento se le pasó por la cabeza. Su trabajo era hacer herramientas efectivas. Cómo empleara la gente esas herramientas no era asunto suyo.

—No solo construyes una red con la gente que comparte tus creencias. Esa es una buena forma de terminar teniendo una mente pequeña.[91]

En 2016, Bernie Marcus había donado siete millones de dólares a diversos comités de acción política pro-Trump. Uno de ellos, Make America Number 1, había pagado más de cinco millones de dólares a Cambridge Analytica, una consultora británica que utilizaba la microfocalización en internet para incrementar la participación de los votantes de Trump, refrenar la participación de los votantes de Clinton y contribuir a la viralización de los memes nacionalistas en Facebook. «El modelo tradicional basado en bombardear a cincuenta millones de personas con el mismo anuncio se sustituye por una focalización extremadamente individualizada», dijo Alexander Nix, el entonces director general de Cambridge Analytica, un par de semanas antes de las elecciones. Nix no era el único emprendedor que trataba de mejorar el viejo arte de la propaganda política con las nuevas herramientas que ofrecían los medios de comunicación sociales. Siempre y cuando estos emprendedores se mantuvieran dentro de los límites de la ley de financiamiento de campañas, su forma de trabajar no era ilegal, ni siquiera era especialmente sorprendente.[92]

Después de las elecciones, Brad Parscale, el director digital de la campaña de Trump, concedió una entrevista al programa de televisión 60 Minutes. «Comprendí enseguida que Donald Trump iba a ganar gracias a Facebook». Procedió a explicar a la periodista Lesley Stahl cómo su equipo digital había ayudado a Trump a conseguir su objetivo. Una simple campaña publicitaria podía tener

mil variaciones que después podían compararse entre sí. En un portátil, Parscale mostró a Stahl un anuncio donde la cita «cesta de los deplorables» de Clinton aparecía superpuesta sobre una imagen en la que aparecían algunos de los honorables estadounidenses a los que Clinton estaba claramente difamando. En una iteración del anuncio, los honorables estadounidenses eran mujeres mayores blancas; en otro, agentes de policía uniformados; en otro, un grupo variado de millennials. Los usuarios de Facebook verían la versión que les resultara más persuasiva, en función de las preferencias personales de las que hubieran informado (y de otras que no hubieran declarado). En otra entrevista televisiva en el programa de documentales Frontline, el tono de Parscale era todavía más abiertamente spartziano si cabe. A diferencia de los asesores de campaña tradicionales, que aún sometían sus eslóganes a pruebas «anecdóticas» de marketing, Parscale afirmaba que «nosotros usamos datos y aprendizaje automático para saber qué anuncios funcionan mejor». Exacto: «No tienes que andar adivinando, sino que lanzas un centenar de eslóganes y luego examinas los datos».

Mientras la campaña principal operaba desde la Torre Trump en Nueva York, Parscale reunió un equipo digital de más de cien personas en San Antonio (Texas). Había alquilado una oficina junto a una autopista de diez carriles. Además de disponer de los consejos y análisis que le remitía Cambridge Analytica, también recibía ayuda directa de la fuente: «Los empleados de Facebook venían a trabajar cada día a nuestras oficinas —explicó en 60 Minutes—. A todos ellos les había pedido por e-mail: “Quiero conocer hasta el último botón secreto, clic y tecnología que tengáis”».[93] El día de la investidura, Donald Trump cumplimentó la documentación necesaria para su campaña de reelección de 2020. Al año siguiente, anunció quién sería la persona encargada de dirigirla: Brad Parscale.

Evidentemente, Emerson Spartz no provocó que Donald Trump ascendiera al poder, pero las condiciones que habían hecho posible el éxito de Spartz —prestar atención al desplazamiento del mercado hacia el darwinismo más crudo, la fusión generalizada de calidad con popularidad, la vulgarización del vocabulario nacional— fueron algunas de las principales condiciones que posibilitaron la presidencia de Trump. En 2017, en YouTube, Spartz ofrecía una

nueva versión de su discurso en forma de charla TED. Empezaba igual que la antigua versión: «Si pudieras hacer que las cosas se volvieran virales, eso sería como tener un superpoder —aseguraba —. Puedes decidir elecciones, derrocar dictadores, poner en marcha movimientos, revolucionar industrias. Y lo cierto es que ha funcionado. Todo esto ya ha pasado». Tras él, una pantalla desplegaba un collage de imágenes, pero ninguna de ellas mencionaba cómo se había inclinado la balanza en las elecciones de 2016. Más bien eran capturas de pantalla que representaban los logros empresariales de Emerson Spartz: su cara en la CNBC, su foto en la revista Forbes, un artículo sobre él en The New Yorker. Había decidido subrayar el titular impreso, «El virólogo», que era lo suficientemente ambiguo como para parecer elogioso, y había recortado la imagen de modo que el subtítulo del artículo —«Cómo un joven emprendedor ha construido un imperio a base de reelaborar memes»— terminara con la palabra imperio.[94]

■

[90] En cada una de las etapas, los titulares se volvían un poco más explícitos (por lo menos, según los estándares de la revista). Los editores de la web explicaban la lógica que había detrás de ello: tal vez a los suscriptores del The New Yorker que hojearan sin prisa una copia en papel no les importara toparse con un titular jocoso, incluso con uno tan enrevesado que resultara incomprensible; tal vez les llamara la atención algo más que apareciera en la página —la foto, las primeras frases, la firma—, o tal vez no necesitaran ningún aliciente y depositaran su fe en la sensibilidad editorial de la revista. Sin embargo, la mayoría de los que visitaban Facebook o Twitter no eran como los lectores que tenían la revista abierta delante, sino que eran como viajeros que pasan rápidamente por delante de una librería en una ancha vía pública. Puede que ni siquiera se den cuenta de que están pasando por delante de una librería, y es muy poco probable que sientan el impulso de entrar en ella. La conclusión a la que se había llegado era que, para captar su atención, se necesitaba ser algo más agresivo.

[91] En Nunca comas solo, Keith Ferrazzi se jacta de su flexibilidad ideológica, ofreciendo consejos para hablar en público a Howard

Dean en un capítulo y haciéndole la pelota a William F. Buckley en otro. El capítulo 28, «Cómo acercarse al poder», empieza con el siguiente epígrafe: «Si de todos modos hay que pensar, es mejor que pienses a lo grande». Es de El arte de la negociación, un libro escrito por Tony Schwartz y firmado por Donald Trump.

[92] Por lo menos en teoría. En la práctica, la empresa matriz de Cambridge Analytica fue declarada culpable de incumplir la ley británica de financiamiento de campañas, y se le impuso una multa de quince mil libras.

[93] Facebook más tarde confirmó a 60 Minutes que habían enviado a trabajadores para que se incorporaran a la campaña de Trump. («Animamos a todos los candidatos, grupos y votantes que utilicen nuestra plataforma para participar en las elecciones», decía un comunicado de la compañía). Facebook había ofrecido una ayuda similar a la campaña de Clinton, pero su oferta había sido rechazada.

[94] «Son cuestiones sin duda más complejas de lo que creía entonces —me dijo Spartz en un correo electrónico en 2019—. Aún me considero optimista, pero soy definitivamente menos tecnoutópico que antes, después de todas las movidas tipo Black Mirror que han pasado. A medida que me he ido haciendo mayor, he aprendido a detectar complejidades previamente invisibles». La primera vez que nos vimos, Spartz había descrito la inteligencia artificial como «un regalo extraordinario». Ahora la describía como «el mayor riesgo existencial a nivel individual de la humanidad».

10

La estrategia Sailer

Durante largo tiempo —para ser precisos, durante el periodo que dio comienzo en los años 60 y que terminó abruptamente el 8 de noviembre de 2016—, los expertos de Washington de ambos partidos llegaron a un acuerdo tácito sobre un conjunto de supuestos de sentido común. Por ejemplo: es imposible que un candidato abiertamente racista gane unas elecciones nacionales. Los candidatos presidenciales podían apelar a los racistas blancos (y, de hecho, todos lo hacían), pero solo de forma sutil, utilizando mensajes velados. Ronald Reagan negó que su discurso de los «derechos de los estados» tuviera nada que ver con la raza; en las elecciones generales de 1980 era todo optimismo risueño e inclusivo. En 1992, Bill Clinton, en una intervención ante la Coalición Rainbow de Jesse Jackson, denunció a la rapera Sister Souljah, a quien comparó con el supremacista blanco David Duke, para segundos después añadir: «En este país no llegaremos a ninguna parte señalándonos los unos a los otros con el dedo en función de los rasgos raciales». Durante las elecciones primarias del año 2000, empleados de campaña que parecían trabajar para George W. Bush difundieron rumores según los cuales John McCain, el rival de Bush, habría «sido padre de un niño negro ilegítimo». En las elecciones generales, no obstante, Bush hizo campaña presentándose como un conservador compasivo con una postura centrista en materia de inmigración. «El sueño americano es para todos»,[95] dijo en un acto electoral en Filadelfia. «El sueño americano es para todos». «Somos un país de inmigrantes». «Estamos en guerra con el terrorismo, no con el islam». Esto también formaba parte de un consenso bipartidista: todos los candidatos debían emplear nobles lugares comunes que hicieran referencia a los crisoles culturales y a la buena voluntad universal.

Se asumía que no hacerlo era antipresidencial, antiestadounidense e impensable; para ser más exactos: una estrategia electoral contraproducente. En las elecciones de 2012, Mitt Romney flirteó con el incómodo electorado nativista antes de regresar al centro. Entró a hurtadillas en la Torre Trump para obtener el apoyo de Donald Trump, que para entonces era un conspirador de Twitter en toda regla. Tras lograr la nominación de su partido, Romney se embarcó en una campaña más plausible en la que se presentó como un moderado insípido. No funcionó.

Concluidas las elecciones, Reince Priebus, el presidente del Comité Nacional Republicano, convocó a un grupo de estrategas del GOP[96] para analizar la derrota de Romney y para definir el camino que iban a seguir. En un informe de cien páginas, los estrategas recalcaron que el partido no tenía más opción que virar hacia el centro, sobre todo en cuestiones como la raza y el pluralismo. «Muchas minorías piensan erróneamente que los republicanos no les miran con buenos ojos y que no los quieren en el país», decía el informe. El GOP necesitaba expulsar a los intransigentes y «defender una reforma integral de la inmigración. De lo contrario, el atractivo de nuestro partido continuará reduciéndose hasta limitarse a la base de nuestro electorado».[97]

Doce años antes, Steve Sailer, un prolífico columnista de opinión con un público digital reducido pero apasionado, había llegado a la conclusión contraria. Sailer, que entonces tenía cuarenta y un años y vivía en el sur de California, se había retirado tempranamente de una exitosa carrera en el mundo del marketing para dedicarse a escribir a tiempo completo. Cuando las respetables revistas conservadoras publicaban sus textos, escribía para ellas; cuando no lo hacían, que era el caso más frecuente, publicaba sus columnas en su propio blog. El 28 de noviembre de 2000, mientras las campañas de Bush y Gore seguían discutiendo sobre el recuento de votos en Florida, Sailer publicó una entrada de blog. Citando datos a pie de urna, demostró que si «Bush hubiera aumentado su participación en el voto de los blancos tan solo un 3 por ciento —si le hubiera votado el 57 por ciento de los estadounidenses blancos en lugar del 54 por ciento—, habría obtenido una victoria aplastante». A continuación decidió ir más allá en su hipótesis: si para poder ganar todos esos votos adicionales de personas blancas Bush hubiera

abrazado una postura tan cáustica y tan abiertamente hostil a las minorías raciales que le hubiera llevado a perder hasta el último voto no blanco, «por increíble que parezca —aseguraba Sailer—, aun así habría ganado».

A la luz del hallazgo de Sailer, esto quería decir que los republicanos debían abandonar sus falsos tópicos y hacer una campaña honesta como un partido de identidad blanca. Así, una vez alcanzaran el poder, podrían promulgar políticas problancos —la deportación de inmigrantes indocumentados, la reducción de las cuotas de inmigración, la eliminación de la ciudadanía por derecho de nacimiento— y de esta forma mantener una mayoría blanca que podría entregar en bandeja las futuras elecciones al GOP. Conocía bien los contraargumentos convencionales, que parecían resumirse en una única cuestión: «Los blancos no deberían organizarse actuando en su propio interés porque eso sería racista, y el racismo está mal». Para Sailer, este argumento no tenía importancia. Sostenía que una estrategia de campaña problancos funcionaría, y que era la mejor forma de salvar al país de la ruina. En 2012, llevaba tanto tiempo defendiendo estas ideas de un modo tan vehemente que en los círculos de la ultraderecha se conocían como la «estrategia Sailer».

«El sueño americano es para todos». Este era el tipo de lógica endeble que a Sailer le encantaba destrozar. Al contrario, afirmaba, el sueño americano es solo para americanos. Es más, los políticos deberían imponer reglas estrictas sobre a quién se le permitía convertirse en estadounidense, y, si fuese necesario, revisar estas reglas de modo que favorecieran a inmigrantes procedentes de ciertas regiones. «Una política de inmigración, por su propia naturaleza, consiste en discriminar, en seleccionar a quién debemos admitir y a quién debemos impedir el acceso», afirmaba. Tenía la firme creencia de que, sin ese tipo de políticas, Estados Unidos dejaría de ser una nación anglocristiana, y que eso conduciría a la pobreza, el crimen y las luchas internas. «Sin embargo, inteligencia es discriminación, por lo que la inteligencia es racista —prosiguió sarcástico—. Por el contrario, la estupidez suicida no es racista, por lo que es mejor». Llamaba a esta forma de ver el mundo «ciudadanismo», y se diferenciaba a sí mismo de los paleoconservadores, de los tradicionalistas radicales, de los

nacionalistas blancos y de los separatistas blancos, con quienes presentaba sutiles diferencias doctrinales.

«Muchas minorías se equivocan al pensar que los republicanos no las quieren en el país». Bien, Sailer no sentía ninguna animadversión hacia ningún individuo, a menos que el individuo hubiera hecho algo para ganársela, y, aun así, algunos grupos minoritarios —por ejemplo, miembros de bandas indocumentados— harían bien en pensar que él no los quería en su país. Y, francamente, tampoco daba por hecho que todos los hombres fueran creados iguales, que los americanos europeos y los afroamericanos nacieran, de media, con idénticos niveles de inteligencia, ética laboral y proclividad a la violencia. No es que creyera que los grupos raciales presentaban estas diferencias intrínsecas, simplemente se limitaba a plantear la cuestión y a perseguir los hechos adonde fuera que lo llevasen.

Después de las elecciones de 2012, Sailer demostró (una vez más, con datos a pie de urna) que Romney podría haber ganado sin realizar ningún tipo de guiño a los votantes hispanos ni a ningún otro bloque votante minoritario. De nuevo, solo necesitaba más votos blancos, en particular un mayor apoyo entre la clase obrera blanca del Cinturón del Óxido.[98] «La historia oculta de las elecciones de 2012 podía resumirse en que Romney no había logrado atraer a los obreros blancos de ese territorio, que tenían la capacidad de decantar el resultado hacia uno de los lados», escribió Sailer. ¿Qué podría haber hecho Romney para atraerlos? Sailer sugería una postura muy estricta respecto a la seguridad de las fronteras. En estados como Míchigan y Wisconsin, «la inmigración debería ser el argumento perfecto que el GOP podría emplear para alejar a las bases de sus dirigentes demócratas». Sailer todavía se consideraba un conservador, aunque hacía mucho que los árbitros de las opiniones conservadoras aceptables, tales como los editores de la National Review y The Weekly Standard, habían dejado de encargarle artículos. Muchos de sus colegas expertos en la derecha disidente —John Derbyshire, Peter Brimelow, Ann Coulter, Jared Taylor— habían sido expulsados del establishment conservador por herejías intelectuales similares. Algunos de ellos abrazaban su estatus de expulsados y captaban la atención a través de actos polémicos de sofistería televisada. (Ann Coulter era especialmente

versada en esta táctica y andaba de puntillas lo suficientemente cerca de la línea de lo que no se puede decir en televisión como para asegurarse de que siempre volvieran a invitarla). El resto continuaba escribiendo en sus blogs, esperando su turno.

Sailer estaba seguro de que la estrategia Sailer no tenía nada de inconstitucional ni de ilegal. En más de una década, nadie había sido capaz de señalar ningún error grave en su aritmética ni en su lógica. El verdadero problema, hasta donde él podía saber, era que sus ideas incomodaban a los poderosos.

Los conservadores a menudo mencionan la ventana de Overton o la corrección política. Sailer iba un paso más allá. De entre todas las fuerzas malignas que percibía en el mundo, tal vez la más perniciosa de todas era lo que él llamaba «el Relato»: un vocabulario indispensable que todos los miembros de una sociedad culta estaban obligados a aprender. La corrección política era tan solo una pequeña parte de ella. Los estadounidenses absorbían el Relato día tras día: en las escuelas, en los medios de comunicación, a través del entretenimiento de masas, de miles de diminutas señales sociales. El lavado de cerebro era tan completo que se había vuelto invisible; la gente interiorizaba los axiomas de un modo tan profundo que, al cabo de un tiempo, no eran capaces de pensar sin ellos. El simple hecho de señalar la existencia de los axiomas, por no hablar de poner en duda su verdad, era convertirse en una bestia peligrosa, en un marginado.[99]

Según el Relato, el islam es una religión de paz; por lo tanto, el hecho de que los mulás pidieran un derramamiento de sangre debía ignorarse o explicarse. Según el Relato, la raza y el género son construcciones sociales; por lo tanto, los artículos en los periódicos y los anuncios de coches tenían que evitar la representación de cualquier diferencia significativa entre los americanos de ascendencia europea y los afroamericanos, o entre hombres y mujeres. Según el Relato, la ciudadanía estadounidense es un derecho civil que merecen los 7.000 millones de habitantes del planeta —Sailer llamaba a esto la Enmienda de Zeroth, porque «no está en la Constitución pero se la trata como si estuviera»—, por lo que cualquiera que quisiera obtener un alto cargo tenía que hablar

sobre inmigración empleando toda clase de tópicos condescendientes. Sailer creía que este era el motivo por el que The Economist, The Wall Street Journal, la CNN, Fox News o los informes oficiales del GOP nunca invocaban la estrategia Sailer. [100]

En su blog, se refería a sus ideas como «pensacrimen» (la palabra que utilizaba George Orwell en 1984 para designar cualquier pensamiento que el Gran Hermano no quería que tuvieras). Continuando esa analogía, Sailer —claro está— era Winston Smith, un héroe justiciero que luchaba contra la tiranía. Era consciente de lo melodramático de tal analogía. No tenía razón alguna para sospechar que nadie en la Agencia Nacional de Seguridad estuviera siquiera al tanto de su blog, y mucho menos de que existiera una conspiración para censurarlo o arrestarlo a causa del contenido. En el Estados Unidos del siglo XXI, la fuerza tiránica no era un Ministerio de la Verdad, sino el alcance generalizado del Relato. «Es del todo ingenuo imaginar que un Gobierno llegara a pagar a la gente por hacer algo así —escribió Sailer—. En el presente año, sabemos que muchas personas se unirían de forma gratuita al cuerpo de Voluntarios Auxiliares de la Policía del Pensamiento».

Parecía evidente que el mercado de las ideas estaba manipulado en su contra. Era libre para escribir lo que quisiera, pero un pequeño blog opositor de ninguna forma podría desencadenar un movimiento nacional. Muchos votantes estadounidenses normales podrían considerar sus puntos de vista del todo inobjetables, incluso obvios. Pero para ello los estadounidenses deberían estar expuestos a sus ideas, y los guardianes del Relato —los vigilantes que controlaban los estudios cinematográficos, las empresas de publicidad y la prensa convencional— jamás permitirían que eso sucediera.

* * *

El sistema de control del Relato que Sailer tenía en mente era uno

muy antiguo, con firmes fronteras patrulladas por guardianes humanos. Sin embargo, tanto si Sailer era consciente como si no, esas fronteras se estaban erosionando rápidamente. En 2008, la agencia de marketing Universal McCann publicaba un informe en el que declaraba que la «era de los medios de comunicación» estaba dando paso a «la era de los medios de comunicación sociales». Ahora, cualquiera con acceso a internet, en cualquier parte del mundo, no era únicamente un receptor de noticias, sino también un emisor. Facebook, valorado en 15.000 millones de dólares y subiendo, había conseguido recientemente su cienmillonésimo suscriptor. Mientras tanto, la circulación de periódicos estadounidenses declinaba por sexto año consecutivo. El poder informativo estaba siendo democratizado o, cuando menos, estaba siendo tomado por los emprendedores: era posible difundir casi cualquier mensaje que uno quisiera, siempre y cuando lograra reunir a una multitud de oyentes. En la página de portada del informe de Universal McCann aparecía un grupo de personajes de dibujos animados estilizados, con atuendos ciberpunk, cortes de pelo asimétricos y caras uniformes. Estaban de pie sobre un montículo de hierba con vistas a un horizonte hipermoderno y levantaban sus puños y sus dispositivos de 3G. El eslogan era: «Cómo internet nos ha convertido a todos en influencers».

William F. Buckley, el último árbitro destacado de la opinión conservadora, murió en 2008, pocos meses antes de la publicación del informe. No tenía un sucesor comparable, ningún archipámpano conservador que pudiera dictar qué ideas merecían florecer y cuáles no. Varios individuos e instituciones trataron de desempeñar su papel, pero con cada año que pasaba parecía que esa vieja forma de vigilancia se volvía menos factible. Los logaritmos empezaban a tomar muchas decisiones relativas a la difusión de la información. Estos algoritmos no estaban diseñados para evaluar si una idea era verdadera o falsa, prosocial o antisocial, sino para medir si un meme provocaba un repunte de emociones activadoras en una gran cantidad de personas. Y el ciudadanismo de Sailer —más coloquialmente conocido como nacionalismo blanco intelectualizado— era uno de esos memes.

Sailer y otros herejes de la extrema derecha, a muchos de los cuales Buckley había expulsado años antes a los márgenes del movimiento,

volvían a agruparse en internet. Construyeron sus propias publicaciones (The American Conservative, Taki's Magazine, VDARE) y las promocionaban usando nuevas herramientas como WordPress, Twitter y Reddit. Eran, además, mecanismos de distribución más poderosos que las revistas impresas de hacía cincuenta años, y contaban con el beneficio añadido de publicar contenido neutral. A través de los medios de comunicación sociales, los herejes seducían a los que visitaban sus páginas web, donde se expresaban con más libertad si cabe y ofrecían argumentos desde sus principios básicos. No consideraban que ninguna idea pudiera pasarse de la raya. Las opiniones indecibles se repetían una y otra vez hasta que se volvían decibles. En las secciones de comentarios, los autores y un público cada vez más numeroso debatían sobre cómo debían autodenominarse. ¿La nueva derecha? ¿El Renacimiento americano? ¿La derecha disidente?

En noviembre de 2008, alrededor de unos sesenta exacadémicos, autodidactas y escritores de opinión independientes se congregaron en un salón de hotel en las afueras de Baltimore. Estaban allí para la reunión inaugural del Club H. L. Mencken, que se describía a sí mismo como una «sociedad para la derecha independiente». Un poco antes, ese mismo mes, Barack Obama había derrotado a John McCain en la carrera presidencial, pero cualquiera de los dos resultados habría consternado por igual a los herejes reunidos en aquel hotel.[101] «Hay cosas que todo el mundo sabe que son ciertas pero que no pueden decirse», afirmó Peter Brimelow, el editor de VDARE, en su discurso de apertura. Una de ellas era la estrategia Sailer: «la necesidad de que los republicanos movilicen a su base blanca».[102]

Paul Gottfried, un exprofesor gruñón de sesenta y pico años, pronunció un discurso que equivalía a la entrega del testigo generacional. Los paleoconservadores, entre quienes se contaba, se habían «pasado la vida dándose de cabezazos contra el movimiento conservador estadounidense», con escasos resultados. Pero ahora, de repente, «tenemos la juventud y la exuberancia de nuestra parte». Habló de una «comunión creciente» de «páginas web que están dispuestas a abordar temas sensibles y oportunos». Gottfried confiaba en que los seguidores de estas páginas formarían una nueva y enérgica cohorte de disidentes de la derecha, a quienes

apodó los «pospaleos».

Los comentarios de Gottfried se publicaron después en takimag.com, la página web de Taki's Magazine. Allí los escritores no escogen sus propios encabezados. En su lugar, el director editorial de la página, Richard Spencer, acuñó un terminó que pensó que resultaría más pegadizo que «pospaleos». Tituló el discurso de Gottfried «El declive y el auge de la derecha alternativa».[103]

* * *

Páginas web como Taki's y VDARE inspiraron otros sitios web de la derecha alternativa, impulsados por una energía aún más frívola y salvaje: The Right Stuff, Danger & Play, Radix Journal, la sección de tecnología de Breitbart. Estas páginas estaban a menudo plagadas de chistes alegremente racistas, imágenes de estatuas grecorromanas y elogios exagerados a la «civilización occidental». Los autores insinuaban —y en ocasiones declaraban de forma explícita— que la diversidad no era un valor, sino un caballo de Troya, o que el autoritarismo era preferible a la democracia, o que el dominio masculino blanco era lo que había hecho grande a la Antigüedad. La sociedad culta, claro está, encontraba estas ideas aberrantes, pero para los blogueros de la derecha alternativa esto no era sino una prueba más de su propia fuerza intelectual. Al fin y al cabo, se asumía que el auténtico pensacrimen debía escandalizar a la burguesía.

Para cierto tipo de lector, descubrir estas páginas de la derecha alternativa era como tropezar con una vanguardia intelectual de la contracultura. Estos entusiastas lectores acudían después a Reddit, 4chan, Twitter y Facebook para difundir el evangelio hereje. En los medios de comunicación sociales, oculta tras un avatar anónimo, una persona podía compartir más o menos lo que le diera la gana (un chiste sobre el Holocausto, un meme absurdo, una mentira que invitaba a la reflexión). Podía publicar algo porque creía en ello, o

porque no creía en ello y quería ver quién sí. Podía hacerlo porque valoraba la libertad de pensamiento, o por el simple hecho de conseguir una reacción; podía publicar algo sin ni siquiera saber por qué lo hacía, solo porque le apetecía hacerlo.

Algunas partes de Reddit, y casi todo 4chan y 8chan,[104] estaban dominadas por la cultura del shitposting, esto es, publicar mierda o cualquier gilipollez que a uno se le pase por la cabeza. Había un sinfín de subgéneros, y prácticamente cada día se inventaban otros nuevos. Si expresabas nostalgia por Pearl Jam o por la serie de televisión Yo y el mundo, a eso se le llamaba 90's posting. Si actuabas como un analfabeto tecnológico o te escandalizaba el humor grosero, como podría ser el caso de los negados que habían nacido durante el baby boom, eso se conocía como boomerposting. Bane posting era cuando la gente tachaba de héroe a Bane, el villano nihilista y homicida de la trilogía de El caballero oscuro.[105] Esforzarse demasiado —dejarse llevar por la seriedad o la urgencia despreciando el estilo despreocupado de internet— se conocía como effort posting.[106]

En medio de todos aquellos memes sarcásticos y oscuros se observaban destellos de sinceridad: estadísticas, preguntas retóricas y otras miguitas de pan que supuestamente debían conducir a los normies al camino hacia la radicalización de la derecha alternativa. ¿Qué tipo de personas seguían esas miguitas? Había hipercontrarios adictos al subidón de hacer preguntas prohibidas y rechazar respuestas ampliamente aceptadas. Algunos eran jóvenes alienados, nerviosos, frustrados, carcomidos por una rabia sin fin hacia las mujeres o hacia el mundo. Había quienes veían su vida como una simulación ficticia y estaban deseosos de experimentar una nueva línea temporal. Y algunos, como el villano de la trilogía de El caballero oscuro, simplemente querían ver el mundo arder.

Los nuevos conversos de la derecha alternativa, cuyo número crecía mes a mes, seguían formando comunidades en los medios de comunicación sociales, donde sus voces continuaban amplificándose. El estado de ánimo resultaba cada vez más volátil, eléctrico, como un aparcamiento fuera de un bar antes de que estalle una pelea. En 2014, las hordas de la derecha alternativa comenzaron a unirse en torno a un conjunto de temas de

conversación más evidente: que ser racista era ser realista, que la diversidad era un código para el genocidio blanco, que la inmigración no blanca representaba una amenaza para la soberanía euroestadounidense. Entonces, en el verano de 2015, las hordas llegaron a un consenso repentino e inesperado. Utilizarían el shitposting en los medios de comunicación sociales para ayudar a Donald Trump —un chiste de la cultura pop a quien, haciendo gala de la ironía propia de los expertos de la red, rebautizaron como «Dios-Emperador» triunfante— en su inverosímil cruzada para convertirse en el próximo presidente de Estados Unidos.

* * *

Uno de los primeros oradores en la reunión anual del Club H. L. Mencken en 2010 fue Steve Sailer.

—Richard Spencer me ha pedido que hable —empezó diciendo— sobre el tema de: «¿Puede la BDH triunfar sobre la CP?».

«CP» hacía referencia a la corrección política. «Triunfar» era un verbo, no un nombre propio.[107] «BDH» se refería a la biodiversidad humana, una expresión que se había viralizado dentro de la blogosfera de la derecha alternativa, sobre todo debido al reiterado uso que Sailer hacía de ella. Biodiversidad humana: la hipótesis de que las personas son diferentes, de que difieren de formas predecibles y de que a algunos grupos de personas —ciertas razas, por ejemplo— les repartieron cartas más potentes en la lotería genética. En el blog de Sailer, la mayoría de las discusiones en torno a la biodiversidad humana terminaban volviendo a una idea específica e imperecedera: que la gente blanca es inherentemente más inteligente que la gente negra.

—En un mundo intelectualmente sano, por supuesto, el estudio de la biodiversidad humana no estaría en peligro a causa del reinado de la corrección política —dijo Sailer. El problema, como de costumbre, era el Relato—. Uno ve la televisión y de ella aprende qué tipo de pensamientos elevan su estatus y cuáles lo disminuyen.

En opinión de Sailer, mientras los guardianes de los medios de comunicación continuaran retratando el ciudadanismo como de bajo estatus, el vulgo se pondría a la cola. Y quizás algún día alguien subvertiría este juego del estatus, «haría añicos la corrección política» y reconstruiría la ventana de Overton, pero no lograba imaginar quién podría ser esa persona.

El 16 de junio de 2015, Donald Trump, erguido, rígido y con la cara roja, bajaba por unas escaleras mecánicas al vestíbulo de uno de sus rascacielos. Un grupo de espectadores —muchos de ellos actores de relleno que recibirían cincuenta dólares en metálico una vez abandonaran el edificio— sostenían letreros y hacían fotos con sus teléfonos. Por el sistema de megafonía atronaba «Rockin' in the Free World», un himno antipatriótico escrito por un pacifista canadiense. Cuando Trump llegó al vestíbulo, se agarró a un atril con ambas manos en un gesto al mismo tiempo arrogante y profundamente incómodo, mintió sobre el tamaño de la multitud que tenía delante, se burló de sus oponentes políticos («Sudaban como perros») y dijo que los terroristas musulmanes acababan «de construir un hotel en Siria», una afirmación que estaba tan lejos de ser cierta que los periodistas se las vieron y se las desearon para averiguar a qué falso rumor podría haber hecho referencia. De los inmigrantes mexicanos dijo que eran «unos violadores». Su campaña presidencial había comenzado hacía cinco minutos.

Enseguida dijo: «Necesitamos a alguien capaz de tomar la marca Estados Unidos y volver a hacerla grande. Ahora mismo no lo es». Anunció que se postulaba a presidente y los figurantes lanzaron vítores. El operador de sonido ya tenía preparada de nuevo «Rockin' in the Free World» para que sirviera de música de salida para Trump, pero Trump no se fue a ninguna parte. En su lugar, indicó a base de gestos que bajaran el sonido y se quedó allí treinta minutos más.

Todo aquel espectáculo resultaba tan discordante con el Relato que la mayoría de los comentaristas expertos de la corriente dominante lo menospreciaron, aunque esgrimían razones contradictorias. Trump era un charlatán; su campaña era un truco publicitario; pronto abandonaría la carrera; no tenía ideología; su ideología era inmadura e inconsistente; su ideología era seductora y peligrosa.

Además, no tenía ningún camino por el que avanzar hacia la victoria electoral.

Steve Sailer, mientras tanto, siguió publicando entradas sobre la estrategia Sailer en su blog.

* * *

En 1989, David Duke, el fundador de los Caballeros del Ku Klux Klan, salió elegido para la Cámara de Representantes de Luisiana. Al año siguiente estuvo cerca de ganar unas primarias republicanas para el Senado de Estados Unidos con el 43 por ciento de los votos. Era capaz de lograr todo esto, en parte, gracias al reconocimiento que le proporcionaba su nombre, que conseguía mantener gracias a sus constantes apariciones en televisión. Toda prensa parecía ser buena prensa, y no le preocupaba que lo calificaran de controvertido, incluso de peligroso, siempre que lo situaran dentro de los límites de la opinión política reconocida.

Racistas como la copa de un pino como Duke eran un elemento fundamental en los programas sensacionalistas de entrevistas de los años 80 y 90, los que presentaban Geraldo Rivera, Sally Jessy Raphael y Oprah Winfrey. «Definitivamente, no es ningún secreto que en Estados Unidos el odio y el racismo están vivitos y coleando —dijo Ricki Lake en su programa de entrevistas diurno en 1993—. Pero ¿por qué? ¿Y de dónde sale este odio? Hoy hablaremos con mujeres jóvenes que están orgullosas de pertenecer al Ku Klux Klan».

La hora de emisión que siguió a aquella presentación hizo poco para arrojar luz sobre la procedencia del racismo estadounidense.

«¡Creo que estáis todas bien jodidas!», gritó un miembro del público señalando a las mujeres que estaban en el escenario. Los demás espectadores rompieron a aplaudir.

Tales humillaciones, muy habituales, eran buenas para los índices

de audiencia (a todo el mundo le gusta una buena pelea), para la cohesión social (nada une más a las personas que un enemigo común) y para la catarsis en el sentido original del término.[108] ¿Qué es el racismo? El racismo es un mal humor que solo habita en la gente mala. ¿Dónde está la gente mala? Están ahí, en el escenario, bajo los focos, vistiendo hombreras y un cardado la mar de hortera mientras hacen muecas desafiantes. El racismo no habita entre nosotros, los espectadores. Cualquiera se puede dar cuenta de esto, pues los señalados son ellos y nosotros los que señalamos.

Yo tenía nueve años cuando se emitió ese programa de Ricki Lake. Cuando me ponía enfermo y me quedaba en casa en lugar de ir al colegio, a menudo veía los programas de entrevistas diurnos (Sally Jessy Raphael era la que más me gustaba, por sus gafas relucientes de montura roja), y siempre tuve la reacción precisa que se suponía que debía tener. Recuerdo haber pensado, con todas las letras: «¿Quién podría odiar a otra gente solo por su aspecto?». El racismo parecía una enfermedad exótica, uno de esos crueles e inexplicables errores de la naturaleza, casi como un raro defecto de nacimiento. En el colegio me enseñaron a asociar finales de noviembre con los padres peregrinos, finales de diciembre con Jesús y mediados de enero con Martin Luther King; todos ellos predicaban amor y tolerancia e imaginaban el día en que no se juzgara a los estadounidenses por el color de su piel sino por el contenido de su personalidad.

¿Me estaban adoctrinando? Supongo que sí. También estaba siendo adoctrinado para creer que los perritos son bonitos, que la gravedad es una fuerza que causa que los objetos caigan a la Tierra y que interrumpir a la gente cuando está hablando es una grosería. Otra palabra para el adoctrinamiento de los niños es educación. Una sociedad no puede existir sin un Relato; lo que pasa es que hay Relatos mejores y peores.

Echando la vista atrás, la mayor queja que tengo sobre mi adoctrinamiento es que no se sofisticó más rápidamente. La gravedad sí que causa que los objetos caigan a la Tierra, pero no es una fuerza; es el resultado de la curvatura del espacio-tiempo, que no es exactamente lo mismo. La versión de Martin Luther King que aprendí en la escuela primaria (y más tarde, con pequeñas

variaciones, en la escuela intermedia y en la secundaria) parecía sacada de un libro de cuentos: un ser estoico que confiaba en que con el paso del tiempo nuestra nación estaría a la altura de sus principios fundacionales. Si bien esto era cierto, dejaba fuera muchas otras cosas. El auténtico Martin Luther King también creía que Estados Unidos era un país en esencia «enfermo» y que «no puede lograrse una justicia para los negros sin cambios radicales en la estructura de nuestra sociedad».

En 1992, Duke se postuló para gobernador de Luisiana. Al traducir su ideología al vocabulario del momento, se situó a sí mismo como un republicano castigado por la corriente principal. «Soy una persona cristiana, y creo que todos evolucionamos en nuestras vidas», dijo a Phil Donahue en el programa de entrevistas diurno de este presentador. Duke no renegaba de su antigua ideología, pero intentaba hacer que sonara abstracta, al estilo de la estrategia del Sur: «La gente empieza a hablar de la discriminación que se está produciendo a la inversa, de la necesidad de reformar el sistema de bienestar, de que la integración racial forzada en los autobuses escolares está perjudicando la educación».

Donahue, que desempeñaba el papel de periodista sobrio y objetivo, no se mostraba ni de acuerdo ni en desacuerdo con los temas de discusión que planteaba Duke. Le permitía explayarse durante largos minutos antes de hacer una pausa para la publicidad: «Estaremos de vuelta con el señor Duke, el candidato, en tan solo unos momentos». En la primera ronda de las votaciones, Duke se quedó a dos puntos de la primera posición, provocando así una segunda vuelta. La perdió, pero consiguió la mayoría del voto blanco.

■

[95] En español en el original. (N. de la T.).

[96] Grand Old Party, como también se conoce al Partido Republicano. (N. de la T.).

[97] En 2017, Reince Priebus entró a trabajar para Donald Trump,

el presidente estadounidense menos pluralista de la historia reciente. Fue despedido al cabo de seis meses.

[98] Cinturón del Óxido o Rust Belt es el nombre con el que se conoce al antiguo cinturón industrial que comprende doce estados en la parte central noroeste de la región del Medio Oeste y algunas partes del Atlántico Medio del noreste del país. Llegó a ser la zona más rica de Estados Unidos antes de entrar en decadencia en los años 80 con el cierre de fábricas. (N. de la T.).

[99] Sailer tomaba prestado el término de I, Sniper, un thriller escrito por el novelista Stephen Hunter. En el libro, un personaje, reportero de un diario, explica el concepto: «El relato es el conjunto de supuestos en los que la prensa cree, posiblemente sin saber que cree en ellos. Es muy poderoso porque es inconsciente. No es que se junten cada mañana y decidan: "Estas son las mentiras que vamos a contar hoy". No, eso sería demasiado crudo y honesto. […] Ni siquiera saben que son verdaderos creyentes, porque en teoría desprecian a toda clase de verdaderos creyentes».

[100] «El debate sobre la inmigración tiene lugar en altos niveles de abstracción y sentimentalismo —me dijo Sailer en una de nuestras entrevistas—. Eso explica algunos acontecimientos que de otra forma son inexplicables, por ejemplo, Angela Merkel: esta política prudente y de centro decide dejar entrar a un millón de refugiados. ¿De dónde sale eso? Bien, es como si viniera del Zeitgeist, de este Relato que ha ido tomando forma a lo largo del tiempo, según el cual cada vez es más moralmente inaceptable que haya personas que vivan en países agradables y otras que vivan en países que no lo son tanto. Personalmente, esta forma de hacer política me parece una auténtica locura».

[101] De la declaración de principios del grupo, revisada en 2016: «El HLMC [por sus siglas en inglés] no está de ninguna forma aliado con ninguno de los dos partidos políticos nacionales, y no debe confundirse con el "movimiento conservador". Nuestra fundación responde precisamente a la supresión de las discusiones abiertas por parte de ese movimiento, y al hecho de que este parece estar totalmente en deuda con donantes corporativos y jefes del Partido Republicano. Según Conservadurismo Inc., nuestro grupo pertenece a la "cesta de los deplorables" que Hillary Clinton denunció en su

campaña presidencial».

[102] Brimelow había sido purgado de la National Review y de la respetabilidad conservadora a finales de los 90, después de su reiterada insistencia en que la inmigración no blanca provocaría el inminente declive de Estados Unidos. Tras su expulsión, su xenofobia se volvió más frenética y explícita. Fundó VDARE en 1999. La página se llamaba así por Virginia Dare, el primer bebé blanco nacido en suelo estadounidense.

[103] A mediados de 2016, Gottfried, que es judío, insistió en que se atribuyera a Spencer y a él la «cocreación» del término alt-right [a partir de ahora, derecha alternativa]. Tras el Hailgate reconsideró su postura y dijo: «Toda sugerencia de que podría estar asociado con lo que se describe como un movimiento neonazi es esencialmente ofensiva».

[104] A la mayoría de los normies les habría costado diferenciar entre 4chan y 8chan; lo habrían visto como una cuestión de buscarle cinco pies al gato. Las páginas se asemejaban en muchos aspectos (los etnógrafos de internet a menudo hablaban indistintamente de «cultura chan» o «channers». La principal diferencia era de grado: 8chan iba dirigida a gente que sentía que la retórica hardcore de 4chan no era lo bastante hardcore.

[105] Si esto se toma al pie de la letra, podría parecer una señal de sociopatía, pero ¿quién se toma los memes de internet literalmente?

[106] En 2019, un joven blanco, que según parece se había radicalizado a partir de la internet de la derecha alternativa, asesinó a cincuenta musulmanes en Christchurch (Nueva Zelanda). Poco antes de que comenzara la masacre, escribió en 8chan: «Es hora de dejar de publicar mierda y hacer un esfuerzo en la vida real».

[107] En inglés esta pregunta es un juego de palabras, porque triunfar puede traducirse como «trump», que Sailer escribe en mayúscula aprovechando que coincide con el apellido del candidato a la presidencia, aunque en realidad lo utiliza como verbo. (N. de la T.).

[108] Uno de los propósitos del drama escenificado, escribió

Aristóteles, es «experimentar miedo y compasión, liberando así al alma de dichos sentimientos». En griego, catarsis significa «purificación» o «purga»: invocas la bilis para deshacerte de ella.

11

Las primarias

invisibles

En el otoño de 2015 compartí un desayuno con el presentador de una de las principales cadenas de televisión. Desde hacía meses, Donald Trump era el favorito en todas las encuestas de las primarias republicanas. El presentador y yo hablamos de lo que la mayoría del país estaba hablando y continuaría haciéndolo en el futuro a corto plazo: el sorprendente ascenso del trumpismo, cuán imparable parecía. Aunque supuestamente el presentador y yo éramos miembros del cuarto poder, nos sentíamos impotentes para hacer algo que no fuera contemplar cómo se desarrollaba el fenómeno.

—¿Qué me dices de un apagón voluntario de los medios de comunicación? —sugerí—. Dejamos de cubrir sus tuits. Dejamos de cubrir todos sus mítines. ¿Por qué picar el anzuelo?

—Aunque estuviera de acuerdo con tu premisa, y no estoy seguro de estarlo —dijo el presentador—, no serviría de nada. En primer lugar, Fox News de ninguna manera participaría en ningún apagón mediático. En segundo lugar, todo el mundo sabe que Trump es lo que dispara las audiencias ahora mismo. Nada se le acerca ni por asomo. Esto quiere decir que en cuanto le dijera a mi jefe «no pienso cubrir a Trump», me diría «de acuerdo, ha sido divertido trabajar contigo, pero tu reemplazo está en camino». Y en cualquier caso, aunque toda la televisión pudiera convertirse en una zona libre de Trump, seguiría estando internet.

Es verdad: internet. Debía de haber estado leyendo demasiados artículos de opinión[109] sobre cómo el liderazgo de Trump se desvanecería en cuanto los medios de comunicación convencionales

dejaran de «darle oxígeno». Esta metáfora solo tenía sentido si uno imaginaba un escenario con una única fuente de oxígeno: Trump como buceador de aguas profundas, pongamos por caso, y las noticias por cable haciendo las veces de bombona de submarinismo. Pero Trump se parecía más a una tortuga arrugada y sin edad en un acuario con bombas de aire descentralizadas. Las televisiones y los periódicos nacionales eran unas de las fuentes de oxígeno principales, desde luego, pero había muchas otras: pódcast de humor de choque, blogs de cotilleos de los famosos, agencias de noticias internacionales, startups dedicadas al clickbait. Y luego estaban las redes sociales, tal vez los mayores motores de oxígeno, impulsados por millones de personas normales y corrientes que amaban a Trump o lo odiaban lo suficiente como para seguir hablando constantemente sobre él. Todo lo que él hacía o decía —todo lo que él era— incitaba un pico máximo de emociones activadoras, tanto positivas como negativas, en casi todo el mundo. Era un meme viral a punto.

A los directivos de televisión les obsesionan los índices de audiencia, pero también les motivan, por lo menos hasta cierto punto, otros factores: el buen juicio informativo, las limitaciones de tiempo, el sentido de la equidad, la capacidad para sentir vergüenza. Los medios de comunicación sociales, por el contrario, supuestamente trascendían toda esa desagradable subjetividad humana en pos de la pura neutralidad. Habían sido diseñadas para ser máquinas de retroalimentación, para ofrecer a los usuarios no lo que necesitaban sino cualquier cosa que pudieran querer, en base a sus preferencias declaradas o no declaradas. Los medios de comunicación podrían haber decidido dejar de prestar atención a Trump, y, de hecho, de vez en cuando lo hacían. Sin embargo, eso no era realmente posible en los medios de comunicación sociales, donde el contenido consistía en cualquier cosa de la que la gente quisiera hablar.

* * *

A menudo se atribuye a Andrew Breitbart, el Juan Bautista de los Deplorables, la máxima de «la política desciende de la cultura». Como todas las máximas es reduccionista —la corriente fluye en ambas direcciones—, y, aun así, se trataba de una percepción simple y astuta que llevaba a otras percepciones simples y astutas. En 2011, preguntaron en Fox News a Breitbart si Donald Trump era un conservador. «Desde luego que no es ningún conservador», repuso. No obstante, unos segundos después añadió que «alguien como Trump podría ser un candidato presidencial formidable: la celebridad lo es todo en este país».

Para la mayoría de los expertos de la época, esto parecía paradójico. ¿Cómo podía ser un no conservador el abanderado del movimiento conservador? ¿Por qué iba el Partido Republicano a permitir que sucediera algo así? Pero Breitbart comprendía que el Partido Republicano no decide quién será su candidato. Lo deciden los votantes. Los votantes solo son personas, y a las personas les gusta quien les gusta.

Los tertulianos podían asumir que los factores que para ellos eran importantes —la agenda política de los candidatos, sus actuaciones en los debates televisivos, los apoyos que recibían en los periódicos locales— serían los principales factores que determinarían cómo iba a votar la gente. Pero no existe ninguna regla que exija que los votantes deban prestar atención a los periódicos, a pronunciamientos políticos convincentes ni a ninguna otra cosa. Si la política desciende de la cultura, entonces la información política se extiende de la misma forma en que se extiende toda la información. La gente basa su comportamiento, incluyendo el electoral, en cualquier retazo de información que perciba y recuerde: titulares en los tabloides, anuncios de Google en los que no hicieron clic, rumores engañosos, reposiciones de The Apprentice.

Breitbart no estaba cegado por la ortodoxia política porque no sabía mucho al respecto. En lugar de eso, era un erudito de los nuevos medios de comunicación, uno de los empleados más antiguos tanto de Drudge Report como de The Huffington Post: un alterador. «Mi objetivo es destruir The New York Times y la CNN —había dicho en 2010—. La clase mediática es el muro que tenemos que escalar para

que nuestras voces sean escuchadas». Gran parte de lo que Breitbart sabía sobre política lo había aprendido en un librito llamado Tratado para radicales, publicado en 1971 por el organizador comunitario Saul Alinsky. Alinsky era de izquierdas, y tanto Barack Obama como Hillary Clinton citaban Tratado para radicales como una influencia formativa. A pesar de ello, las tácticas del libro eran no partidistas —«El poder y el miedo son los manantiales de la fe», escribió Alinsky—, y buena parte de los alinskianos del siglo XXI, cuando no la mayoría de ellos, eran radicales de la derecha.

Breitbart murió en 2012. Para entonces empezaba a ser evidente que la mejor forma de promover un mensaje radical —uno que pudiera resultar amenazante o subversivo para los guardianes institucionales— era explotar la apertura amoral de la red social. Además de su máxima sobre política y cultura, Breitbart dejó para la posteridad un eslogan todavía más simple que consistía en una única palabra: «Guerra». O como inevitablemente lo reproducían los soldados rasos de los medios de comunicación sociales que recogieron el manto de su general caído: «#GUERRA».

En un libro titulado The Party Decides (El partido decide), cuatro politólogos sostenían que cada nominación presidencial empieza con unas «primarias invisibles». Antes de que se emita el primer voto, «fuentes internas del partido» reducen las opciones del electorado, haciendo que sus candidatos predilectos parezcan inevitables y los caballos negros, improbables. El libro afirmaba que entre los factores relevantes en unas primarias invisibles se incluían los apoyos, las donaciones y los «medios de comunicación».

Este último término no aparecía definido en ninguna parte del libro, posiblemente porque sus autores, como la mayor parte de la gente con cultura, asumían que sabían a qué se referían con «los medios de comunicación». (Como un indicador sustitutivo de la cobertura mediática, medían la frecuencia con la que un candidato aparecía en Time y en Newsweek, lo que llamaban «una fuente representativa, aunque no perfecta»). Si hubieran tratado de definir a los medios, podrían haber evocado criterios tales como la capacidad de moldear el discurso público o de difundir rápidamente la información a grandes franjas de la población estadounidense. Si aplicábamos estos criterios a la era de los medios de comunicación

sociales, ya no quedaba claro por qué —al margen de las camarillas y de la nostalgia— la etiqueta podía aplicarse a periodistas profesionales pero no a personas que tuvieran un pódcast amateur, a streamers de Twitch o a cualquier agorero de ojos saltones con un canal popular en YouTube.

En 1972, una encuesta señalaba que Walter Cronkite era el hombre que más confianza inspiraba en Estados Unidos.[110] En 2013, según una encuesta realizada por Reader's Digest, la persona que más confianza inspiraba en Estados Unidos era Tom Hanks.[111] Michelle Obama, la figura política de más alto rango de la lista, aparecía en el puesto decimonoveno, por debajo del Dr. Oz; la jueza Judy se situaba ocho puestos por encima de la jueza Ruth Bader Ginsburg. «Me resulta chocante la medida en que nuestra sociedad premia el ser famoso y hasta qué punto eso ha acabado filtrándose a la política», dijo en 2016 Marty Cohen, uno de los autores de The Party Decides, en una entrevista con la NPR.[112] Intentaba explicar, a posteriori, lo que esta teoría no había sido capaz de predecir. «En política, cosas que son muy fáciles de desacreditar gozan de una creciente aceptación —añadía—. Hemos perdido al guardián».

* * *

Richard Dawkins acuñó la palabra meme en 1976. Durante las siguientes cuatro décadas, continuó dando clase y escribiendo libros que se colaban en las listas de los más vendidos, y el meme del meme siguió evolucionando. En 2016, la irrupción del meme en el discurso político se había vuelto imposible de ignorar. Después del Brexit y antes de las elecciones estadounidenses, concerté una entrevista telefónica con Dawkins.

En primer lugar le hablé de una boda a la que había asistido hacía poco en Vermont. El padre de la novia, durante su discurso, había hablado primero de los antepasados familiares y después de un conjunto de enseñanzas éticas que habían pasado de generación en

generación (categorías a las que se había referido, respectivamente, como «los genes» y «los memes»). Resulta que yo estaba de pie junto a la hermana pequeña de la novia, y cuando se giró hacia una amiga pude oír que le susurraba: «Mi padre es muy tonto. No tiene ni idea de qué es un meme».

—¡Espero que la corrigieras! —se rio Dawkins—. Para la gente de su generación, la palabra parece que no es más que una imagen con letras mayúsculas encima.

Esta definición, prosiguió, era «curiosamente limitada, algo así como decidir usar la palabra animales para referirse solo a los conejos».

Hablamos sobre la industria de la viralidad, que él veía como una potencial amenaza a la democracia liberal.

—Puede que estemos en un umbral —dijo—. En el pasado, me habría sentido tentado a decir que, a pesar de que en internet todo el mundo tiene un megáfono, en muchos casos se trata de un megáfono silencioso. Puedes colgar un vídeo en YouTube, pero ¿quién va a verlo? Actualmente, por muy ridículo o perjudicial que sea lo que dices, si consigues que tenga éxito memético puede extenderse a toda la cultura.

En las postrimerías de la Europa medieval, cuando empezaron a publicarse los primeros libros, muchos lectores novatos estaban demasiado deslumbrados por el medio como para mostrarse debidamente escépticos: si algo estaba impreso en vitela, probablemente fuera cierto. Tal vez, especulaba Dawkins, ahora ocurría algo parecido.

—Si un gamberro borracho te grita barbaridades por la calle, tú vas y le ignoras —dijo—. Pero si ves a alguien soltando disparates en Twitter acompañados de un enlace a The New York Times o a una declaración oficial de la reina, no haces oídos sordos de la misma manera. —Suspiró—. Es un pensamiento pesimista, pero recuerda: desde el punto de vista del replicador, ya sea este un gen o un meme, el éxito significa expandirse. La supervivencia de la especie no es un factor.

* * *

Semana tras semana, Trump decía algo tan ofensivo e indignante que enseguida se consideraba una metedura de pata capaz de poner punto y final a su campaña. Sin embargo, semana tras semana, Trump seguía siendo el candidato de los republicanos. La mayoría de los expertos continuaban asegurando a su público, y a sí mismos, que su ventaja no era más que una chiripa pasajera. Pero él persistía. «Podría ponerme en mitad de la Quinta Avenida y disparar a alguien, que no perdería ni un solo votante —dijo Trump en enero de 2016—. Es increíble».

Inicié sesión en Facebook y me fui desplazando por mi feed de noticias: escándalo de Trump, escándalo por el escándalo de Trump, foto de un bebé, chiste sobre el escándalo de Trump. Por defecto, Facebook es un filtro burbuja bien sellado: compartes contenido con la gente que está en tu burbuja, y ellos a su vez comparten contenidos contigo. Pero si alguna vez quieres ver cosas que están fuera de tu burbuja, lo único que tienes que hacer es mirar.

En la parte superior de mi pantalla había una herramienta que utilizaba tan poco que a veces me olvidaba de que estaba ahí: la barra de búsqueda de Facebook. Tecleé unas cuantas frases («conspiración internacional judía», «Huma Abedin espía Hermanos Musulmanes», «solo los hombres pueden ser presidentes»). Ninguna idea era demasiado excéntrica. Buscara lo que buscara, lo encontraba. Los resultados de las búsquedas no incluían demasiados desnudos ni blasfemias, dos cuestiones que los moderadores de Facebook se apresuraban a eliminar. Pero sí encontré un montón de estadísticas criminales inventadas, fotografías engañosamente manipuladas y todo tipo de fanatismos, tanto manifiestos como encubiertos.

Estas eran algunas de las burbujas de oxígeno que mantenían activa la campaña de Trump. Había centenares de ellas, y crecían a cada minuto impulsadas por grupos sensacionalistas con nombres en

absoluto memorables: Liberty Writers, Being Patriotic, Expensive Designer Memes.[113] También había una buena cantidad de basura de izquierdas, y mucha más basura de derechas. Parte de esta basura era el clásico alarmismo xenófobo apoyado en fuentes débiles o directamente en ninguna fuente: «¡Burger King acaba de anunciar QUE SEGUIRÁ LA LEY ISLÁMICA! ¡Detenlos!». Algunos titulares nombraban la emoción activadora que se proponían producir y terminaban abruptamente, dejando un vacío de curiosidad: «¡No creerás lo que acaba de hacer Hillary! ESCÁNDALO». Había una página de Facebook llamada Fashy Memes que consistía en viñetas protagonizadas por figuritas de palo de shit-libs (liberales de mierda) que reconocían la hipocresía de sus símbolos de estatus. Otras publicaciones virales ni siquiera incluían palabras, tan solo una imagen heroica de Trump, o una de Clinton con aspecto macabro y frágil, o de una persona negra caricaturizada como un mono.

No me chocaba encontrar racismo y sexismo en internet. En todo caso, muchos de los memes pecaban de sosos, por lo menos en Facebook (Reddit y 4chan eran otra historia). Tampoco me desconcertaba la existencia de rudimentarias políticas de propaganda, que llevan existiendo desde los albores de la democracia.[114] Lo que me sorprendió fue la rapidez con la que se estaban extendiendo todas esas cosas.

Mi tiempo con Emerson Spartz me había entrenado para fijarme, siempre que veía un meme en Facebook, en un pequeño conjunto de números en la parte inferior de cada publicación. Eran los registros de interacción con la publicación —cuántos comentarios había recibido, cuántas veces habían dado al «me gusta» o se había compartido—, que eran el preludio de su viralidad presente y futura.[115] Me desplacé por decenas de publicaciones que iban desde lo banal o lo estrambótico a lo despreocupadamente violento. Muchas de ellas tenían registros de participación que se contaban por miles o incluso decenas de miles. Durante un instante hallé consuelo en el hecho de que la mayoría de los memes que veía eran tan extravagantes que ningún periódico de prestigio accedería a publicarlos. Tal vez eso limitaría su alcance. Entonces recapacitaba: más del 50 por ciento de los adultos estadounidenses miraban Facebook a diario, pero menos del 15 por ciento estaba suscrito a

un periódico.[116] Con un acceso casi ilimitado a la inmensa audiencia de Facebook, ¿qué más podía necesitar un propagandista?

Una mañana de 2016, David Remnick entró en mi despacho y echó un vistazo a la pantalla de mi ordenador. Yo tenía los auriculares puestos y no le había oído entrar. Debía de estar explorando una zona particularmente infecta entre la maleza de los medios de comunicación sociales, porque me agarró del hombro, señaló la pantalla con un movimiento de cabeza y dijo:

—Vale, ¿qué demonios es todo esto?

—Siéntate.

Repetí varias de mis búsquedas de Facebook para sacar a relucir memes tóxicos y publicaciones propagandísticas, y me puse a leer las estadísticas de participación que había en la parte inferior de cada una de ellas: este ha sido compartido cinco mil veces, este tiene mil quinientos «me gusta». A modo de contraste, abrí las páginas oficiales de Reason, Foreign Affairs, The Nation, The Weekly Standard, etc., de cualquier medio que se me ocurriera, siempre y cuando contribuyera de una forma más sustancial a la búsqueda del conocimiento humano que la página Fashy Memes de Facebook. En algunos casos, parecía que los viejos guardianes lo estaban haciendo bien. A algunas de las nuevas compañías más orientadas hacia los medios de comunicación sociales (como BuzzFeed o Vox, productoras ambas de una gran cantidad de periodismo de alta calidad) les iba mejor que bien. Sin embargo, en muchas comparaciones paralelas ganaban los fanáticos y los propagandistas.

Entonces llegó el puñetazo en el estómago: la página de Facebook de The New Yorker. Un reportaje reciente de periodismo de investigación, que vinculaba de forma concluyente a Bashar al Asad con crímenes de guerra internacionales: ochenta y siete veces compartida. Una evaluación vivaz y autorizada de la carrera de Aretha Franklin escrita por el propio Remnick y que incluía largas citas del presidente Obama: setenta y ocho veces compartida. Una compleja y conmovedora historia sobre inmigración y cuidados infantiles, que era además uno de los mejores artículos que había leído en mi vida: quince veces compartido. Seguí bajando hasta que

encontré una publicación o dos —una columna de opinión descarada, un artículo satírico para agradar a las masas— con registros de tres cifras. Pero ninguna llegaba a mil.

—Lo pillo, lo pillo —dijo Remnick—. No es favorable. Pero ¿dónde está la historia?

La mayoría de la gente, y aquí me incluyo, se ha acostumbrado a pensar en los medios de comunicación sociales como una propiedad emergente de la voluntad popular, del libre mercado o de la suerte de los tontos. Un adolescente publicaba su vídeo de baile en Snapchat y, si por casualidad le sonreían los dioses virales, podía acabar consiguiendo un contrato en el programa Ellen o disfrutar de quince minutos de fama convencional. Pero la industria de la viralidad, en realidad, no era ningún misterio desconocido; más bien era el producto de una gran cantidad de pequeñas elecciones humanas. A cada paso, había gente oculta tras la cortina: consumidores haciendo y compartiendo contenido, ingenieros diseñando los algoritmos que distribuían contenido, moderadores seleccionando contenido o incapaces de hacerlo.[117]

Algo estaba pasando en internet: un nuevo tipo de primarias invisibles; un intento, coordinado o espontáneo, de estirar la ventana de Overton de una forma tan radical que fuera capaz de arrastrar la idea de una presidencia de Trump hasta el ámbito de lo imaginable. ¿Quién lo estaba haciendo? Trump era un meme prefabricado, pero el virus no se estaba propagando por sí mismo. Sonaban rumores creíbles de que una parte de la actividad pro-Trump estaba siendo generada por granjas de troles rusas; aun así, incluso en el caso de que muchos de esos rumores resultaran ser ciertos, los rusos de ninguna manera podrían llevar a cabo toda la actividad, ni siquiera la mayor parte de ella. Independientemente de lo que estuviera ocurriendo, era reconfortante asumir que nos estaba ocurriendo a nosotros, que el electorado estadounidense estaba siendo manipulado por directivos de la CNN obsesionados con los índices de audiencia, por voraces banqueros de Wall Street en busca de limosnas corporativas, o por Putin. Pero lo cierto es que mucho de lo que le estaba sucediendo al pueblo estadounidense era obra del pueblo estadounidense. Lo que no sabía era quién lo estaba haciendo exactamente, ni cómo.

—¿Y si pudiera encontrar a las personas que están extendiendo todo esto? —dije—. ¿Y si pudiera encontrar al Emerson Spartz de la política marginal?

Las cejas de Remnick salieron disparadas hacia arriba… Lo vio claro enseguida.

—Ahí sí podría haber una historia.

■

[109] ¿Dónde encontraba todos esos artículos? En internet, por supuesto.

[110] Como señalaba el crítico de medios de comunicación Jack Shafer en Slate en 2009, el cliché de «Cronkite equivale a confianza» nunca estuvo apoyado por pruebas sólidas. La encuesta en cuestión se limitaba principalmente a figuras políticas; Cronkite, el único presentador de informativos de la lista, había obtenido solo seis puntos más que el «senador medio». Dos años después, cuando una encuesta más centrada en no confundir peras con manzanas comparó a Cronkite con sus rivales, los presentadores de informativos de la NBC y la ABC, quedó en cuarto lugar en la categoría de «los más queridos».

[111] Courtenay Smith, «Reader's Digest Trust Poll: The 100 Most Trusted People in America», Reader's Digest, mayo de 2013, www.rd.com/culture/readers-digest-trustpoll-the-100-most-trusted-people-in-america.

[112] Los otros tres coautores de The Party Decides eran David Karol, Hans Noel y John Zaller (University of Chicago Press, 2008).

[113] La mayoría de estas páginas estaban operadas por auténticos machotes estadounidenses, pero más adelante se hizo patente que algunas de ellas, incluyendo Being Patriotic, eran obra de Internet Research Agency, una empresa con sede en San Petersburgo que generaba propaganda pro-Putin. A principios de 2018, un gran jurado estadounidense imputó a Internet Research Agency, junto a otros individuos y entidades rusas, por inmiscuirse en las elecciones

presidenciales estadounidenses de 2016.

[114] Toda sociedad humana ha incluido una franja alternativa que siempre ha encontrado la forma de hablar. El día que el Vesubio entró en erupción, en el año 79, los muros de Pompeya presentaban unos grafitis tan escabrosos como cualquier amenaza que uno pueda ver en Reddit. En el Vicolo del Panettiere: «Atimetus me ha preñado». Dentro de la taberna de los Muleros, junto a una jamba: «Hemos mojado la cama, anfitrión. Confieso que nos hemos portado mal». En una pared del edificio dedicado a Eumaquia: «A Secundus le gusta follar niños». Dentro de la basílica: «Un problema pequeño se agranda si se ignora».

[115] Spartz lo explicaba de la siguiente manera: cada vez que se compartía una publicación, su contenido quedaba «expuesto a un nuevo conjunto de personas», que a su vez lo compartían más y más. Además, las estadísticas de participación señalizaban al algoritmo de Facebook que un meme estaba cobrando impulso. El algoritmo estaba diseñado para recompensar el éxito con más éxito: si un meme se compartía rápidamente, aparecería en un lugar más prominente en las actualizaciones de otras personas, lo que a su vez provocaría que se extendiera aún más rápido.

[116] Michael Barthel, «Newspaper Fact Sheet», Pew Research Center, 13 de junio de 2018, www.journalism.org/fact-sheet/newspapers; Shannon Greenwood, Andrew Perrin y Maeve Duggan, «Social Media Update 2016», Pew Research Center, 11 de noviembre de 2016, www.pewinternet.org/2016/11/11/social-media-update-2016.

[117] Por decirlo de una forma más rortiana: parecía como si los medios de comunicación sociales, todo ese batiburrillo, estuvieran animados por poco más que el azar y el impulso de la historia, pero se comprendía mejor como un producto de la contingencia humana.

PARTE III

DEMASIADO IMPORTANTE COMO PARA SER IGNORADO

«El deseo […] de hacer una mueca o decir una palabrota. ¿Era esa la cara que todos querían poner? ¿Para escarmentar a alguien, para escarmentar a todo el mundo? No lo hacían, sin embargo; no aprovechaban la oportunidad. Se requerían circunstancias especiales. Un lugar escabroso, irreal, en plena madrugada; una fatiga abrumadora, desquiciante; la aparición súbita, alucinatoria, de tu verdadero enemigo».[1]

Alice Munro, 1977

[1] Alice Munro, fragmento del relato «La mendiga», recogido en *¿Quién te crees que eres?*, Barcelona: Lumen, 2019, trad. de Eugenia Vázquez Nacarino.

12

Más allá del bien

y del mal

Mike Cernovich creció en Kewanee, una pequeña ciudad dedicada a la cría de cerdos en la parte central de Illinois. Su madre, ama de casa, no terminó la escuela secundaria. Su padre trabajaba en una empresa de la zona. Los domingos, la familia celebraba el culto en iglesias domésticas en las que los predicadores hablaban en lenguas desconocidas y enseñaban la infalible verdad de la Biblia. La madre de Mike oía voces y había días en los que estaba demasiado deprimida como para salir de la cama. Entonces la congregación formaba un círculo de rezos a su alrededor para tratar de expulsar a sus demonios, pero no funcionaba. Con el tiempo se desesperó y acudió al hospital. Le diagnosticaron trastorno bipolar y le dieron medicación; después de eso empezó a sentirse mejor.

Mike tenía dos hermanos pequeños y una medio hermana mayor. No pasaban hambre, pero sus padres no podían permitirse arreglar los agujeros de la moqueta, y el presupuesto para comida era demasiado ajustado como para incluir tentempiés entre horas. En cierta ocasión, a Mike se le cayó un tarro de cristal con mantequilla de cacahuete y se hizo añicos en el suelo de la cocina. Se quedó mirándolo durante mucho tiempo —el montículo pegajoso en el polvo reluciente, un pedazo de cristal sobresaliendo en el aire— antes de aceptar que tendría que tirarlo a la basura.

Cernovich era un apellido croata, pero en su familia nadie cocinaba platos tradicionales ni expresaba ningún tipo de nostalgia por aquel viejo país. Eran estadounidenses. El abuelo paterno de Mike había llegado a Kewanee con cinco años. De joven se unió a la Marina en la Segunda Guerra Mundial y luchó en el Pacífico, después regresó a Kewanee y

trabajó como agente de la policía estatal de Illinois durante tres décadas antes de jubilarse y cobrar su pensión. Era un demócrata que apoyaba la línea del partido, pero algunos de sus hijos, entre ellos el padre de Mike, terminaron votando a Reagan y considerándose republicanos. A veces se burlaban unos de otros por este motivo, de la misma forma que un seguidor de los Cubs puede fastidiar a uno de los White Sox, pero ninguno de ellos se tomaba demasiado en serio la política.

Mike era un chaval tímido, gordito y taciturno, con un pronto de ira que a menudo dirigía contra sí mismo. Tenía asma y eczema, afecciones que, pese a no ser debilitantes, le hacían sentir incómodo casi todo el tiempo. Inteligente y contestatario, podía discutir sobre cualquier tema con cualquiera. En ocasiones se enzarzaba con la persona equivocada —desafiando la autoridad inmerecida de algún profesor o preguntando a un predicador cómo un Dios benevolente podía enviar al infierno a los bebés no cristianos— y se metía en problemas, pero lo habitual era que se encerrara en sí mismo.

Deseaba terminar el instituto, pero no le había dado muchas vueltas a lo que vendría después. Muchos de los chicos de Kewanee se incorporaban al Ejército; los que no lo hacían solían quedarse en la ciudad, se casaban y buscaban un empleo en un restaurante, una gasolinera o una gran superficie. Algunos llegaban a la Universidad de Illinois, bien en el campus principal de Urbana-Champaign, bien en el de Springfield, la capital del estado, pero incluso en el caso de que llegaran a graduarse, por lo general terminaban volviendo a casa. Cuando Mike cursaba los primeros años de la escuela secundaria, el mejor estudiante del nivel superior al suyo entró en la Universidad de Chicago; solo años después comprendió que se trataba de un logro poco frecuente (en aquel momento Mike suponía que una ciudad era más pequeña que un estado, por lo que la Universidad de Chicago tenía que ser una escuela menos selectiva que la Universidad de Illinois).

A los diecisiete años, Mike se alistó en la Guardia Nacional. Dos fines de semana al mes y durante dos semanas en verano se entrenaba con la Guardia Nacional Armada en Kewanee. Le gustaba lo suficiente: practicaba tiro, se ponía en forma, aprendió a boxear e incluso ganó unos cuantos combates amateur. Todavía le parecía cursi que los adultos moralizaran sobre el valor del trabajo duro,

pero al mismo tiempo empezó a ver que había algo de verdad en ello. Se acordaba de cuando no podía hacer cinco flexiones seguidas; ahora podía hacer cincuenta sin problema.

Tras graduarse en el instituto, se planteó inscribirse en el servicio activo. Era finales de los 90; Estados Unidos no estaba luchando en ninguna guerra terrestre, pero, aun así, tal vez le asignaran a una base militar en algún lugar exótico. Su padre, que generalmente no era muy hablador, se sentó con él y trató de hacerle cambiar de parecer. «Eres un chico listo —le dijo—. Inténtalo y verás. Si no lo haces ahora, terminarás empleado en trabajos sin futuro, como yo». En la ciudad vecina había un centro de estudios superiores, a pocos kilómetros en dirección sur en la ruta 78. Mike no siempre se llevaba bien con su padre, pero le respetaba lo suficiente como para apuntarse durante un semestre.

Los profesores le permitían criticar cualquier texto, incluso la Biblia y la Constitución. Los estudiantes podían —e incluso se los alentaba a hacerlo— defender argumentos extremos: que la lógica, la verdad o la belleza eran conceptos irrelevantes, o que estudiar las palabras de esclavistas blancos era una pérdida de tiempo. Los profesores afirmaban que querían que sus estudiantes fueran tan abiertos de mente como fuera posible, pero, por supuesto, eso no era del todo cierto. Siempre había límites, y uno aprendía enseguida cuáles eran. En un debate sobre la República, por ejemplo, uno no podía preguntarse si Platón estaba en lo cierto cuando afirmaba, a propósito de las tareas fuera del hogar, que «una mujer es inferior a un hombre». A Mike le resultaba algo hipócrita imponer limitaciones, aunque fueran informales, a los discursos intelectuales. ¿No habría querido Platón, justo él entre todas las personas, un debate abierto sobre sus ideas?

Aun así, a Mike le encantaba la escuela superior. Pidió el traslado al campus de Springfield de la Universidad de Illinois, y el Programa de Becas de los Veteranos de Illinois pagó sus gastos de matrícula. Aprender a escribir un trabajo de veinte páginas era como entrenarse para hacer cincuenta flexiones: parecía que no podías hacerlo, y al principio no podías, pero empezabas con una flexión y a la semana siguiente podías hacer cinco, hasta que al final conseguías hacer cincuenta. Eras la misma persona en todo

momento, pero al principio la imagen mental que tenías de ti mismo era la de alguien incapaz de alcanzar su objetivo, y esa imagen mental era lo primero que necesitabas superar. Aunque nunca se lo dijo en voz alta a nadie, había decidido que no quería ser cristiano, que no quería ser pobre y que no quería pasar toda su vida atrapado en Kewanee. Parecía que el destino le reservaba todo eso, pero no estaba dispuesto a dejar que le sucedieran las cosas previsibles.

Se sentía atraído por la filosofía moderna de la Europa continental, en especial por Friedrich Nietzsche, a quien consideraba un visionario. Para Nietzsche, el cristianismo no solo era erróneo, también era absurdo, «increíble», y afirmaba que todo lo que se apoyaba en él —«por ejemplo, toda la moralidad europea»— iba camino del abismo por «una secuencia de descomposición, destrucción, ruina y cataclismo». Esto sería doloroso, argumentaba Nietzsche, pero también necesario, porque la moralidad tradicional era una forma de esclavitud espiritual, una forma de que las clases dirigentes mantuvieran al resto de la sociedad asustada y débil. Un estado de cosas más natural sería que «el hombre superior» buscara el poder y la realización personal no a través de la mansedumbre cristiana, sino a través de una atrevida fuerza de voluntad.

«Un hombre que aspire a cosas grandes considera a todo aquel con quien se encuentra en su ruta como un medio o como una rémora y un obstáculo», escribió Nietzsche en Más allá del bien y del mal. Semejante luchador necesitaría grandes reservas de confianza y perseverancia, porque a menudo se despreciaba y marginaba a los pensadores verdaderamente independientes, al menos en el transcurso de su vida.[118]

Cada vez que Mike se planteaba cómo podría ser su propia versión de la realización personal, pensaba más en la búsqueda —el viaje del héroe, en palabras de Carl Jung— que en el resultado final. El objetivo era prácticamente irrelevante. Era probable que el dinero no fuese la solución; hasta donde Mike sabe, la mayoría de la gente rica no parecía muy feliz. Tal vez tuviera que ver más con la influencia, con un legado capaz de sobrevivirlo. Siempre que intentaba expresarlo en palabras, la única forma en la que podía describirlo era que quería llegar a ser demasiado importante como

para ser ignorado.

Sus cursos generales sobre filosofía también abarcaban figuras del pensamiento posmoderno, como Foucault, Lacan y Derrida. Mucho de lo que estos autores escribían le parecían estupideces pseudointelectuales, pero se empeñaba en reducirlo hasta que cobraba sentido para él. Los posmodernos parecían argumentar que no había verdades únicas y absolutas, que lo único que existía era una simple narrativa, una lucha de poder socialmente contingente, lo que daba a entender que incluso la historia y los hechos de la actualidad estaban sujetos a la interpretación personal, al igual que las novelas y las películas. Mike no sabía si esto era objetivamente cierto, pero parecía una forma interesante de mirar el mundo. Al salir de clase, acudía a una librería Barnes & Noble y adquiría copias de Adbusters, la revista radical de izquierdas que más adelante inspiraría las protestas de Occupy. Tal como indicaba su nombre, Adbusters no tenía anuncios; arremetía contra el tardocapitalismo y los medios de comunicación corporativos, promoviendo iniciativas como el Día de No Comprar Nada o la Semana de Mantener la Televisión Apagada. Convencido de que la televisión no había hecho nada para mejorar su vida, Mike, poco dado a las medias tintas, se deshizo de su televisión y se abstuvo de verla durante cinco años.

En verano, regresaba a Kewanee para pasar las vacaciones y trabajar en Menards, una cadena de productos para el hogar. Uno de sus compañeros, un tipo de mediana edad llamado Greg, reconoció la inteligencia y el empuje de Mike: le llamaba «Tony Robbins en ciernes».[119] Greg le recomendó La rebelión del Atlas. Mike condujo hasta Peoria para comprarlo, y le convenció el apoyo de Rand al egoísmo radical. ¿Por qué deberían los grandes hombres, los «principales impulsores» que hacían florecer la sociedad, verse frenados por la mediocridad y los trámites burocráticos? Hasta que alguien le convenciera de otra cosa, decidió que sería un libertario.

* * *

Su mejor amigo en Springfield era Melvin Armstrong, un estudiante de Ciencias Políticas y una persona comprometida con la izquierda. Iban juntos a levantar pesas tres veces por semana. Todos los viernes por la noche, a la salida del gimnasio, acudían a Ryan's, un restaurante con bufé libre.[120] Armstrong, que es negro, había crecido en el sistema de casas de acogida de Bloomington (Illinois), y después había aprobado un GED (examen de desarrollo educativo general). Cernovich y él se burlaban de sus compañeros de clase en Lake Forest y Winnetka, unos insulsos niños ricos que se creían con derecho a todo y que no tenían ni idea de lo que era solicitar un préstamo o mantener un trabajo de mierda. Cernovich obligaba a Armstrong a ver El indomable Will Hunting una y otra vez con él, sobre todo la escena en la que Matt Damon le dice al engreído estudiante de Harvard: «Has tirado cien mil pavos en una puta educación que te habría costado un par de dólares por los retrasos en la biblioteca pública». «Tú servirás patatas fritas a mis hijos cuando paremos a comer algo antes de ir a esquiar», replica el tipo de Harvard. «Es posible —dice Will—, pero yo seré una persona de verdad». Entonces Will reta a una pelea al tipo de Harvard, este se achanta y Will termina consiguiendo a la chica.

En cierta ocasión, Cernovich salió con algunos de los amigos de Armstrong, la mayoría de los cuales eran negros. Uno de ellos necesitaba ir a casa de su novia. «Llévate mi coche», le ofreció Mike, entregándole las llaves.

Todos se partieron de risa.

—Cerno, ¿eres idiota? —preguntó Armstrong.

—Es un viejo cacharro —dijo Cernovich—. Hazme caso, nadie va a robarlo.

—El tema no es ese —explicó el amigo de Armstrong—. Si me paran, ¿qué se supone que tengo que decir: «Verá, agente, un tipo blanco me ha dejado su coche, por eso mi nombre no coincide con el del registro»?

—Si eso pasa, dile al poli que me llame —insistió Cernovich—. Yo se lo explicaré.

Las risotadas fueron aún mayores.

—Eres de lo que no hay, tío —dijo Armstrong.

Cernovich intentaba mantener un punto de vista racional.

«La policía trata de forma distinta a los negros, y esto es algo tan obvio que ni siquiera vale la pena discutirlo —escribió más adelante —. Con todo, no me adhiero a la línea del partido… No me odio por ser blanco. No reviso mis privilegios. La verdad es que me gusta ser quien soy».

Se graduó y solicitó el ingreso en la Facultad de Derecho. Era bueno debatiendo, y una licenciatura en Derecho parecía una forma de conseguir capital cultural, aunque todavía no estaba seguro de qué haría con él. Eligió Pepperdine, no porque fuera una escuela cristiana, aunque eso fue lo que les dijo a sus padres, sino porque estaba en Malibú, con vistas a un hermoso y escarpado tramo del Pacífico. Nadie había sido capaz de disuadirlo del libertarismo, por lo que cuando llegó a Pepperdine se unió a la Sociedad Federalista. Al cabo de varias semanas pidió a una de sus compañeras de clase, una mujer atractiva y de familia culta, que le llevara en coche a un bar que estaba fuera del campus. De camino, la conversación fluyó de tal manera que se olvidaron de ir al bar y, en su lugar, pasaron la noche entera conduciendo y hablando. No tenían muchas cosas en común, por lo menos a primera vista —ella no era ni blanca ni de clase obrera, y ni la filosofía ni la política le interesaban especialmente—, pero se enamoraron y antes de terminar la facultad se habían casado.

En 2004, unas semanas antes de la graduación, Cernovich creó su primera página web. Se trataba de un blog de contenido legal llamado Crime & Federalism (Crimen y Federalismo). Su misión era «exponer la mala praxis de la fiscalía, la policía y el Gobierno». Cernovich publicaba bajo seudónimo noticias breves de la Corte Suprema («Cert. concedido en Raich») y digresiones ocasionales de solipsismo online («¡Hurra! He llegado a la página 1 de Google para el término de búsqueda “federalismo”»). Seguía poco predispuesto a las medias tintas y empezó a llevar sus ideas de ir a la contra a conclusiones más radicales. Una parte de él, la parte que anhelaba una aceptación social, se sentía tentada a aferrarse a sus viejas y

seguras creencias, pero el verdadero coraje intelectual implicaba repensarlo todo desde sus propios cimientos, persiguiendo la verdad allí donde le condujera. «¡He aquí un rebaño sin pastor! —escribió Nietzsche en Así hablaba Zaratustra—. Todos son iguales: quien disiente del sentir general se recluye voluntariamente en el manicomio». En la universidad, estas palabras le habían parecido una fábula críptica. A medida que Cernovich se hacía mayor, más le parecían una profecía, incluso un desafío personal. ¿Cómo viviría si verdaderamente no tuviera miedo? ¿Adónde iría si pudiera dejar al rebaño atrás?

Después de terminar sus estudios de Derecho no le resultó fácil encontrar trabajo, sobre todo debido a un cargo de violación no resuelto. Unos veranos antes, de vuelta a casa en Illinois, tuvo relaciones sexuales con una mujer a la que conocía de la universidad. Él afirmaba que, aunque ambos habían bebido, el sexo había sido consensuado. La mujer afirmaba que no, y fue a la policía. Cinco años después, en 2009, Cernovich fue absuelto de los cargos y se borró su historial.

Esa experiencia pareció romper algo irremediablemente en su interior. «Cuando eres falsamente acusado de violación —dijo más adelante en un pódcast—, te das cuenta de que todo lo que te han contado sobre el sistema legal era una mentira. ¿Qué otras mentiras se han contado y cuál es la fuente de esas mentiras?». Publicó una entrada de blog sobre su caso en Crime & Federalism, refiriéndose a él como «Estado c. anónimo». Hacia el final de la entrada, sin identificarse a sí mismo como el anónimo, tuvo un desliz y pasó a hablar en primera persona. «Ese caso cambió completamente mi perspectiva sobre cómo trata el sistema de justicia penal los casos de violaciones en citas —escribió—. Rechazo el feminismo como la filosofía de esclavitud que es».

Después de la Facultad de Derecho, su mujer entró a trabajar como abogada interna en una empresa tecnológica. Se mudaron a San Francisco y alquilaron un apartamento a un par de manzanas de un jardín urbano elíptico llamado South Park.[121] El Colegio de Abogados de California no lo aceptaba —los cargos por violación aún estaban pendientes—, por lo que no podía unirse a un bufete ni abrir un despacho propio. En su lugar, aceptó cualquier empleo

autónomo que le saliera al paso, haciendo investigaciones jurídicas o elaborando informes anónimos. El resto del tiempo lo dedicaba a leer extensamente en la internet abierta. En la universidad había estado expuesto a nuevas ideas en las clases, en las revistas o a través de amigos. En las redes sociales, mientras navegaba de una pestaña a otra podía encontrar una decena de ideas alucinantes antes de la hora de comer. Era como si llevara años quieto a bordo de un velero y ahora, de repente, vientos huracanados soplaran por todas partes.

Empezó a publicar entradas en su blog que iban mucho más allá del crimen y del federalismo. Cada vez que se lo pedía el cuerpo, abría el portátil, respiraba hondo, se metía en situación y empezaba a teclear. Las palabras que le salían a menudo le sorprendían incluso a él mismo. Cada vez que presionaba el botón de «Publicar» sentía que se le aceleraba el pulso. «Muy pronto la adrenalina se convierte en tu amiga de confianza —escribió—. Inhalas profundamente por la nariz y sientes cómo la droga que da sentido a la vida te eleva el alma». Presentaba excéntricas teorías sobre las relaciones de género («Los hombres son los nuevos negros»), la nutrición («Si no ingieres entre 3 y 6 gramos de aceite de pescado y 2.000 unidades de vitamina D al día, te estás matando literalmente», la endocrinología («Los esteroides no solo son eficaces, sino que son saludables y mejoran la calidad de vida») y la política («Estados Unidos es un barril de pólvora que está a punto de explotar»). Para entonces ya firmaba las publicaciones con su verdadero nombre. Eso era arriesgado —en teoría, sus pensamientos íntimos podía leerlos casi cualquier persona en el mundo—, pero, aun así, publicar entradas en un blog seguía pareciendo una actividad casi privada. Era como si ocupara un espacio intermedio: menos vulnerable que exponer tu psique interior en la televisión nacional, menos patético que despotricar tú solo en la cocina.

Como libertario, Cernovich creía que había que seguir el ejemplo del libre mercado. Continuaba temiendo el momento en que expresara una idea tan extraña o depravada que sus lectores se echaran para atrás, pero cuanto más extremas eran sus opiniones, más tráfico parecía tener el blog. Cuando la Corte Suprema examinó un caso sobre si las políticas de contratación del Departamento de Bomberos de New Haven eran racialmente discriminatorias contra

la gente blanca, su respuesta no fue un lacónico análisis legal de discriminación positiva, sino un acalorado ensayo en primera persona sobre lo que fue crecer siendo pobre: «Que te jodan, a ti y a tu culo de estudiante de Harvard aleccionándome sobre el privilegio de los blancos». La sección de comentarios de su blog se encendió. Unos cuantos lectores se ofendieron, pero la mayoría estaban satisfechos. «Los tipos de Harvard que elaboran las leyes no conocen la auténtica América», decía un comentario.

Cernovich adoptó una visión cínica de la política, las altas finanzas, la esfera académica y la cultura de la celebridad. «Nunca te fíes de un hombre que se peine de tal modo que se cubra la reluciente calva y a continuación presuma de tener una mujer tan joven como para ser su hija», escribió en una entrada titulada «¿Donald Chump?».[122] Recomendó una versión documental del libro Los guardianes de la libertad (Edward S. Herman y Noam Chomsky) y una conferencia de una hora de Elizabeth Warren sobre el derrumbe de la clase media. En otras entradas, a fin de evitar que sus lectores liberales se sintieran demasiado cómodos, expresaba su profundo escepticismo acerca del control de las armas de fuego o del cambio climático.[123] Un esclavo aceptaba las instrucciones morales de sus superiores; un hombre libre pensaba por sí mismo.

* * *

En 2010 hacía seis años que Cernovich había terminado sus estudios de Derecho, seguía viviendo con su mujer en San Francisco y aún no había sido admitido en el Colegio de Abogados. Además de su trabajo jurídico por cuenta propia, había comprado la URL Fit-Juice.com, en la que blogueaba sobre depuraciones saludables y vendía una serie de libros de recetas autopublicados.[124] Esto le proporcionaba una modesta cantidad de ingresos, pero lo cierto era que su mujer, que para entonces ya era una empleada de alto nivel en Facebook, ganaba más que suficiente para mantenerlos a los dos (además de su salario, le pagaban con acciones de Facebook: casi trescientas mil, dicho sea de paso).

Más adelante, en otra entrada de blog, Cernovich presumió de haber cenado en casa de Sheryl Sandberg: «Mark Zuckerberg y su esbirro (se me ha olvidado su nombre…, ¿Chris Cox?) se sentían inseguros a mi alrededor. Ahí fue cuando aprendí que el dinero no puede comprar lo que yo tengo». La publicación no mencionaba que había asistido a la cena como acompañante de su mujer. Apenas escribía sobre su situación doméstica; cuando lo hacía, se refería a ello de forma oblicua, presentándolo como una forma de empoderamiento posfemenino. «¿Cuánto dinero necesita amasar un hombre? —proseguía—. No mucho, en verdad, si rechazas las presiones sociales asociadas con ser lo que los amos de los esclavos llaman un "hombre verdadero"». Sin embargo, no podía ignorar el abismo que existía entre la escala de su bravata en internet y la modestia de sus logros en la vida real.

El tono de su blog se fue volviendo más directo y cáustico. Explicaba cosas obvias en un tono condescendiente («La leche de almendra no es leche de vaca»; «La mayor parte de la gente entiende mal el cacao»). Empezó a decir que, como la moralidad absoluta no existía, cualquier hombre que quiera el poder simplemente debería tomarlo. «En la sociedad hay dos tipos de reglas —escribió—. Uno para los alfas y otro para los betas». Si los lectores eran demasiado delicados como para sentirse ofendidos por sus palabras o demasiado estúpidos como para comprenderlas, entonces eran libres de marcharse. Y aun así, cuanto más endurecía el tono, más aumentaba el número de lectores. Esto había dejado de sorprenderlo. La gente se sentía atraída por las exhibiciones salvajes de dominancia, tanto si lo admitían como si no. Tal vez otros quisieran vivir en un mundo de fantasía donde todo era fácil y altruista y los buenos tipos llegaban primero, pero Cernovich prefería ver la realidad tal como era. Esto no era algo que le saliera naturalmente. Al fin y al cabo, había sido educado para poner la otra mejilla. Pero seguía contemplando su vida como el viaje de un héroe —no había olvidado su aspiración de convertirse en alguien demasiado importante como para ser ignorado—, por lo que emprendió la tarea de reacondicionarse a sí mismo.

Cada vez que le asaltaba un pensamiento prohibido, su vieja mitad se sentía tentada a suprimirlo, pero su parte más nueva y agresiva se deshacía de ella a bocado limpio. Se refería a las mujeres como

«quejicas del coño» y «zorras solteronas». Una de las entradas de su blog consistía en una sola frase: «¿Qué pasa cuando instalas una cámara de vídeo en el culo de una tía buena?», seguido del enlace a un vídeo de YouTube. Era contenido para agradar a las masas, pero aún no dominaba el arte de la brecha de la curiosidad. El encabezado de la publicación, «Todo el mundo se queda mirando un culo bonito», servía involuntariamente de spoiler de su clickbait.

Todo esto era obsceno según los estándares de un blog de jurisprudencia criminal, pero era poca cosa comparado con otros blogs que Cernovich había estado leyendo. Return of the Kings era un blog de Roosh V (abreviación de Daryush Valizadeh), un iraní-armenio-estadounidense de treinta y pico años. Valizadeh viajaba por el mundo redactando guías de viaje de explotación sexual que después autopublicaba (Follar en Colombia, Follar en Estonia), pero al parecer vivía en el sótano de la casa de su madre en Maryland. Roissy in DC era un blog con seudónimo que parecía estar escrito por un tipo blanco de cuarenta y tres años que vivía en el barrio Adams Morgan de D. C.[125] Estos blogs y un pequeño núcleo relacionado de foros de debate y de mensajes componían lo que empezaba a conocerse como la manosfera, en la que hombres heterosexuales descontentos compartían sus frustraciones y deseos, que generalmente incluían su deseo de conocer mujeres y tener relaciones sexuales con ellas. Los blogs que aconsejaban sobre cómo hacer esto se llamaban páginas PUA[126] o de «caza».[127] PUA hacía referencia a Pick Up Artist (artista del ligue); «el juego de engañar» mujeres significaba seducirlas a base de conseguir y manipular su atención.

En la naciente ideología de la manosfera, el feminismo no se consideraba únicamente una forma injustificada de acción afirmativa, sino una ilusión perversa y destructiva. Cernovich enlazó con una publicación de blog de diecisiete mil palabras escrita en un tono arrogante y plagada de gráficas y estadísticas que afirmaban que la «misandria es el nuevo Jim Crow».[128], [129] Según otra influyente entrada en la manosfera, la forma más efectiva de obtener un «poder personal inmenso» era mediante la exhibición de la «oscura triada» de los rasgos de la personalidad: maquiavelismo, narcisismo y psicopatía.[130]

Cernovich leía muchas de estas cosas, y empezaban a infectar su pensamiento. Al principio le produjeron repelús; no se atrevía a discutir sobre algunas de estas ideas con sus conocidos, ni siquiera con su mujer. Y sin embargo, cuando se paraba a pensar en los argumentos subyacentes con una mente abierta, tenía que admitir que no siempre encontraba formas de refutarlos.

Los periodistas de los medios convencionales que cubrían la manosfera tendían a reducirla a la búsqueda de sexo (un extenso artículo de 2010 en The Weekly Standard destacaba en su titular: «El nuevo juego de las citas»). Cernovich pensaba que el sexo era importante, pero también pensaba que la manosfera estaba llegando a algo más profundo. En su blog se dedicaba a cargar contra «la guerra del feminismo contra los hombres»; ahora, incluso esa manera de describirlo empezaba a parecerle insulsa, casi educada. Empezó a preguntarse si el problema era en verdad más elemental que eso: el lavado de cerebro era tan generalizado que incluso el mero hecho de advertirlo te convertía en un paria y en alguien dispuesto a ir voluntariamente al manicomio.

En la película de ciencia ficción Matrix, una figura gnómica llamada Morfeo está sentada frente a Neo, un hacker informático. «Estás aquí porque sabes algo —dice Morfeo—. Lo has sentido toda tu vida. Hay algo que anda mal en el mundo». El mundo que Neo percibe no es el mundo real, en realidad vive dentro de Matrix, una simulación diseñada para «cegarte ante la verdad». «¿Qué verdad?», pregunta Neo. «Que eres un esclavo», dice Morfeo, inclinándose hacia delante con una píldora en cada palma. «Si tomas la pastilla azul, fin de la historia. Despertarás en tu cama y creerás lo que quieras creerte. Si tomas la pastilla roja, te quedarás en el país de las maravillas y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera». Neo toma la pastilla roja, y el viaje del héroe comienza.

En 2011, Mike escribió una entrada en Crime & Federalism llamada «El ascenso del nuevo hombre independiente». «Los hombres son buscadores de información por naturaleza, pero durante toda nuestra vida nos han negado el acceso a la información —escribió —. Entonces llegó internet». Algo se estaba despertando, una especie de «movimiento político-cultural». Él formaba parte de ello, pero ni siquiera él podía aún nombrarlo o comprenderlo del todo.

«Sabemos que tanto The Wall Street Journal como The New York Times se dedican a publicar estafas —proseguía—. Sabemos que los demócratas y los republicanos son unos canallas y unos ladrones, y que no hablan por nosotros. ¿Qué implicaciones tiene esta nueva realidad?».

Debajo de la publicación, alguien escribió el siguiente comentario: «No sé si el nihilismo por sí solo puede construir algo».

«No se trata de que no sepamos nada —respondió Cernovich en los comentarios—, sino de que todo lo que sabemos es una mentira. Y ahora, ¿que?».

■

[118] «Mike no solo era listo, sino que era realmente inteligente, lo que no es frecuente —dijo Peter Boltuc, un profesor de Filosofía de la Universidad de Illinois—. Uno de los estudiantes más dispuestos a ser enseñados que he tenido nunca. Lo que más me preocupaba era que se tomara a Nietzsche de una forma demasiado literal —la voluntad de poder, las "virtudes masculinas", la transvaloración de los valores—, y que eso lo llevara a Heidegger y al tema de los nazis. Reconozco que eso me preocupaba. Intenté ofrecerle otras lecturas y que entrara en contacto con otra gente, para que no se perdiera demasiado».

[119] Tony Robbins es un conocido autor estadounidense de libros de desarrollo y finanzas personales y un orador motivacional. (N. de la T.).

[120] «Establecimos récords de la cantidad de proteínas consumidas —dijo después Armstrong—. Con nosotros, definitivamente, perdieron dinero».

[121] Dos años después, en 2006, una pequeña empresa de podcasting llamada Odeo dio un giro para convertirse en una pequeña empresa de «micromensajes» llamada Twitter. Su primera sede era un espacio sin apenas ventanas en el número 164 de South Park, a la vuelta de la esquina de donde vivían los Cernovich.

[122] Juego de palabras en el original: chump se puede traducir por «bobo». (N. de la T.).

[123] «¿El calentamiento global ha sido provocado por el hombre?». No lo sé, y no tengo una opinión al respecto —escribió —. Si todo lo que siempre me habían dicho sobre los esteroides era mentira, ¿por qué debería creer nada que dijeran los climatólogos?».

[124] Juicing for Athletes, Juicing for Men, Juice Power. Aunque a veces hacía alusiones al uso de testosterona exógena, estos libros por lo general hablaban de zumos legales.

[125] El supuesto autor del blog, Jim Weidmann, trabajaba de día en la Financial Industry Regulatory Authority; de noche era un prolífico parroquiano de bar que ligaba con mujeres y después blogueaba sobre sus hazañas, así como sobre sus teorías más generales acerca de las relaciones de género. Su seudónimo era una alusión a Historia de O, una novela erótica francesa que fue publicada y posteriormente prohibida en los años 50, en la que una mujer es conducida a una mansión en Roissy-en-France, el barrio residencial en las afueras de París, donde proceden a marcarla y a mantenerla retenida como esclava sexual.

[126] Los blogueros PUA enseñaban que el juego consistía en tener habilidad, y que, como cualquier otra habilidad, era posible dominarla a base de esfuerzo. Había factores evidentes que podían mejorar el «valor sexual» de un hombre, como la riqueza o ser atractivo, y también atajos vitales menos intuitivos que los blogueros prometían revelar a sus lectores. Los foros de la manosfera estaban llenos de testimonios de hombres anónimos que afirmaban haber doblegado al mundo según su voluntad, yendo a la caza de mujeres atractivas. También era posible transferir esta habilidad a otros dominios: podías ir a la caza de tus jefes, de tus enemigos, incluso de tus amigos.

[127] Game sites en el original. En inglés, la palabra game significa al mismo tiempo «caza» y «juego». (N. de la T.).

[128] En su blog, Roissy fue aún más lejos, subvirtiendo opiniones consensuadas en un tono de nihilismo pseudopoético: «Que os

jodan, a vosotros y vuestra empatía fuera de lugar. Que le jodan a vuestra puta indignación hipócrita. Que le jodan sobre todo a vuestra justificación feliz y sensiblera para cambiar la moralidad de la humanidad, los mansos heredarán la moral kármica y mágica, el merecido castigo de racionalizar a los que calumnian, pero por la gracia de nadie más que de mí mismo voy a ser virtuoso en la fantasía barata de tu gen egoísta de peón asqueroso que se dedica a replicar los engranajes empapados de sangre de la amoral máquina universal de mierda. Mirad fijamente las fauces abiertas de los monstruos de la identidad, hijos de puta, porque estoy frotando vuestras caras en su aliento caliente y apestoso».

[129] Las leyes de Jim Crow fueron unas leyes estatales y locales derivadas de los códigos negros (1800-1866) que limitaron los derechos y libertades civiles de los afroamericanos. Bajo el lema «separados pero iguales», estas leyes, promulgadas entre 1876 y 1965, abogaban por la segregación racial en todas las instituciones públicas y se aplicaban a estadounidenses negros y a otros grupos étnicos no blancos del país. Provocaron una sistematización de las desventajas económicas, educativas y sociales. El Ejército estadounidense también fue segregado. La Corte Suprema declaró inconstitucional la segregación escolar en 1954. El resto de las leyes de Jim Crow fueron anuladas por la Ley de Derechos Civiles (1964) y la Ley de Derecho al Voto (1965). (N. de la T.).

[130] En otras partes de la manosfera no se hablaba de cómo atraer a las mujeres, sino de cómo evitarlas. Había varios foros dedicados a que «los hombres sigan su propio camino» o LHSSPC. Algunos de estos hombres eran voluntariamente célibes («volcel») y aspiraban a una especie de ascetismo posmoderno. El celibato de otros era involuntario («incels») y parecían estar inconsolablemente enfadados con las mujeres que no querían acostarse con ellos, o con las mujeres en general. Estos foros estaban llenos de lo que ellos llamaban chistes sobre violaciones, aunque la mayoría no eran muy graciosos, y algunos ni siquiera parecían chistes.

13

Un filtro de calidad

Internet estaba llena de pastillas rojas si sabías dónde buscarlas, o incluso aunque no supieras. No se trataba únicamente del género, podía tratarse de la raza, los organismos genéticamente modificados o la historia de la Reserva Federal. Uno nunca sabía cuándo se iba a tropezar con Morfeo. A veces parecía que te estabas ocupando de tus asuntos y era Morfeo el que te encontraba.

Obama se postuló a presidente, y los expertos en la noticias por cable a menudo alababan su campaña por sus sofisticadas herramientas de redes sociales. No obstante, mucho de lo que la campaña hizo con esas herramientas —sondeos, banca telefónica, recaudación de fondos— pertenecía al ámbito de la política electoral normal y corriente, solo que realizado por ordenadores más eficaces. Se estaba produciendo un cambio tecnológico más profundo, pero aún era incipiente y difícil de describir. En 2008, en un mitin en Lakeville (Minnesota), el contrincante de Obama, John McCain, aceptó preguntas espontáneas del público. «No puedo confiar en Obama —dijo una mujer—. He leído sobre él y no es…, él no es… Es un árabe». McCain le quitó el micrófono inalámbrico a la mujer y la corrigió mientras retrocedía. El momento apareció en todos los resúmenes de las noticias por cable y fue considerado como una prueba de la férrea voluntad de McCain de reprender a los sectores marginales de su partido. En el Saturday Night Live, lo trataron como un chiste. Poca gente se detuvo a preguntarse exactamente qué había estado leyendo la mujer, o cuál de los algoritmos de distribución de contenido le había proporcionado aquella información.

Obama ganó las elecciones. «Hoy estamos reunidos aquí porque hemos escogido la esperanza por encima del miedo, el propósito

común por encima del conflicto y la discordia», dijo en su discurso inaugural. Esto parecía cierto —o por lo menos plausible— para los estadounidenses que aún obtenían su información de USA Today y del telediario nocturno de la CBS. Sin embargo, en los páramos de internet, el zumbido conspiratorio continuó sonando cada vez con más fuerza.

Dos días después de las elecciones de 2008, en el hotel Palace de San Francisco, se celebraba una conferencia llamada la Cumbre Web 2.0. Incluía discursos de apertura de varios GCL, entre ellos Mark Zuckerberg, que dijo: «Espero que el año que viene la gente comparta el doble de información que este año, y que dentro de dos comparta el doble que el anterior». Esto pasó a conocerse como la ley de Zuckerberg, y resultó ser esencialmente correcto. Cada vez más personas aportaban y recibían noticias a través de sus redes sociales. Entretanto, se estaba transformando la propia definición de «noticias». Algunos años antes, Zuckerberg había dicho: «Una ardilla que muere frente a tu casa puede ser más relevante para tus intereses ahora mismo que la gente que muere en África».[131] Esto no estaba destinado a ser un adagio de cara al público como la ley de Zuckerberg, sino que era una circular interna dirigida a los ingenieros que iban a construir el algoritmo de la actualización de noticias de Facebook, en la que se los instruía para mostrar cualquier cosa que tuviera más probabilidades de resultar relevante para un usuario en particular (es decir, más «clicable») en un momento dado.

En la era de los medios de comunicación sociales, cualquiera podía ser un influencer. Dinero, credenciales, ingenio, conexiones personales…, todas esas cosas resultaban útiles, por supuesto, pero podías conseguirlo sin ellas. No necesitabas saber escribir código, ni siquiera escribir, a secas; no tenías que mostrar tu cara ni utilizar tu nombre. Lo único que necesitabas era un meme con tirón.[132]

La conferencia en San Francisco se llamaba Web 2.0 porque sus organizadores creían que internet estaba en medio de una transición trascendental: el cambio de la red abierta a la red social. La web 1.0 había estado dominada por grandes instituciones, pero la web 2.0 daría el poder a las personas. La innovación paradigmática de la

web 2.0 era la red social. Si la red abierta era un inmenso paisaje salpicado de virus aislados, entonces las redes sociales serían como la llegada de los desplazamientos en avión: permitirían que un virus conquistara el mundo en un día.

Paul Graham, un renombrado ingeniero informático e inversor de capital riesgo, publicó una entrada en su blog personal sobre lo que la web 2.0 significaba para él. Una de las cosas que significaba era «democracia» online, como una forma de liberarse de los guardianes de la información. «Los aficionados pueden sobrepasar a los profesionales cuando tienen el tipo de sistema adecuado para canalizar sus esfuerzos», escribió Graham. Confiaba en que la red social sería este tipo de sistema.

En 1998, antes de que estallara la burbuja tecnológica, Graham vendió su primera empresa de software a Yahoo por 49 millones de dólares. Después de eso, a menudo se presentaba en las conferencias tecnológicas que se celebraban en Silicon Valley con el aspecto de un millonario semirretirado de Mountain View (polo, pantalones cortos de color caqui, sandalias Birkenstock). «Como muchos otros tipos que se hicieron ricos con la tecnología, llevaba tiempo queriendo ofrecer capital inicial a nuevas startups», escribió. En 2005 se decidió finalmente a hacerlo: fue el cofundador de Y Combinator, un campo de entrenamiento básico para aspirantes a emprendedores.

En pocos años, miles de jóvenes programadores, algunos de los cuales aún estudiaban en la universidad, habían solicitado plaza en Y Combinator. El 3 por ciento que fueron aceptados se trasladaron al Área de la Bahía, donde, durante tres meses, Graham y su equipo les proporcionaron tutorías, asesoramiento técnico y acceso a su red personal de inversores ricos. Graham hacía todo eso porque «las startups, en general, son algo bueno… Si te centras en ayudar a los fundadores, todo lo demás fluirá». Dicho de un modo más tangible, Y Combinator se quedaba con una participación del 7 por ciento en todas las empresas que completaban su programa, una cartera de inversiones que pronto valdría decenas de miles de millones de dólares.

En el resto del país, Graham no era demasiado conocido, pero en Silicon Valley se le reverenciaba ampliamente: era el GCL de los

GCL.[133]

Los aspirantes a emprendedores leían religiosamente el blog de Graham y lo citaban de memoria en conversaciones informales. Él escribía artículos sobre programación en Lisp y el filtrado bayesiano, pero también trataba temas de mayor alcance: «¿Por qué los nerds no son populares?», «¿Por qué la gente inteligente tiene malas ideas?», «Cómo generar riqueza».

La voz ensayística de Graham ejemplifica la actitud del GCL: el alegre desprecio de la sabiduría recibida y la seguridad en uno mismo hasta el punto de la soberbia.[134] Se acercaba a la mayoría de los temas con la pragmática arrogancia de un ingeniero. Cuando escribes código, o cuando levantas un negocio desde cero, puedes solucionar problemas aplicando axiomas de eficacia probada, o puedes solucionarlos desobedeciendo las convenciones y reinventando la rueda. Lo que importa es si tu solución funciona, o si parece funcionar.

En Y Combinator, Graham enseñaba a los jóvenes emprendedores a aceptar consejos empresariales de personas que tenían antecedentes de éxito en los negocios. Pero también animaba a todos a seguir sus consejos en una amplia variedad de temas, muchos más de los que una sola persona podía controlar.[135] ¿De dónde sacaba toda esa confianza? Del espíritu democrático de internet. «Cualquiera puede publicar un ensayo en la web —señalaba Graham—. ¿Quién eres tú para hablar sobre X? Eres lo que escribes». Confiaba en las métricas cuantificables. En su biografía oficial mencionaba cuántas visualizaciones recibían sus ensayos. Era una cifra elevada. ¿Qué mejores credenciales podía pedir nadie?

En marzo de 2005, Graham ofreció una charla en Harvard titulada «Cómo empezar una startup». Entre el público se encontraban Steve Huffman y Alexis Ohanian, dos estudiantes universitarios de la Universidad de Virginia. Estaban en las vacaciones primaverales de su último año. Huffman, especializado en Ciencias de la Computación, con dientes de ardilla, una mata de pelo rubio y una mezcla alfa-nerd de introversión y seguridad en uno mismo, llevaba programando desde los ocho años. Su lenguaje de programación favorito era Lisp, y, como dijo luego, «si eres fan de Lisp, de forma inevitable te conviertes en fan de Paul Graham». Tras la conferencia

se acercaron a su ídolo y Huffman le pidió un autógrafo.

Una semana después, cuando Graham empezó a aceptar solicitudes para la clase inaugural de Y Combinator, alentó a Huffman y a Ohanian a que se presentaran. Ohanian, de pelo oscuro, alto y con carisma de bobalicón, no era un programador, pero sí un tecnooptimista que creía que las startups podían «hacer que el mundo apeste menos». Huffman y él propusieron una compañía que permitiese a la gente pedir comida con sus teléfonos móviles.

Graham rechazó la idea de pedir comida, pero Huffman y Ohanian le habían caído bien, de modo que los aceptó con la condición de que pensaran en otra cosa. Lo que se les ocurrió fue un simple agregador de enlaces para clasificar y mostrar lo mejor de la red, en el que cualquiera podría publicar un enlace a cualquier cosa. Junto a cada enlace, habría dos botones para votar: una flecha hacia arriba y otra hacia abajo. Y eso era todo. La página se llamaba Reddit. Se referían a ella ambiciosamente como «la página de entrada a internet».

El texto eran letras azules con tipografía Verdana sobre un fondo blanco. La gente publicaba enlaces a noticias divertidas («Las escuelas públicas empiezan a ofrecer clases de gimnasia online»), extrañezas surgidas desde los rincones más remotos de la web (un estudiante de posgrado abriéndose camino en la blogosfera a golpe de cita de Sobre la certeza, de Wittgenstein) y conjeturas de medianoche al más puro estilo de una residencia universitaria («¿Por qué las probabilidades de que estés viviendo en un Matrix son bastante altas?»). Ohanian, usando su alias de Reddit, Kn0thing, publicó una noticia titulada «Investigadores mapean la red sexual de todo un instituto». Huffman, usando el suyo, spez, publicó «Las 86 reglas de beber», de la Modern Drunkard Magazine. Ambos enlaces fueron éxitos en Reddit, lo cual no era de extrañar. Los cofundadores captaban implícitamente las vibraciones de la página, porque dichas vibraciones se estaban formando, en vivo y en directo, en torno a sus personalidades.

El algoritmo de ordenamiento era puramente democrático, lo que es lo mismo que decir anárquico. Los enlaces con la mayor cantidad de «votos positivos» subían hasta lo más alto de la página. No había ningún aliciente económico para que la gente hiciera clic o los

compartiera. Huffman y Ohanian confiaban en que otras motivaciones humanas básicas, tales como la curiosidad y la vanidad, bastarían para que la gente participara. Resultó que tenían razón.

Cada vez que se votaba a favor de un enlace, se añadía un punto de «karma» al usuario que lo hubiera publicado. Un voto en contra le quitaba ese punto. Los consultores empresariales pronto empezaron a referirse a esas tácticas de diseño de internet como «gamificación», pero Huffman, que programaba Reddit solo en su habitación, se guiaba menos por la estrategia que por el instinto, tratando de construir el tipo de sitio que a alguien como él le resultaría irresistible. Los usuarios, llamados redditors, empezaron a visitar la página varias veces al día, o a la hora, o al minuto. Se burlaban de los incentivos del sitio, refiriéndose al sistema del karma como «puntos de internet inútiles». Esto era esencialmente cierto. Aun así, no había pruebas de que quienes se quejaban de la futilidad del juego fueran menos propensos a jugarlo.

Seis meses después de que Reddit se pusiera en marcha, Huffman añadió una nueva función: los comentarios. Ahora, además de los enlaces, los usuarios podían teclear sus pensamientos, y otros usuarios podían enlazar sus pensamientos debajo de esos pensamientos, permitiendo así que una publicación se convirtiera en una discusión. A su vez, cada comentario, como cada enlace, podía recibir votos a favor o en contra. Este sistema permitía que la espuma subiera a lo más alto. También permitía a los redditors unirse entre ellos contra las personas o ideas que no les gustaran, votándolas negativamente hasta lograr su desaparición. Si esto era un abuso del sistema, fue una forma de abuso que existió desde el principio. El día que se lanzó Reddit, Ohanian publicó el primer enlace de la página. Huffman, sentado a pocos metros con su ordenador, de inmediato lo votó en contra. No tenía ninguna objeción en particular al enlace que Ohanian había publicado; ni siquiera lo había clicado todavía. Simplemente estaba siendo un cabrón. «En el fondo me considero un trol —dijo más tarde—. Cuando ahora pensamos en un trol imaginamos a una criatura infame y racista, y evidentemente yo no me considero eso. Pero hacer que la gente se enfurezca, ser un poco ofensivo para ponerle un poco de picante a la vida… Lo compro. Es lo que yo hago. Así es

más o menos como crecí en internet».

Los redditors funcionaban con seudónimos, por lo que no siempre era posible saber exactamente quién decía qué. Aun así, muchos de los usuarios pioneros de la página, cuando no la mayoría, parecían ser jóvenes de lengua afilada e inconformistas a la contra como Huffman y Ohanian, interesados en los videojuegos, la programación informática y el humor grosero y repetitivo. La comunidad Reddit desarrolló una inclinación hacia la irreverencia y una antipatía hacia los piadosos pensamientos de grupo. La razón era preferible a la emoción. La ironía se premiaba por encima de la ingenuidad. El diseño de la página, su tono, los irrelevantes puntos de karma…, todo ello sirvió para convertirlo en una placa de Petri para bromas internas, teorías favoritas y visiones del mundo herméticas y autorreafirmantes.

En sus inicios, Reddit apenas tenía una política oficial sobre lo que debía o no publicarse. Huffman y Ohanian estaban demasiado ocupados evitando que la página se colapsara. Además, aunque hubieran tenido tiempo de establecer un conjunto de reglas, se habrían mostrado reacios a restringir la libre circulación de la información. «Como la inmensa mayoría de los programadores de esa época, éramos bastante libertarios —dijo después Huffman—. No en un sentido político tipo Ayn Rand, sino más bien en el sentido de los hackers proscritos, en plan: "Que te jodan, no me digas lo que tengo que pensar"».

A finales de 2005, Paul Graham publicaba su ensayo sobre la web 2.0. «Otro aspecto en el que la democracia parece ganar es el relativo a decidir qué cuenta como noticia —escribió—. Ahora ya no miro ningún otro sitio de noticias, me basta con Reddit. Sé que si pasa algo importante o alguien escribe un artículo muy interesante, aparecerá allí. ¿Por qué molestarse en revisar la portada de cualquier diario o revista?». Páginas como Reddit funcionaban como un «filtro de calidad», añadió. Lo único que hacían los guardianes era estorbar. Las noticias podían mejorarse de la misma manera en que todo lo demás podía mejorarse: alterando, eliminando intermediarios, democratizando, dando el poder a la gente.

* * *

En 2017, la Corte Suprema examinó un caso sobre una ley de Carolina del Norte que impedía el acceso a los medios de comunicación sociales de los delincuentes sexuales registrados. ¿Suponía esta ley una violación de la Primera Enmienda? Antes de dar respuesta a la cuestión, la Corte tenía que tomar en consideración otra: ¿qué son los medios de comunicación sociales? A lo largo de sesenta minutos de argumentaciones orales, se comparó Facebook con un parque, un patio de recreo, una terminal aeroportuaria, una cabina electoral y una plaza mayor. La jueza Sotomayor hizo una pregunta sobre los estudiantes de secundaria que buscan trabajo en LinkedIn. El juez Alito trató de comparar Google+ con BettyCrocker.com.[136] «Todo el mundo usa Twitter —dijo la jueza Kagan—. Se ha convertido en un canal crucial para la comunicación política».

De todas las posibles metáforas, quizá la mejor es la que compara la creación de una red social con dar una fiesta. Empieza siendo algo pequeño, con solo los anfitriones y algunos de sus amigos. Entonces se corre la voz y empiezan a llegar personas desconocidas. La gente capta las señales del medio ambiente. Las mimosas en un atrio salpicado de sol sugieren un tipo de estado de ánimo; el alcohol etílico en un sótano mohoso sugiere otro. A veces, un patrón emerge por su cuenta: Pinterest, una página para compartir fotos que fundaron tres hombres resulta que cuajó entre las mujeres. En otros casos, el patrón parece más premeditado, como resultado de un filtrado implícito. Si tienes catorce años, la interfaz de usuario de TikTok es intuitiva; si tienes veintidós, es intrigante; si tienes cuarenta y cinco, es impenetrable. Esto anima a la gente mayor a autoexcluirse.

Imagina que celebras una fiesta. Al principio estás ocupado saludando a la gente, yendo a buscar bebidas, asegurándote de que el sistema de sonido funciona. Parece que todos se lo están pasando bien. Puedes quedarte en la puerta de entrada con una linterna controlando a cada potencial invitado, pero en vez de eso decides dejar las puertas abiertas. No te paras a pensar en lo que podría

salir mal. En términos generales, la gente básicamente se fía. ¿Por qué querría nadie arruinar una fiesta?

Pero, inevitablemente, las cosas salen mal. Pones una canción obscena: alguien se queja. Pones una canción neutra: todo el mundo deja de bailar. Una persona se cuela en el cuarto de baño para fumar y decides hacer la vista gorda (de alguna manera te gusta la idea de dar una fiesta salvaje, de las que generan nubes de humo ilícito en el aire). Pero entonces la gente empieza a fumar en el pasillo y en la pista de baile, y alguien sufre un ataque de asma. Algunos hombres despreciables empiezan a hacer insinuaciones agresivas a las mujeres; se corre la voz y muchas de ellas deciden marcharse. Alguien extiende el rumor de que el camarero está echando algo en las bebidas. Otro cuenta un chiste racista y varias personas se ríen; antes de que puedas decirles nada, se desperdigan entre la multitud.

¿Qué puedes hacer? No quieres que las cosas se descontrolen. Te planteas detener la música y encender todas las luces, tal vez identifiques a unos cuantos alteradores y los saques a rastras por el cuello. Eso serviría de ejemplo, pero también podría echar a perder el ambiente y que la fiesta nunca llegara a recuperarse.

La solución más fácil, con diferencia, y la única que te permitirá ser perfectamente coherente en el futuro, es no hacer nada, o casi nada. No puedes estar todo el tiempo controlando a todo el mundo. En su lugar, puedes establecer una política simple y clara: siempre y cuando ninguno de los invitados haga nada violento o ilegal, pueden decir lo que quieran. Al fin y al cabo, crees en la libre expresión.

* * *

En 2005, Reddit era una fiesta poco concurrida: varios jóvenes de lengua afilada en un almacén húmedo y cavernoso. En aquel momento, Facebook solo estaba disponible para estudiantes universitarios, y para poder unirte tenías que dar tu nombre real, la

fecha de nacimiento y una dirección de correo electrónico universitario válida (el equivalente a que te pidieran el carnet en la puerta). Para unirte a Reddit solo necesitabas un nombre de usuario que todavía no hubiera sido reclamado. Podías abrir tantas cuentas como quisieras, y todo sin proporcionar una foto de perfil o un nombre. Esto alentaba la creatividad, y también la mala conducta.

Al cabo de unos cuantos meses, Huffman construyó los primeros tabiques internos del almacén. La gente colgaba enlaces a contenido violento y vulgar (lo cual estaba bien, salvo por el hecho de que Huffman quería que los usuarios tuvieran alguna idea de lo que estaban a punto de clicar). Etiquetó algunos contenidos como NSFW —Not Safe For Working (no seguros para el trabajo)— y lo aisló de todo lo demás. Ese fue el fin de la pura democracia.

El contenido NSFW fue desviado hacia una nueva sala: reddit.com/r/NSFW. La separación de contenido resultó útil, por lo que Huffman hizo más salas, llamadas subreddits, cada una dedicada a un tema específico: r/Programación; r/Ciencia; r/CulturaLibre, para tecnolibertarios. Creó un subreddit llamado r/Política, no con el objetivo de ampliar las noticias políticas sino para aislarlas. «No me gusta pensar todo el tiempo en política —diría después (los enlaces a nuevas historias se estaban volviendo demasiado populares y obstruían su actualización de noticias)—. Así que me dije: "Vale, empollones, hablad todo lo que queráis de política, pero hacedlo ahí». Sin embargo, los tabiques entre salas siempre eran permeables. Si un enlace político o un enlace sobre programación conseguía suficientes votos a favor, el algoritmo lo cruzaba y aparecía en la página principal de Reddit.

Huffman y Ohanian creían en la libre expresión, pero también en los límites. «Siempre hemos vetado a gente —afirmó más adelante Huffman—. Solo que no hablamos mucho sobre ello». Reddit era tan pequeño que Huffman podía hacer la mayoría de las exclusiones él mismo, ad hoc, haciendo uso de su sentido común. «No estaba bien pensado, en realidad ni siquiera estaba articulado. Era en plan: "El nombre de usuario de ese tío incluye la palabra negrata. Que le jodan. Eliminar cuenta». Las prohibiciones se llevaban a cabo de forma inconsistente porque no existía ningún conjunto de principios coherentes que las sustentaran.

En 2006, Huffman y Ohanian vendieron Reddit a Condé Nast, un conglomerado de viejos medios de comunicación que era dueño de más de veinte revistas, incluyendo Wired, Vanity Fair, Vogue y The New Yorker. La venta los convirtió en millonarios de veintidós años, pero no encajaban en una gran corporación y tres años después se marcharon. Huffman pasó algunos meses viajando como mochilero por Costa Rica y jugando mucho al Call of Duty; después cofundó una empresa que consistía en un buscador de viajes. Ohanian se convirtió en inversor de proximidad y tecnooptimista en general, a quien la prensa algunas veces se refería como «el alcalde de internet». En su ausencia, la fiesta del almacén que fue Reddit se hizo más grande y salvaje, y camarillas ominosas comenzaron a agruparse en los rincones.

■

[131] David Kirkpatrick, El efecto Facebook, Barcelona: Planeta de Libros, 2011, trad. de Mar Vidal.

[132] «Es el mejor momento de la historia para estar vivos —escribió Mike Cernovich—. Para tener éxito no necesitas permiso ni ser de la familia adecuada. Si lo quieres, lo tomas».

[133] Con los años, The New York Times le ha llamado: «un conocido inversor y figura muy estimada en Silicon Valley»; «lo más parecido que ha tenido el mundo de las startups a un destacado gurú»; y «lo más cerca que ha estado la comunidad tecnológica de tener a un Bertrand Russell o a un P. T. Barnum».

[134] De la entrada «Mantén tu identidad pequeña»: «Por fin hoy me he dado cuenta de por qué la política y la religión producen discusiones tan excepcionalmente inútiles». De la entrada «Cómo hacer filosofía»: «La mayoría de los filósofos hasta nuestros días han estado perdiendo el tiempo».

[135] En una publicación, Graham ofrecía consejo «sobre qué es realmente un ensayo, y cómo escribir uno. O, como mínimo, cómo escribo yo uno». Era un escrito sobre cómo escribir, pero estaba lleno de solecismos y metáforas. En un mismo párrafo, un ensayo

era un tren, un hilo, una carrera, un boceto a lápiz y un río, todo a la vez («Err on the side of the river» [Errar en la orilla del río]).

[136] Marca y personaje ficticio empleado en campañas publicitarias de alimentos y recetas. (N. de la T.).

14

La atención

es influencia

Mientras que la mujer de Mike Cernovich trabajaba largas jornadas en la oficina, él pasaba la mayor parte del tiempo en casa navegando por internet. A veces, después de que ella volviera a casa del trabajo, él la ignoraba y seguía con los ojos clavados en la pantalla. El matrimonio se iba a pique. En enero de 2011 publicó una entrada en Crime & Federalism en la que explicaba cómo preparar un cerdo asado a fuego lento. El encabezado decía: «Cocina para solteros/Comida para muscular».

Abrió un nuevo blog, «una revista online para machos alfa», y la llamó Danger & Play, una frase sacada de Así habló Zaratustra.[137] El blog estaba lleno de consejos para ligar y morbosas historias sexuales.[138] Cualquier inhibición que hubiera podido mostrar en Crime & Federalism había desaparecido. Si la adrenalina era una droga, entonces él necesitaba dosis cada vez más altas para sentir sus efectos. En una publicación negaba ser misógino; al cabo de varias semanas escribía un post titulado «La misoginia te ayuda a follar». Sabía que estaba traspasando los límites, pero estaba gratamente sorprendido por la tolerancia que demostraban sus lectores hacia sus atrevimientos. «Como mujer, en un primer momento esta entrada ha hecho saltar mis alarmas, me ha perturbado —decía una mujer británica en un comentario—. Pero luego me he dado cuenta de que tenías algo de razón». La entrada en cuestión llevaba por título «Cómo asfixiar a una mujer durante la relación sexual».

Desde hacía años, Cernovich consideraba que su consumo informativo era ecléctico, pero en ese momento se dio cuenta de

que en todo ese tiempo lo único que había hecho era rascar la superficie. Leía entrevistas a Nick Bostrom, un filósofo que afirmaba que lo que percibimos como realidad podría no ser otra cosa que una simulación por ordenador. Leía a Steve Sailer, cuyo rechazo a doblegarse ante el Relato había provocado al parecer que el Southern Poverty Law Center (SPLC)[139] lo tachara de extremista.[140] Leía el blog de un autodidacta llamado Mencius Moldbug, que defendía que la democracia estadounidense era un experimento fallido que debería reemplazarse por el totalitarismo.[141] En su propio blog, Cernovich empezó a desarrollar una teoría más explícita sobre la política de identidad del hombre blanco. Sus adversarios eran machos beta, perdedores o cornudos; cualquier persona demasiado asustada como para debatir ideas controvertidas como la biodiversidad humana probablemente estuviera coaccionada por el Relato o adoctrinada a manos de los medios de comunicación globalistas.

Una opinión tabú tendía a generar otra. Roissy, por ejemplo, había dejado de ser un simple artista del ligoteo; ahora era un nacionalista blanco antisemita integral cuyo eslogan era: «Diversidad + Proximidad = Guerra». Cernovich no iba tan lejos (al fin y al cabo, su propia mujer no era blanca, y si alguna vez los troles de la derecha alternativa de Reddit y 4chan llegaban a enterarse sin duda tacharían esa circunstancia de «degenerada»). Aun así, entendía de dónde venían los nacionalistas blancos, y, aunque no estuviera de acuerdo con ellos, sus argumentos le resultaban estimulantes. Y es que para un hombre intelectualmente liberado, ninguna idea estaba fuera de los límites.

El divorcio de Mike concluyó a finales de 2011. Su exmujer se quedó con el colchón; él se quedó con la funda de colchón de espuma viscoelástica. Ella permaneció en el piso de San Francisco y él fue de un lado para otro: Las Vegas, Venice Beach. De acuerdo con los términos del divorcio, a Mike se le concedió la custodia principal de Amicus, el perro de la pareja. También recibió alrededor de una cuarta parte de las acciones de Facebook de su exmujer. Cuando al año siguiente la empresa salió a bolsa, de pronto el valor de sus participaciones ascendió a 2,6 millones de dólares. «Me han pagado siete cifras —escribió más adelante—. Nunca más voy a tener que trabajar».

El tráfico de su blog iba en aumento, pero solo de forma sostenida. La mayoría de los lectores descubrían Danger & Play siguiendo el enlace de algún otro blog de la manosfera. Los enlaces eran un método de propagación de uno en uno; a menos que la corriente predominante se volcara en atenciones a la manosfera, la mayoría de normies no sabría ni que existía. No era como si el Dr. Oz invitara a Roosh a promocionar Bang Estonia (Follar en Estonia) en la televisión, o como si Terry Gross entrevistara a Cernovich sobre sus técnicas de asfixia. Intentaba no tomárselo de forma personal (obtener autoestima a partir de los medios de comunicación del establishment no era más que otra forma de tener mentalidad de esclavo). Sin embargo, si quería llegar a ser demasiado importante como para ser ignorado, necesitaba encontrar otra forma de lograrlo.

* * *

Roosh V llevaba años amasando una legión de seguidores pequeña pero fiel mediante sus libros y su blog. En torno a 2011 empezó a usar la macrofocalización de los medios de comunicación sociales —en su caso, una combinación de rage-bait (cebo enfurecido), troleo y una abierta intolerancia— para hacer llegar su mensaje a la corriente predominante. Esta explotación de los algoritmos de clasificación de contenidos a veces se consideraba hackeo, pero los macrofocalizadores en realidad se limitaban a utilizar las redes sociales tal y como estaban diseñadas para ser usadas.

Los blogs seguían un orden cronológico inverso: las últimas entradas aparecían las primeras. Pero a medida que las redes sociales se hicieron más grandes y complejas, para la mayoría de los usuarios se hizo imposible mantenerse al día con todo lo que sus amigos publicaban, y los feeds dejaron de estar ordenados por una simple cuestión cronológica. En su lugar, cada red social desarrolló su propio conjunto de algoritmos de clasificación de contenidos, muchos de los cuales, a pesar de las buenas intenciones de los ingenieros que los construyeron, empezarían a funcionar como

filtros burbuja o motores de radicalización. Facebook contaba con su propio News Feed, que priorizaba ardillas moribundas por delante de la hambruna en África, llevando así la microfocalización a las masas. YouTube tenía un algoritmo de recomendación que ofrecía a los usuarios los vídeos que tenían más probabilidades de ser vistos en base al comportamiento anterior (una invitación a introducirnos en un agujero cada vez más profundo).[142]

En 2011, Roosh escribió un listículo titulado «15 razones por las que Washington D. C. apesta para los tíos».[143] Lo promocionó usando un viejo truco de BuzzFeed: aludiendo directamente a un lugar específico en el encabezado, desafiando así a sus habitantes para que salieran a defenderse. Funcionó. Un subreddit regional, r/WashingtonDC, colgó el enlace a la publicación y llamó a Roosh «un gilipollas misógino, racista y sin gracia». El hilo de Reddit acumuló 242 comentarios («Ni siquiera pude terminarlo porque este tío tiene la cabeza metida por el culo»; «No me puedo creer que le haya dado a ese tío una visita a su página»), entre los que se incluían, pasado un tiempo, los del propio Roosh: «Recibo tanto tráfico de aquí y de otros enlaces secundarios que casi tengo que actualizar mi plan de alojamiento web —escribió—. Está claro que el 98 por ciento de este tráfico de Reddit es anti-Roosh, pero me quedo con el 2 por ciento que se convierten en lectores habituales». Este comentario recibió varios votos en contra, pero a Roosh el karma negativo le importaba más bien poco.

En Danger & Play, Cernovich escribió una entrada en defensa de Roosh: los redditors que le llamaban racista lo único que conseguían era demostrar que «“racista” en realidad no significa nada». En privado, Cernovich sacó lecciones más específicas de este episodio y de otros similares. Las expresaría más tarde como sus dos principales leyes de la mecánica de los medios de comunicación sociales: «El conflicto es atención» y «La atención es influencia».

Cernovich se unió a Twitter, donde procedió a resumir sus ideas más atroces en menos de ciento cuarenta caracteres. («No hay ninguna razón para pegar a una mujer —tuiteó en 2013—. Si quieres hacerle daño, destruye su alma»). Entre un grupito particular de superusuarios de Twitter de izquierdas, la imagen

pública de Cernovich se convirtió en un meme. Cada vez que publicaba un tuit indignante, los izquierdistas se lo pasaban de unos a otros compartiendo una incredulidad comunitaria. Uno de ellos descubrió Fit-juice.com y empezaron a referirse a Cernovich como JuiceBro; él adoptó el apodo confiando en neutralizar el golpe. Llamaba a sus oponentes guerreros de la justicia social o GJS. Lo decía como un insulto, aunque algunos guerreros de la justicia social estaban encantados de adoptar la etiqueta: ¿qué tenía de malo luchar por la justicia social?

En raras ocasiones, Cernovich exponía algún argumento y un guerrero de la justicia social lo refutaba, o viceversa. La mayoría de las veces, no obstante, no se comunicaban a través de refutaciones, sino de repudios: un «OMG», un emoticón con mirada asesina o un comentario del tipo «Guau. Ni siquiera puedo creerme que en 2013 exista gente así». Era una fórmula tan conocida que en 4chan y en Reddit se convertía en un meme. «¡Ni siquiera puedo! —escribían los troles anónimos imitando a los guerreros de la justicia social—. Guau, simplemente guau. ¡Es el año en el que estamos!».

Y en esas estaban, con insultos y metainsultos. «Ser un guerrero de la justicia social no es más que frágil narcisismo y exclusión a través de la referencia a virtudes», escribió un usuario anónimo de Twitter. Evocar virtudes: construir una persona pública santurrona para anunciar la obediencia de uno al Relato. En los blogs de la manosfera y en los subreddits de la derecha alternativa, la hipótesis predominante era que toda interacción humana es un juego cínico; según esta lógica, cada tuit sobre la justicia social tenía que responder de alguna manera a ciertos intereses. A la mayoría de los discípulos de la manosfera no parecía ocurrírseles que algunas de las señales de virtud en verdad podían ser sinceras aspiraciones a la virtud.

* * *

«Después de los pioneros de la tecnología, los periodistas fueron los

siguientes en sumarse a Twitter —tuiteó en 2015 Jack Dorsey, el cofundador y director general de la compañía—. Los periodistas han sido una parte importante del por qué hemos crecido tan rápidamente». A los periodistas todavía les encanta Twitter. Tuitean para comunicarse, para entretenerse y para autopromocionarse; también pueden explorar Twitter para llegar a una comprensión de Lo Que Está Pasando en el Mundo, que a continuación pueden tratar de convertir en ideas para escribir artículos.

Ningún reportero puede estar en todas partes hablando con todo el mundo. En su lugar, los reporteros tradicionalmente han empleado distintas técnicas de aproximación que van de más a menos inadecuadas: observaciones anecdóticas, entrevistas con expertos, datos de encuestas. Una columnista de opinión convierte su charla con el conductor de Uber en una parábola sobre la economía digital. Un presentador de televisión dice: «Esto es lo que se oye», pero lo que realmente quiere decir es: «Esto es lo que unos cuantos conocidos bien situados me contaron anoche en una cena».

Según una vieja ley periodística, «dos es una coincidencia; tres es un patrón». Es una máxima autocrítica, la admisión de que raras veces las historias de actualidad son tan significativas como se pretende que son. Sin embargo, los periodistas continúan escribiendo historias de actualidad y los editores continúan publicándolas, si no por pereza, por desesperación ontológica de bajo nivel. «¿Es esto realmente noticia?», puede preguntar un editor cuando se le presenta un tema nuevo y desconocido (hacer planking, o sexting, o la carrera presidencial de Ron Paul). «Desde luego que es Algo —dirá el reportero que le ha presentado la historia—. Mis hijos y sus amigos no dejar de hablar sobre ello». Difícilmente una medida objetiva de ser Algo, pero menos es nada.

Es comprensible que, dadas las circunstancias, Twitter pareciera como un regalo caído del cielo: por fin un patrón fiable de lo que sí era noticia. Los periodistas ya no tenían que confiar en sus juicios personales. En su lugar, el algoritmo de Twitter podía decirles con objetividad, basándose en un tamaño de muestra de millones de cuentas, qué era tendencia y qué no.[144]

Pero Twitter nunca se concibió como un patrón fiable.[145] La gente hablaba de Twitter como si fuera un mapa de calor de la

conversación nacional en tiempo real. Sin embargo, la plataforma no reflejaba objetivamente los pensamientos y opiniones de todos los estadounidenses, ni siquiera de menos del 20 por ciento de estadounidenses con cuentas de Twitter activas. Lo que Twitter en realidad reflejaba era la interacción: qué memes generaban, en un momento dado, las emociones más activadoras. Esto significaba que la plataforma sobrerrepresentaba la controversia, lo que no era un problema nuevo. También significaba —y esto sí que era nuevo— que los troles y otros macrofocalizadores podían generar de manera interesada pseudoescándalos casi siempre que quisieran. Tanto los tecnoutópicos que construyeron las redes sociales como los intrusos que las explotaron afirmaban que los medios de comunicación sociales eran una fuerza democratizadora. No obstante, aun cuando los medios de comunicación sociales daban voz a los que no la tenían, la amplitud nunca se distribuía de forma equitativa. En una democracia perfecta, cada persona tiene un voto. En un mundo de temas de actualidad, tendencias y bucles de retroalimentación algorítmica, una representación equitativa no solo es imposible; ni siquiera es el objetivo.

* * *

Además de su blog, Roosh gestionaba RooshVForum.com, un foro de mensajes exclusivo para socios donde sus fanáticos seguidores podían colaborar en semiprivado. A diferencia de Reddit, el foro tenía un estricto código escrito («Nada de mujeres, de homosexuales o de transexuales»). Como Reddit, empleaba los trucos de ludificación de internet, que para entonces se habían vuelto tan ubicuos que eran casi imperceptibles.

Para unirse al foro tenías que elegir un nombre de pantalla (Tutmosis, Atractiva Anguila Espeluznante) y una imagen de perfil (una espada en llamas, una foto de archivo de Owen Wilson). Si publicabas un enlace o un comentario que resultaba interesante para tus colegas, estos podían recompensarte con «puntos de reputación»; cuantos más puntos acumulabas, más medallas y

estrellas aparecían en tu perfil. Un usuario con tan solo una estrella recibía el apelativo de «beta convaleciente»; tres estrellas te convertían en «compinche»; Roosh, con el máximo de siete estrellas, era un «casanova innovador». (Cernovich, que publicaba con frecuencia en el foro como MikeCF, era un «playboy internacional»).

El 7 de octubre de 2003, Roosh indicó a sus seguidores que lanzaran un nuevo ataque de troles. Las blogueras feministas a menudo decían que no se debía estigmatizar a las mujeres por su aspecto físico. Roosh, por el contrario, creía que sí debían ser estigmatizadas por ello. «Encontrad a feministas/liberales que defiendan la aceptación de la gordura —escribió en el foro—, y entonces avergonzarlas en Twitter con el hashtag #FatShamingWeek [SemanaDeAvergonzarALasGordas]». Decenas de subordinados de Roosh empezaron a tuitear todos a la vez. «La mayor de las tragedias: una chica gorda que tendría una talla S si tan solo perdiera peso», tuiteó Quintus Curtius, un prolífico bloguero de la manosfera, sin olvidar el hashtag. Una nutricionista lo retuiteó al cabo de escasos segundos. «Sospecho que si supiera lo que represento, no lo habría retuiteado —alardeó Quintus en el foro —. Ahora ya es demasiado tarde».

El objetivo de la campaña en Twitter era provocar a los guerreros de la justicia social para que pasaran a la acción. Funcionó. «Lo siento pero si los hombres que han empezado el #FatShamingWeek pudieran levantarse, voy a tener que pedirles que se sienten de una puta vez y dejen de ser unos cerdos», tuiteó una joven. Desaprobaba su comportamiento y utilizaba los medios de comunicación sociales para expresar esa desaprobación. Al mismo tiempo, tanto si era consciente como si no, al usar aquel hashtag también ella difundía su mensaje.

«Eres tú la que necesita levantarse y sentarse —le respondió Cernovich con un tuit—. Eso se llama sentadillas y te hacen falta algunas. #FatShamingWeek». Unas horas después, en el foro, Roosh volvió a publicar: «Se está haciendo viral en Twitter».

En la página de inicio de Twitter se destacaba una lista personalizada y siempre cambiante de «tendencias»: unas cuantas frases y hashtags que, de acuerdo con el algoritmo patentado, estaban adquiriendo gran impulso. La lista era un bien muy

codiciado. Si un meme había captado a uno o dos grupos de personas (misóginos y nutricionistas, por ejemplo), una forma eficaz de exponerlo a la población general de Twitter era convirtiéndolo en tendencia. Esto aumentaba las probabilidades de que lo vieran millones de usuarios, incluyendo periodistas de todas las principales publicaciones, que podrían transmitir el meme al mundo.

Dos días después de que Roosh V lanzara su ataque de troles, en BuzzFeed apareció el siguiente titular: «Algunas lamentables personas de Twitter han decidido que es la Semana de Avergonzar a las Gordas». Los símbolos en la parte superior de la publicación (trashy [«basura»], ew [«aj»], fail [«fracaso»]) dejaban claro el desprecio que sentía la autora del post, pero su artículo no incluía un análisis ni un relato; simplemente resumía los odiosos argumentos de Roosh, además de insertar quince tuits de los seguidores de Roosh y el enlace a su blog. Otros medios publicaban artículos similares: «La #FatShamingWeek es real, y es despreciable»; «#FatShamingWeek está adueñándose de Twitter y demuestra que la gente no tiene alma». Roosh escribió una entrada de seguimiento en su blog, enlazándola a cada uno de los artículos que más éxito habían tenido y mencionando orgulloso el número de visitas que le habían reportado. «La visibilidad —escribió— ha sobrepasado nuestras expectativas».

Es posible que los troles sean pueriles, pero tienden trampas ingeniosas. Si respondes a sus provocaciones, te arriesgas a amplificar su mensaje. Si los ignoras, te arriesgas a parecer complaciente o cómplice. Lo opuesto a la desinformación es la corrección, pero las correcciones, por lo general, no cambian la mentalidad de las personas. Lo opuesto a la normalización es la ira, pero los troles usan la ira como combustible. Los troles actúan de forma indescriptible y espantosa, y a continuación retan a los periodistas a describir sus acciones de manera desapasionada. Sin embargo, para los reporteros que analizan esa horripilante basura, a menudo resulta imposible ser imparcial y veraz al mismo tiempo.

Aunque parezca mentira, el Dr. Oz terminó invitando a Roosh a su programa. «Hay monstruos que merodean en las sombras de internet, avergonzando y acosando a la gente por su aspecto —dijo Oz mientras Roosh esperaba entre bastidores—. Ha llegado la hora

de que salgan de detrás de sus pantallas de ordenador». Roosh subió al escenario, se sentó bajo las luces brillantes y el público del estudio tuvo su momento de catarsis.

Cuando se emitió la entrevista, Roosh escribió una entrada de blog en la que sonaba al mismo tiempo quejumbroso y sorprendentemente naíf. «Pues claro que esperaba ser el "malo" del programa, y sabía que me harían algunas preguntas punzantes, pero no tenía forma de prever la masacre en que se iba a convertir aquello», confesó. A pesar de todo, al final del post volvía a hacer gala de su bravuconería de macho alfa: «Supongo que a fin de cuentas no soy tan distinto del Dr. Oz. Cada uno actúa a su manera delante de las cámaras, pero, en cualquier caso, ambos estamos actuando».

El consenso dentro de la manosfera era que su aparición en el programa del Dr. Oz le había hecho parecer patético, pero no dejaba de ser una victoria. «Por mucho que no soporte a Roosh, no hay duda de que se hará más famoso después de salir en Dr. Oz», decía un comentario en una pequeña web llamada SlutHate.com. El autor del comentario predecía que el siguiente game blogger que pivotaría hacia la corriente predominante sería Mike Cernovich: «Imagino que tratará de escribir algunos artículos impactantes para atraer algo de atención sobre su culo de "gorila macho alfa"».

* * *

«Twitter es mi droga —escribió Cernovich (en Twitter, naturalmente) en 2014—. No puedo matar a nadie. Eso es ilegal. He tenido tantas relaciones sexuales que las mujeres bonitas me aburren. ¿Cómo puedo conseguir ese subidón? Con Twitter». Empezaba a sentir que escribir en un blog era limitarse a un circuito cerrado, un modo de establecer una comunicación con viejos seguidores, pero no una forma de conseguir otros nuevos. Twitter, en cambio, era una fiesta en la que la sección vip incluía a todo el que era alguien: multimillonarios, periodistas que manipulan los

medios, celebridades de primera clase, jefes de Estado. Cernovich no se engañaba pensando que la gente que estaba al otro lado de la cinta de terciopelo le prestaba atención; por lo menos, no aún. Pero, como mínimo, estaban todos en la misma habitación.

Una noche, después de que un autor de Gawker tuiteara una broma que Cernovich malinterpretó como un insulto, Cernovich acudió a YouTube y desafió al escritor a un combate de boxeo. El escritor no respondió y el combate de boxeo nunca se celebró; aun así, el vídeo se hizo viral, atrayendo una mayor atención en internet para Cernovich y más tráfico a su página. Él creía que la genialidad de aquel desafío consistía en que llevaba todo el trasfondo a la superficie. Podía entablar quisquillosos debates intelectuales, pero con eso solo lograría impresionar a los brahmanes de Nueva York y D. C.; desde una perspectiva de marca era mucho mejor exhibir que era un tipo grande y fuerte que sabía pelear y que tenía una novia que estaba buena. Eso era algo que, a nivel visceral, impresionaría a cualquiera, tanto si lo admitían como si no. «Para derrotar a alguien, lo que tienes que hacer es rebajar su estatus social —había escrito una vez en Danger & Play—. La lógica no tiene ningún sentido».

Seguía pensando en su carrera en términos de metáforas de boxeo. Para volverse más grande, tendría que golpear por encima de su peso. Tenía cerca de diez mil seguidores en Twitter. ¿Y si pudiera pelear contra un peso pesado, una celebridad de primer nivel con varios centenares de seguidores, o varios millones? La mayoría de ellos serían demasiado inteligentes como para responder a sus provocaciones, pero, tal como le había enseñado la blogosfera de los artistas del ligue, no podías arrimarte si antes no hacías acercamientos.

Ofreció una «recompensa en metálico» a cambio de información perjudicial sobre Nick Denton, el editor de Gawker Media. Cernovich etiquetó a Denton en el tuit con la esperanza de iniciar una disputa pública, pero ni Denton ni nadie mordieron el anzuelo.

En un tuit en apoyo al etiquetado de los productos con organismos modificados, la actriz y escritora Lena Dunham declaró: «Merecemos saber la verdad sobre nuestros alimentos». Cernovich respondió: «La verdad sobre los alimentos es que comes

demasiado». Ella le ignoró.

En septiembre de 2015, Seth Rogen, una estrella de cine con tres millones y medio de seguidores, tuiteó: «Si piensas que existe alguna conspiración contra las personas blancas, te garantizo que eres una estúpida persona blanca».

Cernovich, etiquetando a Rogen, tuiteó: «Si piensas que Seth Rogen es un provocador, te garantizo que eres un puto maricón».

Dos días después, Rogen respondió: «Parece que te he tocado los huevos».

Envalentonado, Cernovich lanzó un nuevo golpe: «Hay que joderse, @SethRogen tiene problemas maritales. ¡La vida del castrado!».

«¡Se te ve muy cabreado! —respondió Rogen—. ¿Necesitas echar una cabezadita?».

Cernovich volvió a la carga sobre el mismo tema, no fuera a ser que su primer insulto hubiera sido demasiado sutil: «Tu mujer no te folla. Jajajajaja».

Finalmente, Rogen se retiró del combate.

«Lo dejo aquí —escribió—. Que tengas una buena vida».

Al cabo de un mes, la mujer de Rogen entró inesperadamente en el cuadrilátero: «A ver —tuiteó en respuesta a Cernovich—, ¡a ti seguro que te follaba!».

Pretendía ser un comentario sarcástico, pero el tono es algo muy difícil de transmitir en internet. Cernovich hizo rápidamente una captura de pantalla y archivó los tuits antes de que pudieran ser eliminados. A continuación escribió una entrada en su blog: «La emasculación de Seth Rogen en Twitter a manos de su mujer (Así es como ha sucedido)». En los días posteriores ganó miles de nuevos seguidores.

«Tienes que pensar en tu vida como si fuera un arco narrativo —dijo Cernovich por esa época en una entrevista en un pódcast. Había decidido abrazar el papel del antihéroe—. Los antihéroes

somos seres humanos con defectos, pero estamos haciendo lo correcto. Por eso, cuando nos atacan, los golpes no nos afectan como a la mayoría de la gente».

Cernovich había conocido a una mujer llamada Shauna y se habían ido a vivir juntos a Santa Mónica. Ella trabajaba en ventas de publicidad en CraveOnline, una «editorial de estilo de vida masculino» con sede en Los Ángeles. A finales de 2014 dejó su trabajo y Cernovich y ella pasaron todo 2015 viajando por Europa, Asia y Oriente Medio (él podía trabajar desde cualquier lugar, solo necesitaba acceso a internet). Publicaba fotos en las que aparecía sorbiendo un espresso en un café de París o flotando en el mar Muerto.

En cierta ocasión, al atravesar una estación de tren en Budapest vio a centenares de emigrados sirios armando tiendas de campaña, a la espera de ser reubicados en alguna parte de Hungría. En base a la cobertura que los medios de comunicación habían realizado de la crisis siria, pensó que sabía qué podía esperar: miseria, personas con miembros amputados, el llanto de los niños. Pero en su lugar encontró a hombres jugando al fútbol y flirteando con las chicas. «Aquello me impactó: estas personas no son refugiados —se dijo—. Es un fraude».

Colgó sus fotos de la estación de tren en Facebook, donde fueron vistas cientos de miles de veces: un nuevo éxito viral. «Por encargo de Cernovich Media, he viajado a la terminal ferroviaria de Budapest-Keleti —escribió—. Mis propias investigaciones han destapado las mentiras de los medios». Calculaba que «más del 70 por ciento» de los refugiados sirios eran «jóvenes sin impedimentos físicos»; no citaba prueba alguna de tal afirmación y la palabra refugiados aparecía entrecomillada.

Previamente, la imagen que había tenido de sí mismo era la de una persona incapaz de hacer lo que hacían los periodistas, de modo que lo primero que necesitaba superar era precisamente esa imagen mental. ¿Por qué no iba a poder viajar él a algún sitio, hacer fotos y escribir sobre lo que veía? Es más, podía hacerlo mejor que los periodistas tradicionales, porque no le asustaba contar la verdad,

incluso si esta contradecía el Relato. Los medios convencionales contaban con grandes presupuestos, decenas de empleados y décadas de valor de marca, pero su tamaño era también un inconveniente. Cernovich, haciendo las veces de dueño y único empleado de Cernovich Media, podía ser más ágil, más auténtico, más alterador. Perfeccionando su capacidad para el marketing viral, podía conseguir que sus historias llegaran directamente a la gente. En la era de los medios de comunicación sociales, una operación de un solo hombre y una empresa de mil millones de dólares formaban parte del mismo Matrix mediático. En última instancia, todo el mundo difundía contenidos de la misma forma: publicando enlaces en internet y tratando de que la gente los compartiera.

* * *

Llegados a ese punto, en Estados Unidos todo el mundo estaba ya preocupado por unas elecciones presidenciales para las que todavía faltaba un año y medio. Al principio, Cernovich se mostró desdeñoso. «Ningún hombre que piense compraría este sistema político bipartidista», había escrito hacía tiempo. Entonces Trump entró en la carrera por la Casa Blanca. «Dije que si un republicano actuara como yo y se postulara para presidente, habría un movimiento —tuiteó en julio de 2015—. Donald Trump me ha dado la razón. La gente está harta de maricones».

En su blog seguía escribiendo sobre nutrición y autoayuda, pero también empezó a tuitear sobre política, a modo de prueba. ¿Por qué limitarte a un nicho especializado cuando puedes diversificar? Desarrolló un estilo de opinión política que encajaba con su imagen pública de internet (más alejada del colaborador de Fox News que del comentarista de artes marciales mixtas). «Ted Cruz está bien, pero no así su aspecto —tuiteó en 2015—. Es por la grasa en el cuello. Algo así puede destruir una carrera». Hillary Clinton era impensable. Incluso antes de presentarse como candidata, Cernovich la atacó con el peor de los insultos: «Hillary Clinton es una guerrera de la justicia social».

Para sorpresa de Cernovich, a su público le encantaba el contenido político que publicaba, por lo que decidió seguir las señales de sus seguidores y empezó a tuitear y a publicar cada vez más sobre política. «Trump va ganando», escribió en septiembre de 2015, añadiendo un enlace a un artículo de Wikipedia sobre la teoría nietzscheana de la transvaloración de los valores. Cernovich reconocía en Trump a un compañero antihéroe. No era perfecto, pero nunca había afirmado serlo. La política era un deporte sangriento, pero Jeb Bush y el resto de los cornuservadores preferían ser respetuosos y jugar según las viejas reglas… Trump era el único dispuesto a hacer añicos la ventana de Overton. «¿Cuál es la política de Trump? La verdad es que no me importa mucho», escribió en Danger & Play. «Si Trump te ofende —escribió en otro post—, es porque vives en un mundo castrado donde nadie dice lo que piensa».

Shauna y él volvieron a instalarse en California. Él era estadounidense, y si su país iba a ir a la guerra por su futuro político, entonces él quería formar parte de la batalla. En las noticias por cable, los liberales y los neoconservadores seguían diciendo que el próximo presidente tenía que ser Clinton, Bush o Rubio (cualquiera que no desafiara el Relato sobre la inmigración, el islam, el género o la raza). «Los medios de comunicación están en contra de Donald Trump —tuiteó Cernovich—. Pues adivinad quién odia a los medios de comunicación». La respuesta implícita era «casi todo el mundo», lo que resultó ser correcto.

Empezó a documentarse sobre los expertos y columnistas de la corriente predominante, y no daba crédito a los orígenes parecidos que compartían muchos de ellos: Ivy League, nepotismo, riqueza heredada. No era de extrañar que se sintieran cómodos siendo cómplices del establishment. «Mirad, si mañana los expertos deciden que vamos a una guerra con Rusia, ¿quién va a luchar en esa guerra? —dijo Cernovich—. ¿Jonah Goldberg y Ross Douthat? [146] Y una mierda. Irán tipos de Kewanee que conozco».[147]

Cuanto más osados se volvían sus comentarios contra los medios de comunicación, más crecía su propia marca como representante de los medios alternativos. «¿Por qué no puedo poner en marcha algo que compita con Vice? —reflexionaba en Twitter—. Puede que

empiece a pensar sobre su financiación». Al final, la pastilla roja tal vez no era la metáfora más adecuada. Sus ojos estaban ahora abiertos a la existencia del Matrix mediático; y, sin embargo, aunque lo condenaba, podía sentir cómo le iba absorbiendo.

Finalmente lo comprendió: este sería su legado. Así era como se haría demasiado importante como para ser ignorado. «Twitter/YouTube/Google realmente ofrecen el poder a la gente», tuiteó. Si hubiera nacido en otro siglo, podría haberse visto relegado a una vida de valiente oscuridad: un siervo librepensador, jamás un líder. Pero vivía en una época en la que cualquiera con una serie de capacidades podía doblar el arco de la historia. «Me levanto cada día lleno de pasión y entusiasmo —escribió—. El conflicto me inspira, y no he hecho más que empezar».

■

[137] «Dos cosas quiere el varón auténtico: peligro y juego. Por ello quiere él a la mujer, que es el más peligroso de los juguetes».

[138] «Ligar sigue el principio de Pareto (la regla del 80/20) —decía—. Si una discoteca está abierta cuatro horas, tendrás más oportunidades de conocer mujeres en un determinado bloque de una hora».

[139] Organización no gubernamental progresista de defensa de los derechos civiles conocida por sus victorias legales contra grupos segregacionistas racistas y supremacistas. (N. de la T.).

[140] En 2008, el SPLC anunció este apelativo en una entrada de blog. Los comentarios de la publicación no estaban moderados, y los que expongo a continuación recibieron tantos votos que ascendieron rápidamente a lo más alto:

— No, no es políticamente correcto, y sus opiniones sobre la raza ciertamente no son populares ni agradables para muchos. Pero no es el hombre de paja que os imagináis.

— Sailer es simplemente alguien que aborda las cuestiones sociales SIN asumir que todos los grupos de personas son iguales. Es una

hipótesis válida.

— ¿No va siendo hora de que el SPLC proporcione una lista completa de lo que es aceptable pensar, decir y hacer, para que nosotros, pobres ingenuos e ignorantes del mal, dejemos de equivocarnos?

— ¿Qué tribu es dueña de los principales medios de comunicación en Estados Unidos? Ahí está el problema.

[141] La voz ensayística de Moldbug ejemplificaba la actitud del GCL: el alegre desprecio por la sabiduría recibida y la seguridad en uno mismo hasta el extremo de la arrogancia. Alumno desertor de un programa de doctorado en Informática, abordaba la totalidad de las enseñanzas de la filosofía, la historia y la teoría política con los aires de un ingeniero que se propone burlarse de las convenciones y reinventar la rueda. «El otro día estaba trasteando en mi garaje y decidí construir una nueva ideología —empezaba diciendo su primer post—. La gente lleva hablando sobre ideologías desde que Jesús era un crío. ¡Como mínimo! ¿Y supuestamente yo voy a hacerlo mejor? ¿Un tipo del montón de internet que ha abandonado la escuela de posgrado y que no sabe griego ni latín?». Planteaba estas hipotéticas objeciones, por supuesto, solo para desestimarlas. Continuaba insinuando que su falta de cualificaciones formales era en realidad una de sus principales cualificaciones, porque le permitía ver a través del tejido de las mentiras que él llamaba la Catedral: un sistema de lavado de cerebro tan total, tan autodestructor, que el simple hecho de advertirlo convertía a uno en un paria.

Desde 2007 y hasta 2014, Moldbug desplegó su propia ideología en su blog, Unqualified Reservations. Escribía con un estilo prolijo y florido, un híbrido entre Thomas Carlyle y Tom Robbins. Su blog se convirtió en uno de los textos canónicos de la derecha alternativa, a pesar de que él nunca se identificó a sí mismo con el movimiento (generalmente se identificaba como formalista, mientras que sus seguidores solían considerarlo un neorreaccionario). Moldbug aprendió historia del mundo por su cuenta mediante Google Books, y sus ensayos se basaban en un conjunto retorcidamente ecléctico de fuentes primarias, cuanto más oscuras, mejor: Gaetano Mosca, Francis Yeats-Brown, Wolfgang Schivelbusch. No tenía ningún

problema con los debates históricos establecidos, con los aspectos de consenso académico o con los axiomas universales político-éticos que iban en la línea de «La libertad es deseable» o «Debería tratarse a las personas con igualdad». En una entrada titulada «Por qué no soy un antisemita» empezaba señalando que su padre era judío, y a continuación, como quien oye llover, insistía en la Cuestión Judía. Otra entrada que llevaba por título «Por qué no soy un nacionalista blanco» era relativamente ambivalente —no me produce del todo alergia—, y lo vinculaba de forma positiva con Steve Sailer, Jared Taylor y otros pensacriminales racistas. Moldbug se autodeclaraba defensor a ultranza de la «biodiversidad cognitiva humana», la idea de que existen diferencias raciales inherentes en el cociente intelectual (con respecto a este tema sugería que «los nacionalistas blancos están en lo cierto y todos los demás están equivocados»).

En 2017, Joe Bernstein, de BuzzFeed, publicó un artículo en el que exponía correos electrónicos enviados a Milo Yiannopoulos. El texto revelaba, entre otras cosas, que Yiannopoulos estaba en estrecho contacto con Moldbug, cuyo nombre real era Curtis Yarvin, y que Yarvin había pasado la noche de las elecciones de 2016 en casa de Peter Thiel. A la sugerencia de Yiannopoulos de que Thiel «necesitaba orientación en materia política», Yarvin respondió: «¡Menos de la que crees!… Está totalmente informado, solo que va con mucho cuidado».

[142] Resultó que la forma más efectiva de que el algoritmo de recomendación de vídeos te mantuviera pegado a YouTube consistía en redoblar la intensidad de las sugerencias, en ocasiones a un ritmo alarmante. Uno podía buscar consejos nutricionales y terminar mirando, al cabo de tres o cuatro vídeos, un clip de Roosh V titulado «Por eso estás gordo». Podía comenzar escuchando a Adam Sandler cantar «Hanukkah Song» y terminar con nuevas e impactantes informaciones sobre la Cuestión Judía. El primer vídeo que se colgó en YouTube, «Me at the zoo», era breve e inocuo; sin embargo, una vez terminabas de verlo, el algoritmo de recomendación podía mostrarte alguna pieza de contenido relacionado que tendría más probabilidades de causar el repunte inmediato de una emoción activadora, como un vídeo de Harambe el gorila arrastrando a un niño de tres años por su recinto cerrado en el Zoo de Cincinnati.

[143] Como todo lo que escribía, contenía gran cantidad de material ofensivo. Razón n.º 1: en D. C. las mujeres son «descuidadas, feas, gordas y no les interesa lucir buen aspecto para los hombres». Razón n.º 7: «No hay suficientes chicas blancas y bonitas para los hombres blancos que no quieren salir con minorías».

[144] Una vez los periodistas seleccionaban un tema sobre el que escribir, ni siquiera tenían que levantar el teléfono para conseguir una cita. Podía limitarse a hacer un barrido de todos los tuits relevantes usando un hashtag e incorporar unos cuantos en el cuerpo de la historia, antes de dedicarse a la tarea mucho más lucrativa de escribir un titular llamativo.

[145] A primera vista, la lista de temas de actualidad parecía algo autoritaria, pero en realidad estaba microfocalizada para cada usuario. Mucha gente, entre los que se incluían muchos periodistas, no sabía esto y continuaba refiriéndose a lo que era tendencia y lo que no como si fueran categorías universales y estables. Esto dio lugar a un nuevo tipo de filtro burbuja: cuantos más clics hicieras en historias sobre fútbol, más tenías la impresión de que el mundo entero no podía dejar de hablar sobre fútbol; mientras tanto, a tu compañero de piso se le podía perdonar que pensara que todos estaban tuiteando sobre el episodio de The Bachelor de esa noche.

[146] Jonah Goldberg es un columnista, autor, analista político y comentarista conservador estadounidense. Fue el editor fundador de la National Review Online; Ross Douthat es un analista político conservador, bloguero, autor y columnista del New York Times. Fue editor principal de The Atlantic. (N. de la T.).

[147] En El indomable Will Hunting, Will hace una entrevista para un trabajo en la NSA, pero en realidad no tiene ninguna intención de trabajar para el complejo militar-industrial. Los políticos y los trabajadores del Estado profundo no tienen ningún reparo en iniciar costosas guerras extranjeras, explica Will a la persona que le está entrevistando, porque «no serán sus hijos los que vayan a morir… Será un chico del sur de Boston al que llenarán el culo de metralla».

15

Reductio

Durante gran parte de 2016 estuve buscando a un traficante de memes extremista sobre quien poder hablar. No iba detrás de ningún viejo fanático, sino que quería encontrar el paradigma de la era de los medios de comunicación sociales, alguien con una alarmante cantidad de influencia inmerecida y una estrategia clara para ayudar a que la demencia que se movía en los márgenes se convirtiera en la demencia de la corriente dominante. Lo de menos era de qué pie cojeara esa locura; después de todo, en ningún momento había pedido a Emerson Spartz que me convenciera de que sus listículos eran precisos (aquellos aros de cebolla envueltos en beicon eran realmente perfectos para el aperitivo, las hamburguesas y la vida). Apenas hablamos sobre contenido. En su lugar, me enseñó cómo conseguía que sus memes se hicieran virales.

Pasé una incómoda tarde de verano con Colin Flaherty, un tipo blanco sexagenario de Delaware. Quería conocer las oficinas de The New Yorker —«siempre he tenido curiosidad por ver qué aspecto tiene el vientre de la bestia»—, pero era una muy mala idea por distintas razones, de modo que lo que hice fue llevarlo a la cafetería de Condé Nast para tomar un café rápido y enseguida salimos al exterior, al City Hall Park, para realizar la entrevista. Nos sentamos en un banco y Flaherty se puso a refunfuñar sobre el lamentable estado del mundo. En aquel momento tenía cerca de veinticinco mil suscriptores en YouTube, pero le suspendían la cuenta una y otra vez por incumplir el reglamento de la web. Me explicó que su objetivo era dejar al descubierto la epidemia nacional de crímenes de negros contra blancos, y el misterioso rechazo de los medios convencionales a informar al respecto. Le repliqué con lo que pensé que era un contraargumento sólido: que no existía ninguna

epidemia de crímenes de negros contra blancos, y que eso explicaba la falta de cobertura mediática.

Flaherty no tenía una estrategia específica en internet. Parecía un arisco racista de la vieja escuela, el tipo de tío que cuando no estaba despotricando sobre la patología negra en YouTube, estaba despotricando sobre lo mismo en el porche delantero de su casa. En un tuit fijado intentaba promocionar su libro más reciente, Don't Make the Black Kids Angry (No hagas enfadar a los chavales negros), transformando el título en un hashtag. Pero no se había dado cuenta de que los hashtags solo podían consistir en letras y números (de que el algoritmo de Twitter tomaba cualquier signo de puntuación como el final de una palabra), por lo que su hashtag se limitaba a #Don, seguido de una cola vestigial de letras sin subrayar.

Era evidente que Flaherty no iba a ser de gran ayuda para mi causa. A continuación probé suerte con Ben Goldman y Paris Wade, dos jóvenes de veintiséis años que se habían conocido estudiando Empresariales en la Universidad de Tennessee. Ahora vivían y trabajaban juntos en un estudio en una zona residencial en las afueras de San Francisco, donde dormían en colchones hinchables y se alimentaban a base de burritos para llevar. Cada veinte minutos, aproximadamente, en una página de Facebook llamada Liberty Writers, publicaban un nuevo boletín de «noticias» basadas en pocas o ninguna prueba («¡RECUSADLO YA! Acaba de filtrarse una cinta de Obama sobre el Estado Islámico y es todavía peor de lo que puedas imaginarte»). Cada publicación estaba muy medida para provocar un rápido estallido de emociones activadoras, generalmente miedo o ira. Los posts de Facebook llevaban el tráfico a la página LibertyWritersNews.com, que estaba plagada de anuncios que recomendaban pastillas de herbolario para la virilidad o algún nuevo truco la mar de extraño para eliminar la grasa del vientre.

Utilizaban seudónimos: Ben Goldman era Danny Gold, el «escritor n.º 1 de Estados Unidos», y Paris Wade era Paris Swade, «el mejor escritor de internet». Por teléfono, Goldman sonaba más modesto. «Paris y yo éramos ayudantes de camarero en un restaurante mexicano en Knoxville —dijo—. Nadie más nos contrataba.

Entonces pusimos en marcha una página de Facebook y de repente empezamos a ganar cuarenta mil pavos al mes». Apenas podía creer su buena suerte. Le hice unas cuantas preguntas sobre el periodismo sensacionalista y la fragilidad del experimento democrático estadounidense, pero al parecer ninguno de estos temas le resultó interesante.

—Básicamente, abordo lo que hacemos como un negocio —me explicó—. A veces, tener firmes creencias puede obstaculizar la construcción de un negocio.

Wade y él procedían de familias liberales, y Goldman me contó que ambos habían «votado a Obama las dos veces. Pero solo tienes que dedicar cinco minutos a mirar las analíticas para darte cuenta de lo que quiere tu público. "Hillary es una bruja corrupta", "Escribe un comentario aquí debajo si amas nuestra bandera"». Tenía sus propias creencias personales, «pero, de todas formas, cuando sabes qué relatos funcionan, sientes la presión de conducirlos. Estoy seguro de que vosotros lidiáis con presiones parecidas en el New York Post».

—The New Yorker.

—Eso —respondió—. ¿Qué es lo que he dicho?

El clickbait pro-Trump era una forma fácil de hacer dinero, pero di por hecho que si ese timo en particular se volvía alguna vez menos lucrativo, Goldman y Wade estarían igual de felices pregonando consejos sobre acciones o inversiones inmobiliarias.

Tras las elecciones de 2016, tanto LibertyWritersNews.com como la página de Facebook Liberty Writers desaparecieron. En 2018 volví a buscar información sobre Goldman y Wade. Ahora vivían en el área de Las Vegas, donde Wade se postulaba para la Asamblea del Estado de Nevada como republicano.[148]

Llamé a Mark Dice, un invitado frecuente en Infowars y youtuber con medio millón de suscriptores. El tema principal de Dice eran las denuncias al culto de los Illuminati que controlaba Hollywood. No

parecía hablar en sentido figurado. «He mostrado, señalando mensajes secretos que aparecen en los vídeos de Lady Gaga, que es una adoradora del diablo —me dijo—. He llamado a Kim Kardashian "el anticristo culogordo". Esa clase de cosas. No tengo miedo de ser políticamente incorrecto». Le pregunté si podía pasar algunos días con él observando cómo realizaba y promocionaba sus vídeos. Se negó.[149]

Luego abordé a Alex Jones, el fundador de Infowars, que parecía dispuesto a participar en una reseña. Llevaba años escuchando su programa de forma intermitente, por pura curiosidad morbosa. Jones trata los hechos del mismo modo que los gatos tratan a los pequeños roedores, golpeándolos durante varios minutos antes de matarlos solo porque sí. Sin embargo, si prestaba más atención a la cadencia de sus palabras que al sentido de las mismas, sus despotriques milenarios me dejaban en ocasiones extrañamente conmovido. Su opinión sobre el cambio climático, por poner un ejemplo más o menos al azar, era que las élites costeras estaban totalmente equivocadas: la atmósfera en realidad necesita más dióxido de carbono, «un nutriente que salva al planeta». Esta no era una mala metáfora para el estilo de difusión utilizado por Jones: encontrar un ambiente informativo ya rico en toxinas y tratar de echar una mano liberando tanto gas venenoso como fuera posible.

Lo tenía todo organizado con el personal de Infowars y estaba a punto de reservar un viaje a Texas cuando Jones cambió de opinión y anuló la invitación. Al cabo de unos meses permitió que un equipo de cámara de Vice grabara en el interior de su estudio. En una pizarra blanca en una sala de conferencias había un gráfico elaborado por el equipo de Infowars: un mapa bidimensional del Matrix mediático. Varias decenas de los principales medios de comunicación estaban dispuestos a lo largo de un eje Y, desde el más «controlado por el Estado» al más «independiente», y a lo largo de un eje X, de «tiranía» a «libertad». Infowars era el más libre y el más independiente; las cadenas ABC y CNN eran las más controladas por el Estado y las más tiránicas. En mitad de la gráfica se encontraban Vice News, el Financial Times y el New Yorker.

* * *

Seguía buscando villanos de internet, y encontré un montón, pero ninguno de ellos se ajustaba a mis necesidades. Caí en la cuenta de que lo que buscaba era una persona cuya influencia inmerecida pudiera demostrar el quebrantamiento de todo el sistema; en otras palabras, una reductio ad absurdum.

Es una jugada retórica por lo menos tan vieja como los diálogos socráticos. Alguien articula un principio que, pronunciado por esa persona, parece tener sentido —por ejemplo: «Justicia significa obedecer las leyes»—,[150] y Sócrates lo desmonta, demostrando cómo puede llevar a paradojas. «¿Y si tu Gobierno dicta una ley injusta? ¿Requeriría entonces la justicia que al mismo tiempo obedecieras y desobedecieras?». Cualquier principio que termine produciendo tal absurdidad seguramente es defectuoso de entrada.

En los primeros años de los medios de comunicación sociales, los nuevos guardianes no dedicaron mucho tiempo a delinear sus principios abstractos. Procedieron casi por completo en función de su instinto, de sus preferencias estéticas o de un proceso de ensayo y error («Siempre prohibíamos a gente. En realidad no estaba bien pensado, ni siquiera estaba bien articulado»). Cuando hablaban de libertad, de democracia y de dar el poder a la gente, su noble retórica rara vez estaba sujeta a un escrutinio socrático. «¿Qué gente? ¿Cuánta libertad?».

A principios de 2016, William Powers, un empleado del MIT Media Lab, escribió un artículo sobre los ciento cincuenta principales «influencers de las elecciones» de aquel momento, según un análisis cuantitativo de datos de Twitter.[151] «Gracias a la revolución digital —apuntaba—, los viejos gigantes de la influencia política, los dos grandes partidos y los medios de comunicación tradicionales, han perdido su antiguo dominio». El influencer más influyente era Donald Trump, lo que no debería sorprender a nadie. Los siguientes diez puestos los ocupaban políticos individuales; Fox News era la organización mediática que ocupaba el puesto más alto, el número doce. El número treinta y dos era para una página llamada Viral Buzz News, que se presentaba a sí misma como «una

visión moderna de las noticias, el entretenimiento, las tendencias de las redes sociales y las charlas más frescas de hoy» (no llegaba a ser Dose Politics, pero no estaba muy lejos). En posiciones más bajas de la lista estaban Politico, CNN Politics y The New York Times. Cher estaba embutida entre Bill O'Reilly y la Associated Press.

Cualquier sistema de medios que pudiera llegar a semejantes resultados absurdos era, seguramente, defectuoso. Si así era como millones de estadounidenses obtenían la información que iba a moldear su comportamiento electoral, entonces algo había salido terriblemente mal.

Mostré la lista a unas cuantas personas que eran buenas conocedoras del paisaje mediático, y más de una reaccionó diciendo que lo más sorprendente de la lista era la ausencia de Mike Cernovich.

Aquel agosto, Hillary Clinton anunció que pronunciaría un discurso vinculando a Donald Trump con la derecha alternativa. La tarde antes del discurso, Cernovich, sentado en un porche en Orange County (California), abrió Periscope en su iPad y empezó a grabar un vídeo titulado «Cómo luchar contra la enferma de Hillary y la #RedDeNoticiasClinton». Con «Red de Noticias Clinton» se refería a la CNN y a los medios corporativos en su conjunto. Se suponía que «enferma» describía a Clinton desde una perspectiva tanto moral como física. Con «luchar» quería decir usar Twitter para ganar terreno en una guerra informativa mayor.

Se metió en la piel de su imagen pública estándar, la que ofrecía a través de Periscope: una mezcla de experto, entrenador motivacional y demagogo nativista. «Mañana todo el mundo buscará en Google derecha alternativa —dijo a sus seguidores—. ¿Y sabéis qué es lo que sale cuando lo buscas? El blog de Jeff Bezos, el Washington Post. Aparecerán artículos fraudulentos, páginas fraudulentas». Un torrente de emoticonos de corazón, cada uno generado por un espectador dando al botón de «me gusta», surgía por el lado derecho de la pantalla. En el lado izquierdo, también flotando hacia arriba, estaban los comentarios de los espectadores (@beelman_matt: «La corrección política es de maricones»;

@ciswhitemale: «Mike es el jefe»). Cernovich llevaba una camisa a cuadros parcialmente desabrochada para exhibir su pecho peludo. A su espalda había una gran piscina azul reluciente, una hilera de bojs recortados y una montaña que resplandecía al sol del atardecer. (Un comentario de @CanadaUncuck: «bonita piscina»).

Cernovich insistía en que él no pertenecía a la derecha alternativa, pero una y otra vez, al mencionar al movimiento, empleaba la primera persona del plural. «Nosotros podemos controlar el relato en Twitter —dijo—. En Google hemos perdido. En los medios convencionales hemos perdido». Ya para entonces, anticipándose al discurso de Clinton, el hashtag #AltRightMeans (la derecha alternativa significa) era tendencia en Twitter, donde los seguidores de la derecha alternativa y sus oponentes competían para definir el movimiento en tiempo real.[152]

Cernovich se pasó otros setenta minutos hablando mientras el sol se ponía tras él; se le veía cada vez más entusiasmado con el discurso de Clinton. Al final de su retransmisión en directo, el público ascendía a más de veinte mil personas. «Quiero sufrir un ataque mediático a gran escala —dijo—. Quiero que esto se convierta en trending topic internacional».

Al día siguiente, Cernovich vio el discurso de Clinton y retransmitió sus impresiones en directo vía Periscope. «¿Se caerá? —preguntó mientras Clinton se aproximaba al escenario—. ¡Se está agarrando al pasamanos!». Desde hacía meses, Cernovich insistía en que Clinton sufría una grave enfermedad neurológica que los medios de comunicación encubrían. Hablando y tecleando al mismo tiempo, tuiteó: «Una enferma Hillary se agarra al pasamanos mientras sube los escalones. #LaDerechaAlternativaSignifica».

El hashtag continuó siendo tendencia durante el discurso de Clinton.

«#LaDerechaAlternativaSignifica que no tengo que avergonzarme por mi herencia», tuiteó Lauren Southern con una foto de archivo de una chica rubia sujetando una bandera danesa.

«#La DerechaAlternativaSignifica tuitear que Hitler tal vez sabía de lo que hablaba desde detrás de un avatar de la rana Pepe», tuiteó Matthew Chapman, un activista demócrata.

«No sé lo que #LaDerechaAlternativaSignifica —tuiteó una comediante llamada Maura Quint—, ¿son los que me odian porque soy judía, porque soy mujer o porque creo que un perrito caliente es un sándwich?».[153]

En su discurso, Clinton utilizó el término tal y como se entendía entonces comúnmente: una afiliación en internet poco definida de conspiranoicos, fanáticos y troles de las redes sociales sin una ideología única que los unificara a todos. Richard Spencer había intentado reafirmar la conexión intrínseca del término con el nacionalismo blanco diciéndole a un reportero de The Guardian: «Alguien que es realmente de la derecha alternativa reconoce la realidad de la raza». Pero ni siquiera el inventor de un meme puede controlar siempre su evolución.

Clinton, tras un atril, leyó varios titulares sacados de artículos recientes de Milo Yiannopoulos publicados en Breitbart. «El método anticonceptivo vuelve a las mujeres poco atractivas y locas —dijo Clinton—. ¿Preferirías que tu hijo tuviera feminismo o cáncer?». Desaprobaba esas opiniones, y empleaba su tribuna para expresar dicha desaprobación. Al mismo tiempo, tanto si se daba cuenta como si no, estaba amplificando el mensaje de Yiannopoulos. El mayor deseo de un trol es provocar a cuantos más normies mejor, escuchar cómo sus memes se cuelan por los labios apretados de los poderosos; pero ni siquiera Yiannopoulos, un trol con una ambición sin parangón, podría haber previsto que la mismísima Hillary Clinton repetiría sus palabras frente a una audiencia global.

Clinton no mencionó a Cernovich, pero sí denunció a Alex Jones, que había sugerido que el tiroteo de Sandy Hook había sido un montaje y que las víctimas eran actores infantiles. Cuando llegó a esa parte de su discurso, se salió del guion y su voz adoptó un registro inusualmente funesto: «No sé qué se le puede pasar a alguien por la cabeza o cuán oscuro debe de ser su corazón para decir algo así».

Una vez finalizado el discurso de Clinton, Yiannopoulos, en

Breitbart, lo llamó «un tiroteo con una pistola de agua desde una scooter». Cernovich declaró en Periscope que había sido «aburrido» y afirmó que «contenía demasiados datos pero carecía de un tema central». Retransmitía en directo desde el interior de una sala de estar. Pasados unos minutos, no obstante, Shauna le pidió que volviera a salir fuera. Trataba de ver el análisis posdiscurso en la CNN y no le dejaba oír la televisión.

Alex Jones respondió al discurso varias horas después de que este terminara colgando un vídeo en Youtube en el que aparecía él en el patio trasero de su casa. Atardecía y las cigarras cantaban de fondo. «Aquí fuera, con un calor de treinta y cinco grados centígrados, mientras cae la noche, sudoroso, supongo que me encuentro en una especie de metafórica fiebre de los pantanos», dijo. Se rascó una picadura de mosquito en la frente y murmuró algo sobre los Rockefeller y los Rothschild. «La gente dice: "Oh, Dios mío, has dado el gran golpe, Hillary Clinton ha hablado de ti —prosiguió—. ¡No me jodas! Los vídeos de Hillary Clinton en su propio canal de YouTube reciben unas cinco mil visitas. Nuestro promedio es de centenares de miles».[154]

El discurso de Clinton «ha sido la cosa más estúpida que podía haber hecho», dijo Cernovich. Llamó a los asesores de medios sociales de Clinton «pavas de veinticuatro años que se sienten provocadas por nosotros y han pedido a su jefa que nos gritara para echarnos. Pues bien, no nos vamos a ir a ninguna parte. Lo único que habéis conseguido es hacernos más fuertes».

* * *

Envié un correo electrónico a Cernovich y le pregunté si podía pasar un par de días con él. A pesar de su chulería anti medios de comunicación, resultaba que hablaba sin parar con los medios. Tiempo después me dijo que no era tan ingenuo como para imaginar que el New Yorker publicaría un artículo echándole flores. Aun así, independientemente de en qué se convirtiera el artículo,

confiaba en que sería capaz de transformarlo en una victoria. Podría incluir algunas observaciones sarcásticas diseñadas para rebajar su estatus social. Muy bien. Más allá de eso, ¿qué era lo peor que podría ocurrir? ¿Algún que otro insulto comedido en una fuente elegante? Todos los días, en Twitter, alguien le llamaba violador o saco de mierda con forma humana, y eso solo parecía hacer su marca más fuerte.

Hablamos por teléfono y le hice preguntas cotidianas. ¿A qué se dedicaba durante todo el día? ¿Cómo ganaba dinero? ¿Qué era exactamente Cernovich Media? ¿Alquilaba un espacio de oficinas? ¿Tenía a periodistas contratados? ¿Rellenaba el formulario de impuestos W-2?

Cernovich se rio.

—Dirijo una operación austera —repuso—. Ven a verlo por ti mismo.

■

[148] «Facebook ha cerrado Liberty Writers News y el resto de las marcas relacionadas por transmitir noticias al público desde un punto de vista independiente —decía la página de la campaña de Wade—. Conocer de primera mano lo que sucede cuando se eliminan las protecciones constitucionales reavivó un viejo deseo dentro de Wade de luchar por los estadounidenses corrientes». Huelga decir que la Constitución no incluye ninguna disposición que dé derecho a que todo el mundo tenga una página de Facebook; muchos académicos de la Primera Enmienda afirman que es más bien al contrario, que la Constitución protege el derecho de Facebook a prohibir páginas como la de Wade. En las elecciones de 2018, Wade perdió ante el actual titular, un demócrata, por nueve puntos porcentuales.

[149] «Estoy muy ocupado con las próximas elecciones, porque desmitificar las mentiras sobre Trump de los medios predominantes y denunciar la manipulación de los temas de actualidad en los medios de comunicación que intentan proyectar una imagen falsa

de él es un trabajo a jornada completa —me explicó en un correo electrónico— . Me daría exactamente igual que el New Yorker quisiera sacarme en la portada. Estoy demasiado ocupado produciendo mi propio contenido, que tiene un público muchísimo mayor que el de tu revista».

[150] Esta es la definición de justicia de Trasímaco que aparece en la República de Platón (I, 338c).

[151] Powers formaba parte de un grupo de investigación del MIT que tenía un acuerdo especial con Twitter. La empresa hacía entrega a los investigadores de una cantidad de datos sin precedentes —incluyendo todos los tuits enviados a la plataforma, centenares de millones de ellos cada día— y los investigadores echaban cuentas y publicaban los resultados tanto en revistas científicas como en Medium [servicio de publicación de blogs fundado en 2012 por los cofundadores de Twitter, Evan Williams y Biz Stone]. William Powers, «Who's Influencing Election 2016?», Medium, 23 de febrero de 2016, https://medium.com/@socialmachines/who-s-inflflfluencing-election2016-8bed68ddecc3.

[152] Cualquier espacio neutral de internet —un hashtag de moda, un artículo de Wikipedia, la sección de comentarios de una página de noticias— podía inspirar este tipo de batalla campal, un «todo vale» en el que todas las partes se esforzaban en persuadir a los mirones mediante una combinación de inteligencia y fuerza bruta. Siempre que observaba el desarrollo de este tipo de situaciones me acordaba del momento en los partidos de baloncesto en el que la pelota sale de la cancha y el árbitro no puede ver quién ha sido el último en tocarla. La mitad de los jugadores señalan en una dirección y la otra mitad señala con la misma insistencia en la otra, como si, con una cantidad adecuada de indignación pantomímica, un hecho desfavorable pudiera conducir a un resultado favorable. Y a veces se consigue.

[153] En Twitter deletreaba su nombre (((Maura Quint))), una alusión al Eco, un meme que se había acuñado en The Right Stuff, el blog de Mike Enoch. El Eco estaba destinado a ser una forma de que los antisemitas identificaran y atacaran a los judíos, pero algunos autores y activistas judíos habían empezado a reivindicarlo para darle un uso irónico.

[154] Jones exageraba, aunque no demasiado. Este vídeo de refutación obtuvo más visitas que el discurso de Clinton en su canal de YouTube oficial.

16

El Matrix mediático

Cernovich vivía en una parcela costera a ochenta kilómetros al sur de Los Ángeles, en un distrito profundamente republicano marcado por playas templadas y una política destemplada.[155] Me dio su dirección por teléfono y le pregunté si reconocería el lugar fácilmente.

—No podrás —respondió—. Es uno de esos barrios residenciales de viviendas adosadas donde todas las putas casas son iguales.

Y, en efecto, en el callejón sin salida donde él vivía todas las casas tenían un techo de tejas de cerámica, paredes de estuco beige, un garaje con capacidad para un coche y un jardín diseñado con plantas de bajo consumo de agua. Salió a recibirme descalzo, con una camisa de cuadros arrugada y tejanos. Había visto tantas veces sus retransmisiones en directo que sentía que lo conocía, aunque en realidad era la primera vez que nos reuníamos en persona. Parecía más bajo y entrado en carnes, y su contacto visual era menos constante de lo que lo era en cámara.

A sus pies yacía un ejemplar del diario Orange County Register del día anterior, aún envuelto en el plástico. Cernovich Media era, ciertamente, una operación austera. En la puerta de al lado, una pegatina en uno de los cubos de la basura anunciaba una sórdida web de internet llamada WorldNetDaily, conocida por lanzar el rumor falso de que Barack Obama había nacido en Kenia. Cernovich no conocía a los vecinos.

—Seguro que si les dijera mi nombre se pondrían como locos —dijo —. Entonces tendría que saludarlos cada vez que nos viéramos y tal vez querrían que fuésemos amigos… Ni hablar, no merece la pena.

Me llevó dentro.

—Shauna, ¿llevas los pantalones puestos? —gritó—. No intento estar de suerte, solo te aviso de que ha venido un periodista.

Shauna estaba en la cocina con pantalones de yoga y una camiseta sin mangas de felpa rosa fosforescente. (Gracias a Periscope, sabía que el código de vestimenta que seguían allí era el sport de andar por casa). Tenía veintinueve años, estaba embarazada de seis meses y era tan simpática como taciturno era su marido.

—¡Qué vergüenza! —dijo disculpándose por un desorden imaginario—. Acabamos de mudarnos, hace unas dos semanas.

Era una casa ordenada y compacta, con marcos para fotografías aún vacíos y un sofá cubierto con cojines estampados. Había un pequeño patio trasero enlosado, con una sola silla de jardín y varios juguetes de perro tirados por el suelo. La casa que había visto en Periscope —la del frondoso porche y la piscina— pertenecía a los padres de Shauna, que vivían a pocas manzanas de allí.

Shauna preparó café.

—Yo tomaré el mío con leche de coco, si tenemos —dijo Mike.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, con su portátil colocado junto a una vela perfumada y una tetera llena de flores.

—Shauna se encarga de la decoración —explicó.

Me senté a su lado, abrí mi portátil y reduje el tamaño de mi fuente al máximo para poder teclear cualquier impresión no procesada sin tener que preocuparme de que pudiera leerla por encima del hombro.

Respondió a unos cuantos correos y a continuación analizó las últimas cifras de ventas en Amazon de Gorilla Mindset, su libro de autoayuda sobre los derechos de los hombres. Había centenares de reseñas, la mayoría de las cuales concedían al libro cinco estrellas de cinco. En la tienda Kindle, Gorilla Mindset estaba archivado en la sección de «estudios de género». Era el más vendido en esa categoría, justo por encima de Todos deberíamos ser feministas, de

Chimamanda Ngozi Adichie.

Las ventas del libro de Cernovich eran al mismo tiempo un motivo de orgullo y un mazazo retórico.

—Cuando un cornuservador o un guerrero de la justicia social se mete en alguna batalla de Twitter conmigo y se trata de un autor, una de mis técnicas favoritas es decir: «¿Qué tal se vende tu libro, colega?». Eso los achanta, porque es algo cuantificable. Yo vendo libros. El único guerrero de la justicia social que realmente vende más que yo es Ta-Nehisi Coates; ese tío está a uno o dos niveles por encima de mí. Se dedica a vender indulgencias a los liberales blancos, los absuelve de su culpa de ser blancos, y tengo que reconocer que ese es un nicho de mercado fantástico.

Revisó su tablero de WordPress.

—Ahora mismo, ciento veintiocho personas están leyendo Danger & Play. Lo divertido es cuando tienes una buena historia y ves que el número de visitas alcanza las cuatro cifras, como en un videojuego.

En otra pestaña abrió su analítica de Twitter.[156] Me pidió que abriera en mi portátil mi propia cuenta de Twitter para ofrecerme una sesión de entrenamiento gratuita.

—¿Cuántos seguidores tienes? —me dijo como si estuviera preguntándome cuántas veces era capaz de levantar unas pesas—. Hay cosas fáciles que puedes empezar a hacer desde ya para mejorar tus estadísticas.

—Me va bien.

No dudaba ni por un segundo de lo bien que funcionarían los consejos de Cernovich. Sí me preguntaba, en cambio, si tales consejos me permitirían mantener mi trabajo o el respeto por mí mismo.

Recibió un mensaje de un amigo. Rush Limbaugh acababa de mencionar el hashtag #HillaryZombie por la radio. «Me gustaría llevarme el mérito, pero no puedo —había dicho Limbaugh—. Se le ha ocurrido a alguien en Twitter».

Ese alguien era Cernovich, que había reclutado a sus seguidores para conseguir que el hashtag se convirtiera en tendencia.

—Nunca va a pronunciar mi nombre —dijo Cernovich—. Pero por lo menos escucha a la periferia.

Shauna dejó las tazas de café sobre la mesa de la cocina y contó la historia de cómo había conocido a Mike en 2011, en un bar en Santa Mónica.

—Era bastante agresivo —dijo—. Me agarró del brazo, me empujó hacia él y dijo: «Vas muy guapa».

—Suena asqueroso, pero en su contexto mejora —puntualizó Mike.

—Funcionó —dijo Shauna—. A los cinco minutos nos estábamos enrollando.

Mike dijo que cuando empezaron a quedar «ella era como un cachorrito.[157] Yo no me lo tomaba en serio, pero ella se negaba a marcharse, y ahora…».

—¡Estoy casada y embarazada! —exclamó Shauna sonriendo.

—Y mi vida ha terminado —dijo Mike con una media sonrisa.

Shauna se sentó al lado de Mike y le acarició el brazo.

—¡Vamos a tener una niña! —dijo—. Creo que le vendrá bien, que le calmará un poco.

Planeaban llamarla Cira, en homenaje a Ciro el Grande.

—Seré bueno con ella, siempre que no sea una pavisosa —dijo Mike.

Al comienzo de su relación, Shauna leía el archivo de Danger & Play, que incluía entradas como «Cómo ponerle los cuernos a tu novia».

—Volvía a casa del trabajo llorando —contó Shauna—. «¿Cómo puedes escribir esas cosas tan horribles?». Y él decía: «No lo

entiendes, nena, así es como hablan los chicos».

(Un consejo de Danger & Play: «Llamad siempre “nena” a vuestra chica para no liaros con los nombres»).

—Pero a mí me seguía molestando y al final borró algunas de las entradas más antiguas.

—Lo que hice fue reescribir algunas palabras —puntualizó Mike—. Jamás reniego de las cosas que he dicho.

La expresión de su rostro permanecía impasible, pero por debajo de la mesa empezó a girar las muñecas en pequeños círculos.

Fuera hacía una temperatura perfecta, el tipo de día idílico que en Nueva York se da diez veces al año y en Orange County unas doscientas. Nos quedamos dentro para evitar los reflejos de las pantallas. Mencioné algunas de sus muchas mentiras demostrables: sobre la inmigración musulmana, sobre las estadísticas de las violaciones en los campus y sobre muchos otros temas. Cernovich no negó ni renegó de ninguna de sus afirmaciones previas. En su lugar, reinterpretó mi línea de preguntas de una forma mucho más abstracta.

—¿Me dedico a hacer fake news? —preguntó—. No, yo creo en lo que escribo. Puede que me equivoque en un par de cosas por aquí y por allá, pero los fraudulentos medios dominantes se equivocan sin parar. —Se puso a recitar de un tirón una lista de artículos publicados en el Washington Post y en The New York Times que después habían sido corregidos.

Yo le lanzaba contraargumentos: ¿cómo verificaba la proporción de historias erróneas de esos dos periódicos comparada con la de Danger & Play?, ¿qué métodos tenía para comprobar sus artículos antes de publicarlos?, ¿y para corregirlos?, ¿hacía investigaciones propiamente dichas? A pesar de todo, mis objeciones no calaban. Sentía que me estaba llevando hacia su terreno.

—Soy lo suficientemente complejo como para que no haya una única verdad sobre mí —dijo—. ¿Soy un chiflado que despotrica en Twitter? Sí, pero también soy un tipo casado bastante tranquilo al

que le gusta hacer senderismo y sacar a pasear a su perro. ¿Es Sean Penn un hortera? Claro que sí, pero fue el único que consiguió una entrevista con El Chapo.[158] Por eso los medios engañosos se escandalizan tanto conmigo. Lo único que saben decir desde hace mucho tiempo es: «No le escuchéis; no es legítimo». Yo no hago más que decir lo contrario a lo que ellos dicen, y cada vez tengo más visitas en Periscope.

Dio un sorbo al café y se echó hacia atrás en la silla, colocando las manos detrás de la cabeza. El material que me estaba dando era bueno, y lo sabía.

—Mira, en la universidad estudié la teoría posmoderna —dijo—. Si todo es un relato, entonces necesitamos alternativas al relato dominante. —Sonrió—. ¿Verdad que tengo pinta de leer a Lacan?

* * *

Seguía intentando averiguar en qué creía realmente. De entre todas las cosas a las que podía dedicar su tiempo, ¿por qué se esforzaba tanto en tratar de evitar que Clinton se convirtiera en presidente?

—Hay millones de cosas en Hillary que están mal —repuso—. Es la candidata que está a favor de la guerra. Es inmensamente corrupta. Quiere permitir la entrada de más supuestos refugiados. —Sobre todo procedentes del mundo musulmán—. Lo que supone una amenaza para nuestra existencia.[159]

Pero no solo le interesaba plantear objeciones de principios. Quería tener un impacto en las elecciones y eso pasaba por identificar los memes que darían lugar a agudos picos de emoción. Las historias sobre corrupción podían causar un instante de preocupación, con arruga en la frente incluida, pero no producían una gran participación en los medios de comunicación sociales.

—Observaba el flujo de la conversación que se desarrollaba en internet, qué le llegaba a la gente y qué no…, y nada de eso calaba

—dijo—. Es muy complejo. Pensé que los temas relacionados con la salud serían más viscerales, que resonarían más desde el punto de vista de la persuasión, por lo que me dediqué a eso.

En marzo de 2016, durante un debate demócrata, tuiteó: «La cara de Hillary parece estar hecha de cera derretida. Imaginaos el aspecto de su cerebro». Más tarde, ese mismo mes, tuiteó una fotografía de Clinton guiñando un ojo, que él interpretaba como «un derrame cerebral leve». En agosto, para él resultaba «obvio» que Clinton sufría al mismo tiempo un trastorno convulsivo y párkinson. En Twitter se dedicaba a promover un hashtag tras otro: «#LaSaludDeHillary», «#HillaryTosiendo», «#HillaryEnferma». Toser, claro está, no es ni un alto crimen ni un delito menor; aun así, es relativamente fácil conseguir que gran cantidad de estadounidenses sientan asco, sobre todo de una mujer ya mayor, y el asco es una emoción activadora.

Los rumores se propagaron por todos los recovecos de la extrema derecha en los medios de comunicación sociales. A principios de agosto empezaron a dominar la portada de Drudge Report, que se convirtió en el puente que hizo llegar el meme hasta la corriente predominante.[160]

«Id a internet, escribid “Hillary Clinton enfermedad” y echad un vistazo a los vídeos vosotros mismos», dijo en Fox News Rudy Giuliani, el exalcalde de Nueva York y un agresivo sustituto de Trump. A principios de septiembre, Donald Trump tuiteó: «Los medios de comunicación convencionales nunca han informado de la tos perruna ni de los violentos ataques de tos de Hillary, y, aun así, es el trending topic n.º uno. ¿Qué pasa?». Aún no se había declarado ningún incendio, pero cada vez había más señales.

La prensa dominante no se dejaba persuadir, pero empezaron a considerar que el rumor merecía una respuesta. El 6 de septiembre, Chris Cillizza, un columnista de centro del Washington Post, un veleta que asombrosamente no tenía ningún tipo de ataduras y que representaba las últimas tendencias de pensamiento del grupo Beltway, publicó un artículo titulado «¿Podemos dejar de hablar sobre la salud de Hillary?». En la columna de opinión, hablaba de la salud de Hillary: «Bajo la dirección de Drudge, en los medios de comunicación conservadores han estado circulando preguntas. La

cuestión es esta: se trata de un asunto totalmente ridículo».

Cinco días después, Clinton se desplomó después de asistir a una ceremonia conmemorativa en la Zona Cero. «¡Se ha desmayado! —escribió Cernovich en Facebook—. Así es, ha sucedido, Hillary Clinton se ha desmayado y se ha desplomado delante de las cámaras». La explicación de Clinton, que ofreció solo después de que ocurriera el hecho en sí, fue que había enfermado de neumonía. Si en los meses previos Cernovich y otros no hubieran estado abonando el terreno, su desvanecimiento podría haberse considerado un acontecimiento aislado; sin el escrutinio de sus antagonistas en los medios de comunicación sociales, Clinton tal vez habría sido menos reservada acerca de su enfermedad. Pero de la manera en que ocurrió, la prensa dominante empezó a convencerse a sí misma de que, después de todo, la salud de Hillary quizá sí que era un «tema». Se habló del incidente en las cadenas ABC, CNN, MSNBC y Fox News. Unas dos horas después de que las imágenes del desmayo de Clinton se volvieran virales en las redes sociales, Chris Cillizza publicó otra columna en el Washington Post, esta vez titulada «La salud de Hillary Clinton acaba de convertirse en un tema real en la campaña presidencial».

Cernovich ganó más de cuatro mil seguidores en Twitter en un solo día. Scott Greer, el editor jefe adjunto del tabloide conservador The Daily Caller, tuiteó: «A base de memes, Cernovich ha hecho que #HillaryEnferma se convierta en una realidad. Nunca pongáis en duda el poder de los memes». Cernovich lo retuiteó. «Rechazo el Pulitzer por mi trabajo sobre la salud de Hillary —escribió—. No pienso aceptar una estafa de premio de una organización que es una estafa».

■

[155] En ese momento, el congresista que representaba el distrito de Cernovich era Dana Rohrabacher, un republicano ultraconservador y, de lejos, el miembro del Congreso más amigo de Rusia. En junio de 2016, en una grabación secreta que más tarde se filtró a los periodistas, Kevin McCarthy, el líder de la mayoría republicana de la Cámara, dijo: «Creo que hay dos personas a las

que Putin paga: Rohrabacher y Trump».

[156] Por entonces tenía 109.000 seguidores. En verano de 2019 tenía cuatrocientos sesenta y siete mil. Es posible que a finales de año tenga cincuenta mil más, o que le hayan echado de la plataforma. (En el momento de traducir este libro, en octubre de 2020, cuenta con 730.500 seguidores).

[157] De un post de 2012 publicado en Danger & Play: «Sed honestos con vosotros mismos. Las mujeres no son interesantes. Igual que mi perro, las mujeres son monas y adorables cuando atacan. (A diferencia de mi perro, las mujeres son desleales)».

[158] En 2015, el actor Sean Penn, contratado por la Rolling Stone, consiguió una entrevista extremadamente insólita con el capo de la droga Joaquín El Chapo Guzmán, que se ocultaba en las montañas de Sinaloa.

[159] Unos días después, Donald Trump Jr. tuiteó una variación de un viejo meme de la derecha alternativa: «Si tuvieras un bol lleno de gominolas y te dijeran que solo tres de ellas te matarían, ¿cogerías un puñado? Ese es nuestro problema con los refugiados sirios —me contó Cernovich—. Don Jr. lo pilla más que nadie».

[160] Matt Drudge se labró su nombre en 1998, cuando destapó la historia del escándalo de Monica Lewinsky antes que cualquier otro medio. Después de eso, el tráfico de su página explotó. En 2016, Drudge tuvo mil millones y medio de visitas a la página (más que The Washington Post, Bloomberg, Vice y BuzzFeed combinadas). La política de Drudge siempre había sido antidemócrata de una forma caricaturesca. En los últimos años, profesa un cariño cada vez mayor a las páginas de derechas sin escrúpulos como Infowars y Gateway Pundit. No obstante, los guardianes de los medios convencionales continuaron visitando la página, y con el tiempo adquirió la cualidad del sitio más visitado: los periodistas seguían fijándose en Drudge porque sabían que otros periodistas también lo hacían.

17

Idoneidad y falta de idoneidad

En noviembre de 1880, Chester Arthur, republicano, fue elegido para ejercer como vicepresidente de James Garfield. Al mes siguiente, The New York Times informó desde un lugar cercano a la ciudad natal de Arthur, en Vermont: «Un desconocido llegó aquí hace varios días para conseguir pruebas que demostraran que el general Arthur es un extranjero no naturalizado». El desconocido era A. P. Hinman, que resultó ser un miembro del Partido Demócrata. A la semana siguiente, Hinman envió una carta al Times y a otros periódicos en la que alegaba que Arthur había nacido o bien en Escocia o bien en Irlanda, y que, por tanto, no tenía derecho a ser vicepresidente. El Brooklyn Daily Eagle publicó la carta y tildó el asunto del nacimiento de Arthur de «cuestión importante y curiosa». Pero los periodistas no lograron reunir pruebas que respaldaran el rumor y durante unos meses la historia permaneció silenciada.

En julio de 1881 dispararon al presidente Garfield, que resultó gravemente herido. A lo largo de todo aquel verano, a medida que su salud se deterioraba, los periodistas volvieron a tomar en consideración la afirmación de Hinman de que el vicepresidente Arthur, el siguiente en la línea de la presidencia, había nacido en el extranjero. El New York Times, un periódico prodemócrata, puso en marcha una minuciosa investigación. En septiembre, Garfield murió y Arthur juró el cargo como presidente. Al día siguiente, el Sun publicó un extenso artículo anunciando su hallazgo: el rumor sobre el nacimiento en el extranjero de Arthur carecía de fundamento.

En 1884, Hinman, que para entonces afirmaba que Arthur en

realidad había nacido en Canadá, autopublicó un panfleto de noventa páginas titulado Cómo se convirtió un sujeto británico en presidente de Estados Unidos, un extraño revoltijo de tediosa correspondencia burocrática y poesía para su propio engrandecimiento. Arthur lo desestimó, igual que hizo la prensa. Muchos estadounidenses, si no todos, nunca han oído hablar de las afirmaciones de Hinman, y lo cierto es que no tuvieron un efecto apreciable en el legado de Arthur. En la década de 1880, e incluso en la de 1980, los periodistas podían obstaculizar la difusión de una historia sin credibilidad desacreditándola o simplemente ignorándola.

Yahoo Answers es un foro de internet que permite a cualquier persona hacer cualquier pregunta, independientemente de lo inane que sea. El 23 de mayo de 2007, tres meses después de que Barack Obama anunciara su campaña presidencial, hubo decenas de hilos activos en el foro, entre ellos: «¿Qué color de corbata debería llevar?», «¿Soy un poquito gordo y tengo un estómago grande?» o «¿Calentamiento global?». Un comentarista anónimo añadió la pregunta siguiente: «Si Obama bin HUSSEIN al Barack nació en Kenia, ¿cómo puede presentarse como candidato a presidente de los EE. UU.?». Recibió cuarenta respuestas, que iban desde «No debería presentarse, yo desde luego no pienso votar por él ni por la lesbiana» a «Ay, no seas tan racista».

Durante varios meses, el rumor sobre el nacimiento de Obama persistió en cadenas de e-mails y en oscuros blogs, pero fue ignorado por los periódicos tradicionales y los presentadores de televisión. Al fin y al cabo, una de las principales responsabilidades de los medios de comunicación es mediar —distinguir las impresiones de la substancia, los hechos de las fabricaciones—, y el rumor, que era infundado, se consideró no apto para ser impreso. Según la definición darwiniana de idoneidad que predominaba en el internet viral, sin embargo, el meme estaba perfectamente capacitado para el éxito.

En 2008, WorldNetDaily se hizo eco de la noticia. La página, que también se conoce como WND, representa un híbrido de conservadurismo de la Mayoría Moral (columnas de opinión

firmadas por Phyllis Schlafly y Alan Keyes), paleoconservadores nativistas (columnas de Ann Coulter y Pat Buchanan) y chifladuras totales («El plan de 20 puntos del islam para conquistar Estados Unidos en 2020»). Estas historias a menudo aparecían publicadas en el Drudge Report, una página que atraía mucho tráfico.[161] Poco antes del día de las elecciones, WND publicó un artículo titulado «¿"Admite" Obama su nacimiento keniano?». Al cabo de dos días, Rush Limbaugh, el locutor de radio más popular del país, aludió al rumor en hora punta. «Esto del certificado de nacimiento… Me pregunto si traman algo —dijo—. Lo digo en serio, hasta ahora esto no había trascendido y de repente aparece por todas partes».

La primera vez que Donald Trump coqueteó con la carrera presidencial fue en 1987. Voló a Nuevo Hampshire cuatro meses antes de las cruciales primarias para pronunciar lo que él se empeñaba en decir que no era un discurso de campaña. (Su propuesta de política económica era, literalmente: «Hay que hacer todo lo contrario a lo que Japón quiera»). El numerito obtuvo algo de cobertura por parte de la prensa convencional —«Trump consiguió grandes elogios con el discurso de Nuevo Hampshire»—, pero al parecer no fue suficiente para justificar una campaña completa. La multitud estaba encantada con el nacionalismo bravucón y exaltado de Trump. «Si no se presenta en el 88, estoy deseando que lo haga en el 92», dijo un miembro del público a un periodista del Detroit Free Press. Sin embargo, todavía estábamos en la era de los medios de comunicación de masas, y la mayoría de los miembros del público —los que no se encontraban por casualidad al lado de periodistas profesionales— eran receptores, no transmisores.

En 1999, Trump volvió a intentarlo: caviló sobre una posible carrera presidencial en el programa de televisión Larry King Live. De nuevo, la prensa respondió con una fugaz curiosidad y después pasó página, matando la historia. A finales de 1999, el único sondeo que incluía a Trump como un aspirante serio fue una «encuesta no científica» realizada por el National Enquirer a cien personas.[162]

En 2011, Trump lanzó el globo sonda más estrambótico en la historia de la política estadounidense. En lugar de dirigirse

directamente a los medios convencionales, empezó a tratar de generar ruido en internet. Lo primero que hizo fue encargar a Michael Cohen, su fiel fontanero, que creara una página web llamada ShouldTrumpRun.com [DeberíaPresentarseTrump.com]. [163] A continuación, fue a Twitter. «¡Los de ShouldTrumpRun.com saben lo que hacen! —tuiteó—. ¿CÓmo se supone que van a competir nuestras fábricas con China y otros países cuando ellos no tienen restricciones medioambientales?». (Las erráticas mayúsculas indicaban que el tuit no era el producto de un elegante relaciones públicas sino obra del propio Trump).

Trump tuiteó enlaces a ShouldTrumpRun.com varias veces más, pero se encontró con una reacción modesta. No había nada que atrajera la atención de la gente: ni una noticia con gancho, ni controversia, ni memes con impulso. Trump pareció pasar página y empezó a tuitear sobre actividades no políticas («LA Exposición Canina Westminster me ha preguntado si estaría interesado en conocer a Hickory, un galgo escocés que ha ganado el primer premio. ¡Hoy ha venido de visita!»). A puerta cerrada, sin embargo, seguía trabajando para suscitar interés en su candidatura presidencial, o por lo menos en él mismo.

Trump habló con Joseph Farah, el editor de WND, y con Jerome Corsi, uno de los principales autores de la página. «Buscaba algún gancho que atrapara a la gente», contó después Farah al New York Times. El gancho que Trump escogió fue el meme sobre el certificado de nacimiento falsificado de Obama. Trump sabía de forma instintiva que el mercado de la atención estaba sobresatuarado, que al público le costaba cada vez menos ignorar las cosas normales (una entrevista con Larry King o la visita de un galgo premiado). Pero una escandalosa teoría conspiratoria sobre el nacimiento en el extranjero de Obama —lo que terminaría conociéndose como nacimientismo— incitaría un agudo pico de emociones activadoras, tanto positivas como negativas, en todos los que la escucharan.

Durante seis semanas, Trump habló incesantemente sobre nacimientismo, combinando los medios de comunicación tradicionales con los sociales en una especie de bucle de retroalimentación. Cada vez que algún periodista le ofrecía un

micrófono, él hablaba; cuando no había micrófonos por los alrededores, mantenía la conversación viva en internet. El 23 de marzo apareció en el programa The View de la ABC y dijo: «Quiero que enseñe su certificado de nacimiento. Hay algo en ese certificado que no le gusta». Barbara Walters, una de las copresentadoras del programa y la viva encarnación de los guardianes tradicionales de los medios de comunicación, intentó poner fin a la conversación: «¡Cómo puedes decir algo tan horrible!». Pero a él pareció darle exactamente igual. «Me gusta porque molesta a esos pelagatos de The View», tuiteó un fan. Otro escribió: «¿Un hombre naranja en la Casa Blanca?».

La mayoría de los candidatos están dispuestos a ser complacientes, pero solo hasta cierto punto. Al final, incluso los políticos más sinvergüenzas y mercenarios se toparán con un hecho demasiado obvio para contradecirlo, un principio demasiado sagrado para infringirlo, una capa de dignidad de la que sería demasiado humillante desprenderse. Pero Trump no parecía tener ningún interés en la dignidad, ninguna capacidad para la vergüenza y ninguna ética discernible más allá de la autopromoción. La muchedumbre podía señalar en cualquier dirección, que él seguiría avanzando. No era un experto en algoritmos de los medios de comunicación sociales —ni siquiera usaba ordenador—, pero sabía cómo analizar situaciones. Además, en Twitter, las herramientas analíticas incorporadas se encargaban de la mayor parte de las lecturas. Un patrón era evidente: cuanto más incendiario era el mensaje y cuanto más alto y más enérgicamente se repetía, más atención obtenía. Durante la mayor parte de su vida, Trump había podido obtener cobertura mediática simplemente haciendo cosas que llamasen la atención de la gente: construir un casino, engañar a su mujer, pronunciar un discurso en Nuevo Hampshire. En la era de las redes sociales, el listón estaba más bajo todavía. El acontecimiento capaz de precipitar una cobertura mediática convencional podía ser algo tan simple como «iniciar una conversación» en internet.

El 16 de mayo de 2011, Trump anunció en su página de Facebook: «Después de muchas deliberaciones y reflexiones, he decidido no seguir en la carrera por la presidencia». No obstante, escribió, en un futuro «no voy a huir de expresar las opiniones que tantos de

vosotros compartís aunque aún no dispongáis de un medio a través del cual articularlas».

■

[161] Un ranking elaborado por Nielsen en 2008 de «Las 30 páginas de noticias principales» situaba a WorldNetDaily.com en el número veintitrés, justo por encima de WashingtonPost.com. La página más popular de la lista era Drudge Report.

[162] «Las elecciones presidenciales de 2000 están muy reñidas —afirmaba el periódico—. Pero lo sentimos, Al Gore, ¡la verdadera lucha es entre George W. Bush y Donald Trump!». David Pecker, uno de los mejores amigos de Trump, había tomado las riendas del Enquirer a comienzos de ese mismo año.

[163] De la página de inicio: «Cada cuatro años resuenan promesas vacías a lo largo de la nación, que nos dan cuerda mientras esperamos a que por fin pase algo bueno. Bien, por fin está aquí, y es real. Es DONALD J. TRUMP». Debajo había una fotografía de Trump mirando con los ojos entrecerrados, al estilo Rushmore, hacia un punto intermedio, acompañada de un epígrafe paradigmáticamente trumpiano: «Fuera hace tanto frío…, ¿entonces dónde está el calentamiento global?».

18

El trasplante

—¿Queréis tomar algo, chicos? —preguntó Shauna.

—Ahora no, nena —dijo Mike sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

Aun así nos trajo un bol de patatas fritas. Mike lo ignoró. Yo traté de resistirme aplicando las técnicas de autocontrol que Mike recomendaba en Gorilla Mindset, pero al cabo de unos minutos miré hacia abajo y vi que me había comido todas las patatas menos una.

—No quiero interferir en tu horario —le dije—. Trata de seguir con tu día tal como lo harías normalmente.

—Mis días no están para nada estructurados, tío —repuso—. En algún momento tengo que salir en el programa de Bill Mitchell y también en el de Gavin. Por lo demás, me voy dejando llevar.

Shauna se puso unas zapatillas de deporte y se preparó para ir caminando a casa de sus padres.

—No terminan de comprender muy bien a qué se dedica Michael —me dijo—. Saben que le gusta Trump y que cuelga cosas en internet. Lo que no entienden es que eso pueda ser un trabajo.

Sus padres, musulmanes persas seculares, se habían marchado de Irán antes de que se convirtiera en una teocracia.

—Mi padre odia que las mujeres se cubran el pelo.

—A veces bromeamos con que él es más islamófobo que yo —dijo

Mike.

—Mi padre ha llegado a crear una cuenta anónima en Twitter para poder trolear a los musulmanes —dijo Shauna—. Al mismo tiempo, odia a Trump porque dice que «si se dedica a hacer comentarios negativos sobre distintos grupos, ¿cómo podemos saber que un día no va a ir a por los persas? Incluso aunque uno crea ciertas cosas, no es necesario decirlas explícitamente».

Mike no estaba tan seguro.

—No creo que ninguna idea deba quedar fuera de los límites —dijo —. Las acciones, sí. Las palabras, no.

Se puso de pie para hacer unos cuantos estiramientos, sacando pecho hacia delante y lanzando los brazos hacia atrás.

—Reduce el cortisol.

Entró una llamada de Skype: un productor de The Gavin McInnes Show. Cernovich se sentó y se alisó el pelo, comprobando su aspecto en la cámara web.

—Gracias por acompañarnos, tío —le saludó el productor.

—Me alegro de volver a verte, ricura —dijo Cernovich—. ¿Qué tal el ángulo? ¿Cómo está mi pelo?

El productor puso a Cernovich en antena y durante quince minutos McInnes y él estuvieron de acuerdo en que, si se ignoraba la mayor parte de las pruebas disponibles, Trump parecía llevar la delantera. McInnes mencionó un vídeo que se había hecho viral en Twitter: un seguidor de Trump se había colado en un acto de Clinton donde la asistencia era baja y lo había grabado con el móvil.

—No es por quitarle importancia a lo que tú haces —dijo McInnes a Cernovich—, pero esto demuestra lo fácil que es ser un periodista de verdad… ¡Joder! ¡Solo tienes que estar ahí!

—Eso es lo que le digo a la gente —dijo Cernovich—. Solo necesitas tener un móvil inteligente y huevos, y con eso ya puedes hacer periodismo de verdad.

Además de su programa de entrevistas de internet y de sus apariciones a altas horas de la noche en Fox News, Gavin McInnes hacía vídeos de YouTube para The Rebel Media, un medio de la alternativa ligera que se había fundado en Canadá en 2015. Lauren Southern, Jack Prosobiec y Laura Loomer habían tenido contratos en distintos momentos con The Rebel, así como Sebastian Gorka, un islamófobo británico-húngaro que pasó brevemente por la administración Trump, y Faith Goldy, una canadiense de veintipico años en cuya biografía se definía como «intrépida periodista y devota católica». Sus comentarios directos a cámara para The Rebel incluían piezas tales como «BOMBAZO: La invasión de la frontera canadiense se intensifica» y «¿Está la soja feminizando a Occidente?».

Goldy (como Laura Southern, una de sus mejores amigas) consideraba que su política racial era «identitaria». Las dos mujeres mantenían una complicada división salomónica: en público negaban ser nacionalistas blancas, pero eso no les impedía seguir lanzando mensajes políticos encubiertos lo bastante claros como para mantener el interés de la derecha alternativa. Goldy y Southern pertenecían a la primera generación que se había criado con los medios de comunicación sociales, y ambas habían ingerido la pastilla roja mediante una combinación de libros de filosofía premoderna y foros de mensajes pos-posmodernos estilo 4chan. Se movían como pez en el agua a la hora de encubrir sus compromisos ideológicos bajo diversas capas de ironía, alusiones y emoticonos.

Cualquiera que estuviera prestando atención, sin embargo, podría apreciar un mensaje coherente. Enviados por The Rebel, Goldy y McInnes habían viajado a Israel y Palestina. «¡Ahora este lugar es musulmán! —informaba McInnes en un vídeo desde el exterior de la Basílica de la Natividad en Belén—. Ha sido nuestra durante no sé cuántos cientos de años».

«Solo conseguiremos recuperar Belén si ponemos en marcha la próxima cruzada —decía Goldy, y añadía—: ¡Deus vult!». Se trataba de un grito de guerra del siglo XI que los guerreros santos cristianos vociferaban durante la Primera Cruzada mientras mataban musulmanes y saqueaban sus ciudades.

McInnes nunca traspasaba del todo la línea del nacionalismo blanco explícito, pero con frecuencia se quedaba cerca. La derecha alternativa tenía algo parecido al Juramento de Lealtad, un antiguo santo y seña del nacionalismo blanco conocido como las Catorce Palabras: «Debemos asegurar la existencia de nuestro pueblo y un futuro para los niños blancos».[164] A los troles de la derecha alternativa les gustaba incitar a las pseudocelebridades de la alternativa ligera para que pronunciaran esas palabras, y llegó a convertirse en una especie de juego en YouTube.

«Dilo, Gavin —imploraba uno de los invitados de McInnes en su programa—. Si lo haces, demostrarás a todos que estás en el centro de este movimiento». El invitado separó la oración palabra por palabra, como un cura guiando a un feligrés a través de un sacramento. McInnes le siguió el juego y repitió trece de las palabras, pero sustituyó «blanco» por «Occidente».

Los que escribían comentarios se quedaron decepcionados: «No está cien por cien comprometido con la causa». «Gavin McCornuqui». «¿Memes sobre genes o genes sobre memes?».

Faith Goldy, por el contrario, no tenía ningún problema en cruzar esa línea. En otro vídeo de YouTube, incapaz de reprimir una sonrisa pícara, recitó las Catorce Palabras, de la primera a la última. «Pero ¿de verdad esto es polémico? —preguntaba—. Yo creo que lo polémico es decir lo contrario».

* * *

La alternativa ligera civiconacionalista seguía empeñada en declarar su independencia de la derecha alternativa blanca nacionalista, pero sus esfuerzos parecían fútiles. En conversaciones informales, en las noticias televisadas e incluso en informes de grupos de expertos, la definición de «derecha alternativa» continuaba deformándose y desdibujándose. La mayoría de la gente utilizaba el término de

forma intercambiable con «bicho raro», un concepto que tenía un significado diferente para cada persona. «Están en el lado incorrecto de la historia», me dijo una amiga. Se refería a todos ellos. Las distinciones no le interesaban en absoluto.

Mis colegas y amigos daban por hecho que yo era un experto en todos los villanos de internet de extrema derecha, pero yo era un solo hombre e internet estaba plagada de villanos. Tenía que establecer prioridades. Los nazis sin complejos eran repugnantes de una manera tan flagrante que, en aquel momento, parecían una mera excentricidad. En su lugar, me centré en la alternativa ligera, pues me pareció un caso de prueba más instructivo.

Nuestro país experimentaba dolorosos y repentinos cambios. El viejo vocabulario nacional estaba siendo desmantelado y era demasiado pronto para saber qué ocuparía su lugar. A veces imaginaba el proceso como una forma barbárica de cirugía, un trasplante de órgano no autorizado. La caja torácica de la clase política había sido abierta por la fuerza; las pseudocelebridades de la alternativa ligera trataban de colarse en el teatro de operaciones, introducir su demagogia apenas disimulada y volver a coser la herida antes de que nadie se percatara. No eran auténticos doctores, pero eso no era algo que necesariamente pudiera advertirse a primera vista; llevaban uniformes de aspecto convincente y hablaban con autoridad, y para algunos eso ya era suficiente. Nadie, ni siquiera los propios integrantes de la alternativa ligera, sabían si el órgano trasplantado sería asimilado o rechazado. Tendríamos que esperar para descubrirlo.

* * *

Cernovich se levantó, se sirvió otra taza de café y volvió a sentarse con el portátil. Comprobó sus mensajes directos en Twitter, respondiendo a uno de cada veinte, aproximadamente.

—Me paso el día recibiendo recomendaciones de la gente —dijo—. Ni siquiera puedo verlas todas, y mucho menos rastrearlas.

Leyó un par de artículos sobre Ahmad Rahami, que era sospechoso de haber colocado bombas en Nueva Jersey y Manhattan el día anterior. Casi todos los artículos señalaban que Rahami, nacido en Afganistán, era un ciudadano estadounidense naturalizado.

—Aun así —dijo Cernovich—, es importante seguir construyendo una asociación. ¿Hillary quiere fronteras abiertas? Pues muy bien, esto es lo que pasa cuando las tienes.

La evolución del caso Rahami era una noticia muy importante en el área de Nueva York, pero no en todas partes de internet.

—Quiero que cualquier historia que pueda perjudicar a Hillary forme parte del ciclo de las noticias —me explicó Cernovich—. Cuando empecé con todo esto, me tocó descifrar el funcionamiento del ciclo de las noticias. Si está en Drudge, entonces está en Hannity. Si está en Hannity, Brian Stelter hablará sobre ello en la CNN. Nadie te enseña estas cosas. Solo tienes que estudiarlas y darte cuenta de cómo funcionan.

Cuando no conseguía que el Drudge Report se hiciera eco de una noticia, Cernovich simplemente se promocionaba a sí mismo en Twitter.

—Lo alucinante es que puedes hacerlo cuando quieras. Mira, te lo voy a enseñar.

Puso el iPad en posición vertical en la mesa de la cocina, con la lente de la cámara colocada frente a un espejo que tenía delante. Emitió unas cuantas exhalaciones secas («Primero necesito respirar con el estómago, para oxigenarme»), y después empezó a grabar: «Aquí estamos de vuelta —saludó—. Mike Cernovich, Danger & Play, Gorilla Mindset».

En cuestión de minutos, miles de espectadores se habían unido a la retransmisión.

—Necesitamos conseguir que un hashtag se convierta en tendencia —dijo—. Sin duda necesitamos recordar al mundo que Hillary Clinton está abriendo la puerta a los terroristas.

Los espectadores hacían sugerencias en la sección de comentarios y Cernovich los leía en voz alta:

—«MigrantesDeHillary» está bien. «Los terroristas de Hillary» está bien. Venga, seguid lanzando.

Alguien sugirió «#TerroristasParaHillary».

—Eh, eso es un poco cursi —dijo Cernovich—. Queréis tener gancho, pero si lo exageráis demasiado pierde poder de persuasión, como «cesta de deplorables».

Pasó por alto «#HillaryCanalla», «#MatonesDeHillary» y «#ChupaCoñosMigrantesDeHillary», además de un comentario que decía: «Bonita tetera con flores, cornu».

—«MigrantesDeHillary» parece que gusta —dijo Cernovich.

Ya estaba decidido. Aclaró que debía deletrearse en una sola palabra, sin apóstrofe.

—Recordadle a la gente que Angela Merkel, George Soros, Hillary Clinton… están todos en el mismo saco —dijo Cernovich—. Publicad fotografías de ellos juntos.

Uno de los que comentaban escribió: «Soros Maldito Judío»; Cernovich lo ignoró o no lo vio. Durante veinte minutos más siguió hablando, leyendo fragmentos de La política y el lenguaje inglés, de George Orwell, promocionando su libro y llamando pava a la hija de George Soros.

Cuando el vídeo terminó, buscó «#MigrantesDeHillary» en Twitter. Había cientos de tuits, muchos de los cuales incluían imágenes, tal como él había solicitado: Clinton y Merkel riendo de forma conspiratoria; una macabra ilustración de Clinton como la muñeca de un ventrílocuo sentada en el regazo de George Soros. Cernovich añadió unos cuantos tuits de su propia cosecha, pronunciando las palabras en voz alta mientras las tecleaba: «Los medios de comunicación no te van a contar la verdad sobre los #MigrantesDeHillary». Unos segundos después probó otra versión, pero consiguió menos retuits y la eliminó.

—Esta es mi versión unipersonal de la prueba A/B.

Cada pocos segundos buscaba el hashtag, y en cada nueva búsqueda aparecían cerca de una docena de nuevos tuits.

—Es difícil saber si es un hashtag genial o si simplemente no está mal —dijo—. Va cogiendo algo de fuerza, pero tal vez no la suficiente.

Al cabo de pocos minutos, se rindió.

—Por alguna razón, parece que no van a dejar que este se vuelva tendencia. ¿Nos vamos a comer?

Shauna abrió las puertas de un BMW clase X con un mando que guardaba en el bolso y nos dirigimos a un centro comercial cercano.

—Hago que conduzca ella —me dijo Mike desde el asiento del copiloto—. El trato es: «Yo pago las facturas. Tu trabajo es conducir».

Shauna simplemente sonrió y subió el volumen de la radio.

Pedimos el almuerzo en un puesto de kebab.[165] Nos sirvieron la comida en una bandeja de plástico y Cernovich se dirigió hacia una mesa en el interior, donde había aire acondicionado. Estaba explicando algo sobre su kebab de salmón (por qué la grasa de pescado es grasa buena, creo, aunque solo le escuchaba a medias), cuando le llegó un mensaje de texto con una noticia.

—Tenemos que irnos a casa —dijo envolviendo sus sobras.

—¿Hago una parada en el Starbucks Auto? —preguntó Shauna.

—No hay tiempo, nena.

Había una amenaza de bomba en una escuela primaria en Eagle Valley (Utah).

No había periodistas en la escena del suceso. La única fuente de

información pública era una mujer que vivía al otro lado de la calle del colegio y que, mientras miraba por la ventana, iba colgando las imágenes en Facebook Live. Mike abrió Twitter en el teléfono y a continuación le requisó el móvil a Shauna para abrir Facebook en el de ella.

Un hombre vestido con una túnica verde y un turbante daba vueltas cerca de la entrada de la escuela, que al parecer había sido evacuada.

—Podría ser un fraude, podría ser un simulacro o podría ser de verdad —dijo Cernovich.

Tuiteó un enlace al vídeo en directo de la mujer de Utah. En aquel momento, solo lo estaban viendo setenta y siete personas; después de que Cernovich y otros lo movieran de un lado a otro, la cifra subió a cientos de espectadores y luego a miles.

Abrí el vídeo en mi teléfono para poder seguirlo desde el asiento de atrás. Pasados unos segundos, un tanque entró rodando en el cuadro.

—¡Jodeeeer! —exclamó Cernovich—. ¿A alguien más se le ha puesto la piel de gallina?

En casa, corrió al salón, puso el iPad en posición vertical e inició un nuevo streaming de Periscope.

—Lo estáis viendo en directo, amigos —dijo—. Si esto es un simulacro, ¡vaya pedazo de simulacro!

«El islam es el cáncer», comentó alguien en Periscope. «La vida de los robots importa», escribió otro. Después de unos minutos, la policía de Utah ordenó a la mujer que se apartara de la ventana y su conexión a Facebook se cortó. El tipo con el turbante resultó ser un lugareño blanco que sufría alucinaciones. Lo arrestaron; no se encontró ninguna bomba.

—Más que islam, yo a esto lo llamo enfermedad mental —dijo Cernovich a su público—. Decidid por vosotros mismos.

Finalizó el vídeo y se encogió de hombros.

—Muchas de estas cosas terminan siendo callejones sin salida —explicó—. Ya no se me hinchan las pelotas tanto como antes.

Eran las tres y media de la tarde. Estaba agotado. Cernovich subió al piso de arriba y se puso pantalones de chándal.

—Creo que voy a dejarlo por hoy —anunció—. Iré al gimnasio, a relajarme un poco. Tal vez vigile un poco Twitter, pero sin prestarle demasiada atención.

Antes de cerrar Twitter, echó un último vistazo a sus mensajes directos. Uno era de un seguidor que afirmaba haber encontrado un hilo de Reddit que habría puesto en marcha uno de los informáticos de Hillary Clinton. Al parecer, el trabajador había pedido ayuda mientras trataba de eliminar de forma ilícita el nombre de Clinton de un caché de viejos e-mails.

—Me encantaría que esto fuera real —dijo Cernovich—. Pero, francamente, parece demasiado bueno para ser cierto.

Al hacer clic en el enlace, no obstante, vio que el hilo de Reddit acababa de ser eliminado.

—Joder, esto sí que es interesante —dijo.

Después de investigar el asunto unos cinco minutos, encontró una versión archivada del hilo. Parecía auténtica, y legítimamente incriminatoria.

—¡Qué hijo de puta! Puede que sea verdad.

«¿De verdad acaba de pedir ayuda en Reddit el informático de la enferma de Hillary? Estoy en ello», tuiteó.

Empezó a respirar con dificultad y retomó su disposición a airear trapos sucios.

—¡Vamos a volver a aparecer en todo un nuevo ciclo de noticias con sus putos correos! —dijo—. Pobre maldita mujer.

Empezó un nuevo Periscope y la gente que comentaba sugería posibles hashtags.

—Creo que RedditHillary no es un buen hashtag —dijo Cernovich —. ¿Qué más tenéis? ¿«ElInformáticoDeHillary»? Nos está costando.

Después de unos minutos, se impacientó y tomó una decisión ejecutiva: el hashtag sería «#ElHackerDeHillary».

—Es imposible expresar lo grande que es esto —dijo Cernovich—. Y no lo digo solo como uno de los diez periodistas más reconocidos del mundo, sino también como abogado.

Mientras retransmitía en directo, abrí Twitter y vi que (por lo menos en mi feed), «#ElHackerDeHillary» ocupaba la segunda posición en los trending topics.

Salí de casa de Cernovich y di un rápido paseo por la playa para tratar de aclarar las ideas. Luego me registré en mi hotel, puse el móvil en silencio y dormí muchas horas. Por la noche, el meme «#ElHackerDeHillary» saltó a la corriente dominante. Una página conservadora llamada Red State se hizo eco de la noticia; WikiLeaks tuiteó sobre ella; Fox News empezó a cubrirla a primera hora de la mañana. Cuando me desperté, la historia había aparecido en Vice y en la revista New York, y el Comité de Supervisión de la Cámara de Representantes había prometido poner en marcha una investigación. Miré el feed de la cuenta de Twitter de Cernovich: desde que lo dejé en su casa, había tuiteado decenas de veces, la última a la una y media de la madrugada.

Cuando volví a su casa, llevaba la misma camisa de cuadros del día anterior.

—Ayer al final no fui al gimnasio —dijo algo cortado—. No he dormido mucho. En estas putas elecciones he engordado nueve kilos.

Me contó de pasada que había estado leyendo la autobiografía de Andrew Breitbart, Righteous Indignation (La justa indignación),

publicada en 2011.

—Hay un momento en el que está en un avión. Lleva allí cinco horas, sin wifi, y le entra el síndrome de abstinencia. Me siento identificado con eso. Breitbart tuvo un impacto cultural enorme, ¿lo sabías?, pero murió de un fallo cardiaco a los cuarenta y tres.

Cernovich estaba a punto de cumplir cuarenta, y quería que su viaje heroico durara mucho más que el de Breitbart. Tenía grandes planes: escribir más libros, dirigir largometrajes, tal vez incluso presentar su candidatura como congresista.

—Si veo que eso es lo que la gente quiere, entonces creo que sentiría la obligación de servirles —dijo—. Estoy seguro de que te parecerá una locura, pero he aprendido a no descartar nada.

Dijo que tenía una «teoría posmoderna» sobre lo efímero de la reputación, que básicamente parecía consistir en que casi todos los límites morales eran permeables y casi cualquier hecho era negociable.

—Las cosas de nazis y de pedófilos…, esas te descalifican de forma permanente. Cualquier otra cosa es posible quitártela de encima.

Estaba convencido de que con el tiempo le perdonarían su misoginia, su xenofobia y su largo registro de mentiras; y de que en el Estados Unidos del futuro próximo, el ultranacionalismo cernovichiano se convertiría en la nueva normalidad.

—Una vez la ventana de Overton empieza a moverse, puede hacerlo muy deprisa.

Nada más aterrizar en California, antes de visitar la casa de Cernovich, había conducido directamente desde el aeropuerto hasta el paseo marítimo de Hermosa Beach, donde Cernovich celebraba una reunión al aire libre con los lectores de Danger & Play. Se presentaron una docena de personas, entre ellas algunas mujeres y gente de color. Shauna, con un vestido ajustado de pronunciado escote, estaba sentada en una de las mesas comiendo una

hamburguesa con queso y beicon.

—Mis amigas dan por hecho que a este tipo de reuniones solo vienen tíos raros de internet —dijo—. Yo siempre les digo que en realidad vienen algunos tíos monísimos.

Cernovich sorbía un té helado en un vaso de pinta mientras sus seguidores le hacían preguntas.

—¿Y el recuento de cadáveres de Hillary? —dijo un joven.

Se refería a los rumores, ubicuos en la internet más profunda, según los cuales Clinton habría provocado la muerte de decenas de sus enemigos —Seth Rich, Vince Foster, John F. Kennedy Jr.—, o bien ordenando su muerte o bien matándolos ella misma.

—Cuanto más poderoso eres, más gente conoces —dijo Cernovich —. Cuanta más gente conoces, más gente muerta conoces. ¿Hasta qué punto eso es un sesgo de confirmación?

El admirador pareció desinflarse.

—El caso es que —prosiguió Cernovich— el hermano de Bill era un traficante de drogas, y tienen lazos con el crimen organizado, quién sabe.

El admirador se animó.

—Va a ir a la puta prisión —dijo.

Estuve hablando con un tipo grande y calvo que parecía Don Limpio. Se consideraba a sí mismo un identitario racial.

—Para mí el punto de inflexión fue Steve Sailer. En cuanto empecé a investigar en serio sobre la biodiversidad humana, sin preocuparme por la policía del pensamiento, me dije: «Guau, ¿cuánto me han lavado el cerebro?».

Le pregunté si podía decirme su nombre, y se rio.

—Ni de broma —respondió—. Tengo un trabajo. Estoy intentando que no me hagan doxing.[166]

Jeff Martinez, un asesor en materia de ciberseguridad con pinta de surfero, leía cada día el feed de Twitter de Cernovich, como contrapeso al periodismo tradicional.

—Las noticias corporativas son una puta mentira. Se nota.

Una encuesta informal había revelado que ninguno de los presentes en aquella quedada creía en las encuestas. Trump iba a ser presidente, por mucho que los medios fraudulentos pudieran decir otra cosa.

La mayoría de las conversaciones se centraban en la libertad de expresión (algo con lo que todos estaban de acuerdo) y en la corrección política (algo de lo que todo el mundo estaba en contra).

—Estoy harto de la censura, de las palabras que no pueden decirse —me dijo Steven McHale, un analista de marketing con un cardado canoso—. Todas las conversaciones parecen radiactivas.

Otra mujer, una oncóloga con acento del bloque soviético, se negaba a decir de dónde era.

—Cuando llegué a Estados Unidos no tenía que pensar tanto antes de hablar. Ahora, sí. Y eso es algo muy triste.

Un domingo, unas semanas antes, fui en bici a Prospect Park, en Brooklyn, para hacer un pícnic con algunos amigos; café helado, frutas del bosque en recipientes de plástico ventilados, secciones del The New York Times rotando entre todos en función de las necesidades de cada uno.

—Hace poco me di cuenta de lo que son estas elecciones —dijo una mujer—. Es el artículo frente a la sección de comentarios.

—¿Se te acaba de ocurrir a ti? —preguntó su novio, impresionado.

—Creo que lo vi en Twitter —dijo ella.

En el paseo marítimo de Hermosa Beach, una mujer que llevaba una camiseta de Infowars me preguntó por la sección de comentarios del New Yorker. ¿Cuán agresivamente estaba moderada? ¿En base a qué sesgo? ¿Estaba el Gobierno implicado?

—No tenemos una sección de comentarios —repuse.

Su sorpresa rápidamente derivó en desprecio.

—Es verdad —dijo—. Claro que no tenéis.

Le mencioné una analogía que había oído hacía poco: que estas elecciones eran como el enfrentamiento entre un artículo y la sección de comentarios.

—¡Lo es! —dijo, y se le iluminó el rostro—. Es totalmente cierto. Las élites globalistas frente a los auténticos estadounidenses.

■

[164] David Lane, el fundador del grupo terrorista blanco cuyos miembros asesinaron en 1984 a un locutor de radio judío llamado Alan Berg, acuñaron las Catorce Palabras mientras cumplían condena en prisión. Tiempo después, la frase halló un nuevo grupo de seguidores no solo en YouTube sino en algunos rincones del Gobierno federal. En 2018, un diseñador web llamado Laurie Voss enlazó un comunicado de prensa emitido por el Departamento de Seguridad Nacional. El título del documento era «Debemos asegurar las fronteras y construir el muro para que Estados Unidos vuelva a ser seguro». «Esta es una historia verídica de una página gubernamental oficial con un encabezado de catorce palabras que comienza con: "Debemos asegurar —tuiteó Voss—. No es ninguna casualidad». En 2019, Brenton Tarrant disparó a cientos de personas en dos mezquitas en Christchurch (Nueva Zelanda), matando a cincuenta y una. Tras él dejó un manifiesto de setenta y cuatro paginas en las que explicaba sus motivos en forma de preguntas y respuestas. «¿Qué quieres?», decía una de las preguntas. Su respuesta era simple: las Catorce Palabras.

[165] Pagué yo. De acuerdo con las reglas de la ética periodística, por lo menos tal y como yo las entendía, yo podía pagar la comida de los sujetos a los que entrevistaba, aunque ellos no pudieran pagarme nada a mí; podía llevarles regalos, pero no podía aceptar los suyos ni ofrecerles dinero por su tiempo. Aparentemente, estas reglas tenían sentido, pero llevaban a algunas situaciones absurdas.

Cuando Milo Yiannopoulos autopublicó un libro el 4 de julio de 2017, Cassandra Fairbanks y Laura Loomer condujeron a Nueva York para asistir a la fiesta de lanzamiento. Me reuní con ellos en Katz's Deli y le pagué a Loomer un sándwich por un precio desorbitado (Fairbanks, que es vegetariana, se conformó con unos encurtidos). En el exterior de la fiesta de Yiannopoulos había un cordón de manifestantes y, al cruzarlo, la machacona melodía de protesta volvió a incrustárseme en la cabeza una vez más. El acceso a la fiesta costaba veinte dólares e incluía una copia del libro de Yiannopoulos. No me hizo sentir muy bien que me usaran para acelerar las cifras de ventas de un criptofascista en la semana de lanzamiento, pero quería informar sobre la fiesta y no violaba ninguna regla tradicional de la ética periodística, así que pagué. (La fiesta al final fue de tan mal gusto que no quise escribir sobre ella: Yiannopoulos había contratado a tres enanos para moverse entre la multitud llevando kipá, intentando burlarse de un rival llamado Ben Shapiro. Pero pude conocer a algunas fuentes útiles). Unos meses después me encontraba en un triste restaurante de hotel en Walnut Creek (California) comiendo con Yiannopoulos y su séquito. Cuando trajeron la cuenta, él quiso pagarla. Me asaltó la fugaz intuición moral de que debía dejar que lo hiciera (en cualquier caso, era dinero de la familia Mercer), pero al final insistí en pedir cuentas separadas. Yo era un institucionalista reticente, y en el resto del mundo ya se estaban profanando suficientes normas.

[166] Conseguir y publicar información privada de alguien. (N. de la T.).

19

Saber desenvolverse

es un arte

La semana que fui de visita a casa de Cernovich, el vídeo más popular en su canal de YouTube se llamaba «Un/Convention: Exposing Fake News at the RNC and DNC» (Sin/Convención: exponiendo las noticias falsas del Comité Republicano Nacional y del Comité Demócrata Nacional). «Ya no podemos confiar en los medios de comunicación», decía un letrero acompañado de una banda sonora de palpitante dubstep. «Mike Cernovich ha asistido a ambas convenciones y esto es lo que realmente ha pasado». La pantalla parpadeaba con efectos rápidos y refulgentes: la revolución, televisada. Cernovich deambulaba por las calles medio vacías del centro de Cleveland con gafas de aviador y un pañuelo en la cabeza, mientras se grababa con su palo selfi: «Quiero devolver el periodismo real a la gente».

Cernovich no publicó ninguna imagen del interior del Quicken Loans Arena, donde se había celebrado la Convención Nacional Republicana, porque no le concedieron acceso al edificio. Sí le invitaron, no obstante, a una fiesta que se celebraba a un kilómetro y medio de distancia y cuya lista de invitados incluía a Milo Yiannopoulos, Richard Spencer, Roosh V, la bloguera islamófoba Pamela Geller y Peter Brimelow, el fundador de VDARE. El organizador de la fiesta era Jim Hoft, el fundador de The Gateway Pundit, que recientemente había salido del armario como un «activista gay conservador». Las paredes estaban forradas con grandes fotografías enmarcadas —hombres jóvenes medio desnudos con gorras de MAGA, algunos cargando con rifles semiautomáticos — realizadas por Lucian Wintrich como parte de un proyecto

llamado Twinks4Trump. Yiannopoulos y Geller pronunciaron discursos en los que se adhirieron a tres temas principales: homofilia, islamofobia y MAGA. La lógica era la siguiente: algunos países con mayoría musulmana oprimen a las personas homosexuales; por lo tanto, vota a Trump. No era un argumento muy convincente, pero aun así el espectáculo alcanzó su principal objetivo, que no era otro que llenar la sala de reporteros. Laurie Penny, una periodista que estuvo presente y que informó de aquel encuentro para The Guardian, lo describió como «un salón de baile enmoquetado en la séptima planta del infierno».

Dos noches después, Trump dio un discurso en el que aceptaba formalmente la nominación del Partido Republicano. Quería ser visto como el candidato de la ley y el orden, y no se anduvo con sutilezas a la hora de expresar su mensaje. «Restauraré la ley y el orden —dijo—. Yo soy el candidato de la ley y el orden». Afirmó que «esta noche los inmigrantes ilegales con antecedentes penales a los que se ha ordenado la deportación del país merodean libremente amenazando a la pacífica ciudadanía».

Al día siguiente, The New York Times publicó un artículo de análisis informativo. «Con toda la ortodoxia política que Donald J. Trump ha destrozado en su discurso en la convención —empezaba diciendo—, ha dejado de lado un principio básico del relato estadounidense sobre la inmigración: que Estados Unidos es una nación de naciones, construida con el sudor y la iniciativa de personas que llegaron procedentes de otros países». Steven Sailer escribió una punzante y jactanciosa respuesta: «El NYT se queja de que Trump no se somete al Relato». Sailer llevaba años blogueando sobre ciudadanismo en la sombra. Ahora, su vocabulario marginal se precipitaba hacia el centro del discurso estadounidense.

En un vídeo de YouTube para The Rebel, Gavin McInnes reprendía al establishment, en especial al republicano, por perpetuar «la retórica del “somos una nación de migrantes”». Incluso Ann Coulter, en un mitin de Trump en Iowa, se maravillaba de la rapidez con la que lo indecible se había vuelto decible. «Desde que Donald Trump ha anunciado que se postula a presidente, siento como si estuviera soñando —dijo—, no me puedo creer que enciendas la televisión y cada noche, en horario de máxima audiencia, se hable de “niños

ancla", de ciudades santuario y de violadores mexicanos».

Poco antes de las elecciones, Cernovich autopublicó otro libro en Amazon. Se titulaba MAGA Mindset: Making YOU and America Great Again (Mentalidad MAGA. Volver a hacer a Estados Unidos y a ti grandes). La cubierta, una caricatura de un resplandeciente Trump, rayos de sol anaranjados y un ave fénix ascendente, parecía un fotograma congelado de una adaptación de El triunfo de la voluntad dirigida por Pixar. En el libro, Cernovich no hacía concesiones explícitas al nacionalismo blanco, pero sus mensajes encubiertos eran igual de claros que de costumbre.[167]

Siempre que me encaraba con Cernovich por su larga trayectoria de abierta misoginia, restaba importancia a sus viejos tuits y entradas de blog, tachándolos de meras «conversaciones de vestuario». Después de que saliera a la luz una grabación en la que Donald Trump alardeaba de agarrar a las mujeres «por el coño», la excusa que Trump empleó fue exactamente la misma.

—No sé si alguien le ha hecho llegar una copia de Gorilla Mindset o si es simplemente una cuestión de que las grandes mentes piensan igual —dijo Cernovich—, pero cada día que pasa Trump me impresiona más.

* * *

A finales de septiembre, Cernovich voló a Nueva York para cubrir el primer debate Trump-Clinton en la Universidad Hofstra en Long Island. Había planeado pasar la tarde en el perímetro del campus, fuera del puesto de control del Servicio Secreto, retransmitiendo en directo y tuiteando. «Quiero estar con la gente», explicó. Además, para variar, no le habían concedido la acreditación de prensa para acceder al interior. Varias horas antes de que comenzara el debate, me envió un mensaje desde la carretera: «Casi he llegado, ¿y tú?».

Yo estaba al otro lado de la verja, junto al resto del establishment mediático.

—¿Hay alguna posibilidad de que Hillary pueda perder esta noche? —pregunté a Jesse Jackson, que casualmente estaba a mi lado mientras esperábamos nuestro turno para pasar por el detector de metales.

—Respuestas breves —dijo—. Hay que ir corto de palabras y largo de significado.

Y eso fue todo lo que dijo.

Atravesé una carpa de cerveza patrocinada por Anheuser-Busch («#BrewDemocracy») y me dirigí al centro del campus, donde Fox News, la CNN y MSNBC habían montado sus escenarios. Había una humedad fuera de lo normal, y cada vez que se apagaban las luces que indicaban que estaban en el aire, los maquilladores corrían hacia los presentadores estrella para secarlos y empolvarlos. Por todas partes se veían carritos de golf con pseudocelebridades de Beltway adelantando a las multitudes deseosas de selfis.

En el escenario del MSNBC, Chris Hayes discutía en directo vía pinganillo con Omarosa Manigault, una exvillana de programas de telerrealidad conocida por su personaje de «no he venido aquí para hacer amigos» en The Apprentice. Manigault se había convertido en una de las apoderadas más destacadas del equipo de la campaña presidencial de Trump.

—Quiero empezar hablando de lo del nacimientismo —dijo Hayes.

—Eso es agua pasada —dijo Manigault virando la conversación hacia la economía.

Hayes trató de meter baza varias veces repitiendo la expresión «con mis respetos», pero Manigault obstruía una y otra vez el diálogo hablando sobre empleo.

Cerca de allí había una larga fila de pequeñas carpas de medios de comunicación: BBC, AFO, Al Jazeera, la Radio Pública Checa. Una estudiante de Hofstra, con un distintivo que la identificaba como «voluntaria para el debate en las redes sociales», sujetaba su teléfono en el aire en modo selfi mientras un grupo de camiones con satélites se detenían tras ella. «¡Qué emocionante, tíos! —dijo—. El

hashtag es HofDebate2016. Seguidnos en Snapchat, Instagram, Twitter, Facebook Live. Quedaos con nosotros para conocer la experiencia completa de los estudiantes de Hofstra».

En el patio cuadrangular, por cada cartel a favor de Clinton o Trump había otro apoyando a un candidato de chiste: Alimañas Supremas 2016, Gran Enjambre de Abejas 2016. «¡Señor! —gritó un estudiante que hacía como que sujetaba un micrófono a la altura del tobillo—. Solo una pregunta, señor, ¡si me lo permite!». Miré hacia abajo y me di cuenta de que se dirigía a una ardilla.

Por todas partes, grupos de cuatro o cinco jóvenes (niños, realmente) miraban de hito en hito con sonrisas satisfechas y avanzaban a grandes zancadas, ocupando el mayor espacio posible. La mayoría de ellos llevaba gorras de MAGA, pero incluso sin ese toque distintivo se veía a la legua que eran chavales pro-Trump. Tenían un aire despreocupado, como si estuvieran saliéndose con la suya. Un verso acudió a mi mente: «The entering boys, identified by hats, / Wander in a maze of mannered brick»,[168] pero no conseguía recordar de quién era. Susurré las palabras a Siri, y ella me dio la respuesta.[169]

El gimnasio de Hofstra estaba lleno de mesas plegables en filas de hasta treinta. El nombre oficial del espacio era Centro de Archivos de Medios de Comunicación, pero casi todo el mundo lo conocía como la sala de prensa. Cada periodista acreditado tenía un asiento reservado a su nombre que contaba con una toma de corriente, un cable de Ethernet y un folleto impreso por Facebook, que era uno de los patrocinadores del debate. «Facebook es el nuevo ayuntamiento —decía el folleto—. ¡Sé creativo y participa a menudo!».

Las paredes del gimnasio estaban divididas por diferentes telones de fondo —Fox News, Fox Business, Fox News Go—, con un presentador delante de cada uno de ellos mirando a una distancia media. Todos en la sala se dirigían a distintos grupos que no estaban allí presentes. Dos tipos con gafas y corbatas estrechas estaban sentados uno al lado del otro en sillas de lona. «Los negocios —dijo uno de ellos—. Soplan buenos vientos para los

negocios esta noche». Una mujer los grababa con un móvil, mientras ellos retransmitían su análisis a una u otra plataforma, o a varias a la vez.

Me tropecé con Lou Dobbs, que llevaba kilos y kilos de maquillaje encima y bebía de una botellita de agua. Dobbs había sido un presentador estrella en la CNN durante casi tres décadas. Sin embargo, después del 11S su retórica se volvió cada vez más xenófoba y en 2009 la CNN lo dejó marchar.[170] Su actual programa, emitido en Fox Business, era uno de los favoritos de Donald Trump. Pregunté a Dobbs si había oído hablar de Cernovich.

—¡Por supuesto! —dijo—. Le sigo en Twitter. Parece muy inteligente.

Nos separamos. Más tarde Dobbs vino a mi encuentro.

—¿Puedo puntualizar mis palabras? No estoy seguro de seguirlo. —Sí que lo hacía; habían interaccionado varias veces en Twitter—. He visto lo que hace y creo que es interesante. Lo interesante es bueno, ¿verdad?

Cernovich me envió el pantallazo de un mapa para indicarme dónde estaba y salí del campus dispuesto a encontrarme con él. Al parecer avanzaba junto a varias decenas de seguidores de Jill Stein que trataban de encontrar el área de protesta designada. «Intento llegar hasta la zona de la libertad de expresión —escribió en un mensaje —. La policía no deja de enviarnos a distintas áreas. Menuda operación psicológica se han montado».

Su teoría era que la policía, posiblemente siguiendo órdenes del Partido Demócrata, hacía que los manifestantes fueran a propósito de un lado para otro para así minarles la moral. Mientras caminaba, grabó un vídeo en Periscope titulado: «Sin libertad de expresión en #Debates2016».

«Los medios convencionales no van a contaros esto», dijo. Mientras, los comentarios se sucedían en la parte izquierda de la pantalla: «¡La poli trabaja para Soros!», «¡Este país es un chiste!»,

«¡Harambe!».

Dejé de intentar encontrar a Cernovich y volví a la sala de prensa justo a tiempo para el debate. Cernovich, de pie en un aparcamiento fuera del campus, lo vio desde su móvil. En noventa minutos, Trump mintió treinta y cuatro veces, un nivel de deshonestidad que, en aquel momento, aún resultaba sorprendente.

—Espero que los verificadores de datos suban el volumen y trabajen muy duro —dijo Clinton.

«Clinton va muy medicada —tuiteó Cernovich—. Le está costando. ¿Demasiado Xanax?».

Terminado el debate, encontré a Cernovich en el aparcamiento. Estaba apoyado en el capó de un coche y seguía tuiteando. A su lado estaba un compañero activista de Twitter, un veterano de la Marina con pinta de pijo que irradiaba una exaltación desenfrenada.

—Jack Posobiec, Ciudadanos para Trump —dijo ofreciéndome un enérgico apretón de manos.[171]

Posobiec había acompañado en coche a Cernovich hasta Long Island y se ofreció a llevarnos de vuelta a la ciudad.

—Creo que, objetivamente, o todo lo objetivo que yo puedo ser, ha sido una pelea bastante igualada —dijo Posobiec al volante.

—Los dos han recibido unos cuantos golpes —afirmó Cernovich—. Lo más patético de ella han sido sus lloriqueos sobre los verificadores de datos. Todo el mundo odia a los medios de comunicación, ¿y va y se pone a apelarlos para que la defiendan? Le ha hecho parecer débil.

Trump había pasado gran parte del debate resoplando sonoramente, así que le pregunté a Cernovich si le preocupaba su salud.

—No me centraría en eso —repuso—. No me sorprendería que le hubieran hecho algo a su micro para que sonara así.

Comentó que, en Twitter, algunos de los críticos de Trump aún insistían con lo del nacimientismo, «que a estas alturas no es más que una historia aburrida y petarda».

—Es en plan: «Tíos, encontrad un nuevo relato» —intervino Posobiec.

—Los medios convencionales en estos momentos han perdido muchísima legitimidad —dijo Cernovich—. Si de pronto informaran de algo tipo «acabamos de ver a Trump dándole una paliza a un tío en la calle», alguna gente escéptica como la que me lee diría: «¿En serio? ¿Existe algún vídeo? ¿Ha sido manipulado?».

Dijo que los periodistas tradicionales harían girar el debate a favor de Clinton sí o sí, por lo que su contragiro era un correctivo necesario.

—A la izquierda le gusta hablar sobre las estructuras de poder, ¿no? Bien, los medios todavía creen que le cantan las verdades al poder. De lo que no se dan cuenta es de que a alguien como a mí se le considera el nuevo Cuarto Estado. Tal vez deberían revisar sus privilegios estructurales.

En 2010, cuando Andrew Breitbart empezó un blog llamado Big Journalism, el nombre era irónico. En 2016, Breitbart consiguió más tráfico que Los Angeles Times, y Steve Bannon, el editor jefe de Breitbart, renunció a su puesto para dirigir una exitosa campaña presidencial.

—Si nos atenemos a las estadísticas, soy menos influyente que otra gente (por ejemplo, Trump o Kim Kardashian), pero muchísimo más que un bloguero punk de Politico o The Weekly Standard que cree que forma parte de la élite mediática. Objetivamente, yo soy los nuevos medios de comunicación.[172]

Salimos del túnel Midtown y pedí a Posobiec que me dejara en la primera esquina que pudiera.

—¿Quieres un consejo gratis? —me preguntó Cernovich antes de salir del coche—. He visto tu tuit de antes.

Casi en el límite del campus, en mitad de una multitud de manifestantes, había visto a dos hombres, uno con leotardos de Mi Pequeño Poni y el otro con unas botas de agua que le llegaban hasta la rodilla, peleándose por un pollo de goma. Tuiteé una foto de ellos y la frase: «Este es el aspecto de la democracia».

—Eso podría haber sido un tuit brutal —dijo Cernovich—. Pero no ha tenido mucho éxito. La próxima vez intenta ponerle un filtro a la foto o escribir algo más ocurrente.

—Vale —dije abriendo la puerta del coche.

—Pero de todas formas veo por dónde vas. Algún día llegarás.

■

[167] «El Partido Republicano, que no le anda a la zaga al Demócrata, se caracteriza por el deseo de cambiar la auténtica naturaleza de Estados Unidos mediante una inmigración ilimitada —escribió—. Desafiando la corrección política, Trump se ha construido políticamente a prueba de balas».

[168] «Los chicos que entran, identificables por sus sombreros, / vagan en un laberinto de apacibles ladrillos». (N. de la T.).

[169] El verso pertenecía a un poema de Karl Shapiro, publicado en 1940 y titulado «Universidad». Me senté en un rellano de hormigón y lo leí entero en mi teléfono, y cuando terminé lo leí dos veces más. Empieza así:

Hacer daño al negro y evitar al judío

Ese es el curriculum

Y termina:

el verdadero noble, que una vez fue demócrata,

duerme en su montaña privada. Era alguien

cuyo pensamiento estaba bien formado y cuyo sueño era amplio;

En esta escuela tenía su arte y su epitafio.

Pero ahora le quita su nombre,

se abre como una mirada deshonesta,

y nos muestra, podrido y dotado,

su senil placer.

Después busqué más información sobre el poema y descubrí que Shapiro escribía sobre su alma mater, la Universidad de Virginia, en la ciudad de Charlottesville.

[170] En 2007, Dobbs afirmaba, falsamente, que en los últimos tiempos Estados Unidos había sufrido un pico de casos de lepra debido a «la entrada no controlada de inmigrantes ilegales en este país». En 2009, también falsamente, empezó a sugerir que Barack Obama podría haber nacido en el extranjero.

[171] Hasta donde pude saber después, Ciudadanos para Trump no era una 501(c)(3) [organización exenta del impuesto federal sobre la renta] ni ningún otro tipo de organización registrada; parecía ser simplemente una web y una página de Facebook.

[172] Esta línea argumental adquirió aún más fuerza dos años después, con la quiebra de The Weekly Standard.

20

«Metaposdata»

El día de las elecciones permanecí en el exterior de una pequeña iglesia metodista en Greensboro (Carolina del Norte) que era centro de votación. Un hombre llamado Larry, un afroamericano de setenta y pico años, repartía panfletos a favor de un candidato a juez de tribunal de distrito.

—He servido setenta y dos años en el Ejército —me dijo—. He visto Hawái, Nueva Zelanda, Australia. Recuerdo quedarme mirando la Ópera de Sídney y pensar: «Si un chico de campo de Reidsville, Carolina del Norte, puede llegar hasta aquí, todo es posible».

Charlaba amistosamente con todo el que pasaba, incluso con los que llevaban gorras de MAGA.

—Lo que sé es que no quiero que ese loco sea presidente, pero en mi corazón no albergo odio contra nadie.

Justo antes de que se hiciera de noche, un hombre blanco de barba cana salió de la iglesia. De camino al aparcamiento, se detuvo frente a Larry y pronunció un monólogo sin que nadie le hubiera animado a ello sobre por qué acababa de votar a Trump.

—Bill Clinton tiene un hijo ilegítimo que es mulato. Pero no te estoy descubriendo nada nuevo, ¿verdad? —dijo el hombre—. No pasa nada. No tengo ningún problema con la gente interracial. Lo único que me gustaría saber es por qué no habla sobre ello.

Hizo referencia a George Wallace,[173] a la segregación y a la miríada de patologías que él atribuía a «la zona centro de las ciudades». Larry mantenía la mirada clavada en la acera y no decía

gran cosa. Al final el hombre se metió en el coche y se fue.

—He visto de todo en este estado —dijo Larry sin levantar aún los ojos del suelo—. He conocido a personas cuyos parientes han sufrido linchamientos. En los últimos veinte o treinta años no oías a nadie diciendo estas cosas. Ahora, de repente, se sienten autorizados.

* * *

A la mañana siguiente, temprano, mi mujer y yo esperábamos nuestro turno para pasar el control de seguridad en el aeropuerto de Raleigh. Ella estaba embarazada de tres meses y, aunque los profesionales de los CDC (Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades) habían asegurado que se trataba de una precaución innecesaria, prefirió que la cachearan antes que pasar por el escáner de rayos X.

—Felicidades —dijo la agente de la TSA (Administración de Seguridad en el Transporte)—. ¿El primero?

Mi mujer asintió. Era evidente que había estado llorando. La agente, negra, de cuarenta y tantos y con largas trenzas, era extrañamente amable para lo que uno suele encontrarse en los aeropuertos.

—¿Qué sucede, cariño?

—Bueno, ya sabes —dijo mi mujer—. El mundo se desmorona.

—Tú no tienes que preocuparte por eso —afirmó con un tono dulce pero firme y mirando fijamente a mi mujer a los ojos—. Ahora este bebé es tu mundo. ¿Me has entendido?

En la puerta de embarque, dos matrimonios con gorras de MAGA mantenían una exaltada conversación mientras los demás permanecíamos sentados en silencio. A la hora de subir al avión, una azafata, blanca, de cincuenta y pico, con uñas postizas, escaneó

mi tarjeta de embarque y, sin levantar la vista, me preguntó:

—¿Cómo estás, cielo?

No se me dan nada bien los cumplidos, pero hasta yo sabía que esa pregunta tenía una única respuesta aceptable: una sonrisa rápida, una o dos palabras alegres y dejar que la fila volviera a ponerse en marcha enseguida.

—No muy bien —dije—. La verdad es que hoy no estoy muy bien.

Su mano, que aún sostenía mi tarjeta de embarque, quedó suspendida en el aire. Por primera vez alzó la cabeza y me miró, como si estuviera evaluando una potencial amenaza o un fallo técnico en Matrix. Incluso un sitio tan estrictamente regulado como un aeropuerto dispone de escasas reglas sobre cómo mantener una conversación. En su lugar, hay normas, que pueden resultar más o menos pintorescas, anticuadas u opresivas, o una delgada capa de protección frente al abismo.

La semana anterior, en las oficinas del New Yorker, uno de los editores web me había mostrado una maqueta de la que iba a ser la página de inicio de la revista tan pronto como se anunciaran los resultados de las elecciones. Consistía en una ilustración sencilla y atrevida —Hillary Clinton sonriente sobre un fondo de barras y estrellas—, y dos panegíricos que trazaban un largo arco desde las sufragistas del siglo XIX hasta la primera mujer presidente.

Le pedí que me enseñara la otra.

—¿Cuál?

—La otra versión de la página —dije—. Por si… En caso de… El otro resultado.

El plan de contingencia.

—Ah, sí —dijo—. No tenemos otra.

La mañana después de las elecciones, David Remnick envió un correo electrónico a todo el equipo para convocar una reunión. «Creo que a todos nos podría venir bien juntarnos para hablar sobre qué hacer ahora —decía el mensaje—. Independientemente de la orientación política de cada uno, creo que podemos estar de acuerdo en que esto que tenemos entre manos, The New Yorker, tiene un potencial enorme, cada día y cada semana, para el bien, para decir la verdad, para pensar, para la resiliencia».

Nos reunimos en una sala de conferencias en la planta treinta y ocho, con ventanales acristalados que daban a los jardines de la azotea de Goldman Sachs, al río Hudson y al perfil de Jersey City. Me senté con vistas al reloj Colgate, pero mi mirada no estaba pendiente de la hora ni de nada en particular. En los días siguientes se convertiría en algo habitual comparar esta sensación con un mal sueño, pero para mí, más que un sueño me parecía una enfermedad, un virus estomacal o una subida de fiebre; uno de esos días en los que te sientes desorientado, el tiempo se expande, no consigues encontrar una postura cómoda y el mal humor que una vez estuvo en otra parte del mundo se extiende por el aire de unas personas a otras hasta que finalmente llega hasta ti y ya no puedes permitirte el lujo de ignorarlo.

—No pretendo saber en qué posición os encontráis todas las personas que estáis aquí, pero todos sabéis cuál es la mía —dijo Remnick, despertando unas cuantas risas tristes.

La noche anterior, a modo de réplica, había escrito un ensayo feroz, que ya se había publicado, con el encabezado «Una tragedia americana»; ese había sido nuestro plan de contingencia.

—Sin embargo, independientemente de cómo os sintáis en este momento —prosiguió—, confío en que coincidáis conmigo en que todos, desde ahora mismo, tenemos un trabajo urgente que hacer.

El trabajo era el mismo de siempre: pensar atenta y críticamente para decir la verdad, para pedir cuentas a los poderosos. En aquel momento, aquello parecía al mismo tiempo completamente apropiado e inadecuado.

Salimos de la sala de conferencias y nos quedamos en los pasillos,

conversando sin orden ni concierto o guardando un silencio incómodo. Ese fue el ambiente hospitalario de aquellas primeras horas; aún estábamos aprendiendo los protocolos.

—No me puedo creer que esté a punto de terminar un artículo sobre un puto sarcófago —dijo un compañero—. Ahora me resulta ridículo.

Daba los últimos retoques a una historia ágil y reveladora que se publicaría en uno de los próximos números sobre un equipo de arqueólogos que trabajaba para salvar antigüedades amenazadas mediante el escaneo digital.

—La arqueología sigue siendo importante —insistí—. La tecnología sigue siendo importante. No podemos ignorar todo lo demás que ocurre en el mundo.

En ese momento no me creía ni una sola palabra de lo que decía.

Un editor web se pasó por mi oficina.

—¿Quieres llamar a algunos de tus amigos de la derecha alternativa para dejar que se regodeen un poco?

—Si puedes soportarlo…

Me di cuenta de que, de forma inconsciente, había dado por hecho que nunca volvería a hablar con ninguno de ellos. En aquel momento comprendí que probablemente iba a empezar a hablar bastante con ellos.

Llamé a Cernovich. No se regodeó.

—Hoy debe de ser un día extraño para ti, ¿eh?

Era la primera vez que hablábamos desde que se había publicado mi artículo sobre él.[174] El día que salió, tuiteó varias veces sobre el tema, revelando, entre otras cosas, su reticente respeto por el proceso de verificación de datos de The New Yorker: «Más de una hora al teléfono, múltiples e-mails. Tienen una línea a seguir llena de prejuicios, pero no son un fraude»). También había escrito un artículo sobre mi artículo. «Hay algo de sarcasmo en el artículo,

pero ese es el estilo de la Costa Este —escribió en Danger & Play—. Yo voy pisando fuerte y no tengo ningún problema en que otros hagan lo mismo». En privado, me envió un correo con el asunto «Metaposdata» para que viera cuánto tráfico era redirigido hacia mi artículo a través de Twitter y «el resto de los canales».

Hicimos una entrevista post mortem.

—Estas elecciones han sido un combate entre la cultura de lo políticamente correcto y la cultura de la libre expresión —dijo—. La mayoría de la gente se ha visto en la situación de que un engreído, un imbécil de las élites, les diga: «No puedes decir eso, es racista, es malo». Pues bien, el voto a Trump significaba: «Que te jodan, tú no vas a decirme lo que puedo decir».

Una vez terminada la entrevista, Cernovich me habló a título personal.

—¿Cómo lo llevas, tío?

Era un gesto trivial, tal vez incluso insultante, teniendo en cuenta todo lo que él había hecho para conducirnos hasta ese momento. Para mi sorpresa, sin embargo, no pude evitar encontrarlo casi conmovedor.

—Estoy bien —dije.

Era la primera vez que, como periodista, mentía a un sujeto. Me despedí deprisa y colgué el teléfono. Estaba dispuesto a sufrir un sinfín de humillaciones por el bien de mi trabajo, pero de ninguna manera iba a llorar delante de Mike Cernovich.

Escribí el artículo para la edición de internet. ¿Qué otra cosa se suponía que debía hacer?

«Uno de los clichés de la ciencia política que no ha quedado obsoleto después de estas elecciones es el de la ventana de Overton». La derecha alternativa había doblado la ventana hasta dejarla irreconocible. Su activismo en las redes sociales «había hecho posible, había hecho concebible, que Trump saliera elegido».

Empleé la cita de «engreído, imbécil de las élites» de Cernovich en mi artículo. En la situación en la que nos encontrábamos, no debería haber tenido importancia, pero sentí un escalofrío cuando hice clic en la versión publicada y vi que el equipo de redacción, conforme al libro de estilo de The New Yorker, había cambiado «elite» [sin acento en inglés] por el vocablo francés élite.

■

[173] Gobernador de Alabama que pasó a la historia por decir: «segregación ahora y segregación siempre».

[174] El epígrafe de aquella pieza, que se usaba por segunda vez en la historia de la revista, era «Anales de los medios».

Interludio

No confíes en nada

Durante mucho tiempo —el periodo anterior al boom tecnológico de los 90 que terminó, o comenzaba a terminar, el 8 de noviembre de 2016—, los grandes cerebros libertarios acordaron un conjunto de supuestos de sentido común: «Lo mejor se extiende»; «La nata sube a la superficie»; «Las nuevas tecnologías alterarán las viejas jerarquías, y esta alteración, en última instancia, redundará en el bien». Este dogma se transmitió a los inventores de los medios de comunicación sociales, que rápidamente heredaron la tierra. El tecnoutopismo era la lingua franca de Silicon Valley. Quien no lo aprendía de manera consciente lo hacía por ósmosis. Desafiarlo implicaba ir voluntariamente al manicomio; desde una perspectiva más práctica, significaba enemistarse con los posibles inversores.

En junio de 2016, Andrew Bosworth, un viejo amigo de Mark Zuckerberg y uno de los principales ingenieros de Facebook, redactó un memorando para uso interno sobre el precepto primordial subyacente a la agresiva estrategia de crecimiento de Facebook. «Conectamos a las personas —escribió Bosworth—. Punto». Reconocía que los usuarios podían —y a menudo lo hacían — explotar la permisividad de la plataforma de formas calamitosas. «Tal vez alguien muera en un ataque terrorista que ha sido coordinado con nuestras herramientas. Pero seguimos conectando a la gente. La fea verdad es que creemos tan profundamente en conectar a las personas que cualquier cosa que nos permita conectar a más personas más a menudo es, *de facto*, buena». Esto se acercaba a la definición de manual del tecnoutopismo maquiavélico. Y aun así, en ese momento, se veía como algo coherente con el vocabulario moral dominante en Silicon Valley: provocador pero no impensable.

Dos días después del triunfo de Trump, entrevistaron a Mark Zuckerberg en el marco de una conferencia de tecnología. «Creo que la idea de que las noticias falsas en Facebook, que son una cantidad muy pequeña del contenido, hayan podido tener cualquier tipo de influencia en las elecciones resulta bastante disparatada —dijo—. Los votantes toman decisiones en función de las experiencias vividas». Esta idea era un disparate, y Zuckerberg se pasó los siguientes dos años tratando de contrarrestarla.

Evidentemente, lo que la gente ve en sus redes sociales afecta a sus «experiencias vividas». Esto lo sabemos, en parte, porque Facebook ha hecho investigaciones al respecto. En 2012, sin preaviso ni permiso, la empresa manipuló los feeds de cerca de setecientos mil usuarios, a los que dividieron en dos grupos. A unos les mostraron una mayor cantidad de «contenido emocional positivo» y a los otros más «contenido emocional negativo». Dos años después, los investigadores de Facebook divulgaron el experimento y publicaron los resultados en una revista científica.[175] El hallazgo era claro: la gente con feeds más felices parecían volverse más felices, y viceversa. Los autores del estudio llamaron a este fenómeno «contagio emocional a escala masiva». En los años siguientes, las redes sociales continuaron creciendo en tamaño e influencia, poniendo herramientas cada vez más sofisticadas en manos de publicistas, espías, políticos y propagandistas. La mayoría de la gente actuó como si aquello no tuviera nada de problemático, como si los usuarios de pronto fueran capaces de desarrollar inmunidad al contagio masivo, o como si las creencias benignas fueran contagiosas pero las creencias malignas, no. Era reconfortante imaginar algo así, pero no había ninguna razón para hacerlo.

«Construimos Reddit en torno al principio del “sin editores. La gente son los editores” —explicaba Steve Huffman—. Esos eran los valores de Y Combinator, y se convirtieron en los nuestros. En ese momento ni siquiera era algo extraordinario… Simplemente era así».

En sus inicios, Huffman y Ohanian vendían camisetas con uno de los eslóganes de la compañía: «Libertad frente a la prensa». Como todos los provocadores, creían en un discurso sin filtros, a lo

grande. No se pararon demasiado a pensar en qué podría salir mal.

Con el tiempo, cada subreddit se convirtió en una comunidad propia, con una cultura diferenciada propia. A finales de 2014, el número de subreddits superaba el medio millón: r/Ciencia, r/ConsejosModaMasculina, r/Árboles (para entusiastas de la marihuana), r/EntusiastasMarihuana (para entusiastas de los árboles), r/LigeramenteInteresante («para fotografías, en fin, ligeramente interesantes»). Cada subreddit estaba dirigida por moderadores voluntarios: personas que publicaban a menudo, que comprendían la línea que la comunidad trataba de conseguir y que establecían directrices para evitar grandes descarrilamientos. Reddit no tenía, ni de lejos, suficientes empleados para vigilar hasta el último rincón de su página. (Los inversores seguramente apreciaban el modelo descentralizado y de bajo contacto de la empresa, que permitía acumular grandes cantidades de tráfico con una nómina relativamente pequeña). A menos que se vieran inundados por informes de actividades ilegales, el personal de Reddit normalmente permitía que los moderadores voluntarios impusieran sus propias reglas, o que no las hicieran cumplir.

Los moderadores podían establecer incentivos para promover la integridad, la novedad o la perversidad, básicamente lo que quisieran. En r/Oooh, «un lugar para imágenes y vídeos realmente bonitos», había reglas para que las cosas se mantuvieran bonitas («Nada de contenido no apropiado para el trabajo», «nada de contenido “triste”», «nada de acoso»). En r/CambiarDeOpinión, uno de los pocos rincones de internet donde florecía un debate verdaderamente constructivo, los moderadores prometían eliminar cualquier «comentario grosero/hostil» y cualquier «acusación de mala fe». Pero había miles de subreddits donde las reglas eran más laxas, y muchas de esas comunidades se volvieron tóxicas. «En internet pueden pasar toda clase de cosas extrañas —dijo Huffman —. Imagina que publico una broma cuya gracia es ser ofensiva, como, por ejemplo, insinuar que “esto es algo que diría una persona racista”. Pero alguien malinterpreta el contexto y piensa: “Ese racista sabe lo que dice”». Huffman pensaba que aquella dinámica podía explicar gran parte del comportamiento inexplicable de internet. Con frecuencia, decía, «alguien insiste con una broma o un meme para ver hasta dónde puede llegar, y la respuesta suele ser:

muy lejos, joder».

En 2011, un popular subreddit —no uno en los cien primeros puestos, pero lo bastante grande como para que los administradores de la página fueran bien conscientes de su existencia— se llamaba r/ChicasMenoresDeEdad. Estaba dedicado a fotos sexualmente sugerentes de mujeres jóvenes. Era profundamente asqueroso, pero es probable que no fuera ilegal (los moderadores juraban que todas las chicas que aparecían en las fotos tenían dieciocho años o más) y Reddit permitió que la comunidad continuara creciendo.

En septiembre de aquel año, el periodista y presentador Anderson Cooper habló de r/ChicasMenoresDeEdad en la CNN. «Es bastante sorprendente que una gran corporación permita algo así, que repercute negativamente en ella». Esa noche, el tráfico que generó r/ChicasMenoresDeEdad se cuadriplicó. Más adelante, después de que alguien en la subreddit supuestamente compartiera la foto de una niña de catorce años desnuda, la comunidad fue prohibida. Aun así, permitieron que su fundador, un trol infame que se hacía llamar Violentacrez, siguiera activo en Reddit, igual que los otros cuatrocientos subreddits que había creado: r/Jewmerica, r/AsfixiaAUnaPuta y cosas peores.

En 2012, un periodista de Gawker reveló la identidad de Violentacrez. Se trataba de Michael Brutsch, un programador informático de cuarenta y nueve años que vivía con su mujer en una zona residencial de Dallas. Un reportero de la CNN que fue a entrevistar a Brutsch en Texas le preguntó qué le había llevado a causar tanta destrucción en internet. «Sinceramente, mi mayor aliciente eran todos esos estúpidos puntos que me daban».

En aquellos momentos, el director general de Reddit era Yishan Wong, un ingeniero que previamente había trabajado en PayPal y Facebook. En un memorando interno, insinuaba que había excluido el r/ChicasMenoresDeEdad a regañadientes y únicamente porque violaba las leyes estadounidenses. «Aquí defendemos la libertad de expresión. No vamos a prohibir contenido legal aunque nos resulte odioso o lo condenemos a título personal». El objetivo de Reddit era «convertirse en una plataforma universal para el discurso humano»;

por lo tanto, «no serviría de nada si, en nuestros primeros años, decidíamos censurar cosas por la simple razón de que eran de mal gusto». Esto conllevaba una pregunta clave, aunque Wong no la planteó, tal vez porque no se le pasó por la cabeza: si una plataforma universal para el discurso humano se viera invadida por «chicas menores de edad», misoginia grotesca y propaganda nazi, ¿cómo afectaría esto al discurso humano?

El absolutismo de la libertad de expresión había sido tan central en la filosofía de Reddit durante tanto tiempo que muchos redditors no podían sobreponerse a aquella expulsión. La sucesora de Wong en la dirección general fue la exinversora de capital riesgo Ellen Pao. Al comienzo de su mandato, Reddit anunció la aplicación de severas medidas contra la pornografía involuntaria: si una persona encontraba una foto comprometedora de sí misma circulando en la plataforma sin su consentimiento, podía denunciarlo y la empresa procedería a su eliminación. Esto, que podía parecer una decisión empresarial sencilla y directa, para muchos redditors —constitucionalmente contrarios a la imposición de cualquier tipo de guardianes— supuso el primero de un inevitable desfile de los horrores. «Esta regla es estúpida y suprime nuestros derechos», escribió un redditor cuyo alias era penisfuckermcgee.

Unos meses después, Reddit prohibió cinco de sus comunidades más ofensivas, incluyendo r/OdioALosGordos y r/GilipollecesQueDicenLosNegros. De nuevo, muchos redditors se mostraron furiosos («Solo nos falta comprar un billete de ida a Corea del Norte»). Casi cada día había redditors agresivos que llamaban a Pao tirana, «puta asiática» o cosas peores. Pao dimitió en julio de 2015. «Internet empezó como un bastión para la libre expresión —escribió en The Washington Post—. Pero el equilibrio es cada vez más difícil. Los troles van ganando».[176]

En julio de 2015, seis años después de dejar Reddit, Steve Huffman regresó como director general. Había puesto en marcha Reddit con la esperanza de alterar a los guardianes, o tal vez de eliminarlos por completo. Ahora, refunfuñando pero de manera inexorable, él mismo se había convertido en guardián. Para ser justos, aún prefería apostar por un enfoque no intervencionista en la moderación de contenidos, pero con el tiempo su postura se había

vuelto menos absoluta. Una cosa es ser un libertario civil en la teoría y otra es empezar una fiesta en un almacén, ver cómo se convierte en una anarquía salvaje y no hacer nada para sanearlo.

Una de las primeras acciones de Huffman como director general consistió en prohibir media docena de subreddits que eran agresivamente racistas, como, por ejemplo, r/CiudadDeNegratas. «Hubo reacciones negativas, como siempre que prohibimos algo —dijo luego—. Pero, como fundador, tenía la autoridad moral de tomármelo con filosofía». Reconocía que «el discurso del odio es realmente difícil de definir» y que «como quiera que se defina, tiene el potencial de establecer un peligroso precedente». Aun así, añadió: «Conozco internet. Hay gente razonable y otra que solo quiere ver el mundo arder. Por eso, llegados a cierto punto, con estos últimos me pongo en plan: "Muy bien, que os jodan, tíos. Esta es mi página. Id a quemar otra cosa"».

* * *

La sede central de Reddit se ubica en una antigua torre de radio de la NBC, en el centro de San Francisco. Tiene techos altos con lámparas industriales muy chic y una gran zona común con kombucha de grifo. Cada escritorio estaba agresivamente decorado a base de toques personales: una gorra de «Make Reddit Great Again», una revista de papel satinado llamada Meme Insider… Trabajar en Reddit requiere prestar una atención antropológica al gusto variopinto de los redditors, y no es inusual ver grupos de empleados en forma y bien vestidos hablando alegremente de la publicación más reciente en r/DimensiónGatuna o r/GenteMuriéndoseJoder.

Como todas las redes sociales de éxito, Reddit era una fiesta que se había hecho muy grande muy rápido, y ahora trataba de descubrir el modo de controlar el caos sin dejar de respetar la autonomía básica de sus invitados. Yo había pedido a todas las grandes empresas de medios sociales permiso para observar desde dentro

mientras se encargaban de esas irritantes soluciones de compromiso, pero ninguna de ellas parecía tener muchas ganas de proporcionarme el acceso total que solicitaba. Los responsables de relaciones públicas de Twitter habitualmente ignoraban mis e-mails. Los representantes de Snapchat se reunieron una vez conmigo para desayunar, pero luego ignoraron casi todos mis correos. Los de Facebook hablaron conmigo durante semanas y me plantearon cuestiones perspicaces e inteligentes, antes de empezar también a ignorar mis correos.[177]

Reddit tenía más alicientes para ser transparente. El trabajo periodístico de Anderson Cooper no era la única mala prensa que la compañía había recibido a lo largo de los años. Al teclear «Reddit es» en Google, tres de las primeras respuestas autocompletadas eran «tóxico», «cáncer» y «basura candente».

La primera mañana que visité las oficinas, a principios de 2017, me senté en una sala de conferencias con paredes de cristal a observar una reunión que giraba en torno al contenido sexual. En Reddit se permite el porno, siempre que sea legal, pero los administradores hacen todo lo posible por mantenerlo apartado de todo lo demás.

—¿Y qué pasa con CaballerosEmpalmados? —preguntó un ingeniero refiriéndose a un subreddit semierótico.

—Ese es un ejemplo de uso interesante —repuso Melisa Tidwell, la abogada de la empresa—. En realidad, si te fijas, es bastante suave, pero el común de los mortales verá el nombre y enseguida dará por hecho que es porno, así que tal vez es mejor que no aparezca en una búsqueda estándar.

No podía decirse que la conversación fuera muy elevada (Tidwell, una abogada con más de una década de experiencia en la industria tecnológica, soltó alguna que otra carcajada tímida), pero el establecimiento de límites es una tarea fundamental, aunque no siempre sea de gran nivel.

—Estoy más que harta de la gente que solo sabe repetir el mantra «¡libertad de expresión!» y luego no tiene nada que decir —me dijo Tidwell después de la reunión—. A ver, la libertad de expresión evidentemente es un gran ideal al que aspirar. ¿A quién no le

encanta la libertad? ¿O la expresión? Pero después, en la práctica, todos los días surgen zonas grises. ¿Libertad de expresión significa literalmente que cualquiera puede decir lo que sea en cualquier momento? ¿O realmente es más propicio para el libre intercambio de ideas el crear una plataforma donde las mujeres y la gente de color puedan decir lo que quieran sin que haya miles de personas gritándoles: «¡Que os jodan! ¡Prendeos fuego! ¡Sé dónde vives!»?

Al salir de la reunión me tropecé con Huffman en el pasillo. Acababan de salir a la venta las entradas para el festival Burning Man e intentaba convencer a uno de sus empleados para que comprara una. Seguí a Huffman hasta una sala de conferencias, donde se sentó presidiendo una larga mesa y dio una charla sobre ventas a un grupo de ejecutivos publicitarios de Nueva York; Reddit proporciona un generoso almuerzo diario, y todos, excepto Huffman, tenían un plato de salmón con ensalada delante.

—Trato de ayunar de forma intermitente —dijo—. La gente de r/Nutrición jura que es lo más.

A pesar de su básico diseño, Reddit recibía una asombrosa cantidad de tráfico. En aquel momento era la cuarta página con más visitas en Estados Unidos (por detrás de Facebook, YouTube y Google, y por delante de Amazon, Twitter y todas las demás). Ciertamente, Reddit había alcanzado su objetivo de convertirse en una plataforma universal para el discurso humano mucho más rápido de lo que cualquiera hubiera podido prever. A pesar de ello, la página podía ser un lugar extraño e intimidatorio, y muchos anunciantes se mostraban cautelosos. Huffman trataba de asegurar a los ejecutivos publicitarios que todo iba bien.

—El rollo sarcástico, libertario, el «todo vale» de los primeros años de Reddit —explicó—, venía más que nada de cuando era un chico de veinte años. Desde entonces, y para gran alivio de todos, es algo que ya he dejado atrás.

Alrededor de la mesa, los ejecutivos asentían y se reían entre dientes.

—Hemos dejado que la historia se nos escape de las manos —prosiguió Huffman—, y ahora estamos tratando de ponernos las

pilas.

* * *

El 23 de noviembre de 2016, Huffman estaba en su despacho en San Francisco, examinando detenidamente Reddit (o, más bien, continuando su examen riguroso de Reddit, algo que, a menos que estuviera desconectado, rara vez dejaba de hacer). Era el día antes de Acción de Gracias. Los administradores de la página acababan de eliminar el subreddit r/Pizzagate; la noticia empezaba a extenderse por otros subreddits y Huffman vigilaba las reacciones. Según los administradores de Reddit, el motivo de la prohibición no era el que creía la gente del subreddit, sino el comportamiento que habían manifestado, en concreto su insistencia en expulsar a sus enemigos, lo que iba claramente en contra de las reglas de la página. Los teóricos conspirativos del Pizzagate afirmaban a su vez que se los había vetado porque los administradores de Reddit estaban compinchados con la conspiración.

Algunos de estos teóricos conspirativos abandonaron Reddit y volvieron a reagruparse en Voat, una página fundada por el detrito que se había desprendido de Reddit.[178] Otros pizzagaters se quedaron y se reagruparon en r/The_Donald, un popular subreddit pro-Trump. A lo largo de la campaña presidencial, The_Donald había sido un hervidero para la promoción de Trump. A esas alturas se había convertido en una subcultura hermética plagada de disparatadas bromas internas y una retórica desafiante. Los comentadores más frecuentes de la comunidad, igual que el hombre al que habían ayudado a propulsar a la presidencia, eran expertos en poner a prueba los límites a base de lanzar mensajes camuflados lo suficientemente sutiles para evitar que los expulsaran de la plataforma.

«Hemos sabido que hoy se ha cerrado r/Pizzagate —escribió alguien en r/The_Donald—. Vamos a tener que estar extremadamente alertas». En cuestión de segundos, los comentarios sobre Pizzagate

se acumulaban: «Hum, me pregunto por qué quieren suprimirlo…», «Censura descarada», «Bueno, eso solo va a hacer sospechar a los que antes no creían. ¡Bien jugado, Reddit!».

Los nombres de usuario de los redditors van precedidos por una «u», de usuario. El de Huffman es u/Spez. Mientras exploraba r/The_Donald, advirtió que cientos de los comentarios más populares hablaban sobre él.

que te jodan, u/spez

u/spez es cómplice del encubrimiento

que te jodan, u/Spez

u/spez apoya las violaciones a niños

QUE TE JODAN, u/SPEZ!

Uno de los comentarios decía: «u/SPEZ ES UN CORNU», en negrita, ciento diez veces seguidas. Huffman, solo en su despacho, se preguntaba si debía responder. En privado, había empezado a imaginar a The_Donald como un adolescente profundamente equivocado que no dejaba de portarse mal. «Si tu hermano pequeño te da un capirotazo en la oreja, tal vez lo ignores —dijo después—. Si te da cien capirotazos en la oreja, o un puñetazo, tal vez le des una pequeña torta para que vea que estás atento a lo que él hace».

Huffman era el autor del código de fuente de Reddit y, aunque los redditors todavía no lo sabían, podía editar cualquier parte de la página de la forma que quisiera. Escribió una secuencia de comandos que automáticamente reemplazaría su nombre de usuario por el de los moderadores de r/The_Donald, redirigiendo en tiempo real los insultos a los que le insultaban. En un comentario, «Que te jodan, u/Spez» se convirtió en «Que te jodan, u/Trumpshaker». En otro, «Que te jodan, u/Spez» se convirtió en «Que te jodan, u/MAGAdocious».

Los usuarios de The_Donald se dieron cuenta de lo que estaba pasando y reaccionaron inventando una teoría de la conspiración que, en aquel caso concreto, resultó ser cierta.

Los administradores están bajos de energía: han recurrido a editar VUESTRAS publicaciones.

Manipular las palabras de tus usuarios es algo muy jodido.

Ni siquiera Facebook o Twitter han caído tan bajo.

No confíes en nada.

* * *

Una vez se destapó aquel incidente, se convirtió en un ejemplo paradigmático de la extralimitación. Existía el consenso de que los guardianes tecnológicos debían aplicar algún tipo de moderación entre sus usuarios, pero no eso. «La he jodido —escribió Huffman la semana siguiente en una disculpa pública—. Más que nada, quiero que Reddit se cure, y quiero que nuestro país se cure». Sus acciones habían puesto al descubierto un hecho que la gran mayoría de las empresas de medios de comunicación sociales ponían gran empeño en ocultar: que, en el fondo, por muy neutral que pueda parecer una plataforma, siempre hay alguien en un segundo plano.

Su publicación de disculpa recibió más de 36.000 comentarios.

«¡Qué tonto eres! —comentaba alguien—. ¿Nadie te dijo que no hay que alimentar a los troles?».

«Lo sé, lo sé —respondió Huffman—. Sinceramente pensaba que podría hacerles un poco de gracia».

«Me gusta Reddit —decía otro comentario—. Puedes hacer lo que quieras, no pienso dejar de pasarme por aquí».

«Agradezco el apoyo», repuso Huffman.

«¿Te preocupa la percepción exterior que pueda tener esta página? —decía otro comentario—. Parece que en la cultura popular se está filtrando que es una de las páginas favoritas de la derecha alternativa».

Huffman no contestó a eso.

Tres días después de que Trump saliera elegido, Paul Graham ofreció una entrevista a Los Angeles Times. «Cuando empezó Reddit, pensé que su insolente lema, "Libertad frente a la prensa", era para bien —dijo—. Ahora me preocupa hacia dónde nos dirigimos».

No había abandonado del todo su tecnooptimismo, pero su coraza de jovial seguridad en sí mismo había sido perforada.

«A menudo, cuando la tecnología causa un problema, también te ofrece una solución —dijo—. Confío en que esta vez también será el caso. Pero que me parta un rayo si sé cuál es».

■

[175] Los usuarios estaban furiosos, y, después de eso, o bien Facebook dejó de llevar a cabo experimentos secretos o bien dejó de informar públicamente sobre ellos. Adam D. I. Kramer, Jamie E. Guillory y Jeffrey T. Hancock, «Experimental Evidence of Massive-scale Emotional Contagion through Social Networks», Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America, 17 de junio de 2014, www.pnas.org/content/111/24/8788.

[176] A lo largo de su presidencia, Barack Obama continuó siendo un optimista implacable. Por lo general, presentaba a los medios de comunicación sociales como una fuerza saludable, a pesar de la creciente evidencia que demostraba lo contrario. «Aún creo que el señor Trump no será presidente —dijo en 2016—. Y la razón de ello es mi gran fe en el pueblo estadounidense». Un comentarista en r/The_Donald, en respuesta a las observaciones de Obama, escribió:

«¡QUE SE JODA ESE CORNU SIN FUELLE!».

[177] En cierta ocasión, en Menlo Park, hice una visita a Chris Cox, el jefe de producto de Facebook, tal vez la persona más directamente responsable de determinar qué veían los 2.000 millones de usuarios cuando abrían sus feeds personalizados. Estuvimos hablando durante una hora, y me pareció un conversador generoso y astuto. Y eso es todo lo que puedo decir sobre nuestro encuentro, porque se celebró de forma extraoficial.

[178] La mayoría de las redes sociales tenían redes subversivas similares: tanques de contención para los vetados. La de Twitter era Gab; la gente que había sido expulsada de Patreon terminaba en Hatreaon; durante un tiempo existió un clon de Go-FundMe de la derecha alternativa llamado GoyFundMe. [Goy es un término despectivo para decir «no judío» (N. de la T.)].

PARTE IV

EL PANTANO

«Hoy en día la vergüenza tiene mala reputación.
Yo creo que es una emoción muy útil».

Zadie Smith, 2017[1]

[1] Zadie Smith, «Zadie Smith Interview: On Shame, Rage and Writing», Louisiana Channel, vídeo, 16 de abril de 2018, https://vimeo.com/264942344.

21

Las noticias

del futuro

El día que conocí a Lucian Wintrich, en una de las dos barras libres de la DeploraBall, se inclinó mucho hacia mí y me salpicó los zapatos con su gin-tonic.

—Creo que va a interesarte mucho lo que estoy a punto de anunciar —dijo.

Lo que fuera que quisiera venderme, estaba decidido a no comprarlo. En los últimos días había ofrecido entrevistas a The Atlantic y a The Daily Beast, y esa noche un equipo de Viceland iba tras él (no debe confundirse con el equipo de Vice News que seguía a Roger Stone un piso por debajo). Como cualquier periodista, había escuchado un montón de peroratas desesperadas, pero nunca había conocido a nadie con una sed de atención mediática tan insaciable —o atención de cualquier tipo— como Lucian Wintrich, [179] y lo último que quería era fomentarla todavía más.

—Debes venir a una de mis cenas alguna vez —dijo—. Comida de primera, conversaciones brillantes, el bourbon fluye como el agua.

Estaba a punto de empezar su siguiente frase cuando Mike Cernovich lo llamó para que subiera al atril. Wintrich dejó su copa en la barra y encontró el camino más corto hasta el escenario, como si la luz de los focos tirara de él.

Se quedó de pie junto a Jim Hoft, su jefe en The Gateway Pundit. La página era una fuente de desinformación viral, hipótesis a medio cocer y el tipo de agitación racista taruga que no llegaba siquiera a

los estándares de Breitbart. Y sin embargo, durante la campaña de 2016, The Gateway Pundit recibió más de un millón de visitas diarias, aproximadamente las mismas que The Weekly Standard.

—Hemos estado en conversaciones con la administración Trump —dijo Hoft—. Nos han dado su palabra de que este año The Gateway Pundit contará con un corresponsal en la Casa Blanca… y se llama Lucian Wintrich.

El público estalló en aplausos, y Wintrich disfrutó de lo lindo. Imitó el gesto de la mano que hizo Richard Nixon al abandonar para siempre el césped de la Casa Blanca a bordo de un helicóptero: los hombros encorvados hacia delante, los dedos índice y corazón estirados en forma de uve.

—Voy a ser el corresponsal más joven y más gay en la historia de la Casa Blanca.[180]

Volvió a la barra, agarró su copa medio vacía, se giró hacia mí y arqueó una ceja.

—¿Y bien? ¿Qué me dices?

Tres semanas después, Wintrich estaba en su estudio en el East Village tragándose un puñado de vitaminas con la ayuda de un café con leche tibio para llevar. Salía para Washington D. C. en una hora.

—Siento decirte que tengo un poco de resaca —dijo—. Muy poco ideal para hacer mi entrada triunfal en D. C., pero es lo que hay.

Había reservado un billete de treinta y cinco euros en Megabus. Me explicó que, como persona fiscalmente conservadora, no podía permitirse apoyar a Amtrak [la red estatal interurbana de trenes de Estados Unidos].

—Cuesta, literalmente, cinco veces más —dijo—. Otra cosa más que estoy deseando que Trump arregle.

Envió un mensaje a su novio, encendió un cigarrillo y empezó a

preparar la maleta. En su ordenador, pasó de la música pospunk de los 70 al boletín de noticias de la BBC. Tenía las paredes cubiertas de cuadros enmarcados: un collage de un hombre desnudo —salvo por unas botas de combate nazis— apuntando con un rifle; una pastilla, mitad roja y mitad azul, enmarcada y firmada por Martin Shkreli; varias imágenes impresas a gran tamaño de la serie Twinks4Trump.

—El buen arte debería ser transgresor. Hoy en día parece que la mejor forma de ser transgresor es simplemente siendo un hombre blanco, conservador y orgullosamente proestadounidense.

Cuando se matriculó en la universidad privada de Bard College era el típico estudiante progresista de Humanidades. El segundo año se había transformado en seguidor de Reagan.

—No te imaginas lo mucho que me molestaba la cultura de lo políticamente correcto en el campus, que me dijeran lo que no se podía decir —aseveró—. Siempre me ha dado por ir a la contra.

En la maleta metió una chaqueta de Saint Laurent, tres corbatas de Hermès y un frasco de Eau Savage de Dior.

—Tengo mis primeros modelitos preparados, y debo decir que son monísimos.

Cogió el libro que tenía en la mesilla de noche (Coming Apart [Desmontándose], de Charles Murray), lo pesó con la mano y decidió no llevárselo.

Hoft le había enviado un contrato formalizando su empleo con The Gateway Pundit y Wintrich lo revisó en el móvil. En una versión anterior, «había una frase que decía: “El empleado debe mantener un comportamiento profesional en todo momento”. Llamé a Jim y le pregunté: “¿Esto quiere decir que debería dejar de trolear a los liberales?”, y me dijo: “Lo mejor es que eliminemos esa frase”». El plan era que Wintrich se mudara a D. C. en cuanto encontrara un apartamento en la ciudad.

—Si te digo la verdad, me parece una ciudad espantosamente aburrida, pero me buscaré la vida para que funcione.

Hoft, que vivía en San Luis, había empezado The Gateway Pundit en 2004. Después de la fiesta que celebró en la Convención Nacional Republicana, Wintrich y él se hicieron amigos y empezó a escribir para la página. Siendo generosos, su trabajo allí podría describirse como crítica de los medios de comunicación (o, siendo menos generosos, como una serie de exabruptos amorales en una guerra cultural al estilo de Andrew Breitbart). Después de que BuzzFeed publicara una historia acusando a The Gateway Pundit de publicar «hechos alternativos», Wintrich escribió una publicación con el siguiente encabezado engañoso: «Buzzfeed admite que las "fake news" de los liberales ya no funcionan, y señala a Gateway Pundit como las noticias del futuro».

Wintrich viajaba a Washington en el primer mes de la primera presidencia de telerrealidad, y para entonces el drama que tenía lugar dentro de la Casa Blanca ya había alcanzado los niveles de máximo suspense de mitad de temporada. «Estamos luchando contra las noticias falsas —había dicho Trump en un discurso—. Son falsas, embusteras, falsas. —Y había añadido—: Y yo amo la Primera Enmienda. Nadie la ama más que yo».

Durante algunos meses se había empleado la expresión «noticias falsas», generalmente en boca de figuras de autoridad de la izquierda, como una forma de desacreditar medios como Liberty Writers y The Gateway Pundit. Las definiciones variaban. Los tecnoutópicos, muchos de los cuales tenían un fuerte interés financiero en restarle importancia al problema, tendían a definirla de la forma más ajustada posible: se trata del trabajo de unos cuantos adolescentes traviesos de Macedonia que lo hacen para conseguir unos euros rápidos. Otros, como los agentes de prensa del Partido Demócrata, confiando en echar la culpa de la derrota de Clinton a factores que escapaban a su control, interpretaban la expresión de maneras muy amplias. En cualquier caso, el significado era bastante claro: un medio de noticias falsas era un medio que tenía poco interés en conocer los hechos correctos, o que consideraba que las inexactitudes eran un distintivo, no un error. [181]

Poco después de las elecciones, Trump y su ejército de internet empezaron a sacar provecho de las «noticias falsas». Empleaban un

técnica muy elemental, la misma que habían utilizado con «deplorable», «concienciado» y «beligerante»: obligar, a través de la simple repetición, a que el meme evolucionara hasta que pasara a significar más o menos lo contrario a su significado anterior. ¿Por qué ibas a pedirle a tu oponente que soltara la porra cuando podías usarla para devolverle la paliza? La vida útil de la expresión fue de unos cuatro meses: desde que las «noticias falsas» entraron a formar parte del vocabulario popular hasta el momento en que se convirtieron en algo realmente sin sentido.

Wintrich pensaba dedicar el trayecto en autobús hasta D. C. a ponerse al día con las últimas noticias y a redactar preguntas para su primera rueda de prensa. En su lugar, abrió el portátil, que había decorado con una pegatina de Barry Goldwater, y se dio un atracón de varios episodios de la comedia de animación El rey de la colina. No parecía tomarse muy en serio la parte de recopilar noticias de su nuevo trabajo; más concretamente, no parecía creer que tomarse seriamente las noticias fuera parte de su trabajo.

Cerró el ordenador y miró por la ventana. Los medios de comunicación tradicionales, según dijo, «arremeten contra Trump haga lo que haga. Todo el mundo sabe que a la investidura presidencial de Obama fue muchísima más gente. Pero ¿a quién mierdas le importa eso? Darle relevancia no es más que un gesto de pretensión y condescendencia por parte de los medios». Su trabajo consistiría en contraatacar. Me hizo partícipe de lo que le había dicho un destacado conservador pro-Trump: «Estás aquí para trolear a la prensa, y más te vale trolearla a base de bien». Por un momento, pareció abrumado. Luego abrió mucho los ojos, respiró profundamente y dijo:

—Vamos a ver qué pasa.

* * *

En circunstancias normales, las ruedas de prensa de la Casa Blanca eran espectáculos televisivos muy aburridos. Robert Gibbs, Jay

Carney y Josh Earnest, los tres tipos blancos de aspecto normal y corriente que habían ejercido como sucesivos secretarios de prensa en la administración Obama podrían pasear por la mayoría de las ciudades estadounidenses sin que nadie los reconociera. Raras veces alguna de sus sesiones informativas (por ejemplo, una irritada discusión entre Carney y Jonathan Karl, de ABC News, a propósito de la logística de la inscripción en el Obamacare) llegaba a destacar lo bastante como para aparecer en los titulares.

Y entonces llegó Donald Trump, un hombre que no soportaba la televisión aburrida. Las ruedas de prensa diarias empezaron a encontrarse entre los programas más valorados de la televisión diurna, superando a Hospital General y Belleza y poder. Al secretario de prensa de Trump, Sean Spicer, cuyo trabajo consistía en improvisar declaraciones en nombre del presidente, se le daba bastante mal; las crónicas gráficas resaltaban su propensión a quedarse con la lengua trabada, sonrojado por la rabia, o ambas cosas a la vez.[182]

Los principales canales de noticias dedicaban horas y horas a hacer exégesis nocturnas de las contradicciones por entregas en las que incurría Spicer y sermones dominicales matutinos sobre cómo se hacía peligrar la Primera Enmienda al denegar el acceso a los periodistas que no le gustaban. En YouTube, cuentas de fans con nombres como Mafia de Trump y Patriota Beligerante reposteaban las ruedas de prensa de Spicer, y otros medios conservadores publicaban exultantes compilaciones con sus momentos más «picantes»,[183] superponiendo sus reproches a reporteros con imágenes de llamas y guindillas. Dependiendo de la definición de «noticias» de cada uno, podía decirse que, dado lo asombrosas que eran muchas de sus afirmaciones, en el transcurso de una sesión informativa el propio Spicer se convertía en varias ocasiones en noticia, o que raramente era noticia porque mucho de lo que decía era confuso u obviamente equivocado.[184]

Los presidentes anteriores habían estado muy ocupados con asuntos de Estado para obsesionarse con las minucias de las relaciones públicas. Por eso existen las ruedas de prensa. En el siglo XIX, los presidentes podían informar ellos mismos a los reporteros, aunque de manera poco frecuente y ad hoc; llegados los años 20, la

distribución de información se había convertido en un trabajo a jornada completa, y Herbert Hoover fue el primer presidente que contrató a un portavoz. Mike McCurry, nombrado por Bill Clinton, fue el primer secretario de prensa en permitir la retransmisión en directo por televisión de las sesiones informativas, una decisión que más tarde calificó de «error fatal».

Parece ser que el presidente Trump disponía de mucho tiempo para ver la televisión (sobre todo cuando las voces en la pantalla hablaban sobre él, lo que casi siempre hacían). «Solo con echar un vistazo a su agenda diaria te das cuenta de los pocos actos que se celebran entre las 13:00 y las 14:00 horas —me dijo un corresponsal radiofónico; era la hora en la que Spicer solía celebrar sus ruedas de prensa—. A veces siento que no tengo tiempo de asistir a esas sesiones, cuando ese es mi trabajo —prosiguió el corresponsal—. Solo de pensar que el presidente de Estados Unidos pueda tomarse el tiempo de estar presente durante toda una sesión informativa, por no decir en todas ellas, me parece francamente alucinante». Otro corresponsal señaló la frecuencia con la que los ayudantes de prensa entregaban notas a Spicer mientras estaba en el atril, y la obediencia con la que este parecía responder a las directrices de las notas, acortando una respuesta o terminando abruptamente una sesión informativa. La teoría imperante era que dichas notas, que parecían estar escritas con un rotulador, eran mensajes del presidente, que estaría viendo la sesión en directo en otra parte del edificio.

A los pocos meses de ser investido presidente, durante un vuelo en el Air Force One, Trump fue a saludar a los periodistas que se encontraban en la cabina principal.

—No puedo ver mucha televisión, sobre todo con tanto informe —dijo—. Leo muchos documentos. Un montón.

Era un comentario bastante extraño, incluso para los estándares de Trump. Para empezar, ninguno de los presentes había dicho nada sobre televisión. En segundo lugar, «leo muchos documentos» ocupa un lugar bien alto en la relación de actividades que es casi imposible imaginar haciendo a Trump, junto con la procuración de

alimento, el pilates y los momentos de profunda introspección. Más tarde quedó claro que el motivo de aquel arrebato había sido un correo electrónico que acababa de recibir de The New York Times: una lista de cincuenta y una preguntas de verificación de datos para un artículo sobre él. Una vez publicado, el artículo informaba de que Trump empezaba el día viendo la televisión en la cama, desde donde a veces «tuitea recostado en la almohada». («¡Error!», dijo Trump en Twitter).

Trump había construido su carrera sobre la base de que toda exposición mediática nunca era suficiente. Se empeñaba en buscar pelea, especialmente con periodistas, entre otras cosas porque las trifulcas eran buenas para los índices de audiencia; cambiaba de parecer con frecuencia y sobre casi todo, pero siempre había mantenido que los periodistas hostiles eran escoria. En mayo de 2016 celebró una conferencia de prensa en la Torre Trump en la que se pasó gran parte del tiempo regañando a los reporteros allí reunidos, llamándolos «ruines» y «deshonestos».

—Creo que hoy, al llamarnos perdedores en nuestra cara, ha establecido un nuevo baremo para medir las polémicas con la prensa —dijo David Martosko, del Daily Mail—. ¿Es esto lo que podemos esperar de usted si llega a ser presidente?

—Así es —respondió Trump.

Era como si barajara varias hipótesis al mismo tiempo: que un ejercicio de poder arbitrario le haría parecer fuerte; que le convendría tratar a los medios de comunicación, una de las instituciones más detestadas del país, como su contrapunto; que dispondría de una mayor libertad para mentir si continuaba atacando la noción misma de facticidad; y que el conflicto es atención y la atención es influencia.

En Washington, Wintrich tomó un taxi hasta el hotel Hay-Adams, una antigua mansión situada una manzana al norte de la Casa Blanca rebosante de molduras decorativas y apliques de pared. Mientras esperaba su turno para registrarse, dos hombres se acercaron al mostrador.

—Aquí dice que The Wall Street Journal es su publicación preferida, señor Schwartz. ¿Es correcto? —preguntó la recepcionista.

—Tal vez debieras pedir en su lugar el National Enquirer —dijo el amigo del señor Schwartz—. Eso es lo que leen los verdaderos estadounidenses.

—¿Ah, sí?, ¿me estás diciendo que ahora The Wall Street Journal publica fake news? —preguntó el señor Schwartz.

—Son unos cornus globalistas, ¿o no? —dijo su amigo.

La recepcionista se quedó quieta y con las manos congeladas sobre el teclado sin que su rostro perdiera inexpresividad.

—Nos quedaremos con el Journal, y también con el Times y con el Post, si los tiene —dijo el señor Schwartz girándose hacia ella y sonriendo.

La recepcionista se rio con alivio. Eché un vistazo a Wintrich para ver si aquel intercambio le había ofendido o halagado, pero lo cierto es que no prestaba atención. Un periodista de Politico acababa de enviarle un e-mail pidiéndole una entrevista y estaba preparando su respuesta.

Wintrich se reunió con Hoft, que lo acompañaría al día siguiente en su primera rueda de prensa.

—Odio viajar, pero no podía perdérmelo —dijo Hoft—. ¿The Gateway Pundit, el blog que empecé en el sótano de mi casa, ha llegado hasta la puta Casa Blanca? ¿Me tomas el pelo? ¡Esto va a ser épico!

Hoft explicó que poco después de las elecciones había enviado un correo electrónico a «la gente de Trump» para informarse sobre acreditaciones de prensa «y nos animaron a que la solicitáramos». No dijo con quién había hablado, pero conocía a Steve Bannon, que por aquel entonces, y desde hacía años, era el principal estratega de Trump, y Sean Spicer había tenido conocimiento del trabajo de Hoft

como mínimo desde 2012, cuando tuiteó un enlace a un artículo de The Gateway Pundit sobre fraude electoral (la historia resultó ser falsa). Mientras Hoft me contaba todo esto, Wintrich enviaba un e-mail a Hope Hicks, la entonces directora de comunicación estratégica de Trump, con una pregunta logística; le respondió en menos de tres minutos.

—Es increíble —dijo Wintrich—. Y guapa, obviamente. Espero poder convencerla de que sea mi amiga.

Durante la cena en un asador que quedaba cerca, Hoft y Wintrich lanzaron una lluvia de ideas con las preguntas que podrían realizar al día siguiente. Se unieron a ellos dos cineastas conservadores de Chicago que iban a documentar su llegada a la Casa Blanca.

—Asegúrate de que todas las preguntas incluyan «fake news», Lucian —dijo Hoft entregándole un bloc de notas del Hay-Adams—. Por cada pregunta que incluya «fake news», recibirás un bonus de diez dólares. Lo añadiremos a tu contrato.

Wintrich tomaba algunas notas mientras daba sorbos a una copa de martini.

—¡Sean! ¡Aquí, Sean! —dijo simulando que levantaba la mano—. Solo en el último mes The New York Times ha publicado por lo menos veinte fake news. ¿Hasta qué punto interfieren este tipo de fake news en la capacidad del presidente para hacer política?

Hoft soltó una carcajada lo bastante sonora como para sobresaltar a una mujer que estaba sentada en una mesa próxima.

—¡Me parto! ¿Tal vez deberíamos hacer algo con el puto Saturday Night Live?

—Siguiente pregunta, Sean, si me permites —dijo Lucian—. ¿Crees que el fallido programa Saturday Night Live se cancelará o que puede volver a hacerse grande?

—Buenísimo —dijo Jeremy Segal, uno de los cineastas.

—Un genio —dijo Hoft.

Andrew Marcus, el otro cineasta, había dirigido Hating Breitbart, un adulador largometraje sobre Andrew Breitbart. «Pasé con él casi cada minuto desde 2009 hasta poco antes de que falleciera —dijo Marcus—. Un hombre extraordinario. Profético».[185]

Durante un instante, Wintrich pareció desinflarse.

—¿Tendríamos que llevar un par de preguntas en la recámara que traten específicamente de política?

—Política tontilítica —dijo Hoft.

—¡Que le jodan a la política! —convino Segal—. La política desciende de la cultura. Eso es lo que he aprendido de A. B.

Esas iniciales eran, por supuesto, las de su difunto ídolo, Andrew Breitbart.

* * *

A la mañana siguiente, en una habitación del Hay-Adams, Marcus descorrió las cortinas para descubrir unas vistas perfectamente enmarcadas de la Casa Blanca, con el monumento a Washington al fondo.

—Es increíble —dijo Marcus—. Quiero que mi lecho de muerte esté en esta habitación.

Mientras Segal filmaba, Hoft y Wintrich planeaban su día. Acababan de recibir un correo electrónico en el que se les informaba de que la sesión informativa diaria de Spicer se había cancelado; en su lugar, el presidente Trump celebraría una conferencia de prensa conjunta con Justin Trudeau, el primer ministro canadiense, que se encontraba de visita de Estado en la Casa Blanca. Descartaron las preguntas de la cena y procedieron a buscar información sobre Trudeau.

La bravuconería de Wintrich había vuelto. Llevaba el pelo despeinado a la moda y una corbata de elefantes en tonos pastel. Leyendo en diagonal un artículo en su móvil, dijo que a Trudeau «al parecer le encantaba Castro. Se le caía la baba con él».

Hoft, enfundado en un traje negro y con corbata de la marca Trump, improvisó unas cuantas preguntas:

—¿Qué es lo que le atrae de los dictadores comunistas, señor Trudeau? ¿Qué le ofende de la libertad?

Wintrich pensaba que el ataque podía ser aún más afilado.

—No es por emplear el ángulo gay nada más llegar, pero podríamos decir que usted ha expresado su aprecio por Castro, que encarcelaba a los gais, y por los musulmanes, que asesinan a los gais, ¿qué tiene en contra de los gais?

—Eso es genial —dijo Hoft.

—Creo que es más troleante, desde un punto de vista troleante —dijo Wintrich.

—Me encanta —corroboró Hoft—. Busca en Google «Castro encarcela gais» o algo así, a ver qué encuentras.

Sentado en un antiguo escritorio de madera frente a un portátil abierto, Hoft hizo clic en un titular: «Trump afirma que Estados Unidos jamás debería haber concedido la independencia a Canadá». La publicación se alojaba en una página llamada Burrad Street Journal y citaba un tuit de Trump con el hashtag «#MakeCanadaAmericanAgain».

—¿Esto es real? —preguntó Hoft—. Sigo las noticias y creo que me habría enterado de esto.

Parecía evidente que el Burrad Street Journal, cuyo logotipo era «BS Journal» e incluía titulares como «Alex Jones elegido como anfitrión de la próxima cena de corresponsales de la Casa Blanca», era una página dedicada a hacer parodia de las noticias. Pero Hoft vaciló durante varios minutos. Buscó en Google «Make Canada Great Again» y vio que ningún periódico convencional (esos que tanto el

presidente como él consideraban que solo publicaban «noticias falsas») se había hecho eco de la historia.

—Debe de ser una tontería —concluyó—. ¡Dios, odio las páginas de tonterías!

Fuera del hotel, Wintrich se encendió un cigarrillo para el paseo de tres minutos hasta la Casa Blanca. Cuatro días antes, The Washington Post había informado de que, antes de jurar el cargo como asesor de Seguridad Nacional de Trump, el general Michael Flynn había hablado sobre sanciones con oficiales rusos y seguidamente había mentido para ocultar dichas conversaciones. Mientras cruzábamos el parque Lafayette, le pregunté a Wintrich qué pensaba de las muchas acusaciones de coordinación entre la campaña de Trump y el Gobierno ruso.

—¿Te refieres a la cinta del pis?

—Me refiero a todo —dije—. A las visitas de Manafort a Ucrania. A cuándo se produjeron las reuniones de Kislyak. Parece ser que Rex Tillerson, antes de recibir la medalla de la Orden de la Amistad, viajó a…

—Todo eso no es más que un fraude mediático —repuso Wintrich.

Se negó a ser más explícito. La verdad es que yo esperaba una respuesta que, aunque no fuera del todo plausible, sí fuera «más troleante, desde un punto de vista troleante», pero su ánimo no estaba en ello.

—Intento leer sobre temas rusos, pero siempre me termino aburriendo.

De la misma manera que había descartado el nacimientismo por ser algo ya pasado, Wintrich no trató de refutar las acusaciones de injerencia rusa, sino que se limitó a desestimarlas como un relato desgastado (un reproche mucho más punzante a sus ojos).

Nos pusimos en fila en el exterior del ala noroeste de la Casa Blanca, a la espera de que nos expidieran unos pases temporales de

color gris. A los corresponsales veteranos, que disponían de «pases rígidos» de color rojo, se los saludaba al principio de la cola. April Ryan, la corresponsal en la Casa Blanca de American Urban Radio Networks, intercambió unas cuantas palabras con los guardias mientras colocaba el bolso y las llaves en una cinta transportadora.

—¿Hoft? ¿Wintrich?

Un agente de los Servicios Secretos dejó con un golpe seco dos pases grises encima del escritorio. Hoft y Wintrich los cogieron, manteniendo un contacto visual alegre y subrepticio. Atravesaron el detector de metales y un auxiliar de la Casa Blanca los condujo a través de una puerta hasta la parte de atrás del recinto. Estaban dentro.

■

[179] Todavía no había conocido a Milo Yiannopoulos.

[180] Este comentario provocó algunas risitas nerviosas y unos cuantos gruñidos. La coalición MAGA de gais libertarios y conservadores sociales homófobos aún era nueva y endeble. La actitud de estos últimos hacia los primeros, hasta la fecha, parecía ser algo así como: «Utilizad las cosas gais para provocar a los liberales si es necesario, pero no tentéis a la suerte».

[181] Hay quien sostiene que «noticias falsas» nunca fue un término útil, porque nunca tuvo una definición universalmente consensuada. Sin embargo, muchos conceptos abstractos son, como mínimo, tan difíciles de definir como «noticias falsas», si no más. Pongamos por caso los «medios de comunicación». O «salud». O «adicción», o «inconstitucional», o «terrorismo», o «libertad». Pocas palabras importantes tienen definiciones que no resulten polémicas. Nos las arreglamos como podemos. El mismo hecho de hablar sobre definiciones puede ser útil.

[182] En cuanto Spicer se convirtió en una figura conocida, los sabuesos de Twitter empezaron a sacar a relucir sus antiguos tuits más cascarrabias, incluyendo algunos a lo largo de los años en los que revelaba su desenfrenado desprecio por los Dippin' Dots, un

postre hecho a base de pequeñas bolas de helado ultracongelado. «Dippin Dots NO es el helado del futuro», tuiteó Spicer en 2010. Año y medio después, volvía a la carga: «Creo que ya lo he dicho antes, pero Dippin Dots no es el helado del futuro».

[183] En inglés, uno de los significados de la palabra spice es «picante». (N. de la T.).

[184] En momentos de pánico, Spicer reaccionaba instintivamente culpando a la prensa, incluso en situaciones en las que la prensa no tenía nada que ver con el asunto en cuestión. Cuando Trump firmó una orden ejecutiva que prohibía la entrada en Estados Unidos de residentes de siete países de mayoría musulmana, Spicer negó que aquella orden fuera una prohibición. «Pero es que el propio presidente la ha llamado prohibición —dijo Kristen Welker, de NBC News—. ¿Está confundido él o lo está usted?». Respuesta de Spicer: «Creo que las palabras que se están usando para describirlo derivan de cómo los medios llaman a esto».

[185] Entre las películas de Marcus se incluye un vídeo de seis segundos en el que Andrew Breitbart encarna más si cabe el papel de Andrew Breitbart. Mirando fijamente a cámara, pronuncia lenta y claramente tres palabras: «Que. Os. Jodan». Hace una pausa de cuatro segundos, la mandíbula quieta, los pálidos ojos refulgiendo de rabia, y entonces, en un susurro, como si soplara las semillas de un diente de león, dice: «Guerra». El objeto de ese «que os jodan» era bastante evidente: los liberales, los medios de comunicación, los marxistas culturales, etc. La «guerra» estaba destinada a ser una yihad del espíritu, no de la carne. Breitbart veía el mal en todas partes: en las universidades públicas, en las películas de Disney, en las noticias vespertinas… Y como revolucionario cultural, consideraba que su misión era erradicarlo. Al igual que la mayoría de los revolucionarios, era mucho menos elocuente sobre lo que vendría después.

22

El relato de la

vida pública

La sala de prensa de la Casa Blanca consta de siete hileras con siete asientos (destartaladas sillas plegables sin apenas espacio entre ellas para estirar las piernas). El techo es bajo. La moqueta tiene manchas. Un estrecho pasillo conduce fuera de la sala de prensa, pasa junto a varias salas de edición y conduce a una cocina pequeña con una mesa de comedor anclada al suelo y una máquina expendedora que vende pretzels Snyder, cuadrados de arroz Krispies y latas de atún Bumblee Bee. («¿A quién podría apetecerle una lata de atún de una máquina expendedora?», oí preguntar a alguien).

La primera fila de asientos está reservada para la Associated Press, Reuters y las grandes cadenas de televisión; los reporteros de Politico y Real Clear Politics se sientan hacia la mitad de la sala; BuzzFeed y la BBC están al fondo. La disposición de los asientos es competencia de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca, una junta independiente de periodistas que, con el serio secretismo de un cónclave papal, evalúa las agencias de noticias conforme a una serie de factores objetivos y subjetivos: circulación, regularidad de la cobertura, centralidad respecto del discurso nacional. También hay corresponsales que podrían llamarse itinerantes: los que disponen de una acreditación de la Casa Blanca pero no de un lugar designado en el plano de los asientos. En circunstancias normales, cuando las sesiones informativas están medio vacías, estos «itinerantes» pueden encontrar asientos libres. En la primera época de la administración Trump, las ruedas de prensa diarias estaban sobresaturadas y los itinerantes llenaban los pasillos tratando de

encontrar algún espacio que les permitiera ver el estrado.

El itinerante por excelencia era Raghubir Goyal, un hombre distraído y cordial de sesenta y tantos años. Goyal afirmaba ser el corresponsal en la Casa Blanca para el India Globe, un periódico que, hasta donde se podía saber, o estaba extinto o jamás había llegado a existir. Sea como fuere, llevaba asistiendo a sesiones informativas desde la época de la administración Carter, y había hecho tantísimas preguntas sobre las relaciones indoamericanas que su nombre se había transformado en un verbo: goyalear, que significaba «recurrir a un reportero que pueda proporcionar una pregunta inocua o un instante de respiro cómico». Todos los secretarios de prensa podían llegar a verse arrinconados, y todos ellos, en alguna ocasión, habían tenido que salir del paso goyaleando. Pero nadie goyaleaba como Spicer.

Durante años, y siguiendo la tradición establecida, la primera pregunta de todas las ruedas de prensa iba a parar a la Associated Press. En la primera sesión informativa de Spicer, ofreció la primera pregunta al New York Post, un tabloide conservador cuyo reportero, sentado en la quinta fila, se mostró claramente sorprendido. «¿Cuándo comenzarán a construir el muro?», preguntó. En la siguiente sesión de Spicer, la primera pregunta fue adjudicada a un reportero de LifeZette, que quiso saber por qué la administración no seguía una línea más dura en materia de inmigración.[186]

Según me explicó un corresponsal de televisión veterano, el que un secretario de prensa se dirigiera a los reporteros de la primera fila no era únicamente una cuestión de ego, «también se hacía para mantener un sentido de la previsibilidad, para saber que las preguntas más importantes no quedarían sin contestar. Provocar el caos —"si te desgañitas lo bastante tal vez logres hacer tu pregunta, ¿quién sabe?"—, lleva a que todo el mundo se comporte de forma desesperada y competitiva, y nos hace parecer un grupo de chacales que rebuznan… Y, sinceramente, no creo que esto sea ningún accidente». Otro reportero, excorresponsal en la Casa Blanca de una de las principales cadenas de televisión, aseguraba que no le importaba que la administración Trump «introdujera voces conservadoras. Personalmente, ni siquiera me importa que se ceben con los tipos de la primera fila, con los Jonathan Karls del mundo.

Esos tíos forman un pequeño cártel engreído y es gracioso ver cómo se retuercen, al menos durante un rato. Pero ¿en qué momento esta actitud empieza a deslegitimar todo lo que sucede en esa sala? ¿Cuándo se cruza la línea y se convierte en un troleo puro y duro?».

En 1988, Joan Didion escribió un largo y contundente ensayo condenando el pensamiento grupal del periodismo político. Se alineó con los estadounidenses normales y contra los astutos trucos mediáticos de «una clase hecha a sí misma y que se cita a sí misma, un nuevo tipo de élite directiva […] que inventa, año tras año, la narrativa de la vida pública». Esto era antes de Twitter y de MAGA, cuando lo peor que le podía pasar al país era Michael Dukakis o George H. W. Bush.

Al leer el ensayo de Didion casi dos décadas después de su primera publicación, iba asintiendo con la cabeza y garabateando mi apasionado asentimiento en los márgenes de las páginas. En igualdad de condiciones, es más guay ser rebelde que conformista, y los tontainas de los informativos de televisión eran conformistas de la peor clase. Todos parecían altivos parientes lejanos, solo que, en lugar de tener que soportarlos una vez al año en Acción de Gracias, tenías que oírlos día tras día, y nunca tenías derecho a réplica.

Entonces llegó Trump. Despotricar contra los tontainas era todavía divertido, pero ahora planteaba una serie de preguntas urgentes y vertiginosas. Los informativos de televisión, sobre todo la versión de veinticuatro horas dominada por la carrera de caballos política, los aviones desaparecidos y la indignación viral, ya eran lo bastante horribles. Pero ¿y si eran reemplazados por algo incomparablemente peor?

Después de pasar el control de seguridad, Hoft y Wintrich atravesaron la explanada norte, llegaron a la sala de prensa y entrechocaron las palmas de sus manos en el aire. Flipaban de estar realmente dentro. Hoft, sentado en uno de los asientos plegables de color azul, envió un mensaje a su sobrina: «¡¡¡Tu tío favorito escribiendo desde la Casa Blanca!!!», seguido de una sucesión de emoticonos de corazones y besos.

Cuando el presidente recibe a un jefe de Estado que está de visita oficial y convoca una conferencia de prensa bilateral, el acto con frecuencia no se celebra en la sala de prensa, sino en la Sala Este, lo más parecido que tiene la Casa Blanca a un salón de baile al estilo de Versalles. Ese día, la sala de prensa se usaba como corral, es decir, un lugar donde reunir a los periodistas hasta que el personal estuviese listo para acompañarlos al acto principal. El estrado estaba vacío. Hoft y Wintrich se colocaron detrás del atril, con el escudo oficial de la Casa Blanca a sus espaldas. Posaron para una foto furtiva, sonriendo y haciendo el gesto de OK con la mano: el pulgar y el índice formando un círculo y los tres dedos estirados. Cuando volvieron a sentarse, Wintrich publicó la fotografía en Facebook, con un pie de foto compuesto por dos emoticonos: una bandera estadounidense y una rana.

Como la rana Pepe, con quien en ocasiones se asociaba, el gesto de OK era un meme que había mutado rápidamente. Por aquel entonces, posteadores anónimos en 4chan difundían el rumor de que el gesto era un oscuro símbolo del poder blanco. Más tarde se reveló que era un fraude.[187] Los channers procedieron a hacer lo mismo con otra serie de símbolos: el signo de la paz, el botón de «me gusta» de Facebook, vasos de leche. Parte del objetivo era hacer luz de gas a los normies, conseguir que pusieran en duda incluso sus percepciones más simples. Todo estaba abierto a la interpretación; hasta lo que parecía una declarada demostración de odio podía resultar ser ultrafalso o una broma interna envuelta en interminables capas de ambigüedad.

La historia del día eran los supuestos lazos de Flynn con Rusia. Por el momento, Trump no se había pronunciado al respecto, ni siquiera en Twitter, pero en cuestión de minutos se enfrentaría al cuerpo de prensa de la Casa Blanca en directo por televisión. Parecía un escenario sacado de un libro de texto de periodismo: la oportunidad de poner al presidente contra las cuerdas, de preguntarle en qué lugar dejaba ese escándalo a su administración.

Hoft y Wintrich, ajenos a la creciente tensión que se desplegaba a su alrededor, continuaban sacando punta a sus preguntas sobre Castro. Hoft charlaba cordialmente con una corresponsal francesa, que le preguntó a qué organización pertenecía.

—Una gran página web del Medio Oeste llamada The Gateway Pundit —contestó—. Es muy muy importante.

—Ah, eres del Medio Oeste, por eso eres tan simpático.

Los reporteros fueron escoltados a través de un pasillo blanco de mármol forrado con retratos al óleo de presidentes y primeras damas recientes.

—¡Hostia, Lucian, mira esto! —dijo Hoft deteniéndose ante un retrato de Hillary Clinton.

Hoft y Wintrich posaron frente al retrato haciendo el gesto de OK. Luego retomaron el camino, pasando junto a un busto de mármol de Abraham Lincoln y un piano de cola con incrustaciones de pan de oro.

—Es alucinante —dijo Hoft en voz baja.

De momento, parecía sincero.

En la Sala Este, a diferencia de la sala de prensa, la Casa Blanca es quien dictamina la disposición de los asientos para la prensa estadounidense. En cada una de las sillas de color dorado había un papelito impreso con el nombre del medio: The New York Times junto a la Red de Radiodifusión Cristiana; la Associated Press junto a Breitbart. Hoft y Wintrich no conseguían encontrar ningún cartel de The Gateway Pundit, de modo que se sentaron en los asientos que estaban reservados para Al Jazeera, que está financiado por el Gobierno catarí, y para RT, financiado por el Gobierno ruso.

—Todo el mundo dice que somos las marionetas de Putin, así que por qué no lanzarnos a ello con los brazos abiertos —dijo Hoft.

Seis corresponsales de televisión (Kristen Welker, de NBC News, y cinco hombres corpulentos), de espaldas a la tarima, aguardaban sobre sus elevadores de madera para informar en directo. El silencio se fue extendiendo por la sala a medida que se acercaba la llegada del presidente. Los corresponsales miraron a sus respectivas cámaras y empezaron a hablar, primero de uno en uno y luego todos a la vez, como una orquesta afinando los instrumentos antes

de un concierto:

«… me sorprendería mucho que no le hicieran algunas preguntas sobre…», «… ¿sigue confiando el presidente en su asesor de Seguridad Nacional?…», «… parece ser que mantuvo conversaciones con el embajador ruso…», «… Flynn está con el agua al cuello…». El primer periodista al que Trump dio paso fue Scott Thuman, del Sinclair Broadcast Group, un conglomerado de tendencia derechista. Hizo una pregunta —lanzada a la manera del sóftbol— sobre la relación de Trump con Trudeau, dadas sus «diferencias filosóficas». La segunda y última pregunta de Trump se la llevó Kaitlan Collins, una periodista de veinticuatro años que trabajaba para The Daily Caller. Era la última oportunidad que tenía el cuerpo de prensa para sacar el tema del escándalo de Flynn. En su lugar, Collins preguntó: «¿Cuáles cree que son los asuntos de seguridad nacional más importantes a los que nos enfrentamos?». Allí en directo, algunos de los corresponsales fueron incapaces de ocultar su descontento; en Twitter, las reacciones fueron más fuertes. Hunter Walker, de Yahoo News, tuiteó desde dentro de la Sala Este: «Los periodistas se quejan de la falta de preguntas sobre Flynn: "Me avergüenzo de nosotros"». Collins y Walker se enzarzaron brevemente en una disputa pública, tuiteándose comentarios mordaces el uno al otro desde distintos lugares de la Casa Blanca. Más tarde, ese mismo día, uno de los compañeros de Collins en The Daily Caller recopiló todos los comentarios de Walker junto con los de otros corresponsales en una publicación que se tituló: «7 reporteros encabronados que deberían ser deportados».

De vuelta en su habitación en el Hay-Adams, Hoft mantenía una conversación, con el altavoz de su teléfono activado, con un trabajador de The Gateway Pundit que le proponía una historia: «Me llegan rumores de que tanto Priebus como Spicer podrían ser los siguientes en oír el "estás despedido".[188] Hoft no parecía interesado, «a menos que puedas encuadrarlo como "Tiburones mediáticos dan vueltas en busca de sangre" u otro ángulo parecido».

Wintrich, acurrucado en la cama con su portátil, leía embelesado cosas sobre sí mismo. Media Matters, una organización sin ánimo de

lucro de izquierdas, había publicado una fotografía de Hoft y Wintrich detrás del atril, acompañada de una extensa entrada de blog titulada «Un peligroso trol informa ahora desde la Casa Blanca». Desde entonces, le habían ofrecido aparecer en Tipping Point with Liz Wheeler y en Full Frontal with Samantha Bee. Y The New York Times había publicado un artículo sobre él: «La Casa Blanca concede una acreditación de prensa a un blog pro-Trump». Pocas horas después, Wintrich publicaría su réplica: «El blog anti-Trump de Carlos Slim, The New York Times, ataca a Gateway Pundit».

Hoft y Wintrich bajaron en ascensor hasta el sótano del Hay-Adams, que era la planta en la que se ubicaba Off the Record, un garito donde se juntaban trabajadores de la Casa Blanca y periodistas políticos. Hoft tropezó con un viejo conocido, Sam Nunberg, un antiguo empleado de la campaña de Trump.

—He quedado luego con Steve —alardeó Nunberg (se refería a Bannon)—. Quiero que conozca a unos políticos israelíes.

—Genial, acabo de hablar con él —contraatacó Hoft—. Ha estado leyendo lo que hacemos y dice que es mejor que nunca.

Se despidieron tras haber alcanzado un empate de estatus. Hoft pidió una limonada y contestó a una llamada de Julia Hahn, la que fuera protegida de Steve Bannon en Breitbart antes de marcharse a trabajar con él a la Casa Blanca.

—Jim es un chiflado, pero tiene influencia, eso es incuestionable —dijo Nunberg—. Solo fíjate en la cantidad de veces que Trump ha tuiteado un enlace a Gateway o los ha mencionado en sus discursos.

Esa noche, Flynn dimitió, provocando una oleada de titulares. Ni Hoft ni Wintrich se enteraron en un primer momento (Hoft volvía en avión a San Luis y Wintrich estaba ocupado en una batalla de Twitter con un periodista de izquierdas de la página web Mic). Antes de que Hoft saliera para el aeropuerto, le dije que en los próximos días se pondría en contacto con él alguno de los dieciocho verificadores de datos del New Yorker que trabajan a jornada completa.

—Ah, claro, igualito que en The Gateway Pundit —repuso Hoft—. Tenemos un departamento enorme de verificadores de datos a jornada completa.

Le dio tal ataque de risa con su propia broma que casi derrama la limonada.

Después de que Hoft y Wintrich se marcharan, me quedé un rato en la barra con Nunberg. Llevaba un pañuelo de bolsillo y gemelos de oro con forma de calavera; el pelo engominado hacia atrás; el traje, la camisa y la corbata, de raya diplomática, eran de colores y tamaños distintos e incompatibles. Parecía un buen chico celebrando su bar mitzvah con temática de El lobo de Wall Street. Nunberg, que consideraba a Roger Stone su mentor político y «padre sustituto», había sido despedido de la campaña de Trump en 2015 tras salir a la luz que una vez, en un post de Facebook, había dicho que Obama era un «apaciguador de nazis fascista islamomarxista socialista», y que había llamado «¡n***!» a la hija de Al Sharpton.

La carta forrada en cuero del Off the Record incluía una lista de cócteles especiales de temática electoral: el kainehattan, el tea party de Pence, el última palabra de Hillary, el trumpy sour. Cada uno costaba la friolera de dieciocho dólares o más. Era una locura, teniendo en cuenta que el periodismo era una industria moribunda; aun así, era el precio que había que pagar para conseguir cotilleos internos, y todo el mundo estaba dispuesto a pagarlo. Nunberg se había pasado toda la hora anterior hablando locuazmente y a un volumen poco discreto con una reportera local, que se encargó de pagar sus bebidas. Cuando la mujer se puso de pie para marcharse, Nunberg se apuntó a beber a mi costa. Durante el traspaso, él se excusó para «ir a echar una meada».

—Que te diviertas con él —me dijo la reportera—. Es un bicho raro y un fantasma sin remedio, pero te contará todo lo que quieras oír.

Este aire de hastío del mundo era parte integrante del lugar tanto como los candelabros y las molduras. La actitud predominante consistía en dar por hecho que D. C. era un pantano, un montón de

mierda, un coche de payasos avanzando lentamente en mitad de un atasco; se suponía que uno debía poner los ojos en blanco, soltar alguna broma cínica y seguir con sus cosas. Si uno no quería ser considerado un aguafiestas, no podía expresar una curiosidad demasiado seria sobre el destino del coche de payasos o sobre si algún día podría precipitarse por un acantilado. Trump era un patán más, otro estafador (en otras palabras, otro político). Su caricatura ya estaba enmarcada y colgada en la pared, junto a un Dick Cheney con el ceño fruncido y un Obama orejón, todos ellos, uno al lado del otro, a bordo del mismo avión.

Nunberg regresó a la barra, pidió otra copa y se presentó por tercera vez.

—Entonces, ¿qué quieres saber?

Dejó que echara un vistazo a su mercancía. Podía ofrecer jugosos rumores sobre qué miembro del equipo de la Casa Blanca sería «el siguiente en pasar por la guillotina», sobre si Bannon y Priebus eran aliados o némesis, o sobre cuáles eran las verdaderas aspiraciones de Jared e Ivanka.

No hacía más que repetir: «Esto lo puedes poner como un comentario aparte», o «esto tendría que venir de “una fuente conocida”».

Se dedicaba a repartir información que supuestamente era valiosa, pero que yo no tenía forma de usar. Sentía que me conducía a una cámara acorazada llena de divisas extranjeras imposibles de cambiar. En primer lugar, muy poco de lo que Nunberg dijera sería relevante en cuestión de uno o dos meses, después de que cambiaran las alianzas en la Casa Blanca y despidieran a muchos de los trabajadores. Además, Nunberg estaba claramente dispuesto a allanar, desmentir y exceder los límites de la credulidad; parecía más interesado en hablar mal de sus rivales o en entretenerse que en cualquier tipo de versión coherente de la verdad. En cierto momento, mencioné un detalle revelador que acababa de leer en una revista sobre un funcionario de la administración Trump; Nunberg insinuó que él había sido la fuente de aquel detalle y que se lo había inventado solo para divertirse. Estaba seguro de que, con el tiempo suficiente y una cuenta de bar lo bastante abultada,

podría conseguir que dijera cualquier cosa sobre cualquiera. Era como un koan zen: si una fuente conocida dice algo que es flagrantemente falso, pero es verdad que lo ha dicho, ¿merece la pena anotar la cita?[189]

* * *

El día después de la trifulca entre Kaitlan Collins y Hunter Walker en Twitter, ambos periodistas estaban sentados al fondo de la sala de prensa charlando como si nada. April Ryan llegó calculadamente tarde, se quitó las gafas de sol y la gente se fue levantando para abrirle paso hasta su asiento. Justo antes de que comenzara la sesión, un chico bajito de diecinueve años llamado Kyle Mazza atravesó a toda prisa la sala y se colocó en una posición privilegiada en un pasillo cerca de las primeras filas. Mazza era un Goyal de los nuevos medios de comunicación, un itinerante entre itinerantes. Era el único empleado de una cadena que él llamaba UNF News o Universal News Forever (News), que no poseía una frecuencia asignada ni en la televisión ni en la radio, tan solo una página web escuálida que se actualizaba muy de vez en cuando.

Se abrió una puerta corredera y Spicer llegó hasta el atril. Salvo por el sonido de los obturadores de cámara, la sala estaba en silencio.

—Feliz Día de San Valentín —saludó—. Percibo que el amor está en el aire.

Dio paso a Jonathan Karl, de la cadena ABC.

—¿Todavía puede afirmar con seguridad que nadie en la campaña de Trump, ni siquiera el general Flynn, tuvo ningún contacto con los rusos antes de las elecciones? —preguntó Karl.

—No tengo ninguna… No hay nada que me pueda llevar a concluir que se haya producido ningún cambio con respecto a ese periodo de tiempo —repuso Spicer.

Al día siguiente, el atril de la sala de prensa estaba acordonado con una cinta de terciopelo y un letrero: «Solo se permite hacer fotografías a nivel del suelo». Evidentemente, alguien en la oficina de prensa de la Casa Blanca estaba al tanto de la fotografía que Hoft y Wintrich se habían hecho detrás del atril. Saqué una foto al letrero y se la envié a los dos.

—¡JAJAJAJAJAJAJA! —respondió Wintrich.

—¿Es Photoshop? —dijo Hoft—. ¿Va en serio?

■

[186] El New York Post era propiedad de Rupert Murdoch; LifeZette era una web de derechas cofundada en 2015 por Laura Ingraham, una aliada de Trump que llegaría a convertirse en presentadora de Fox News. Entre los medios que bajo la administración Trump obtuvieron un nuevo y destacado protagonismo se encuentran One America News Network, fundado en 2013 como una alternativa de derechas a Fox News; The Daily Caller, cofundado en 2010 por Tucker Carlson, que también llegó a ser presentador de Fox News; Townhall, una página conservadora que había puesto en marcha la Heritage Foundation; y el abiertamente pro-Trump Breitbart.

[187] Los channers que pusieron en marcha el fraude, al que llamaron Operación O-KKK, al parecer simplemente estaban troleando, querían comprobar si los normies de los medios convencionales morderían el anzuelo. (Lo hicieron). Pero otros channers supuestamente eran auténticos supremacistas blancos que perpetuaban el meme en serio.

[188] Frase que Donald Trump hizo célebre en The Apprentice, el programa concurso en el que distintos empresarios compiten por 250.000 dólares y un contrato para dirigir una de las empresas de Donald Trump.

[189] Un año después, el fiscal especial Robert Mueller envió una citación judicial a Nunberg requiriéndole que entregara su correspondencia por correo electrónico con Roger Stone, Steve

Bannon y otros asociados de Trump. Nunberg reaccionó a esta citación con una sobredosis televisiva, cruzando la ciudad de un lado a otro para ofrecer cinco horas de estrambóticas entrevistas en directo en diversos estudios de noticias por cable. «¿No te resulta ridículo?», preguntó a una analista jurídica de MSNBC mientras agitaba en el aire una copia de la citación. La expresión de su rostro era la de un niño pequeño que amenaza con echar a correr en la calle y que antes de hacerlo mira hacia arriba para calibrar la reacción de sus padres. «No, no es ridículo, Sam —contestó la analista—. Es de todo menos ridículo». «No voy a ir a la cárcel —contestó él—. ¿Crees que iré a la cárcel?».

¿Fue apropiado que los programadores de la MSNBC, y todos los demás programadores de televisión, permitieran que Sam Nunberg apareciera en directo? ¿Fue apropiado que decenas de medios de noticias estadounidenses usaran a Roger Stone durante décadas como una fuente de información política interna? ¿Estuvo bien que en 2018 invitaran a Steve Bannon para que apareciera en el escenario del The New Yorker Festival? ¿Deberían seguir amplificando los periodistas la retórica nociva del presidente Donald Trump?

Todo el mundo sabe que estos hombres son unos mentirosos; también podrían ser, en función de cuán literal o seriamente se tomara cada uno sus diversas grandilocuencias, unos demagogos racistas que consentían la violencia. En cualquier caso, su poder era real, y una de las funciones del periodismo es documentar y confrontar a quienes ostentan el poder. Los troles pueden ser pueriles, odiosos o peligrosos, pero saben poner trampas la mar de ingeniosas. Responder a sus provocaciones significa amplificar su mensaje. Pero si nadie les reprochaba nada, los troles dirigirían internet y, tal vez, el mundo.

23

Muy profesional

y muy bueno

El resto de los Deplorables advirtieron la impresión que Wintrich causaba en Washington y la sala de prensa de la Casa Blanca no tardó en convertirse en una farola en la que ninguna figura de la alternativa ligera se resistía a dejar su marca. Mike Cernovich y Cassandra Fairbanks consiguieron pases temporales y se hicieron una foto detrás del atril haciendo el gesto de OK. Después permanecieron de pie en el pasillo para observar la sesión de aquel día. Durante media hora, en directo por Periscope, Fairbanks grabó a Cernovich tratando sin éxito de hacer una pregunta a Spicer. Cuando Spicer dio por finalizada la sesión y se marchó del estrado, Cernovich fue gritando tras él: «¿Y qué hay de la violencia contra los seguidores de Trump?». Spicer no se dio por aludido y Cernovich se dio la vuelta para repetir la pregunta a los corresponsales que ocupaban los asientos plegables de color azul. «¿Por qué ninguno de los que estáis aquí cubre la violencia contra los seguidores de Trump? Es algo que nadie cubre».

La mayoría de los corresponsales le ignoraron, de la misma manera que uno podría ignorar a un extraño que se pusiera a gritar obscenidades en el metro.

—¿Es usted reportero, señor? —preguntó April Ryan.

—Lo soy, señora —repuso Cernovich—. Reportero y realizador documental.

Fairbanks y él abandonaron la sala en fila de a uno, pasando por delante de Jonathan Karl. Fairbanks aún retransmitía en directo y

Cernovich seguía hablando a cámara: «Que se enfaden. Yo solo quería hacerle una pregunta. Una sola. El periodismo es así, no pasa nada».

Unas semanas después, Jack Posobiec, que por aquel entonces era el único empleado de Rebel's D. C. Bureau, obtuvo un pase de prensa para la Casa Blanca. «Acabamos de pasar el control de seguridad —anunció de camino al Ala Oeste—. Ahora mismo estamos pisando un terreno verdaderamente sagrado». Cuando llegó a la sala de prensa, posó para salir en una fotografía haciendo el gesto de OK.

Para aquel entonces, Jerome Corsi, el autor superventas de Where's the Birth Certificate? (¿Dónde está el certificado de nacimiento?), había cambiado WND por Infowars: el equivalente chiflado de que la revista Newsweek se lleve a uno de los reporteros estrella de Time. Durante una pausa, Corsi subió a la tarima en la sala de prensa y se puso a retransmitir en directo con un iPad: «Unas instalaciones muy pequeñas —dijo al presentador de Infowars que reemplazaba a Alex Jones—. Vendremos aquí a menudo».[190]

El presentador sustituto empezó a entrevistar en vivo y en directo a Corsi adoptando el estilo habitual de Infowars, haciendo énfasis en la importancia de «derrotar el golpe de Estado del Estado profundo silenciando a los medios de comunicación predominantes».

Corsi, obviamente incómodo, trató de abreviar la entrevista. Al parecer, todos los allí presentes podían escuchar la conversación a través del iPad. Corsi pidió continuar la entrevista en otro momento, «para que no tengamos que retransmitir todo lo que decimos a toda la sala de prensa».

La primera figura de la alternativa ligera que se convirtió en noticia por el simple hecho de acceder a la sala de prensa fue Milo Yiannopoulos, que asistió a una sesión informativa en 2016, en la última época de la administración Obama. Por aquel entonces, las ruedas de prensa tenían tan poca afluencia que logró sentarse, flanqueado por dos reporteros de Breitbart. Incluso le dejaron hacer una pregunta: «Cada vez es más evidente que Twitter y Facebook, particularmente, censuran y castigan los puntos de vista libertarios

y conservadores —dijo Yiannopoulos—. ¿Hay algo que el presidente pueda hacer para alentar a Silicon Valley…, para recordarles la importancia…, la importancia crítica de una libertad de expresión amplia en nuestra sociedad?».[191]

Ocho semanas antes, Twitter había anulado la cuenta de Yiannopoulos. La empresa no dio a conocer los motivos que la habían llevado a tomar aquella medida disciplinaria, pero ocurrió poco después de que Yiannopoulos dirigiera el siguiente tuit a uno de sus numerosos enemigos: «Mereces que te acosen, perdedor de la justicia social». Yiannopoulos participaba constantemente en ese tipo de discursos, pero las redes sociales raras veces le reprendían. Y cuando lo hacían, no respondía tanto al derecho a la Primera Enmienda propiamente dicho como al hecho de que todas las redes sociales tienen reglas, que Yiannopoulos quebrantaba una y otra vez.

Durante tres minutos, Yiannopoulos y Josh Earnest, el secretario de prensa de Obama, entablaron una discusión civilizada. De acuerdo con los estándares de una sesión informativa al uso, podría decirse que fue una discusión casi erudita.[192] Yiannopoulos insistía en lo que había sido su caballo de batalla desde hacía años: que el derecho a la libre expresión tenía que protegerse por encima de todo. Por mi parte, siempre que sentía la tentación de concluir que aquel tipo no era más que un trol nihilista que carecía de creencias fundamentales, debía corregirme mentalmente: sí que parecía tener por lo menos una. «Lo único que me importa es la libertad de palabra y la libertad de expresión —afirmaba—. Quiero que la gente pueda ser, hacer y decir lo que quiera».[193]

Entonces encontré una columna de 2012, es decir, de antes de que Yiannopoulos se hiciera famoso en Twitter. El encabezado decía: «Internet nos está volviendo a todos unos psicópatas». «Los medios de comunicación sociales —proseguía— animaban a la gente a escribir cosas indecibles dirigidas a otros seres humanos que bajo ningún concepto les diríamos en persona… Es como si se hubiera establecido una norma psicológica según la cual los comentarios que se publican en internet forman parte de un videojuego y no de la vida real». Resulta que el Yiannopoulos de 2012 estaba bien lejos de ser un absolutista de la libertad de expresión. «Es evidente que

las leyes existentes sobre las expresiones de odio son inadecuadas para la era de los medios de comunicación sociales. Se prohíbe a los borrachos que conduzcan porque son un peligro para los demás. ¿No va siendo hora de que hagamos lo mismo con los troles?».

* * *

Wintrich subarrendó su apartamento en el East Village y alquiló un piso en D. C., cerca de Logan Square; «le falta algo de carácter —dijo—, pero me tomo como un desafío personal conseguir que quede bonito». Compró un baúl antiguo de Louis Vuitton en eBay para usar como mesa de centro y a ambos lados del televisor colocó sendos bustos de pared de una gacela y un gemsbok. La mayoría de las noches se le podía encontrar allí preparando cócteles de bourbon para diversos anarcocapitalistas que había conocido en la CPAC (Conferencia de Acción Política Conservadora, por sus siglas en inglés) o sirviendo arrachera poco hecha a un grupo de diseñadores gráficos y modelos de Instagram. Ocasionalmente, cuando le daba por ahí, pedía silencio a sus invitados y retransmitía un vídeo por Periscope analizando las noticias del día, que normalmente se limitaban a sus polémicas más recientes en Twitter. En cierta ocasión llegué a la casa de Wintrich en D. C. y me dijo que no me había cruzado con Chelsea Manning por los pelos. Me costó creerlo; desde su salida de prisión, Manning era una destacada activista antifa.

—Bueno, lo que tú digas, piensa lo que quieras —dijo Wintrich.

Una noche levantó la cabeza mientras escribía un mensaje.

—¿Cómo se llama esa isla gay? —preguntó a los invitados de aquel día.[194]

—¿Lesbos? —sugirió un corresponsal de tecnología de Breitbart.

—Fire Island —dijo Wintrich, y retomó el mensaje.

La habitación quedó en silencio y la gente empezó a aburrirse. Wintrich, siempre buen anfitrión, puso algo de música y empezó una partida de Cartas contra la humanidad, que sus creadores describen como un «juego de fiesta para personas horribles».

Cada vez que Wintrich aparecía en la sala de prensa, los reporteros convencionales se agitaban, de modo que él siempre se dejaba ver. Era un itinerante. La mayoría de los días no tenía ninguna pregunta preparada, aunque eso era lo de menos, porque Spicer nunca le llamaba. No obstante, su mera presencia era un acto de troleo eficaz. «El delicado chico ario de las fotos de Trump informa ahora —en traje, gracias a Dios— desde la Casa Blanca», dijo Rachel Maddow en la MSNBC.

Un viernes por la mañana, antes de que diera comienzo la sesión informativa del día, Jon Decker, corresponsal en la Casa Blanca para Fox News Radio, vio a Wintrich de pie al otro lado de la sala de prensa.

—Gateway Pundit está aquí —advirtió Decker, dispuesto a compartir su opinión sobre la página con cualquiera que se molestara en escucharle.

La conclusión era que Wintrich era un nacionalista blanco declarado (falso) que carecía de integridad periodística (verdad). Wintrich aprovechó aquello y publicó un tuit acusando falsamente a Decker de haberlo «agredido». «El conflicto es atención».

La pelea saltó al exterior. En el O.K. Corral, una disputa verbal corría el riesgo de convertirse en un tiroteo; en la Casa Blanca, una disputa verbal probablemente no pasará a mayores, pero los periodistas se apiñarán en torno a la acción para grabarla con el móvil. Fuera estaba nevando. Wintrich, fanfarroneando ante las cámaras, se puso unas gafas de sol y encendió un cigarrillo.

Se acercó April Ryan con el iPhone en la mano como si fuese un talismán y pidió a Wintrich que declarara sus creencias políticas.

—Hum, ¿gobierno pequeño?, ¿libertad personal? —contestó—. La mitad de mi familia murió en el Holocausto. Llamarme nazi o cualquier otra cosa parecida es extremadamente… repugnante.

—De acuerdo —dijo—. ¿Eres racista?

—No, claro que no.

—¿Qué opinas sobre la integración?

—Estoy muy a favor.

—¿De que las razas confraternicen?

Wintrich sonrió burlonamente.

—Mi novio es colombiano, por lo que tendemos a confraternizar.

Repelía los golpes. Ryan tenía la oportunidad de mantener una conferencia de prensa espontánea y en solitario con el infame trol de la sala de prensa, pero no sabía lo suficiente sobre Wintrich como para poder pillarle in fraganti.

Durante meses, se había ridiculizado a los Deplorables por sus numerosas y evidentes transgresiones, por su falta de honestidad, por su xenofobia, por su misoginia. En los últimos tiempos, sin embargo, la escala de preocupaciones se había estrechado de súbito. En muchos círculos de la izquierda, tanto en los medios de comunicación sociales como en la vida real, se había empezado a definir a los Deplorables de una forma única y muy simplona: eran todos nazis. O, como mínimo, supremacistas blancos consagrados. Si uno se refería a ellos situándolos por debajo de este baremo, se consideraba una forma cobarde de restarles importancia.

Se trataba de una respuesta comprensible a un problema profundo y fastidioso. Desde la Segunda Guerra Mundial, la franja lunática de Estados Unidos siempre había incluido a varios centenares de frikis con esvásticas tatuadas; ahora había un movimiento supremacista blanco cada vez más organizado que presentaba varios puntos de contigüidad tanto con el Congreso como con la Casa Blanca. Esto era algo nuevo y aterrador, pese a que la prensa convencional a menudo lo trataba como algo meramente «provocador» o

«polémico». La situación había llegado a tal punto que me parecía compresible que se quisieran aclarar las cosas. ¿Por qué no hablar lisa y llanamente de lo que estaba ocurriendo delante de nuestras narices? ¿Ni siquiera cuando la cosa iba de nazis literales se podía romper el hábito de la falsa equivalencia?

Aun así, tampoco tenía ningún sentido insistir en que todos los tipos malos de internet eran malos de la misma manera. Esto suponía no solo un error de lógica, sino también táctico. En primer lugar, el centrarse exclusivamente en un tipo de maldad implicaba arriesgarse a dejar sin control cualquier otra forma de maldad.[195] Si los que criticaban a Wintrich querían dejar constancia de que aquel tipo no merecía trabajar en la Casa Blanca, disponían de numerosos argumentos entre los que elegir. Sin embargo, si la única forma de desacreditar a un Deplorable era llamándolo nazi, entonces la acusación podía ser fácilmente adulterada: «Soy judío» parecía dar sus frutos. La persona crítica se quedaba sin nada que decir, mientras que el Deplorable ganaba un tema de discusión.

He estado de acuerdo con Gavin McInnes exactamente una vez. Fue durante una entrevista que le hizo Milo Yiannopoulos en su canal de YouTube. Ambos se burlaban de la costumbre de los medios convencionales de repetirles una y otra vez la misma pregunta: «¿Eres un nacionalista blanco?».[196] «Ayer me entrevistaron para la NBC», empezó a contar McInnes. Según él, la periodista estaba firmemente decidida a dejarlo al descubierto como un supremacista blanco de manual. Él le dijo que si eso era lo que ella perseguía, «entonces tus chicos malos están por todas partes. La derecha alternativa estará encantada de hablar contigo, y ellos siempre dicen lo que piensan». De todos modos, continuó diciéndole, si lo que quería era polemizar, seguro que disponía ya de material más que suficiente con el que ponerse manos a la obra, incluso sin abordar el tema del nacionalismo blanco. «Soy islamófobo. Soy xenófobo. Soy un maldito sexista —dijo—. ¡Ven a por mí!».

Constantemente me dejaba atrapar por el continuo drama del relato de las noticias. ¿Cómo podía resistirme? Todos los titulares —«Los ayudantes de campaña de Trump mantuvieron repetidos contactos con la inteligencia rusa»; «Trump convierte la terraza del club Mar-

a-Lago en una sala de estrategia al aire libre»— tenían la capacidad de desencadenar media docena de emociones activadoras a la vez. Y con todo, una pequeña e ingenua parte de mí seguía sorprendiéndose con cualquier titular de periódico o rótulo televisivo que no dijera: «Actualmente la Casa Blanca está ocupada por Donald Trump y diversos impostores y matones». Los reporteros tradicionales se enfrentaban básicamente al mismo dilema con el que habían lidiado al cubrir los ataques de troles en internet, solo que a una escala mucho mayor. Podían ser imparciales o podían decir la verdad, pero era imposible hacer las dos cosas a la vez. Los grandes periódicos no se atrevían a adoptar un tono estridente tipo Gawker, pero cada vez se acercaban más, sobre todo en sus versiones digitales. La urgencia de la situación nacional parecía exigir una respuesta estridente. Además, al público le encantaba (esto se hacía evidente con solo echar un simple vistazo a las analíticas de las redes sociales). A su vez, la estridencia solo aumentaba la sensación de Trump de que la prensa era un enemigo del pueblo (o, cuando menos, enemigo personal de él, es decir, de la única persona que parecía importarle).

Una mañana en la que Wintrich estaba fuera de la ciudad, acudí yo solo a la sala de prensa. Nada más llegar, sobre las once de la mañana, me encontré con que los reporteros estaban como locos.

—¡El presidente acaba de decir que va a ofrecer una rueda de prensa! —anunció alguien.

Era su primera rueda de prensa en solitario desde que había jurado el cargo.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Creo que en una hora. Lo acaba de decir, nadie se lo esperaba. ¿Sabe que «rueda de prensa» significa que tiene que aceptar preguntas? ¿De múltiples personas?

—¿Cómo quieres que yo sepa qué sabe?

Kyle Mazza llegó tranquilamente con dos latas de atún de la máquina expendedora. Se rumoreaba que Trump iba a anunciar el nombre del nuevo secretario de Trabajo.

Pero los periodistas confiaban en que también aceptara preguntas sobre otros asuntos, incluyendo el escándalo ruso. Los reporteros se pusieron en fila esperando a ser escoltados a la Sala Este. Por lo general, un plan de asientos se elabora de antemano; esa conferencia de prensa, organizada por capricho del presidente, iba a ser un sálvese quien pueda. Unos pocos corresponsales trataron de ponerse a la cabeza del grupo a codazo limpio.

—Venga, chicos, orden y tranquilidad —dijo un ayudante de prensa.

—Predica con el ejemplo —murmuró a su lado un corresponsal de televisión.

Los reporteros fueron conducidos por el pasillo de mármol hasta la sala de baile, donde se desperdigaron en varias hileras de asientos: The Huffington Post cerca de las primeras filas, Newsmax en la zona central, NPR en la parte de atrás. Kyle Mazza atravesó el grupo a empujones y se fue de cabeza a un asiento en la tercera fila.

Jim Acosta, el corresponsal de la CNN en la Casa Blanca, se dirigió a la parte delantera de la sala y se subió a un elevador de madera mirando a cámara. Mantuvo una conversación vía pinganillo con Jake Tapper, el presentador; el resto de la sala escuchaba a Acosta en un silencio tenso. «Así es, Jake. Espero que no sea una noticia falsa». Los reporteros en la sala se rieron; el personal de la Casa Blanca, no.

Una vez finalizada la conexión televisiva, un empleado de la Casa Blanca llamado Boris Epshteyn dijo:

—Jim quiere que lo fichen en el Saturday Night Live.

—¿Ha funcionado? —preguntó Acosta, sumándose a la broma.

—No —respondió Epshteyn, impertérrito.

Trump apareció veinte minutos tarde, dedicó menos de un minuto a hablar sobre su elección del secretario de Trabajo y acto seguido pasó a hacer lo que había ido a hacer. Era evidente que más que

una rueda de prensa, lo que quería era dar una antirrueda de prensa.

—Voy a presentar esto directamente al pueblo estadounidense, con la presencia de los medios… Lo que es todo un honor, teneros aquí esta mañana… Porque muchos periodistas y otras personas de nuestra nación no os dirán la verdad.

Aquella oración contenía una afirmación errónea (en realidad era por la tarde); la primera de decenas de afirmaciones erróneas que oscilaron desde lo trivial y lo risible a lo potencialmente incriminable. Le preguntaron en repetidas ocasiones si su campaña había tenido algún tipo de vinculación con oficiales rusos. Primero negó los cargos sucintamente —«Rusia es fake news»— y luego en mayor profundidad: «Rusia es una artimaña. No tengo nada que ver con Rusia. Hace años que no llamo por teléfono a Rusia. No hablo con gente de Rusia. No es que no lo haga, es que no tengo a nadie con quien hablar. He hablado dos veces con Putin».

Aquello se prolongó durante más de una hora.

—Consigo buenos índices de audiencia, eso lo tenéis que admitir —dijo el presidente.

Mientras los reporteros hacían preguntas, él evaluaba lo bien o mal que lo hacían en tiempo real, comparando a unos con otros y, como un mago Merlín borracho de poder, ordenándoles que se levantaran o se sentaran, que hablaran o que permanecieran callados. Yo había visto los momentos más escandalosos de sus mítines de campaña, desde luego, pero la mayoría de ellos se habían celebrado en hangares para aviones o en estadios de fútbol americano. En tales recintos, Trump hacía lo que suele hacerse en cualquier espectáculo de estadio: subir el volumen al máximo y tocar los grandes éxitos. Aquella rueda de prensa era su primera actuación acústica en solitario. Desde un punto de vista puramente técnico, me resultó muchísimo más impresionante. Su juego de herramientas retóricas era muy limitado —vocabulario exiguo, memoria retorcida, un tipo de carisma monótono extrañamente específico—, y, sin embargo, sacaba un montón de partido a esos instrumentos tan rudimentarios. Era un vocalista con un timbre rasposo y un alcance de media octava, pero cantaba con sentimiento.

En cierto momento, Trump dio la palabra a April Ryan, que es afroamericana.

—Esta pregunta va a ser mala, pero bueno.

Ryan hizo una pregunta sobre el «programa urbano» de Trump.

—Eso ha sido muy profesional y muy bueno —dijo el presidente, como si estuviera hablando con un niño.

—Soy muy profesional —repuso Ryan, corresponsal en la Casa Blanca desde hacía veinte años.

Trump divagó durante algún tiempo, comparando la ciudad de Chicago con el infierno, antes de preguntar a Ryan si los miembros del Caucus Negro del Congreso eran «sus amigos».

—No, no —respondió Ryan—. Solo soy una simple reportera.

En cierto momento de aquella conversación cruzada, Kyle Mazza se puso de pie e hizo una pregunta sobre Melania Trump.

—Hace un gran trabajo para el país —dijo Mazza—. ¿Puede hablarnos un poco de lo que hace la primera dama, Melania Trump, por el país?

—Eso es lo que yo llamo una pregunta bonita —dijo Trump señalando con el dedo hacia donde estaba Mazza—. ¿Con quién estás?

—UNF News —dijo Mazza.

—Bien —dijo Trump—. Voy a empezar a mirarla.

Los periodistas fueron acompañados de nuevo a la sala de prensa, donde intercambiaron sonrisas aturdidas.

—¿Ha dicho literalmente que «Rusia es fake news»? —preguntó un reportero a otro, revisando sus notas.

—¿Quién es ahora una república bananera? —dijo un corresponsal que había cubierto dictaduras latinoamericanas.

Otro periodista repitió la palabra surrealista más de una docena de veces, para sí mismo.

Cuando Ryan entró en la sala, muchos la miraron con sardónica simpatía:

—¿Conoces a todas las personas negras del país, April?

—April, tengo un amigo negro en Cleveland. ¿Podrías enviarle un mensaje?

Ryan sacudió la cabeza y sonrió.

—A ver, es que ni siquiera puedo… —dijo, y de ahí no pasó.

Los reporteros se dispersaron para entregar sus crónicas. Habían utilizado las herramientas que tenían a su disposición (hacer preguntas directas, señalar respuestas contradictorias) para desafiar la mendacidad de Trump, su inestabilidad emocional, su racismo apenas disimulado. Sin embargo, al hacer su trabajo tal y como se les había enseñado a hacerlo, también legitimaban y esparcían el mensaje de Trump. Este había invitado al cuerpo de prensa a una elegante sala de baile para degradarlos, y ellos habían retransmitido su propia degradación en directo, por televisión y Twitter. Era el equivalente metamediático de la táctica de matón de patio de colegio conocida como «¿Por qué te pegas a ti mismo?». Para algunos espectadores, Trump se había mostrado infantil e incompetente, mientras que la prensa había actuado de manera diligente, tal vez incluso heroica. Para otros espectadores, en cambio, Trump se había mostrado como lo que era: su fiel y asediado presidente, y la prensa, como un grupo descarnado de chacales. En cualquier caso, los índices de audiencia eran magníficos.

Envié un mensaje a Wintrich para preguntarle si lo había visto.

—¡JODER! BUENÍSIMO —contestó—. Increíblemente decepcionado por no haber estado allí para verlo.

Pero aunque hubiera estado allí, sus capacidades habrían sido superfluas. La rueda de prensa había estado controlada por el trol mediático más dotado del mundo: el presidente de Estados Unidos.

■

[190] Nada más lejos de la realidad. Le habían concedido un pase de un día, pero nunca volvería a conseguir otro. En 2018, Robert Mueller llamó a Corsi para una serie de entrevistas, en las cuales pareció cometer perjurio varias veces. Mueller, más adelante, le ofreció un acuerdo legal de culpabilidad, pero Corsi lo rechazó: «Considero que se trata de una investigación totalmente fraudulenta».

[191] Muchos de los llamados conservadores —entre quienes se incluían Yiannopoulos y su jefe en Breitbart, Steve Bannon— empezaron a impulsar la idea de que Twitter, Facebook y Google eran monopolios y, por tanto, el Gobierno debería plantearse su destrucción. Esta idea se extendió a lo largo de toda la ventana de Overton, en ambas direcciones, hasta que en 2017 y 2018 se convirtió en un tema de debate poco habitual para ganar terreno tanto en Democracy Now! como en Fox News. «La existencia de Google, el poder de Google, suscita preguntas reales acerca de si es posible tener una verdadera democracia —dijo Tucker Carlson en septiembre de 2018—. Este no es el capitalismo que yo apoyaba».

[192] Earnest, haciendo honor a su nombre, planteaba amables contrapuntos socráticos. Por un lado, «una parte de nuestro sistema se basa en el respeto a que las empresas privadas puedan establecer sus propias políticas»; por otro lado, los medios de comunicación sociales se «basan en la libertad de expresión». Los absolutistas de la libertad de expresión nunca encontraban la forma de resolver esta discrepancia. Cuando hablaban de su celosa devoción a la Primera Enmienda, tendían a eludir la inconveniente realidad de que la Primera Enmienda también proporcionaba derechos a Twitter y Facebook, incluyendo el derecho a poder vetar a casi cualquiera de sus plataformas esgrimiendo casi cualquier motivo.

[193] Esta iteración está sacada de una entrevista de 2017 en Real

Time with Bill Maher, pero Yiannopoulos repetía esta idea siempre que podía y allí donde podía: en Fox News, en los informativos locales, en la NPR y en todas las plataformas de medios de comunicación sociales disponibles, hasta que lo expulsaron de todas ellas.

[194] «Me llevo bien con todos —me dijo una vez Wintrich—. Soy de mente muy abierta». Esto resultó ser un eufemismo. Era el tipo de persona sobre las que tiempo atrás me había advertido una de mis profesoras (en realidad lo que me pidió fue que no me volviera una de ellas: una persona tan abierta de mente que se le desprendiera el cerebro).

[195] También resultaba extraño, e incluso insultantemente jerárquico. ¿De verdad llamar a alguien misógino o islamófobo en lugar de racista era restarle importancia? ¿Acaso era tan obvio que una forma de fanatismo fuera más inaceptable que otra?

[196] Había numerosas razones para pensar que ambos eran racistas. Los dos lanzaban mensajes encubiertos de una forma tan constante que la mejor metáfora podría haber sido una tetera sobre una llama eterna. Y por si eso no fuera suficiente, había otras pruebas más evidentes. En una entrevista en 2002 con la New York Press, preguntaron a McInnes si le molestaban sus vecinos hípsteres en Williamsburg: «Bueno, por lo menos no son negratas ni portorriqueños —repuso—. Por lo menos son blancos». Yiannopoulos, según informes de BuzzFeed, empleaba contraseñas de e-mail que hacían referencia a momentos fundamentales en la historia nazi, como la Noche de los Cristales Rotos o la Noche de los Cuchillos Largos. Siempre que le cazaban cruzando una línea roja, Yiannopoulos decía que no era más que un troleo. Pero una contraseña de e-mail es un sitio un tanto extraño para intentar provocar a los normies, sobre todo teniendo en cuenta que supuestamente el sentido último de una contraseña de e-mail es que nadie la vea. Sin embargo, a pesar de todo, era imposible afirmar con rotundidad que alguno de los dos fuera un separatista blanco de tomo y lomo. La mujer de McInnes era nativa americana. El marido de Yiannopoulos era afroamericano. Un matrimonio interracial no excluye a nadie de ser racista, desde luego, pero sí excluye a alguien de unirse a la mayoría de los grupos de nacionalistas blancos, o de

ganarse su apoyo. En efecto, la derecha alternativa acérrima, incluso entre ellos, no recibía con los brazos abiertos a McInnes ni a Yiannopoulos; los consideraban unos traidores. Si McInnes y Yiannopoulos eran nacionalistas blancos, estaban claramente determinados a esconderlo. Era poco probable que volver a preguntarles lo mismo durante una entrevista por televisión fuera a resolver el caso.

24

Éxito e Imperio

Un mes y medio después de la DeploraBall, uno de los organizadores de la fiesta, Jeff Giesea, invitó a algunos amigos a tomar unas copas en un salón del hotel Trump International en la avenida Pensilvania. «Se trata de un "encuentro MAGA" informal», escribió en un correo electrónico. Quería mantener el empuje que había sentido el fin de semana de la investidura para seguir construyendo un movimiento de base. «Depende de nosotros redefinir el conservadurismo para la próxima generación», me dijo Giesea, y con eso se refería a la alternativa ligera, a la nueva derecha o como quiera que se llamara a sí misma la mitad no nacionalista blanca del movimiento.

Los encuentros MAGA se volvieron un acontecimiento mensual. Siempre que estaba en D. C., me pasaba por ese salón del hotel Trump International; incluso en las noches en las que no había ninguna reunión programada, siempre tropezaba con varios Deplorables conocidos. Una noche, Wintrich y Cassandra Fairbanks estaban sentados en un sofá de terciopelo muy mullido con Yoni y Mary Clare Amselem, la pareja que había celebrado la fiesta previa a la DeploraBall.[197]

—Estoy pensando en empezar un pódcast —dijo Yoni—. Hoy en día todo el mundo es sumamente prudente y aburrido. Quiero invitar a Louis Farrakhan a debatir con un nacionalista blanco de Suecia, ya sabéis, movidas provocadoras. Lo provocador mola, ¿no?

El salón, ubicado en la planta novena, tenía un techo de cristal, como si se tratara de un invernadero gigantesco o del interior de un crucero. Los empleados, con uniforme, aguardaban en posición de firmes junto a la pared.

—Este es mi lugar seguro —dijo Fairbanks—. En cualquier otra parte me tengo que preocupar de si me acosan los antifas. Aquí, la gente me deja en paz de una puta vez. Además, a mi hija le encanta, lo llama el Palacio de Trump.[198]

Corey Lewandowski estaba plantado en medio del salón con unos colegas, dándose coba unos a otros y concediendo el ocasional selfi a algún admirador. Lewandowski, el volátil primer encargado de la campaña de Trump en 2016, había sido despedido por diversas indiscreciones que pudieron o no incluir la agresión a una reportera. Entonces se hizo consultor político independiente y, durante un tiempo, uno de los emblemáticos comentaristas pro-Trump en la CNN.

—¿Tenías buena relación con alguien allí? —le preguntó un admirador.

Lewandowski hizo un gesto malhumorado.

—Hablaba con Jeff Lord, Kayleigh y Jason Miller —repuso (tres de los otros trumpistas de la cadena)—. El resto pueden besarme el culo, sinceramente.

Sonaba una insípida música electrónica de baile a bajo volumen. Olía a Ivanka Trump, de Ivanka Trump (en la tienda de regalos vendían fragancias para hombre: Success [Éxito], de Trump, y Empire [Imperio], también de Trump). Donald Trump Jr. se sentaba a escasos metros, bebiendo vino con una comitiva, mientras agentes del Servicio Secreto vigilaban por los alrededores. Un poco antes, Kellyanne Conway y Anthony Scaramucci, dos de los delegados de televisión favoritos del presidente en aquel momento, habían sido vistos cenando en mesas separadas del asador adyacente al salón.

Entrar en el Trump Hotel era como ir de visita a un exclusivo club en una bisoña teocracia, una sociedad en la que todos los poderes fluyen a partir de una única fuente y en la que la única forma en que uno puede progresar es acercando su cuerpo y su dinero todo lo posible a esa fuente. Una bandera estadounidense inmensa e inerte colgaba de los travesaños, perpendiculares al suelo; las barras señalaban hacia abajo, hacia el bar, con sus botellas imperiales Trump Blanc iluminadas desde atrás y sus cuatro enormes pantallas

planas (Fox News, Bloomberg, CNN, ESPN). Conocí a Brad Parscale, el estratega digital de la campaña de Trump, que me dijo que estaría encantado de hablar conmigo en cualquier momento, y a continuación procedió a ignorar todos mis e-mails. Conocí a Katrina Pierson, una portavoz y propagandista a sueldo de Trump, que me dijo que le encantaba mi trabajo, aunque era evidente que se lo decía a todo el mundo. Conocí a airadas mujeres de futbolistas, libertarios con pajarita, Proud Boys tatuados hasta las cejas y shitlords de 4chan a quienes la mecánica de una conversación cara a cara parecía desconcertarles. Conocí a un exmarine que vestía un chaleco de caza, a una adinerada diaconisa de Nigeria con un llamativo sombrero de ir a la iglesia y a varios burócratas jóvenes que acababan de unirse al Departamento de Estado. El salón era la encarnación de la coalición MAGA, una gran tienda de campaña extendida sobre un pantano abigarrado. Trump había ganado. Los liberales se habían despeñado. Ahora los Deplorables bebían juntos en el mismo atrio acristalado, mientras escuchaban la misma música de ascensor e intentaban descubrir qué tenían realmente en común.

* * *

Muchas de las tareas organizativas de los Encuentros MAGA recaían en Will Chamberlain, un abogado de treinta años, y en Jane Ruby, una economista de la salud de sesenta. Siempre que me dejaba caer por allí, Ruby se comportaba como una combativa madre sobreprotectora.

—Veamos, así que tu plan es introducirte tras las líneas enemigas, ¿no?

—Prácticamente.

—¿Y por qué deberíamos dejarte hacer eso?

—Jane, venga ya —dijo Fairbanks riéndose para aligerar la tensión.

Las defensas de Ruby no tardaban en apaciguarse. Nunca dejaba de preguntarme qué era lo que me atraía del movimiento, y yo le contestaba que quería escuchar, que quería aprender, que quería entender hacia dónde se dirigía mi país. Todo eso era cierto, pero dejaba un montón de cosas fuera.

Siempre que alguno de los Deplorables me preguntaba por qué me dedicaba a pulular por allí, les decía: «Estoy escribiendo un libro». Muchas veces respondían: «Ah, guay, yo también». El libro de Jack Posobiec se llamaba Citizens for Trump: The Inside Story of the People's Movement to Take Back America (Ciudadanos por Trump. La historia interna del movimiento popular para recuperar Estados Unidos). El de Lauren Southern llevaba por título Barbarians: How Baby Boomers, Immigrants, and Islam Screwed My Generation (Bárbaros. Cómo arruinaron mi generación los baby boomers, los inmigrantes y el islam). El de Jane Ruby era A Sea of New Media (Un mar de nuevos medios de comunicación), un título que había sacado de un discurso de Andrew Breitbart de 2010. «Mi mente no descarta la posibilidad de que fuera asesinado, posiblemente por Putin o por Obama», me había dicho Ruby a propósito de Breitbart.

Will Chamberlain era un trumpista y un nacionalista, pero no se entregaba a la paranoia de las leyendas urbanas. Cuando saqué el tema de Alex Jones, puso los ojos en blanco y dijo: «Sin comentarios». Muchas de las figuras de la alternativa ligera, al verse confrontadas por el racismo y el antisemitismo propugnados por la derecha alternativa, reaccionaban con timidez o recurrían a esquivar la falsa equivalencia. Cuando pregunté a Chamberlain por el fanatismo de la derecha alternativa, dijo:

—Es espantoso y despreciable, y es nuestra labor expulsarlos lejos de nosotros.[199]

Chamberlain era una anomalía dentro de su círculo, en el sentido de que parecía tener verdaderas convicciones (o, como mínimo, el suficiente orgullo para avergonzarse de la hipocresía gratuita). Era fascinante verlo interactuar con gente como Wintrich, que no exhibía tales impedimentos. Una vez, durante un cóctel en el salón de su casa, Wintrich ventiló el escándalo de aquel día en la Casa Blanca diciendo:

—Sinceramente, creo que el verdadero problema son los medios de comunicación del Estado profundo.

—¿De verdad ese es el problema? —preguntó Chamberlain, incorporándose en la silla y seguro de poder ganar un debate como ese—. ¿No tiene más sentido una explicación del tipo navaja de Ockham, como la incompetencia de la administración?[200]

A continuación hizo una pausa para dar un sorbo de bourbon. Por mucho que le gustara discutir, su mayor objetivo era construir puentes dentro del movimiento, no quemarlos.

—Pase lo que pase —dijo Fairbanks actuando como figura conciliadora—, todos sabemos que los Clinton y los McCain de este mundo serían muchísimo peores.

Chamberlain se reclinó y alzó su copa.

—Brindo por eso —dijo.

■

[197] Los cuatro se habían conocido el fin de semana de la investidura, pero rápidamente se habían hecho buenos amigos; los Amselem se casaron cuatro meses después, y Wintrich y Fairbanks asistieron a la ceremonia.

[198] De acuerdo con numerosos estudiosos de la Constitución, el 20 de enero de 2017, de la noche a la mañana, el hotel Trump International pasó de ser una extravagante inversión inmobiliaria a una flagrante violación de la cláusula de emolumentos. Diversos amigotes y socios en los negocios de Trump se alojaron en el hotel durante el fin de semana de la investidura, llegando a pagar dieciocho mil dólares por una suite individual (o una estafa o un soborno; o ambos). Un grupo de presión contratado por el Gobierno saudí alquilaba habitaciones en el hotel desde hacía meses, canalizando cientos de miles de dólares de la familia real saudita directamente a la Organización Trump.

[199] «Mi madre es judía —añadió Chamberlain—. Pero aunque no

lo fuera, me gusta pensar que ser anti-antisemita seguiría resultándome fácil». En cualquier caso, siguió siendo un firme defensor de la alternativa ligera, a pesar de sus repetidos deslices hacia el nativismo, la misoginia y la xenofobia. «Trato de ver cómo funciona realmente la persuasión en el mundo —dijo Chamberlain —. Ted Cruz gana en términos puramente logocéntricos, pero Trump le supera una y otra vez». Hablar de política con Chamberlain era un poco como hablar de dinosaurios con un joven creacionista. Algunas de sus creencias fundamentales (por ejemplo, que debía confiarse a Donald Trump un arsenal nuclear) me resultaban irracionales casi hasta el punto de lo incomprensible; pero una vez acordamos no estar de acuerdo en unas cuantas premisas fundamentales, pudimos empezar a mantener una conversación. En el fondo lo veía como un hipercontrario, el tipo de tío tan ansioso por tomar la pastilla roja que se tragaría cualquier cápsula con un tono tirando a rosa sin molestarse en comprobar si estaba envenenada con cicuta. En los años 50, el psicólogo Leon Festinger acuñó la expresión «disonancia cognitiva» para describir el estado mental causado por el intento de mantener dos o más creencias irreconciliables de forma simultánea. Cuanto más claramente chocan las creencias, planteaba Festinger, mayor necesidad de «apoyo social» tiene el creyente. Por consiguiente, cuanto más tiempo pasara sin que Jesús volviese a la Tierra (o sin que Trump empezara a actuar «como presidente»), más fuerte y desesperadamente podría esperarse que el cristiano milenarista (o el ardiente trumpista) hiciera proselitismo con los no convertidos.

[200] La navaja de Ockham es un principio metodológico y filosófico atribuido al fraile franciscano, filósofo y lógico escolástico Guillermo de Ockham, según el cual «en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable». (N. de la T.).

25

El claro día que hace

salir al áspid

[201]

El 29 de abril de 2017, la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca celebró su banquete anual en el Washington Hilton. Trump declinó asistir; era la primera vez que un presidente titular hacía algo así en más de un cuarto de siglo (el último presidente que se perdió la cena, Ronald Reagan, tuvo una buena excusa: acababan de dispararle). A modo de contraprogramación, los Deplorables celebraron una fiesta en Shelly's Back Room, el bar de fumadores frente al National Press Club. «Los que están reunidos al otro lado de la ciudad, en la Cena de Corresponsales de la Casa Blanca… Esos son los que no dicen la verdad», se oyó a Jim Hoft, que había volado desde San Luis, por los altavoces. Los Deplorables llamaron a su fiesta la Gala de las Noticias Reales. La temática eran los 80, supuestamente la década más reciente en la que Estados Unidos había sido grande. Había cerca de cien invitados desperdigados por el bar. Gavin McInnes llevaba un chaleco vaquero con tachuelas y tenía la cara manchada de barro.

—Así era como me vestía en los 80 —dijo—. Por entonces era un anarquista punk, y creo que en muchos sentidos lo sigo siendo.

Mike Flynn, que llevaba una camiseta de Las chicas de oro y estaba fumando un puro, levantó la cabeza hacia el televisor, sintonizado en Fox News. En la pantalla apareció una foto de su padre, a quien estaban investigando por no haber revelado pagos procedentes de Rusia.

Jim Hoft permanecía en una esquina, donde entre discurso y discurso entrevistaba a Cassandra Fairbanks sobre su reciente visita a la sala de prensa de la Casa Blanca. Ella tuiteaba la conversación en directo, él la grababa con el móvil y Jeremy Segal, uno de los documentalistas de Chicago, grababa a ambos. Yo estaba cerca, tomando notas. Una superposición decadente e inacabable.

Cuando sirvieron la cena, los Deplorables se repartieron entre las distintas mesas. La distribución tuvo lugar de una manera aparentemente mecánica, como si obedecieran a una lógica simiesca inconsciente: las pseudocelebridades de primera categoría se sentaron en una mesa, los de segunda en otra, los de tercera en la siguiente, etc.[202] Yo me encaminé hacia la mesa de los de primera categoría y retiré una silla para sentarme.

Cernovich me estudió.

—Se te ve más grande, hermano —dijo—. ¿Has estado levantando pesas?

—¿Este se sienta con nosotros? —preguntó McInnes.

—Deja que haga lo que quiera, tío —dijo Cernovich—. No nos pone en un pedestal, pero tampoco miente sobre nosotros.

—¡Es de los putos medios de comunicación! —exclamó McInnes—. ¿Por qué seguimos diciendo que son el enemigo pero luego dejamos que escuchen nuestras conversaciones?

No tenía ninguna intención de decirlo, pero pensaba que McInnes tenía razón.

Hoft pidió un entrante y yo me serví un poco de humus en el plato con una cuchara. McInnes me miraba fijamente.

—¿Eres judío? —preguntó—. Nunca he visto a un judío usar así la cuchara. Normalmente cogen el pan de pita y lo meten en el humus con las manos.[203]

Los invitados de segunda categoría se empeñaban en huir del relativo estigma de su mesa acercándose a los de la mesa principal.

—¡No es más que un meme! —decía Laura Loomer a McInnes mientras hacía el gesto de OK con la mano—. Te lo juro, los medios están cero relajados.

Desde que había dejado el Project Veritas, Loomer había empezado a especializarse en confrontaciones callejeras, cuanto más beligerantes, mejor. Las grababa todas, por supuesto, y publicaba los vídeos en múltiples redes sociales con el hashtag #Loomered. Estos desencuentros —la mayoría con políticos demócratas o periodistas de medios predominantes, como los presentadores de la CNN— nunca tenían interés periodístico, pero eran increíblemente incómodos de ver. Si programas como Curb Your Enthusiasm eran comedias que hacían sentir vergüenza ajena, los loomerings de Loomer podían considerarse contenido viral de vergüenza ajena.

—Os hemos preparado una sorpresa —anunció Hoft después de la cena—. Tenemos un suspense… dondequiera que estemos.[204]

Se trataba de un concurso de baile con temática de los años 80: Gavin McInnes contra James O'Keefe, de Project Veritas. Empezó McInnes moviéndose al ritmo de «Let's Go Crazy» de Prince y terminó haciendo el gusano. A continuación, O'Keefe, con sombrero de fieltro, hizo la coreografía del «Billie Jean» de Michael Jackson, incluyendo unos giros muy bien controlados y un moonwalk pasable. A juzgar por los aplausos, el claro ganador fue O'Keefe.

—Que le follen —dijo McInnes—. Lo único que ha hecho ha sido memorizar unos cuantos pasos. Yo he bailado con el corazón.

* * *

Unas semanas después me encontraba en la sala de estar de Fairbanks, en una zona residencial de D. C., viéndola tratar de escribir una entrada de blog sin demasiado entusiasmo. Acababa de dejar Sputnik para unirse a una startup de medios de comunicación llamada Big League Politics. La parte de atrás de su portátil estaba decorada con una pegatina con la imagen de Andrew Breitbart, que

cerraba los ojos en un gesto furioso, junto a la palabra «#GUERRA».

Le llegó un mensaje:

—Roger Stone va a hablar en el Young Republican Club de D. C. en una hora —me informó—. ¿Quieres venir?

Stone estaba en una sala mal ventilada llena de empleados del Capitolio.

—Recientemente ha aparecido en Netflix un largometraje documental sobre mí. A pesar de que lo han dirigido dos parásitos de la izquierda, merece la pena.

Entre el público se encontraban Wintrich, Posobiec y Jane Ruby, que había empezado a llamarme «el acoplado». Había organizado un encuentro MAGA esa noche en el Trump Hotel y acababa de pedirle a Stone que apareciera como invitado.

—Cuando he ido a preguntarle no ha dejado de mirarme el escote, así que puede que venga.

Posobiec desprendía una intensidad maniaca más exagerada de lo habitual. Hacía pocos días, en Polonia, Trump había pronunciado un discurso cargado de retórica hipernacionalista.[205] La decisión de pronunciar aquella conferencia en Polonia, uno de los países europeos en los que más había resurgido el sentimiento nacionalista, era tan simbólicamente significativa como la decisión de Ronald Reagan de dar el sorprendente discurso en el condado de Neshoba (Misisipi) que dejó boquiabiertos a todos.

—No he tenido nada que ver con el borrador del discurso de Polonia —susurró Posobiec en un aparte pero mirando en mi dirección para asegurarse de que estaba escuchando—. Simplemente no se sabe cómo el día anterior, en mi Periscope, acerté todos los temas de los que iba a hablar.

En una de mis anteriores visitas a D. C., Fairbanks me había enviado un mensaje con un enlace a YouTube: «Cada vez que vienes me acuerdo de esta escena —escribió—, porque todos están decididos a conseguir que cambies de opinión». Era una escena de

la película de 1932 La parada de los monstruos, en la que un grupo de artistas de circo intentan iniciar a una mujer «normal» en su camarilla.

—He oído que hay apuestas sobre quién logrará convertirlo —dijo Ruby.

—Yo seré el primero en hacer que se trague la pastilla roja —aseguró Wintrich.

—Ya hemos conseguido que se la trague —afirmó Posobiec—. Lo que pasa es que aún no lo sabe.

No me molesté en responderles. De todas formas, probablemente solo me estuvieran troleando.

En la escena de la película, los artistas circenses están cada vez más emocionados ante la inminente conversión de la mujer. La expectativa de todos ellos va in crescendo en una salmodia de grupo —«¡Una de nosotros! ¡Una de nosotros!»—, hasta que la mujer rompe el hechizo tirando una copa a uno de los artistas, lo que hace que todos se escabullan avergonzados. Esa película se rodó hace mucho tiempo. Hoy en día, la vergüenza, como tantas otras cosas, ya no es lo que solía ser.

* * *

Desde hacía un tiempo me preguntaba cuándo terminaría con los Deplorables de una vez por todas. Estaba harto de las interminables noches bajo el gemsbok en el salón de Wintrich, tomando decisiones improvisadas sobre si aparecer en otro Periscope o interrumpir otro chiste horrible. Conocía tan al dedillo sus temas de conversación favoritos que prácticamente podía transcribir sus giros en mi cuaderno antes de que ellos mismos los hicieran. Tal vez había llegado el momento de separar nuestros caminos.

Nació mi hijo. Pasaba horas contemplando sus ojos abiertos, viendo

cómo se le cerraban los párpados, cómo su pecho subía y bajaba al respirar; la antítesis kármica de todas las horas que había pasado vadeando la mugre de la internet neofascista. «Te espera un gran viaje —me felicitó Mike Cernovich en un mensaje de voz—. Los tres primeros meses son espantosos, y cualquiera que diga lo contrario te está dando fake news, pero después de eso es alucinante». Tal vez ahora pudiera dejar de devolverle las llamadas. Tal vez, en lugar de rastrear los detalles de la investigación del asesinato de Seth Rich o del trato de Uranium One, pudiera ocupar mi mente con pensamientos sobre arte, gastronomía o políticos que se encontraban dentro del rango normal de mendacidad y putrefacción moral.

Mi mujer y yo dividíamos las noches en dos turnos; uno de los dos se quedaba al cuidado del niño mientras el otro dormía. Una noche, cerca de las diez, le di un biberón y se quedó dormido apoyado en mi hombro. Con la mano que tenía libre, no del todo consciente de lo que estaba haciendo, agarré el teléfono, desenredé unos auriculares y abrí Periscope. «¡Vergüenza debería darle al Teatro Público de Nueva York!», gritaba Laura Loomer. Estaba en Central Park y se había colado en el escenario durante una representación al aire libre de Julio César. En la producción, César iba vestido de Donald Trump. A Loomer le había molestado aquel intento de catarsis dramática, así que había decidido hacer un #Loomer a Shakespeare. «¡Detened la normalización de la violencia política contra la derecha! —vociferaba—. ¡Sois el ISIS! ¡La CNN es el ISIS!» (Esto último era una incongruencia, pero no podía evitarlo).

La sacaron del escenario a rastras y la arrestaron. Entonces Jack Posobiec, que también se encontraba entre el público, se levantó y gritó: «¡Goebbels estaría orgulloso!». A él también lo desalojaron y la representación siguió su curso. «¡Libertad! ¡Independencia! ¡La tiranía ha muerto! —declamó un actor—. ¡Corred, proclamadlo, pregonadlo por las calles!».

Posobiec me envió un mensaje para decirme que estaba en una comisaría de policía en la calle 67 Este, esperando a que soltaran a Loomer, momento en el cual dirigirían sus pasos a una hamburguesería veinticuatro horas abierta que quedaba cerca.

Sobre la medianoche, desperté a mi mujer con la mayor suavidad posible.

—Cariño, perdona —dije—. El niño duerme en el moisés. Tengo que ir al Upper East Side a comerme una hamburguesa con algunos de los Deplorables.

—¿Una… hamburguesa? —preguntó, todavía medio dormida.

Aquella noche, Franklin Wright, un corpulento Proud Boy, acompañaba a Loomer haciendo las veces de cámara de Periscope y equipo de seguridad. Posobiec y él pidieron hamburguesas con queso; Loomer, un bol de chili. Pasaron un rato mirando sus teléfonos en silencio. Loomer había sido puesta en libertad con una multa por delito menor de allanamiento. Mientras comíamos, #FreeLaura tomó impulso en Twitter, a pesar de que ya la habían soltado.

—Es más en un sentido metafórico —explicó—. Para ayudarme con mis honorarios legales, ese tipo de cosas.

—Ahora mismo eres la cuarta tendencia —informó Posobiec.

—Increíble —dijo Loomer—. ¿Puedes hacer un pantallazo y mandármelo?

Laura Ingraham y Sean Hannity tuitearon su apoyo a Loomer, y esta concertó una aparición en el programa de Hannity al día siguiente. David French, un republicano anti-Trump, tuiteó críticas a Loomer: «¿Cuál de los principios conservadores promueve el veto de los alborotadores?».

—¿Quién es este tal French? —preguntó Loomer—. ¿Es un liberal?

—Es de la National Review —dijo Posobiec.

—¡Ah! —dijo Loomer poniendo los ojos en blanco—. A nadie le importa una mierda.

—Están celosos, tía —dijo Posobiec.

Richard Spencer habló mal de Loomer a propósito del tema de la

libertad de expresión y sugirió un contrahashtag: #EncerrarALaura.

—Puto Spencer —dijo Posobiec.

Loomer barajó distintas réplicas a Spencer, e iba tuiteando las que mejor aceptación obtenían en la mesa: «No soportas que una judía esté acaparando la atención de los focos». «Ah, y por cierto, es (((LAURA)))». Miró hacia arriba y dijo: «Estoy pensando en decirle "¿Demasiado 1939?". ¿O debería poner 1945?».

Pedí la cuenta.

—¡Andrew! Casi se me olvida —dijo Posobiec—. El fin de semana que viene vamos a hacer una concentración delante de la Casa Blanca. Tienes que venir.

Los Deplorables organizaban mítines todo el tiempo, pero Posobiec prometió que este sería diferente, porque las principales figuras de la derecha alternativa (Mike Enoch, Nathan Damigo, Richard Spencer) estarían en ese mismo momento en el Monumento a Lincoln, a un kilómetro y medio de distancia, organizando su propia concentración.

—Es como trazar una línea en la arena —dijo Posobiec—. Nacionalistas estadounidenses por aquí, nacionalistas blancos por allá.

—Ahora mismo se está librando una batalla por el alma del movimiento —explicó Loomer, dejando el teléfono encima de la mesa y mirándome a los ojos—. Estamos hartos de toda esa mierda nazi. Puedes ser un cornuservador, puedes ser un nazi o puedes estar de nuestro lado, que es el lado razonable.[206]

Envié un mensaje a Cernovich para preguntarle si él hablaría en la concentración ante la Casa Blanca y me dijo que sí. Los medios insistían en incluirlo en la derecha alternativa, y él hacía grandes esfuerzos para deshacerse de esa etiqueta.

«Quiero que la separación esté clara —escribió—. Actualmente, la derecha alternativa es una marca tóxica, y solo va a ir a peor».

* * *

Un taxi me dejó frente al hotel Hay-Adams. Caminé hacia la entrada escuchando el mitin civiconacionalista a través del feed de Periscope de Fairbanks. Dos minutos después, cuando estuve lo bastante cerca como para escucharlo en directo, me quité los auriculares y guardé el móvil en el bolsillo.

Una multitud formada por varias decenas de personas rodeaba un escenario portátil. El núcleo duro al completo de los Encuentros MAGA estaba presente, ya fuera como oradores o como seguidores. Jack Posobiec era el maestro de ceremonias. Wintrich y Fairbanks ofrecieron un discurso conjunto sobre la violencia de la izquierda. Vi a Jeff Giesea y a Jack Murphy, que se preparaban para ir al Monumento a Lincoln a echar un vistazo al mitin de la derecha alternativa. Me invitaron a ir con ellos.

Murphy era el bloguero alto y barbudo que casi había llegado a las manos con Richard Spencer después de la DeploraBall.

—Le habría dado una paliza si Cernovich no nos hubiera separado —me contó Murphy de camino a la Explanada Nacional—. Me habría encantado hacerlo porque el conflicto es atención, y también porque lo habría disfrutado.

Murphy trabajaba en un libro que se iba a llamar Democrat to Deplorable (De demócrata a Deplorable).

—Yo era votante de Obama —dijo—, pero después de mirar un poco por encima eso del feminismo interseccional, me dije: «Si la izquierda es esto, yo me piro».

Añadió que se oponía de la misma manera al etnonacionalismo de la derecha alternativa.

—Quizá es porque soy mitad judío, pero no creo que haga falta conocer la diferencia entre el salmón de Nueva Escocia y el curado en salmuera para darte cuenta de que un etno-Estado en Estados Unidos no tiene el más puto sentido.

—Yo todavía hablo con algunos de los tíos de la derecha alternativa —dijo Giesea tranquilamente—. Entiendo que algunas de sus quejas podrían ser legítimas.

Cuando llegamos a los escalones del Monumento a Lincoln, Chris Cantwell, un hombre con el cuello tan grueso como un tronco y un acento de Long Island que parecía un graznido, estaba en mitad de su discurso.

—¿Cuándo vamos a empezar a eliminar físicamente a los demócratas y a los comunistas para establecer y mantener el orden social libertario necesario para nuestra deseada meritocracia? —gritaba.

Parafraseaba un argumento de Hans-Hermann Hoppe, un filósofo político de extrema derecha cuya obra parecía justificar el asesinato preventivo.

—La inmigración y la crianza no blanca, por sí solas, están haciendo disminuir rápidamente las mayorías electorales que nos quedan —prosiguió Cantwell—. La influencia judía nos desarma.

—Parece que los hemos encontrado —dijo Murphy arqueando las cejas.

No había escenario, no había atril, tan solo un rellano de hormigón, dos altavoces y un micrófono de mano. Los líderes de la derecha alternativa formaban un pequeño semicírculo; vapeaban y comprobaban sus teléfonos hasta que, uno a uno, daban un paso al frente y pronunciaban su discurso. Tras ellos, en las escaleras, una fila de jóvenes sostenía una serie de banderas: la estadounidense, la confederada, la blanca y verde azulado de una organización de nacionalistas blancos llamada Identity Evropa.

—Estados Unidos fue fundado por gente blanca —había dicho Nathan Damigo, el fundador de Identity Evropa, durante su turno de palabra—. Se fundó para gente blanca. No se fundó para ser una sociedad multicultural y multirracial.

El penúltimo orador fue el fundador de The Right Stuff, Mike Enoch, alto, fornido, con una expresión sombría y labios apuntando

hacia abajo.

—Seamos sinceros —dijo Enoch—. A lo que realmente se enfrenta nuestro país hoy en día es a la eliminación sistemática de la gente blanca, al desplazamiento y al genocidio de la raza blanca.

—¿Te has dejado el sentido común en casa o qué? —le gritó un turista que pasaba por allí en una bicicleta alquilada.

* * *

Después de tanto tiempo esforzándome en oír los mensajes encubiertos, me sorprendió estar cara a cara con el propio encubridor. Pero una vez más me sentí obligado a asumir el papel del tradicionalista escandalizado. Los nacionalistas blancos habían elegido esa ubicación a propósito: organizar su marcha en la Explanada Nacional, el lugar donde Martin Luther King había hablado cincuenta años antes, era parte del troleo. Richard Spencer había estado todo el día tuiteando el acontecimiento con el hashtag «#TengoUnMeme». El objetivo era molestar a los normies.

Pues bien, lo habían conseguido. Me había molestado. Simplemente no sabía qué hacer con ese sentimiento.

Regresé a la concentración de la alternativa ligera cuando hacía poco que había terminado. En el estéreo bluetooth de alguien sonaba música instrumental vaporwave. Posobiec y Mike Flynn Jr., que estaban sentados en el escenario portátil, tuvieron que bajar para dejar que la compañía de alquiler se lo llevara en un carro.

Jane Ruby lideró la comitiva hasta un bar situado en una azotea, donde una decena de Deplorables se sentaron a un banquete con vistas al Monumento a Washington y se pusieron a hablar sobre su estrategia de marca.

—La derecha alternativa sigue etiquetándonos como alternativa ligera, pero no creo que debamos ceder a eso —dijo Loomer.

—Sí, nadie quiere definirse como la ausencia de algo —dijo Cernovich—. Aunque existe un precedente: el 7UP, la no cola. Así que por lo menos sabemos que ha funcionado una vez.

—Creo que «nueva derecha» es el mejor de todos los nombres que he oído hasta el momento —dijo Chamberlain.

Cernovich asintió.

—«Nueva derecha» es mi favorito.

El sol se había desplazado y ahora daba de pleno en el cogote de Chamberlain.

—Debería moverme antes de quemarme —dijo, y añadió—: ¿Cómo puede ser cierta la supremacía blanca si no puedo estar ni cinco minutos sentado al sol?

El grupo, como no podía ser de otra manera, terminó en el salón del Trump Hotel. Corey Stewart, un revanchista republicano y candidato fallido a gobernador de Virginia, estaba sentado en un diván explicando por qué debían preservarse los monumentos confederados. Stewart, que era oriundo de Duluth (Minnesota) y vivía en Virginia en una casa hacienda restaurada, había llegado a la acertada conclusión de que la mejor forma de progresar en su carrera política en el Estados Unidos de Trump era consintiendo a los racistas de una forma más o menos abierta. Era la estrategia del Sur, edición postsutileza. Ese mismo día había hablado en la concentración de la alternativa ligera, donde había proclamado que «necesitamos alzarnos contra la locura de lo políticamente correcto que está destruyendo nuestra historia». Le pregunté hasta dónde estaba dispuesto a extender ese sentimiento, por qué, por ejemplo, había optado por unirse a los oradores de la alternativa ligera delante de la Casa Blanca en lugar de a los amantes de la historia de la derecha alternativa que habían denunciado la influencia judía en los escalones del Monumento a Lincoln. ¿Acaso no reclamaban también ellos ser los custodios del legado de los Fundadores?

—No me gusta meterme en esos temas —replicó Stewart—. No elijo entre bandos. Solo sé que la nueva derecha, o la derecha alternativa, o como quieras llamarla, tiene un tipo de energía, y

estoy tratando de conectar con eso.

En 2018, Stewart se postuló para el Senado de Estados Unidos por Virginia, venciendo a otros dos aspirantes para asegurarse la nominación republicana. Perdió las elecciones generales, pero ganó la mayoría del voto blanco.

* * *

—Parece ser que todos esos tipos de la derecha alternativa que viste en D. C. planean otra concentración —me dijo mi mujer un par de noches después—. En Charlottesville, Virginia. Acabo de ver algo en Facebook.

—Siempre están planeando una nueva concentración —dije.

Ya habían estado antes en Charlottesville, en mayo. Varias decenas de ellos habían rodeado la estatua de Robert E. Lee portando antorchas tiki, pero no despertaron demasiado interés. Antes lo habían hecho en Pikeville (Kentucky).

—No van a ser más que unos cuantos colgados tipo LARP[207] haciendo saludos nazis. Prefiero no picar el anzuelo.

—Como veas —dijo—. Pero parece que va a ser de las grandes.

—No quiero darles más bombo del que ya tienen —repuse—. Se mueven en los márgenes, que es a donde pertenecen.

En sentido estricto, tenía razón. En uno más amplio e importante, estaba equivocado.

[201] William Shakespeare, Julio César, acto segundo, escena primera. (N. de la T.).

[202] La métrica más simple de todas, como de costumbre, era el número de seguidores de Twitter de cada pseudocelebridad, pero había otras formas de medición. Jeff Giesea estaba cualificado para sentarse en la mesa de los top, no por el número de seguidores en sus redes sociales, sino debido a su riqueza, y porque era un eficaz organizador. Jack Posobiec, que tenía más de cien mil seguidores en Twitter, fue redirigido a la mesa de los segundones, tal vez porque era demasiado joven y prepotente.

[203] En 2017, Cynthia Baker, una profesora de Estudios Religiosos en la universidad Bates College, escribió un libro llamado Jew (Judío), sobre la controvertida historia de esa palabra. «Judío, para algunos, es un término de profundo orgullo —decía—; para otros, es un término de profundo odio».

[204] En el texto original el autor dice «Thrilla in…», una referencia a «The Thrilla in Manila», el tercer y último combate entre los boxeadores Muhammad Ali y Joe Frazier por el Campeonato Mundial de los pesos pesados, celebrado en Manila (Filipinas) el 1 de octubre de 1975. (N. de la T.).

[205] Del discurso: «¿Tenemos suficiente respeto por nuestros ciudadanos para proteger nuestras fronteras? ¿Tenemos el deseo y el coraje de preservar nuestra civilización frente a los que la subvierten y destruyen?».

[206] Una vez, en Twitter, Loomer había citado incorrectamente a Winston Churchill: «El islam es tan peligroso en un hombre como la rabia en un perro». Y luego había añadido: «Cuando un perro tiene la rabia, hay que matarlo».

[207] LARP es el acrónimo de «Live Action Role-Playing» [juego de rol de acción en vivo]. Es una forma de juego de rol en el que los participantes representan las acciones de sus personajes.

Interludio

El pasado es absoluto

12 de agosto de 2017, 13:40 h

Charlottesville, Virginia

www.periscope.tv/FaithGoldy

#Charlottesville DOBLE RASERO:

permitida manifestación antifa!!!

Con una gorra de béisbol negra y un palo selfi, Faith Goldy se une a una multitud de contramanifestantes que marcha por el centro de Charlottesville. Es un cálido día de verano. El ambiente es de júbilo. La multitud es diversa en todos los aspectos: negros, blancos; viejos, jóvenes; punks con cresta, normies. Por alguna razón, algunos de los contramanifestantes van disfrazados de payasos. Unos llevan banderas de antifa, otros banderas estadounidenses; un cartel dice «fin de la supremacía blanca»; otro, «el amor reina». Goldy habla al teléfono, narrando la escena.

Goldy: Manifestación multitudinaria en las calles. Centenares y centenares de antifas… La libertad de reunión existe para algunos grupos, pero no para otros.

Se había programado una reunión de supremacistas blancos a un kilómetro y medio de distancia, junto a la estatua de Robert E. Lee, pero había finalizado antes de empezar. El enfrentamiento entre manifestantes y contramanifestantes era cada vez más feroz, el gobernador había declarado el estado de emergencia y se ordenó a la multitud que se dispersara. Los racistas están en retirada y los contramanifestantes parecen triunfantes. Se escucha un cántico: «¡Black Lives Matter! ¡Black Lives Matter!».

Goldy: Imaginaos. Esta gente no tiene permiso. Llaman a esto una victoria.

Espectadores asomados a edificios de ladrillo rojo jalean a los manifestantes al pasar. La muchedumbre entona: «¿Qué calles? ¡Las nuestras!».

Goldy: Vuestras calles. Increíble. Vale, me siento un poco atrapada. Un segundo, dejad que salga de aquí.

Una mujer afroamericana de mediana edad con una camiseta de Black Lives Matter se acerca a Goldy y se encara con ella: «¿Estás con la derecha alternativa? Si estás con la derecha alternativa, ¡fuera de aquí!».

Goldy: Solo quiero aprender sobre la inclusión y la diversidad. He venido a aprender sobre multiculturalidad, y sobre cómo la existencia de grupos diversos conduce a sociedades con altos niveles de confianza.

La mujer ha dejado de escucharla, pero Goldy en realidad no le estaba

hablando a ella. Mira a cámara y hace un gesto sarcástico con las cejas a sus fans. Luego aprieta un botón y la cámara pasa del modo selfi a estar orientada hacia delante.

Goldy: Muy bien, aquí lo tenéis. La manifestación en pleno apog… ¡Mierda, joder! ¡Hostias! ¡Hostias! ¡Hostias! ¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¡Ay Dios!

Gritos viscerales, sonidos de golpes, de cristales que se rompen. Cuerpos destrozados. «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!», «sin aplastar…», «¿qué cojones?», «¡moveos!». Un Dodge de color gris da marcha atrás chirriando. La cámara se inclina y queda apuntando al cielo.

Goldy: Voy a buscar un lugar seguro, chicos. Dejad que encuentre un lugar seguro.

Se esconde en un hueco y gira la cámara para que la enfoque a ella: le falta el aire, se tapa la boca con una mano, ojos aterrados, abiertos de par en par.

Goldy: Han atropellado a mucha gente. Han atropellado a mucha gente. No pinta nada bien.

Vuelve a la esquina de la calle y examina los daños. A su alrededor, gente de pie, aturdida, corriendo en todas direcciones, pidiendo a gritos un médico. Matanza estadounidense. Los comentaristas escriben una y otra vez en el chat la matrícula del Dodge de color gris, confiando en que Goldy la vea e informe de ella a la policía: GVF 1111. En el suelo, a los pies de Goldy, una mujer está sangrando.

Goldy: Está gravemente herida… ¡Necesitamos médicos ahora mismo!… Parece que está muy mal.

Cerca, dos mujeres más están tendidas en la acera, sin moverse. Los contramanifestantes se arrodillan a su alrededor, aplicando presión sobre las heridas abiertas, a la espera de que una ambulancia atraviese la multitud. Goldy habla con una de las mujeres heridas, o lo intenta.

Goldy: Va a estar bien, señora. Va a estar bien.

Al cabo de una hora, se confirmaría la muerte de la mujer, Heather Heyer.

Entrevista con Faith Goldy

Estaba allí como reportera para The Rebel, y además estaba haciendo streaming en mi propio canal de Periscope y tuiteaba en mi propia cuenta. Todo está siempre entrelazado.

Lo primero que pensé, sinceramente, es que era un tambor, que alguien lideraba una banda de tambores. Así que me di la vuelta y la cámara naturalmente siguió a mis ojos. Lo siguiente que vi fue el ataque del coche, o el accidente de coche, lo que fuera, y pensé «la hostia, esto no era lo que esperaba cubrir». Inmediatamente después, un ambiente irrespirable envolvió toda la ciudad.

Cae la noche y soy una mujer blanca, sola, que va por su cuenta, sin equipo de cámara, sin nadie. Mido un metro ochenta. Llamo la atención. Desconozco si alguien puede reconocerme en esta ciudad, o si alguien me la tiene jurada. Muchos de los tíos de la derecha

alternativa (Spencer, Enoch) también tenían una diana marcada en la espalda, pero ellos son muchos, y Barbie Nazi no hay más que una. Así que me limité a los lugares en los que me sentía segura.

Hay muchos espacios que sin duda podrían describirse como espacios de la derecha alternativa. En algunas de las puertas a las que llamabas no te dejaban entrar a menos que dijeras las Catorce Palabras. No me considero de la derecha alternativa. Creo que es un término que se ha vuelto tóxico. Pero entiendo de dónde vienen esos tíos, comprendo lo que intentan hacer. Y ellos me conocen, y sentía que me protegerían.

Entré en una de esas… casas seguras, supongo que así es como se las llama. Había un grupo de tíos y estaban grabando un pódcast. Pensándolo bien creo que era algo nazi, algo llamado el Informe Krypto. Me invitaron a participar y, allí mismo, dije: «Sí, venga, por supuesto». ¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en tener una conversación?

El informe Krypto,

un pódcast del Daily Stormer

Episodio XXII: El golpe de Estado de Charlottesville

12 de agosto de 2017

Grabado después de la manifestación, en «una after-party supersecreta» con público en directo.

Robert Warren Ray, un neonazi que utiliza el seudónimo Azzmador, es el presentador del pódcast. Barba gris rasposa, coleta de rata, acento del este de Texas.

Ray: Tenemos una invitada que probablemente va a sorprenderos a todos, me refiero al hecho de que esta invitada participe en un pódcast de la derecha alternativa, pero estamos ciertamente encantados de tenerla con nosotros. Aquí está Faith Goldy, de The Rebel Media.

Goldy: Gracias por invitarme. Estoy muy contenta.

Goldy no declara lealtad a los neonazis, pero tampoco intenta establecer una gran distancia con ellos.

Goldy: Vosotros habéis venido en hordas y con vuestros permisos, y os aplaudo por ello. Lo que no voy a hacer es el saludo romano, lo siento, chicos.

En la jerga de la derecha alternativa, el «saludo romano» es el saludo hitleriano. La multitud se ríe de la broma y Goldy ríe con ellos.

Goldy: Lo que tenemos es un puñado de jóvenes blancos a los que se ha bombardeado con políticas de identidad no blanca. Y cada vez que se menciona su propia raza, se les dice: «Es culpa tuya, tú eres el culpable, no vales nada…». Y cuando, además de todo eso, ahora que tienen esta revelación, esta especie de iluminación, este renacimiento que está teniendo lugar, vas y les dices que no pueden hablar… Bien, imagina lo que ocurre. ¿Qué sucede históricamente cuando le cierras la boca a la gente? Que empiezan a recurrir a los puños.

Ray: Tenemos dos opciones. O bien podemos quedarnos arrodillados y permitir que la bota orwelliana que siempre se cierne sobre nuestras cabezas nos pisotee hasta matarnos o bien podemos levantarnos y oponernos.

Ray empieza a despotricar: es la izquierda la que ha instigado Charlottesville, pero los medios convencionales nunca informarán de que ha sido así. Tal como Ray ha explicado en muchos otros pódcast y entradas de blog, hay una razón muy simple para esto: los medios están controlados por los judíos, que no quieren que las masas piensen por sí mismas.

Goldy: En los medios de comunicación actuales el contexto es irrelevante, ¿no te parece? Lo único que importa es el relato. Sabemos que los marxistas culturales son los dueños de los medios de comunicación, sabemos que son los dueños de la esfera académica, etc. Y defienden un relato concreto… No creo que esté fuera del ámbito de lo posible que en los próximos cinco o diez años, probablemente más cinco que diez, tengamos a hombres y mujeres de la derecha alternativa postulándose para cargos públicos.

El público estalla en un fervoroso aplauso.

Más tarde esa misma semana, tras la emisión del pódcast, The Rebel despide a Faith Goldy. Indignación de sus fans; no están necesariamente de acuerdo con los argumentos de los nazis, pero creen en la libertad de expresión. Un comentario en YouTube dice: «¿Piensa The Rebel Media cambiar su nombre a Conformists Media?».

www.reddit.com/r/remoción_física

El lugar n.º 1 de internet para hablar de la idea de la «remoción física» de Hans-Hermann Hoppe.

Otros subreddits recomendados: r/Anarco_Capitalismo, r/The_Donald, r/Nacionalismo, r/Armas

Moderadores: u/Pinochet-Heli-Tours, u/CapitalJusticeWarrior, u/WhiteSissMail, u/ChrisCantwell

Visitado el 13 de agosto de 2017

El fondo de página es un dibujo de una flota de helicópteros dirigiéndose hacia la puesta de sol. Se trata de un meme de la derecha alternativa, una referencia al rumor de que Augusto Pinochet mataba a los comunistas, a los homosexuales y a otras personas subversivas arrojándolos a las hélices de helicópteros. De la pestaña de «Quiénes somos»:

Este subreddit es para gente que desea preservar y defender los conceptos de libre mercado, propiedad privada, libertad de expresión, meritocracia y libertad. Todo aquel que desee la muerte de cualquiera de estos ideales, puede irse a dar una vuelta en helicóptero, pues es un peligro para las personas individuales, para la sociedad y para la cultura occidental en general.

La página está llena de memes sobre la manifestación en Charlottesville. Hay muchos chistes exultantes sobre el Dodge de color gris con la matrícula GVF 1111, el coche que mató a Heather Heyer. La publicación más votada de la página, con decenas de puntos kármicos, se titula: «Lo que ha pasado hoy con la antifa fallecida ha sido algo ético». De la publicación:

Aún no se conocen los detalles ni los motivos, pero tenemos por lo menos una antifa muerta y otros 19 heridos. No pasa nada. Sus vidas son una farsa y necesitan desaparecer.

The Daily Shoah 179:

Episodio #GVF1111

¡Informe especial pos-acción del panel de la muerte en Charlottesville!

Pódcast grabado el 13 de agosto de 2017

Copresentadores: Mike Enoch, Sven, Alex McNabb, Jayoh, Richard Spencer, Eli Mosley

Secuencia inicial: un batiburrillo de música de sintetizador de los 80 y una vieja grabación de George W. Bush: «Si no te gusta lo que te decimos que creas, te mataremos».

Sven: Finalmente se ha producido una gran movida en Charlottesville… Mogollón de acción, patrocinada por Dodge.

Heather Heyer era una persona real, pero su muerte ya se había convertido en un meme. Los copresentadores se deslizaron suavemente hacia uno de sus temas de conversación favoritos: puede que los manifestantes antifas se sintieran como rebeldes enfrentándose al Hombre, pero en realidad son peones involuntarios del establishment.

Mike Enoch: En su juventud, muchos de los nuestros se interesaron por la izquierda radical, incluido yo mismo.

Sven: Claro. Es emocionante, es divertido.

Mike Enoch: No me avergüenzo de decirlo, porque es un lugar común entre los miembros de la derecha alternativa.

Sven: Bueno, claro. ¿Quién no quiere ser el tío molón que planta

cara al poder?

Mike Enoch: Hasta que te das cuenta de que no eres el tío molón que planta cara al poder. Y te quedas en plan «ah, pues entonces ya no me interesa».

Una píldora roja es una dosis de verdad; una píldora negra es una razón para sucumbir a una depresión nihilista; una píldora blanca es una razón para ser optimista. Los copresentadores explican que, antes de la manifestación del día anterior, el gobernador de Virginia había declarado el estado de emergencia y había ordenado a los agentes del orden público que impidieran hablar a la derecha alternativa, haciendo uso de la fuerza si fuera necesario.

Mike Enoch: A ver, eso es una píldora negra y una blanca. La negra porque indica contra qué nos enfrentamos, y la blanca porque demuestra que nos tienen miedo.

Eli Mosley, el presidente de Identity Evropa, afirma que cualquier violencia de la derecha alternativa fue perpetrada en defensa propia. Los medios de comunicación informan de que el conductor del Dodge se llamaba James Alex Fields y era miembro de un grupo de la derecha alternativa. Pero no pasa nada, porque todavía no hay pruebas. Tal vez una turba antifa estaba atacando su coche. Tal vez entró en pánico y su pie se deslizó sobre el pedal del acelerador. Eso debe decidirlo un jurado.

R. Spencer: Dejad de mirar la CNN. Dejad de mirar a Cernovich… Tenemos que ser muy fuertes y presentar este relato. Hemos cometido errores, vamos a aprender de todo esto, pero, moralmente, nadie ha hecho nada malo.

M. Enoch: Sabemos que los medios van a lanzar una historia. Sabemos que van a llamarnos KKK, sabemos que van a llamarnos nazis… Vuestra labor, sobre todo si tenéis presencia, si tenéis un

montón de seguidores, si sois alguien cuya voz es escuchada, aunque solo tengáis cien seguidores en Twitter…, es lanzar nuestro relato, porque cada pequeña contribución ayuda.

Sven: Hemos llegado hasta aquí simplemente dejando que la gente sepa lo que ocurre y mostrándole la hipocresía y las mentiras de los medios. Y siempre que sucede algo como esto, los maricas histéricos tienen la oportunidad de…

M. Enoch: Si la CNN te enchufa una pastilla negra, ¡mátate!

Sven: ¡Sí! La gente no cree en la CNN.

M. Enoch: ¡Los normies no creen en la CNN!

Sven: Esta gente opera bajo la maldita suposición de que estamos en, yo qué se, en 1975 y que la CNN es… Bueno, la CNN entonces no existía, pero ya sabes lo que quiero decir, que solo existe la CBS y que todo el mundo cree cualquier cosa que diga.

M. Enoch: Wolf Blitzer no es Walter Cronkite.

Secuencia de cierre: una grabación del discurso de despedida de Richard Nixon —«Siempre dar lo mejor, nunca desanimarse, no ser mezquino»— suena por encima de la canción «Adiós, mi general», una oda a Augusto Pinochet.

Entrevista con Faith Goldy

Después de Charlottesville, pasé mucho tiempo leyendo filosofía, sumergiéndome en los principios básicos. Cuando todos los sabihondos se amontonan sobre ti, sucede algo asombroso: «Eres racista, eres neonazi, eres esto, eres lo otro». El resultado, por lo menos en mi caso, es que empiezas a sentirte más envalentonada. Si haga lo que haga mi reputación va a ser esa, tal vez debería ser menos ambigua acerca de lo que realmente creo.

Pienso que nos encontramos en una coyuntura de nuestra historia en la que el Oeste está atravesando una crisis ideológica. Según yo lo veo, la derecha disidente, si se quiere llamarla así, continuará creciendo en número de miembros. Puede que esto ocurra de forma pública o entre bastidores, pero no creo que, una vez comience, pueda ser contenido. Porque lo que se está produciendo es el despertar de la conciencia de raza entre la gente blanca. A algunos los llevará a un lugar de culpa blanca. Para otros será más bien como: «A ver, ¿a santo de qué tengo que sentirme culpable?».

* * *

En el verano de 2018, Goldy anuncia su candidatura a la alcaldía de Toronto. De treinta y cinco candidatos, termina en tercer lugar, con el 3,4 por ciento de los votos. El día que pierde las elecciones, cambia su biografía de Twitter de «Próxima alcaldesa de Toronto» a «Próxima primera ministra de Canadá».

Entrevistas poco después de Charlottesville

Cassandra Fairbanks:

Me negué a informar desde Charlottesville. Me negué a ir. Y después de ver lo desastroso que fue, está claro que tomé la decisión correcta. ¿Gente deambulando por ahí con esvásticas? ¿Qué puta broma es esa? Y la mujer que murió… Retuiteé la campaña de GoFundMe para recaudar dinero para ella. Desgarrador. A la vez, también… Sí que pienso que los medios simplifican demasiado las cosas. Estoy segura de que allí había personas, adolescentes ingenuos o quien fuera, que no sabían dónde se estaban metiendo. Porque algunas de las estimaciones que he visto dicen que había mil

quinientas personas manifestándose, y no me creo que en este país haya mil quinientos nazis, ni de coña.

Jack Posobiec:

Según yo lo veía, el presidente lo había entendido perfectamente. Dos grupos marginales, en lados opuestos. La izquierda alternativa y la derecha alternativa, cada uno defendiendo su política de identidad racial. Aunque ni siquiera considero que esos tíos de la derecha alternativa sean en realidad de derechas. Porque el fin último de los nacionalsocialistas es un gran gobierno, ¿verdad?

Laura Loomer:

Sinceramente, tenemos que destruir a la derecha alternativa. Se lo digo a todos en la nueva derecha, alternativa ligera o lo que sea que somos: basta de quedarnos mirando desde la barrera. Tenemos que deshacernos de esos tipos. En Twitter hay gente de izquierdas intentando hacer doxing a cualquiera que se deje caer por Charlottesville, y eso es algo que apoyo completamente. No quiero que les pase nada violento, pero ¿y si se enteran sus familias? ¿Y si se enteran sus empleadores? Mira, si quieres evitarlo, tal vez no deberías dejarte ver en manifestaciones nazis.

Jeff Giesea:

La concentración que vimos en el Monumento a Lincoln, independientemente de tus opiniones al respecto, por lo menos tuvo una escenificación bastante buena. Al menos lograron unos cuantos memes emblemáticos. Las imágenes que he visto de Charlottesville

solo les hacen parecer idiotas.

Jack Murphy:

Es su ruina. No van a poder recuperarse de esto.

Mike Cernovich:

Si analizas la humanidad, los patrones, nada de esto resulta sorprendente. Todas las señales apuntan hacia una mayor polarización. Extrema izquierda, extrema derecha. Hace tiempo que esperaba sangre en las calles; no es que la quiera, pero estoy preparado para que ocurra. En mi caso, he tenido la tentación de convertir esto en un relato: «¿Hasta qué punto las falsedades y los engaños de los principales medios de comunicación son responsables de generar este ambiente? Unos cuantos centenares se juntan ahí fuera y la CNN se dedica a hacerlos famosos… ¿Para qué? ¿Para echar más leña al fuego de la tensión racial?». Tal vez así es como lo habría hecho yo.

Will Chamberlain:

Espantoso. Asqueroso. Aterrador. Despreciable.[208]

* * *

Vi las imágenes difundidas en Twitter: centenares de antorchas serpenteando por el campus de la Universidad de Virginia, las llamas elevándose hacia el cielo nocturno. Traté de medio dormir, de no dormir, de medio leer, de no leer. Encendí mi portátil en mitad de la noche, abrí un documento de Word en blanco, me quedé un rato sentado ante la pálida luz de la pantalla. Cerré el portátil. La misma sensación febril y confusa, que de pronto era imposible seguir ignorando.

¿Había sido relevante la manifestación en Charlottesville desde el punto de vista del interés periodístico? ¿O habría sido mejor que los medios y todo el mundo miraran hacia otro lado? No había una respuesta a esta pregunta; en realidad, ni siquiera era una pregunta, ya no. ¿Había tenido interés periodístico el secuestro del hijo del aviador Charles Lindbergh? ¿Y la persecución en el Bronco de color blanco de O. J. Simpson, o el vestido azul de Monica, o el certificado de nacimiento de Obama? Cuando algo se convierte en el texto base que toda una nación lee de forma simultánea, la conversación se desplaza. Uno ya no tiene que preguntarse si debe decir algo, simplemente tiene que averiguar qué decir.

■

[208] Mientras recopilaba las notas de estas conversaciones, me llamó la atención que las pseudocelebridades de la alternativa ligera que expresaban una mayor conmoción e indignación por los neonazis resultaran ser judíos. No estaba seguro de cómo tomármelo (pequeño tamaño de muestra, correlación no implica causalidad), pero este patrón no me pasó desapercibido.

PARTE V

LA FIERA AMERICANA

«[…] a la fiera americana indígena […].
El viejo toma y daca […] de asimilación cultural en el que todos nos educamos, el rito de la lucha por el éxito, posterior a la inmigración, que se había vuelto patológica […]».

Philip Roth, 1997[1]

[1] Philip Roth, *Pastoral americana*, Barcelona: Debolsillo, 2018, trad. de Jordi Fibla Feito.

26

El vacío

Estaba en un Amtrak en dirección sur rumbo a D. C. para cubrir la DeploraBall cuando oí la noticia de que habían hecho doxing a Mike Enoch. Su nombre podía resultar desconocido para la mayoría de los estadounidenses, para los espectadores de MSNBC y para los de Fox News, pero para un grupo reducido de neofascistas que dominaban el lenguaje web Enoch era una figura influyente y polémica. Un artículo en AltRight.com había alabado hacía tiempo su «talento superlativo como orador y como filósofo». «Puedes amarlo u odiarlo —había tuiteado David Duke—, pero Mike Enoch es alguien a quien hay que prestar mucha atención».

Apenas tres años antes, era habitual ver a Enoch burlándose de gente como Duke y Richard Spencer, criticando sus ideologías como demasiado extremas. Pero eso fue antes de que se completara su radicalización. Cuando Trump comenzó a postularse para presidente, Enoch ya defendía abiertamente un etno-Estado blanco, se mostraba «escéptico» sobre el número de judíos muertos en el Holocausto y se refería a los afroamericanos como «chimpancés» y «salvajes». Los liberales que declaraban sentir compasión por los niños indocumentados eran unos «mentirosos de mierda, sobre todo en el caso de esos judíos zalameros. No sois personas compasivas. Sois uno de los grupos más egoístas y vengativos sobre la faz de este puto planeta». No se identificaba como neonazi, pero no porque creyera que tenía nada de malo. «No me va eso del larping como si estuviéramos en la Alemania de los años 40 —había dicho en determinado momento—. Creo que necesitamos un nacionalismo que de una forma simbólica esté en consonancia con el tiempo y el lugar en que vivimos. Pero si a uno de los nuestros le da por lo de la esvástica, que haga lo que quiera, yo no pienso recriminárselo».

Concedía entrevistas a medios simpatizantes de la derecha alternativa, pero evitaba los encuentros con los medios predominantes, excepto si podía sacar partido de tales encuentros. Cuando una reportera de la CNN le llamó para pedirle una entrevista ante las cámaras, él grabó la llamada, sometiéndola a varios minutos de bromas terriblemente incómodas antes de rechazar su petición: «¿Para qué iba a dejar que alguien tergiverse mis palabras cuando soy totalmente capaz de difundir mi mensaje sin ayuda de nadie?». Prefería hablar —una verborrea elocuente y rencorosa— en su propio pódcast: The Daily Shoah. El título del programa era un juego de palabras entre el Holocausto y el programa humorístico de noticias de Comedy Central. Como gran cantidad de su material, la broma podía interpretarse como una afrenta extraordinariamente repugnante o bien como un simple meme provocador.

The Daily Shoah contaba con un reparto de copresentadores que iban rotando, la mayoría de los cuales utilizaba seudónimo: Sven, Toilet Law, Ebolamericana, Death. «Mike Enoch» también era un seudónimo. Con el paso de los años, de tanto en tanto iba dejando caer pistas sobre su identidad, aunque tenía cuidado de revelar demasiado. Afirmaba residir en la ciudad de Nueva York con su mujer —«lo que reduce las opciones a mí y a otros ocho millones de personas»—, y que por el día tenía un trabajo de normie que seguramente perdería si la empresa alguna vez llegaba a descubrir su alter ego. Sus padres eran unos «liberales de mierda» y le habían entrenado para ser también uno; de niño lo enviaron a campamentos de la iglesia y a colegios públicos, en los que le «programaron» para creer en la igualdad racial y en la hermandad de los hombres. «Si eres una persona liberal, nunca has pensado por ti mismo, nunca te has replanteado nada, has absorbido lo que te enseñaron los colegios gubernamentales y la televisión». Pero él era uno de los pocos que había sido capaz de subvertir aquella programación. Tras años de lucha, había aprendido a pensar de una manera ajena al Relato.

En el momento de revelarse la identidad de Enoch, la revista digital Salon publicó un artículo sobre ello. Traté de abrirlo en mi portátil, pero la conexión wifi del tren era dolorosamente lenta y el artículo

estaba lleno de anuncios emergentes y vídeos que se reproducían automáticamente, por lo que tardó varios minutos en cargarse. Mientras esperaba, intenté abrir el blog de Enoch, The Right Stuff, en otra pestaña. Mi asiento daba a la ventana, y a mi lado, junto al pasillo, se sentaba una mujer de mediana edad. Suéter, gafas de leer, flequillo; diría que una profesional residente en un barrio residencial, tal vez una oculista de Bethesda o una profesora en una universidad local. Giré mi pantalla hacia la ventana, un movimiento que desde hacía un tiempo se había vuelto tan habitual, en tantos lugares públicos, que a menudo lo hacía sin pensar.

La conexión dejó de funcionar. Entonces cogí el teléfono y puse en streaming un episodio de The Daily Shoah. La profesional de barrio residencial leía una novela en tapa blanda sobre una casa en la playa, varias generaciones de mujeres y la posibilidad de perdonar o no alguna vez los errores del pasado. A medio metro, por mis auriculares, Mike Enoch hablaba sobre gasear a los judíos y hacer pantallas de lámpara con su piel.

Era un chiste. ¿Seguro? Estaba claro que mandar a judíos específicos a una cámara de gas real no era una amenaza creíble e inminente. Aun sí, llamarlo chiste era un poco exagerado, no solo porque no era gracioso, sino porque no tenía la estructura de un chiste. Parecía más un meme. «¿Cuánto tiempo llevamos haciendo shitposting?», preguntó uno de los copresentadores.

Era eso precisamente: postear mierda. El pódcast era un foro de 4chan que había cobrado vida, lleno de palabras traviesas, oscuras alusiones y memes metairónicos sobre cámaras de gas. El propósito de todo ese postear mierda, más allá del habitual troleo y provocación a los liberales, parecía ser insensibilizar a los oyentes conforme pasaba el tiempo: decir lo indecible una y otra vez, hasta que el siniestro odio llegara a parecer otra cosa más de internet.

La conexión volvió a funcionar, esta vez con mayor potencia, y por fin terminó de cargarse el artículo de Salon. Un grupo de periodistas justicieros afiliados al movimiento antifa, posiblemente trabajando en colaboración con informantes disgustados de la derecha alternativa, había revelado que Mike Enoch era realmente Michael Enoch Isaac Peinovich, un programador informático que trabajaba en una empresa de publicaciones electrónicas y que vivía en el

Upper East Side. Tal como había predicho, perdió su empleo. Alguien imprimió fotografías en color de su cara y las pegó en los postes telefónicos en la esquina de la calle 82 con la avenida York; el pie de foto decía: «¡Saludad a vuestro vecino neonazi, Mike Peinovich!». El doxing revelaba que tenía una hermana mayor, una trabajadora social que trataba a niños que habían sufrido algún tipo de trauma, y un hermano pequeño adoptado que era birracial. De entre todos los detalles que incluía el doxing, tal vez el más desconcertante de todos fuera que la mujer de Mike era judía.

Los justicieros antifas habían publicado dos direcciones de correo electrónico que supuestamente pertenecían a Peinovich. Estos activistas a menudo defienden que el doxing es una respuesta legítima a una ideología inherentemente violenta, que el hecho de adherirse a puntos de vista fascistas lleva en la práctica a perder el derecho a la privacidad. Personalmente, soy contrario al doxing en la mayoría de los casos —me preocupan los falsos positivos, los terrenos resbaladizos, la perniciosa fascinación de la justicia retributiva—, pero no lo suficientemente opuesto, al parecer, para anular mi curiosidad periodística. Envié un e-mail a ambas direcciones.

Peinovich respondió enseguida. Dijo que no quería hablar —«dispongo de una plataforma mayor que la que tú tienes para contar mi historia»—, y, sin embargo, cada vez que le enviaba un nuevo e-mail, respondía casi de inmediato. No escondí el hecho de que sus puntos de vista me resultaban repugnantes, pero añadí, con sinceridad, que quería saber cómo había terminado metido en aquel aprieto y qué tenía pensado hacer a continuación. Enoch respondía con memes o comentarios insustanciales de una sola línea.[209] Redacté un largo e intrincado mensaje para tratar de convencerle de que hablara conmigo para un reportaje para la revista. Por toda respuesta, dijo: «Pareces un poco loco». Este tira y afloja duró un buen rato, pero no conseguí que hablara y al final los dos perdimos interés.

Varios días después, Enoch leyó el intercambio de mensajes entero en The Daily Shoah. A su favor tengo que decir que no editó sus respuestas para hacer que sonaran más inteligentes. Pero no

necesitaba hacerlo. Según las reglas de los debates de internet, expuestas en The Essential TRS Troll Guide (La guía esencial para troles de The Right Stuff), que por aquel entonces aún no había leído, Peinovich había ganado por defecto, ya que había escrito menos palabras y había mantenido su desapego irónico, mientras que yo había cometido un error de principiante: me había dejado provocar y había demostrado emociones. Tras la emisión del pódcast, recibí unos cuantos mensajes desagradables en Twitter de los troles de la derecha alternativa con nombres como Piloto de Helicóptero y The G0yim Kn0w (El No Judío Sabe), que eran despreciables pero difícilmente sorprendentes. Supuse que ahí habría terminado todo.

Entonces recibí noticias de la otra cuenta de correo. «No soy el Mike Peinovich al que dirigías este e-mail, pero soy su padre —decía—. En los últimos años mi hijo se ha alejado de nuestra familia y, hasta hace dos días, ignoraba por completo sus actividades con la "derecha alternativa" […] Me esfuerzo en comprender cómo Mike E. (que es como le llamamos para distinguirlo de mi padre, que también se llamaba Mike Peinovich, y de mí) puede haber dicho, publicado y tuiteado las cosas que se le atribuyen».

Llamé a Mike padre y hablamos durante un buen rato. Era la semana de la investidura de Donald Trump y sonaba cansado y un poco aturdido, como les pasaba a muchos liberales en aquellos días.

—Hemos intentado inculcar buenos valores a nuestros hijos. Mike E. fue a buenos colegios y le encantaba formar parte de su grupo juvenil en la iglesia.

Los Peinovich vivían en Montclair, un barrio residencial de clase media-alta de Nueva Jersey, que a menudo figuraba entre las ciudades más progresistas del país.

—Sabíamos que era un partidario declarado de Trump, el único de toda la familia. Así que en cierto momento convenimos en no hablar de política.

Después del doxing, había intentado escuchar The Daily Shoah. Había aguantado cinco minutos, el tiempo suficiente para reconocer la voz de su hijo y su soez sentido del humor, antes de apagarlo.

—El Mike E. que yo conozco es un tipo reflexivo, un tipo moral —dijo—. Pero supongo que no lo conozco tan bien como pensaba.

Se mostró reacio a decir más y, durante algunos meses, lo dejamos estar.

* * *

Añadí The Daily Shoah a mi rotación periódica de pódcast. Internet estaba lleno de bichos raros y de extremistas; intentaba estar al día con la mayoría de ellos, o con todos los que podía, puesto que cada uno parecía producir unos cuarenta y cinco minutos de contenido por cada hora de vigilia. Vi a Jack Posobiec en Periscope hablando un mandarín mediocre mientras improvisaba con el bajo. Vi a Laura Loomer en YouTube protestar contra la sharia cubriendo la estatua de la Niña sin miedo de Wall Street con un burka. Una vez que estaba a punto de ponerme a lavar los platos, recibí una notificación en el móvil: Will Chamberlain iniciaba un Periscope. Hice clic en el enlace, me guardé el teléfono en el bolsillo y empecé a fregar. «¡Eh! ¡Lo está viendo Marantz! —oí decir a Chamberlain por los auriculares—. Hace mucho que no te veía. ¿Qué te cuentas?». Sus miles de espectadores y él esperaron en silencio mientras yo daba vueltas por la cocina buscando un trapo con el que secarme las manos. Finalmente conseguí teclear algo en la sección de comentarios y él prosiguió con el directo. Hice una nota mental: a partir de ahora, los Periscopes solo los veré después de que hayan terminado.

De camino a tirar el reciclaje, vi a Tim Pool buscando «zonas prohibidas» inexistentes en Suecia. Mientras daba vueltas en bicicleta alrededor de Prospect Park, escuché a Mike Cernovich explicando por qué había concedido una entrevista a 60 Minutes y cómo había sido lo suficientemente astuto para conseguir que insertaran un «¡te pillé!» sobre su cabeza. Intentaba hacer clic en la mayoría de las alertas de Alex Jones, pero sus incesantes proclamas de «¡Última hora! Filtrado plan para asesinar a Trump» eran un

infierno para la débil batería de mi móvil.

También escuchaba a Stefan Molyneux, el prolífico podcaster que se llamaba a sí mismo «filósofo en la tradición socrática». (El Southern Poverty Law Center lo describía como el «presunto líder de un culto»). Como Lauren Southern y Gavin McInnes, Molyneux tenía cuidado de no respaldar abiertamente el nacionalismo blanco, pero siempre se acercaba a la línea. No vociferaba, no empleaba insultos racistas; simplemente explicaba, con un arrogante acento anglófono, que los europeos habían evolucionado para ser más inteligentes que los africanos, y que era una lástima que el mundo no ofreciera un trato justo a la gente blanca.[210]

The Daily Shoah solo lo escuchaba con los auriculares puestos. Después de todo, había un niño en casa.

Después del doxing y de que perdiera su fuente de ingresos, Mike Enoch redobló sus esfuerzos en el nacionalismo blanco. Hablaba en casi todos los actos públicos de la derecha alternativa: la manifestación de abril en Pikeville, la de mayo en Charlottesville, la de junio en D. C. El 12 de agosto, tras cancelarse la gran concentración que iba a tener lugar en Charlottesville, varias de las personas que tenían pensado hablar organizaron otra convocatoria en un parque a unos tres kilómetros. Enoch estaba de pie sobre un elevador de madera, a la sombra de un cerezo silvestre, rodeado de pequeños círculos concéntricos de reporteros, manifestantes y contramanifestantes. Llevaba gafas de aviador, barba recortada y el uniforme no oficial de aquel día: pantalones caquis y polo blanco. «¿Habéis oído hablar de la teoría conspiratoria del privilegio blanco? —dijo—. Es un concepto que nos trajeron los intelectuales judíos para socavar nuestra confianza en nosotros mismos». Terminó su discurso y presentó al siguiente orador, David Duke. Una hora después, James Alex Fields, en pantalones caquis y polo blanco, estrelló un coche contra una multitud.

Mike Peinovich padre pasó aquel sábado en su casa. Preparó el desayuno y cortó el césped. En algún momento, como hacía cada día, se sentó a leer The New York Times. En la página A12 aparecía una fotografía tomada la noche anterior en Charlottesville de una

turba con antorchas. Estuvo largo rato mirando la imagen, pero no veía a Mike E. por ninguna parte. «Gracias a Dios», dijo, y siguió con su día.

Al día siguiente, al volver a casa de la iglesia, abrió su bandeja de entrada y vio que un pariente le había enviado un enlace de YouTube. Hizo clic y vio a su hijo y a David Duke de pie, hombro con hombro, bajo un cerezo silvestre. Esa noche volvió a llamarme y me preguntó si aún quería hablar.

* * *

Tres días después tomaba un tren para ir a Montclair a visitar a Mike padre y a su mujer, Billie. Vivían en una casa estilo Arts & Crafts en una manzana arbolada próxima al centro de la ciudad. De camino allí desde la estación de tren vi, a través del ventanal de un restaurante, un televisor que tenía sintonizada la CNN. El rótulo decía: «Ciudades se preparan para manifestaciones; nacionalistas blancos envalentonados después de los comentarios de Trump». Pasadas dos manzanas me crucé con una pareja joven: una mujer embarazada con un vestido veraniego y un hombre con moño. «A ver si lo he entendido bien —decía la mujer—. ¿La policía no llevaba equipo antidisturbios pero los putos grupos del odio sí?».

Mike padre abrió la puerta. Era más alto y delgado que su hijo, con el pelo cano y gafas sin montura, pero enseguida pude detectar el parecido: la mandíbula cuadrada, la boca triste. También advertí una desafortunada coincidencia, pero mencionarla habría sido una temeridad por mi parte: vestía pantalones caquis y polo blanco, la misma ropa que los supremacistas blancos habían llevado en Charlottesville para parecer estadounidenses normales, no amenazadores.

Billie y Mike estaban jubilados y pasaban varios meses al año viajando. Me enseñaron la casa y relataron anécdotas sobre los souvenirs que habían ido acumulando: alfombras persas, alfarería mexicana, un globo terráqueo montado en el suelo. Mike había sido

profesor de Inglés Antiguo en la Universidad de Pensilvania, y en su estudio guardaba distintos diccionarios y traducciones de Beowulf, junto a libros contemporáneos como Entre el mundo y yo, de Ta-Nehisi Coates. Nos sentamos en unos sofás de cuero y habló largo y tendido sobre sus antepasados.

—Mi abuelo ayudó a expulsar al KKK de Dakota del Norte —dijo—. Mi otro abuelo vino de Yugoslavia, huyendo de las persecuciones religiosas. Mi padre fue piloto de combate durante la Segunda Guerra Mundial.

Al principio parecía una simple forma de romper el hielo: un genealogista aficionado compartiendo sus hallazgos. Pero después de que repitiera varias veces esos mismos datos a lo largo de la conversación, comprendí que intentaba limpiar el nombre de su familia.

Los padres de Mike E. se separaron cuando él tenía tres años, y al cabo de pocos años Billie se casó con su padre. En lo que a ella respectaba, era tan madre de Mike E. como la que más. Había sido trabajadora social psiquiátrica muchos años y hablaba con un lenguaje terapéutico.

—Siento estupor y rabia —dijo—. También siento vergüenza, lo que es irracional, puesto que no creo haber hecho nada malo. Creo que se lo ha buscado él mismo porque quiere distanciarse de nosotros, de todos, como una forma de autoprotección. —Luego, de forma apenas audible, añadió—: Debe de sentirse tan solo…

Todavía no sabían cómo explicar la situación a sus amigos y familiares.

—¿Qué haces en un caso así? —preguntó Billie—. ¿Envías una carta a tus primos: «Hace veinte años que no hablamos, espero que estés bien, ah, posdata, nuestro hijo ahora es nazi»?

Le preocupaba que la gente se cuestionara si Mike y ella habían fracasado como padres. «Todo el mundo desea una solución simple, saber a quién echar la culpa —me contó más tarde un pariente de Mike E.—. Pero muchos niños tienen padres que se divorcian cuando ellos son pequeños. Muchos niños blancos tienen una

personalidad difícil. No todos se vuelven nazis».

Las noticias habían empezado a extenderse por la ciudad. La mayoría de las personas que se habían enterado lo habían hecho a través de Facebook, y algunas hablaban sobre Mike E. como si le hubiese secuestrado una secta o le hubieran atado e inyectado un suero de odio puro. Otros suponían que debía de haber algún dato biográfico fundamental (una historia de abusos, un desequilibrio químico) capaz de desentrañar el misterio. No obstante, su conversión fue más anodina y, por tanto, más desconcertante. De alguna manera había caído atrapado en una madriguera en la que muchas de las peores ideas de la historia moderna se reinventaban como la solución al malestar general del siglo XXI.

* * *

De niño, Mike E. sufrió de eccema severo y de asma. En casi todas las fotografías de esa época tiene la cara roja e hinchada y los hombros encorvados, una señal de que tenía que hacer esfuerzos por recuperar el aliento. Los Peinovich pasaron un verano en una casa en un lago en Ohio, donde el aire era fresco y Mike E. respiraba mejor. Aun así, nadaba con la camiseta puesta porque tenía la piel cubierta de arañazos y heridas.

—Cuando caminábamos por algún aeropuerto o un centro comercial con nuestro hijo pequeño, solían pararnos para decirnos lo guapo que era —dijo Billie—. Con Mike E. eso no pasaba. Era alérgico a tantas cosas (al polvo, al polen, a los frutos secos, al marisco) que casi siempre llevaba encima su lápiz de epinefrina. En las fiestas de cumpleaños, mientras los demás niños tomaban helado y tarta, él comía galletitas saladas.[211]

En 1980, la madre de Mike E. había dejado a Mike padre por un amigo de la familia y después se había trasladado a otro estado. Fue un divorcio desagradable y durante muchos años apenas vio a los niños. Enviaron a Mike E. a distintos terapeutas, que mencionaron posibles trastornos, pero nada definitivo. Un terapeuta, en lugar de

ofrecer un diagnóstico, dijo que Mike era «tan vulnerable como una uva pelada».

De forma gradual, aprendió a aislarse a base de bromas e insultos. Era ingenioso y listo (todos coincidían en que era la persona más inteligente de la familia), y encontró fortaleza en el ir a la contra. Su ideología fue variando con el tiempo, pero su enfoque era siempre el mismo: dejar al descubierto y atacar las deficiencias del pensamiento colectivo, a menudo sin ningún sentido de la proporción.

—Lo veo como alguien sin alma —me dijo uno de sus parientes—, alguien que solo sabe oponerse y que elige su postura en función de lo que más pueda molestar a la gente que lo rodea.

En la escuela, en quinto grado, pidieron a los niños de su clase que fueran al colegio vestidos de rojo, blanco y azul en honor al Día de los Caídos. Pero Mike E. se empeñó en ir de naranja y verde.

—No era ninguna declaración política —dijo Billie—. Simplemente expresaba su desprecio por las reglas.

Creció escuchando a los Jerky Boys, unos virtuosos de las bromas telefónicas escatológicas. Y a Opie y Anthony, una pareja de cómicos radiofónicos con un programa de tarde subido de tono que parecía que siempre estuvieran desafiando a los encargados de la cadena, haciendo lo posible para que los despidieran. Disfrutaban tensando los límites solo porque sí. Durante varios años celebraron el Concurso de la Canción Más Ofensiva; entre las favoritas de los oyentes se incluían «Bebé violador» y «Atrapado en un horno con judíos». Pedían a todos los que no disfrutaban con las bromas que endurecieran un poco su piel. Con la llegada de internet, la mayoría de los locutores provocadores migraron a lo digital, donde no había encargados capaces de despedirlos; allí los guardianes se mostraban más distantes, y más permisivos. La canción «Atrapado en un horno con judíos» ya era lo bastante escandalosa, pero tras la aparición de los medios de comunicación sociales la carrera hacia lo más oscuro de aquel dúo entraría en caída libre.[212]

Mike E. fue a un instituto público riguroso desde el punto de vista académico y étnicamente diverso (había sobre todo chavales

afroamericanos y blancos, y algunos cuyos padres habían emigrado de Asia o de Sudamérica). Sacaba el tipo de notas habituales entre los jóvenes inteligentes pero desobedientes: sobresalientes en las clases que le interesaban, insuficientes y muy deficientes cuando algo le aburría o cuando sentía que el profesor no era digno de su respeto. Fumaba un montón de hierba y asistía a muchas actuaciones de Phish. En una ocasión le detuvieron por fumar marihuana en el interior de un coche con un amigo, y a este lo arrestaron por posesión de marihuana; su padre era un abogado de éxito y movió algunos hilos para que se desestimara el caso contra su hijo. Mike E. sabía que el sistema era injusto, pero aún le sorprendía lo inequívoca que era la desigualdad: seguramente un pobre chico negro, o incluso uno de clase media birracial como su hermano, habría recibido un trato mucho peor. Se lamentó de esto ante sus padres, que se alegraron de ver que estaba desarrollando un sentido de la justicia social.

Se matriculó en la Universidad de Ohio para estudiar Diseño Gráfico, pero abandonó los estudios tras el primer trimestre. Pidió el traslado al campus principal en Rutgers y después al de Newark, pero lo odiaba (los profesores eran unos tiranos que exigían obediencia ciega incluso cuando no tenían ni idea de lo que decían), y pasaba la mayor parte del tiempo libre en su cuarto de la residencia de estudiantes, solo, alimentándose a base de comida basura y perdiendo el tiempo con el ordenador. Tras marcharse de Rutgers, asistió a unas cuantas clases de programación de ordenadores en la Universidad Pace, pero se fue de allí sin haber obtenido un diploma. «Mike E. hizo su cuarto intento universitario y finalmente aceptó que no estaba hecho para la vida académica», decía la tarjeta navideña familiar de 2006. Se mudó a Bushwick, en Brooklyn, donde vivió en un piso compartido con un puñado de músicos, artistas y activistas que trataban de ganarse la vida como podían. Todos ellos consideraban que su postura política estaba más a la izquierda de los liberales, tal vez más próxima al anarquismo, pero ocupaban casi todo su tiempo libre yendo a baruchos o a fiestas en casas, no hablando de política.

Aprendió por su cuenta a escribir código web a través de tutoriales de internet. Pasado un tiempo lo contrataron como programador de back-end en AOL. «Aunque se desplaza todos los días a Manhattan

para ir a su trabajo corporativo —continuaba la tarjeta navideña—, sigue siendo el mismo inconformista de siempre».

* * *

Su supervisora en AOL era una mujer rubia del Medio Oeste, una música y fotógrafa aficionada con la que compartía muchos de sus intereses: las películas de ciencia ficción, la historia medieval, el humor oculto en internet. Empezaron a salir. Ella mantenía una cuenta activa de Flickr en la que publicaba fotos impresionistas de la naturaleza y capturas en directo de conciertos de rock, y a menudo hablaba de una novela de género fantástico que confiaba en escribir algún día. Su padre era judío de nacimiento y su madre se había convertido al judaísmo, pero Mike E. apenas lo consideraba un hecho extraordinario; la mitad de la gente con la que había crecido era judía, incluso su novia del instituto.

La supervisora y él se casaron; la boda fue en su mayor parte secular, pero reconocieron sus raíces episcopalianas y judías recitando una oración ecuménica y pisando un vaso de cristal. Se mudaron a un apartamento de una habitación en el Upper East Side. Para mantener el eccema controlado, Mike E. encargaba grandes dosis de prednisona, un esteroide con receta, en una página india y se lo tomaba sin ningún tipo de supervisión médica. Engordó tanto que casi estaba irreconocible, y se quedó temporalmente ciego de un ojo, hasta el extremo de tener que ser operado de cataratas de urgencia. Además del incremento de peso y de los problemas de visión, entre los efectos secundarios supuestamente se incluían depresión y nerviosismo. La gente le decía que tuviera cuidado, pero él no se sentía ni más ni menos preocupado que de costumbre. No es que le gustara estar gordo, pero las pastillas eran lo único que le hacía sentir mejor, de modo que seguía tomándoselas.

No conocían a nadie en su nuevo vecindario. Algunos fines de semana volvían a Bushwick para ver a algunos de sus amigos, pero

no de forma habitual. Con el tiempo, dejaron casi de salir. Los bares eran demasiado caros y el ruido era insoportable, pero en cualquier caso nadie tenía nada interesante que decir. En su lugar, se quedaban en casa, jugando a videojuegos o leyendo por separado cada uno en su portátil. Mike E. podía pasar horas en foros sobre debates políticos en Facebook, dando rienda suelta a su gusto por ir a la contra. Nadie hacía un seguimiento de lo que él decía, ni siquiera conocían su verdadero nombre o el aspecto que tenía. Podía poner a prueba toda una serie de opiniones sobre un tema determinado sin tener que creer necesariamente en ninguna de ellas. Otras veces, para divertirse, mantenía una postura aparentemente indefendible para ver si era capaz de inventar un argumento que lo respaldara. Parecía un simple videojuego más.

Se unía a un foro de debate, le vetaban el acceso por causar problemas y, entonces, se lanzaba a la búsqueda de uno nuevo. Internet estaba lleno de ellos: subreddits como r/DiscusiónPolítica, grupos de Facebook como Ateísmo + e Izquierda vs. Derecha. El contenido de las conversaciones era lo de menos: él siempre encontraba la forma de introducirse en la discusión. Le encantaban los debates de buena fe: ganarlos era de por sí gratificante, y, si perdías, tus ideas se agudizaban. También le gustaban los debates de mala fe: una vez aprendías a leer a las personas, no era difícil predecir qué argumentos (o publicaciones de mierda, o memes incongruentes) tenían más probabilidades de enfurecerlos. Cuando tus opiniones ponían a tus oponentes tan furiosos que acababan dejando el foro, a eso se le llamaba abandono rabioso. Mike E. empezó a acumular abandonos furiosos igual que otros coleccionan trofeos de caza. A veces, en la ducha, montaba algún debate inventado sin darse cuenta. «¿Con quién estabas hablando ahí dentro?», le preguntaba su mujer cuando él salía del baño.

«Durante un tiempo, antes de internet, los liberales solo disponían de la televisión convencional y de las noticias de los periódicos», diría más tarde. Esto conducía al pensamiento de grupo, del mismo modo que la Coca-Cola y Taco Bell conducían a la obesidad. «Por algún motivo, el punto crítico llegó durante la era Bush. La retroalimentación de la indignación liberal entró en bucle, como si hubieran enloquecido de forma colectiva». Ignoraba el modo correcto de hablar de política, pero aquel consenso superficial era

claramente el camino equivocado. Si quería encontrar algo mejor, tendría que hacer lo que siempre había hecho: deshacerse de todo lo que le habían enseñado y empezar de cero.

En el mundo normal, todos parecían paralizados por el deseo de aceptación social. No apostaban por perseguir la auténtica verdad, pues ni siquiera se permitían pensar muchas de las múltiples ideas disponibles. En casa, con su mujer, o en los foros de debate, era libre para argumentar desde los principios fundamentales. A sus ojos era evidente que el país estaba profundamente equivocado y que los dos partidos políticos mayoritarios estaban en bancarrota tanto moral como intelectual. La única cuestión era qué sistema utópico debía reemplazar al actual.

Leía libros de Noam Chomsky y artículos en Antiwar.com, que publicaba críticas a la política exterior estadounidense desde la extrema izquierda y la extrema derecha. Hizo incursiones en el anarquismo de izquierdas, luego en el trotskismo revolucionario. Un sábado —escribiría más tarde— se encontró a sí mismo en una reunión «en un YMCA destartalado de Brooklyn con un grupo de profesores de instituto público, todos ellos de mediana edad y judíos». Debatían sobre qué postura tomar ante el terrorismo islámico; era espantoso, pero por lo menos era antimperialista. «Una abrumadora sensación de odio se apoderó de mí como una ola inmensa. La gente que me rodeaba me parecía de pronto retorcida y horrible. Solo podía comparar aquello con una experiencia religiosa reveladora».

Se dispuso a encontrar «todo lo contrario» al marxismo, fuera lo que fuera. Recordó que uno de los miembros de su grupo trotskista había descrito a un trío de escritores libertarios de mediados de siglo —Ayn Rand, Murray Rothbard y Ludwig von Mises— como particularmente «peligrosos», de modo que Mike E. se descargó algunos de sus libros de internet y empezó a ver de qué iba todo aquello.[213] «Devoré el tomo El socialismo, de Mises, en aproximadamente una semana —escribió después—. Y cada una de sus palabras sonaba sincera, como si las llevara escritas en el alma». Mises se caracterizaba por un denso estilo académico, pero su premisa subyacente era bastante simple: solo el libre mercado puede proporcionar prosperidad y libertad. Después, sus estudiantes

llevaron aún más lejos esta premisa, llegando a afirmar que las regulaciones gubernamentales y los programas de asistencia social eran casi siempre contraproducentes.

Durante algunos años, Mike E. fue seguidor de la doctrina libertaria. Abrió un blog llamado El vacío, donde publicaba entradas como «El socialismo es egoísta» y «Los impuestos son un robo». Su mujer mantenía su propio blog, donde escribía reseñas de conciertos locales y espectáculos de drags, pero siempre encontraba tiempo para apoyar las actividades autodidactas de su marido. Cuando cambió el fondo de El vacío por una imagen de archivo de una nube gris con forma de embudo, ella comentó: «¡Me encanta la nueva foto del tornado! ¡Esta página ahora es un remolino de vacío!». En 2008 se dejó atrapar por la emoción de la campaña presidencial de Ron Paul. Paul no era más que un candidato de protesta, pero aun así recibió millones de dólares a partir de pequeñas donaciones y obtuvo más votos de los que nadie había imaginado. Tal vez aquellos asuntos que parecían demasiado controvertidos no fueran, a la postre, tan intocables.

A veces, cuando Mike E. iba a ver a su padre y a su madrastra a Nueva Jersey, intentaba entablar debates políticos con ellos. ¿De verdad creían que la Reserva Federal, un grupo de plutócratas a los que nadie había votado, merecía dictaminar la política fiscal de la mayor economía del mundo? Se mostraba inflexible, echándose hacia delante en el sofá y alzando la voz, pero entonces su mujer le tocaba suavemente el brazo y él volvía a recostarse con los ojos en blanco. «La gente a menudo me dice que soy demasiado exagerado —escribió en 2011 en El vacío—. Todo esto es muy convencional y suena muy bien, pero muchas veces en realidad es un montón de mierda y una forma de abuso. La gente tiende a ponerse nerviosa y a enojarse cuando alguien adopta una postura moral absoluta sobre algo. Desprecian las certezas morales, sobre todo si están respaldadas por la lógica y la evidencia».

Pasado un tiempo empezó a preguntarse si el libertarismo era demasiado tibio. Sus propias premisas, al fin y al cabo, apuntaban hacia una conclusión más cruda: si el Estado no era más que un obstáculo para la libertad, ¿por qué no abolirlo directamente y

dejar únicamente un mercado sin restricciones? Empezó a considerarse un anarcocapitalista. Uno de los principales pensadores anarcocapitalistas era el filósofo nacido en Alemania Hans-Hermann Hoppe, un antiguo protegido de Murray Rothbard que sostenía que el Gobierno no era solo un obstáculo para la libertad, sino «una institución dirigida por bandas de asesinos, saqueadores y ladrones, rodeada de verdugos voluntariosos, propagandistas, aduladores, delincuentes, mentirosos, payasos, charlatanes, incautos e idiotas útiles». The New York Times se refería a Milton Friedman, el economista libertario, como el «gran maestro de la teoría económica del libre mercado»; Hope lo consideraba «un socialista».

Muchos libertarios de la corriente dominante eran tan opuestos a cualquier tipo de coerción que pensaban que libertarismo era sinónimo de liberalismo social y que, por tanto, el «vive y deja vivir» era un requisito imprescindible para todo tipo de comportamiento. Nada que ver, insistía Hoppe. Incluso en ausencia de un Estado, los ciudadanos aún podrían utilizar su libertad de asociación para formar convenios privados, y esos convenios podrían implementar cualquier regla que consideraran adecuada. Hoppe sostenía que, si algún subgrupo de población representaba una amenaza al orden social, entonces esos alborotadores debían ser físicamente expulsados. Nada podía estar más alejado del «vive y deja vivir».[214]

Mises y Rothbard se habían formado como economistas, y la mayoría de los economistas asumía que la gente era, hablando en plata, intercambiable. Conforme a sus modelos matemáticos, si el producto X iba a ser comprado al precio Y, ¿qué importancia podría tener quién realizaba la compra? Pero ¿y si no todas las personas eran iguales? ¿Y si no era posible explicar el comportamiento de las personas sin tener en cuenta sus rasgos psicológicos, su contexto cultural e incluso su composición genética? «Vaya bofetón de realidad acaba de darme la biodiversidad humana —escribió más adelante Mike E.—. He tenido que aceptar el hecho de que el libertarismo no va a funcionar para todos, y de que aquellos para los que no va a funcionar lo arruinarán para todos los demás». Si la biodiversidad humana era real (si de forma inherente algunos grupos de personas eran más capaces que otros), entonces la democracia multicultural era un experimento condenado al fracaso.

Creía haber sometido a examen todas y cada una de sus creencias, reduciéndolas a sus axiomas más fundamentales. Pero de pronto se encontraba con un axioma tan fundamental que ni siquiera se lo había articulado a sí mismo, y mucho menos sometido al escrutinio lógico. Pensándolo bien, no estaba seguro de por qué debería asumir que todas las personas eran iguales. Tal vez no lo fueran. Si esa era una definición de manual de racismo, que así fuera: tal vez el racismo estuviera en lo cierto. «Son unos putos fanáticos —diría después de los liberales como su antiguo yo—. Creen en la igualdad de los seres humanos igual que un musulmán cree que tiene que rezar cinco veces al día mirando a La Meca o igual que un baptista sureño odia al demonio».

Ahora creía que sus filosofías radicales previas se le habían quedado cortas, no porque hubieran fracasado a la hora de explicar la complejidad del mundo, sino porque no habían sido lo suficientemente radicales. Su familia, sus profesores, sus pastores, sus colegas…, todos se habían alejado de la realidad de la superioridad europea, no porque fuera una idea demostrablemente incorrecta o moralmente repugnante, sino porque la idea de pensar por sí mismos los asustaba demasiado. Después de rechazar todas sus posturas anteriores, finalmente había encontrado la ideología perfecta para un disconforme empedernido: una ideología que presentaba un desafío tan elemental a los principios subyacentes de la sociedad que nunca se quedaría sin enemigos.

* * *

La idea de la jerarquía racial parecía tener un gran poder explicativo. Como liberal, había lidiado con factores problemáticos —por ejemplo, la brecha de logros entre los estudiantes negros y blancos— evocando la historia de la opresión racial, o explicando por qué los datos eran más complejos de lo que parecían a primera vista. Como marxista, había atribuido los hechos desagradables a la explotación capitalista; como libertario, había culpado al Estado. Pero, en el mejor de los casos, todas esas explicaciones eran

abstractas, y, en el peor, confusas, y requerían unos niveles de contexto que hacían imposible expresarlas en una publicación de Facebook. Ahora al fin era libre para retomar una explicación muchísimo más simple: quizá la gente blanca era más rica y poderosa porque la gente blanca era superior. «Los ideales libertarios son fantásticos, pero solo pueden funcionar en un país blanco —dijo—. Toda esa mierda de Edmund Burke, Russell Kirk y William F. Buckley… Si vuestro país es en un 45 por ciento blanco, ya os podéis ir despidiendo de eso de una puta vez».

En los foros de debate, a la gente le encantaba refutar argumentos tachándolos de racistas. En el pasado, Mike E. siempre había buscado formas de negar esto; ahora simplemente podía responder diciendo: «¿Y qué?». «Lo único que tienen es esa premisa moral subyacente que esperan que compartas con ellos —dijo más tarde —. Si les cuestionas esa premisa, no tienen ni idea de qué hacer». No le entraba en la cabeza que los republicanos nunca hubieran intentado hacer eso. En lugar de vivir con miedo a que alguien pudiera acusarlos de racistas, ¿por qué no abogar por los intereses de los blancos sin pedir disculpas a nadie? Después de todo, los blancos eran los únicos que votaban fehacientemente a los republicanos.

Sentía la necesidad de explicar a las personas del mundo real lo que él aprendía en internet, pero sabía que no lo comprenderían. Dejó de arengar a su familia sobre la política de impuestos y la Reserva Federal. Ellos creyeron que había perdido interés en la política, y él no se molestó en sacarlos de su error. Se imaginaba contándoselo todo y podía predecir cuál sería su respuesta, si es que llegaban a sobreponerse al shock inicial. «¡No te hemos educado así!». Ya, bueno, tal vez deberíais haberme educado de otra forma. «¡Tu hermano no es europeo de pura cepa! ¿Eso lo convierte en malo?». No se trata necesariamente de que sea bueno o malo: la idea es la separación voluntaria, no campos de exterminio. El hermano de Mike E. era un chaval dulce, y era posiblemente su persona favorita de la familia, con la que más le gustaba pasar el rato. Pero los hechos siguen siendo hechos. El sentimiento de culpa podía ser un motivo suficiente para disuadir a algunas personas, pero con él no iba a funcionar.

Estaba dispuesto a que le demostraran que estaba equivocado, por supuesto. Pero cuando se ponía a buscar contraargumentos, nunca encontraba nada que fuese directo y exhaustivo, tan solo el relato demócrata de que todos los problemas podían resolverse gastando dinero, y el relato republicano de que todo podía resolverse recortando los impuestos, y el relato del Canal de Historia según el cual Hitler era Lucifer y Martin Luther King, el Mesías, y la narrativa de la justicia social de Twitter según la cual los hombres blancos eran la raíz de todos los males. Todo eso eran formas de acoso emocional, no un debate racional. Cuando buscaba en Google «raza y crimen», encontraba a Jared Taylor; cuando buscaba «raza y coeficiente intelectual», encontraba a Steve Sailer. También tropezaba con las advertencias que los medios de comunicación predominantes lanzaban a los normies para que no acudieran a las páginas de los pensacriminales, pero esas advertencias nunca parecían incluir refutaciones punto por punto de los argumentos concretos. Si uno sabía dónde buscar, las píldoras rojas estaban por todas partes.

Mike E. aún frecuentaba los foros de debates abiertos, donde desataba su ira sobre los liberales, los libertarios de izquierdas y los neoconservadores. A través de estos foros conoció a algunos amigos que pensaban parecido: un proveedor de pintura del condado de Dutchess (Nueva York), un devoto cristiano de Tennessee, un estudiante de Filosofía en la Universidad de Nebraska, un técnico de emergencias médicas de Virginia. Todos habían sido seguidores de Ron Paul antes de que el movimiento se dispersara. Ahora se llamaban a sí mismos poslibertarios, aunque no estaban seguros de qué vendría después. Pusieron en marcha un grupo privado de Facebook, donde compartían ensayos y videoclips de disidentes que parecían prometer, como Richard Spencer y Chris Cantwell, también exseguidores de Ron Paul en busca de algo nuevo. El grupo privado de Facebook se convirtió en una conversación en continua expansión, un debate permanente sobre los méritos de diversas microideologías (el paleoconservadurismo, el tradicionalismo radical, el movimiento neorreacionario), mezclado con grandes cantidades de shitposting, referencias a 4chan y chistes ofensivos. Cuando se les ocurría un buen tema de conversación, lo sometían a una prueba A/B en Reddit o en Twitter, afinándolo para ver cuál de las versiones sería más eficaz a la hora de hacer enloquecer a los

liberales de mierda. Juntos inventaban una nueva forma de pensar, una nueva forma de hablar, una nueva forma de ver el mundo.

A mediados de 2012, Mike E. colgó un mensaje en El vacío: «Este es un archivo del contenido antiestadista de mi página entre 2010 y 2012. Ha sido divertido, pero no es realmente lo que me interesa escribir o investigar en este momento». Aquel mes de diciembre, con sus nuevos amigos del grupo poslibertario de Facebook, puso en marcha The Right Stuff. «Somos de derechas —podía leerse en la pestaña de "Nosotros"—, pero agradecemos los comentarios de personas inteligentes y cívicas de todo el espectro político». Varios meses después, la pestaña de «Nosotros» fue modificada: «A pesar de ser flagrantemente autoritarios, fascistas y teócratas, agradecemos los comentarios de personas inteligentes y cívicas de todo el espectro político». En 2016, volvieron a editar la página: «Aunque estáis equivocados, estamos abiertos a opiniones externas… Además, somos blancos y no pedimos perdón».

* * *

*The Right Stuff publicaba entradas de blog tales como «Los troles de la derecha pueden ganar», «El racista racional» y «La Trans*valoración de todos los valores», una crítica nietzscheana de la transición de género de Caitlyn Jenner.[215] Otra pestaña de la página se había creado para aceptar donaciones, en dólares o bitcoins. La página también alojaba varios pódcast, cada uno con su propio logotipo paródico: Fascear la nación, Radio pública nacionalista, Buenos días, América blanca. En los destacados de la página de inicio de The Right Stuff rotaban imágenes y frases emparejadas, cada una diseñada para resultar lo más chirriante posible: una foto sonriente de Joseph McCarthy con el texto «Vuestro mundo racional es un bucle estúpido»; un escuadrón de fascistas italianos con el mensaje «La democracia es pornografía interracial» superpuesto. Los memes fascistoides eran una broma interna para los visitantes habituales de la página, pero se suponía que también debían exportarse al mundo entero. Mike E. construyó freshrarememes.com, una página con instrucciones paso a paso que facilitaban a sus*

seguidores la combinación de imágenes y texto en formas nuevas y provocativas. Otro bloguero de TRS creó una página de Facebook, Fashy Memes, que engendró decenas de imitaciones: Lazer-Beamed Memes with Fashy Themes, Alt-Right Memes for Fashy Teens, Counter-signal Memes for Fashy Goys.

La idea era hacer memes lo suficientemente subversivos como para sembrar dudas en la mente de los normies, pero no lo bastante evidentes como para que fueran detectados por los moderadores de contenido de Facebook. Era un equilibrio difícil de conseguir. La mejor forma de aprender era a través del método de ensayo y error. Su éxito era fácil de medir porque los resultados eran inmediatos y objetivos, solo había que mirar las estadísticas de interacción en la parte inferior de cada publicación. Si uno iba demasiado lejos, toda la página podía ser cerrada, pero eso casi nunca ocurría. La mayoría de las veces, parecía que los moderadores de contenido de Facebook se limitaban a perseguir desnudos, obscenidades, amenazas directas o propaganda explícita del Estado Islámico.

Cuando se revisaba una página de propaganda de la derecha alternativa, los memes solían ser lo bastante indirectos como para que los moderadores no los comprendieran. Y si al final resultaba que sí, que cerraban tu página de Facebook, siempre podías abrir una nueva.

Cuando se lanzó The Daily Shoah, en 2014, Enoch había ganado confianza en sus puntos de vista relacionados con el nacionalismo blanco, pero no era particularmente antisemita. El objetivo del pódcast era conmocionar tanto a los liberales como a los «conservadores pavisosos», y el nombre del programa era una forma eficaz de alcanzar ese objetivo. «Empezó como una broma —explicó Mike E. en el pódcast de Chris Cantwell—. Tenía un doble sentido divertido, pero al final nos encasillamos».

En ciertas partes de 4chan, sobre todo en /pol/, el foro de mensajes para conversaciones «políticamente incorrectas», la gente expresaba su admiración por la invención de nuevos insultos racistas, cuanto más insolentes, mejor.[216] Los apelativos habituales aparecían a menudo, pero la gente conseguía más puntos si llamaban «putas viejas» o «zorras» a las mujeres, o «dindus» a los criminales negros.[217] En /pol/ también se hablaba incesantemente de los judíos:

¡son unos retorcidos mutantes! ¡Parecen blancos, pero no lo son! Mike E. no comprendía la obsesión. Los judíos, o eran blancos o no lo eran. Si los nacionalistas blancos en Estados Unidos alguna vez llegaban a establecer con éxito un etno-Estado del que no querían que los judíos formaran parte, entonces estos podrían irse a vivir a su propio etno-Estado, el que la ONU ya había establecido para ellos. Eso presentaría problemas para su matrimonio, obviamente, pero ya cruzaría ese puente cuando llegara el momento. Francamente, después de llevar tantos años involucrado en políticas radicales, sabía que uno no debe empezar a hacer las maletas para marcharse de inmediato a la utopía. Primero expone su visión de una sociedad ideal; empieza a hacer que resulte concebible, incluso plausible; la ventana de Overton se va ampliando gradualmente; y tal vez un día el mundo empiece a acercarse a su visión.

Al principio, a pesar del nombre, The Daily Shoah era un pódcast semanal. Los copresentadores eran el núcleo duro del grupo de Facebook poslibertario: Jesse Dunstan, el proveedor de la parte norte del estado de Nueva York, que se llamaba a sí mismo Sven; Cooper Ward, el estudiante de Filosofía de Nebraska, que se hacía llamar Ghoul; y Alex McNabb, el técnico de emergencias médicas de Virginia que nunca se molestó en emplear un seudónimo («Mi familia lo sabe —decía—. No les importa una mierda»). Algunos episodios incluían a otros invitados de la derecha alternativa, de modo que eran seis u ocho personas cada vez, todos pisándose al hablar en una conexión inestable vía Skype. El tono de un episodio podía pasar, en ocasiones dentro de una misma frase, de la sinceridad al sarcasmo y, después, al sarcasmo inverso. Las distinciones eran tan sutiles y evolucionaban de tal modo que a veces los copresentadores se decían unos a otros, en vivo y en directo, «en realidad quería decir esto» o «estaba de coña».

El programa aspiraba a ser una defensa a pleno pulmón del nacionalismo blanco que no se tomaba a sí mismo demasiado en serio. Seguía el viejo formato de los locutores provocadores en hora punta, con momentos cómicos recurrentes como, por ejemplo, bromas telefónicas, entrevistas con destacados 4channers y una sección de análisis de noticias llamada el Informe Shitlord. Dunstan,

que había tocado la guitarra en un grupo de metal progresivo antes de casarse y tener hijos, grababa canciones paródicas en el sótano de su casa y las insertaba entre segmentos. Reescribió la letra de «Dirty Black Summer», de Danzig, transformándola en un comentario sobre el malestar en Ferguson (Misuri). El «I Need to Know» de Tom Petty se convirtió en el monólogo interior ansioso de un aspirante a nacionalista blanco a la espera de sus resultados de 23andMe, la empresa privada de genómica personal. («I need to know / I need to know / If I'm 3 percent Heeb then it better say so»).[218]

Los copresentadores se burlaban constantemente unos de otros: McNabb era el que interrumpía, Dunstan siempre andaba perdido, Enoch se empeñaba en empezar largos monólogos con «La cosa es». The Right Stuff era un blog tan plagado de acrónimos, abreviaciones y memes polivalentes que en la página publicaron un «Diccionario TRS» para los no iniciados. «La gente nos critica por hacer demasiadas bromas internas —dijo Enoch en un pódcast—. Es a propósito, para dar la sensación de cohesión de grupo. Ofrecemos a los oyentes narrativas reales, pero también estamos creando una sensación de comunidad». Y lo cierto es que era una comunidad, no solo para los oyentes sino también para Mike E., su líder de facto. Algunos fines de semana iba en tren a casa de Dunstan, en el condado de Dutchess, donde organizaban barbacoas para los copresentadores del programa y los principales seguidores. Eran encuentros pequeños para asegurar la seguridad y el anonimato de todos ellos. A veces la gente pedía a Mike que dijera unas palabras improvisadas sobre temas de actualidad; otras, la tónica de los encuentros no era tan política, sino que servía de oportunidad para que un grupo de tíos afines compartieran una cerveza y disfrutaran formando parte de algo real.

«Nuestra sociedad constantemente nos envía este mensaje: "Nacemos en una situación de desarraigo y hastío, y no hay nada que podamos hacer al respecto" —dijo Enoch en el programa—. No intentes recuperar tus raíces saliendo fuera y participando en actividades que construyen un sentido de camaradería con gente con la que te puedes entender. Quédate en internet y sé un urbanita

que consume medios a través de una pantalla en un piso pequeño». TRS era una forma de abandonar la rueda de hámster posmoderna, una forma de vivir con un propósito. Contó a sus padres, sin entrar en demasiados detalles, que ahora tenía un nuevo grupo de amigos. A veces, en lugar de llamarlos «sus amigos», usaba la palabra hermanos. Decía que estaban construyendo algo positivo, ayudando a hombres jóvenes a encontrar su lugar en el mundo. Cuando sus padres le hacían preguntas más específicas, se cerraba en banda. Aun así, era evidente que había encontrado a su gente.

Todos los copresentadores de The Daily Shoah coincidían en que la cultura predominante era irreparable. Casi no hacía falta ni decirlo. En su lugar, dedicaban la mayor parte del tiempo a diferenciarse de sus vecinos ideológicos, mofándose de los cascarrabias y los paletos de la extrema derecha e internet (los fanboys del anime, los escépticos del 11S, los seguidores de Alex Jones, los matones de la manosfera como Roosh V y Mike Cernovich). Un blanco de burlas frecuentes era el grupo de perdedores de la derecha alternativa que echaban la culpa de todos sus defectos a una imprecisa y sombría conspiración sionista. «Indudablemente en el mundo de las altas finanzas hay una sobrerrepresentación de los judíos —dijo Enoch en uno de los primeros episodios—. Pero no es ahí donde deberíais estar señalando con el dedo, porque el verdadero problema no es ese».

En enero de 2015 se descargó el PDF de un libro de Kevin MacDonald, un exprofesor de Psicología en la Universidad Estatal de California en Long Beach, titulado The Culture of Critique: An Evolutionary Analysis of Jewish Involvement in Twentieth-Century Political Movements (La cultura de la crítica. Un análisis evolutivo de la intervención judía en los movimientos políticos del siglo XXI). En 4chan la gente siempre estaba colgando fragmentos de ese libro, y Enoch quiso ver de qué iba todo ese alboroto. Publicado en 1998 y con una extensión de trescientas páginas llenas de notas al pie, el libro era una piedra angular del antisemitismo intelectual contemporáneo.[219] MacDonald se consideraba un psicólogo evolutivo, y su principal argumento consistía en que la mejor forma de comprender el judaísmo era tratándolo no como una religión sino como una «estrategia evolutiva de grupo». Sostenía que, a través de los milenios, los judíos habían desarrollado una serie de

rasgos distintivos: ambición, inteligencia altamente verbal, lealtad a los suyos, recelo hacia los de fuera, feroz instinto de autopreservación, incluso a expensas de la sociedad anfitriona. El resultado de todo esto en el siglo XX era que los judíos estadounidenses estaban preparados para perjudicar a su propio país diluyendo su legado tradicional. Esto lo hacían, en parte, usando su desproporcionada influencia como guardianes de la cultura para promover políticas de inmigración laxas, desvinculando así a Estados Unidos de su historia como nación mayoritariamente blanca;[220] MacDonald, como Peter Brimelow y otros paleoconservadores, parecía asumir que Estados Unidos tendría menos posibilidades de florecer sin una mayoría blanca). Afirmaba que, como mucho de lo que hacían los judíos, su esfuerzo por socavar la hegemonía blanca era un intento, bien consciente o bien inconsciente, de autopreservación. Una mayoría blanca cohesionada podría expulsar a los molestos judíos, tal como habían hecho tantas otras naciones en el pasado. Por tanto, los judíos son los primeros interesados en mantener a los estadounidenses blancos divididos y desmoralizados, permitiendo que una coalición de minorías étnicas, entre las que se contaban los propios judíos, ascendieran al poder.[221]

«En la ciencia hay mil ideas malas por cada una buena», dijo Steven Pinker, el científico cognitivo de Harvard y autor superventas.[222] Tras leer un resumen del argumento de MacDonald, encontró que «no supera dos pruebas básicas de credibilidad científica» y que, por tanto, no se dignaría a leer el libro de MacDonald. «En el mercado de las ideas, una propuesta debe tener la suficiente credibilidad inicial y suficientes signos de adhesión a las reglas básicas del debate científico para ganar la valiosa divisa que es la atención de los homólogos de uno». Otros destacados científicos vapulearon los argumentos de MacDonald, si bien la mayoría decidió ignorarlos.

Enoch leyó algunas de las refutaciones, pero todas le parecieron bastante débiles. Desde luego tenía sentido que los académicos judíos rechazaran la hipótesis de MacDonald: él defendía los intereses propios de su grupo étnico y ellos defendían los suyos. Podían desestimarlo como a un paria, o declarar su obra indigna de ser «normalizada», pero aquello parecía un insulto. «Lo que es seguro es que no veo refutaciones de trescientas páginas con notas

al pie —dijo Enoch—. Solo veo "¡Guau! Simplemente guau" y "Ni siquiera puedo…", es decir, montones de señalizaciones de estatus». ¿Y si lo que ocurría era que los normies no podían refutar The Culture of Critique de una forma más convincente porque, en el fondo, sentían que planteaba una premisa correcta?

En The Daily Shoah dijo que el libro era «importante y demoledor, os recomiendo a todos que lo leáis». Y a continuación lo elogió aún más: «Ha desencadenado muchas cosas dentro de mí». Durante toda su vida, sus profesores liberales, muchos de ellos judíos, le habían enseñado a cuestionar la autoridad, a desafiar las convenciones, a seguir los hechos allí donde le llevaran. Bien, ahora había encontrado un nuevo conjunto de hechos que a toda costa querían mantener ocultos. Los normies perdían los papeles a la más mínima mención de la Cuestión Judía, y esto solo confirmaba que había dado con algo.

En el pódcast, el antisemitismo era cada vez más acusado y frecuente. Las alusiones a cámaras de gas y hornos se convirtieron casi en un tic verbal.[223] Dunstan hizo un anuncio paródico para la Empresa de Remoción Física Hans-Hermann Hoppe, y el meme fue pasando de mano en mano a través r/Remoción_Física y en grupos de Facebook como Beligerante Dios Hoppe. Los encuentros en casa de Dunstan empezaron a incluir la quema de libros: alguien hacía una hoguera, la gente se juntaba a su alrededor, un invitado de honor, como Enoch, Richard Spencer o el cómico Sam Hyde, pronunciaba un pequeño discurso y, a continuación, incineraban un libro de algún autor judío o comunista. Después, la gente podía gritar: «Sieg Heil!» y hacer el saludo romano. Era como un troleo, una forma de provocar a los normies, salvo que por allí no había normies.

Mike no tenía ni idea de cómo afectaría todo esto a su matrimonio. Esa parte de su vida parecía casi una tragedia griega: su mujer era la única persona en el mundo que le comprendía de verdad, y de alguna manera había tropezado con lo único que podía separarlos. Durante un tiempo, mientras construía una carrera pública —bajo seudónimo— como propagandista antisemita, trató de mantener su matrimonio al margen. Su lado más racional sabía que aquella contradicción lo alcanzaría algún día, pero intentaba centrarse en el

presente.

No existía ningún grupo oficial que se llamase «la derecha alternativa», tan solo una dispar alianza de organizaciones pequeñas, cada una con una jerarquía y reglas internas propias. Los líderes de los grupos se conocían todos entre sí, pero operaban de forma independiente. A diferencia de algunos de los otros grupos, TRS no tenía un proceso de admisión y no había una lista formal de miembros. «No soy un líder político —dijo Dunstan—. Hago canciones graciosas, memes y cosas así. Mi trabajo es lograr que entres por la puerta. El reclutador del Ejército en el centro comercial que intenta conseguir que te inscribas: ese soy yo». A los Hammerskins y a los Alt-Knights les interesaban las confrontaciones callejeras violentas. El Frente Nacionalista estaba directamente formado por neonazis; los del Partido Obrero Tradicionalista no se autodenominaban neonazis, pero les faltaba muy poco para serlo. Luego había grupos como Indentity Evropa, cuyos miembros vestían como pijos y desalentaban los tatuajes visibles. Los líderes de IE estaban hasta arriba de píldoras rojas, pero, por razones estratégicas, empleaban una retórica respetuosa con los normies. Cada pocas semanas participaban en alguna manifestación pública confiando en llamar la atención sobre su causa en los medios de comunicación sociales y en la prensa convencional. Podían colgar un letrero inmenso en el paso de peatones de una autopista, grabarlo desde lo alto con un dron y después añadir al metraje música de cuerda cada vez más estridente y publicarlo en YouTube. Los letreros contenían mensajes como «Poned fin a la inmigración» o «No nos vais a reemplazar», es decir, no estaban completamente fuera de la ventana de Overton, pero eran lo suficientemente provocadores para que la gente se quedara pensando y acudiera a Google.[224]

David Duke y el foro de internet neonazi Stormfront presentaban un estilo rígido y predecible —los presentadores de The Daily Shoah los llamaban nacionalismo blanco 1.0—, lo que hacía que sus mejores argumentos se perdieran en una bruma de tedio y boomerposting (publicaciones de yayo).[225] Richard Spencer estaba especializado en densos ensayos políticos, no en memes

geniales. Gavin McInnes y Stefan Molyneux eran útiles puntos de entrada —«muchos de nuestros chicos comenzaron su andadura tras encontrar alguno de esos programas», dijo Enoch—, pero en el fondo la alternativa ligera se consideraba inadecuada siempre que continuaran negándose a aceptar la Cuestión Judía. Solo TRS había descubierto la combinación perfecta de ligereza y pastillas rojas, una estética que podía atraer a nuevos oyentes y luego, con el tiempo, reducir su resistencia a la verdad. Sus pódcast no estaban disponibles en iTunes, Spotify ni en ninguna de las plataformas principales, y, sin embargo, colectivamente atraían cada semana a decenas de miles de oyentes.

En D. C., durante una mesa redonda con Enoch y otros líderes de la derecha alternativa, Richard Spencer dijo: «Nuestro movimiento tiene algo interesante, algo nuevo, y posiblemente The Right Stuff es quien más merece llevarse el mérito por esto. Desprende esa hilaridad troleadora que se ha vuelto casi inseparable de nuestro movimiento». «Creo que en los 60 a esto lo llamaban "cultura de la interferencia"», puntualizó Enoch.

Con el tiempo, The Daily Shoah amplió su foco de atención. Los copresentadores empezaron a criticar la «cultura de izquierdas», con lo que se referían a toda la cultura dominante, es decir, a todos los que se oponían a la defensa problanca de la derecha alternativa. Con el implacable ataque a los argumentos de la izquierda y del centro, tanto por las buenas como por las malas, Enoch esperaba convertir a los adversarios que estaban abiertos a la conversión y minar la moral de los que no lo estaban. «La izquierda…, no saben lo jodidamente previsibles que son —dijo en el pódcast—. Con solo oír una cosa sobre vosotros puedo predecir otras diez». El argumentario de la derecha alternativa provocaba tal consternación entre la mayoría de la gente de izquierdas que no lo examinaban con demasiado detalle, y Enoch usaba a su favor esta asimetría informativa. «Entendemos vuestro relato mejor que vosotros mismos».

En julio de 2015, un grupo de colaboradores de TRS se emplearon a fondo durante varios días para impulsar la palabra cornuservador desde los márgenes a la corriente dominante. Erick Erickson, un destacado conservador del movimiento Alto a Trump, se quejó en

Twitter de que los troles le molestaban con el apelativo. The Daily Caller hizo el seguimiento de esto con una pieza titulada «¿Qué hay detrás del insulto "cornuservador"? (No seguro para el trabajo)». Después de eso, según relató un copresentador de The Daily Shoah, la palabra cornuservador llegó al público convencional, tal y como había esperado la derecha alternativa. «Se hizo viral —explicaba el copresentador—. Llegó derechito hasta Buzzfeed».

Los troles de TRS emplearon las mismas técnicas para promocionar otros hashtags, como «#RevueltaNRO», sobre cómo «el conservadurismo de la National Review había fallado totalmente a Estados Unidos». En el pódcast explicaban el funcionamiento de las campañas de troleo: al crear un excedente de emociones activadoras en los neoconservadores y en los guerreros de la justicia social en los medios de comunicación sociales, los troles eran capaces de convertir a sus enemigos en organismos huéspedes, expandiendo así el mensaje de la derecha de forma gratuita. «Cuando un hashtag se vuelve muy activo, se hace trending topic en Twitter y aparece en el feed de personas importantes —explicó un invitado del pódcast—. La campaña "cornuservadora" en Twitter realmente nos ha colocado en el mapa. Ahora la National Review escribe artículos sobre nosotros».

«Les golpeamos con detonantes emocionales que no pueden ignorar, y conseguimos que promocionen nuestro relato —dijo Enoch—. Pero hay que ser inteligentes. Si empiezas a publicar con avatares como Hitler o la bandera confederada, no saldrá bien… Recordad, esto es una operación psicológica. Estamos llevando a cabo una operación psicológica contra ellos».

En el programa, cada vez que los copresentadores mencionaban a un periodista o político judío, enfatizaban el nombre pronunciándolo con un acento quejumbroso y nasal y añadiendo un efecto de reverberación. Esta innovación —lo llamaban el Eco— se convirtió en uno de sus memes más característicos. En 4chan, 8chan y Twitter, los seguidores de TRS se aproximaban al Eco por escrito encerrando los nombres judíos con un paréntesis triple.[226] Al principio parecía una simple broma de mal gusto, una más de tantas, pero tenía el propósito más profundo de «nombrar al judío»

para enseñar cuántos eran y cuántos puestos de autoridad ocupaban, con el objetivo último de despertar a los blancos de su autocomplacencia. «Hoy en día hablas con estadounidenses blancos y realmente no saben si alguien es o no judío», dijo Enoch en el pódcast. Esto permitía operar a los judíos a plena vista, usando nombres que podían sonar ambiguos, como Miller o Kahn, presentándose como blancos un minuto y al siguiente como minorías oprimidas. Enoch hizo de su educación en el noreste una ventaja: al haber crecido rodeado de judíos, entendía al enemigo. «Tengo un radar muy fino para los judíos —había dicho—. Los reconozco, y eso les pone muy nerviosos, porque, históricamente, cuando los gentiles empiezan a darse cuenta en masa, significa que algo pasa».

Enoch grababa su parte de The Daily Shoah desde su apartamento de una sola habitación en el Upper East Side. Tras el doxing, su mujer explicó a sus amigos y familiares que, aunque era consciente de que había organizado un pódcast, no sabía nada sobre el contenido del mismo. Esto era falso. A veces, cuando los copresentadores decían gilipolleces sobre películas de ciencia ficción o modas malas de los 90, la mujer de Mike, en un segundo plano, añadía alguna broma a la conversación. Unos minutos después, presuntamente con ella todavía en la habitación, la conversación se desplazaba, como siempre, a las bromas sobre dindus y pantallas de lámparas.

El 22 de diciembre de 2015, la mujer de Mike apareció en un episodio especial de Navidad de The Daily Shoah recitando una parodia del poema «La noche antes de Navidad».[227] «Lo ha escrito ella —dijo Enoch—, y está muy orgullosa». El poema exhibía una profunda familiaridad con el tono del programa, y con varias de las bromas internas:

Era la Navidad de TRS, un poco antes de las doce,

a la hora en que todo está en calma, hasta mi esposa.

Habíamos preparado a los cornus para los hornos

esperando a meterlos por la mañana…

¡Fuera comunistas! ¡Fuera socialistas! ¡Fuera libertarios de izquierdas!

¡Fuera betas! ¡Fuera aliados, enemigos guerreros de la justicia social!

¡Fuera frijoles, dindus y yihadistas musulmanes!

¡Ahorradnos vuestros problemas de refugiados sirios!

¡Haceos fascis! ¡Fascis! ¡Todos fascis!

En otra parte del poema, se refería a sí misma como trol. Era una aspirante a escritora y presumiblemente quería demostrar a su marido y a sus amigos que ella también podía sobresalir en su juego. Quizá se convenciera de que las palabras que repetía eran significantes vacíos. Bajo el manto del anonimato, escribiendo para un público receptivo, tal vez imaginara que el poema era otra cosa más de internet, una broma provocadora que simplemente se había pasado un poco de la raya.

* * *

Durante una de mis visitas a la casa de Mike padre y Billie en Nueva Jersey, conocí a su otro hijo, que me pidió que lo llamara Jay. Trabajaba en unos multicines de la localidad. Cuando lo conocí, acababa de volver a casa de un turno y aún vestía el uniforme de trabajo. Antes del doxing, Mike E. y él habían mantenido una buena relación. Cada pocas semanas, Jay tomaba un tren a Nueva York. Iban a ver una película juntos, por lo general la última franquicia de superhéroes, y él se quedaba a dormir en la ciudad.

Jay explicó que, después del doxing, «me convertí en un gran objetivo». Algunos de los seguidores de Mike E., enojados porque uno de los miembros de su familia fuese no blanco, encontraron la

página de Facebook de Jay y la llenaron de amenazas e imágenes nauseabundas.

—Yo me limitaba a eliminarlas, a bloquear a esas personas —dijo Jay—. Ni siquiera quería reconocer lo que estaba ocurriendo.

Los dos hermanos no habían vuelto a hablar desde entonces. Después de Charlottesville, siempre que pedían a Jay que explicara su relación con Mike E., respondía: «Era mi hermano».

—Creo que aún piensa que lo que hace es trolear —prosiguió Jay—. A mí también me gusta ser un trol de internet, por lo que de alguna manera lo pillo. Supongo que lo aprendí de él.

A pesar de que a Jay le encantaba el heavy metal, «entro en internet y empiezo a tocar las narices a la gente: "Danzig es una mierda, tío" (aunque en realidad Danzig es uno de mis grupos favoritos). A veces es divertido. Pero también tienes que saber cuándo parar».

Mientras hablábamos, Jay iba desplazándose por su feed de Facebook en el teléfono.

—En Facebook, en estos momentos, hay un montón de cosas sobre nacionalistas blancos —dijo haciendo clic en un vídeo sobre Charlottesville—. Es extraño. Hay imágenes incluso del coche embistiendo a la gente.

—No mires eso —dijo Mike padre incorporándose en el sofá—. No quieres verlo.

—Sí, es probable que no —dijo Jay, y pasó a la siguiente historia en su feed.

Entre enero y agosto —es decir, desde que Mike padre descubrió la verdad sobre la identidad de su hijo en internet hasta que el nombre de Mike Peinovich empezó a aparecer en la prensa nacional— los dos Mikes se vieron una sola vez, en el vestíbulo de un banco en Manhattan.

—Mi madre había dejado una pequeña herencia a cada uno de sus nietos, también a Mike E. —dijo Mike padre—. No soportaba la idea de que una parte de ese dinero pudiera llegar a manos de esos

grupos del odio, de modo que creé un fideicomiso. Recibí los papeles y recé para que él los firmara.

Mike E. se lo pensó durante unos minutos y después firmó los documentos.

Mientras esperaban a que se procesaran los documentos, les costó ponerse a hablar de cosas triviales.

—Me dijo que había estado yendo al gimnasio y que había dejado los carbohidratos —me contó Mike padre—. No me dijo dónde vivía ni cómo ocupaba sus días. Era como hablar con alguien a quien apenas conocía.

Antes de marcharse, le pidió una última cosa a su hijo: que se cambiara legalmente el apellido. Podía cambiarlo por Enoch, Paine…, cualquier cosa menos Peinovich. Mike accedió.

El día después de la manifestación en Charlottesville (que resultó ser el septuagésimo tercer cumpleaños de Mike padre), envió un mensaje a Mike E. recordándole su promesa. «Por favor, cámbiate el apellido —escribió—. Has abandonado tu herencia, tus ideales y a tu familia».

Esperó varios minutos. El bocadillo de texto con tres puntitos apareció en la pantalla. Y entonces llegó la respuesta de Mike E.: «Bah».

Se había echado atrás en su promesa.

«Lo he estado pensando y he decidido no hacerlo —escribió—. Es mi apellido». Insistía en que cualquier angustia que pudiera sentir su familia no era culpa de él sino de los medios: «La CNN os está haciendo luz de gas. Puedo defender lo que quiera, soy un ciudadano estadounidense con derechos». Mike padre no respondió inmediatamente. Su hijo continuó escribiendo: «Puedes creer lo que dicen los medios si te da la gana, pero es patético. Deberías abrir más la mente».

Mike padre pensó en unas cuantas respuestas posibles a ese mensaje, pero no creía que nada pudiera surtir efecto. Volvió a

repetir su petición: «Cámbiate el apellido».

Mike E. se negó.

«Tal vez si hubieras mostrado una mayor simpatía e interés hacia la equidad, mi decisión habría sido diferente».

«Gracias por el regalo de cumpleaños», respondió Mike padre.

Fue la última vez que supieron el uno del otro.

* * *

Un mes después de que empezara a visitar a los Peinovich en su casa, Mike Enoch me llamó al móvil una tarde de viernes.

—He oído que has estado hablando con mi familia.

Le dije que esperaba poder hablar con él, pero que en ese momento no podía porque estaba en mitad de una comida.

—¿Qué estás comiendo? —preguntó.

No quería decirle la verdad (un bagel de salmón ahumado), así que le mentí y dije que estaba comiendo una ensalada. Como si estuviera en su pódcast, empezó a hacer bromas sobre una cadena de comida para llevar llamada Solo Ensalada: «Siempre he pensado que era un bonito doble sentido, para atraer a la gente blanca con mentalidad de justicia social». Estaba a punto de subir a un tren que lo llevaría a D. C., así que acordamos volver a hablar esa misma noche. Di por sentado que grabaría la llamada, que me trolearía unos cuantos minutos y que después reproduciría el audio en su programa, igual que había hecho con otros periodistas.

Al final hablamos durante más de dos horas. Se mostró sorprendentemente comunicativo. Muchas de las primeras novelas en lengua inglesa, como Tristram Shandy y Robinson Crusoe, comienzan con una recitación del linaje familiar del protagonista, y

Mike Enoch empezó su relato de la misma manera.

—Mi familia siempre se las daba de WASP, aunque ni siquiera éramos anglosajones —explicó—. Mi padre llevaba chaquetas de tweed y toda la pesca.

Su madre biológica, según dijo luego, «siempre fue un poco realista de la raza en este tema. Es completamente noruega, mientras que mi padre es mitad noruego y mitad serbio». Era una liberal comprometida, pero por lo menos en este punto parecían coincidir en algunos aspectos.

—Mi madre siempre decía: «Tu mal genio viene de tu lado serbio». —Y añadió—: Estoy seguro de que lo decía en un sentido racial. [228] Y creo que tiene algo de razón.

Un periodista siempre desarrolla una técnica para que la gente hable y hable. Asentir con la cabeza y un contacto visual arrobado funcionan bien en persona, pero no por teléfono. Una de mis técnicas, de la que no era consciente en aquel momento, era repetir la palabra correcto, incluso cuando el sujeto de mi entrevista estaba diciendo algo terriblemente equivocado. En mitad de la conversación con Enoch, mi mujer asomó la cabeza en la habitación, llamó mi atención a base de gestos y pronunció en silenció las palabras «¿Está grabando?».

—Eso creo —repuse silenciando el teléfono.

—¡Pues entonces deja de estar de acuerdo con él! —dijo ella.

Enoch me dijo que, a toro pasado, siempre había sido más cauteloso con los afroamericanos y con los judíos de lo que dejaba ver.

—Advertía diferencias entre ellos, aunque cuando lo hacía no ponía necesariamente énfasis en ellas ni pensaba que fueran socialmente deterministas.

Ahora hablaba con total libertad de su «intensa antipatía personal por los judíos», pero insistía en que no odiaba a la gente negra.

—Simplemente siento pena por ellos, los veo como un problema social.

Le pregunté que cómo casaba eso con el hecho de que tuviera un hermano negro.

—Solo es negro en un 25 por ciento —respondió, y oficialmente no diría nada más al respecto.

Varias veces intenté hacerle otra pregunta obvia: si nunca te han gustado los judíos, ¿por qué te casaste con una? La primera vez que se lo pregunté, suspiró y dijo: «Realmente no lo sé». La siguiente, dijo: «De entrada solo es mitad judía. Y los judíos tienen ciertas características físicas que no me parecen especialmente atractivas. Ella no las tenía. Me parecía muy guapa». Tampoco presentaba otros de los rasgos que él consideraba típicamente judíos: «La agresividad, esa incapacidad absoluta para sentir empatía por otros, una personalidad explotadora. Ella no tenía nada de eso».

Durante un tiempo confió en que su pódcast y su matrimonio pudieran coexistir.

—Quería tener ambas cosas —dijo—. Pero entonces nos hicimos populares.

En 2015, cuando su identidad era todavía un secreto, asistió a una conferencia organizada por el laboratorio de ideas de Richard Spencer. La mayoría de los asistentes reconocieron su voz y varios de ellos le dijeron que habían comprado entradas para el acto específicamente para conocerlo.

—Ahí fue cuando pensé: «Vale, esto se está descontrolando». Me repetía: «Todo va a ir bien, todo va a ir bien», pero sabía que solo estaba retrasando lo inevitable.

Hablamos sobre The Culture of Critique, el libro antisemita que le había resultado tan formativo, y mencioné que acababa de encargar una copia en Amazon.

—Bueno, tampoco te des un atracón de píldoras rojas —dijo. Y entonces hizo una pausa—. No eres judío, ¿verdad?

Lo soy. No escribo mi nombre en Twitter entre un triple paréntesis, como hacen algunos judíos desafiando al Eco de TRS. Pero nunca he

mantenido mi identidad en secreto. He escrito para revistas judías. Mi rostro parece judío. Mi nombre suena judío. Toda esta información estaba fácilmente disponible en internet.

—Sí —respondí.

—Interesante —dijo, y se le notaba un poco nervioso—. ¿Completamente judío o mitad judío?

—Completamente —dije—. Tu radar de judíos debe de estar roto.

—Ya, bueno, eres pelirrojo.

Eso me descolocó. No obstante, me animó a leer el libro de MacDonald.

—Espero que seas capaz de ver más allá de cualquier disonancia y que por lo menos examines el argumento —dijo—. Tal vez hacer algo interno… —Su voz se fue apagando—. Tampoco espero que vayas a odiarte a ti mismo…

En un momento dado, sin que le hubiera dado pie a ello, dijo:

—¿Quieres saber qué fue lo primero que me preguntó mi padre después de lo de Charlottesville? No me dijo «¿estás bien?» o «¿cómo estás». Dijo: «Cámbiate el apellido».

Su madre le preguntó si estaba a salvo («Las madres son madres», dijo). Pero no su madrastra ni su padre.

—Eso a él no le importaba —dijo—. Lo único que le importaba era su buen nombre.

No podía estar seguro por teléfono, pero parecía que estaba llorando.

* * *

Después del doxing, Mike Enoch insistió durante varios días en que no era Mike Peinovich, pero no tardó en publicar una confesión en The Right Stuff. «Sí, mi mujer es quien dicen que es —escribió—. Podría intentar explicaros los últimos diez años de mi vida, pero, llegados a este punto, ¿qué cambiaría eso? La vida no es perfecta».

En su ausencia, Dunstan y McNabb convocaron una grabación urgente de The Daily Shoah en la que intentaron abordar la polémica sin explicarla del todo. «No sé con qué tipo de disonancia cognitiva ha tenido que vivir Mike para permanecer en esa situación», dijo McNabb.

No quedaba claro si el programa tendría más episodios.

En los foros de supremacistas blancos de todo internet, incluyendo el propio The Right Stuff, las opiniones estaban divididas. Algunos comentaristas juraron boicotear la página hasta que Enoch se divorciara de su mujer («¡No puedo creer que haya tanto maricón apoyando a este judío hijo de puta!»), o le acusaban de ser «oposición controlada». Había quienes pedían más información («¿Cuánto tiene de judía? Porque si es un cuarto o menos, me importa una mierda»). Otros hacían observaciones incongruentes («Estoy más decepcionado por lo gordo que es que por otra cosa»).

«Guau, solo guau —escribió Andrew Anglin en el The Daily Stormer —. Puede que esta sea la primera vez que he dicho "guau, solo guau" cien por cien en serio. Esto definitivamente no me lo esperaba». Aunque Anglin comprendía por qué muchos miembros del movimiento se sentían traicionados por las noticias —«Realmente debería haberse divorciado. Creo que es razonable»—, afirmaba que Enoch merecía una segunda oportunidad. «No creo que Mike sea un cómplice. Decenas de miles, tal vez cientos de miles de hombres han llegado al movimiento a través de TRS y del trabajo de Mike, y nada puede ni podrá cambiar eso».[229]

Inmediatamente después del doxing, Enoch dijo a la gente en privado que abandonaba el nacionalismo blanco. Dunstan y McNabb podían continuar el programa sin él, o podían ponerle fin; en cualquiera de los dos casos, su plan era dejar la derecha alternativa, desaparecer durante un tiempo de internet y tratar de

reparar la relación con su mujer. Sin embargo, pronto se hizo evidente que, independientemente de lo que Mike hiciera, nada iba a ser suficiente para salvar su matrimonio. Su mujer le dejó. Se marchó de Nueva York y se instaló en casa de sus padres. Mike se quedó en el apartamento en el Upper East Side, sin saber qué hacer a continuación.

Seis días después del doxing empezó a decir a todos que había cambiado de parecer. El movimiento era lo único que le quedaba. Los copresentadores y él grabaron un episodio de The Daily Shoah anunciando el regreso triunfal de Enoch. «No vamos a dejar que esto nos venza —dijo Dunstan—. No nos vamos a ninguna parte».

Un propagandista con tiempo y talento suficientes puede justificar la contradicción más flagrante, y Enoch llevaba años desarrollando un vínculo íntimo con sus fans. «Agradezco el apoyo de todos», dijo. En directo, Dunstan leyó decenas de notas de oyentes que, a pesar de la noticia sobre la mujer de Enoch, se mantenían fieles al programa. Algunos habían donado centenares o miles de dólares a Enoch cuando los había necesitado. «Mi corazón está con su mujer —escribió un seguidor, un camionero de larga distancia que escuchaba The Daily Shoah en sus viajes cruzando el país—. Imagino que debe de estar recibiendo un montón de mierda de su familia y de la comunidad en general. Si está casada con Mike, debe de ser una buena persona».

«Eso que dices es muy bonito —respondió Mike también en directo —. Estoy seguro de que ella lo apreciará».

No mencionó que ahora vivía en el Medio Oeste tratando de pasar desapercibida, haciendo todo lo posible por mantenerse alejada de internet.

* * *

Fui a ver a la madre de Enoch, la directora retirada de una pequeña universidad, a su pulcro y soleado apartamento en la ciudad de

Nueva York. Ella se sentó en un sillón tapizado y yo en otro. También había un sofá de dos plazas y, encima, un cojín con unos ángeles bordados volando y las palabras de la plegaria de la Serenidad.

—Mike E. conoce mi opinión sobre su política —dijo—. Fui muy activa en la campaña de Hillary y en mi iglesia estoy muy comprometida con el voluntariado de apoyo a los inmigrantes. Me estoy formando para acompañar a la gente a sus audiencias en el tribunal de inmigración. Así que diría que estamos muy en desacuerdo.

—¿Y lo considera un desacuerdo político o es algo que va más allá de la política?

—Es mi hijo —respondió—. Da igual que sea esto o lo otro. No voy a dejar de quererlo ni de hablar con él.

Me contó que unos meses atrás Mike E. le había preguntado si podía invitar a unos cuantos amigos a cenar.

—Me fastidió. Le dije: «Mike E., la cena es dentro de tres horas. ¡No sé si tengo pollo suficiente!». Pero él dijo: «Pensaba que por lo menos querrías conocer a mis amigos». Y le dije: «¿Sabes qué? Que tienes razón. ¿Por qué no iba a querer conocer a tus amigos?».

Llegó acompañado de dos hombres corpulentos, uno de los cuales era miembro de la Guardia Nacional de Alabama.

—Se presentaron como los guardaespaldas personales de Richard Spencer —dijo—. Y yo pensé: «Vale, esto sí que no me lo esperaba». Pero debo decir que resultaron ser dos jóvenes educados. En un momento determinado empezaron con eso de la diversidad y el judaísmo, y les dije: «Mirad, creo que no deberíamos discutir». Así que cambié de tema: «¿Es la primera vez que venís a Nueva York? ¿Os lo estáis pasando bien?». Y después de eso la velada fue como la seda.

Siempre le había gustado la mujer de Enoch —«supongo que debería decir exmujer»—, y hacía poco le había enviado una tarjeta de cumpleaños. La exmujer, por toda respuesta, había escrito:

«Ojalá pudiera apretar el botón de volver a empezar en mi vida».

—La última vez que Mike estuvo aquí, le hablé de esa nota —dijo su madre—. Estaba sentado a la mesa del comedor, justo ahí, y cuando pronuncié esas palabras rompió a llorar.

En su teléfono, me enseñó los mensajes de texto que su hijo y ella habían intercambiado mientras él se encontraba en la concentración de Charlottesville.

Ella: «Solo quiero recordarte que no tienes seguro médico».

Él: «Estamos seguros. Solo queremos expresar ideas. La ACLU [Unión Estadounidense por las Libertades Civiles] apoya nuestro derecho a hablar».

Al leer esto, levantó la cabeza y me miró.

—Sabe que soy una gran defensora de la ACLU —dijo—. Estoy seguro de que pensó que con eso me ablandaría.

—¿Y lo hizo?

—Es probable.

Me mostró otro intercambio de mensajes, también de cuando él estaba en Charlottesville, en el que ella le preguntaba si había recibido el paquete que le había enviado por correo. Me explicó que el paquete estaba lleno de camisas nuevas.

—Las que tenía en ese momento eran demasiado grandes y holgadas —dijo—. Pensé que si iba a salir por televisión quería que tuviera algo que le sentara mejor.

No supe qué decir a eso. Lo primero que pensé fue: si mi hijo alguna vez me dice que tiene pensado hablar en una concentración supremacista, espero que mi reacción no sea irme de compras. Pero lo siguiente que pensé fue que, honestamente, no tenía ni idea de qué haría en esa situación.[230]

Hacia el final de nuestra conversación, pregunté a la madre de Enoch si se le ocurría algo que hubiese sido inusual en su infancia,

cualquier cosa que pudiera haberlo encaminado hacia el lugar en el que hoy se encontraba. Respondió a la pregunta hablando de su «herencia».

—Creo que los serbios y los croatas son un pueblo lleno de odio y vengativo —dijo—. Por sus venas corre sangre de venganza. No tiene solamente sangre escandinava, pura sangre noruega.

Una vez más, no supe qué decir. Un comentario sobre sangre pura habría sido incómodo en cualquier contexto; en aquel, me dejó estupefacto. En el Estados Unidos del siglo XXI, a veces uno se dice a sí mismo que el esencialismo racial es un defecto raro e inexplicable, pero en realidad no procede de ninguna parte. Cuando era niño, mi abuela me repetía muy seria que todas las personas sobre la faz de la Tierra eran un milagro único, y que todas merecían dignidad, oportunidad y respeto por igual. «No hace falta que creas en Dios para saber eso —decía—. Lo sabes porque eso es lo que significa ser humano, ver la humanidad en todos los demás». También me dijo, cuando yo tenía siete años, que me había ido bien en el examen de Matemáticas por mi «Yiddishe kop», mi cerebro judío. Incluso ahora, no imagino cómo reconcilió mi yo más joven estas dos ideas aparentemente contradictorias.

* * *

En mi última visita a casa de los Peinovich en Nueva Jersey, Mike padre se puso a hojear un álbum de fotografías que Billie había subido desde el sótano. Una en particular despertó un bonito recuerdo: un viaje a Hawái con sus tres hijos para celebrar su vigésimo quinto aniversario de bodas.

—Esa semana todos estábamos de buen humor, incluso Mike E. —dijo—. Salíamos a cenar y pedíamos un montón de cócteles, lo que seguramente ayudaba. Mike E. se llevó ese programa de ordenador que había creado…

—El Generador de Argumentos Bergman —dijo Billie.

—No sé cómo, había descubierto la forma de generar aleatoriamente argumentos de películas de Ingmar Bergman…

—«Un caballero oscuro se encuentra con la muerte en una carretera solitaria», ese tipo de cosas…

—Lo dejaba funcionando en el apartamento que habíamos alquilado y se pasaba el día escupiendo argumentos —dijo Mike padre riéndose—. Volvíamos a casa, los leíamos en voz alta y acabábamos todos por los suelos de la risa.

Su sonrisa desapareció.

—Aún lo quiero, a pesar de todo —dijo, y se le quebró la voz.

El sol empezó a ponerse, proyectando sombras en la sala de estar, y fue a la cocina para abrir una botella de vino.

—No dejo de pensar en que si fuéramos judíos ahora estaríamos haciendo la shivá.

Un poco antes, mientras conversábamos, Mike y Billie me habían hecho una serie de preguntas sobre la derecha alternativa. Parecían intentos de comprender los motivos personales de Mike E., aunque los expresaran en forma de preguntas más amplias sobre el movimiento. ¿Era la retórica extrema una simple broma pesada o realmente pensaban lo que decían? ¿Cómo decidían cuándo ser descaradamente provocadores y cuándo contenerse? En lugar de contestar de forma categórica, les referí un ejemplo específico: la respuesta al asesinato de Heather Heyer, que había provocado un cisma retórico dentro del movimiento. Algunos líderes de la derecha alternativa, con la esperanza de dar una apariencia de respetabilidad al movimiento, se habían mostrado relativamente contenidos.[231] Otros reaccionaron con una crueldad despiadada. «Heather Heyer era una comunista gorda y asquerosa —tuiteó Jason Kessler, el organizador de la concentración de Charlottesville—. Parece que era la hora de la venganza».

La primera vez que mencioné este cisma retórico, Mike padre empezó a preguntarme en cuál de los lados había caído su hijo. Pero luego se echó para atrás.

—¿Sabes qué? Olvídalo. No necesito saberlo.

Al volver a entrar en el salón con el vino en la mano, ya cambió de opinión.

—Creo que en realidad sí quiero saberlo —dijo—. Si Mike E. llegó a decir algo sobre esa pobre chica…

No le hablé de ninguna de las citas directas de su hijo.[232] No tuve que hacerlo. En cuanto me vio dudar, le quedó lo bastante claro.

—¡Oh! —suspiró con el rostro retorcido en una aguda y silenciosa agonía—. ¡Oh, no!

* * *

Entregué un artículo sobre Enoch. Cometí algunos errores, como siempre, y el verificador de datos los corrigió. La cerámica en casa de los Peinovich era de México, no de Nuevo México; Kevin MacDonald escribía su nombre con la d en mayúscula. Cuando el verificador de datos llamó a Enoch, dijo que se consideraba a sí mismo un nacionalista blanco, no un supremacista blanco, pero que podíamos imprimir lo que nos diera la gana. Negó haber pisoteado un vaso de cristal en su boda, pero yo había visto el álbum de la boda con mis propios ojos, de modo que ese dato se quedó donde estaba. Enoch aprovechó el proceso de verificación de datos para lanzar unos cuantos ataques indirectos a sus padres. «Si mi padre te cuenta alguna gilipollez sobre cómo mi abuelo luchó contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, voy a tener que corregirlo de forma preventiva —dijo—. Entiendo que suena bien y tal, pero mi abuelo luchó en el teatro de operaciones del Pacífico». Me planteé verificarlo con Mike padre, pero llegué a la conclusión de que ya le había hecho pasar por bastante.

Varios parientes de Mike E. me habían dicho, de manera independiente, que siempre le habían considerado «el más

inteligente de la familia». El verificador de datos lo cuestionó. No dudaba que lo hubiesen dicho, pero también era el responsable de verificar el contenido y el contexto de cada cita, y parecía que con esta se arriesgaba a dar una falsa impresión.

—Posee ciertos instintos inteligentes relacionados con la estética y la comunicación —dijo el verificador—, pero, más allá de eso, bueno, me preocupa que su familia, y ahora nosotros, tratemos de ver el lado positivo cuando no lo hay.

Naturalmente, el verificador se mostraba cauteloso de exagerar la inteligencia de una persona que había llegado a unas conclusiones tan inmensamente estúpidas. Mantuvimos una larga discusión al respecto, en la que rebatí sus argumentos diciendo que la inteligencia y la moral eran variables independientes, que mucha gente brillante mantenía unas creencias reprobables, y que el hecho de que una persona que por lo demás era inteligente pudiera sucumbir al neofascismo de internet era parte de lo que hacía que el neofascismo de internet fuese tan aterrador. Al cabo de un rato, el verificador y yo aceptamos que seríamos incapaces de llegar a una definición mutuamente satisfactoria sobre qué es la inteligencia antes de ir a imprenta, y dejamos que la editora emitiera el voto de desempate. Decidió que deberíamos describir a Enoch no como «inteligente» sino como «listo».

Lo siguiente era elegir la rúbrica. ¿«Anales del activismo»? ¿«La escena política»? Enoch no era exactamente un teórico político, y The Right Stuff no era un comité de acción política ni un laboratorio de ideas. Era una granja de contenidos que producía un suministro infinito de entradas de blogs, pódcast y memes. Su objetivo no era organizar campañas congresionales ni redactar proyectos de ley, sino desplazar la ventana de Overton a base de pequeños empujones.

Al final nos decantamos por «Anales de los medios».

Enoch me llamó varias veces más. Yo sabía que grababa nuestras conversaciones, probablemente confiando en generar nuevo material para su pódcast, pero las llamadas también eran útiles para

mis propósitos, así que seguí contestándolas.

Había asumido que, en cuanto se publicara el artículo, sus esbirros se me tirarían encima. Se me ocurrió que si Enoch me conocía en persona, tal vez habría más posibilidades de que ordenara la retirada de su ejército en caso de que fuera necesario. Poco antes de la publicación, le envié un mensaje preguntándole si podíamos quedar para tomar algo.

—Claro, ¿por qué no? —respondió—. Vamos al Heidelberg. Tienen buena cerveza y salchichas.

Era una cervecería en el Upper East Side.

—Toda esta zona de Manhattan solía ser un vecindario alemán —dijo Enoch mientras una camarera que llevaba el traje típico tirolés nos conducía hasta nuestra mesa.

Nos sentamos uno enfrente del otro, y me miró fijamente un buen rato.

Tras haberme familiarizado con la guía para troles de The Right Stuff, sabía que lo único que tenía que hacer era mantenerme imperturbable.

—Esto se parece bastante al larping, ¿no crees? —dije pidiendo una Löwenbräu y un plato de bauernwurst.

—¿Comes cerdo?

—Somos así de escurridizos —repuse.

Quiso conocer mi opinión sobre The Culture of Critique ahora que ya lo había leído. Le respondí lo más sinceramente posible.

—Diga lo que diga, vas a decir que no puedo ser objetivo —empecé —. Y a lo mejor es cierto que nadie puede ser objetivo sobre nada.

Mi sincera opinión, dejando a un lado si el libro me resultaba ofensivo, era que el argumento de MacDonald no tenía ningún sentido. Había cientos de errores. Elegí uno.

—Dice que los judíos están sobrerrepresentados en los movimientos de izquierdas —afirmé—. Vale. Los judíos también están sobrerrepresentados en los movimientos de derechas. Los judíos están sobrerrepresentados en los movimientos de centro. Los judíos están sobrerrepresentados en los departamentos de Física. Los judíos están sobrerrepresentados en los circos.

Hacía poco que habían despedido a Steve Bannon, en parte por el tiro por la culata que había supuesto Charlottesville, lo que había dejado a Stephen Miller como el principal arquitecto de las políticas antinmigratorias más draconianas de Trump. ¡Los judíos estaban sobrerrepresentados en el nativismo trumpista! Admití que el fenómeno de la sobrerrepresentación judía era bien curioso, pero los comentarios de MacDonald no hacían nada para explicarlo.

—Puedo discutir algunos de tus argumentos —dijo Enoch—. Lo de Stephen Miller…, admito que realmente no puedo entenderlo. Me fascina, no me malinterpretes, pero no sé cómo tomármelo.

Hablamos un rato sobre Israel, o más bien él hablaba y yo escuchaba. Parecía asumir que yo era un sionista de centroizquierda (en contra de los asentamientos, a favor de todo lo demás), aunque yo no le había dado ninguna indicación ni hacia un lado ni hacia el otro. El sionismo es uno de los temas de conversación favoritos de la derecha alternativa —«Si ellos han conseguido tener un etno-Estado, ¿por qué no podemos tenerlo nosotros?»—, y Enoch seguía las noticias israelíes mucho más de cerca que yo.

—El Gran Rabinato de Israel exige pruebas de que alguien es judío (racialmente judío, ojo), para poder casarse en el Estado de Israel —dijo—. Incluso ha habido decisiones rabínicas que sugieren el uso de pruebas de ADN. ¿Qué opinas sobre esto?

Me quedé callado y seguí comiendo la salchicha. Las conversaciones bienintencionadas sobre sionismo a menudo se convertían en debates acalorados incluso entre familiares y amigos. ¿Qué sentido tenía debatir la halajá con un antisemita profesional?

Me invitó a participar en The Daily Shoah para hablar sobre el libro de MacDonald y la Cuestión Judía.

—No creo, tío.

Philip Roth escribió una vez que nada podía hacer que un judío ambivalente se sintiera más inequívocamente judío que estar sentado en una iglesia, pero Philip Roth nunca estuvo sentado en una cervecería con un cuasinazi.

Cuando terminamos, nos quedamos de pie en la esquina de la calle retrasando la despedida. Yo estaba deseando llegar a casa y buscaba la manera de poner punto y final a la conversación, pero Enoch no parecía tener ninguna prisa. Daba caladas a su cigarrillo electrónico, que no tenía forma de bolígrafo sino de Walkman de primera generación lleno de líquido de glicerina. Fumar es una mala idea, pero por lo menos te hace parecer guay; aquel aparatoso cacharro de plástico que casi no le cabía en la mano me recordó a lo que los expertos en desarrollo infantil llaman objeto de transición.

—Voy a pirarme de esta puta ciudad —dijo—. De todas formas, no me ofrece nada.

Al cabo de unas semanas se mudó al condado de Dutchess para estar más cerca de Dunstan. Grababan el pódcast casi cada día desde la cueva artificial de Dunstan, que estaba llena de micrófonos, un equipo para levantar pesas y diversos productos con el logotipo de The Right Stuff. Introdujeron un muro de pago en la página. Los suscriptores, además de las grabaciones de audio habituales, tenían acceso a vídeos en los que ambos presentadores aparecían sentados en sillas reclinables de oficina y se tiraban horas hablando. A veces aparecían fragmentos de estos vídeos en YouTube, y cada vez que veía uno me resultaba abrumadoramente aburrido y triste. Dunstan había clavado una bandera de TRS con chinchetas en la pared detrás de ellos, pero las esquinas superiores una y otra vez se desprendían y dejaban ver el póster de Iron Maiden que había debajo. Cada pocos minutos, Enoch se ponía las gafas de leer y buscaba con el ratón un nuevo titular que le pareciese digno de burla, luego se quitaba las gafas y se frotaba los ojos.

Cuando se publicó mi artículo sobre Enoch, el troleo fue más suave

de lo que esperaba. El siguiente episodio de The Daily Shoah incluyó un segmento de respuesta de veintiún minutos —«Los judíos abordan todo con estas gilipolleces freudianas»—, seguido de una abrupta transición a algún shitposting sobre Charlottesville. En Twitter, Enoch escribió un simulacro de confesión («Lo admito, familia: de pequeño me atiborré de píldoras rojas para las alergias»). También emitió «Las cintas Marantz», dos extensas compilaciones con extractos de nuestras conversaciones telefónicas.

Las «cintas» eran sobre todo pedazos banales de conversación entremezclados con un tema musical estilo Seinfeld. El audio se había editado de forma selectiva, pero lo cierto es que yo había hecho lo mismo con las citas que había incluido en mi artículo. La siguiente vez que hablamos por teléfono, Enoch sacó el tema de las cintas y quiso saber qué pensaba sobre ellas.

—Yo también soy periodista a mi manera, ¿sabes? —dijo—. Bueno, un periodista no, pero sí un creador de opinión, o como demonios quieras llamarlo.

A finales de 2017, Roy Moore, un extremista de ultraderecha, juez estatal y presunto pedófilo, se postuló para el Senado de Estados Unidos en Alabama. Días antes de las elecciones, en un acto de campaña, uno de los pocos afroamericanos que se encontraban entre el público preguntó a Moore cuándo había sido América grande por última vez. «Creo que fue grande cuando las familias estaban unidas —repuso—. Aunque había esclavitud, cuidaban los unos de los otros… Nuestras familias eran fuertes, nuestro país tenía un rumbo». Evidentemente, en aquel contexto, «nuestras familias» se refería a «familias blancas».

Los temas de debate de la derecha alternativa seguían fluyendo hacia el centro del vocabulario nacional. Se repetían una y otra vez por medio de youtubers, de locutores de radio, incluso de congresistas electos.[233] «La transformación política de Virginia se ha producido porque ha habido una transformación demográfica —dijo en noviembre de 2017 Tucker Carlson, el presentador de televisión por cable más popular—. El 12 por ciento de Virginia ha nacido en el extranjero, y eso ha marcado la diferencia… Os han

reemplazado». Igual que Moore, Carlson apelaba directamente al agravio racial blanco. La palabra os solo podía haber hecho referencia a la gente blanca; la palabra reemplazado parecía una clara alusión a la teoría del Gran Reemplazo de la derecha alternativa, que había sido la esencia de muchos de los eslóganes y cánticos en Charlottesville.

Laura Ingraham, otra presentadora de Fox News con una inmensa plataforma de seguidores, evocaba la raza de una forma mucho más explícita: «La mayoría de los demócratas quieren reemplazar a esos conservadores viejos y paletos con un nuevo grupo de personas que podrían resultar un poco más dóciles para el gran Gobierno». Había noches en las que Ingraham, en lugar de arengar a los demócratas, lanzaba mensajes encubiertos más específicos, despotricando contra los «globalistas», las «élites» o George Soros. Envié un mensaje de texto a Enoch preguntándole si pensaba que Ingraham estaba haciendo un guiño a la Cuestión Judía. «Siempre existe la posibilidad de que sea consciente —contestó—. Nixon lo era. Billy Graham lo era. Tucker lo es sin duda».

Le pregunté si le había sorprendido la cantidad de figuras de la corriente dominante (funcionarios electos, entre otros) que recientemente habían empezado a lanzar mensajes encubiertos en una dirección más abiertamente blanconacionalista. «Me resulta extraño que este país haya dejado alguna vez de ser nacionalista blanco», me respondió. Aun así, le maravillaba la rapidez con la que lo indecible se había vuelto decible: «Eso demuestra que nuestra estrategia de ensanchar la ventana de Overton está funcionando».

En 2018, Enoch y Dunstan renombraron The Daily Shoah como TDS, unas iniciales que ahora supuestamente no significaban nada (a menudo lo pronunciaban «tedioso»).[234] Hacían un esfuerzo por abstenerse de soltar atroces insultos raciales o de hacer una glorificación explícita de la violencia. Trataban de arrastrarse hacia el límite exterior de la corriente principal, o, por lo menos, intentaban evitar el tipo de atención viral capaz de provocar que su servidor de dominio advirtiera a la página y la prohibiera. «Es una guerra de memes —dijo Enoch en TDS—. Nos las hemos arreglado para permanecer con vida, y para golpear por encima de nuestro

peso».

Los seguidores más antiguos advirtieron el nuevo tono del programa. En 4chan, las opiniones estaban divididas:

No nombran a los judíos. Parece una conversación tensa. ¿Qué es lo que no nos están contando? Si hay alguien en el mundo que necesita ir con cuidado son estos tíos, porque los judíos se los follarán por el culo hasta dejarlos inconscientes a las primeras de cambio. (((peinovich)))

Seguían haciendo pruebas A/B para intentar seguir soltando píldoras rojas sin que los despojaran de la plataforma. En lugar de fantasear sobre eliminar físicamente a todos los liberales de la sociedad, los copresentadores hacían alusiones más tangenciales a los «urbanitas» y a los «hombres insecto»; en lugar de atacar a la plataforma judía por su nombre, se referían al «marxismo cultural» y a la «izquierda judía»; en lugar de hacer bromas sobre convertir a George Soros en una pantalla de lámpara, simplemente defendían que, como cualquier plutócrata con alcance internacional, Soros era un objetivo razonable para la crítica política. Era una nueva versión de la estrategia del Sur (lo que podría llamarse la estrategia Soros). «Nuestro papel es ser la vanguardia intelectual —dijo Enoch—. Tenemos una vía casi directa desde la derecha alternativa hasta Tucker. Él diluye un poco los relatos, los vuelve aceptables para que Fox News no le dé la patada, y entonces los lanza ahí fuera».[235]

En septiembre de 2018, en horario de máxima audiencia, Carlson preguntó en su programa: «¿Exactamente hasta qué punto la diversidad es nuestra fuerza?». Unas semanas después, declaró que la inmigración «empobrece, ensucia y divide nuestro país». Un invitado en Fox Business dijo que el «Departamento de Estado está ocupado por Soros». Antes de las elecciones de mitad de mandato, el Comité Nacional Republicano del Congreso emitió un anuncio en el que salía una imagen retocada con Photoshop de George Soros sentado de brazos cruzados con aspecto amenazante junto a montones de fajos de billetes. Parecía algo que Mike Cernovich

podría haber tuiteado en 2016 para promocionar alguno de sus hashtags con el objetivo de convertirlo en tendencia. En ese momento, un tuit como ese se habría considerado estrafalario, despreciable e inconcebible. Dos años después, era simplemente polémico.

* * *

Estaba en una cafetería de mi vecindario cuando vi una notificación de Periscope. Will Chamberlain grababa un nuevo vídeo en el que se debatía mi reciente artículo sobre «Mike Enoch y la madriguera antisemita». Me costó no hacer clic en ese mismo instante, pero finalmente logré cumplir con mi nueva regla de esperar a que el streaming hubiese finalizado.

«El camino intelectual que ha recorrido Mike Enoch, por lo menos en sus comienzos, fue muy similar al que yo seguí —dijo Chamberlain—. Es interesante ver por qué él se metió de lleno en la madriguera hasta llegar al supremacismo blanco y por qué yo no quise hacerlo».

«Mike Enoch casi me destroza la vida —decía uno de los comentarios—. Daily Shoah me atrapó y estuve a punto de dejarlo todo».

«¿No podemos simplemente ignorarlos y tal vez así desaparecerán?», decía otro.

Un comentarista llamado @ActualRacist quiso decir algo, pero Chamberlain bloqueó el comentario antes de que apareciera.

El camino de Enoch, según dijo Chamberlain, no era mero forraje para la curiosidad intelectual. También planteaba una pregunta de carácter más práctico: «Cómo revertirlo, cómo hacer que la gente regrese del filo». Todavía había un número incalculable de jóvenes sin rumbo en Twitter, muchos de los cuales deberían haber sido lo suficientemente inteligentes como para tener las cosas más claras;

sin embargo, seguían siendo vulnerables al atractivo de la propaganda del nacionalismo blanco. «Son chavales que necesitan ser desradicalizados».

■

[209] «¿Qué harás ahora?», pregunté. Respondió con un enlace a un vídeo de YouTube de tres segundos en el que aparecía Bane, el villano de El caballero oscuro: «¡Estrellar este avión sin dejar un solo superviviente!».

[210] «Creo que este tío es el más exasperante de todos —dijo mi mujer una mañana. Había salido de casa, pero había olvidado la cartera y había tenido que volver, justo a tiempo para escuchar la voz de Molyneux que emanaba de mi portátil—. No es tanto la pseudociencia racista, que obviamente es terrible, creo que lo que más me molesta son sus prioridades: el tipo dice ser don Filósofo Racional y, aun así, cada día echa un vistazo a su alrededor y piensa: "Sí, la mayor injusticia de hoy sigue siendo el hecho de que la gente blanca no tenga el poder suficiente". ¿En serio? ¿Tenerlo todo no es suficiente?». Llegaba tarde a trabajar, pero al parecer había estado guardándose todo aquello dentro desde hacía tiempo. «California está ardiendo —dijo—, los casquetes glaciares se están derritiendo… ¿Y al colega este no se le ocurre nada mejor con lo que ocupar su tiempo?».

[211] Cuando 4chan convirtió el beber leche en un meme de la derecha alternativa, Mike Enoch añadió «tolerante a la lactosa» en su biografía de Twitter. Un conocido de cuando ambos eran niños me dijo: «Lo gracioso es que cualquiera que lo conozca sabe que la más mínima exposición a un producto lácteo le sentaría fatal».

[212] Anthony Cumia, una de las dos mitades de Opie y Anthony, fue despedido por los jefes de la cadena de radio en 2014 después de que publicara fotografías de una mujer negra en Twitter y la llamara «saco de carne inútil con cara de cerdo». Durante una aparición en Fox News, Cumia explicó que «existe un gran problema de violencia en la comunidad negra. —Y añadía—: Nunca voy a disculparme por esto… Esto es exactamente quien soy». Al mes

siguiente fundó su propia cadena de streaming online que incluía programas de entrevistas de audio y vídeos presentados por cómicos que se movían en la frontera entre lo que se podía decir y lo que no. Uno de los programas más populares de la cadena era The Gavin McInnes Show.

[213] En aquel momento no se dio cuenta, pero pasado un tiempo advirtió astutamente que los tres escritores eran judíos.

[214] «En un convenio celebrado entre el propietario y los inquilinos de la comunidad a fin de proteger su propiedad privada, no existe el derecho a la libertad de expresión (ilimitada) —escribió Hoppe—. No puede haber tolerancia hacia demócratas y comunistas en un orden social libertario. Tendrán que ser físicamente separados y expulsados de la sociedad».

[215] «Protágoras decía que el hombre es la medida de todas las cosas. Era un apestoso señor viejo blanco cis sexista».

[216] Uno de los destacados aliados de The Right Stuff era Andrew Anglin, el editor de la página neonazi Daily Stormer. A finales de 2017, el libro de estilo del Daily Stormer, que también hacía las veces de manifiesto propagandístico para el movimiento de la derecha alternativa, se filtró a un reportero de The Huffington Post. «El lector, en primer lugar, se siente atraído por una cuestión de curiosidad o por el humor travieso, y poco a poco va despertando a la realidad —escribía Anglin—. La deshumanización es extremadamente importante, pero debe hacerse dentro de los límites de la complacencia o de la risa». Anglin no daba mucha importancia a la originalidad: «La doctrina propagandística básica de la página se basa en la doctrina de la propaganda de guerra de Hitler esbozada en Mein Kampf —escribió, incluyendo un enlace al libro—. Todos los enemigos deberían combinarse en un único enemigo, que son los judíos».

[217] Este insulto, muy popular en The Daily Shoah, tenía su origen en la costumbre de los presentadores de decir: «¡No he hecho nada!», en un dialecto que recuerda a un espectáculo de trovadores.

[218] «Necesito saber, / necesito saber, / si soy un 3 por ciento judío, entonces que lo ponga». (N. de la T.).

[219] Demócrito, un griego de la Antigüedad, había intuido que el mundo estaba hecho a base de átomos indivisibles y homogéneos; 2.400 años después, Rutherford y Bohr expandieron esta intuición en la teoría científica correspondiente. Esa era más o menos la consideración que los antisemitas contemporáneos de la derecha alternativa daban a la obra de MacDonald. Durante miles de años, desde el imperio seléucida a Los protocolos de los sabios de Sion, la gente había intuido que no se podía confiar en los judíos; MacDonald finalmente había desarrollado esta intuición al demostrar «científicamente» que el antisemitismo había estado justificado durante todo este tiempo.

[220] «La guerra para desestabilizar la naturaleza específicamente europea de Estados Unidos se luchaba en varios frentes —decía MacDonald—. Los ejes principales del activismo judío contra la hegemonía étnica y cultural europea se han focalizado en tres centros de poder críticos en Estados Unidos: el mundo académico de la información en las ciencias sociales y en las humanidades, el mundo político en el que se deciden las políticas públicas en materia de inmigración y otros asuntos étnicos, y en los medios de comunicación, en los que se presentan "modos de ver" al público».

[221] Por eso los manifestantes de Charlottesville habían entonado indistintamente «¡No nos reemplazaréis!» y «¡Los judíos no nos van a reemplazar!». De acuerdo con un dogma de la derecha alternativa que se había visto fuertemente influido por Kevin MacDonald, el genocidio blanco —también conocido como el Gran Reemplazo— ya se estaba produciendo, y eso no era ninguna causalidad. Era una gran conspiración perpetrada por los judíos contra la gente blanca.

[222] Esto era parte de una contribución de Pinker a un foro en Slate llamado «¿Cómo lidiar con los académicos de los extremos?». En realidad, el foro estaba casi enteramente dedicado a un solo académico: MacDonald, «How To Deal With Fringe Academics», Slate, 4 de febrero de 2000, https://slate.com/news-and-politics/2000/02/how-to-deal-with-fringe-academics-5.html.

[223] Los extensos monólogos de Enoch se llamaban «chats junto al horno»; la clase media-alta era la «clase medio-horneada»; una serie de entrevistas con compañeros blancos nacionalistas se llamaba «Entre dos pantallas de lámparas». Encargaron en CafePress, una

página que permite imprimir a discreción cualquier logotipo en una pieza de merchandising, una caja de guantes de horno de The Daily Shoah —«¡Mételos dentro!»—, y los vendían por 14,88 dólares cada uno, o el equivalente en criptomoneda.

[224] IE también colocaba carteles en campus universitarios que incluían la URL del grupo y el pulcro diseño de su logotipo blanco y verde azulado. «Nuestra campaña de pegar carteles es el principio de una guerra cultural de desgaste a largo plazo contra la narrativa cultural marxista de la esfera académica —podía leerse en la página del grupo—. A medida que los estudiantes empiecen a darse cuenta de que sus clases están basadas en falsas suposiciones por parte de quienes los instruyen, empezarán a rechazar los relatos falsos y a acudir a nosotros en busca de respuestas».

[225] Se refiere a publicaciones de los baby boomers, es decir, las personas nacidas durante la explosión de natalidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial. (N. de la T.).

[226] Alguien subió a la tienda de Google Chrome una extensión del navegador llamada Detector de Coincidencias. La finalidad de la extensión era añadir automáticamente un triple paréntesis a cualquier nombre que sonara judío. El encabezado de un artículo de 2016 en la revista Forbes, transformado por el Detector de Coincidencias, se lee: «Con estos comentarios contundentes sobre inmigración, el multimillonario del mercado inmobiliario y candidato presidencial del GOP Donald Trump podría ir en cabeza en la carrera republicana, pero sus críticos son cada día más numerosos, y ahora incluyen a un número creciente de pares multimillonarios. Cruzando las líneas bipartidistas, multimillonarios como (((George Soros))), Rupert Murdoch, (((Larry Ellison))), Bill Gates y (((Mark Zuckerberg))) han expresado su apoyo a la acción proinmigración, y algunos incluso se lo han echado en cara a Trump».

[227] El poema «A Visit from St. Nicholas», más conocido como «The Night Before Christmas», se publicó por primera vez de forma anónima en 1823 y se atribuyó posteriormente al escritor y profesor Clement Clarke Moore (1779-1863).

[228] Preguntada más adelante sobre esto, afirmó haberlo dicho

«en un sentido cultural».

[229] Del libro de estilo de The Daily Stormer: «Esta página continúa creciendo mes a mes, lo que indica que no existe un tope». También del libro de estilo: «Siempre debemos decir que estamos ganando, y debemos celebrar cualquier victoria con extremada exageración».

[230] Mi mujer había trabajado algunos años como abogada de oficio. Algunos de sus clientes habían sido acusados de crímenes que eran espantosamente violentos o profundamente humillantes, pero las reacciones de sus padres, que iban del ostracismo permanente al perdón total, no se correspondían perfectamente con la gravedad de las acusaciones. «No se puede predecir cuál va a ser la respuesta de nadie —me había dicho mi mujer—. Pero, en mi opinión, la madre suele intentar estar ahí para su hijo, a pesar de los pesares».

[231] Richard Spencer, por ejemplo, tuiteó: «Estoy profundamente apenado por la muerte de Heyer». (Al día siguiente, sin embargo, cuando Spencer apareció en The Daily Shoah, sus comentarios sobre la muerte de Heyer fueron mucho menos diplomáticos).

[232] En The Daily Shoah, Mike Enoch aludía sarcásticamente a «la mujer de los gatos a la que mataron», y de James Fields decía: «No ha hecho nada malo, deberían darle una medalla».

[233] En 2017, en Twitter, el congresista por Iowa Steve King dijo que «la cultura y las estadísticas demográficas son nuestro destino. No podemos restaurar nuestra civilización con los bebés de otra gente».

[234] Después de la matanza en la sinagoga Tree of Life (Árbol de la Vida), en Pittsburgh, escribí una escueta entrada de blog sobre Kevin MacDonald, la radicalización de internet y por qué la derecha alternativa estaba tan preocupada por los judíos. Al día siguiente, Enoch leyó el encabezado de mi artículo en directo: «“The Dark, Specific Logic of Online Hatred [La oscura lógica específica del odio en internet]” —dijo con sarcasmo—. Tal vez TSD debería significar eso. “The Dark Specific”».

[235] «Tucker Carlson es, básicamente, “Daily Stormer: el Programa” —escribió Andrew Anglin, el editor de The Daily Stormer en un tono de incredulidad agradecida—. Aparte del lenguaje empleado, cubre todos nuestros temas de discusión».

LA FIERA AMERICANA II

27

La montaña

A mitad de la secundaria, la familia de Samantha se mudó a un anodino callejón sin salida de un aburrido barrio residencial de Florida: franquicias de tiendas de zumos, cadenas de restaurantes, la autopista y el centro comercial. Nada más poner el pie en ese lugar, quiso marcharse. Sus padres se peleaban constantemente, y Samantha sentía que esperaban que ella solucionase su relación, pero no sabía ni por dónde empezar. Tenía un hermano pequeño al que estaba muy unida (ella usaba la palabra codependencia medio en broma, pero era una palabra precoz para alguien tan joven, y mucho más para que la empleara medio en broma). Sorprendía a sus profesores recordando, palabra por palabra, un comentario que se había hecho de pasada meses antes. Sin embargo, había días en los que se saltaba el colegio y conducía por los alrededores sin rumbo, fumando hierba y escuchando a Joy Division. A veces intentaba justificar su comportamiento citando la vieja frase de Mark Twain sobre no permitir que la escuela entorpeciera tu educación, pero tal vez una explicación más honesta sería el clásico nihilismo adolescente.

Por algún motivo, los dos libros que más sentido tenían para ella eran El club de la lucha y Las enseñanzas de Buda. El primer paso hacia la verdadera liberación era reconocer que el mundo que te rodeaba era en realidad una ilusión, un fino barniz sobre un inmenso y estruendoso vacío. (El club de la lucha: «Soy tan ZEN. Esto es SANGRE. No es NADA»). Una antigua parábola budista hablaba de un hombre que avanzaba por un largo camino. Al principio, levanta la cabeza y ve una montaña a lo lejos. Luego, cuando ha recorrido un mayor trecho, vuelve a levantar la cabeza y donde antes había una montaña ahora hay un vacío. Solo mucho

después, cerca del final de su viaje, vuelve de pronto a ver la montaña. A Samantha le gustaba pensar en esa clase de cosas mientras el resto de sus compañeros de clase daban vueltas por el centro comercial, fumando cigarrillos elaborados con tabaco, clavo y otras especias y hablando sobre si los Rays[236] podrían ganar el banderín. No es extraño que odiara el instituto.

Antes de que su familia se trasladara a Florida, había pasado toda su infancia en una ciudad rural en mitad de Nueva Jersey, una zona interior a pocos kilómetros de la costa. Siempre había sido demasiado pasiva, demasiado maleable a la hora de definirse; dejaba que otros la definieran. La llamaban Stargirl (Chica de las Estrellas), en referencia a una novela juvenil sobre una chica estrafalaria a la que expulsan del equipo de atletismo porque se niega a seguir el camino marcado, y ella llevaba bien esa reputación. Empezó a comportarse como Stargirl, vistiéndose con faldas con vuelo y citando extrañas pelis independientes. Ahora, en Florida, no era nada. «a veces pienso en desaparecer —escribió en su Tumblr—. no siento nada al despertar. no tengo un hogar al que volver». En cada trabajillo de verano, en cada vacación familiar, conocía a algún chico que decía que la quería, pero nunca era el tipo de amor que implicaba prestar atención a lo que ella realmente decía o a quién era realmente.

Cuando Obama se postuló a presidente, ella estaba estudiando el último año de instituto y se ofreció voluntaria para hacer campaña por él los fines de semana. Por lo general la política no le atraía, pero todo el mundo coincidía en que la era Bush había sido un desastre total, y Obama parecía un tipo inteligente de buen corazón. Aun así, aunque no se lo dijo a nadie, estaba un poco celosa de que él pudiera ser tantas cosas a la vez (hawaiano, kanseño, keniano, indonesio), mientras que ella seguía siendo nada. En Nueva Jersey solía pasar los fines de semana con su amiga Rowena,[237] cuya madre servía akí y bacalao y contaba historias sobre su juventud en Jamaica, o con su amigo Son,[238] que de vez en cuando le enseñaba expresiones graciosas en vietnamita. En cambio, ¿qué podía ofrecer ella a sus amigos? «Pásate el fin de semana, podemos ayudar a mi abuela a preparar spätzle». «¡Qué guay!, ¿dónde aprendió a hacerlos?». «De niña, en la Alemania de los años 30, ¿sabes?». Nadie quería participar en ese tipo de conversación. En su

lugar, Samantha se aferraba a bromas puntuales sobre la gente blanca: no tenemos sentido del ritmo, nuestra comida no tiene sabor, echamos a perder todo cuanto tocamos.

En cierto modo, era cierto que la gente blanca llevaba siglos puteando al resto del mundo. Si el hecho de que ella lo reconociera hacía sentirse mejor a sus amigos, pues lo hacía. En otro orden de cosas, a un nivel más místico, por debajo del barniz de la ilusión, ¿no era en el fondo la raza una simple distracción? Tenía la sensación de que cada pocos días uno de sus amigos, blanco o no blanco, compartía un enlace a un listículo de BuzzFeed sobre las doce peores cosas que la gente blanca había hecho ese mes. A veces le entraban ganas de defenderse a sí misma, pero le preocupaba que, si lo hacía, incluso de una forma alegre, se rieran de su fragilidad de persona blanca. Uno de sus amigos negros publicó un artículo en Facebook sobre algún gilipollas que hacía poco había creado una Unión Estudiantil Blanca en una universidad de Maryland. Los comentarios se acumulaban:

Uf.

Que se joda este tío y sus privilegios.

Los blancos blanqueando a la gente.

Samantha era la única persona blanca a la que su amigo había etiquetado en la publicación, así que intentó hacer su papel: escribió un comentario diciendo que, como representante no electa de los caucásicos del mundo entero, condenaba las acciones de esa basura humana. Era razonable. O bien ese tipo era un estúpido trol, o bien era un auténtico racista. En cualquier caso, parecía un gilipollas. No obstante, ¿qué quería decir el hecho de que su amigo la hubiera etiquetado en la publicación?

Al terminar el instituto, empezó a trabajar en un restaurante Chipotle de la ciudad. Salía con cualquiera que le pareciera interesante mientras intentaba averiguar qué podría ser lo siguiente.

Por alguna razón, le obsesionaba la idea de solicitar plaza en la escuela forense, porque le parecía que era algo que podría hacer Margot Tenenbaum, su personaje cinematográfico favorito. Pero entonces Chipotle le ofreció un puesto de encargada en una nueva sede en otro estado. Era una oportunidad para salir de allí, y no la dejó escapar.

El nuevo trabajo estaba a medio camino entre Florida y Nueva Jersey, en una de esas pequeñas ciudades sureñas que siempre aparecían en la lista de los diez lugares más infravalorados para pasar un fin de semana. No conocía a nadie, y eso le gustaba.

Había algunas universidades cerca, varias cervecerías artesanales y una calle principal peatonal con edificios de ladrillo visto que eran aproximadamente medio siglo menos viejos de lo que parecían. Unas semanas después de haberse mudado, dejó el trabajo en Chipotle para empezar otro en un bar-cafetería en el centro de la ciudad (camarera por la mañana y camarera de copas por la noche). Era buena sirviendo, no solo porque sabía mucho sobre café, cerveza y vino, sino porque sabía cómo conectar con la gente. Algunos podrían llamarlo coquetear, y, a veces, en efecto, coqueteaba. Otras, sin embargo, se limitaba a ser la persona que el cliente quería que fuera: a veces alguien rápido e ingenioso; a veces, cuando intuía que esa noche el cliente quería ser ligeramente más rápido e ingenioso que ella, alguien contenido. Era una especie de sexto sentido. Algunas personas tenían esa capacidad, y Samantha era una de ellas. Al principio, nada, el vacío habitual, dos desconocidos solitarios en un bar. Después, una chispa, un secreto mutuo fugaz, una pizca de intimidad. Había probado todas las drogas, o la mayoría de ellas, y la intimidad era su favorita.

Llevaba zapatillas de bailarina para ocultar lo alta que era. Nunca estaba segura de si iba demasiado maquillada o, por el contrario, demasiado poco. ¿Era guapa? Guapa era lo opuesto a como se sentía, pero lo cierto es que la autoestima nunca había sido uno de sus puntos fuertes. Con todo, era un hecho evidente que no le costaba llamar la atención de los hombres. La gente se sentía atraída por ella. Eso no era ni bueno ni malo, simplemente era así. Aunque, si le daba más vueltas de la cuenta —y dar demasiadas

vueltas a las cosas era una de sus especialidades—, podía llegar a la conclusión de que la gente no se sentía realmente atraída por su verdadero yo, sino por el hecho de que ella siempre se anticipaba a lo que querían los otros para ofrecérselo. Considerado fríamente, esto podía sonar a manipulación, pero a ella lo que le interesaba no era la manipulación, sino la conexión.

La gente siempre dice que hay que ir en busca de la felicidad, lo que teóricamente suena muy bien, pero en la práctica parece referirse únicamente a un tipo concreto de búsqueda de la felicidad. En los libros y en las películas, el hombre serio que quiere descubrir su verdadera identidad siempre se embarca en una búsqueda solitaria, o se esconde en una cabaña para escribir la gran novela americana. Pues bien, ella había tratado de estar a solas con su propia mente y nunca salía bien. No es que quisiera ser cómplice del conformismo: independientemente de cuál fuera el consenso del establishment, ella siempre se situaba lo más lejos posible. Sin embargo, cuando intentaba plantearse cuál podría ser su verdadera identidad o incluso qué significaba tener una verdadera identidad, solo era capaz de aproximarse a la cuestión imaginándose desde fuera, a través de los ojos de los demás.

No estaba muy pendiente de las noticias políticas, pero hasta donde ella sabía la presidencia de Obama estaba resultando un fracaso. Los grandes cambios que había prometido no se materializaban, o, si lo hacían, ella no lo veía. Los republicanos y los demócratas se turnaban en el poder, pero el mundo seguía pareciendo básicamente el mismo. Por lo menos esa era su sensación siempre que ponía la CNN o el programa Today. ¿De verdad todo era tan monótono y previsible como parecía? ¿O formaba también parte de la ilusión?

Una noche, a altas horas, llamó a su hermano. Este pasaba mucho tiempo mirando vídeos en YouTube y le habló de una teoría sobre la que había estado informándose: debajo del Aeropuerto Internacional de Denver había un laberinto de búnkeres subterráneos secretos, y tal vez fueran el cuartel general mundial de los Illuminati.[239] Samantha ni siquiera sabía qué significaba todo eso, pero se espantó tanto que no dejó de dar vueltas a la idea durante días. Casi seguro que no era verdad. Si algo remotamente parecido fuera real, ella se habría enterado, ¿no? A menos, claro,

que las élites realmente tuvieran el poder suficiente para mantener todo aquello en secreto, en cuyo caso… En fin, vete tú a saber. ¿Cómo afectaba eso a su vida? Ella no estaba en Denver. No tenía forma de juzgar ninguna de esas afirmaciones por sí misma. Mentiras, condenadas mentiras, y estadísticas; uno podía consolarse encontrando artículos que afirmaban que tales búnkeres no existían, o podía ponerse de los nervios buscando pruebas de que sí estaban allí. En definitiva, era una cuestión de qué fuentes rechazar y cuáles creer.

Su plan inicial había consistido en quedarse unos pocos meses en la pequeña ciudad sureña antes de retomar los estudios, pero a menudo era demasiado pasiva a la hora de tomar importantes decisiones vitales; unos cuantos meses terminaron siendo varios años. La cafetería donde trabajaba era un centro social. Activistas y poetas locales esparcían sus cosas sobre las mesas y se quedaban allí todo el día, dando palique, trabajando en sus portátiles o fingiendo que lo hacían.

Conoció al maestro cafetero y empezaron a salir. Por la noche, él la llevaba de fiesta con otros camareros y ayudantes de cocina: chicas con la cabeza medio rapada y piercings, punks veganos, tíos que tocaban en grupos de noise. Todos tenían algo. Samantha entraba y salía de distintas fases, permanentemente insegura de cuál debería ser su identidad. En la secundaria, su película favorita era Empire Records, sobre un grupo de chavales inadaptados de gran corazón que intentan salvar la tienda de discos independiente de la ciudad («¡Que le den al Hombre! ¡Salvemos el Empire!»). Se había identificado hasta tal punto con Lucas, el taciturno dependiente, que vistió su característico atuendo —suéter negro, vaqueros, zapatillas Puma— cada día durante seis meses. En otra de esas fases, que se prolongó varias semanas, rechazó todo tipo de sustento salvo galletitas saladas, minizanahorias y zumo de arándanos. Sus amigos de Nueva Jersey bromeaban con que Samantha siempre estaba empezando algo nuevo y extraño, pero nunca llegaba ni a la mitad. Samantha veía todas esas distintas fases como experimentos de la disciplina ascética, algo así como el característico cuello negro de Steve Jobs: al reducir el armario y otros aspectos triviales, uno

podía liberar espacio mental para algo más significativo. Solo tenía que descubrir el qué.

En el verano de 2014, cuando tenía veinticuatro años, conoció a Richie[240] y se olvidó inmediatamente del maestro cafetero. Richie sabía cocinar, bailar y tocar la guitarra. Era una persona asertiva, cariñosa y modesta, todo a la vez. Samantha era muy enamoradiza y siempre le gustaba algún chico nuevo —sus amigos también le chinchaban constantemente con eso—, pero la conexión con Richie fue más intensa de lo que había sentido nunca antes con nadie. Cuando él entró en aquella fiesta, la habitación se inclinó ligeramente sobre su eje e inconscientemente todos orbitaron un poco hacia él. La primera vez que fue a su casa, pasaron toda la noche despiertos, hablando. Ella tuvo la sensación de que, mientras continuaran hablando, mientras no se quedaran dormidos, el sol nunca saldría.

No era posible hablar de sus sentimientos, ni siquiera pensar en ellos, sin recurrir a algún cliché. Eso le hizo apreciar, cada vez que en la cafetería sonaba una canción pop («el amor es un campo de batalla»; «el amor es como una llama»), por qué todos esos clichés radiofónicos eran tan populares: a pesar de lo trillados que estaban, describían algo que era irreductiblemente real. Si uno leía a Jane Austen en su cuarto y llegaba a la descripción de un páramo o de la orilla del mar, no tenía más remedio que creer en la palabra de Jane. Más tarde, al contemplar el sur de Inglaterra con sus propios ojos, uno podía constatar que sí, que las colinas eran realmente así de verdes. Que el mar verdaderamente rugía. Lo confirmaba.

Sócrates era un hombre; los hombres son mortales; por tanto, Sócrates era mortal. Richie era un hombre estadounidense de treinta años; estaban en el siglo XXI; por tanto, gran parte del sentido del humor de Richie y de su compresión del mundo procedía de internet. Cada vez que Samantha y él hacían algo que podía considerarse estereotípicamente estadounidense, Richie decía: «Somos unas putas hamburguesas». Lo había sacado de 4chan: los estadounidenses son hamburguesas, los canadienses son hojas. Varias veces le mostró a Samantha 4chan, pero ella nunca conseguía mirar más de una o dos páginas antes de arrugar su nariz y cerrarlo. Lo de las hamburguesas y las hojas era lo de menos; una

de cada dos publicaciones decía marica esto, judío lo otro o mátate, zorra. No tenía ningún problema con el humor oscuro siempre que tuviera una finalidad, pero aquello le resultaba gratuito y agotador.

—No me va —le dijo a Richie.

—Vale, pero entonces no vas a entender la mitad de mis chistes —repuso él.

Rompieron un par de veces porque no estaban preparados para gestionar la intensidad de sus sentimientos, pero siempre terminaban volviendo. Eso se prolongó durante meses. A principios de 2016, cuando se anunciaron las nominaciones a los premios de la Academia, por segundo año consecutivo no hubo ninguna persona de color entre los veinte nominados en las categorías actorales. El hashtag #ÓscaresMuyBlancos se hizo tendencia en Twitter, o por lo menos en el Twitter concienciado.

—Si de verdad fuera concienciado, el hashtag sería #HollywoodMuyJudío —dijo Richie.

—Bueno —dijo Samantha—, los judíos son blancos, así que…

—Sí —dijo él, y la miró de una forma que tenía un significado que ella todavía no podía ni imaginar—. Seguro.

En noviembre de ese año, Samantha dijo a sus amigos que tenía pensado votar a Hillary, aunque al final no llegó a votar. Richie votó a Trump. La noche de las elecciones él estuvo dando vueltas con el coche, eufórico, en una celebración solitaria. Hasta ese momento no había sido una persona abiertamente política, pero cuando hablaba de Trump —el Dios-Emperador, como le llamaban los 4channers—, Richie sonaba como un ferviente nativista. Esto lo convertía en una anomalía en el círculo de amigos de Samantha, pero ella no estaba de humor para pelearse con él, y menos por un tema político. Él tenía derecho a opinar lo que quisiera.

Todos empezaron a advertir que Richie estaba cambiando. Era como si su personalidad fuera un tenue dibujo a lápiz que de pronto

alguien trazara con carbón. Se dejó barba. Empezó a levantar pesas. En lugar de tocar la guitarra en las fiestas, se quedaba en casa y jugaba al ajedrez en internet. Las primeras veces que Samantha le preguntó qué le pasaba, se la quedó mirando en silencio. Cuando por fin respondía, lo único que decía era que había estado leyendo un montón de blogs y subreddits nuevos que le estaban enseñando a convertirse en un hombre mejor.

Ella pasó a ser encargada de un bar de lujo en la ciudad. Algunas mañanas, cuando tenía resaca, juraba que nunca más volvería a beber. Hasta que volvía a hacerlo y Richie la mandaba a la mierda.

—Si sigues actuando como una degenerada —decía—, no podré defenderte el Día de la Soga.

Ella no pillaba la broma. Debía de ser algo de 4chan. Le pidió que se lo explicara, pero él se rio y cambió de tema.

Una noche, mientras fumaba un cigarrillo fuera del bar durante un descanso, buscó «día de la soga» en Google. Encontró un hilo en un subreddit llamado r/FueraDelAjo y nada más ver las palabras se sintió mareada y aturdida, incluso antes de que su cerebro comprendiera el significado.

«¿Qué es el "día de la soga"?», decía la publicación inicial. «Es odio puro y sin filtros — decía la respuesta que estaba en lo más alto—. Tal como yo lo veo, el concepto original del día de la soga tenía que ver exclusivamente con la purificación racial».

La expresión procedía de Los diarios de Turner, una novela de 1978 que encontraron en el coche de Timothy McVeigh tras el atentado de Oklahoma City. En el libro, un sindicato clandestino de estadounidenses blancos comienza a hacer acopio de armas mientras planifica la forma de recuperar su país. Cuando tiene lugar el levantamiento, la primera medida que toma el sindicato es la ejecución de todas las personas no blancas, incluyendo los judíos. Esto desencadena una guerra civil que culmina en un ahorcamiento público masivo de todos los «traidores a la raza» blancos: jueces, periodistas, cualquiera con hijos de raza mixta. Eso es el Día de la Soga.

Samantha fue en coche hasta la casa de Richie e irrumpió en el salón.

—¿De qué cojones va todo esto? —preguntó enseñándole el teléfono con la mano temblorosa.

Él se quedó sentado en el sofá, callado, mientras ella daba vueltas por la estancia, aterrorizada, alternando gritos y silencios.

Al cabo de un rato, él levantó los ojos hacia ella y empezó a hablar con una voz pavorosamente calmada.

—Soy fascista —dijo—. He estado leyendo mucho al respecto y he llegado a la conclusión de que la raza blanca no sobrevivirá a menos que defendamos nuestros intereses.

Le explicó que Los diarios de Turner era una ficción. La revolución no tendría que ser necesariamente violenta; esa parte no era más que un meme provocador. Con todo, los memes provocadores tenían una finalidad importante: conmocionar a la gente blanca para sacarla de su complacencia. Eso era lo que le había ocurrido a él. De ahí había pasado a las páginas de la derecha alternativa más rigurosas desde un punto de vista académico: Radix Journal, VDARE, American Renaissance, The Right Stuff. Al principio, como le pasaba a todo el mundo, los argumentos que planteaban le habían provocado rechazo, pero eso solo era un vestigio del condicionamiento social, un temor irracional que le asaltaba a uno siempre que empezaba a observar más de cerca la evidencia. Las élites de los medios convencionales habían programado a todos para que sintieran incomodidad ante cualquier información imprevista, pero esas élites solo perseguían vender su propio relato. Ciertas cuestiones parecían no surgir jamás. ¿Por qué, por ejemplo, Estados Unidos se había llenado de pronto de inmigrantes no blancos (59 millones desde 1965) después de haber sido una nación mayoritariamente blanca durante siglos? ¿Acaso eran las estadísticas sobre inmigración, criminalidad y coeficiente intelectual una simple coincidencia? ¿O formaban parte de una trama mucho más amplia?

Ella no disponía de datos con los que refutar su punto de vista, y él lo sabía. Permaneció allí, en silencio, dejando que él dijera lo que

tenía que decir.

—Puede que me odies después de esto —concluyó—, pero por lo menos te tengo el suficiente respeto como para decirte la verdad.

Samantha recogió sus cosas y se fue. No tenía sentido decir nada. Él no trató de detenerla; salió al porche, encendió un cigarrillo y la vio alejarse en coche.

En el trayecto de vuelta a casa, Samantha lloraba con tanta fuerza que apenas veía la carretera. Nunca más volvería a hablar con Richie, eso estaba claro. La única pregunta real era qué decía todo eso sobre ella. Habían estado juntos de forma intermitente más de dos años. ¿Cómo había podido estar ciega a las señales? ¿Era solo una idiota crédula? ¿O en el fondo era un monstruo como él?

Entró en casa y abrió el portátil, que estaba sobre la encimera de la cocina. Decidió que, antes de poner fin a ese capítulo de su vida, intentaría comprender, aunque solo fuera en un sentido antropológico, cómo podía haber llegado Richie a conclusiones tan espantosamente equivocadas; se lo debía a sí misma. Decidió echar un vistazo a algunas de las páginas que él había mencionado, las que había dicho que eran «rigurosas desde un punto de vista académico». Era una persona curiosa, y le gustaba pensar que tenía la suficiente integridad como para no estremecerse ante una idea, por muy inaceptable que pareciera.

Cinco días después, tras haber leído todos los artículos y haber visto todos los vídeos de la derecha alternativa que pudo encontrar, llamó a Richie. Le dijo que había estado investigando y que él tenía razón. Ella también quería convertirse en una defensora de la raza blanca.

Realmente sí que fue un poco como ver Matrix disolviéndose en una cortina verde de dígitos. O como pasar a través del espejo, salir de la cueva de Platón o quedarse mirando una montaña y no ver más que el vacío. Por fin comprendió la razón de que todos esos alegóricos tropos hubieran perdurado a través de los siglos. Como ocurría con las canciones de amor por la radio, cuando algo era un

cliché, lo era por un buen motivo, pero solo era posible experimentarlo por uno mismo. Seguía viendo a sus compañeros de trabajo cada día, y ellos la veían a ella; pero en cierto sentido no podían verla realmente, porque se había transformado.

Los mensajes y vídeos reales de la derecha alternativa (no como los retrataban en la CNN, en la Wikipedia o en BuzzFeed, sino el contenido en sí mismo) a menudo estaban bastante depurados, incluso llegaban a ser intelectuales. Todavía le molestaban los cáusticos memes tipo larping, como los de 4chan, pero aquello suponía solo una pequeña parte del movimiento. Jared Taylor era un graduado de Yale con una amable voz de barítono, acento sureño y el porte de un padre con jersey. Se suponía que Richard Spencer era una especie de hombre del saco supernazi, pero cuando miraba su canal de YouTube no veía a ningún chiflado echando espumarajos por la boca, sino conferencias de una hora sobre política, raza, ópera y poesía del Romanticismo. A todas horas, en el coche o con los auriculares puestos, escuchaba pódcast, vídeos y streamings en directo de la derecha alternativa. Al principio le resultaban chocantes, luego absorbentes; con el tiempo, aquellos discursos empezaron a fundirse con su monólogo interno, hasta que le costó diferenciar entre lo que ellos decían y lo que pensaba ella.

Al final, convertirse en un miembro de la derecha alternativa no era exactamente un proceso de persuasión lógica, sino más bien un cambio gradual en el vocabulario mental de la persona. Antes, en el trayecto de ida al trabajo escuchaba la NPR o el pódcast de consejos sexuales de Dan Savage. De pronto le pareció la mar de rocambolesco que a nadie le importara que pasara las mañanas aprendiendo todos los detalles sobre el fisting y los «deportes acuáticos»; en cambio, si cualquiera de sus compañeros oía alguna vez las palabras «la supervivencia de la raza blanca» que ella escuchaba en el coche, lo más probable es que tuviera que salir por patas del estado. ¿A qué venía esa hostilidad? ¿De verdad era tan problemática la gente blanca que ni siquiera se les permitía sobrevivir?

Continuaba mirando vídeos de la derecha alternativa, esperando a que cayera la máscara (que algún líder del movimiento revelara un odio explícito o alguna hipocresía evidente), pero honestamente no

podía decir que lo hubiese visto. «Fijaos en Japón», había dicho Nathan Damigo, un activista de la derecha alternativa, en un vídeo de YouTube. En él mencionaba que el país era étnicamente japonés en un 99 por ciento, lo que parecía imposible. Samantha pausó el vídeo para verificarlo: era un dato riguroso. «¿Demoniza alguien a los japoneses diciendo que quieren hacer cosas horribles a otra gente?», proseguía Damigo. Su argumento era que las sociedades racialmente homogéneas no estaban intrínsecamente llenas de odio. Es más, conducían a mayores niveles de confianza, a una reducción del crimen y a una mayor estabilidad social.

Damigo llevaba un traje gris a medida, el pelo engominado hacia atrás y un pin en la solapa verde azulado y blanco en forma de triángulo. No se burlaba ni utilizaba insultos étnicos. Su tono era paciente, casi académico. Según decía, solo quería que los blancos pudieran prosperar sin tener que pedir constantemente disculpas por su propia existencia. Escuchándolo, Samantha recordó algo que su abuela le había dicho cuando era pequeña: «Nunca te disculpes por ser quien eres».

El mundo real seguía ejecutando el mismo viejo y agotado guion de siempre, pero ella ya no se lo creía. Una vez puso durante un instante un concurso cómico de la NPR. El locutor hizo un chiste incómodo sobre lo zopenco que era Trump y apagó la tele de inmediato. Supuestamente, la NPR debía ser neutral y ofrecer un periodismo objetivo, pero ni siquiera podían ocultar el desprecio que sentían hacia el hombre al que medio país había confiado la presidencia. En las redes sociales, la mayoría de sus amigos normies, en lugar de formular argumentos contra la derecha alternativa, recurrían a bromas displicentes o a conjeturas sobre qué podrían insinuar de forma encubierta las palabras de la derecha alternativa. Samantha no podía creer lo fácil que era no prestarles la menor atención.

Se fue a vivir con Richie, y para ambos, el internet de la derecha alternativa se convirtió en su mundo.

—Vamos a hacer un experimento —dijo una noche él abriendo una botella de vino y sentándose junto a ella en el sofá del salón.

Samantha hizo una lista de toda la gente de la que había estado

aprendiendo (Damigo, Spencer, Kevin MacDonald) y los buscaron, uno por uno, en el internet de los normies. Ella, claro está, sabía qué iban a encontrar: que si eran unos nazis, que si eran unos supremacistas… Pero el caso es que acababa de oír a Damigo explicando, con sus propias palabras, por qué no era un supremacista sino simplemente un separatista.

—Intentaba advertirte justamente sobre esto —dijo Richie—. Los medios siempre quieren venderte algo.

Le enseñó The Daily Shoah y empezaron un juego que consistía en dar un trago siempre que Sven fuera incapaz de seguir la conversación o siempre que Enoch comenzara uno de sus desvaríos con «La cosa es». El pódcast era sobre política, más o menos, pero también sobre infundir una sensación de comunidad. Los copresentadores podían convertir cualquier frase banal en una broma interna o en una cantinela incongruente. Los memes sobre criminales negros, hornos y helicópteros aún eran demasiado extremos para su gusto, pero en el fondo Mike y Sven parecían tipos listos que habían reflexionado seriamente sobre los argumentos filosóficos fundamentales. Si necesitaban ser provocadores para demostrar que eran shitlords de buena fe, podía soportarlo.

El símbolo del pin que Nathan Damigo llevaba en la solapa, el triángulo verde azulado y blanco, aparecía una y otra vez en internet. Empezó a reconocerlo como el logotipo de Identity Evropa. «Somos una generación de europeos despiertos que hemos descubierto que formamos parte de los grandes pueblos de la historia y de la civilización que brotan del continente europeo —decía la página web—. Nos oponemos a quienes difaman nuestra historia y nuestra rica herencia cultural». Examinó la página de arriba abajo y no pudo encontrar una sola palabra con la que no estuviera de acuerdo. A cualquier otro grupo étnico se le permitía expresar su identidad y defender sus creencias. ¿Por qué razón los europeos estadounidenses no podían estar sentados a esa mesa? «Únete a nosotros —decía la página—. Conviértete en parte de algo más grande que tú».

Para registrarse no se necesitaban ni treinta segundos. «¿Tienes herencia europea no semita?». Sí. «¿Alguna vez te han condenado por un delito grave?». No. «¿Tienes tatuajes visibles?». Hum, define

visibles. Uno de los líderes de IE entrevistó a Samantha por teléfono y le aseguró que sus tatuajes no la descalificarían; el objetivo principal de la pregunta era descartar a cualquiera que llevara tatuajes de las runas de las SS o esvásticas, y también para tener un registro de las marcas identificativas de los miembros en caso de que alguna vez les hicieran doxing. El entrevistador y ella congeniaron al instante. Para entonces, Samantha sabía lo suficiente sobre la derecha alternativa como para intuir cómo deseaba él que fuera: una mujer fuerte pero a la vez femenina, con la suficiente confianza en sí misma para seguir el ritmo de los tíos pero lo bastante servil como para saber cuál era su lugar. En cuestión de minutos vio que funcionaba, que ese era un juego que ella podía ganar. La conversación duró mucho más de media hora, y él la admitió en las filas de IE en el acto.

Le entregaron las contraseñas para los servidores privados de IE en Discord. En ese momento, IE contaba con unos doscientos miembros, de los cuales solo un puñado eran mujeres. Samantha les dio su número de teléfono y dijo a la gente del movimiento, en especial a las mujeres, que le enviaran un mensaje si alguna vez necesitaban algo. Si una mujer tenía problemas de pareja, Samantha le ofrecía consejo; si a una mujer le hacían doxing y necesitaba mantener un perfil bajo durante un tiempo, Samantha le ofrecía un sofá donde quedarse. Cuando la gente se preparaba para confesar a sus parientes normies que pertenecían a la derecha alternativa, Samantha les daba consejos: «Asegúrate de que sepan que no odias a nadie, que simplemente eres pro-tú». En un momento dado podía estar en el trabajo mezclando una bebida y escuchando los comentarios de los parroquianos sobre el último tuit ridículo de Trump y, al siguiente, estar fuera, en su descanso, revisando un centenar de notificaciones en el teléfono y participando en diez chats de Discord a la vez, ayudando a construir un movimiento clandestino que devolvería el honor y la dignidad a su pueblo. Si pasaba una hora sin mirar el teléfono, cientos de personas se percataban de ello. Antes, la decisión más importante que tomaba un día cualquiera era «¿qué me pongo?», «¿qué música escucho?». Ahora tecleaba cosas en el móvil que realmente cambiaban lo que hacía la gente en el mundo.

Solo hicieron falta dos meses para que Samantha se convirtiera en

la coordinadora de mujeres en IE. Sus nuevos amigos le decían cuán impresionante era que hubiera alcanzado las altas esferas tan rápidamente, pero parecía que todo lo que uno tenía que hacer para sobresalir era ser mínimamente competente y hacer lo que decía que iba a hacer. La organización estaba llena de tipos que hacían planes ambiciosos y luego no cumplían su palabra. Samantha era de poco prometer y mucho hacer. Los tíos seguían llevándose casi todo el mérito, pero ella trataba de que no le importara.

Empleaba un seudónimo (todos lo hacían, excepto aquellos a los que ya les habían hecho doxing y no les quedaba otra opción que usar sus nombres verdaderos). Si el mundo normie alguna vez averiguara el modo de hacer coincidir su identidad de internet con la de la vida real, seguramente la despedirían; su familia podría desheredarla; incluso podrían aparecer turbas furiosas en su casa. En el movimiento, todos vivían con la amenaza constante del doxing. Por ese motivo, a pesar de que el movimiento estaba lleno de alianzas fugaces y falsos signos de amistad, la mejor forma de saber si alguien de verdad confiaba en ti era ver si estaba dispuesto a decirte su nombre real. Una vez sabías eso, tenías su vida en tus manos.

Richie también se había unido a IE siguiendo la recomendación de Samantha, pero no avanzaba tan deprisa como ella. Él nunca lo habría admitido, pero parecía resentido. La derecha alternativa había sido una cosa de él, y ahora ella se lo estaba arrebatando. Empezaron a distanciarse. Al cabo de un tiempo, él se mudó. Ella todavía podía sentir el cliché de las mariposas revoloteando en el estómago cada vez que pensaba en el chico que solía tocar la guitarra en las fiestas, pero, para bien o para mal, ese chico ya no existía.

Mantenía el contacto con su hermano, con quien hablaba por teléfono varias veces a la semana. Ella no se lo contaba todo, pero las pistas que le iba dando (alusiones a memes o a sus nuevos amigos «políticos») permitieron que él empezara a juntar las piezas. Siempre que Samantha dejaba caer indicios similares entre sus compañeros de trabajo, ellos tendían a ignorarlos o pensaban que estaba de broma. Pero su hermano pasaba mucho tiempo en internet y sabía cuán profunda podía llegar a ser la madriguera.

Empezó a llamarla con un nuevo mote, ISIS del montón, que usaba tanto de forma irónica como no irónica. «Sé que tienes buen corazón —le dijo—. No te olvides de quién eres».

Se mudó a otra ciudad sureña cerca de la cual vivían otros líderes de la derecha alternativa. Consiguió un nuevo empleo en un bar, y también dedicaba varias horas a la semana, a veces al día, a realizar trabajos voluntarios para IE. Usaba Google Maps para buscar ubicaciones para nuevas manifestaciones y protestas. Ejercía de moderadora en diversos canales de Discord y Slack, intentando mantener la conversación dentro de unos límites. Una vez, en un chat de Discord, un tío publicó el meme de una pata de pollo frita colgada de una soga. Samantha, que era la moderadora, metió al tío en la «cárcel» de Discord, lo que quería decir que podía leer las publicaciones pero no podía darle al «me gusta» ni poner comentarios. El tío pasó por encima de ella y fue a quejarse a la alta dirección de que ella había reprimido su libertad de expresión. Pero los líderes respaldaron a Samantha. Aunque era una chica, estaba por encima de él en la jerarquía, y en aquel caso ella tenía razón. Por mucho que uno pensara que solo estaba publicando un meme provocador, nunca se podía saber cuándo podrían estar mirando los antifas o los federales.

Su tarea favorita era entrevistar a los nuevos solicitantes, que podían ser hasta dos o tres decenas por semana. Algunas veces, durante una llamada por Skype, veía en un segundo plano un casco de la Gestapo colocado en una estantería o la persona en cuestión decía que quería luchar en la inminente Guerra Santa Racial. A esos se les rechazaba automáticamente. Pero la mayoría de la gente parecía tener los pies en la tierra. Lo primero que les preguntaba era cuándo habían tomado la píldora roja por primera vez o cuáles eran sus películas favoritas; la idea era que se sintieran relajados. A una mujer le preguntó: «¿Qué te gusta cocinar?». Y la respuesta fue «pad thai», pero la mujer dudó si decirlo o no porque pensó que no sonaba lo bastante europeo. «Ah, por favor —dijo Samantha—. No tienes que preocuparte por eso».

Lo cierto es que, a veces, nada más ver la cara del solicitante sabía que era demasiado oscuro para cumplir los requisitos. Una mujer

era mitad india y mitad blanca, pero juraba que solo se sentía conectada a su parte europea. Otro tipo era latino, pero dijo: «Soy estadounidense. Mis hijos son estadounidenses. Quiero luchar por la supervivencia de este país». En momentos como ese, Samantha sentía una mezcla de lástima y sufrimiento. ¿Por qué no se unía a La Raza y ya está? ¿Por qué solicitaba el ingreso en IE? Le envió un correo electrónico de rechazo estándar. «¿Es porque no soy lo suficientemente blanco? —contestó—. ¿Crees que entonces debería unirme a los Proud Boys?». Samantha no respondió.

En la primavera de 2017, uno de los líderes de IE puso en marcha un nuevo canal en Discord al que solo se podía acceder por invitación. Estaba organizando una concentración en Charlottesville (Virginia) hacia mediados de mayo para protestar por la decisión de retirar una estatua de Robert E. Lee.[241] Samantha decidió que podía ser un buen momento para conocer a su nueva comunidad en la vida real. Alquiló un piso en Airbnb, compró un vestido blanco nuevo con vuelo y condujo durante casi un día entero para llegar hasta allí.

Antes de la manifestación, todos se reunieron en un parque cercano para revisar la ruta. La lista de invitados era pequeña, unas cien personas, la mayoría miembros de IE, todos los cuales habían sido previa y completamente examinados. Estaba dispuesta a permanecer discretamente a un lado, pero la gente no paraba de acercársele y la trataban como a una celebridad: «¡Oh, Dios mío! ¡Tú fuiste la persona que me entrevistó!», «Muchas gracias por traerme hasta aquí». Algunos le pedían selfis. Muchos de los tipos más jóvenes intentaron ligar con ella (eran un tanto incompetentes, pero dulces al fin y al cabo). Sentía que el movimiento era real y robusto, y ella se encontraba en el núcleo de todo eso.

Después de la concentración se celebró un gran banquete bajo una carpa. Los líderes pronunciaban discursos en la parte de delante, donde se había instalado un sistema de megafonía: Nathan Damigo; Mike Enoch, de The Right Stuff; Jasson Kessler, que había ayudado a organizar el acto; incluso el Emperador con Fundamento en persona, Richard Spencer. Toda la gente a la que había estado viendo horas en pantalla o escuchando por los auriculares de

repente cobró vida. Sam Dickson, un «activista comunitario de la raza» de setenta años y el hombre al que Richard Spencer llamaba «mi gran influencia», recordó su infancia en la Carolina del Sur de las leyes de Jim Crow, así como la experiencia de sus antepasados tras la reconstrucción del estado.

—Preguntaba a mi abuela: «¿Cómo pudieron los blancos recuperar el estado cuando la mayoría de la población era negra?». Me dijo: «Tuvimos que poner orden entre toda la gente blanca».

Desde entonces, Dickson había dedicado toda su vida a poner orden entre la gente blanca. En un tono paternal, reconociendo que recurrir a la expresión «en aquellos días» era una cursilada, pero haciéndolo de todas formas, dijo:

—Os insto a que seáis guerreros alegres y dichosos, porque la situación de hoy en día es mucho mejor que la de entonces. Está más que trillado decir que internet ha abierto fuentes de información que no estaban disponibles, pero no creo que los jóvenes podáis haceros una idea de lo difícil que era… conocer a otras personas. Ahora tenéis todas esas redes sociales a vuestro alcance.

Cuando Spencer tomó el micrófono dijo:

—Pensaba hablar sobre actitud mental.

La multitud se rio. Todo el mundo asociaba esa expresión con Mike Cernovich, a quien consideraban un charlatán ridículo de la alternativa ligera. Ceceando, Spencer imitó a Cernovich vendiendo «mis e-books y suplementos nutricionales». A continuación, con su voz real, ofreció un amplio discurso sobre lo que le hacía sentir más esperanzado sobre el futuro: el indomable fervor por las píldoras rojas de la generación Z.

—Cuando conozco a gente joven, me siento como un cínico entre fanáticos.

Esa noche hubo una gran fiesta en un Airbnb de la localidad donde se quedaban algunos de los organizadores de la concentración. El sótano, la cocina, los pasillos, la sala de estar…, cada espacio estaba

abarrotado de tíos con polos blancos y la adrenalina a tope. Habían hecho una demostración de fuerza y ejercido su derecho a la protesta que recogía la Primera Enmienda. Nadie se había atrevido a interponerse en su camino. No tenían que pedir perdón por nada. ¿Quién sabe qué más cosas podría lograr el movimiento?

En el jardín trasero, Samantha empezó a conversar con Richard Spencer, el hombre del momento. Richard le tocó el brazo y le ofreció una calada de su cigarro. Todos estaban intensamente pendientes de él —los jóvenes prácticamente habían formado varias filas para preguntarle sobre Žižek, sobre memética o sobre el imperativo categórico—, pero él siguió ignorándolos y hablando con Samantha. Ella intentaba mantener a raya los músculos faciales, para que no se le notara que era una fan.

—¿Disfrutas sabiendo que todos esos chavales te tratan como a un dios? —le preguntó.

—Hoy he pronunciado un discurso, y ha cambiado tu forma de ver el mundo —contestó—. ¿No te parece un poco divino?

Ella entró a por otra bebida. Minutos después, Spencer también entró. En cuanto lo hizo, un chaval larguirucho que como mucho debía de tener dieciocho años alzó una copa hacia Richard.

—Sieg! —gritó el chaval.

Otros, al oírlo, chillaron: «Heil!».

Lo repitieron unas cuantas veces, cada vez más enérgicos, hasta que buena parte de la sala se unió al saludo con el brazo en firme. Samantha había oído historias sobre este momento, conocía los memes, pero era muy distinto verlo a su alrededor, sentir el aliento caliente de los chicos, contemplar sus ojos abiertos de par en par en una especie de éxtasis feroz.

Richard se dejaba embriagar por aquel ambiente. Samantha nunca había visto a nadie sonreír tanto. Los saludos no cesaban. Los chavales, poseídos por aquella energía pura, derramaban la cerveza y se tambaleaban. Richard, al otro lado de la habitación, miró fijamente a Samantha y enarcó una ceja. No tuvo que hacer más. El

significado era inequívoco: «¿Y bien? ¿Eres demasiado buena como para hacerlo tú también?».

Ya le había dicho a todos que la movida nazi no iba con ella. En su corazón sabía que estaba mal. Se suponía que todo aquello iba de orgullo y autoestima, no de odio ni de violencia. Spencer no le quitaba ojo de encima, inexorable; el supernazi de fama internacional le lanzaba un órdago. Ella estiró el brazo. Lo hizo. Que Dios la ayudara, lo había hecho.

En Charlottesville conoció también a otro líder emergente dentro del movimiento. No había pronunciado ningún discurso en aquel acto, pero era alguien que empezaba a ascender a la máxima categoría. Se rumoreaba que podría ser el nuevo líder de IE. Poco después de la concentración le hicieron doxing, que incluyó la publicación de la dirección de su casa, y anunció en Discord que necesitaba pasar un tiempo fuera de la ciudad. Samantha y él hablaron por Skype y, aunque la intención de ella solo había sido ofrecerle consuelo, se descubrió ofreciéndole un lugar donde quedarse un periodo corto. Eso era lo que se esperaba de ti en el movimiento: cuando uno de los tuyos lo necesitaba, le ofrecías ayuda.

Al cabo de unos días se presentó en su piso, y lo hizo con bastante agresividad. Estaba firmemente convencido de que deberían estar juntos. Ella no pensaba lo mismo, pero al final de tanto insistir la agotó y decidió intentarlo. Era evidente que el tipo estaba en un estado frágil, por lo que trató de mostrarse compasiva con él. Pero nunca terminaban de encajar y, pasadas unas semanas, le pidió que se fuera a dormir al sofá.

Después de eso, las cosas empeoraron rápidamente. Él accedió a trasladarse fuera de su habitación, pero no estaba dispuesto a buscar otro sitio donde vivir ni a pagar alquiler. No cocinaba ni fregaba los platos. Apenas salía de casa. Cada vez que ella intentaba preguntarle cuándo pensaba marcharse, él se enfadaba y la discusión pasaba a mayores, hasta que él terminaba llamándola zorra, o advirtiéndola de que cuando él estuviera al mando del etno-Estado, la enviarían a un campo de reproducción. Luego se

disculpaba y decía que solo había sido una broma, pero también mencionaba que conocía su verdadero nombre y dónde vivía, y que podía dar a conocer la información siempre que quisiera.

No le pegó ni la violó, pero ella sentía que había perdido el control de la situación. ¿Qué se suponía que debía hacer, denunciar a la policía a uno de los líderes de su propio movimiento clandestino? Y, cuando llegaran, ¿qué les diría, que «este asqueroso no se quiere ir de mi piso»? Ni siquiera estaba segura de que eso fuera un delito. Además, en cuanto él descubriera que le había traicionado, le haría doxing y le arruinaría la vida, o, como mínimo, nadie en el movimiento volvería a confiar en ella, y el movimiento era todo lo que tenía. No, era imposible. Siempre se había enorgullecido de ser una persona de trato fácil, lo bastante astuta socialmente para adaptarse a cualquier situación. De modo que se adaptó.

Él le dijo que en privado podían ser castos compañeros de piso, pero que en público debía seguir con la comedia de que eran pareja. Iba a ser un peso pesado de la derecha alternativa y, en lo que respectaba a la «imagen del movimiento», Samantha iba a ser su primera dama. La presentaba a todos como su novia: la nueva poderosa pareja de IE. Él siguió ascendiendo en las filas de la organización, asumiendo cada vez más proyectos cuyos plazos nunca llegaba a cumplir. A veces, a base de culpabilizarla, conseguía que Samantha hiciera el trabajo por él, y acto seguido ella lo escuchaba en teleconferencia en la otra habitación aceptando los elogios por una hoja de cálculo a la que apenas había dedicado un minuto.

Pasaron un fin de semana en Nueva York con un grupo de líderes del movimiento, bebiendo bourbon y haciendo chistes sobre la inminente guerra racial. Después tomaron un tren para ir al norte del estado, a casa de Sven, donde asistieron a una de las célebres quemas de libros de TRS. Pasó la mayor parte del tiempo callada. Era una chica, por lo que era fácil disfrazar el enfurruñamiento como sumisión. Llegó el lunes, regresaron a casa y se tomó un descanso de la comedia. Ella volvió al trabajo y él retomó sus conferencias por Skype y las partidas de videojuegos en el sofá.

Junto con Jason Kessler y otros, él empezó a planear otra concentración en Charlottesville que se celebraría en agosto. Esta

vez sería más grande, un regreso triunfal. Lo llamaban Charlottesville 2.0. Ella podía oír lo que decía a través de las paredes, gritando con los auriculares puestos sobre las posibles rutas de acceso a la ciudad y planes de escape en caso de que las cosas se pusieran feas. Los manifestantes atravesarían la Universidad de Virginia con antorchas y después se congregarían en el parque Robert E. Lee para exigir un trato respetuoso a su herencia europeo-estadounidense. En cuanto la gente blanca de todo el país viera esa valiente exhibición, despertaría de su apatía y se uniría al movimiento. Samantha ayudó un poco con la logística —cuando David Duke tuvo problemas para conseguir una habitación de hotel con su nombre, ella le reservó una haciéndose pasar por su nieta—, pero por lo general trató de mantenerse al margen.

No se atrevía a contárselo a nadie, ni siquiera a su hermano, pero empezaba a preguntarse si unirse a la derecha alternativa había sido un terrible error desde el principio. Cuanto más indefensa y enfadada se sentía con respecto a su situación doméstica, menos ganas tenía de inventar excusas para el resto del movimiento. Si así era como se comportaba uno de los líderes más exaltados de la derecha alternativa a puerta cerrada, ¿qué otras flagrantes hipocresías se estaban pasando por alto? Durante meses había tratado de convencer a sus amigos —y a sí misma— de que el movimiento era más inocuo de lo que parecía, de que sus miedos no tenían fundamento. Pero ¿y si el racismo irónico era realmente simple racismo? ¿Y si el separatismo blanco, el nacionalismo blanco y el realismo racial eran todos ellos apelativos para el mismo impulso violento desfasado? ¿Y si, básicamente, la derecha alternativa era lo que los normies decían que era?

Una vez vislumbró esta posibilidad, no pudo volver a cerrar los ojos. En los canales de Discord seguían apareciendo memes espeluznantes: paseos en helicóptero, cámaras de gas, «el nuevo digestor de manifestantes John Deere». En el momento de empezar a tomar píldoras rojas, se había dicho a sí misma que esperaría a ver si la máscara caía y revelaba un odio real. Después, cuando el odio estuvo allí a plena vista, la propaganda del movimiento la había cambiado hasta tal punto que de alguna forma se obligó a mirar más allá o a convencerse de que todo aquello no era más que

un inofensivo shitposting. Ahora podía sentir que se elevaba hacia la superficie tan rápido como había caído por la madriguera. Resultaba un poco ridículo que, después de haber llegado tan lejos, lo único que la llevara a reconsiderar la situación fuese la pesadilla de primera clase que era su compañero de piso. Por otro lado, tal vez no era más ridículo que todas las demás circunstancias que le habían conducido a ese desastre.

Pidió un día libre en el trabajo para asistir a la segunda concentración de Charlottesville, pero canceló la solicitud en el último momento y acudió a trabajar. Se pasó todo el día intentando no mirar la televisión que colgaba encima de la barra del bar. Al enterarse de que alguien había fallecido en un accidente de coche, su reacción fue una mezcla de pánico y una especie de claridad inmediata y descarnada. Pensó: «No hay forma de justificar esto. Necesito encontrar una salida».

Abandonar la derecha alternativa no era fácil, pero era posible. Recordaba a varios miembros que, pese a estar en apariencia plenamente integrados en el movimiento, un buen día apagaron la luz y nunca se volvió a saber de ellos. Solo había rumores: uno se había mudado a otro estado; otro cambió de teléfono, conoció a una mujer y empezó una nueva vida como normie. Samantha aún no había cumplido los treinta. No era demasiado tarde para obtener un título universitario. Quizá algún día, tras averiguar cómo lidiar con sus propios problemas, podría incluso tener una familia.

¿De verdad era tan jodidamente débil que bastaba con que alguien la hiciera sentir bonita, popular y necesitada para dejarlo todo? Todas las señales de advertencia se agolpaban ahora en un montaje repugnante: la vuelta a casa en coche desde casa de Richie, pestañeando para poder ver la carretera a través de las lágrimas; el momento en que decidió encender el portátil sobre la encimera de la cocina. «¿Soy idiota? —se había preguntado entonces—. ¿O soy un monstruo como él?». Ambas cosas, al parecer. Hasta cierto punto, siempre había sabido la verdad, pero esta resultaba demasiado obvia. En lugar de ver lo que tenía delante tal como era, había tratado de embellecerlo convirtiéndolo en una especie de misterio complicado y profundo. Primero ves la montaña. Luego ves que no hay montaña. Entonces, al final, empiezas a ver la montaña

de nuevo.

El siguiente agosto, el primer aniversario de la tristemente célebre concentración de Charlottesville cayó en domingo. Ella tenía que trabajar todo el día; decidió que era lo mejor. Era preferible estar rodeada de gente —aunque entre esa gente no existiera ni una sola persona a la que pudiera abrirse— que sola. Se había mudado a una zona residencial del noroeste, a casa de su tía. Trabajaba en una cafetería que servía quiches y mermeladas caseras. Jason Kessler celebraba el aniversario con una concentración en D. C., pero en el movimiento nadie confiaba ya en Kessler. Todos los grupos de la derecha alternativa a los que aún les quedaba una pizca de amor propio, incluyendo IE, habían pedido a sus miembros que se mantuvieron alejados. Kessler invitó a Richard Spencer, a Chris Cantwell y a David Duke a que se unieran, pero todos rehusaron. Al final, Kessler se manifestó junto a dos decenas de inadaptados y nazis declarados, entre los que había un tipo con el número catorce tatuado en la cara. Samantha estaba muy nerviosa y miraba el teléfono cada poco tiempo, pero sus amigos normies publicaban cosas sobre Omarosa, la Space Force y un tío que había robado un avión y lo había estrellado en la costa de Seattle. Era como si la concentración del aniversario ni siquiera estuviera sucediendo.

Llevaba un mes y medio saliendo con alguien, y de momento parecía que la cosa iba bien.

—He estado metida en unos temas políticos bastante extremos —le contó en la segunda cita.

—Bueno, sea lo que sea, seguro que no es tan malo —repuso él—. Te conozco y sé que eres una buena persona.

¿De verdad lo era? ¿Qué tenía de bueno? Algunos días se decía a sí misma que había pasado por una fase horrible y había tomado algunas decisiones realmente inexplicables, pero que seguía siendo la misma persona de siempre. Otros días pensaba que una persona que había sido lo suficientemente inteligente como para comprender lo que Richie le había dicho aquella noche, pero demasiado débil para dejarlo, no merecía ser perdonada. Vio la

serie de HBO Heridas abiertas y pensó en hacerse cortes, pero si sangraba lo bastante como para hacer un estropicio, alguien llamaría a una ambulancia y la cosa acabaría sabiéndose, y ella ya tenía motivos suficientes para sentirse avergonzada.

Retomó el contacto con algunas de sus mejores amigas de la infancia en Nueva Jersey, gente con la que no había hablado en mucho tiempo. Intentó explicarles dónde había estado y lo que había visto, pero nunca daba con el tono correcto. Cuando una de ellas le hacía una pregunta, respondía con una broma de autodesprecio sobre los años que había perdido como una nazi hípster secreta, y su amiga la acusaba de tomarse la situación a la ligera: «¿Por qué siempre estás desviando la responsabilidad?». Samantha volvió a ver la entrevista de Nathan Damigo en YouTube, la que le había parecido tan depurada y elocuente. Ahora solo podía reaccionar con una risa arrepentida y encogiendo todo el cuerpo. Pero ¿tal vez encogerse era también una forma de desviar la responsabilidad? Joder, hasta avergonzarse lo hacía mal.

La mayoría de los días, de camino al trabajo, intentaba escuchar pódcast que eran informativos pero en absoluto políticos. Uno era una entrevista con una filósofa llamada Martha Nussbaum, que habló del estigma moral y del valor social del arrepentimiento. Otro era una serie sobre las complejas vidas personales de las peores personas de la historia, gente como el rey Leopoldo II y Muamar el Gadafi. Al parecer, aunque arruinaras a todo un país durante generaciones, u obligaras a una multitud de chicas jóvenes a «casarse», o hicieras otras cosas inimaginablemente atroces, después de que te hubieras ido mucha gente seguiría afirmando: «¿Sabes? Sus ideas sobre atención sanitaria no eran tan malas» o «En realidad conmigo siempre fue muy dulce». ¿Significaba eso que aquellos monstruos irredimibles eran expertos en lavar el cerebro de la gente? ¿O quería decir que incluso los monstruos podían tener cualidades redimibles?

Sus amigas le seguían preguntando por la derecha alternativa. Afirmaban que querían comprenderlo todo, pero en el fondo parecía que lo que buscaban era tranquilidad, no comprensión. Querían saber que eran inmunes, que era algo que le había sucedido a Samantha pero que jamás podría ocurrirles a ellas, o a sus maridos,

o a sus hermanos, o a nadie que ellas conocieran. «Bueno —pensaba Samantha—, tal vez algunas de vosotras seáis inmunes, pero no todas. Tal vez ni siquiera la mayoría».

La gente actuaba como si su descenso a la derecha alternativa lo hubiera causado algo discreto y tangible, como si en su interior se hubiera encendido un interruptor mágico que hubiera provocado que la propaganda racista resonara en su alma de una forma específica y siniestra. O quizá imaginaban que ese interruptor mágico interno siempre había estado encendido, que su fanatismo innato siempre había estado esperando para subir a la superficie. Sin embargo, lo más aterrador era que no había interruptor mágico. Cada vez que intentaba examinar sus creencias y deseos más fundamentales —antes, durante y después del movimiento—, no encontraba rabia ni amor propio, no encontraba deseos de morir ni ansias de poder. No encontraba nada que fuera sólido.

Cuando recibí un correo electrónico de una mujer que decía que acababa de abandonar Identity Evropa y que quería hablar con un periodista sobre ello, me encontraba en una sala de conferencias en la planta treinta y ocho del World Trade Center. Era tarde y el edificio estaba casi vacío, por lo que había sustituido mi pequeño despacho por una habitación con vistas. La llamé por Skype. Aún no había contado su historia a nadie y le ponía nerviosa explicarla en voz alta, así que mientras hablaba subía y bajaba un tramo de escaleras para quemar un poco de ansiedad. Nuestra conversación duró más de tres horas. Cada cierto tiempo, mientras tomaba notas, miraba las luces del reloj Colgate al otro lado del río.

Todo parecía bastante oportuno como para ser cierto: una damisela en apuros asciende hasta las altas esferas del movimiento organizado de la supremacía blanca, luego se fuga y le explica a un periodista judío cómo funciona todo. Me preguntaba si sería una enviada del Proyecto Veritas, o un trol que intentaba tenderme una trampa. O tal vez su historia fuera cierta pero me había contado una versión saneada, retratándose como una desventurada víctima.

En el año y medio siguiente, hablamos durante cientos de horas, tanto por teléfono como cara a cara. Hablé con sus familiares y

amigos. Me enseñó capturas de pantalla y fotografías y me dejó escuchar grabaciones de audio. No era una enviada. Al principio, sin embargo, sí que trató de sanear su historia. Tardó mucho tiempo en hablarme de los saludos nazis, por ejemplo, y tuvo que pasar mucho más hasta que admitió que ella se había unido a aquel saludo. Insistía en que nunca quiso que la violencia cayera sobre nadie sin motivo, que en su corazón nunca hubo odio. No tenía forma de saber si eso era verdad.

Una y otra vez me planteaba diferentes versiones de la misma pregunta: «¿Crees que soy una mala persona?». Traté de responder de varias formas, pero, para ser sinceros, pensaba que la pregunta se olvidaba de lo fundamental. Era evidente que había tomado decisiones trágica y patológicamente malas, pero aun así soy de la opinión de que la gente que ha tomado decisiones terribles puede hacer un proceso para redimirse. En definitiva, no me parecía útil preocuparme de si era buena o mala. Esos son atributos metafísicos permanentes, y no creía que la metafísica tuviera mucho que ver con todo aquello.

A veces, en mitad de mis investigaciones sobre la derecha alternativa, me encontraba en compañía de alguien que era alegremente malo y que no se arrepentía (por ejemplo, Milo Yiannopoulos o Richard Spencer), y entonces me asaltaba una sensación que me resultaba familiar. En torno a la vigésima vez que me pasó, caí en la cuenta de lo que era: la añoranza de la misma catarsis barata que había experimentado a los nueve años en el sofá de mi casa viendo el programa de Ricki Lake. ¿Dónde está la gente mala? Están ahí, en el escenario, bajo los focos. El racismo no habita entre nosotros, los espectadores. Cualquiera se puede dar cuenta de esto porque es a ellos a quienes se señala y nosotros los que los señalamos.

No quiero decir que no haya una distancia moral entre Richard Spencer y yo. Lo que quiero decir es que la supremacía blanca no es un problema tan superficial que pueda resolverse deshaciéndonos de unas cuantas manzanas podridas. El crimen no puede erradicarse enviando a la gente a prisión. No se puede arreglar la crisis de los opiáceos bombardeando los campos de amapolas. Resulta tentador, pero es demasiado simplista imaginar que la manera de acabar con

el racismo es identificar a los racistas, avergonzarlos en Twitter, golpearlos en la calle. En algunos casos, eso puede ser esclarecedor, puede producir una victoria temporal o un momento de catarsis, pero no aborda las causas de la aflicción. Lo que necesitamos, y de forma urgente, es un nuevo vocabulario moral.

Mientras tanto, ¿qué deberían hacer las redes sociales con el exceso de memes peligrosos que flotan por todo internet? Vamos a poner por caso que has organizado una fiesta en un almacén. No puedes erradicar todos los patógenos que hay en el aire. No sabes cuántos de tus invitados están enfermos y no quieres quedarte en la puerta sujetando un termómetro y un estetoscopio. Lo mejor que puedes hacer es tener un plan de contingencias. Puedes ventilar la sala, dejar líquido desinfectante en las mesas e instalar un detector de monóxido de carbono. Si algún idiota se dedica a ir por ahí estornudando en la cara de la gente, puedes pedirle que deje de hacerlo o puedes expulsarlo de la fiesta. No vas a erradicar la enfermedad, pero puedes evitar que alcance un umbral epidémico.

Algunos tipos de personas parecen ser especialmente susceptibles a la propaganda extremista de internet: gente con vínculos sociales débiles en el mundo real; gente con un sentido inestable del yo; gente con demasiada inteligencia verbal e insuficiente inteligencia emocional; gente que valora la idiosincrasia por encima de la coherencia lógica, o un vistoso ir a la contra por encima de una modesta dignidad moral. Aun así, no existe ninguna fórmula que pueda predecir exactamente quién sucumbirá al fascismo y quién no.[242] La gente actúa como lo hace por un millón de razones contingentes. La naturaleza importa y la educación importa. Hay quien parece fuerte pero resulta que es débil; hay quienes soportan traumas opacos que son invisibles incluso para ellos mismos; algunas personas están desesperadamente solas; otras solo quieren ver el mundo arder. Nos gustaría imaginar que, durante este año, Estados Unidos ha desarrollado un vocabulario moral lo suficientemente robusto y extendido como para vacunar a la inmensa mayoría contra la intolerancia y la propaganda maliciosa. Nos gustaría imaginarlo, sí, pero sería una ilusión.

■

[236] Los Tampa Bay Rays son un equipo de béisbol profesional estadounidense con sede en St. Petersburg (Florida) que compite en las Grandes Ligas de Béisbol. (N. de la T.).

[237] El nombre de Rowena es un alias.

[238] El nombre de Son es un alias.

[239] Para más información sobre esta teoría de la conspiración, véase www.flydenver.com/great_hall/denfiles.

[240] Richie es un alias.

[241] General estadounidense que tuvo un destacado papel en la guerra de Secesión como comandante del Ejército Confederado de Virginia del Norte desde 1862 hasta su rendición en 1865. (N. de la T.).

[242] Los investigadores llevan tratando de desarrollar tal fórmula por lo menos desde 1947, cuando Theodor Adorno y tres psicólogos publicaron un test de personalidad llamado la escala F. Sigue siendo, como se suele decir, más un arte que una ciencia.

PARTE VI

UNA NOCHE PARA LA LIBERTAD

«Donde todos mienten sobre todo lo que importa, quien dice la verdad ha comenzado a actuar, tanto si lo sabe como si no. Se ha comprometido en los asuntos políticos, puesto que, en el caso improbable de que sobreviva, ha dado un primer paso para cambiar el mundo».

Hannah Arendt, 1967[1]

[1] Hannah Arendt, «Truth and Politics», *The New Yorker*, 25 de febrero de 1967, www.newyorker.com/magazine/1967/02/25/truth-and-politics.

28

Sentido común

Justo un año después de que Donald Trump jurara el cargo como presidente, Cassandra Fairbanks estaba en Nueva York subiéndose a un Uber hacia Hell's Kitchen de camino a una fiesta llamada «Una noche para la libertad».

—El sitio se llama Freq —dijo al conductor—. F-R-E-Q. Supongo que es algún tipo de discoteca.

Junto a ella, en el asiento de atrás, estaba Lucian Wintrich agarrado a un libro de ensayos filosóficos de Frank Meyer, el editor fundador de la National Review.

—Si leo en el coche me mareo —me dijo—. Pero, por si aparecías por aquí, quería llevar algo impresionante para fingir que leía.

Fairbanks había dejado Big League Politics para tomar el relevo de Wintrich como directora de la oficina en Washington de The Gateway Pundit. Wintrich había vuelto a Nueva York y ejercía esporádicamente de bloguero.

—D. C. es agotador —dijo Wintrich —. No te imaginas la cantidad de sitios en los que, nada más entrar, la gente inmediatamente se pone a tensar los límites: «Ahora que estamos los dos solos, ¿podemos estar de acuerdo en que Estados Unidos sería más seguro y próspero siendo un país blanco?». Al principio piensas que simplemente van de transgresores, hasta que te das cuenta de que muchos de ellos no están para nada de broma.

Para Wintrich, la duplicidad de los criptonacionalistas blancos era casi tan confusa como la conducta imprevisible del presidente.

—¿Dónde termina el teatro político y dónde empieza la sinceridad? —prosiguió—. A veces Trump hace cosas tan absurdas que pienso: «Tal vez debería llevar a cabo un giro público de ciento ochenta grados y atacar a Trump». Podría decir que todo esto no ha sido más que un troleo. Y es que estoy convencido de que el servilismo a Trump es un barco que naufraga. Pero luego recapacito y me digo que eso sería demasiado, incluso para mí. Creo en la mayor parte de lo que digo. Diría que en torno a un 70 por ciento.[243]

Pregunté a Fairbanks cuánto tiempo pensaba quedarse en aquel barco que se iba a pique, pero no me escuchaba. Julian Assange, a través de un mensaje directo en Twitter, la había invitado a visitarlo en la embajada ecuatoriana en Londres y estaba muy atareada con los preparativos del viaje.

El organizador de «Una noche para la libertad» era Mike Cernovich, que la presentó en Facebook como «un ambiente donde la libertad de expresión y la investigación abierta son bienvenidas». Pensaba utilizarla como una oportunidad para activar su siguiente proyecto, un documental titulado Hoaxed: The Media's War on Truth (Engañados. La guerra de los medios contra la verdad). También habría discursos de Gavin McInnes y Stefan Molyneux, y un dúo de DJ que pincharían música de baile electrónica, así como una barra bien surtida.

—Es importante para nuestro movimiento que sigamos juntándonos en el mismo espacio, mantener vivo nuestro impulso —me había dicho Cernovich—. Deberíamos vibrar unos con otros sobre arte, cultura, fitness. No todo tiene que ser tan político.

En los últimos meses había tratado de alejar su marca personal de la «deplorabilidad».

—Ya no quiero que me sigan viendo como a un tío pro-Trump —dijo en Periscope—. Quiero que la gente me vea como a un tío con actitud mental, un periodista, un comentarista, una personalidad de los medios sociales, un cineasta, un autor.

Durante un tiempo, MAGA había sido una buena forma de provocar a los liberales, pero, al final, todos los memes sobreviven a su propia utilidad.[244]

Como parte de este alejamiento, Cernovich había repasado a fondo sus viejos tuits y entradas de blog, y había sacrificado los más atroces.[245] Finalmente eliminó el blog entero, trasladando algunos de los archivos a Cernovich.com, donde también vendía suplementos herbales Gorilla Mind y una nueva línea de productos para el cuidado de la piel. El nombre Danger & Play había evocado nihilismo, sadismo, misoginia. Pero Cernovich.com podía, en teoría, expandirse en cualquier dirección.

Llegó al recinto dos horas antes y pagó el depósito en metálico. El local anterior le había dejado tirado esa misma mañana y esta vez no quería jugársela.

—Bienvenido a la vida de un pensacriminal, colega —dijo—. Ya ni siquiera digo cosas muy provocadoras, pero siempre que alquilo algo me pasan estas cosas. El local recibe llamadas de antifas, el propietario busca mi nombre en internet… y ya está. «No. Para ti no hay libertad de asociación».

Esa era otra de las razones de su intento de alejamiento: la vida como disidente empezaba a ser una carga. Aun así, independientemente de lo que pasara esa noche, confiaba en que sería capaz de darle la vuelta y convertirlo en una victoria.

—Si conseguimos que nos dejen bailar aquí, genial. Si el local nos deja colgados, iré al Algonquin y será algo más exclusivo, y tal vez haga un Periscope: «Mirad cómo nos persiguen, necesitamos apoyarnos mutuamente en estos tiempos complicados». En cualquier caso, encontraré un relato que funcione.

Al final pudieron celebrar la fiesta. El local estaba a menos de la mitad del aforo y, por algún extraño motivo, la mayoría de los invitados iban demasiado arreglados. Comparado con la exuberante energía de la DeploraBall, la atmósfera parecía triste y forzada, como el banquete de boda de una pareja infeliz. El dúo de DJ puso una remezcla de música dance de «All I Do Is Win» y algunos de los hombres trajeados se movieron rígidamente al ritmo de la música, con una botella de cerveza en una mano y el móvil en la otra. En el escenario, frente a la cabina de los DJ, había dos bailarinas rubias en zapatillas de deporte y leotardos con la bandera estadounidense.

Mientras esperaba para pedir en la barra, oí de pasada tres conversaciones diferentes sobre el precio del bitcoin. Me encontré con Colin Flaherty, el ceñudo racista de Delaware al que había entrevistado hacía mucho tiempo en el City Hall Park.

—YouTube sigue eliminando mis páginas, pero mis seguidores siguen colgando copias piratas de mis vídeos. Supongo que no es posible mantener oculta la verdad para siempre.

Cassandra Fairbanks vino a mi encuentro en la barra.

—Te traigo a una invitada que a lo mejor quieres conocer —dijo, y me presentó a Chelsea Manning.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Manning.

No supo explicar muy bien el motivo de su presencia. Usó las palabras «infiltrada», «confrontar» y «demostrar que puedo acceder a sus espacios». Cuando se alejó, pregunté a Fairbanks, a Jack Posobiec y a Will Chamberlain qué había querido decir.

—¡Ni idea! —dijo Posobiec—. Estoy seguro de que simplemente es nuestra amiga.

Stefan Molyneux subió al escenario y empezó un enérgico discurso sobre sus esperanzas para el futuro: «Me gustaría levantarme por la mañana y no sentir que me están sustituyendo».

Yoni y Mary Clare, la pareja que había celebrado en su casa la fiesta previa a la DeploraBall, me encontró entre la multitud.

—Cuando me enteré de que Molyneux iba a estar aquí, compré una entrada enseguida —dijo Mary Clare—. ¿No te parece una mente filosófica brillante?

Molyneux intentaba articular la utópica visión del movimiento, pero apenas pude entender una sola palabra. «¡La virtud es el precio que hay que pagar para llegar a la catedral llamada amor! —gritó—. No quieren que conozcamos la verdad, no quieren que seamos virtuosos, ¡para que no sepamos nunca qué es el amor!».

Cernovich concluyó el entretenimiento de la noche proyectando un

tráiler de Hoaxed. Hubo efectos rápidos y refulgentes, y una amenazante banda sonora con sintetizadores al estilo Matrix. «Los medios de comunicación son un relato, y estamos en una guerra de relatos», narraba la voz de Cernovich. Unos fotogramas después, Stefan Molyneux emergía a la luz desde una cueva. Intertítulo:

TODO LO QUE

TE HAN CONTADO

ES MENTIRA.

Al día siguiente, Cernovich escribió una entrada en Cernovich.com titulada «Cómo una noche para la libertad lo cambió todo».

Cernovich había apostado su carrera a la conjetura de que podía decir casi cualquier cosa —que podía utilizar las técnicas de microfocalización del shitposting y el rage-bait para convertirse en alguien demasiado importante como para ser ignorado— y de que a la postre todo sería perdonado. Ese era el plan que subyacía a gran parte del movimiento Deplorable, en la medida en que alguna vez hubiera habido un plan coherente. Los algoritmos de clasificación en los medios de comunicación sociales establecían unos incentivos claros: provocar el máximo número posible de emociones activadoras; mentir, tergiversar, lanzar mensajes encubiertos; tragar una píldora roja tras otra; asomarse al precipicio una y otra vez de formas nuevas y creativas. Incluso si uno cruzaba la línea y le vetaban el acceso a una u otra red social, siempre había más plataformas.

Estas hipótesis resultaron ser parcialmente ciertas. Continuaban surgiendo nuevas plataformas (BitChute, Rokfin, Parler), pero no todas tenían el mismo impacto en el discurso nacional. Los fundadores de las redes sociales más grandes, como Facebook, Twitter y Reddit, habían sido audaces jóvenes alteradores con

mucho capital detrás, una alta tolerancia al riesgo y una fe la mar de ingenua en el tecnoutopismo. Habían descuidado casi todas las puertas de entrada, una libertad que los propagandistas amateur rápidamente supieron explotar. Ahora, los días del «todo vale» empezaban a llegar a su fin.

Tras más de una década evocando ambiguos «principios de la libre expresión», los nuevos guardianes, que ahora eran hombres de negocios de treinta y tantos, trataban de desarrollar tales principios de una forma más concreta. Era muy poco y llegaba muy tarde, pero era algo. Por fin comprendían (o, por lo menos, empezaba a parecer que comprendían) que la utopía que habían imaginado no se iba a materializar jamás. Esta comprensión podía ser una señal de madurez, una respuesta calculada a la presión interna de los inversores o una estrategia para mantener a raya las regulaciones gubernamentales. En unos pocos años, la actitud del público general hacia las redes sociales había pasado de la veneración generalizada a la furia viral.[246] Los alteradores no tenían otra opción que dar algún tipo de respuesta. Al fin y al cabo, creían en la sabiduría de las multitudes.

En noviembre de 2018, Mark Zuckerberg publicó un mensaje en su perfil de Facebook: «Muchos de nosotros nos interesamos por la tecnología porque creemos que puede ser una fuerza democratizadora para poner el poder en manos de la gente —escribió—. Creo que el mundo es un lugar mejor cuando más personas tienen una voz para compartir sus experiencias, y cuando guardianes tradicionales como los Gobiernos y las empresas de medios no tienen el control de las ideas que pueden expresarse». No había abandonado su tecnoutopismo —aún sostenía, en presente, que el mundo posalteración «es mejor», una afirmación que, en el mejor de los casos, era discutible—, pero era evidente que su seguridad en sí mismo había sido perforada. «Estos últimos dos años han mostrado que, sin las suficientes medidas de seguridad, la gente puede hacer un uso indebido de estas herramientas para interferir en elecciones, difundir la desinformación e incitar a la violencia —proseguía—. Una de las lecciones más dolorosas que he aprendido es que cuando conectas a 2.000 millones de personas, verás toda la belleza y toda la fealdad de la humanidad».

El mensaje obtuvo 41.000 «me gusta», cuatro mil corazones, 852 caras de sorpresa, ciento sesenta caras enfadadas, ochenta y una caras que lloran y casi ocho mil comentarios.

«¡Sigue trabajando tan bien como hasta ahora! —escribió un corredor de bolsa de Míchigan—. Ignora a los medios, sigue mejorando».

«¿Creéis que existe el infierno?», escribió un pastor evangélico congoleño. «Sí, está aquí mismo, en la Tierra», respondió una mujer estadounidense.

«Ascoberg», dijo una mujer británica.

«A ver si lo adivino —escribió una mujer desde el estado de Washington—, ¿a que no os planteasteis en ningún momento lo explosiva que es realmente la libertad de expresión?».

El 12 de agosto de 2017, el sábado de la concentración mortal en Charlottesville, Steve Huffman, el director general de Reddit, pasó la mayor parte del día en un avión. Actualizaba una y otra vez los subreddits r/Política y r/Noticias en su portátil para ver, una tras otra, imágenes del campus de su antigua universidad siendo invadido por supremacistas blancos con antorchas.

—Me afectó mucho —dijo—. Ojalá pudiera decir que reaccioné con calma y racionalidad, pero me golpeó de una forma muy personal.

Las imágenes le resultaban perturbadoras no solo como estadounidense, como virginiano y como exalumno de la Universidad de Virginia, sino también como el inventor de una de las placas de Petri meméticas más poderosas de la historia. Tal como hacía cinco años había deseado Yishan Wong, Reddit, en efecto, se había convertido en una plataforma universal para el discurso humano. Huffman sabía que los activistas neofascistas, tal vez incluso algunos de los que habían llevado la violencia a Charlottesville, se habían aprovechado del aperturismo de su plataforma, y que seguramente seguían aprovechándose de ella en ese mismo momento. Cuando el avión aterrizó, llamó a varios de

sus principales empleados. «Si alguna de estas personas está en Reddit, no quiero que estén —dijo—. Destruidlos».

Fue algo catártico, pero la catarsis personal no es una buena forma de hacer políticas. «Steve, ahora estás muy cabreado —le dijo uno de sus empleados—. Vamos a volver a hablarlo más racionalmente el lunes».

Cuando volvieron a la oficina, lo primero que hicieron fue decidir eliminar r/Remoción_Física. En aquel momento, la publicación más votada del subreddit era una celebración de la muerte de Heather Heyer; Reddit tenía una regla contra el contenido que «anima o incita a la violencia», y la publicación violaba esa regla. El martes a mediodía, r/Remoción_Física había desaparecido; los memes furibundos y las imágenes de helicópteros habían sido sustituidos por una página en blanco, la imagen de un mazo y las palabras: «Esta comunidad ha sido prohibida».

Eso ya era más de lo que habría hecho el viejo Reddit. r/Remoción_Física afirmaba ser un lugar para el debate filosófico. Hans-Hermann Hopper difícilmente era el filósofo preferido de Huffman, pero teóricamente eso no debía importar. Al Huffman de veintiún años podría haberle preocupado una pendiente resbaladiza: si a los redditors no se les permitía hablar de textos que respaldaban la violencia en determinadas circunstancias, ¿entonces Reddit tenía que empezar a censurar toda mención a El club de la lucha, a Sentido común, al Bhagavad Gita y a la Biblia? Pero situaciones como esas habían dejado de paralizar al Huffman de treinta y un años.

—Comunidades como Remoción_Física son malas para Reddit, y son malas para el mundo —dijo—. Toda decisión que implique cuestiones relacionadas con la libre expresión es difícil, pero esta es una decisión que me parece bien tomar.

Si celebras una fiesta en un almacén y una de las estancias está llena de bichos raros sedientos de sangre, puede que tengas que echarlos.[247] Huffman empezaba a aceptar su papel de guardián; ya no era tan reacio a serlo.

—He de decir que deshacerme de ellos me hizo sentir bien —

continuó Huffman—. Pero aun así no parecía suficiente.

r/Remoción_Física era, después de todo, solo uno de los subreddits. La página tenía ahora más de un millón de subreddits, un pasillo infinito de salas que debían inspeccionarse. Durante las siguientes semanas, Huffman mantuvo una serie de conversaciones con su consejo general, sus principales ingenieros y su responsable de política empresarial.

—Todos tenemos el mismo objetivo: no queremos que Reddit sea una incubadora de cosas horribles —dijo—. La única cuestión es cómo hacerlo de una forma que no cause más problemas de los que resuelva.

Empezarían deshaciéndose de los neofascistas sin remordimientos, y después podrían empezar a lidiar con los casos más ambiguos.

«Alentar o incitar a la violencia» era un estándar limitado, y Huffman y su equipo decidieron ampliarlo. Seis palabras se convertirían en treinta y ocho: «Se prohíbe publicar contenidos que alienten, glorifiquen, inciten o reivindiquen la violencia o el daño físico contra un individuo o un grupo de personas; asimismo, se prohíbe publicar contenidos que glorifiquen o alienten el abuso a los animales». La nueva regla planteó nuevas cuestiones, y el equipo esbozó una lista no exhaustiva de excepciones («interés periodístico, artístico, sátira, documental»).[248]

Jessica Ashooh, la responsable de política empresarial, tenía un doctorado en Relaciones Internacionales y había trabajado cuatro años en Abu Dabi como consultora de marketing político.

—Sé lo que es vivir en un régimen de censura —dijo—. Mi comprobación interna cada vez que defiendo una política restrictiva en la página es preguntarme si sueno igual que un Gobierno árabe. En ese caso, tal vez debería moderarme.

—No quieres estar tan enamorado de la vigilancia como para convertirte en la Stasi, pero tampoco quieres temer al control hasta el punto de convertirte en un criadero de nazis. Parece simple, pero hacerlo bien es increíblemente difícil —dijo un empleado de alto rango de Reddit que antes de abrirse paso en Estados Unidos había

crecido en un país comunista de Europa del Este.

Decidieron anunciar la nueva política de antiviolencia de la página un miércoles de octubre.

—Posiblemente se nos echen encima unos cuantos defensores de la libertad de expresión, los del «¿cómo te atreves a prohibir nada?» —dijo Huffman—. Pero, si soy sincero, no me sorprendería que la reacción más común sea «¿cómo es que habéis tardado tanto?».

La mañana del anuncio, Ashooh estaba sentada en una gran mesa de conferencias junto a una decena de empleados. Todos tenían un portátil delante, una taza de café y refrigerios para unas cuantas horas.

—Bienvenidos a la sala de guerra de actualización de políticas —dijo Ashooh—. Sí, soy consciente de lo irónico que es llamarla sala de guerra cuando lo que queremos es conseguir que Reddit sea menos violento, pero ya es demasiado tarde para cambiar el nombre.

Hizo un repaso al plan del día. Iban a modificar las viejas políticas por las nuevas, publicar un anuncio explicando el cambio y emprender acciones contra varios centenares de subreddits, todo a la vez. Algunos eran casos límite, subreddits que probablemente contravenían la nueva política de la empresa; los moderadores recibirían un aviso y se les daría una segunda oportunidad. Otros eran subreddits flagrante e irremisiblemente ilegales; estos se vetarían de forma inmediata,

—Hoy nos centraremos en un montón de temas nazis y de zoofilia —anunció Ashooh—. El contexto importa, por supuesto, y nadie debería meterse en problemas por publicar una esvástica si se trata de una fotografía histórica de las Olimpiadas de 1936 o si la utiliza como un símbolo hindú. Pero, aun así, en muchísimos casos la situación está clara.

Pregunté si esa misma lógica —que la bandera nazi era esencialmente una glorificación de la violencia— podía aplicarse a la bandera confederada, a la soviética, a la bandera bajo la cual el rey Ricardo luchó en las Cruzadas o a la bandera del Cuerpo de

Marines de Estados Unidos.

—Todas esas conversaciones podemos tenerlas más adelante —dijo Ashooh—. Pero por algún lado hay que empezar.

Eché un vistazo a la hoja de cálculo en el portátil de uno de los empleados: una lista alfabética con los ciento nueve subreddits que iban a vetar (r/KKK, r/MatarATodosLosJudíos, r/MatarALosJudíos, r/MatarALosJudis), junto con la razón para cada uno de los vetos y el nombre del empleado que se encargaría de hacerlo.

R/The_Donald no se encontraba en la lista.

—Los moderadores de The_Donald saben que los estamos vigilando, y se han vuelto muy cuidadosos a la hora de cumplir las reglas —dijo Huffman—. Además, su ira nace del sentir que no tienen voz, por lo que arrebatársela no resolvería nada. Esa es la decisión que he tomado, por lo menos hasta ahora. Sé que algunas personas creen firmemente que me equivoco, porque me lo dicen constantemente, y aquí incluyo a personas que forman parte de mi vida personal.

También eso formaba parte de ser un guardián.

La purga empezó sobre las diez de la mañana.

—Gracias a todos por dejar que me ocupe de DylannRoofInnocent, le tenía especiales ganas —dijo uno de los ingenieros, y destruyó el subreddit con tan solo apretar un botón.

—¿Qué es ReallyWackyTicTacs? —preguntó otro ingeniero.

—No quieres saberlo, créeme —dijo Ashooh—. Es la mierda más desagradable que he visto, y he pasado mucho tiempo mirando crímenes de guerra sirios.[249]

Se publicó la nueva política de antiviolencia y unos cuantos centenares de redditors empezaron a dejar sus comentarios. Estos incluían sarcasmo («va a funcionar superbién»), cinismo («si creéis que esto es algo más que una pantomima, sois bastante ingenuos» y diversas peticiones para prohibir r/The_Donald, que fueron ignoradas. Una empleada, una mujer joven con chaqueta de cuero y

gorra de yate, estaba a cargo de llevar un control de los comentarios y responder a los más relevantes.

—Parece que de momento la gente se lo está tomando bastante bien —dijo—. Hay un tío, freespeechwarrior (guerrero de la libre expresión) que está cabreadísimo, pero supongo que era de esperar teniendo en cuenta su nombre de usuario.

—La gente se está fijando en todos los subreddits nazis vetados, pero nadie se ha dado cuenta de que al mismo tiempo estamos prohibiendo otros de zoofilia —dijo Ashooh.

O quizá sí que lo han visto, sugirió un ingeniero, pero «nadie quiere admitirlo. "Tíos, estaba echando un vistazo a r/PollaDeCaballo y no he podido evitar darme cuenta de que…"».

—Vale, alguien acaba de preguntar cómo vamos a gestionar en concreto la expresión «mátate» —dijo la mujer con la gorra de yate.

—Todo depende del contexto —dijo Ashooh—. Se van a aburrir de oírlo, pero es la verdad.

—Oh, oh, parece que nos hemos saltado un sub de zoofilia —dijo la mujer con la gorra de yate—. Al parecer SexoConPerros sí que estaba en la lista, pero SexoPerro no.

—¿Has entrado en SexoPerro? —preguntó Ashooh.

—Sí.

—¿Y qué sale?

—Pues…

—¿Sale gente follando con perros?

—Sí, muchísima.

—Vétalo.

—Voy a por más palitos de queso —dijo la mujer con la gorra de yate, levantándose—. ¿Cuántos palitos de queso son demasiados en

un solo día? ¿En qué momento empieza uno a fomentar o glorificar la violencia contra el propio cuerpo?

—Todo depende del contexto —dijo Ashooh.

Comprendí por qué otras empresas de medios sociales habían sido reacias a permitirme ver algo como eso. Nunca volvería a ser capaz de escuchar una idealista expresión sobre cambios en las políticas de una plataforma («abierta y conectada», «optimizar el valor del usuario» o «plaza pública moderna») sin imaginar a un grupo de personas sentadas alrededor de una sala de conferencias ingiriendo refrigerios gratuitos y tomando decisiones falibles. Las redes sociales, por muy grandes que sean o por muy familiares que nos resulten, no son fuerzas imbatibles, sino tecnologías experimentales construidas por seres humanos.[250]

Steve Huffman y yo cenamos una vez juntos en Nueva York. Él llevaba una camiseta, vaqueros y unas zapatillas Adidas de fútbol sala. Le pregunté por su respuesta a la violencia en Charlottesville: ¿se vio impulsado a la acción, al menos en parte, por su conexión personal con el lugar?

—Estoy seguro de que eso influyó —dijo—. Y puedo imaginar cómo alguien, incluso una versión anterior de mí mismo, se espantaría al ver aquello. —Dio un trago a la cerveza—. Sinceramente, solo puedo decir que no veo la forma de evitarlo. ¿Es mejor que vea una concentración nazi y diga: «No me produce sentimientos, a ver qué dice el algoritmo»?

Al cabo de unos minutos, pareció que iba a decir algo más, pero se cortó. Entonces dio otro sorbo a la cerveza y lo soltó:

—Estoy convencido de que Reddit podría influir en las elecciones. Nunca lo haríamos, claro está. Y no sé cuántas veces podríamos salirnos con la nuestra, pero si de verdad quisiéramos hacerlo, estoy seguro de que Reddit podría haber influido en estas elecciones.

En un mundo perfecto, por supuesto, nadie, y mucho menos un programador informático de treinta y tres años en zapatillas de fútbol sala, tendría el poder de manipular unas elecciones presidenciales. Y sin embargo, ese es el mundo en el que vivimos.

Durante demasiado tiempo, los guardianes que dirigían los sistemas de difusión de la información más poderosos habían sido capaces de fingir que no eran en absoluto guardianes. «La información quiere ser libre; es más, aquellos que se ofendan deberían echar la culpa al autor, no al mensajero; en cualquier caso, la responsabilidad última reside en cada consumidor». Ahora, en lugar de imaginar que habitamos una utopía posguardianes, podría tener más sentido —a corto plazo, por lo menos— exigir unos guardianes mejores y más reflexivos.

En el otoño de 2017, aterricé en Chicago, alquilé un coche mediano y puse rumbo al oeste, hacia Kewanee, la ciudad natal de Mike Cernovich. Pedí a Google que me llevara por la ruta más eficiente, porque de camino no había nada que ver… O eso es lo que pensaba hasta que advertí el letrero de una pequeña ciudad llamada Tampico, el lugar de nacimiento de Ronald Reagan. Salí de la autopista. En la calle principal —junto a un banco, una funeraria y unos grandes almacenes, todos ellos cerrados a media tarde—, había una placa de metal con la cara de Reagan, y sus palabras: «Y además de cualquier otra cosa que la historia pueda decir sobre mí cuando me haya ido, me gustaría que se recordara que apelé a vuestras mejores esperanzas, no a vuestros peores miedos; a vuestra confianza antes que a vuestras dudas».[251]

Llegué a Kewanee cuando empezaba a oscurecer. Mike Cernovich estaba sentado en el porche con su padre y su abuelo, que también se llamaban Mike. El padre de Mike tenía el pelo canoso y barba, y llevaba botas de trabajo y una camisa Carhartt. A través de la puerta mosquitera se oía la CNN.

—Siempre está con estas cosas liberales —dijo el padre de Mike de su padre, sin rastro de rencor—. Para mi gusto incluso Fox News es demasiado liberal. Prefiero ver uno de los vídeos de Mike en Facebook o donde sea, o vídeos de creyentes de la Biblia.

Acababa de llegar de un turno de doce horas al mando de una grúa en el desguace local.

—Mientras trabajo, cuando estoy aplastando coches o lo que sea

que esté haciendo, me pongo los auriculares y escucho Infowars toda la tarde.

Como su hijo, el padre de Mike se consideraba un librepensador. A diferencia de su hijo, era irreprimiblemente alegre.

—No me vuelvo loco si la gente tiene creencias distintas —dijo sonriente—. Pueden hacer lo que quieran.

Shauna salió fuera con Cyra en brazos; tenía casi diez meses.

—¡Andrew! —me saludó—. ¿Cómo estás? Michael, ¿has preguntado a Andrew si ha tenido un buen vuelo?

—Claro, nena —mintió, agachando la cabeza para mirar el móvil.

—Michael —dijo Shauna adoptando un tono regañón más o menos sincero—. Acuérdate de lo que escribió en aquel artículo sobre ti. Decía que no mantienes el suficiente contacto visual. Y no iba desencaminado.

—Decía «menos contacto visual que ante una cámara» —dijo Mike —. Pero no me importa. Era un golpe bajo con chicha.

Ni siquiera al hablar despegaba los ojos del teléfono.

Los Cernovich decidieron juntarse a cenar en una cadena de restaurantes llamada Happy Joe. El padre de Mike fue a buscar a la madre de Mike y a su hermano pequeño. Yo fui en el monovolumen alquilado de Mike. Me senté en el asiento de atrás con Cyra, que miraba un vídeo musical persa en un iPad.

—¡Mike me ha contado que has tenido un hijo! —dijo Shauna—. Eso es maravilloso. Necesito que me enseñes fotos.

Le entregué mi móvil y empezaron los aah y ooh. Era uno de los diez días entre el Rosh Hashaná y el Yom Kipur, un periodo tradicionalmente dedicado al arrepentimiento y a la reflexión. Durante todo el trayecto a Happy Joe, mantuve una discusión silenciosa con el Dios en el que creo, justificando mi decisión de

pasar ese tiempo con la familia de Mike Cernovich en lugar de con la mía.

El padre de Mike pidió para todos: alitas picantes, pan de ajo, un par de pizzas. Mike pidió una ensalada con el aliño aparte.

—Ve a sentarte junto a tu madre —le susurró Shauna, pero Mike se sentó a mi lado.[252]

—Michael, quería preguntarte sobre la tal Cathy O'Brien —dijo la madre de Mike—. ¿Es cierto lo que dice?

—No la conozco, mamá, pero seguro que son gilipolleces —contestó Mike.

—El Gobierno la sometió a un control mental y los Clinton la violaban cuando era niña.

—¿Bill y Hillary la violaban?

—Eso es lo que ella dice.

—¡Por Dios, mamá! ¿Dónde encuentras estas cosas?

—¡Está por todo internet, Michael!

El padre de Mike observó aquel intercambio con una sonrisa ecuánime y los brazos cruzados sobre la mesa. Entonces, sin transición alguna, se giró hacia mí.

—Sé que probablemente pensarás que estoy loco —dijo—. Creo en el arca de Noé, creo que el carbono no va a destruir el clima y creo que nunca hemos ido a la Luna… Si lo hubiéramos hecho estaríamos allí. Esto es en lo que yo creo. Eso no lo convierte en verdadero, pero puedo seguir creyéndolo, ¿no? —Miró alrededor de la mesa—. Hasta donde yo sé, todo esto podría ser un sueño —continuó—. Pero la comida está muy buena, estamos juntos y Michael ha venido de visita con el bebé. Podríamos ser esclavos en Corea del Norte o gusanos en un tronco, pero, en vez de eso, estamos aquí.

Dio un bocado a la pizza y sus ojos azules resplandecieron.

Mike no escuchaba. Estaba distraído viendo un vídeo en su teléfono.

—¡Qué violento, tío! —dijo—. Es realmente incómodo de ver.

Era un vídeo en la página de Facebook de Cernovich Media, que gestionaban dos empleados, uno en Florida y otro en el estado de Washington.

—Nos repartimos los beneficios y les dejo publicar lo que quieran siempre que las cifras sean buenas —explicó—. Ni siquiera veo lo que hay colgado, a menos que la gente empiece a mandarme mensajes.

Hillary acababa de sacar unas memorias sobre la campaña de 2016 y estaba de gira de promoción a lo largo y ancho del país. Laura Loomer perseguía a Clinton como un perro de caza persigue a un ave, y vendía el metraje resultante a Cernovich Media. Esa noche, mientras Clinton firmaba libros en Brooklyn, su principal asistente, Huma Abedin, salió fuera e inmediatamente fue #Loomered.

—¿Cuándo vas a divorciarte de Anthony Weiner? —gritaba Loomer a Abedin mientras grababa—. ¿Por qué proteges a un hombre que intercambiaba mensajes sexuales con chicas menores de edad?

Abedin seguía caminando, con cara de póker, tratando de ignorar a Loomer, que estaba a escasos centímetros de ella en la estrecha acera.

—Esto es brutal —dijo Cernovich—. No tiene seguridad ni nada. Me siento fatal por ella. —Se refería a Abedin—. Pero este es el futuro de los medios, hermano, para bien o para mal. Todos en la cara de todos, así.

Su tono era el de alguien que está cansado del mundo, casi de desolación, como si fuera un mero espectador objetivo, no un emprendedor mediático que había elegido difundir aquel metraje para sacar beneficio.

Mientras salíamos del restaurante, el padre de Mike me estrechó la mano y sonrió afable.

—Si quieres puedes decir en tu libro que estoy loco. No me importa.

Di lo que creas. De todas formas no voy a leerlo.

* * *

Cuando Milo Yiannopoulos era todavía demasiado importante como para ser ignorado, le envié un correo electrónico para preguntarle por un acto que estaba organizando en la Universidad de California en Berkeley. Al parecer el acto se había ido al traste y quería saber si aún tenía en mente hacer el viaje. «Estaré encantado de estudiar la posibilidad de que te unas a nosotros», respondió, aunque yo no hubiera sugerido tal cosa. Repetí la pregunta. Él se negó a contestarla, y tampoco dejó que nadie en su equipo la contestara. Yiannopoulos tenía unos diez o doce empleados, pero para las tareas importantes solo confiaba en sí mismo. Y, para él, ninguna tarea era más importante que las relaciones con los medios.

«Al final resulta que estaré en NYC durante 24 horas —escribió—. ¿Por qué no nos vemos mejor en persona?».

Desayunamos en el hotel Trump Soho. Él llevaba unas gafas de sol diseñadas por una de las Kardashian más jóvenes, el pelo decolorado y artísticamente despeinado de una estrella del K-pop y un atuendo que era una mezcla de portero en una fiesta de piscina en Reno y almirante en la guerra franco-prusiana.

—Juro por Mariah Carey que los administradores de Berkeley están siendo unos hijos de puta —dijo tomando asiento.

Al hablar silbaba involuntariamente: el resultado de una prótesis dental nueva y mal ajustada.

Me dijo que, mientras se alojaba en el Trump Soho, también pagaba por una habitación en el Trump International, en D. C., por si necesitaba programar alguna reunión de última hora cerca de la Casa Blanca. En aquel momento, de las facturas de Yiannopoulos se ocupaba Robert Mercer, el multimillonario de la extrema derecha que también había sido el mayor donante tanto de la campaña de

Trump como de Breitbart. Yiannopoulos constantemente hacía ostentación de su inmerecida riqueza en Instagram: maletas de Louis Vuitton, botas de Balmain, champán Perrier-Jouët.

—Probablemente, mientras hablamos, me estén expulsando de otra plataforma social. Esto es lo que significa ser peligroso, cariño. Así es como te trata el sistema. Pero nosotros insistimos e insistimos.

Pedí el desayuno.

—Tomaré lo mismo que él —dijo, mientras enviaba un mensaje—, más un trozo de beicon.

Nos trajeron café y pedí leche de soja.

—Seguro que ya sabes que los edgelords han acuñado un nuevo término para los periodistas frikis con gafas que beben leche de soja.

Sí que lo sabía, y los dos lo dijimos al unísono:

—Chico soja.[253]

Entonces Yiannopoulos cogió su café y se lo bebió con pajita.

—Solo para aclararnos —dije—, ¿usas una pajita para beber café caliente y eres tú el que se ríe de mí?

—Esta puta prótesis ha sido carísima. No pienso mancharla —repuso—. Además, soy fabuloso, hago lo que quiero.

El estilo de vida de Yiannopoulos era cada día menos fabuloso. Había saltado a la fama como el editor de tecnología de Breitbart, pero después de que saliera a la luz un vídeo en el que se tomaba la pederastia a la ligera, le presionaron para que dejara Breitbart. Unos meses después, BuzzFeed publicó unos e-mails privados que revelaban el extenso coqueteo de Yiannopoulos con el neonazismo, y también Robert Mercer renegó de él en público. Pronto le vetaron en Venmo y PayPal; había vendido una propuesta de libro a Simon & Schuster, pero la publicación terminó cancelándose;[254] había disuelto Milo Entertainment Inc. y despedido al personal. A finales de 2018, con una deuda millonaria, Yiannopoulos abrió una cuenta

en Patreon para tratar de financiar «su magnífico regreso en 2019» mediante un crowfunding. Al día siguiente le vetaron en Patreon. Unos meses más tarde, «por motivos de conducta», se le prohibió la entrada a Australia.

Después de Charlottesville, muchas organizaciones de la derecha alternativa fueron desterradas de la mayoría de las principales redes sociales. Mike Enoch seguía tratando de abrir nuevas cuentas en Twitter, y la empresa seguía eliminándolas. Unos cuantos Proud Boys fueron grabados dando una paliza a manifestantes antifas en Nueva York; después de que las imágenes del incidente se hicieran virales, Gavin McInnes fue vetado en Facebook, Twitter, Instagram y Amazon. Se prohibió a Laura Loomer el uso de Lyft y Uber por quejarse de un «conductor inmigrante islámico»; después de que la vetaran en Twitter por un nuevo exabrupto islamófobo, se esposó a sí misma a la puerta principal de la sede neoyorquina de la compañía, creando un nuevo vídeo penoso y vergonzoso. Se vetó a Alex Jones en todas las principales plataformas, lo que diezmó su flujo de ingresos y le obligó a colarse en audiencias del Congreso para que su nombre volviera a aparecer en los titulares.

Los Deplorables se aferraban al dogma del absolutismo de la libertad de expresión, acusando a los directivos de las empresas tecnológicas de una censura draconiana cada vez que estas llevaban a cabo algún intento serio de moderar el contenido en sus redes. Parecía que el sentimiento predominante entre los Deplorables era que, salvo gritar «fuego» en un teatro abarrotado, cualquiera debería poder decir cualquier cosa en cualquier lugar. Sin embargo, pensar antes de hablar no es represión, y la desaprobación no es censura. La Constitución garantiza que el Congreso no hará ninguna ley que limite la libertad de expresión, pero no garantiza el derecho de nadie a amenazar a desconocidos en la plaza pública, a gritar obscenidades por televisión, a utilizar una plataforma de los medios de comunicación sociales para promover la remoción física de nuestros conciudadanos o promocionar ideas racistas sin que se le haga sentir como un racista.

Al final, los Deplorables no habían sido capaces de ensanchar la ventana de Overton de una forma tan drástica como para que

cupieran dentro. No obstante, lograron algunas victorias aún más importantes. Ayudaron a impulsar a su hombre a la presidencia. Ayudaron a normalizar la flagrante mendacidad y el racismo declarado. En muchos círculos —círculos que actualmente se extienden hasta la Casa Blanca—, el desprecio jocoso hacia las mujeres ha vuelto a ponerse de moda, así como la islamofobia explícita, el nativismo puro y duro y la teoría de la biodiversidad humana. Como proféticamente señaló el difunto filósofo Richard Rorty, la izquierda académica había pasado décadas tratando de hacer del nativismo y la intolerancia algo inaceptable, pero la aceptabilidad es simplemente una norma social, y, según ciertas cuentas anónimas en los medios de comunicación sociales, de todos modos los académicos de izquierdas no son más que unos traidores culturales marxistas.

El vocabulario popular estadounidense atraviesa un periodo de profunda disfunción. Jordan Peterson —el intelectual público más popular de la década, según algunos indicadores—[255] no es un supremacista blanco, pero su retórica sobre este tema puede resultar perturbadoramente difusa. Le han preguntado muchas veces si pertenece a la derecha alternativa, y su respuesta estándar es una negativa, no porque el delirio de la superioridad blanca sea un azote profundo y pertinaz que deba ser arrancado para salvar a la civilización occidental de sí misma, sino simplemente porque la «política de identidad» es errónea, tanto desde la derecha como desde la izquierda.[256] Esta es la clase de falsa equivalencia que hace tan solo unos años habría sido inaudita. Ahora, en cambio, apenas se percibe.

En una de las redes de noticias por cable más populares del país, y en horario de máxima audiencia, los presentadores a menudo transmiten mensajes racistas que son tan obvios incluso para el oyente poco enterado que difícilmente podrían considerarse mensajes encubiertos. Cuestiones que durante décadas se habían considerado, y con razón, ya cerradas, en nuestros días vuelven a tratarse como abiertas. «Nacionalista blanco, supremacista blanco, civilización occidental…, ¿cómo ha pasado a ser ofensivo ese lenguaje?», dijo Steve King, un congresista de Iowa, en una entrevista con The New York Times en enero de 2019. En algún momento se reemplazará el quebrantado vocabulario

estadounidense por uno nuevo. Pero lo que sea que venga después portará las cicatrices de la alteración actual.

«El mundo no habla —escribió Rorty—. Solo nosotros lo hacemos». Si Rorty está en lo cierto al afirmar que una transición a un nuevo vocabulario moral es análoga a un cambio de paradigma en la ciencia, entonces podríamos estar hablando de que tenemos por delante unos cuantos años difíciles. Antes de Copérnico, la mayoría de los europeos creían que el Sol giraba alrededor de la Tierra. Después de Copérnico, la mayoría de los europeos pasaron a creer lo contrario. Pero ese cambio no fue ni repentino ni ordenado. En 1543, cuando la gente conoció los nuevos hallazgos astronómicos, no los aceptó al instante. «En lugar de eso —decía Rorty—, después de cien años de estéril confusión, los europeos se sorprendieron a sí mismos hablando de una forma tal que daba por sentadas esas tesis solapadas». Para formular este argumento, Rorty se inspiró en el filósofo Thomas Kuhn, que inventó el concepto del cambio de paradigma. Kuhn sostenía que las revoluciones en el pensamiento humano progresan a través de cinco etapas. No es ninguna casualidad que la palabra que Kuhn utilizaba para la etapa de estéril confusión (que puede durar décadas e incluso siglos) fuera crisis.[257]

Cambiar cómo hablamos es cambiar quiénes somos. Cada vez más, la forma en que hablamos depende de cómo hablamos en internet. Los propagandistas intolerantes de la derecha alternativa se equivocan en casi todo, pero tienen razón en esto: Estados Unidos fue fundado por hombres blancos. El problema con estos intolerantes no es que reconozcan este aspecto de la historia del país; el problema es que se aferran a ello haciendo todo lo posible por revivir los horrores del pasado, en lugar de asumir la tarea mucho más difícil de dar sentido al futuro. Los intolerantes no están destinados a ganar, pero tampoco a perder. El final aún no está escrito. La visión alegremente optimista —la que todavía difunden demasiadas páginas de opinión, reuniones de propuestas en Silicon Valley y discursos de campañas políticas— es que el buen juicio de base del pueblo estadounidense prevalecerá, que lo bueno se extenderá, que si nos agarramos con fuerza seguro que terminamos en el lugar correcto. Pero el vehículo no se conduce a sí mismo. Llegar al lugar correcto requiere trabajo. Copérnico no fue el primer

astrónomo en sugerir que la Tierra giraba alrededor del Sol. Aristarco de Samos propuso la misma idea en el siglo III a. C., pero Aristóteles convenció a todos de que era una idea equivocada. Hicieron falta casi dos mil años para superar el error de Aristóteles, e incluso entonces fue necesaria una lucha.

Estados Unidos se fundó sobre elevados principios teóricos y una realidad de conquista brutal. El país fue a la guerra consigo mismo por la cuestión de si todos sus residentes merecían ser tratados como personas, y luego, mucho después de que terminara la guerra, siguió dando una respuesta negativa a esa cuestión. A medida que la inmigración ha proliferado en las últimas décadas, también lo ha hecho una oleada de xenofobia. El ideal de una verdadera democracia multiétnica —una sociedad basada en el pluralismo, la dignidad y la igualdad significativa y perdurable— es un objetivo noble y necesario, pero es un objetivo que este país nunca ha estado cerca de alcanzar. «Si nosotros —escribió James Baldwin— no vacilamos en nuestro deber ahora, tal vez seamos capaces, por pocos que seamos, de poner fin a la pesadilla racial, lograr nuestro país y cambiar la historia del mundo». Debemos lograr nuestro país; no nos perdonarán si fallamos; y, aun así, nuestro éxito difícilmente está asegurado. Las verdaderas democracias multiétnicas son históricamente raras; han tendido a balcanizarse o a caer en un conflicto prolongado. Para que nuestra unión tenga éxito en su intento de aproximarse a la perfección, primero necesitamos un nuevo conjunto de preguntas, una nueva forma de hablar, una nueva forma de pensar: un nuevo vocabulario moral, social y político.

Tal vez llegue el día en que los estadounidenses se descubran hablando y actuando de una forma que dé por hecho la justicia real y la solidaridad. Quizá. Pero el sol no brilló en la mente de los europeos del Renacimiento para llevarlos a aceptar la verdad científica del movimiento planetario, y el universo no brillará en nuestra mente para hacernos aceptar la verdad moral de la igualdad. El arco de la historia puede doblarse en esa dirección, pero el arco de la historia no se dobla de forma inexorable ni automática. No se dobla a sí mismo. Nosotros lo doblamos.

■

[243] Después de aparecer en un pódcast de la alternativa ligera que rozaba bastante el nacionalismo blanco descarado, lo despidieron de The Gateway Pundit. Con su recién adquirido tiempo libre decidió empezar a trabajar en un libro. «Todavía estoy en la fase de investigación —me dijo—. Recientemente he encontrado un ensayo maravilloso del que estoy seguro que habrás oído hablar: "The Paranoid Style in American Politics" (El estilo paranoico en la política estadounidense). Lo adoro. Es viejo, pero sigue siendo tremendamente relevante».

[244] La veleidad de Trump era algo que preocupaba a Cernovich desde hacía tiempo —«¿Qué interés puede tener nadie en permanecer leal a un tipo que no demuestra ninguna lealtad a nadie?», había preguntado una vez en privado—, pero trataba de guardarse sus frustraciones para él mismo. La gota que colmó el vaso fue el precipitado ascenso y caída de Anthony Scaramucci, el banquero de inversiones y zalamero operador de medios que se convirtió en el director de comunicaciones más breve en la historia de la Casa Blanca, sirviendo un total de once días. En julio de 2017, el día que despidieron a Scaramucci, Cernovich me dijo: «Mucci es una de las pocas personas que rodean a Trump, quitando a Don Jr. y a un par más, que de verdad usan las redes como deberían usarse. Si se lo cargan, entonces realmente es que no tienen ningún plan». Al cabo de unas semanas, Cernovich viajó a Manhattan para entrevistar a Scaramucci para Hoaxed, y yo lo acompañé. Nos sentamos en el opulento sótano del Hunt & Fish Club, un asador en el Midtown del que Scaramucci era copropietario, esperando a que colocaran las cámaras. «Pregúntame lo que quieras —me dijo Scaramucci—. ¿Las finanzas de la Organización Trump? ¿Los acuerdos de Kushner en China? Vamos a desmenuzarlos». Me aseguré de que supiera que era periodista en The New Yorker, y que la conversación sería grabada. «¡Ningún problema! —dijo—. Vamos. Soy un hijo de puta que apuñala de frente, todo el mundo lo sabe». Eso me sorprendió, después de haber visto que los recientes comentarios de Scaramucci a otro reportero de The New Yorker («Yo no soy Steve Bannon, no trato de chuparme mi propia polla») le habían costado el puesto en la Casa Blanca. Sea como fuere, Scaramucci procedió a contar sus cotilleos y yo, con gran diligencia,

fui apuntándolos. (Después los revisé y no logré verificar gran cosa). «¿Quieres más? Te contaré lo que más te interese. Me llevo genial con los periodistas, ¿sabes?». Diez minutos después, se sentaba delante de la cámara para la entrevista: «Los medios de comunicación se han destruido a sí mismos en su esfuerzo por seguir siendo rentables».

[245] Ahora costaba más encontrarlos, pero no era imposible. Nada desaparece verdaderamente para siempre de internet. En cualquier caso, como admitía con alegría el propio Cernovich, «la gente puede seguir sacando a relucir viejas capturas de pantalla de tal o cual tuit, que yo puedo seguir repudiándolas: "Qué va, parece falso". "Eso está sacado de contexto". "Tal vez me hayan pirateado la cuenta". Algunas personas no te creerán, pero otras sí. Todo depende de cómo lo vendas. Mientras tanto, sigo avanzando, y las cosas viejas cada vez se quedan más atrás».

[246] Cuando los historiadores echen la vista atrás, a la época de Trump, puede que vean esto como una de las pocas cosas positivas. Si Hillary Clinton hubiera sido elegida presidente, como todo el mundo esperaba, es poco probable que la opinión pública se hubiera girado tan abruptamente contra los magnates de los medios de comunicación sociales, obligándolos a hacerse cargo de lo que habían hecho.

[247] En 2016, un grupo de informáticos de tres universidades publicaron un estudio titulado «No puedes quedarte aquí. La eficacia de la prohibición de Reddit en 2015 examinada a través de un discurso de odio». ¿Había «reducido el comportamiento de odio» el cierre de unos cuantos subreddits tóxicos como r/OdioALosGordos y r/CiudadDeNegratas en general, o simplemente «lo había reubicado en diferentes lugares de la página»? Empleando el análisis regresivo para interpretar un conjunto de datos obtenidos a partir de cien millones de publicaciones de Reddit, los investigadores concluyeron que la prohibición había funcionado: «Los usuarios que participaban en los subreddits prohibidos abandonaron la página o, en el caso de los que se quedaran, redujeron drásticamente el uso de los discursos de odio». (Eshwar Chandrasekharan et al., «You Can't Stay Here: The Efficacy of Reddit's 2015 Ban Examined Through Hate Speech», Proceedings of

the ACM on Human-Computer Interaction 1, n.º 2, noviembre de 2017, http://comp.social.gatech.edu/papers/cscw18-chand-hate.pdf).

[248] Algunos de los empleados sostenían que la lista de excepciones debía ser más completa; otros, haciéndose eco del padre fundador Alexander Hamilton en el ensayo político Federalist No. 84, que no debería haber una lista de excepciones, para que de ese modo la gente no dedujera que la lista estaba pensada para ser exhaustiva.

[249] «Estos dos ni siquiera los entiendo —dijo alguien echando un vistazo a dos de los subreddits de la lista—. Uno se llama DinduNuffin y el otro es DidntDoNuffin. ¿Me he perdido algún meme?». Ninguno de los allí presentes podía explicarlo, así que tuve que hacerlo yo.

[250] «No creo que un viernes por la tarde salga de la oficina diciendo: "Misión cumplida. Hemos arreglado internet" —me había dicho Huffman en cierta ocasión—. Cada día entras en diferentes partes de la página, abres una u otra puerta al azar: "A ver qué hay por aquí. ¿Parece una porquería de lugar? No, la gente por lo general se lo está pasando bien, nadie está urdiendo complots malignos, nadie está llorando. Vale, genial". Y pasas a la siguiente sala».

[251] Era una cita sacada del discurso de Reagan en la Convención Nacional Republicana de 1992. En él, como en tantos otros discursos similares pronunciados por los Kennedy y los Clinton, por los Bush y los Obama, Reagan expresó su fe en la espléndida generosidad del carácter nacional estadounidense, su creencia fundamental en que somos buenos. «Conciudadanos —dijo—. Siempre he tenido el mayor respeto por vosotros, por vuestro sentido común, por vuestra inteligencia y por vuestra decencia… Ojalá todos vosotros, como estadounidenses, no olvidéis jamás vuestros orígenes heroicos, no dejéis nunca de buscar el consejo divino ni perdáis el optimismo natural que Dios os ha concedido».

[252] «Yo sé cómo hablar con él —dijo Mike a Shauna, conmigo delante, en el coche después de la cena—. Ha leído los libros que yo he leído. Conoce los cotilleos mediáticos que yo conozco. ¿De qué

voy a hablar con mi madre? ¿De la dulce misericordia de Dios».

[253] En inglés tiene más gracia: Soy Boy. (N. de la T.).

[254] Yiannopoulos intentó demandar a Simon & Schuster por incumplimiento de contrato. La demanda fue infructuosa, pero permitió que los comentarios del editor del libro sobre el manuscrito de Yiannopoulos («gratuito», «irrelevante», «un océano de autoengrandecimiento y pensamientos dispersos», «vamos a no poner "cornu"», «UFF SUPRIMIR») se añadieran al expediente público.

[255] El libro de Peterson 12 reglas para vivir, un revoltijo de psicología clínica, mitología jungiana y autoayuda, vendió tres millones de ejemplares en su primer año, un nivel de éxito viral sin precedentes para un escritor previamente desconocido.

[256] «Si juegas a un juego colectivista, me importa una mierda que lo juegues desde la derecha o la izquierda. Es un mal juego». Así es como lo explicó Peterson en mayo de 2018 ante un público de 3.600 personas en un anfiteatro en Londres, pero ha reiterado el mismo sentimiento decenas de veces. Su repudio a la derecha alternativa en ocasiones suena incómodamente cercano al rechazo de Mike Cernovich en su blog en el verano de 2016. Peterson es de los que van a la contra, y es posible que simplemente le ofenda tener que repetir algo tan aburridamente conformista como el tópico de que los nazis son extraordinariamente despreciables. Sin embargo, algunos tópicos son dignos de ser repetidos, y algunas preguntas solo tienen una respuesta correcta.

[257] Según Kuhn, después de la «crisis» viene la «revolución», y con ella la aparición de un nuevo paradigma. Kuhn escribía sobre ciencia —el libro en el que formuló esta teoría se llamaba La estructura de las revoluciones científicas—, pero su metáfora fundamental procedía de la política: «Tanto en el desarrollo político como en el científico, el sentimiento de mal funcionamiento que puede conducir a la crisis es un requisito previo para la revolución».

Epílogo

Se ha convertido en una tradición que las empresas tecnológicas lancen elaboradas bromas autorreferenciales el Día de los Inocentes. La idea es generar algo de publicidad gratuita, hacer que la empresa parezca extravagante y próxima. Pero también puede tener el efecto contrario, especialmente cuando la premisa de la broma es el poder sin precedentes de Silicon Valley. Hace unos años, Twitter anunció que empezaría a cobrar por las vocales. Más recientemente, Amazon informó sobre un software de reconocimiento de voz que podía recibir órdenes de las mascotas, y Google compartió un prototipo de su nuevo centro de almacenamiento de datos en Marte. Las empresas en realidad no habían encargado ninguno de estos proyectos, pero probablemente podrían hacerlo algún día, si quisieran… ¿Lo pilláis?

En 2017, en lugar de un anuncio paródico, Reddit desveló un experimento social genuino. Se llamaba r/Lugar y consistía en un cuadrado de color blanco de mil píxeles por mil píxeles. Al principio, el millón de píxeles era totalmente blanco. Una vez activado, cualquier usuario de Reddit podría cambiar un único píxel, en cualquier parte de la cuadrícula, utilizando uno de los dieciséis colores disponibles. La única restricción era la velocidad: el algoritmo permitía a cada redditor alterar un solo píxel cada cinco minutos.

—Así nadie podrá tomar las riendas. Es demasiado lento —explicó Josh Wardle, el jefe de producto de Reddit que estaba a cargo de r/Lugar—. Para hacer algo a escala, van a tener que colaborar.

El experimento llevaba alrededor de veinte minutos activo cuando encontré a Wardle en la zona común encorvado sobre su portátil, actualizando frenéticamente decenas de pestañas. De momento, el cuadrado seguía casi totalmente blanco, salvo unos cuantos puntos perdidos que parpadeaban y se apagaban. Pero los redditors tenían sus propios planes y, al más puro estilo Reddit, se aferraban a ellos

con una intensidad sectaria. Un nuevo subreddit, r/ElRincónAzul, conspiraba para pintar todo el cuadrado de color azul; r/RincónRojo se comprometía a volverlo rojo; y ambos ya estaban enfrentados en una guerra total. Otros grupos habían planificado mensajes complejos, patrones fractales y referencias a varios memes. Una amplia coalición —gente de izquierdas, partidarios de Trump, libertarios patriotas, adolescentes prepolíticos— había decidido dibujar una bandera estadounidense en el centro del cuadrado. Se congregaron en r/BanderaEstadounidenseEnSuLugar, donde concretaban las dimensiones exactas de las estrellas y las barras y compartían estrategias para ahuyentar a potenciales invasores. Mientras tanto, en r/ElVacíoNegro un grupo de nihilistas se preparaba para tapar todo lo que crearan los demás grupos. «A algunas personas les gusta ver el mundo arder».

Wardle se tomó muchas molestias en mostrarme que Lugar era una democracia pura. El algoritmo estaba diseñado de tal manera que, una vez activado, él solo podía mirar, como todos los demás. Ahora, mientras cambiaba compulsivamente de una pestaña a otra, parecía nervioso.

—La idea era «poner un microcosmos muy sencillo en internet, a ver qué pasaba —dijo—. El propio Reddit no es una idea muy compleja. Es una especie de lienzo en blanco. La comunidad lo toma y hace toda clase de cosas creativas con él.

—Y algunas horribles —añadí.

—Confío bastante en la gente —dijo—. Aunque mentiría si dijera que confío cien por cien.

Para entonces, uno de los comentarios más valorados en Lugar decía: «Le doy una hora antes de que empiecen a aparecer las esvásticas».

—Josh no pegó ojo anoche justo por eso. Antes de que se activara, dijo: «Vale, se necesitan un mínimo de diecisiete píxeles para hacer una esvástica, ¿y si lanzamos esto al mundo y al día siguiente el titular es: “Reddit: un lugar para dibujar esvásticas en internet”?».

La esquina superior izquierda se coloreó de un púrpura parpadeante

a medida que el «imperio azul» y el «imperio rojo» batallaban por el dominio de la cuadrícula. Un artista del grafiti, o varios, escribieron: «El 11S fue un trabajo desde dentro»; unos minutos después, «fue» se transformó en «no fue», y «un» se convirtió en «unidad». En otra parte, «Polla culitos» se convirtió en «Polla cubatas» y después en «Polla cuchara»; «Mátame» se convirtió en «Mátalas», y luego las palabras desaparecieron por completo. Y entonces llegaron las esvásticas, no muchas, pero sí las suficientes como para que Wardle, con la cara pálida, se tapara la cabeza con la capucha, se retirara a una sala de conferencias vacía y cerrara la puerta.

En su despacho, Huffman se reunió con Chris Slowe, el que fuera el primer empleado de Reddit y ahora responsable del área técnica.

—¿Cómo va Lugar? —preguntó Huffman.

—Más o menos como era de esperar —dijo Slowe—. Un montón de memes, unos cuantos Pokémon y un aluvión de pichas.

—Si alguna vez hacen un musical sobre Reddit, ese no sería un mal título —dijo Huffman.

—Confío en los nuestros —repuso Slowe.

La gente estaba de pie en la zona común, comiendo en platos de papel y viendo una retransmisión en directo de Lugar en un televisor de pared. Un empleado, al leer los comentarios, se vino arriba.

—¡Hay gente que está encontrando esvásticas y que se dedica a decir a los demás dónde están para que entre todos puedan eliminarlas! —anunció.

—¡Acabo de verlo! —dijo otro.

Señaló una sección de la pantalla. Mientras observábamos, una esvástica desapareció y otra se transformó en el logo de Windows 95. Al cabo de un rato, los creadores de esvásticas se aburrieron y pasaron a otra cosa.

En un momento determinado, la bandera estadounidense empezó a

arder; los píxeles rojos, blancos y azules fueron reemplazados por llamas anaranjadas y humo negro. Los defensores de la bandera, que aún coordinaban sus esfuerzos en r/BanderaAmericanaEnSuSitio, se movilizaron para apagar el fuego, y los empleados de Reddit aplaudieron.

—Es como ver un partido de fútbol americano a cámara superlenta.

—O como mirar los resultados electorales.

—¡Ay, Dios, no digas eso!

Hacia el final, el cuadrado se había convertido en un denso y colorido tapiz que resultaba extraña y caóticamente cautivador. Un collage de centenares de imágenes incongruentes: logotipos de universidades, equipos deportivos, grupos musicales y empresas de videojuegos. Un monólogo transcrito de La guerra de las galaxias; retratos de He-Man, David Bowie, Mona Lisa y un ex primer ministro de Finlandia. En las últimas horas, poco antes de que finalizara el experimento y la imagen quedara congelada para la posteridad, r/ElVacíoNegro lanzó un ataque sorpresa contra la bandera estadounidense. Una oscura fisura rasgó la parte inferior de la bandera y, a continuación, se apoderó de todo. Durante unos minutos, la parte central quedó envuelta en oscuridad. Entonces, una coalición de miles de redditors se unió para derrotar al Vacío; las estrellas y las barras recuperaron su forma y, al final, la bandera seguía estando allí.

La imagen final no contenía símbolos de odio visibles, ni amenazas violentas, ni siquiera muchos desnudos. Más tarde, ese mismo día, Wardle salió de su escondrijo, se sirvió algo de beber y se quitó la capucha.

—Es posible que esta noche pueda dormir —dijo.

Escribí un artículo sobre Reddit que terminaba con la saga de r/Lugar. Todos mis conocidos interpretaron la escena final de forma diferente. Mis amigos más optimistas la entendieron como una afirmación, otra razón para continuar teniendo fe en el sentido

común del pueblo estadounidense. Los más pesimistas se preguntaban si me habría ablandado (¿dónde había dejado mi escepticismo, mi vigilancia, mi sintonización con las deficiencias más profundas de la humanidad?). A ambos bandos les dije: esa escena no implica que somos buenos o que somos malos. Solo sabía que, ese día en particular, en esa parte específica de internet, las hordas se habían unido para vencer a la oscuridad. Mejor todavía, lo habían hecho por su cuenta, sin que ningún guardián los guiara, confiando tan solo en la sabiduría de la multitud.

Entonces recibí un mensaje directo en Twitter: «Para lo de r/Lugar, los empleados de Reddit disponían de herramientas de blanqueo masivo con las que podían eliminar esvásticas fácil y rápidamente —decía el mensaje—. No todas esas esvásticas fueron reemplazadas por otros usuarios». El mensaje procedía de una cuenta de Twitter con la foto de un avatar femenino, pero la persona que había tras ella no quería decirme su nombre. Afirmaba ser una antigua empleada de Reddit. «Me ha contado lo de las herramientas de blanqueo un ingeniero que todavía trabaja en Reddit. Sinceramente, es probable que te estén colando bastante propaganda».

Traté de informarme sobre el rumor preguntando a varios extrabajadores que recientemente habían dejado la empresa.

—Desde luego, tiene pinta de que lo hayan hecho ellos —dijo uno —. ¿Por qué dejarlo a la suerte?

—No tiene pinta de que lo hayan hecho ellos —dijo otro—. Creo que son demasiado tecnolibertarios de vieja escuela para esa clase de trucos.

Envié un mensaje por Twitter a la mujer pidiéndole más información o alguna prueba de su identidad.

No contestó.

Unas semanas después, volví a intentarlo. «¿Tal vez podríamos hablar por teléfono?».

No hubo respuesta.

Pasaron varias semanas. «Entonces, ¿era solo un troleo?».

Nunca volví a saber de ella.

Glosario

Nota sobre la terminología

El lenguaje evoluciona de forma constante, especialmente en internet. Las afiliaciones y las ideologías pueden cambiar, las palabras y los símbolos pueden deformarse hasta decir lo contrario de lo que una vez significaron. Como afirmó una vez la responsable de política empresarial de Reddit, cuando se trata de cuestiones espinosas sobre el discurso en internet, «todo depende del contexto». Las definiciones que se ofrecen a continuación, por tanto, no son inmutables, y el breve esbozo de los personajes difícilmente es exhaustivo. El propósito de este glosario es más modesto: resumir unos cuantos conceptos y términos que pueden resultar desconocidos, y presentar a algunos personajes fundamentales y sus (siempre cambiantes) lealtades.

Personas (por orden de aparición)

Cassandra Fairbanks. Escritora en diversos medios, entre otros Sputnik, Big League Politics y The Gateway Pundit; exvotante de izquierdas reconvertida en activista de la alternativa ligera; «me importa más la libertad de expresión, incluso para Chelsea

Manning y Julian Assange, que casi cualquier otro asunto».

Jack Posobiec. Veterano de la Marina; empleado republicano reconvertido en activista de la alternativa ligera; uno de los organizadores de la DeploraBall; corresponsal para The Rebel y One America News Network.

Jeff Giesea. Emprendedor digital; antiguo empleado de Peter Thiel; uno de los organizadores de la DeploraBall; financiador de troles y propagandistas de internet.

Mike Cernovich. Proveedor de libros de autoayuda, suplementos herbales, consejos de fitness y memes de internet; abogado; exbloguero de la manosfera; tuitero prolífico; entre sus mantras se encuentran: «el conflicto es atención» y «la atención es influencia».

Milo Yiannopoulos. Sofista de los medios de comunicación sociales; exeditor de Breitbart; vendedor ambulante de libros, camisetas, tazas de café y memes criptofascistas; se autodescribe como «el supervillano más fabuloso de internet».

Lauren Southern. Excorresponsal para The Rebel; canadiense; activista antinmigración; «estoy en esa incómoda posición en la que la alternativa ligera te llama derecha alternativa y la derecha alternativa te llama alternativa ligera».

Jim Hoft. Fundador de The Gateway Pundit; «activista gay conservador»; teórico de la conspiración.

Roger Stone. Socio de Trump desde hace décadas y asesor de campaña; se autodescribe como «sucio embaucador»; lema: «no admitir nada, negarlo todo, lanzar un contraataque».

Alex Jones. Fundador y principal presentador de Infowars; teórico de la conspiración.

Gavin McInnes. Cofundador de Vice; cofundador de los Proud Boys, banda callejera de «machistas occidentales»; «¡soy islamófobo, soy xenófobo, soy un maldito sexista!».

Laura Loomer. Periodista autónoma conocida por escenificar y

retransmitir en vivo enfrentamientos callejeros; conspiracionista; sionista; islamófoba.

Lucian Wintrich. Excorresponsal en la Casa Blanca para The Gateway Pundit; guerrero de la cultura de la alternativa ligera; creador del proyecto fotográfico llamado Twinks4Trump.

Jerome Corsi. Corresponsal de Infowars; prolífico teórico de la conspiración.

Faith Goldy. Canadiense; se postuló sin éxito a la alcaldía de Toronto en una plataforma nacionalista; despedida de The Rebel después de aparecer en un pódcast neonazi.

Will Chamberlain. Uno de los organizadores de los Encuentros MAGA en D. C.; abogado; «anti-antisemita».

Jane Ruby. Una de los organizadores de los Encuentros MAGA en D. C.; economista de la salud jubilada y emprendedora; Andrew Breitbart le llevó a tomar la píldora roja.

Andrew Breitbart. El san Juan Bautista de los Deplorables; lema: «La política procede de la cultura».

Derecha alternativa

Mike Enoch. Fundador del blog The Right Stuff y del pódcast The Daily Shoah; antisemita y supremacista blanco; su identidad fue revelada poco antes de la investidura de Trump.

Richard Spencer. Antisemita y supremacista blanco; acuñó el término «derecha alternativa»; brindó públicamente por la victoria electoral de Trump con lo que pareció ser un saludo nazi; fundador de Radix Journal y AlternativeRight.com.

Nathan Damigo. Fundador de Identity Evropa; exmarine de Estados Unidos; nacionalista blanco.

David Duke. Antisemita y nacionalista blanco; fundador de los Caballeros del Ku Klux Klan; exrepresentante por el estado de Luisiana y candidato a la presidencia.

Alteradores

Steven Huffman, Alexis Ohanian. Cofundadores de Reddit.

Emerson Spartz. Fundador de Dose, OMGFacts y GivesMeHope; «tío viral».

Paul Graham. Emprendedor de Silicon Valley; «lo más cerca que ha estado la comunidad tecnológica de tener a un Bertrand Russell o a un P. T. Barnum».

Mark Zuckerberg. Fundador de Facebook; «Somos una empresa tecnológica, no una de medios»; «Cuando conectas a 2.000 millones de personas, verás toda la belleza y toda la fealdad de la humanidad».

Términos fundamentales

Alternativa ligera (también conocida como nueva derecha, nacionalismo americano, nacionalismo cívico o chauvinismo occidental). Después de las elecciones de 2016, lo que hasta entonces había sido un solo movimiento (la derecha alternativa) se dividió en dos: la derecha alternativa y la alternativa ligera. La derecha alternativa se caracterizaba por su espeluznante racismo, su antisemitismo, su misoginia, su islamofobia y su tendencia a vomitar desinformación; la alternativa ligera declaraba su rechazo al racismo explícito y al antisemitismo. Públicamente, los líderes de las dos facciones se esforzaban por subrayar sus diferencias. «No soy un tío de la

derecha alternativa —decía una figura de la alternativa ligera —. A ellos les preocupa la raza blanca. A nosotros, los valores occidentales». En privado, estas líneas eran a menudo más borrosas.

Biodiversidad humana. La hipótesis de que la gente es diferente, que difiere en formas predecibles y que a algunos grupos de personas (por ejemplo, a algunas razas) les han repartido mejores cartas en la lotería genética. En otras palabras, una forma de racismo intelectualizado.

Charlottesville 1.0. El término de la derecha alternativa para la concentración celebrada el 13 de mayo de 2017 en Charlottesville (Virginia). Varias decenas de supremacistas blancos se manifestaron con antorchas y rodearon una estatua de Robert E. Lee. Varias decenas de manifestantes celebraron una vigilia a la luz de las velas. Todo fue bastante tranquilo.

Charlottesville 2.0. Segunda concentración en Charlottesville (Virginia) en agosto de 2017. Esta concentración fue mucho más grande y caótica y culminó con un supremacista blanco embistiendo a una multitud de manifestantes con su coche y matando a una de ellos.

Cornu. Un insulto cargado de connotaciones racistas y sexistas empleado por la derecha alternativa y la alternativa ligera para denigrar a aquellos que consideran débiles o dignos de desprecio. (También «cornuservador»: un conservador que no lo es de forma suficientemente entusiasta).

Cuestión Judía (CJ). Versión suave: «¿Por qué los judíos están sobrerrepresentados en los medios, en las instituciones académicas y en la banca?». Versión más explícita: «¿Son blancos los judíos?». Versión ultraexplícita: «¿Qué debería hacerse respecto a los judíos». Antes de que fuera un tema de debate en la derecha alternativa, la Cuestión Judía había sido un tema de discusión académica en la Europa de los siglos XVIII y XIX (de forma notable en el libro de Bruno Bauer de 1843 La cuestión judía) y en la Alemania nazi (donde la respuesta que se propuso a la cuestión fue «la Solución Final», también conocida como genocidio).

Derecha alternativa. Acuñado por Richard Spencer en 2008 —primero como «derecha alternativa» y después abreviado como alt-right— el término se ha utilizado desde entonces en una variedad de contextos, desde lo más inocuo (una irreverente alternativa de expertos de internet al conservadurismo tradicional) a lo menos (un escuadrón anónimo que comete acoso y propaga intolerancia). Después de las elecciones de 2016, se hizo universalmente evidente que, dejando los memes provocadores a un lado, el movimiento siempre ha contenido un núcleo de auténtico racismo y antisemitismo. En este libro, la mayoría de las veces he usado «derecha alternativa» de la forma en que lo usan Spencer y sus acólitos, es decir, más o menos como sinónimo de nacionalismo blanco de expertos de internet.

Doxing/ hacer doxing (tanto el sustantivo como el verbo). Revelar el nombre, la dirección u otra información personal en contra de la voluntad de la persona, como forma de represalia.

Eco. Un meme antisemita inventado por blogueros y podcasters afiliados a The Right Stuff. La versión de audio consiste en añadir un eco al nombre de una persona judía; el equivalente escrito consiste en colocar tres paréntesis antes y después de un nombre judío, así: «(((Andrew Marantz)))». Más adelante fue reivindicado por escritores y activistas judíos, algunos de los cuales exhiben la marca con orgullo.

Emociones activadoras. Emociones, tanto positivas como negativas, sociales o antisociales, que tienden a desencadenar un comportamiento determinado (por ejemplo, hacer clic o compartir un enlace). Las emociones activadoras generan interacción, y la interacción genera viralidad.

Interacción. Clics, compartir, comentarios… Cualquier cosa que permita a una empresa de medios sociales cuantificar la respuesta de los usuarios a un contenido.

Larping. Literalmente, una especie de juego de fantasía, como Dragones y mazmorras. En un sentido figurado, en internet, se refiere generalmente a una forma de pretensión vergonzosa o poco convincente, como, por ejemplo, un torpe intento de representar en

el mundo real la personalidad que uno tiene en internet.

Manosfera. Una afiliación imprecisa de blogs y foros de mensajes que destacó a principios de la década de 2010 y que fomentaba diversas formas de antifeminismo. Entre las subculturas incluidas dentro de la manosfera estaban los artistas del ligue, los activistas por los derechos de los hombres, los célibes voluntarios, los célibes involuntarios y los MGTOW (men going their own way u «hombres que van a lo suyo»). Algunos prominentes blogs de la manosfera eran Return of Kings y Roissy in D. C.

Meme. Definido por Richard Dawkins en 1976 como «unidad de transmisión cultural» que se propaga «al saltar de un cerebro a otro».

Microfocalización o microtargeting. El proceso por el cual las empresas de internet analizan los datos de los usuarios para adaptar los anuncios, las noticias y otros contenidos a las preferencias de cada consumidor.

Píldora roja. Una metáfora derivada de la película de 1999 Matrix: tomar una pastilla roja es descubrir alguna verdad prohibida. En muchos rincones marginales de internet, la «verdad» en cuestión es en realidad una peligrosa mentira: la supremacía blanca, la supremacía masculina, etc.

Rana Pepe, la. Una rana de dibujos animados inicialmente inofensiva que fue adoptada por racistas de internet.

Relato, el. Un conjunto incuestionable de axiomas y normas del lenguaje que, según algunos comentaristas marginales, ha impuesto y aplicado una infame cohorte de ejecutivos de los medios de comunicación, donantes políticos y otros guardianes de la cultura.

Shitposting. Un estilo de discurso que predomina en algunas partes de los medios de comunicación sociales (en especial en ciertos rincones de 4chan, 8chan, Gab y en algunas partes de Reddit). En el mejor de los casos, el resultado es un absurdo «humor tan malo que es bueno»; en el peor, intolerancia o incitación a la violencia.

Trol/ trolear/ troleo. En los inicios de internet, trolear era análogo a hacer una broma, incluso a una especie de performance. Trolear a alguien era molestarlo; un trol era un experto haciendo esto, a menudo de forma anónima. Con el tiempo, trolear ha tomado una connotación más oscura. Hoy en día, lo que en ocasiones se llama trolear con frecuencia es más parecido a la propaganda, la intolerancia o el acoso.

Ventana de Overton. La gama de opiniones socialmente aceptables, que pueden cambiar con el tiempo. En un principio se aplicaba a la política legislativa; actualmente se ha extendido a asuntos de interés cultural o político en un ámbito más general.

Vocabulario. El término del filósofo Richard Rorty para el conjunto de supuestos subyacentes de una sociedad, la forma de hablarse a sí misma, de describir e interpretar el universo.

Agradecimientos

Escribir un libro es un ejercicio de solipsismo tal —al menos para mí— que me parece imposible poder expresar la suficiente gratitud a todos los que me han ayudado, animado o soportado durante los últimos años. Pero lo voy a intentar. En primer lugar, gracias a Rick Kot, que siempre ha sido capaz de ver el bosque a pesar de los árboles, al tiempo que percibía cada árbol con asombroso detalle, y cuyos conocimientos editoriales y mano firme han hecho posible este proyecto. También estoy agradecido a todo el equipo de Viking —Norma Barksdale, Diego Nuñez, Kristina Fazzalaro, Andrea Schulz y Brian Tart— por arriesgarse con un primer libro, y por llevarlo a cabo con tanta soltura y aplomo.

Tina Bennett es una lectora incisiva, una mujer indomable que crea tendencia, una polemista cautivadora y la mejor agente en este negocio. Tengo la suerte de ser el beneficiario de su talento. Muchas gracias a Laura Filion, Svetlana Katz y al resto del equipo de WME.

Numerosos amigos han leído partes del manuscrito, o el manuscrito completo, y han aportado comentarios reflexivos a lo largo de todo el proceso. Quiero expresar mi profundo agradecimiento a Vinson Cunningham, Jonathan (Skoal) Gold, Sam Graham-Felsen, Antonia Hitchens, Meechal Hoffman, Patrick Radden Keefe, Gideon Lewis-Kraus, Rob Moor, Emily Nussbaum, Matthew Palevsky, Ari Savitzky y Alexandra Schwartz. Ya sabéis, de ahora en adelante las bebidas corren de mi cuenta.

Nunca dejaré de asombrarme de poder decir que The New Yorker es mi hogar profesional. He aprendido muchísimo de mis compañeros, sobre todo del grupo de expertos editoriales a los que no se elogia lo suficiente, entre quienes se incluyen (aunque son muchos más) Nimal Eames-Scott, Rob Fischer, Carla Blumenkranz, Eric Lach, Eleanor Martin, Sharan Shetty, Emily Stokes y Hannah Wilentz. Gracias, en particular, a Henry Finder, Pam McCarthy, Susan Morrison y Dorothy Wickenden por hacer de la revista lo que es; a

Deirdre Foley-Mendelssohn, una autoridad en las artes editoriales de la perspicacia, en llevar de la mano, en charlar cuando hay tiempo y en trabajar cuando no lo hay; a Daniel Zalewski —editor y escritor con un talento único, atento mentor y generoso amigo; y a David Remnick, que de alguna forma consigue ser al mismo tiempo un superhéroe y un tío legal, y que me ha dado el espacio y el apoyo que necesitaba para embarcarme en este proyecto (que después editó línea por línea, por increíble que parezca, en menos de cuarenta y ocho horas). Seguid siendo un ejemplo de fiabilidad y buen gusto, incluso en un mundo posterior a los guardianes.

Gracias a Molly Farneth por ayudarme a entender bien a Rorty; a Athmeya Jayaram por ayudarme a sustituir mis difuntas creencias sobre J. S. Mill por vivas verdades, y a Daniel May por un sinfín de conversaciones sobre pragmatismo, las trágicas paradojas del liberalismo y las mejores partes de los vídeos del tío Drew. Natalie Coleman y Sam Argyle han proporcionado unas investigaciones muy valiosas. Estoy especialmente en deuda con Tyler Foggatt, un reportero brillante y el as en la manga de cierto autor confuso. Rozina Ali, Ewa Beaujon, Sean Lavery, Talia Lavin y Nick Niarchos verificaron los datos de este material, ya fuera para The New Yorker o para el libro (o, en el caso de Sean, para ambos); además de salvarme el culo corrigiendo mis errores, sus servicios también incluyeron sabios consejos editoriales, incisivos contraargumentos y hábiles giros del lenguaje que felizmente he robado.

Este libro habría sido peor si no fuera por las conversaciones que he tenido con Bobby Baird, Zoe Chace, Adrian Chen, Kate Klonick, Robert Krulwich, Courtney Martin, Sruthi Pinnamaneni y Kevin Roose. Gracias a todos en Data & Society, especialmente a Matt Goerzen y Brian Friedberg; ambos sabéis más sobre /pol/ de lo que debería saber nadie.

Gracias a Samantha por confiarme tu historia, y por las recomendaciones musicales.

Gracias a mi familia por haber hecho de mí quien soy, en especial a Eric y Emily Marantz, a Dorothy Gray, a Julia Gray y a Paul Marantz, y a la memoria de Clare Marantz. Rachel, Brian e Ilana Lustbader han sido como parte de mi familia desde mucho antes de que se convirtieran en ella. Un reconocimiento especial para Kevin

Brenner, que me pagó por sentarme en un contenedor mientras soñaba despierto con escribir reportajes, y a Robin Marantz Henig, que editó todo este libro con una mirada sensible y penetrante (¡un regalo mucho mejor que una colcha turquesa y púrpura!).

Por último, gracias a Gideon, mi chico favorito del mundo, y a Sarah Lustbader, la mejor persona que conozco. Planteé la posibilidad de incluirte como coautora, y los verificadores de datos lo consideraron engañoso pero no exactamente falso, y creo que es verdad. Casi todo lo que es bueno en el libro, como casi todo lo que es bueno en mi vida, es gracias a ti.

Nota del autor

Antisocial es una labor de reportaje. Los acontecimientos que describe el libro han sucedido realmente; con raras excepciones, los nombres son reales. Siempre que he conocido los hechos a través del trabajo de otro periodista, he tratado de citarlo. En la mayoría de los casos, los hechos y los acontecimientos que aparecen relatados en el libro se derivan de las entrevistas realizadas, de una reconstrucción a partir de la investigación o de haberlos presenciado en primera persona.

Los libros son objetos editados y meticulosamente pulidos. Los tuits, no. En lugar de saturar cada página con notas al pie que dijeran «[sic]», he confiado en mi propio juicio a la hora de citar publicaciones de internet, corregir algunos errores tipográficos obvios pero difíciles y dejar el resto (errores gramaticales, contradicciones, feas calumnias, tomas malas) casi sin tocar.

Escribir sobre propagandistas, intolerantes y otros actores de mala fe requiere vigilancia, una cuidadosa reflexión editorial y una ponderación constante de los valores en conflicto. He hecho todo lo posible por evitar caer en diversas trampas posibles: idolatrar a actores nocivos, normalizar su comportamiento o repetir sus puntos de vista con falta de sentido crítico. Por último, tengo la esperanza de que si la información diligente puede ayudar a poner el foco en las causas extremistas en Siria, Sri Lanka, Bélgica o Filipinas, quizá pueda hacer lo mismo en casa.

Índice

Portada

Antisocial. La extrema derecha y la libertad de expresión en internet

Prólogo

Parte I. DeploraBall

01. Esto es América

02. Orgullo

03. La cuestión de ir a la contra

04. Cambiar cómo hablamos es cambiar quiénes somos

Interludio. Tipos móviles

Parte II. Un superpoder humano

05. Un vehículo reluciente

06. Un tío viral

07. Básicamente, mi pesadilla

08. Comiéndose el mundo

09. Política de naufragio cerebral

10. La estrategia Sailer

11. Las primarias invisibles

Parte III. Demasiado importante como para ser ignorado

12. Más allá del bien y del mal

13. Un filtro de calidad

14. La atención es influencia

15. «Reductio»

16. El Matrix mediático

17. Idoneidad y falta de idoneidad

18. El trasplante

19. Saber desenvolverse es un arte

20. «Metaposdata»

Interludio. No confíes en nada

Parte IV. El pantano

21. Las noticias del futuro

22. El relato de la vida pública

23. Muy profesional y muy bueno

24. Éxito e Imperio

25. El claro día que hace salir al áspid

Interludio. El pasado es absoluto

Parte V. La fiera americana

26. El vacío

La fiera americana II

27. La montaña

Parte VI. Una noche para la libertad

28. Sentido común

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre Andrew Marantz

Créditos

Antisocial

La extrema derecha y la «libertad de expresión» en internet.

Una crónica profundamente inmersiva de cómo los empresarios de Silicon Valley se propusieron crear un internet libre y democrático y

cómo los cínicos propagandistas de la extrema derecha explotaron esa libertad para impulsar sus fanatismos en la masa social. Marantz explora dos mundos: el de los emprendedores de las redes sociales, que con ingenuidad y una imprudente ambición cambiaron los medios tradicionales de recepción y transmisión de la información; y el de «los intrusos»: conspiradores, supremacistas blancos y troles nihilistas, que se han hecho expertos en el uso de redes sociales para promover su corrosiva agenda. Antisocial abarca un periodo amplio, desde los primeros libros impresos en masa hasta los hashtags del presente, desde reuniones secretas de neofascistas hasta la sala de ruedas de prensa de la Casa Blanca… Revela cómo se han borrado las fronteras entre tecnología, medios y política, lo que resulta en un panorama informativo profundamente roto. Muestra cómo se encamina a muchos jóvenes alienados hacia la radicalización en línea y cómo se difunden anónimamente unas ideas marginales de los medios de comunicación sociales al imaginario colectivo.

Andrew Marantz. Estados Unidos. Redactor de la revista The New Yorker desde 2017, ha colaborado en ella desde 2011, escribiendo sobre tecnología, redes sociales, extrema derecha y prensa, así como sobre comedia y cultura pop. Divide su tiempo entre la redacción de artículos que abordan temas como el purismo del hip-hop y el síndrome de Truman, y la edición de otras historias sobre clubes nocturnos de Las Vegas o señores de la guerra libaneses. El interés principal de Marantz no radica en ningún tema en particular, sino en cómo las personas forman creencias y en qué circunstancias esas creencias pueden cambiar para mejor. Marantz también es colaborador de Radiolab y The New Yorker Radio Hour, y ha escrito para Harper's, Mother Jones, The New York Times y muchos otros medios. Desde 2016, ha estado trabajando en su libro Antisocial sobre los peligros de la viralidad, el mito del progreso lineal y la extrema derecha estadounidense. Para documentarse, pasó varios años infiltrado en algunos grupos de conspiradores, supremacistas blancos y troles de internet. En el proceso, pudo comprobar cómo algunos de los fundadores más tempranos e influyentes de las redes sociales comienzan ahora a ser conscientes de la fuerza que habían desatado. Marantz tiene una licenciatura en Religión de la Universidad de Brown y un máster en No Ficción Literaria de la Universidad de Nueva York. Actualmente vive en Brooklyn con su esposa y su hijo.

Título original: Antisocial: Online Extremists, Techno-Utopians, and the Hijacking of the American Conversation (2020)

© Del libro: Andrew Marantz

© De la traducción: Lucía Barahona

Edición en ebook: enero de 2021

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-122594-7-6

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.